
DAN SIMMONS



El Sistema de Darwin



Annotation

Darwin Minor recibe llamadas a todas horas del día o de la noche que solicitan su presencia en escenas de accidentes difícilmente creíbles, cuadros estremecedores de metal y sangre. Como experto en reconstrucción de accidentes, Darwin utiliza la ciencia y el instinto para descubrir las causas reales de los desastres automovilísticos y, sin duda alguna, es el mejor en su campo. A pesar de que su vida está organizada para no sentirse involucrado emocionalmente en su trabajo, todo está a punto de cambiar. Una serie de accidentes aparentemente aleatorios le conducen por un peligroso camino. Los accidentes parecen una puesta en escena pero los participantes han muerto. Darwin sospecha que es una gran conspiración pero ¿quién cometería tal fraude a cambio de su propia vida? Cuanto más lejos llega Darwin en la investigación, más enemigos le surgen. Enemigos sin piedad que forman parte de una red internacional de intimidación y asesinatos. Pero Darwin Minor también tiene recursos mortales que se remontan a una época de su vida que daba por enterrada y olvidada. Si quiere salvarse, deberá abrir la puerta de su pasado más oscuro.

EL BISTURÍ DE DARWIN

Dan Simmons

Editorial Diagonal (Grup 62)

Título original: *Darwin's Blade* (2000)

Traductor: Herrera Ferrer, Ana

Autor: Simmons, Dan

©2001, Editorial Diagonal (Grup 62)

Colección: Gimlet

ISBN: 9788495808073

Corregido:

-PadreMaldito, 14/10/2011

-Nacht, 27/10/2014

Este libro está dedicado a Wayne Simmons y a Stephen King. A mi hermano Wayne, que realiza cada día investigaciones de accidentes, con admiración por la supervivencia de su sentido del humor. A Steve, que notó en sus carnes el cortante filo del bisturí de Darwin por culpa de la estupidez letal de otra persona, con gratitud por estar todavía entre nosotros y deseoso de seguir contando historias al amor de la lumbre.

La navaja de Occam: Siendo iguales todas las demás circunstancias, la solución más simple normalmente es la correcta.

Guillermo de Occam, siglo XIV

El bisturí de Darwin: Siendo iguales todas las demás circunstancias, la solución más simple normalmente es una estupidez.

Darwin Minor, siglo XXI

«A de agujero»

El teléfono sonó unos minutos después de las cuatro de la mañana.

—A ti te gustan los accidentes, Dar. Tendrías que venir a ver éste.

—No me gustan los accidentes —replicó Dar. No preguntó quién era el que llamaba. Había reconocido la voz de Paul Cameron, aunque él y Cameron no habían tenido contacto alguno desde hacía más de un año. Cameron era un agente de la Policía de Tráfico de California que trabajaba en Palm Springs.

—Bueno, como quieras —dijo Cameron—, pues te gustan los rompecabezas.

Dar se volvió a mirar el reloj.

—Son las cuatro y ocho minutos de la mañana.

—Esto vale la pena —la voz sonaba hueca, como si le estuvieran hablando por una radio o un teléfono móvil.

—¿Dónde es?

—En la carretera del valle Montezuma —dijo Cameron—. A un kilómetro y medio de la entrada del cañón, donde la S22 sale de las colinas y se mete en el desierto.

—Madre de Dios —murmuró Dar—. Estás hablando de Borrega Springs. Me costará más de noventa minutos llegar.

—No si coges tu vehículo negro —dijo Cameron, con una risita que se mezcló con los parásitos de la conexión.

—¿Qué clase de accidente podría hacer que recorriera todo el camino hasta Borrega Springs antes de desayunar? —replicó Dar, ya sentado—. ¿Una colisión múltiple?

—Pues no lo sabemos —contestó el agente Cameron. Había sorna en su voz.

—¿Cómo que no lo sabéis? ¿No hay nadie en la escena del accidente?

—Te estoy llamando precisamente desde allí —dijo Cameron, a través de los ruidos de la electricidad estática.

—¿Y no sabes cuántos vehículos han intervenido? —A Dar le habría gustado tener un cigarrillo en el cajón de su mesilla de noche. Había dejado de fumar hacía diez años, justo después de morir su esposa, pero todavía le apetecía de vez en cuando.

—Ni siquiera podemos establecer, más allá de toda duda razonable, el tipo de vehículo o vehículos implicados —dijo Cameron. Su voz había adoptado un deje afectado, ese tonillo repelente que usan los policías cuando hablan de forma oficial.

—¿O sea, que no sabéis de qué marca es? —insistió Dar. Se rascó la barbilla con un sonido que parecía de papel de lija y meneó la cabeza. Había visto muchos accidentes por exceso de velocidad

en los cuales no se podía asegurar de qué marca y modelo era el coche, al menos a primera vista. Y especialmente, de noche.

—Quiero decir que no sabemos si es un accidente de coche, o de más de un coche, o de avión, o de un puto OVNI —exclamó Cameron—. Si no vienes a verlo, Darwin, lo lamentarás durante el resto de tu vida.

—¿Qué quieres...? —empezó Dar, pero se detuvo. Cameron había cortado la comunicación. Dar sacó las piernas por el borde de la cama, miró hacia afuera, a la oscuridad que le esperaba detrás de las grandes ventanas de su apartamento, murmuró «mierda» y fue a darse una ducha rápida.

Le costó dos minutos menos de una hora llegar allí desde San Diego, metiéndole caña al Acura NSX en las curvas del cañón y poniéndolo a gran velocidad en las rectas largas. Dejó el radar en la diminuta guantera, porque pensó que todas las patrullas de carretera de la S22 estarían en el lugar del accidente. Ya clareaba hacia el este cuando enfiló la bajada de un seis por ciento de inclinación y ciento veinte metros de largo que pasaba junto a Ranchita y luego se dirigía a Borrega Springs y al desierto de Anza-Borrega.

«Uno de los inconvenientes de ser especialista en reconstrucción de accidentes —pensaba Dar mientras cambiaba la marcha del NSX y tomaba una curva cada vez más cerrada sin esfuerzo alguno, en la que sólo el ronco ronroneo del tubo de escape marcó la desaceleración y la posterior subida de velocidad— es que casi en cada kilómetro de cada maldita carretera te acecha el recuerdo de la estupidez fatal de alguien». El NSX rugió sordamente en la luminosidad previa al amanecer, y luego bajó refunfuñando el largo y sinuoso descenso hacia el cañón, que se encontraba unos kilómetros más abajo.

«Ahí —pensó Dar, echando una rápida mirada a un vulgar trozo de barrera baja, colocada sobre unos postes de madera que pasaban fugazmente junto al coche, en la parte exterior de una curva cerrada—. Justo ahí».

Hacia algo más de cinco años, Dar había llegado a aquel punto sólo treinta y cinco minutos después de que un autobús escolar hubiera chocado contra aquel trozo de barrera, rozándolo durante más de veinte metros, hubiera caído por el terraplén, dado tres vueltas de campana por la ladera rocosa, y hubiera acabado descansando de lado, con el techo destrozado metido en el estrecho riachuelo que había más abajo. El autobús era propiedad del Distrito Escolar de Desert Springs y volvía de una acampada de la «Semana Ecológica» en las montañas, con cuarenta y un estudiantes de sexto curso y dos profesores. Cuando llegó Dar, las ambulancias y los helicópteros del Servicio de Emergencias todavía se estaban llevando a los heridos más graves, y un batallón de voluntarios iban pasando las camillas de mano en mano por el talud rocoso, y unos plásticos amarillos cubrían al menos tres pequeños cuerpecillos en las rocas que había abajo. Cuando se hizo el recuento final, resultó que habían muerto seis niños y un profesor, veinticuatro alumnos estaban gravemente heridos (entre ellos un chico que quedó parapléjico para el resto de su vida) y la conductora del autobús resultó con cortes y magulladuras y el brazo izquierdo roto.

Dar trabajaba entonces para el Consejo Nacional de Seguridad en el Transporte (CNST). Aquello fue un año antes de abandonar el CNST y dedicarse a trabajar como especialista independiente en reconstrucción de accidentes. Aquella vez, la llamada le llegó a su piso de Palm Springs.

Los días que siguieron al accidente, Dar siguió la cobertura de la «terrible tragedia» que hicieron

los medios de comunicación. Las cadenas de televisión y periódicos de Los Ángeles habían decidido en seguida que la conductora del autobús era una heroína, y el tratamiento que dieron a la información reflejaba esa postura. La entrevista efectuada a la conductora después del accidente y las declaraciones de otros testigos, incluidas las del profesor que se sentaba justo detrás de uno de los niños que habían muerto, ciertamente lo sugería. Todos estaban de acuerdo en que los frenos habían fallado más o menos un kilómetro y medio después de que el autobús iniciase un largo y empinado descenso. La conductora, una mujer de cuarenta y un años, divorciada y con dos hijos, les había gritado a todos que se agarrasen. Lo que siguió fue una terrorífica carrera de diez kilómetros en una montaña rusa mortal. La conductora procuraba por todos los medios mantener el autobús en la carretera, los frenos humeaban, pero obviamente no conseguían detener lo suficiente al vehículo, y los niños salían disparados de los asientos en los bruscos giros. Por fin el choque final, un espantoso chirrido y la caída en picado por el talud. Todos estaban de acuerdo en que no se podía haber hecho otra cosa, y en que después de fallar los frenos, era un milagro que ella hubiese conseguido mantener el autobús en la carretera durante tanto tiempo.

Dar leyó los editoriales que proclamaban que la conductora era de ese tipo de heroínas con las cuales todo elogio se queda corto. Dos canales de televisión de Los Ángeles cubrieron en directo la reunión del Consejo Escolar durante la cual los padres de los niños supervivientes dieron testimonio de los heroicos intentos de la conductora por salvar el autobús, en «circunstancias imposibles». El programa de la NBC Noticias nocturnas dedicó un perfil especial de cuatro minutos a aquella conductora y a otros conductores de autobús que habían resultado heridos o muertos «en cumplimiento del deber». Tom Brokaw llamó a aquella conductora y a otros como ella «héroes americanos desconocidos».

Mientras tanto, Dar iba recogiendo información.

El autobús escolar era un modelo TC-2000 de 1989, fabricado por la empresa Blue Bird Body y comprado de primera mano por el Distrito Escolar de Desert Springs. Tenía dirección asistida, motor diesel y transmisión automática de cuatro velocidades modelo AT 545, del departamento de Transmisiones Allison de la General Motors. También iba equipado con un sistema de freno dual, de aire y de tambor, que constaba de unas cámaras de freno del eje delantero del tipo 20 y una abrazadera del eje trasero tipo 24/30, además de los frenos de emergencia y frenos de mano, todo ello cumpliendo las normas de seguridad federales para vehículos de motor. Todos los frenos tenían unos reglajes de juego manuales de 14 centímetros.

El asiento del conductor iba equipado con cinturón de seguridad; los asientos de los pasajeros, en cambio, no. Dar sabía que ése era el diseño estándar para los autobuses escolares. Unos padres que jamás permitirían a sus hijos ir sueltos en sus vehículos familiares, despedían felices y contentos a sus niños cada mañana y los metían en autobuses donde iban cincuenta niños sin cinturón de seguridad ni arnés alguno. El peso bruto estimado de aquel autobús, con pasajeros y equipo de acampada incluidos, era de 11.424 kilos.

La conductora tenía «un expediente impecable en nuestro distrito», según habían informado la televisión y los periódicos. Los análisis de sangre efectuados en el hospital inmediatamente después del accidente no mostraban indicio alguno de drogas ni de alcohol. Dar la entrevistó dos días después del accidente, y su relato concordó casi palabra por palabra con la declaración que había hecho ante la policía la misma tarde del accidente. Decía que aproximadamente a kilómetro y medio del punto de partida, en una pendiente descendente suave, los frenos del autobús «se pusieron

blandos y raros». La mujer presionó el pedal del freno. Entonces se encendió una luz de advertencia, indicando baja presión en los frenos. En aquel punto, le dijo la conductora, la pendiente había cambiado de un descenso a una ligera pendiente ascendente de unos tres kilómetros, y el autobús empezó a ir más lento. La transmisión automática cambió a una marcha inferior, y la luz de advertencia de los frenos se apagó y luego parpadeó unas cuantas veces. La conductora dijo que pensó que el problema se había solucionado solo y que no había motivo alguno para no continuar.

Poco después, según informó, enfilaron la fuerte pendiente descendente y los frenos «fallaron completamente». El autobús empezó a coger velocidad. La conductora dijo que no podía frenarlo ni usando los frenos habituales ni los de emergencia. El olor a quemado era intenso. Las ruedas de atrás empezaron a humear. Ella dijo que había anulado la transmisión automática y cambiado a la segunda marcha, pero que no sirvió de nada. Dijo que había intentado coger la radio para llamar a la central, pero tuvo que soltar el micrófono para luchar con el volante e intentar mantener el autobús en la carretera. Durante diez kilómetros lo consiguió, gritando a los alumnos y profesores: «¡a la izquierda!» y «¡a la derecha!». Finalmente, el autobús entró en contacto con la barrera exterior, la rozó durante un tramo y acabó cayendo por el talud.

—¡No sé qué otra cosa podía haber hecho! —dijo la conductora durante la entrevista. Por aquel entonces ya estaba llorando. Su informe concordaba con el testimonio que Dar había obtenido de los profesores y niños supervivientes.

La conductora (obesa, pálida y con los labios muy finos) le pareció a Dar estúpida y algo lerda, pero no debía tener en cuenta esas percepciones subjetivas. Cuanto mayor se hacía y más trabajaba investigando accidentes, más estúpida le parecía la mayoría de la gente. Y desde la muerte de su esposa, cada vez había más mujeres que le parecían lerdas.

Su gente comprobó el historial de la conductora. Las cadenas de televisión y los periódicos habían informado de que tenía «un expediente impecable en nuestro distrito», y era cierto, pero también lo era que sólo llevaba seis meses trabajando en el distrito antes del accidente. De acuerdo con los informes del Departamento de Vehículos a Motor de Tennessee, donde había vivido la mujer antes de trasladarse a California, había recibido una citación por conducir bajo los efectos del alcohol y dos multas de tráfico en cinco años. En California, la conductora poseía un certificado de conducción para autobuses escolares (permiso para el transporte de pasajeros), emitido dos días antes de empezar a trabajar para el distrito, y un permiso de conducir en vigor del tipo B (transporte comercial), restringido a autobuses convencionales con transmisión automática, solamente. Los archivos del DVM de California también indicaban que diez días antes del accidente, la conductora había cometido dos infracciones: incapacidad de aportar datos sobre su solvencia económica y no mostrar adecuadamente las placas de licencia. Los archivos policiales indicaban que, a causa de estas infracciones, se le había retirado el carné de conducir. Se le había devuelto el día antes del accidente, una vez hubo rellenado un impreso SR-22 (prueba de solvencia económica) en el DVM. No tenía multas de tráfico importantes pendientes en el momento del accidente. Había recibido 54 horas de instrucción, que incluían 21 de prácticas en un autobús similar al vehículo del accidente, pero el currículo no mostraba ninguna preparación especial para conducir por la montaña.

El informe de Dar sobre los daños físicos en el autobús ocupaba cuatro folios a un espacio. Básicamente, el cuerpo del autobús se había separado del chasis, el techo se había hundido y aplastado desde justo detrás del asiento del conductor hasta la tercera fila de asientos, el lado izquierdo se había aplastado también hacia adentro y había hecho estallar los cristales de las

ventanillas a todo lo largo de ese lado, y los parachoques habían desaparecido. El depósito de la gasolina había resultado dañado en algunas zonas. Una de las mangueras de goma del combustible había resultado cortada, pero el depósito no se había resquebrajado y los soportes permanecían bien firmes y sujetos al chasis.

Dar repasó las órdenes de inspección y de reparación del autobús y encontró que los frenos se habían ido ajustando cada dos mil kilómetros aproximadamente y que el vehículo se inspeccionaba cada mes. Aunque la última inspección había sido sólo dos días antes del accidente y el mecánico había indicado que había encontrado los frenos ligeramente desajustados y había ordenado que los ajustaran, no existía constancia de que los mecánicos hubiesen realizado tal operación. Las pruebas realizadas por el Consejo de Seguridad demostraron que los frenos estaban un poco desajustados el día del accidente. Una investigación posterior reveló que el distrito escolar había dejado de usar recientemente el Código de Normas de Inspección de California y estaba utilizando otro formulario desarrollado por una empresa privada (el 1040-008 Rev. 5/91), y el jefe de mecánicos había marcado tanto la casilla de visto bueno como las de «reparaciones» en el formulario, poniendo sus iniciales en estas últimas. Pero a diferencia del antiguo formulario de inspección, en el cual la petición de un servicio posterior se realizaba en un espacio reservado debajo de la casilla «reparación», la orden del jefe de mecánicos se había garabateado en la parte posterior del nuevo formulario. Los cinco mecánicos que trabajaban a sus órdenes (había un mecánico por cada dieciocho autobuses, según la normativa tanto de la industria como del distrito escolar) no se habían dado cuenta de que existía tal orden escrita a mano.

—Bueno, pues eso es, entonces —dijo el director del distrito escolar de Desert Springs.

—Pues no del todo —replicó Dar.

Tres semanas después del accidente, Dar llevó a cabo una reconstrucción. Un autobús escolar idéntico, modelo TC-2000, cargado con sacos de arena para simular el peso de los escolares, los profesores y su equipaje, se llevó al punto más elevado de la carretera del valle de Montezuma, en la reserva forestal donde los niños habían realizado la acampada de la «Semana Ecológica». Los frenos de aquel TC-2000 se habían desajustado exactamente con el mismo grado de error que se detectó en el vehículo accidentado. El propio Dar se encargó de conducir el vehículo de prueba y un voluntario del CNST se encargó de seguirle para ir grabando en vídeo todo el desarrollo de la prueba. La patrulla de carreteras de California cerró aquel tramo mientras se hacía la prueba. Algunos miembros del Consejo Escolar asistieron al ejercicio, pero ninguno se ofreció voluntario para subir en el autobús.

Dar condujo el vehículo durante el primer tramo descendente, luego por la subida de aproximadamente tres kilómetros, y luego abajo de nuevo por la larga carretera del cañón (la parte más empinada tenía un 10,5 por ciento de pendiente), y finalmente detuvo del todo el vehículo en un apartadero, diez metros más allá de donde el vehículo accidentado se había salido de la carretera. Dio una vuelta con el autobús y volvió a conducirlo hacia la cima.

—Los frenos han funcionado —dijo Dar a los miembros del Consejo Escolar y la patrulla de policía—. No he visto ninguna luz de advertencia. No había humo, ni olía a quemado.

Y entonces explicó lo que había ocurrido el día del accidente.

La conductora había dejado el campamento de la reserva forestal con ambos frenos de emergencia

puestos. Después del primer tramo descendente, en el que notaron olor a quemado, los siguientes tres kilómetros fueron cuesta arriba.

—Los frenos empiezan a oler—explicó Dar— cuando el tambor del freno y las zapatas alcanzan una temperatura de, aproximadamente, unos trescientos grados.

Los profesores, los alumnos y la conductora habían notado olor a quemado durante el primer tramo descendente y los tres kilómetros cuesta arriba, en el viaje de vuelta. La conductora no había hecho caso de aquel olor.

La luz de advertencia de los frenos se había apagado brevemente y luego había empezado a parpadear de nuevo a medida que el autobús se aproximaba a la cima de la última cuesta, antes del largo descenso hacia Borrega Springs. El profesor superviviente, sentado en la primera fila de asientos y en el lado derecho, la había visto parpadear.

—Sólo existe una explicación posible para que la luz de advertencia de los frenos señalase un recalentamiento durante ese tramo del recorrido —dijo Dar—. Los frenos de emergencia habían estado funcionando continuamente desde el momento en que el autobús dejó el campamento —además, explicó, los pasajeros supervivientes dijeron que el autobús «maniobraba mal» y «daba ligeros tirones» durante los primeros kilómetros cuesta arriba. La conductora había pasado por alto todas aquellas señales de advertencia y había iniciado el largo descenso por la carretera del cañón.

Dar explicó que el día del accidente, él había observado que las ruedas delanteras del autobús rodaban libremente, pero que las traseras estaban bloqueadas. Explicó que ese tipo de autobús tenía unos frenos automáticos, que se activaban sin intervención del conductor cuando la presión del aire en el sistema bajaba a menos de dos kilogramos por centímetro cuadrado. Las ruedas traseras bloqueadas le habían indicado que la baja presión del aire en el sistema de los frenos había causado la aplicación automática de los otros frenos, y las pruebas del Consejo de Seguridad habían demostrado que no había grietas en el sistema y que el compresor de aire funcionaba bien. Pero los frenos automáticos no podían detener el autobús porque se habían recalentado antes de su aplicación.

En aquel punto, Dar volvió al autobús, puso el freno de mano y volvió a dirigirse hacia el campamento. Un convoy de vehículos policiales y coches privados le iba siguiendo.

El autobús daba pequeños tirones al subir la cuesta. Tanto Dar como su ayudante, el que estaba grabando la prueba en vídeo, comentaron en la cinta que olía a quemado. Los vehículos policiales que seguían al autobús informaron por radio de que veían claramente las nubes de humo que surgían de las ruedas traseras. La luz de advertencia de los frenos se encendió. Dar hizo una breve pausa en el mismo lugar donde se había detenido la conductora del autobús, presionó el pedal del freno igual que había hecho ella y luego empezó a bajar el largo talud.

Los frenos fallaron tras haber descendido dos kilómetros por la abrupta carretera del cañón. Los frenos automáticos se dispararon solos, pero también fallaron, debido al sobrecalentamiento. El autobús empezó a acelerar.

Cuando alcanzó los setenta kilómetros por hora, Dar cambió de tercera a segunda y lo fue deteniendo, y luego cambió a primera, con lo cual el autobús dio un salto pero también disminuyó su velocidad con toda rapidez. Todavía desplazándose a unos veinte kilómetros por hora, Dar eligió una planicie arenosa en la ladera de la colina, en el trecho interior de la siguiente curva, y dirigió el autobús hacia allí, consiguiendo que se detuviera sólo con unas pequeñas sacudidas. Un segundo

después, el ejército de coches patrulla y vehículos de los miembros del Consejo Escolar se reunió con él. Dar se subió en uno de los coches patrulla y se dirigieron hacia el lugar del accidente.

—La conductora dejó el lugar de acampada con los frenos puestos, lo cual significa que estaban activados tanto los frenos de emergencia como los de mano. Estos recalentaron todo el sistema a lo largo de los primeros kilómetros y la presión del aire bajó a menos de dos kilogramos por centímetro cuadrado —explicó al grupo congregado en el punto donde el autobús se había salido de la carretera—. Entonces saltaron los frenos automáticos, pero su eficacia era baja, debido al calentamiento. Y aun así, con ellos habría bastado para frenar al autobús a menos de cuarenta kilómetros por hora. Yo lo he hecho así en esta reconstrucción.

—Pero usted iba más rápido —dijo el director del Distrito Escolar.

Dar asintió:

—Cambié manualmente de la segunda a la tercera marcha y luego a la cuarta —explicó.

—Pero la conductora dijo que había «disminuido» la marcha —protestó el presidente del Consejo Escolar.

Dar asintió.

—Lo sé. Pero no lo hizo. Cuando inspeccionamos la transmisión después del accidente, estaba trabada en cuarta. La transmisión automática Allison está programada para bajar automáticamente en caso de una aceleración tan súbita. La conductora anuló la transmisión automática y cambió a cuarta.

El grupo le miraba con atención.

—Las marcas que había aquí mostraban unas huellas de neumáticos estriadas de ciento sesenta metros de largo el día del accidente —dijo, señalando hacia allí. Las marcas todavía eran visibles. Todos los ojos siguieron a su dedo que apuntaba a las huellas—. El sistema automático de frenado, aunque degradado por la pérdida de presión de aire debida al calentamiento, todavía estaba tratando de detener el autobús cuando golpeó la barrera aquí —todo el mundo se volvió a mirar la barrera doblada y curvada—. El autobús iba a más de cien kilómetros por hora cuando topó con la barrera —dijo Dar—. Iba aproximadamente a setenta y siete kilómetros por hora cuando dejó la carretera y se elevó en el aire, más o menos por aquí.

Todas las cabezas se volvieron al unísono.

—El autobús iba en cuarta cuando golpeó la barrera porque la conductora había elegido esa marcha —dijo Dar—, no porque hubiese fallado la transmisión automática, ni porque hubiese acelerado automáticamente. Estaba aterrorizada. Después de quemar los frenos, haciendo caso omiso del olor a quemado y la forma extraña de comportarse el autobús colina arriba, y luego también de la luz de advertencia de presión de los frenos, decidió continuar bajando a pesar del hecho de que había notado los frenos «raros y blandos» en el punto más alto del puerto. La conductora anuló la transmisión automática aproximadamente a cuarenta y cinco kilómetros por hora y cambió a cuarta por error.

Dos meses después del accidente, Dar leyó en las últimas páginas de un periódico local que la conductora había sido declarada culpable de conducción temeraria con resultado de muerte para siete personas. Le suspendieron el permiso de conducir durante un año y perdió la licencia tipo B de conducción de vehículos comerciales para siempre. Ninguno de los periódicos o emisoras de

televisión que habían cantado sus alabanzas como heroína desconocida cubrió ese aspecto de la historia más que con breves menciones de pasada, quizás abochornados por su anterior entusiasmo.

Había suficiente luz para conducir sin los faros cuando Dar llegó a la escena del accidente. Cameron se había equivocado un poco en la localización: estaba aproximadamente a un kilómetro de donde el cañón se abría al desierto. La carretera serpenteante mostraba todos los signos de la moderna muerte en carretera: coches patrulla de la policía aparcados en el arcén, luces de emergencia parpadeantes, conos, policías apartando el tráfico que subía y bajaba al carril de la izquierda, dos ambulancias, incluso un helicóptero que zumbaba en el aire. Todo excepto el accidente en sí.

Dar no hizo caso del policía que le hacía señales con su bastón luminoso y aparcó en el arcén derecho, donde se encontraban los vehículos oficiales. Unas luces rojas y azules teñían las paredes del cañón con sus relámpagos de color.

El policía se acercó a grandes zancadas al NSX.

—¡Eh, usted, no puede aparcar aquí! Hay un accidente...

—El sargento Cameron me ha llamado.

—¿Cameron? —el policía todavía estaba molesto porque Dar había hecho caso omiso de su bastón —. ¿Por qué? ¿Es usted de Accidentes? ¿Tiene identificación?

Dar negó con la cabeza.

—Dígale al sargento Cameron que ha llegado Dar Minor.

El policía refunfuñó un poco pero acabó sacando una radio del cinturón, se apartó unos pasos para tener algo de intimidad y luego habló un momento.

Dar esperaba. Se daba cuenta de que los policías que estaban en el arcén miraban hacia arriba, a la pared del cañón. Se bajó del NSX y miró también hacia la roca rojiza. Muchos metros más arriba, en un ancho repecho, relampagueaban más luces y se veía movimiento de gente y vehículos. No había carretera ni sendero alguno que subiera por aquel empinado precipicio hasta el repecho, ningún camino que bajase desde la cima situada a centenares de metros de altura. Un pequeño helicóptero verde y blanco se elevó por encima del borde y descendió poco a poco en el lado del cañón.

Dar notó que el estómago le daba un vuelco cuando vio aterrizar al pequeño helicóptero en una zona despejada, en la ladera. «Un HLO», pensó. Helicópteros Ligeros de Observación, los llamaban en Vietnam, hacía muchos, muchísimos años. Dar recordaba que a los oficiales les encantaba ir zascandileando por ahí montados en aquellos helicópteros. Ahora se usaban para realizar informes de tráfico y para asuntos policiales. Probablemente se trataba de un Hughes 55.

—¡Darwin! —el sargento Cameron y otro policía saltaron del helicóptero y corrieron fuera del alcance de las aspas que giraban, medio agachados.

Paul Cameron debía de tener la edad de Dar, cuarenta y tantos, casi cincuenta. El sargento era un hombre robusto y de tez bastante oscura, con el torso abombado, y lucía un bigote cuidadosamente arreglado. Dar sabía que Cameron se habría retirado ya hacía años de no haberse iniciado tarde en la carrera policial. Se había alistado en la Marina justo cuando Dar la dejaba.

Había también otro policía más joven con él: blanco, de veintipocos años, con cara de niño y una

boca que a Dar le recordó la de Elvis.

—El doctor Darwin Minor. Y éste es el agente Mickey Elroy. Estábamos hablando de ti, justamente, Dar.

El policía más joven lanzó una mirada suspicaz a Dar.

—¿Es usted médico de verdad?

—No, soy doctor, pero no en medicina. En física.

Mientras el agente Elroy acababa de asimilar aquella información, Cameron dijo:

—¿Estás preparado para echar un vistazo al rompecabezas, Dar?

—Bueno, vamos —Dar no se molestó en ocultar su falta de entusiasmo.

—Ah, claro, no te gusta volar, ¿verdad? —la voz de Cameron sólo registraba dos tonos: divertido y ofendido. Ahora parecía divertido—. Pero si tienes licencia de piloto, ahora que me acuerdo, ¿verdad, Dar? De planeador o algo así, ¿no?

—Lo que no me gusta es que me lleven... —dijo Dar, pero cogió la bolsa con la cámara de fotos del NSX y siguió a los otros dos hombres hacia el helicóptero. Cameron se sentó delante, en el asiento del copiloto, y apenas quedó sitio en el asiento posterior para Dar y el policía joven. Ambos se ataron los cinturones de seguridad.

«La última vez que volé en uno de estos malditos trastos —pensó Dar—, era en un Sea Stallion, saliendo del reactor de Dalat».

El piloto comprobó que todos iban bien sujetos y empujó una palanca y tiró de otra. El pequeño aparato se elevó, se bamboleó un poco y luego se inclinó hacia adelante, ganó altura en la boca del cañón antes de echarse hacia atrás, se quedó un momento suspendido por encima del ancho saliente de piedra y arbustos de artemisa y luego empezó a subir poco a poco, con cuidado. Los rotores quedaban a menos de seis metros de la pared de piedra vertical.

Dar salió del aparato con las piernas flojas. Se preguntaba si Cameron le dejaría bajar por la pared del cañón haciendo rappel hasta la carretera, cuando tuvieran que irse.

—¿Es verdad lo que cuenta el sargento de usted y del transbordador espacial? —preguntó Elroy, haciendo una ligera mueca con sus labios de Elvis.

—¿Qué? —exclamó Dar, agachado y tapándose los oídos mientras el helicóptero volvía a elevarse,

—Eso de que fue usted quien averiguó qué fue lo que lo hizo explotar. Me refiero al Challenger. Yo sólo tenía doce años cuando pasó aquello.

Dar meneó la cabeza.

—No, no, yo sólo era un currante más del CNST en el comité de investigación.

—Un currante despedido por la NASA —dijo Cameron, calándose bien el sombrero.

Elroy parecía desconcertado.

—¿Por qué le despidieron?

—Por decirles lo que no querían oír —replicó Dar. Ya veía el cráter en el reborde. Tenía unos

nueve metros de diámetro y quizás un metro de hondura en la parte más profunda. Lo que había colisionado allí, fuera lo que fuese, había ardiado y se había consumido junto a la pared interior de roca, y había prendido fuego también a la hierba y a la artemisa que crecía a lo largo de la cornisa. Había una docena o así de policías y gente de la policía científica de pie y agachados junto al cráter o dentro de éste.

—¿Y qué era lo que no querían oír? —preguntó Elroy, apresurándose a seguirle.

Dar pisó el borde del cráter.

—Que los astronautas del Challenger no habían muerto en la explosión —dijo, sin prestar atención en realidad a la conversación—, Les dije que el cuerpo humano es un organismo sorprendentemente resistente. Les dije que los siete astronautas habían sobrevivido hasta que la cabina cayó al mar. Dos minutos y cuarenta y cinco segundos de caída.

El chaval se detuvo en seco.

—Dios mío... —exclamó—. No será verdad eso, ¿no? Quiero decir que nunca lo había oído...

—¿Qué es esto, Paul? —preguntó Dar—. Sabes que ya no me ocupo de accidentes de avión.

—Sí —asintió Cameron, mostrando unos fuertes y blancos dientes al sonreír. Se agachó, hurgó entre la hierba quemada y arrojó un chamuscado fragmento de metal a Dar—. ¿Sabes lo que es?

—La manecilla de la puerta. De un Chevy.

—Los chicos creen que se trataba de un El Camino del 82 —aseguró Cameron, haciendo un gesto hacia los hombres de la policía científica que se encontraban en el hoyo abrasado .

Dar miró la pared de piedra vertical que se encontraba a su derecha y a la carretera, muchos metros más abajo.

—Fantástico —dijo—. Supongo que no hay huellas de neumáticos arriba, en la colina.

—No señor. Sólo roca —informó el sargento—. Ni tampoco desde atrás.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—En algún momento de la noche pasada. Un civil ha informado de que ha visto fuego hacia las dos de la mañana.

—Y habéis venido al momento.

—Teníamos que venir. Los primeros que llegaron creyeron que era un avión militar que se había estrellado.

Dar asintió y echó a andar hacia la línea de cinta amarilla que habían colocado los policías en torno al hoyo.

—Muchos fragmentos hay aquí. ¿Hay alguno que no pertenezca a un Camino?

—Huesos, pedacitos —explicó Cameron, sin parar de sonreír—. Una persona, de eso estamos seguros. Creen que un hombre. Un poco desperdigado por el impacto y la explosión. Ah, y fragmentos de revestimiento de aluminio y de aleación que no tienen nada que ver con el Camino.

—¿Otro vehículo?

—No lo creen. Quizá fuese algo que iba en el coche.

—Qué curioso —exclamó Dar.

El agente Elroy todavía le contemplaba con suspicacia, como si Dar fuera una broma que le estaba gastando el sargento.

—¿Y usted es el hombre que dio nombre al Premio Darwin?

—No —dijo Dar. Fue dando la vuelta al cráter, procurando no acercarse demasiado al borde del precipicio. No le gustaban nada las alturas. Algunos de los hombres de Investigación de Accidentes le saludaron. Dar sacó la cámara de la bolsa y empezó a hacer fotos desde distintos ángulos. El sol naciente relucía sobre los miles de trozos desperdigados de metal abrasado.

—¿Qué es eso? —preguntó Elroy—. Nunca había visto una cámara como ésa en mi vida.

—Es digital —explicó Dar. Dejó de sacar fotos y grabar en vídeo y miró hacia abajo, a la carretera. La entrada al cañón era visible desde allí, justo en la dirección de la carretera que se extendía hacia el este, hacia Borrega Springs. Dar miró al diminuto visor de la cámara, tomó algunas instantáneas y grabó en vídeo la carretera y el desierto que estaban alineados con el cráter.

—Bueno, si el Premio Darwin no lleva ese nombre por usted —insistió el policía joven—, ¿por quién lo lleva?

—Charles Darwin —replicó Dar—. Ya sabes, todo eso del origen de las especies.

El chico le miró sin entender. Dar suspiró.

—La sociedad de investigadores de seguros da el premio a la persona que hace el favor más grande a la especie humana al eliminar su ADN del acervo genético.

El chico asintió lentamente, aunque estaba claro que no lo entendía.

Cameron soltó una risita.

—La persona que se mata de la forma más tonta —tradujo, y miró a Dar—. El año pasado lo ganó un tío de Sacramento que empezó a darle patadas a una máquina de Pepsi hasta que se le cayó encima y le aplastó, ¿verdad?

—Eso fue hace dos años —replicó Dar—. El año pasado fue un granjero de Oregón que tuvo miedo de caerse al retejar el tejado de su casa, y se le ocurrió atarse una cuerda a la cintura, echar el cabo y decirle a su hijo mayor que la atara a algo resistente. Ese «algo resistente» resultó ser el parachoques trasero de su furgoneta.

Cameron soltó una risotada.

—Ah, sí, sí. Y entonces su mujer salió de casa y se fue a la ciudad en la furgoneta. ¿Y la aseguradora del coche le pagó algo a la viuda?

—No les quedó más remedio —dijo Dar—. Él estaba ligado al vehículo, al fin y al cabo. Según todas las normas de las pólizas, estaba cubierto.

Elroy sonrió a lo Elvis, aunque estaba claro que no entendía la gracia de aquella historia.

—Bueno, ¿vas a resolver este caso para nosotros, sí o no? —preguntó entonces Cameron.

Dar se rascó la cabeza.

—¿Tenéis alguna teoría?

—Investigación de Accidentes cree que era una historia de drogas que acabó mal —dijo Cameron.

—Sí —añadió Elroy, a toda prisa—. Ya sabe. El Camino iba en la parte de atrás de uno de esos aviones militares grandes, como de carga...

—¿Un C-130? —aventuró Dar.

—Sí —Elroy sonrió—. Y los tíos esos tuvieron una pelea y entonces echaron el coche abajo, por la parte de atrás... ¡bum! —hizo un gesto hacia el cráter como un maitre que conduce a un cliente a una mesa.

Dar asintió.

—Buena teoría. Salvo por algunos detalles: ¿de dónde iban a sacar un C-130 unos traficantes de drogas? ¿Y por qué meter un coche dentro? ¿Y por qué echar el vehículo abajo? ¿Y por qué iba a explotar éste y arder?

—¿No les pasa eso a todos los coches cuando se caen por un precipicio y esas cosas? —dijo Elroy. Su sonrisa empezaba a desvanecerse.

—Sólo en las películas, Mickey, hijo mío —dijo Cameron. Se volvió hacia Dar—. ¿Entonces qué? ¿Quieres meterte en el asunto antes de que las cosas se pongan al rojo vivo?

Dar asintió:

—Con dos condiciones.

Cameron levantó sus pobladas cejas.

—Llévame de vuelta al coche y préstame tu radio.

Dar se alejó del cañón en el NSX y se adentró en el desierto, se detuvo, miró a su alrededor durante un rato, siguió conduciendo un poco más, miró otra vez, dio la vuelta, regresó al primer lugar donde se había detenido y se echó a andar por el desierto, recogió unas piedrecillas y otros pequeños objetos y se los metió en el bolsillo. Sacó unas cuantas fotos de los árboles de Josué y la arena, luego volvió al coche y sacó unas cuantas fotos más de la carretera asfaltada. Era todavía temprano y el tráfico era escaso (sólo había unos cuantos monovolúmenes y furgonetas) y no se habían formado retenciones por el cierre de un carril en el cañón. Pero la temperatura era ya de casi treinta grados en el desierto, y Dar se tuvo que quitar la chaqueta y mantener el aire acondicionado encendido mientras estaba allí sentado en el negro Acura al ralentí, aparcado en un repecho de grava a unos tres kilómetros de la entrada al cañón.

Dar puso en marcha su ThinkPad IBM, cargó las imágenes almacenadas en la cámara digital Hitachi utilizando una tarjeta y las examinó en la pantalla durante unos minutos. Pasó las breves secuencias de vídeo que había grabado. Luego activó el teclado numérico y tecleó unas ecuaciones durante varios minutos. Activó el programa de trazado de mapas y el equipo de posicionamiento GPS que llevaba en la guantera. Comprobó y verificó las distancias, los ángulos y las elevaciones, y luego acabó los cálculos, cerró el ordenador, lo guardó y llamó a Cameron por la radio que le había tomado prestada. Habían pasado treinta y cinco minutos desde que dejó la cornisa.

El helicóptero verde y blanco planeó por la zona y aterrizó cinco minutos después. El piloto se quedó dentro de la burbuja mientras Cameron salía, sujetándose el sombrero, y caminaba hacia el NSX.

—¿Y el joven Elvis? —dijo Dar.

—Elroy —corrigió el sargento.

—Como se llame.

—Le he dejado allí. Ya ha tenido bastantes emociones esta mañana. Además, se estaba volviendo poco respetuoso con sus mayores.

—¿Ah, sí?

—Ha dicho que eras un gilipollas arrogante en cuanto te has ido —dijo Cameron.

Dar levantó una ceja.

—¿Un gilipollas?

El ex marine suspiró.

—Lo siento, Darwin. Es el mejor que he podido conseguir. Nunca ha estado en el ejército. Es de la generación X y todas esas tonterías. Y es blanco. Con gran pobreza de vocabulario. Te pido disculpas en su nombre.

—¿Un gilipollas? —repitió Dar.

—Bueno, ¿qué tienes? —Cameron estaba cansado, eso era evidente, y había pasado de su tono divertido al cabreo habitual.

—¿Qué me das si tengo algo para ti?

—La eterna gratitud de la Policía de Tráfico de California —gruñó Cameron.

—Tendrá que bastar con eso. —Dar miró de soslayo al pequeño helicóptero que parecía temblar cuando las olas de calor se alzaban de la carretera, entre el helicóptero y el coche—. Aunque no soporto tener que meterme en ese maldito trastro otra vez, creo que será mejor que volvamos a subir unos minutos y te lo enseñe.

Cameron frunció el ceño.

—¿Al lugar del choque?

—Ni hablar. Yo no vuelvo a subir volando por ese cañón. Dile a tu hombre que siga mis indicaciones y que se mantenga por debajo de los ciento cincuenta metros.

Se quedaron suspendidos por encima de la carretera, a un kilómetro al este de donde se encontraba aparcado el NSX.

—¿Has visto ese dibujo en el asfalto, chamuscado, como arrugado, aquí, junto al arcén? —preguntó Dar a través del micrófono con cascos.

—Sí, claro, ahora sí que lo veo. Pero cuando venía a oscuras por ese camino, esta mañana, no. ¿Y qué? La carretera está jodida, como en otros mil sitios. Hay un mantenimiento de mierda por aquí.

—Sí —convino Dar—, pero hay zonas en esta parte de la carretera que parece como si se hubieran fundido y luego solidificado de nuevo.

Cameron se encogió de hombros.

—Esto es el desierto, tío. ¿Qué temperatura tendremos hoy? —se volvió al piloto.

—Cuarenta y nueve —dijo el piloto, sin dirigir una mirada hacia ellos, con los ojos, cubiertos por las gafas de sol, clavados en los instrumentos y en el horizonte.

—Vale —dijo Dar—. Volvamos ahora hacia el NSX.

—¿Y eso es todo? —exclamó Cameron.

—Paciencia.

Planearon a cien metros por encima de la carretera. Un monovolumen pasó a toda velocidad hacia el oeste. Por las dos ventanillas traseras asomaban las cabezas de unos niños, riendo al ver el helicóptero. El Acura parecía una vela negra que se hubiera fundido por el calor.

—¿Ves esas marcas de derrape? —dijo Dar.

—Pues sí —dijo Cameron—. Pero están a dos kilómetros del cañón. A más de tres del accidente. ¿Estás diciendo que alguien perdió el control allí, dejó unas marcas de derrape y luego se estrelló casi a cinco kilómetros de distancia, a sesenta o setenta metros de altura en la pared de un cañón? Muy rápido tenía que ser el hijo de puta —el sargento sonreía, pero sin alegría.

—Unas marcas de derrape largas —dijo Dar, apuntando a las huellas paralelas que se dirigían hacia el oeste.

—Crios que conducen a lo loco. Encontrarás marcas de neumáticos cada pocos metros, aquí. Ya sabes lo que pasa, Dar. Tenemos suerte si no encontramos a los chicos en un accidente a la mañana siguiente.

—Las he medido —explicó Dar—. Quinientos sesenta metros de marcas sin estrías en la carretera. Si era un crío que iba quemando rueda, hizo una acrobacia muy larga y se dejó casi todo el neumático en el asfalto. Pero si son marcas de derrape...

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Cameron.

—Una simple cuestión del coeficiente de rozamiento. Nuestro Camino trató de detenerse aquí, pero no pudo. Los frenos se fundieron. —Dar rebuscó en el bolsillo y le tendió a Cameron unos grumos y bolitas diminutas de lo que parecía goma derretida.

—¿Las pastillas del freno? —dijo Cameron.

—Lo que queda de ellas —suspiró Dar, y le tendió al sargento más bolitas, esta vez de metal—. Éstas son de la superficie del tambor del freno, derretido —dijo—. Los árboles de Josué que hay en esta zona están llenos de polvo tanto de goma como de acero fundido.

—La verdad es que los frenos del Camino nunca han valido una mierda —exclamó Cameron, haciendo bailar las bolitas en su oscura palma.

—No —accedió Dar—. Especialmente cuando uno trata de frenar yendo a una velocidad de alrededor de cuatrocientos ochenta kilómetros por hora.

—¡Cuatrocientos ochenta kilómetros por hora! —exclamó el sargento de policía, y se quedó con la boca ligeramente abierta.

—Que aterrice este chisme —pidió Dar—. Te lo explicaré fuera.

—Creo que lo hizo de noche porque no quería que nadie le viera colocar las unidades RAD en la parte trasera del coche, en el arcén —dijo Dar—. Y entonces...

—¡Unidades RAD! —exclamó Cameron, quitándose el sombrero y frotando la faja interior con los dedos.

—Unidades a Reacción de Ayuda al Despegue —explicó Dar—. Básicamente se trata de unos cohetes grandes con combustible sólido, sujetos con correas, que usan las Fuerzas Aéreas para hacer despegar los aviones de carga muy pesados cuando la pista de aterrizaje es demasiado corta o la carga...

—¡Ya sé lo que son las putas unidades RAD! —gruñó Cameron—. Estaba en el ejército, ¿te acuerdas? Pero, ¿cómo es posible que un soplapollas cualquiera con un Camino del 82 consiguiera dos cosas de esas?

Dar se encogió de hombros.

—La Base Andrews de las Fuerzas Aéreas está al norte de aquí. Twelve Palms está bajando por la carretera. Hay más bases militares por aquí alrededor que en cualquier otra zona de Estados Unidos, comparativamente. Quién sabe, a lo mejor los militares han ido vendiendo sus excedentes en plan de saldo o algo así.

—¡Unidades RAD! —exclamó otra vez Cameron, mirando de nuevo las inacabables marcas de derrape. Se torcían en algunos sitios, pero luego volvían a enderezarse y se dirigían recto como una doble flecha negra hacia el cañón distante—. ¿Y por qué usó dos?

—Una no le habría servido de nada, a menos que se hubiera sentado encima —dijo Dar—. Si encendía sólo una y no estaba perfectamente colocada en el centro de masa exacto del Camino, el vehículo habría empezado a girar como una peonza y el cohete habría acabado por clavarle en el desierto, o le habría fundido por completo.

—Está bien —concedió Cameron—. Pues ató o sujetó de alguna manera dos chismes de esos de los excedentes de las Fuerzas Aéreas. ¿Y qué más?

Dar se frotó la barbilla. Se había olvidado de afeitarse con las prisas por entrar en acción.

—Entonces esperó a que no hubiera tráfico y los encendió. Probablemente tenían un circuito sencillo con una batería. Una vez encendidos, no se pueden apagar. En sí, no son más que cohetes gigantescos, como versiones en miniatura de los dos propulsores que usa el transbordador espacial. Sólo hay que encenderlos y salir. No hay vuelta atrás.

—Así que se convirtió en un transbordador espacial —dijo Cameron, con una expresión rara. Miró a las montañas que se encontraban a tres kilómetros de distancia—. Por el aire hasta aquella pared de roca.

—No todo el camino —dijo Dar, volviendo a consultar el ThinkPad y señalando los valores estimados para la curva Delta V—. Sólo puedo suponer cuál sería el impulso de esos chismes, pero la llama del cohete fundió todos esos trozos de asfalto y probablemente le propulsó a más de

cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora, justo en el punto donde empiezan esas marcas de derrape, unos doce segundos después de la ignición.

—Vaya viajecito endemoniado.

—Quizás el chico buscara batir un récord de velocidad. En aquel punto de allí, cuando los postes del teléfono pasaban a toda velocidad en la oscuridad como si fueran los palitos de una valla (porque la llamarada del cohete seguro que los iluminó), nuestro hombre se lo pensó mejor. Accionó los frenos.

—Y de mucho le sirvieron —murmuró Cameron. El sargento casi hablaba en susurros.

—El revestimiento de los frenos se fundió. Los tambores también se fundieron. Los neumáticos se desgajaron. Observa que en los últimos cien metros o así de carretera, las marcas son intermitentes.

—¿Los frenos, que se ponían en marcha a ratos? —preguntó Cameron, ahora dejando entrever en su voz el placer anticipado de explicar y volver a explicar aquella historia. A los polis les gustan los accidentes espectaculares.

Dar meneó la cabeza.

—No. Sólo trozos de neumático fundido. El Camino dio unos saltos de nueve o diez metros antes de salir disparado por los aires.

—Madre de Dios —exclamó Cameron, casi compungido.

—Sí —dijo Dar—. Hay un último punto fundido más allá de donde cesan las marcas de neumáticos. Allí fue donde las unidades RAD cogieron un ángulo estupendo de treinta y seis grados, perfecto para el despegue. La subida del Camino debió de ser impresionante.

—Joder —el sargento hizo una mueca—. ¿Así que esas bengalitas estuvieron encendidas todo el camino hasta la pared del risco?

Dar meneó otra vez la cabeza.

—Lo que yo supongo es que se consumieron unos quince segundos después del despegue. El resto de la trayectoria fue una simple cuestión balística —señaló al mapa obtenido con el sistema GPS que tenía en la pantalla del ThinkPad, con sencillas ecuaciones a la derecha de la trayectoria curva que iba del desierto a la pared del cañón.

—La carretera hace un giro y empieza a subir en el sitio donde impactó —dijo Cameron.

Dar hizo una mueca de dolor. No soportaba el uso verbal de determinados sustantivos como «impacto».

—Sí —dijo—. No pudo dar la vuelta. El Camino probablemente iba girando sobre su eje horizontal por aquel entonces, lo que le daba una cierta estabilidad durante el descenso.

—Como una bala de rifle.

—Exactamente.

—¿Cuál crees que fue... no sé la palabra... el punto más alto?

—¿El apogeo? —dijo Dar. Miró la pantalla del ordenador—. Probablemente a no menos de seiscientos y no más de ochocientos metros por encima de la superficie del desierto.

—Me cago en la mar —susurró Cameron—. Fue un viajecito corto, pero debió de ser muy emocionante.

Dar se rascó la oreja.

—Creo que después de los primeros quince segundos o así, nuestro hombre se convirtió en un pasajero muy poco activo y ya no pudo participar en la cosa.

—¿Qué quieres decir?

Dar tocó de nuevo la pantalla.

—Quiero decir que aun con las tasas de aceleración más bajas que puedo imaginar para llevarle desde aquí hasta allí, soportaba una presión de unos dieciocho g cuando dejó el asfalto. Un chico que pesara unos noventa kilos tendría...

—... el equivalente de mil quinientos cuarenta kilos oprimiéndole la cara y el pecho —concluyó Cameron—, Uf.

La radio del sargento emitió un chasquido.

—Lo siento —dijo éste—. Tengo que contestar.

Se alejó un poco para escuchar los sonidos chirriantes, mientras Dar apagaba el ordenador y lo guardaba en el NSX. El coche estaba de nuevo al ralentí para mantener el aire acondicionado en marcha.

Cameron se acercó de nuevo. Su expresión era una extraña mezcla de mueca y sonrisa.

—Los chicos de la policía científica acaban de extraer el volante del Camino del cráter —dijo en voz baja.

Dar esperó.

—Los huesos de los dedos estaban incrustados en el plástico —añadió—. Profundamente incrustados.

Dar lanzó un suspiro. Su teléfono chirrió. Lo abrió mientras decía al sargento:

—Esto es lo que me gusta de California, Paul. Nunca estás fuera de cobertura. Siempre en contacto. —Escuchó durante un minuto y dijo—: Sí, estaré ahí dentro de veinte minutos —y volvió a cerrar el móvil.

—¿Es hora de trabajar de verdad? —exclamó Cameron, sonriendo abiertamente. Se veía que ya pensaba cómo contar aquello en el futuro.

Dar asintió.

—Era Lawrence Stewart, mi jefe. Tiene algo para mí que suena más raro todavía que esta mierda.

—*Semper Fi* —dijo Cameron, sin dirigirse a nadie en concreto.

—*O seclum insipiens et inficetum* —añadió Dar, para la misma audiencia.

«B de BUD»

A Dar le costó menos de quince minutos llegar al local, mezcla de gasolinera, bar de camioneros y casino indio, al cual su jefe, Lawrence Stewart, le había pedido que acudiera todo lo rápido que le fuera posible. En el NSX, con el detector de radar emitiendo silbidos metálicos en todas direcciones, toda la rapidez posible significaban doscientos sesenta kilómetros por hora.

El bar de camioneros se encontraba al oeste de Palm Springs, pero no era uno de los grandes casinos indios que habían surgido en el desierto como falsos poblados de adobe, esa especie de aspiradores gigantes que pretendían vaciar hasta el último bolsillo del último mamón anglosajón. Aquel sólo era un destartalado y sórdido barucho de carretera que vivió su apogeo al mismo tiempo que la carretera 66 (aunque no estaba ni remotamente cerca de la 66), y el «casino» no era más que un cuarto trastero con seis tragaperras y un nativo americano tuerto que repartía las cartas del black-jack en una jornada de trabajo que al parecer duraba veinticuatro horas.

Dar vio a Lawrence en el acto. Su jefe no podía pasar inadvertido: metro noventa de estatura, 125 kilos de peso, y una cara simpática, con bigote, que en aquel momento parecía algo sofocada. El Isuzu Trooper del 86 de Lawrence estaba aparcado lejos de los surtidores de gasolina y las puertas del garaje, en una zona de cemento arrugada por el calor, situada en ángulo con la cafetería.

Dar buscó un poco de sombra para aparcar el NSX y, al no encontrarla, lo metió a la sombra del vehículo deportivo de Lawrence. Un solo vistazo le indicó que pasaba algo raro. Lawrence había quitado la Unidad Sellada de Faro izquierda y había colocado cuidadosamente la bombilla y otras piezas en un paño que estaba colocado encima del alto capó del Isuzu. En aquel preciso momento la mano derecha de Lawrence estaba metida en el hueco del faro, y con la izquierda intentaba sacarla, como si el coche le hubiera atrapado la mano, y al mismo tiempo hablaba por el móvil, con la oreja bien pegada al hombro para que no se le cayera. Llevaba unos vaqueros y una sahariana de manga corta, mojada de sudor erve el pecho, las axilas y la espalda. Dar se fijó mejor y se dio cuenta de que la redonda cara de Lawrence no sólo parecía sofocada, sino roja como un tomate, como si estuviera a punto de darle un ataque.

—Hola, Larry —dijo Dar. Salió del coche y cerró la portezuela.

—¡Maldita sea, no me llames Larry! —gruñó el hombretón.

Todo el mundo le llamaba Larry. Dar había conocido al hermano mayor de Lawrence, un escritor llamado Dale Stewart, y Dale le había dicho que Lawrence «Nomellameslarry» llevaba toda la vida, desde los siete años, librando aquella batalla perdida de antemano.

—Vale, Larry —accedió Dar, amistoso, acercándose. Se inclinó por encima del guardabarros izquierdo del Isuzu, poniendo mucho cuidado en apoyar el codo en el trapo que había sobre el capó, y no en el metal al rojo vivo—. ¿Qué pasa?

Lawrence se enderezó y miró a su alrededor. El sudor le corría libremente por las mejillas y la frente y mojaba su sahariana. Hizo un gesto leve, señalando hacia las cristaleras de la cafetería:

—¿Ves a ese tío que está ahí sentado en el tercer taburete...? No, no te vuelvas a mirar, hombre.

Dar mantuvo la cara hacia Lawrence, mirando de reojo hacia la gran cristalera.

—¿El bajito, que lleva una camisa hawaiana? El que está a punto de acabarse... ¿qué son, unos huevos revueltos?

—Ése. Ése es —dijo Lawrence—. Bromley.

—Ah —exclamó Dar. Lawrence y Trudy llevaban meses trabajando en un caso de robo de coches. Alguien robaba coches de alquiler nuevos a una de las empresas de alquiler con las que trabajaba su agencia (Avis, en este caso) y luego repintaban los vehículos, los pasaban al otro lado de la frontera del estado y los vendían. Llevaban semanas vigilando a Charles Bromley, «Chuckie», que al parecer era el ladrón de coches principal de la banda. Dar no había intervenido en aquel caso hasta el momento.

—Ese Ford Expedition morado que hay ahí, con placas de vehículo de alquiler, es el suyo —dijo Lawrence, sujetando todavía el móvil en el hombro con la mandíbula. Dar oía unos ruidos que procedían del teléfono, y Lawrence dijo—: Un momento, cariño. Ha llegado Dar.

—¿Es Trudy? —preguntó éste.

Lawrence levantó los ojos al cielo.

—¿A qué otra persona crees que le llamaría «cariño»?

Dar levantó las dos manos, con las palmas hacia afuera.

—Eh, tu vida privada es cosa tuya, Larry —sonreía al decir aquello, porque sabía que no había pareja más unida ni que dependiesen más el uno del otro que Lawrence y Trudy. Oficialmente, Trudy era la propietaria de la empresa, y la pareja trabajaba de sesenta a ochenta horas cada semana, y vivían, respiraban, hablaban y evidentemente pensaban en poca cosa más que la tasación de seguros y el creciente número de casos que estaban llevando.

—Coge el teléfono —dijo Lawrence.

Dar rescató el móvil de entre la sudorosa mejilla y el hombro de Lawrence.

—Hola, Trudy —dijo al teléfono. A Lawrence le dijo—: No sabía que Avis alquilaba Expedition morados.

Normalmente, el tono de Trudy Stewart era siempre amable y profesional, de una persona muy ocupada. En aquella ocasión también parecía muy atareada, pero también furiosa cuando le dijo:

—¿Qué, puedes soltar a ese idiota?

—Lo intentaré —dijo Dar, empezando a comprender lo que pasaba.

—Vuélveme a llamar si hay que amputarle la mano —dijo Trudy, y colgó.

—Joder —refunfuñó Lawrence, echando otro vistazo a la cafetería, donde la camarera se estaba llevando ya el plato de Bromley. El pequeñajo estaba acabando de tomarse el café—. Se va a ir dentro de nada.

—¿Cómo te has hecho esto? —preguntó Dar, señalando al lugar donde desaparecía la mano de Lawrence en el hueco del faro.

—Venía siguiendo a Bromley desde antes de amanecer, y me he dado cuenta de que este faro no funcionaba —dijo Lawrence.

—Mal asunto —convino Dar. La gente solía fijarse en los coches con un solo faro encendido que se reflejaban en el retrovisor por la noche.

—Malo —gruñó Lawrence, tirando de la muñeca de nuevo. Estaba bien cogida—. Ya sé cuál es el problema. Estos faros tienen un pequeño fusible barato que se suelta. Está detrás del propio faro, en lugar de encontrarse debajo del tablero de mandos. Trudy lo arregló la última vez que se aflojó.

Dar asintió.

—Trudy tiene las manos más pequeñas.

Lawrence miró a su especialista en reconstrucción de accidentes.

—Pues sí —dijo, como si hubiera descartado antes una docena de respuestas más pertinentes y más violentas—. La abertura tiene forma de embudo. La mano ha entrado bien, incluso he vuelto a conectar el maldito gancho del fusible. Pero ahora no puedo... no hay manera de...

—¿Soltarte? —sugirió Dar, mirando al restaurante—. Bromley está pidiendo la cuenta.

—Joder, joder, joder —murmuró Lawrence—. No podía entrar en el comedor sin llamar la atención, es demasiado pequeño. He puesto gasolina todo lo despacio que he podido. Pensaba que si me ponía a arreglar esto durante un rato, parecería normal...

—Pareces alguien que tiene la mano atrapada en el hueco de un faro —dijo Dar.

Lawrence enseñó los dientes en una sonrisa no demasiado amistosa.

—El interior del reborde está afilado como una navaja —susurró entre dientes—. Y creo que la mano se me ha desollado un poco, después de media hora intentando sacarla.

—¿No se podría acceder desde debajo del capó? —dijo Dar, dispuesto a enrollar el trapo y levantar la capota.

Lawrence seguía con su mueca.

—Está cerrado herméticamente. Si hubiera podido sacarlo desde debajo del capó, no habría metido la mano por el agujero del faro.

Dar sabía que su jefe era un hombre afable, dado a las bromas y de buen corazón, pero también que se le calentaba la sangre fácilmente y que tenía raros pero temibles accesos de mal genio. Observando la cara de su jefe, que estaba ya roja como una amapola, el sudor cayéndole a chorros encima de la chata nariz y el bigote, y la mordacidad de su voz, Dar dedujo que no era el momento más adecuado para seguir con bromitas.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que les pida jabón o algo de grasa a los mecánicos del garaje?

—No quería atraer aquí a una multitud... —empezó Lawrence, y entonces exclamó—: ¡Oh, mierda!

Cuatro de los mecánicos y una muchacha jovencita se dirigían hacia ellos desde el garaje. Bromley había pagado ya la cuenta y había desaparecido de la vista. O bien había entrado en el lavabo o iba hacia la puerta.

Lawrence se inclinó hacia Dar y dijo:

—Chuckie se va a reunir con su jefe y otros miembros de la banda de ladrones de coches en algún lugar del desierto, esta mañana. Si puedo sacarles unas fotos, les cogeremos. —Dio un tirón de la mano derecha, pero el Isuzu Trooper siguió sujetando su presa.

Dar asintió:

—¿Quieres que les siga?

Lawrence puso mala cara:

—No seas idiota. ¿Por en medio del desierto con «eso»? —señaló con la cabeza hacia el NSX negro—. Destacarías más que una mosca en un vaso de leche.

Dar hizo un gesto de resignación.

—Hoy no pensaba salir a la carretera. ¿Quieres que me lleve tu coche?

Lawrence se enderezó, con la mano firmemente incrustada. Los mecánicos y la chica ya habían llegado y formaban un semicírculo a su alrededor.

—¿Cómo vas a llevarte mi coche si yo estoy enganchado? —susurró Lawrence.

Dar se frotó la barbilla.

—¿Y si te ato encima del capó como si fueras un ciervo? —sugirió.

Chuckie Bromley salió del restaurante, echó un vistazo al grupito que se había reunido en torno a Lawrence y subió trabajosamente en su Ford Expedition color morado.

—Eh —dijo uno de los mecánicos, un chico joven, limpiándose las negras manos en un trapo más negro todavía—. ¿Está atrapado?

La mirada de basilisco de Lawrence hizo retroceder un paso al chico.

—Traeremos un poco de grasa —dijo el segundo mecánico.

—No, nada de grasa —exclamó otro mecánico algo mayor, al que le faltaban los dientes incisivos—. Sólo hay que rociarlo con un poco de WD-40... Claro que va a perder usted un poco de piel... a lo mejor el pulgar, también.

—Creo que lo mejor será desmontar la rejilla —dijo el tercer mecánico—. Quitar todo el maldito faro. Es la única forma de sacarle la mano de ahí, señor, sin romperle los ligamentos. Tengo un primo que se quedó atrapado en su Isuzu...

Lawrence suspiró hondamente. Chuckie Bromley pasó junto a ellos en su coche y giró hacia el oeste para enfilar la carretera.

—Dar —dijo—, ¿puedes coger el expediente que hay en el asiento del pasajero? Es el caso en el que quiero que trabajes hoy

Darwin dio la vuelta y cogió el archivo, le echó un vistazo y dijo:

—Oh, no, Larry. Sabes que odio este tipo de...

Lawrence asintió con la cabeza.

—Iba a hacerlo yo mismo de camino a casa, después de fotografiar el encuentro en el desierto,

pero tendrás que cubrirme tú. A lo mejor me tienen que dar unos puntos. —Lawrence siguió con la vista al enorme y morado Expedition que desaparecía por la carretera abajo—. Un favor más, Dar. ¿Puedes sacarme el pañuelo del bolsillo de atrás, el derecho?

Dar lo hizo.

—Apártense —les dijo Lawrence a todos los demás. Tiró fuerte de la mano dos veces. El afilado aro de metal había sujetado con firmeza la carne. El tercer tirón fue tan fuerte que el Isuzu se balanceó hacia adelante sobre los amortiguadores.

—¡Aaag! —gritó Lawrence, como un cinturón negro de karate preparándose para romper un ladrillo. Se agarró el antebrazo derecho con la mano izquierda y tiró con toda la fuerza de sus ciento veinticinco kilos. Un chorro de sangre cayó sobre el asfalto y casi dio en las zapatillas deportivas de la chica. Ésta saltó hacia atrás y se quedó casi de puntillas.

—¡Uuuau! —dijeron todos los congregados al unísono, un afinado coro de asco y admiración simultáneas.

—Gracias —dijo Lawrence, y cogiendo el pañuelo que le tendía Dar con la mano izquierda, se lo envolvió en torno a la sanguinolenta mano derecha, justo por encima de la unión del pulgar con la muñeca.

Dar se metió el teléfono móvil de Lawrence en el bolsillo superior izquierdo de la sahariana, una vez éste se hubo colocado al volante de su Trooper y lo hubo puesto en marcha.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Dar. Se imaginó que Lawrence se debilitaba por la pérdida de sangre al mismo tiempo que la banda de delincuentes se daba cuenta de que la luz se reflejaba en el teleobjetivo con el que su jefe registraba la escena de los coches robados. Persecución por el desierto. Tiroteo. Lawrence que se desmaya. Desenlace fatal.

—Ni hablar —dijo Lawrence—, tú hazme la entrevista esa del refugio de jubilados y vente mañana al despacho.

—De acuerdo —asintió Dar, con la voz apagada. Hubiera preferido la persecución por el desierto y la lucha contra los ladrones de coches antes que hacer aquella maldita entrevista. Era ese tipo de cosas que Lawrence y Trudy normalmente le ahorran.

Lawrence salip a toda marcha con el Trooper. El Expedition era una manchita morada en el horizonte.

Los cuatro mecánicos con sus monos y la chica jovencita miraban la mancha que había dejado la sangre en el cemento blanquecino.

—Dios —dijo el más joven—. Qué tontería más grande.

Dar se dejó caer en el cuero negro del asiento de su recalentado NSX.

—Pues ni siquiera está entre las veinte mejores de Larry —dijo, puso en marcha el motor y el aire acondicionado y se fue, dirigiéndose hacia el oeste.

El aparcamiento de caravanas estaba en Riverside, justo al salir de la 91, no muy lejos de la intersección con la 10, por la que había llegado Dar desde Banning. Encontró la entrada correspondiente al aparcamiento de caravanas, entró y aparcó a la rala sombra de un álamo de

Virginia a acabar de leer el expediente.

—Mierda —dijo para sí. Por lo que decía el informe preliminar de Lawrence y los datos de la aseguradora, aquel aparcamiento se había convertido desde hacía tiempo en una comunidad de jubilados. Ahora había que tener al menos cincuenta y cinco años para residir en aquel lugar, aunque se permitía que los nietos y otros jóvenes se alojaran allí si iban de visita, pero la edad promedio de los residentes probablemente se acercaba más a los ochenta. Al parecer, por lo que decían los informes, muchos de los residentes más antiguos llevaban viviendo allí desde que se convirtió en residencia de jubilados, hacía unos quince años.

El propietario de aquel aparcamiento de caravanas tenía establecida una cantidad alta de autorretención, cosa relativamente rara, y había elevado su propio riesgo a 100.000 dólares antes de que la compañía de seguros le forzara a ello. Dar observó que aquel propietario en particular (un tal Gilley) poseía varios aparcamientos de caravanas y mantenía una autorretención alta en todos ellos. Aquello sugirió a Dar que los aparcamientos de caravanas del señor Gilley se consideraban de alto riesgo, que el volumen de accidentes en ellos era elevado desde hacía años, y que las compañías de seguros no estaban dispuestas a proporcionar la cobertura total habitual a causa de la frecuencia de esos accidentes. Dar sabía que eso podía indicar una actitud de desidia por parte del propietario, o también mala suerte.

En este caso, hacía cuatro días le habían notificado a Gilley que se había producido un grave accidente en el aparcamiento, y que uno de los residentes había muerto. El lugar se llamaba Reposo Sombreado, aunque Dar veía ahora que la mayor parte de los árboles habían muerto y quedaba muy poca sombra, en realidad. El propietario había hablado de inmediato con su abogado, y el abogado había llamado a Investigaciones Stewart para que reconstruyeran el accidente, con el fin de evaluar la responsabilidad de su cliente. Un caso bastante corriente para la empresa de Lawrence y Trudy. Dar odiaba esos casos: resbalones, caídas, casos de negligencia, pleitos contra hogares de ancianos. Era una de las razones por las que trabajaba con un contrato especial para los Stewart, para reconstruir sólo accidentes más complejos.

En toda la cadena de comunicaciones de aquel expediente no parecía existir ningún relato detallado del accidente, pero el abogado del propietario le había contado a Trudy que había un testigo (otro residente que se llamaba Henry) y que se podía interrogar a Henry en el club social hacia las 11 de la mañana. Dar echó un vistazo a su reloj. Faltaban diez minutos.

Dar leyó los pocos párrafos transcritos de la llamada telefónica del abogado. Al parecer, uno de los residentes más ancianos, el señor William J. Treehorn, de setenta y ocho años, iba conduciendo su cochecito eléctrico y tropezó con un bordillo junto al club social, se cayó del carrito, se dio un golpe en la cabeza y murió en el acto. El accidente había ocurrido alrededor de las once de la noche, así que lo primero que hizo Dar fue dirigirse hacia el club social (un edificio prefabricado de un solo piso que necesitaba reformas) para comprobar la iluminación que había. Vio las luces de seguridad que debieron de iluminar el caminito que salía de delante del club social, y también tres farolas de sodio con unos postes de diez metros de alto, visibles en la curva del sendero. Dar se quedó un poco sorprendido al ver las luces de sodio de baja presión. Eran más corrientes mucho más al sur, cerca de donde él vivía, por San Diego, porque se suponía que minimizaban el impacto luminoso para el Observatorio de Monte Palomar. Pero si todas las farolas funcionaban, la luz en la zona del accidente sería perfectamente adecuada. Un punto a favor del propietario.

Dar condujo muy despacio junto a la puerta delantera del club social. Apuntó en su bloc que se estaban realizando unas reformas frente al edificio comunitario: parte del pavimento de la calle había sido sustituido y todavía había vallas y conos y una cinta amarilla de acceso restringido en determinadas zonas de la acera, y algunos utensilios de pavimentación se encontraban todavía en la parte acordonada de la calle. Dio la vuelta al edificio hasta un pequeño aparcamiento que había en la parte posterior del club y entró. Al parecer no había aire acondicionado y la atmósfera resultaba asfixiante.

Un grupo de ancianos jugaba a las cartas en una mesa, junto a la ventana de atrás. Desde la ventana se veían una piscina y un jacuzzi que no parecían usarse demasiado. La cubierta que tapaba el jacuzzi estaba cerrada y tenía moho, y la piscina necesitaba una buena limpieza. Dar se aproximó tímidamente a los jugadores, aunque los cuatro lo miraban a él en lugar de mirar las cartas.

—Discúlpenme, no quería interrumpir la partida —dijo—, pero, ¿alguno de ustedes es un caballero llamado Henry?

Un hombre que parecía tener casi ochenta años se puso de pie de un salto. Era bajito, menos de metro setenta, y no debía de pesar más de cincuenta kilos. Sus piernas flacuchas y blancas de anciano emergían de unos enormes pantalones cortos, pero llevaba una camisa tipo polo muy cara, unos zapatos deportivos completamente nuevos y una gorra de béisbol con un emblema que anunciaba un casino de Las Vegas. El reloj de oro que llevaba en la muñeca era un Rolex.

—Yo soy Henry —dijo el dinámico vejete, extendiendo una mano pecosa—. Henry Goldsmith. ¿Usted es el hombre que envía la compañía de seguros para enterarse de lo del accidente de Bud?

Dar se presentó y preguntó:

—¿Bud era el señor William J. Treehorn?

Uno de los viejos habló sin levantar la vista de las cartas.

—Bud. Todo el mundo le llamaba Bud. Nadie le llamaba nunca William, ni Bill. Bud.

—Sí, eso es —dijo Henry Goldsmith. Su voz sonaba suave y triste—. Conocía a Bud desde hacía... Dios mío... casi treinta años, y siempre le llamé Bud.

—¿Vio usted el accidente, señor Goldsmith?

—Henry —dijo el anciano—. Llámeme Henry. Y sí... fui el único que lo vio. Demonios, a lo peor hasta tuve yo la culpa —la voz de Henry había bajado de volumen, de modo que las últimas palabras apenas resultaban audibles—. Vamos, busquemos una mesa vacía —añadió—. Se lo contaré todo.

Se sentaron en la mesa más alejada. Dar se volvió a identificar, le explicó para quién trabajaba y adonde iría a parar la información que le diese, y le preguntó a Henry si consentía en que se grabara su declaración.

—No tiene que hablar conmigo si no lo desea —dijo Dar—. Sólo estoy recogiendo información para el tasador contratado por el abogado del propietario.

—Sí, claro que quiero hablar con usted —dijo Henry, agitando la mano y renunciando a sus derechos legales—. Le diré lo que ocurrió.

Dar asintió y puso en marcha la grabadora. El micrófono era direccional y altamente sensible.

Los primeros diez minutos o así fueron de antecedentes innecesarios. Henry y su mujer vivían enfrente de Bud y su esposa en el aparcamiento, desde antes de que se convirtiera en una comunidad para jubilados. Las familias se conocían ya previamente en Chicago, y cuando todos los hijos les hubieron dejado, se trasladaron juntos a California.

—Bud tuvo una apoplejía hace dos años —dijo Henry—. No... no, fue hace tres años. Justo después de que esos condenados Bravos de Atlanta ganaran la Serie Mundial.

—Fue David Justice el que hizo el home run —dijo Dar automáticamente. No le interesaba deporte alguno excepto el béisbol. A menos que el ajedrez se considere un deporte. Dar no lo consideraba así.

—Bueno, lo que sea —dijo Henry—. Fue entonces cuando le dio el ataque a Bud. Justo después de eso.

—¿Por eso usaba el señor Treehorn un cochecito eléctrico para desplazarse?

—Un Pard —corrigió Henry.

—¿Cómo dice?

—Esos cochecitos los fabrica una empresa que se llama Pard, y así es como llamaba Bud al coche... su Pard. Ya sabe, como si fuera su colega.

Dar ya los conocía. Eran pequeños y tenían tres ruedas, casi como un triciclo gigante. Una batería normal ponía en marcha un pequeño motor eléctrico que movía las ruedas traseras. Aquellos cochecitos se podían manejar con unos pedales de freno y de acelerador similares a los de un cochecito de golf, o mediante palancas para los frenos y demás mandos, en el caso de personas que no pudieran mover las piernas.

—Después del ataque, a Bud no le funcionaba el lado izquierdo del cuerpo —decía Henry—. La pierna izquierda la arrastraba. El brazo izquierdo... bueno, Henry se lo ponía siempre en el regazo. El lado izquierdo de la cara parecía caerle hacia abajo y le costaba hablar.

—¿Se podía comunicar? —preguntó Dar con suavidad—. ¿Hacer saber sus deseos?

—Ah, demonios, claro que sí —dijo Henry, sonriendo como si presumiera de algún nieto—. El ataque no le había afectado el cerebro. Hablaba... bueno, costaba un poco entenderle... pero Rose, Verna y yo siempre sabíamos lo que decía.

—¿Rose es... la señora Treehorn... la esposa de Bud?

—Sólo desde hace cincuenta y dos años —dijo Henry—. Verna es mi tercera esposa. Cumpliremos veintidós años de casados el próximo enero.

—La noche del accidente... —empezó Dar.

Henry funció el ceño, consciente de que Dar intentaba encaminar la conversación.

—Me había preguntado si era capaz de hacer saber sus deseos, joven. Y le digo que sí que podía... pero sobre todo éramos Rose, Verna y yo quienes le entendíamos, y los que... bueno... los que se lo traducíamos a los demás.

—Sí, señor —dijo Dar, aceptando la reprimenda.

—Bueno, pues la noche del accidente... hace cuatro noches... Bud y yo vinimos al club como de costumbre, a jugar al pinacle.

—Podía jugar a las cartas —dijo Dar. La apoplejía era un tema misterioso y terrible para él.

—Pues, demonios, claro que sí, podía jugar a las cartas —dijo Henry, levantando la voz de nuevo, pero en esta ocasión sonriendo también—. Solía ganar, además. Ya se lo he dicho, el ataque le dejó paralizado el lado izquierdo del cuerpo y le resultaba difícil... bueno, eso, articular las palabras. Pero la mente la tenía estupendamente. Sí, Bud era listo como un zorro.

—¿Hubo algo diferente la noche del accidente?

—No, ninguna diferencia con Bud —dijo Henry, con la mandíbula firmemente apretada—. Le recogí a las nueve menos cuarto, como todos los viernes por la noche. Bud gruñó un poco, pero

Rose y yo sabíamos que decía que nos iba a dejar limpios aquella noche. Que iba a ganar a lo grande. Nada diferente en Bud aquella noche, nada en absoluto.

—No —dijo Dar—, yo quería decir si había algo diferente en el club, o en la calle, o...

—Ah, demonios, eso sí —dijo Henry—. Por eso ocurrió lo que ocurrió. Esos desgraciados que habían venido a arreglar el pavimento de la calle aparcaron el rodillo para aplanar el asfalto enfrente de la rampa para discapacitados.

—La rampa que está enfrente —dijo Dar—. ¿La que queda frente a la entrada principal?

—Sí —asintió Henry—. La única entrada abierta después de las ocho de la noche. Nos gusta empezar a jugar a las nueve... normalmente hasta medianoche, o más tarde. Pero Bud siempre se va para estar en casa a las once, porque quiere llegar antes de que Rose se vaya a dormir. Ella no se duerme si no tiene a Bud a su lado y... —Henry hizo una pausa y una nube pasó por delante de sus claros ojos azules, como si acabara de recordar la realidad.

—Pero el viernes por la noche, la máquina apisonadora estaba justo enfrente del acceso a la única rampa para discapacitados que hay —dijo Dar.

Los ojos de Henry parecieron concentrarse en algún lugar remoto.

—¿Cómo? Ah, sí. Eso es lo que le había dicho. Vamos, se lo enseñaré.

Los dos hombres salieron afuera, al calor. La rampa de acceso estaba despejada ahora, y el asfalto nuevo en la calle de enfrente. Henry lo señaló con un gesto.

—La maldita camioneta del asfalto tapaba toda la rampa y el Pard de Bud no podía subir el bordillo —fueron caminando juntos los seis o siete metros que había hasta el bordillo.

Dar observó que era un bordillo normal y corriente, como los de las calles, en un ángulo de unos setenta y ocho grados para que resultara más cómodo para los neumáticos de los coches.

Pero había resultado demasiado empinado para el cochecito eléctrico de Bud.

—Pero no fue ningún problema —dijo Henry—. Entré y traje a Herb, Wally, Don y un par de chicos más, y entre todos levantamos a Bud y su Pard hasta la acera como una pluma. Entonces él mismo entró para jugar a las cartas.

—Y estuvieron jugando hasta las once de la noche —dijo Dar. Sujetaba la diminuta grabadora a la

altura de la cintura, pero el micrófono estaba apuntado hacia Henry.

—Sí, eso es —dijo Henry. Su voz se iba haciendo más lenta ahora, cuando recordaba con todo detalle el final de la velada—. Bud gruñó un poco e hizo unos ruidos. Los otros chicos no le entendían, pero yo sabía que decía que se iba a casa porque a Rose no le gusta nada irse a dormir sin él. Así que recogió sus ganancias y él y yo dejamos la partida y salimos afuera.

—¿Sólo los dos?

—Bueno, pues sí. Wally, Herb y Don todavía estaban jugando... Se quedan hasta después de medianoche muchos viernes... Algunos de los otros chicos, los más viejos, ya sabe, se habían retirado ya. Así que sólo Bud y yo nos fuimos a casa a las once.

—Pero la apisonadora seguía en medio del paso —dijo Dar.

—Pues claro que seguía allí —dijo Henry, ahora al parecer impaciente por la lentitud de Dar—. ¿Cree usted que uno de esos cabezas de chorlito de la construcción había venido a las diez de la noche a retirarla, para que saliéramos nosotros? Así que Bud condujo su cochecito hasta el bordillo donde antes le habíamos levantado, pero parecía... bueno, demasiado empinado...

—Y entonces, ¿qué hizo usted? —Dar se podía imaginar lo que había pasado a continuación.

Henry se rascó la mejilla y la boca.

—Bueno, pues le dije: «Vamos por ahí, a la esquina... sólo está a unos nueve o diez metros...», porque pensaba que el bordillo no era tan alto por allí. Y Bud estuvo de acuerdo. Así que se fue con su Pard, pasando al lado de la rampa, que no le servía para nada, hasta la esquina... Venga, se la enseñaré.

Dar acompañó a Henry hasta la esquina, más allá de la rampa de acceso para discapacitados. Dar observó que una de las lámparas de sodio de baja presión estaba justo al lado del paso de peatones que había allí. El bordillo no se interrumpía en ningún punto. Dar se quedó de pie en la acera mientras Henry bajaba a la calle, y su voz se empezó a animar, y sus manos nudosas se movían y hacían gestos mientras él hablaba.

—Bueno, pues llegamos hasta aquí, pero el bordillo no parecía más bajo. No lo es, de hecho. Pero estaba oscuro y nos imaginamos que sí era un poco más bajo por aquí, quizá. Así que le sugerí a Bud que cogiéramos la rueda delantera del Pard y la pasáramos por encima del bordillo, porque por aquí no parece tan alto como en los demás sitios. Y menos en la oscuridad.

Henry hizo una pausa. Dar dijo en voz baja:

—¿Y entonces Bud sacó la ruéda delantera del bordillo?

Henry concentró los ojos, mirando hacia abajo, al bordillo, como si nunca antes lo hubiera visto.

—Sí. Estupendamente. Yo sujeté el manillar derecho del cochecito, y Bud pasó la rueda delantera por encima del bordillo. Todo iba a las mil maravillas. La rueda del cochecito pasó sin problemas y yo lo sujeté, de modo que no hubo ninguna sacudida brusca ni nada. Así que teníamos la rueda delantera del pequeño Pard de Bud fuera del bordillo, y Bud me miró y recuerdo que yo dije: «Todo va bien, Bud. Yo sujeto el manillar derecho. Yo lo sujeto».

Henry imitó el gesto de sujetar el manillar con ambas manos.

—Bud entonces dio al interruptor con la mano derecha para poner en marcha el motor, pero no lo aceleró, y le dije de nuevo: «Todo va bien, Bud, sacaremos primero la rueda trasera izquierda por encima del bordillo, y luego la bajaremos a la calle, y yo te sujetaré por aquí (con las dos manos en el manillar) y entonces tú simplemente avanza hasta que la rueda trasera derecha salga del bordillo, y entonces estaremos ya en la calle y en un momento en casa».

Dar se quedó de pie, esperando, y vio que los ojos de Henry volvían a quedar cubiertos por una nube al revivir aquellos momentos.

—Y entonces el cochecito avanzó y yo estaba sujetando el extremo derecho del manillar... Yo antes era muy fuerte, señor Minor, he trabajado veintiséis años cargando cajas en el Mercado Central de Abastos de Chicago, hasta que nos trasladamos aquí, pero esta maldita leucemia que tengo desde hace un par de años... Bueno, el caso es que la rueda izquierda pasó por encima del bordillo y el maldito coche empezó a inclinarse hacia la izquierda. Bud me miró, y como no podía mover ni el brazo ni la pierna izquierda, yo le dije: «No pasa nada, Bud, yo lo sujeto con las dos manos», pero el coche se seguía inclinando. Pesaba mucho, de verdad. Mucho. Pensé en agarrar a Bud, pero estaba... ya sabe... llevaba un cinturón que le sujetaba al coche, como debía ser. Hice lo posible para sujetar aquel coche. Tenía las dos manos en el manillar, pero notaba que se iba inclinando más y más... es un coche muy pesado, con la batería y el motor y todo eso... y las manos me sudaban, y pensé más tarde que debí gritar para llamar a los chicos que estaban todavía jugando al pinacle, pero en aquel momento... bueno, no se me ocurrió. Ya sabe lo que pasa.

Dar asintió y siguió sujetando la grabadora.

Los ojos de Henry estaban llenos de lágrimas, como si el pleno impacto del acontecimiento le estuviera golpeando por vez primera.

—Noté que el coche se vencía y los dedos se me resbalaban y no podía sujetarlo más. Quiero decir que pesaba demasiado para mí, y entonces Bud me miró con el ojo bueno, y creo que supo lo que estaba a punto de pasar, pero yo le dije: «Bud, Bud, todo irá bien, lo voy a sujetar. Lo voy a sujetar. Te sujetaré».

Henry miró el bordillo durante un minuto entero, en silencio. Sus mejillas estaban húmedas. Cuando volvió a hablar, toda la euforia había desaparecido de su voz.

—Y entonces el coche se inclinó más y se cayó hacia la izquierda, y Bud no pudo hacer nada porque, como ya le había dicho, estaba paralizado del lado izquierdo. Entonces se oyó un golpe muy fuerte y un ruido... un ruido horroroso...

Henry se volvió y miró a Dar a los ojos.

—Y entonces Bud se murió. —Henry se quedó en silencio, de pie, con los brazos extendidos, en la misma posición que debía de tener en el instante en que el manillar acababa de resbalar de sus dedos —. Yo sólo quería ayudarle a volver a casa, para que pudiera darle las buenas noches a Rose — susurró Henry.

Más tarde, cuando Henry se fue, Dar usó la cinta métrica para calcular la distancia de la caída desde el lugar donde se encontraba la cabeza de Bud, sentado en un cochecito Pard, hasta el suelo. Un metro cuarenta. Pero en aquel momento no dijo nada, no hizo nada, sólo se quedó allí de pie junto al anciano cuyos brazos seguían todavía extendidos. Los puños cerrados se fueron abriendo lentamente y separó los dedos. Le temblaban las manos.

Henry bajó la vista al suelo.

—Y entonces Bud se murió.

Dar decidió que ya había bastante por aquel día, y se dirigió por la 91 hacia la 15 y luego hacia el sur, hacia su apartamento a las afueras de San Diego. «Joder», pensó. Su jornada había empezado a las cuatro de la mañana. «A la mierda».

Tanscribiría la conversación que había grabado y se la entregaría a Lawrence y Trudy, pero de ninguna manera quería seguir con aquel caso. Ya sabía lo que seguiría. Demandarían al fabricante del cochecito eléctrico, sin duda. La empresa encargada de las obras que había bloqueado la rampa también sería demandada por todo bicho viviente, desde luego.

Pero ¿y Rose?, ¿demandaría a Henry? Probablemente. Dar tampoco tenía muchas dudas al respecto. Treinta años de amistad. El hombre sólo intentaba que su amigo Bud llegara a casa a tiempo para deseárselo buenas noches a su mujer. Pero después de unos meses... quizás un segundo abogado...

«Que se jodan todos», pensó Dar. No quería preguntarlo. Nunca volvía a mirar los expedientes pasados.

El tráfico de la 15 era relativamente escaso, motivo por el cual Dar se fijó en el Mercedes E 340 que se había venido manteniendo junto a su aleta trasera izquierda. Las ventanillas del Mercedes, además, estaban tintadas, tanto las de delante como las de atrás, cosa completamente ilegal en California: Los policías locales y del estado habían presionado para que se aprobara aquella ley. Ninguno de ellos quería que se le acercara un coche con las ventanas completamente opacas. Además, el Mercedes era nuevo y estaba modificado para coger más velocidad, con unas ruedas de cuarenta y cinco centímetros y la parte trasera algo elevada, con un pequeño alerón. Dar no soportaba a la gente que se compraba coches lujosos, ni siquiera un acorazado de la carretera como el Mercedes E 340, y luego los convertía en coches de carreras. Pensaba que esa gente eran idiotas de la peor especie: idiotas pretenciosos.

Así que estaba contemplando por el retrovisor izquierdo al Mercedes, que aceleró y luego le adelantó por la izquierda. Había cinco carriles en aquel tramo, tres de ellos vacíos, pero el Mercedes pasó pegado al NSX tan apretadamente como si estuvieran en la última curva del circuito de Daytona. Dar suspiró. Aquél era uno de los inconvenientes de tener un coche de carreras de verdad como su Acura NSX.

El Mercedes se colocó a su par y bajó la velocidad hasta acompañarla a la suya. Dar lanzó una ojeada a la izquierda y sólo vio su propio rostro, con gafas de sol y todo, reflejado en la oscura ventanilla del enorme coche alemán.

Los instintos de hacía dos décadas volvieron de repente y Dar se agachó repentinamente hacia adelante mientras se bajaba de pronto el negro cristal de la ventanilla. Atisbo el cañón de algo mecánico y feo y muy automático (un Uzi o un Mac-10) y luego empezó el fuego. La ventanilla izquierda estalló y los cristales le cayeron encima de la oreja y el pelo, y las balas empezaron a incrustarse en el aluminio del NSX.

«C de carrera»

El tiroteo pareció durar infinitamente, pero casi con toda seguridad no fueron más de cinco segundos. Una eternidad.

Dar se había arrojado de bruces contra la consola central, hundiendo la cabeza en el cuero negro del asiento del pasajero. Mientras los fragmentos de cristal volaban por los aires como confeti, mantenía la mano izquierda todavía en la parte inferior del volante y con el talón derecho apretaba el freno con todas sus fuerzas. No había nadie a la vista detrás de él, sólo el Mercedes. Con el pie izquierdo presionaba el pedal del embrague mientras usaba la mano izquierda, la que tenía por encima de la cabeza, para mover la pequeña palanca de marchas de quinta a tercera. El ruido de las balas incrustándose en el aluminio de la portezuela y en la parte delantera del NSX, que ahora frenaba rápidamente, sonaba como si alguien estuviera remachando un enorme barril.

El NSX se detuvo en lo que Dar rogó que fuera el arcén de la carretera (no había levantado la cabeza para comprobarlo) y él mantuvo la cabeza baja, aunque los disparos habían cesado. Se deslizó por encima de la consola cubierta de cristales y por el asiento del pasajero. Otros fragmentos de cristal le cayeron encima de la cabeza y la espalda. Puso la palanca de cambios en punto muerto y tiró del freno de mano mientras se arrastraba hacia fuera y salía por la portezuela del pasajero. Quedó echado de cara en el asfalto, atisbando por debajo de los bajos ejes del coche deportivo, intentando ver si el Mercedes E 340 se había detenido a su lado. Sería terrible si lo había hecho. Estaban a treinta metros de la valla que bordeaba la carretera, y más allá no había árboles ni otros elementos detrás de los que poder cubrirse.

No había rueda alguna a la vista. Oyó el rugido del motor del Mercedes al acelerar y se aupó sobre los codos hasta la rueda delantera derecha del NSX, atisbando el vehículo gris mientras éste se alejaba disparado.

Dar se puso de pie, tembloroso. Notaba la adrenalina fluyendo por su cuerpo y contenía las ganas de vomitar, y sólo entonces se preguntó si le habrían herido. Se tocó el oído izquierdo y sus dedos quedaron manchados de sangre, pero se dio cuenta de que sólo era un pequeño corte producido por los cristales. Con excepción de un par de cortes más producidos por la rotura del cristal de seguridad, estaba incólume. Un Honda Civic pasó a su lado por debajo del límite de velocidad, y el hombre de cara redonda que iba al volante miró con los ojos como platos a Dar y su coche.

Dar inspeccionó el NSX. Los disparos apuntaban alto y habían usado mucha munición. Las ventanillas izquierda y derecha habían desaparecido, en el marco de la ventanilla había un agujero de bala (el aluminio brillaba en torno a la hendidura dentada) y tres agujeros más en la portezuela del lado del conductor. Una bala habría acertado de pleno a Dar en el culo si el refuerzo de acero contra los golpes laterales no la hubiera desviado, y dos más habían ido a parar a la parte de la portezuela donde estaba la manivela.

La parte delantera del coche había recibido también media docena de disparos cuando el NSX fue frenando, pero una rápida inspección le mostró que ninguna de las balas había acertado en las ruedas. Había largas cicatrices a lo largo del bajo e inclinado capó, o entre las ruedas y el asiento del

pasajero, o entre las ruedas y el parachoques delantero. Si el Acura NSX hubiera sido un vehículo con el motor en la parte delantera, el daño habría sido terrible, pero en los coches deportivos el motor siempre está en medio, justo detrás del conductor, y todavía seguía funcionando al ralentí, con su ronroneo habitual. Aquello y el hecho de que las ruedas hubiesen quedado intactas y no pareciera haber daños estructurales o en la suspensión fue lo que decidió a Dar.

Se quitó la camisa, la usó para limpiar los cristales rotos que llenaban el asiento del conductor, se metió en el coche, puso la marcha y aceleró en el arcén. El Mercedes gris acababa de desaparecer en una hondonada que había en la carretera, quizás a unos tres kilómetros por delante. El vehículo se movía con rapidez: Dar calculó que estaba adelantando a los pocos coches que circulaban por la interestatal, a treinta o cuarenta kilómetros por encima del límite de ciento diez.

Dar iba a ciento sesenta en tercera cuando cambió del arcén al carril derecho de la interestatal y pasó a toda velocidad junto al Civic, cuyo conductor se le quedó mirando, asombrado.

«Esto es una locura», pensó, y metió la cuarta, oyendo el rugido del motor de alto rendimiento de seis cilindros, normalmente amortiguado, justo detrás de su asiento. Al poner el coche deportivo cerca de la línea roja de las 7.800 revoluciones por minuto, había destapado la caja de los vientos.

Estaba furioso. Muy furioso. Dar no recordaba haberse enfadado tanto desde hacía mucho, mucho tiempo. Cambió a quinta y pisó a fondo.

Pasó a dos coches y un camión con remolque por la izquierda, notando el cambio de tono producido por el efecto Doppler en el sonido al pasar, a causa de la velocidad que llevaba. Cuando llegó a la cima del montículo vio el Mercedes gris a unos cinco kilómetros, en la siguiente elevación de la interestatal. Iba por el carril situado más a la izquierda, y todavía a ciento sesenta kilómetros por hora. Buscó el móvil que llevaba en el bolsillo de la camisa y se dio cuenta de que se la había quitado y la había arrojado hecha una bola en el asiento del pasajero, después de limpiar los cristales. Tanteó la camisa, pero no había nada en el bolsillo. Se le había caído el teléfono en algún sitio al agacharse, deslizarse y salir del coche, o al arrastrarse sobre los codos, o al limpiar los fragmentos de cristal. «Mierda». Se dijo que no importaba demasiado, que de todos modos el viento que aullaba en las ventanillas sin cristales habría ahogado sus palabras, aunque intentase llamar a la policía. Al menos el parabrisas estaba intacto, excepto una pequeña fractura de unos cinco centímetros en la parte superior izquierda, donde un casquillo había golpeado la parte superior de la carrocería.

Con los ojos clavados en la carretera y en el Mercedes, miró sólo durante una décima de segundo al velocímetro: 254. Aceleró, inclinándose hacia adelante para coger al mismo tiempo la bolsa de la cámara, que estaba en el suelo, frente al asiento del pasajero. «Por favor, Dios mío... o quien sea que esté a cargo de esto... que no haya dado ninguna bala en la cámara». Palpó la bolsa con rapidez, dirigiéndole fugaces ojeadas, comprobó que estaba intacta, la abrió y volcó su contenido sin ceremonia alguna en el asiento del pasajero. No quería la cámara digital; buscaba la Nikon y el objetivo largo.

Dar se colocó la Nikon entre las piernas, trasteó en busca del teleobjetivo y empezó a cambiar las lentes a medida que aceleraba subiendo la siguiente colina a más de doscientos sesenta kilómetros por hora. Normalmente, cambiar el objetivo es una operación que debe realizarse con las dos manos: una aprieta el botón para liberar el objetivo y la otra coloca el nuevo. Pero ya lo había hecho antes con una sola mano. Aunque nunca corriendo a esa velocidad.

Por el raballo del ojo vio un coche patrulla de la policía que se aproximaba desde la otra dirección, en el carril que quedaba más hacia el norte, y echó un vistazo al retrovisor a tiempo de ver el vehículo blanco y negro que daba un brusco viraje a través de la mediana. Sus luces empezaron a relampaguear y girar al cambiar de dirección para empezar la persecución. Dar no podía oír si habían puesto en marcha la sirena por el ruido que producía el viento en el diminuto habitáculo de su coche.

Fue pura buena suerte que aquel coche de la policía fuera uno de los Mustangs de persecución, un modelo del 94, por lo que parecía, equipado con uno de los habituales motores 302 V-8. El rápido vistazo que echó Dar al conductor y a su acompañante le indicó que ambos eran jóvenes, y la velocidad de su persecución demostraba que también exaltados. «Qué suerte he tenido», pensó Dar, concentrado en el Mercedes que tenía delante.

Sin saber cómo, conservaba todavía puestas las gafas de sol Serengeti a pesar de todas las contorsiones que había llevado a cabo. Sin la protección que representaban contra el viento, Dar no creía que hubiese sido capaz de ver lo suficiente para mantener la persecución. Pero el caso es que las tenía. Había disminuido la velocidad a unos ciento treinta kilómetros por hora, pero el conductor sin duda había mirado por el retrovisor y había visto o bien el NSX o bien las luces de la policía, o a ambos, porque de pronto el Mercedes gris cambió de carril y aceleró a lo largo del siguiente tramo de la carretera interestatal, pasando a los coches por la izquierda y la derecha y usando los cinco carriles, en busca de los huecos entre los coches, y luego avanzando a toda velocidad.

Dar le fue siguiendo carril a carril. Sabía que los Mercedes E 340 normales estaban programados para mantener la velocidad máxima por debajo de los doscientos kilómetros por hora, pero aquel hijo de puta con vidrios tintados, alerones especiales, neumáticos gruesos y motor modificado iba al menos a doscientos cincuenta, haciendo esos entre el tráfico que se iba haciendo cada vez más intenso.

«Maldita sea», pensó Dar. Ya tenía colocado el teleobjetivo de doscientos milímetros en la Nikon, y mientras sujetaba la cámara con la mano izquierda, iba dando volantazos para pasar al tráfico por la derecha y la izquierda. Pero el Mercedes todavía estaba a cuatrocientos metros, demasiado lejos para obtener una buena foto de la placa de la matrícula. Y Dar no tenía ni idea de si podría sujetar la cámara de forma que se viera la matrícula, aunque consiguiera acercarse más.

Daba igual. Dejó caer la Nikon en el regazo, agarró el volante de diseño perfecto con ambas manos y dio un volantazo para pasar al carril situado más a la izquierda desde el de la derecha, detrás del Mercedes. El velocímetro marcaba doscientos setenta kilómetros por hora, por encima de la línea roja. Dar no quería bajo ningún concepto reventar el motor del Acura: era una verdadera obra de arte, ensamblado a mano en una fábrica japonesa. En algún lugar de aquel bloque del motor, en su mayor parte de aluminio, estaba grabado el nombre del operario que lo montó, en caracteres japoneses. En una época de sobrealimentadores, turbocompresores y otras prótesis para ayudar a la velocidad, su motor era un V-6 normal que obtenía la velocidad de la perfección. Sería una profanación quemar aquel motor. Sin embargo, Dar siguió apretando el pedal perforado contra el metal (bueno, en su caso, más bien contra la lujosa alfombrilla de goma negra que corría por encima de la lujosa moqueta negra) y dejó que el tacógrafo subiera aún más por encima del rojo. El pequeño seis cilindros chilló y la diferencia empezó a acortarse.

«¿Y si frenan de pronto y me vuelven a disparar? —se preguntó la parte de la mente de Darwin que

todavía conservaba la cordura. No llevaba armas en el coche. No tenía armas en casa. Odiaba las armas—. ¿Y si soy yo el que freno y los policías me disparan a mí? —repuso la parte del cerebro de Darwin dominada por la adrenalina—. Será mejor que primero atrape a esos hijos de puta».

El Mercedes cambió desde el carril de la izquierda al de la derecha, pasando por delante de dos vehículos. Uno de ellos (una furgoneta Ford Windstar) frenó demasiado rápido y dio cuatro vueltas en redondo antes de detenerse con el morro apuntando en la dirección contraria a la que iba. Dar observó la palidez de la cara del hombre y la mujer que se encontraban sentados en los asientos delanteros, al pasarles a doscientos setenta kilómetros por hora.

«¡Así es como acabarás tú también, gilipollas! —gritó la parte cuerda de Dar a través de la adrenalina que le inundaba el cerebro—. En las películas, las persecuciones de coches son siempre muy emocionantes y escapas por los pelos. En la realidad suponen familias muertas, gente inocente asesinada... Y ni siquiera eres policía. No tienes derecho a hacer esto».

El Dar que conducía estaba teóricamente de acuerdo con el Dar cuerdo. Miró por el retrovisor y vio las luces intermitentes del Mustang de la policía, que casi volaba al pasar por la cima de la colina a un kilómetro detrás de él... pero la parte enloquecida estaba furiosa. Hacía muchos años que no sentía una furia semejante. Y el Mercedes estaba apenas a cien metros ahora, de nuevo en el carril de la izquierda, y con poco tráfico a su alrededor. Dar apretó el pedal y niveló la Nikon en el abollado antepecho de la portezuela del NSX, manteniendo el teleobjetivo en el interior de modo que el viento no pudiera cogerlo y arrancarle la cara máquina de las manos. «Esto va a ser difícil», pensó, decidiendo que sería mejor disparar a través del parabrisas con ambas manos por encima del volante, para poder apoyar bien y estabilizar la Nikon, ayudándose con la rodilla izquierda para sujetar el volante, poniendo el coche en automático y esperando que alguna de las fotos fuera legible.

El Mercedes frenó y cambió de carril tan rápidamente que cruzó cinco en un largo y controlado patinazo, pasó rozando una furgoneta de reparto y se enderezó justo a tiempo para salir disparado por un carril de salida como una bala por el cañón de un arma.

«Mierda», exclamó Dar, y frenó con desesperación detrás de un autobús de la Greyhound, volvió a frenar otra vez y atravesó derrapando los tres últimos carriles hacia la salida. Las ruedas traseras del NSX giraron sobre la grava del arcén, Dar hizo dos pequeñas correcciones y aceleró, ya metido en el carril de salida, viendo de reojo el letrero de salida mientras pasaba: lake street.

Muy bien. Sabía dónde se encontraba. Aquella carretera por la que iba ahora, siguiendo al Mercedes, sólo conducía a la pequeña ciudad dormitorio de Lake Elsinore, junto a Lakeshore Drive. Era la antigua salida de Alberhill, pero esa ciudad inexistente ya había quedado a sus espaldas. Dar miró hacia adelante, a su izquierda, y vio dos coches del sheriff del condado: ambos blancos y negros, Chevys, uno un Montecarlo y el otro un Impala, y ambos dirigiéndose hacia el oeste desde la ciudad, para interceptarles. Tanto el Mercedes como el NSX pasaron como una flecha por la intersección antes de que los coches del sheriff hubiesen llegado a Lakeshore Drive, pero Dar pudo oír finalmente las sirenas mientras los dos Chevys iban avanzando y aceleraban sólo a un centenar de metros de distancia detrás de él. El Mustang estaba cerca, detrás de ellos, y trataba de pasar también.

«Si adelanto al E 340 —pensó Dar fríamente, estudiándolo como si se tratara de una jugada de ajedrez— los que van dentro del coche me dispararán». Miró por el espejo retrovisor. «Si aminoro la velocidad, los polis probablemente no me dispararán, pero es posible que estén tan ocupados arrestándome que dejen escapar el Mercedes».

Las luces de los frenos del Mercedes se encendieron. Dar no tuvo otra elección que frenar también, y el gran disco de cuarenta centímetros del freno detuvo la carrera del deportivo tan repentinamente que se vio impulsado hacia adelante con una fuerza de 3 g, mientras el cinturón de seguridad retráctil le sujetaba en su sitio.

Increíblemente, el Mercedes perdió el control y se desvió a la izquierda, coleó hacia la derecha, luego dio un salto por encima de un trozo de terreno vacío (Dar vio un hueco de un metro debajo de las ruedas del coche), aterrizó en el asfalto, corrigió su posición perfectamente y luego aceleró por una calle que se dirigía al oeste. Dar no pudo leer lo que ponía en el letrero de la calle mientras hacía que el NSX se deslizara controladamente por la misma callejuela estrecha, pero sabía el nombre porque había realizado algunos trabajos antes por allí: Riverside Drive. En realidad se trataba del principio de la carretera 74, y era una carretera estrecha de sólo dos carriles que cruzaba las montañas a través de la Reserva Forestal de Cleveland y salía a la 1-5 por San Juan de Capistrano, a unos cincuenta y dos kilómetros al oeste. Dar había usado aquel atajo muchas veces.

El Impala no cogió bien la curva, y Dar lo vio de refilón por el retrovisor izquierdo cuando giró y se metió en una gasolinera, a punto de chocar contra un Jaguar que estaba repostando combustible en el surtidor exterior, y luego desapareció entre una nube de polvo detrás de una fila de vehículos, en un aparcamiento de coches usados. El Mustang y el otro coche del sheriff consiguieron dar la vuelta y salieron disparados por Riverside Drive, esta vez a menos de quinientos metros detrás de él, a medida que la serpenteante carretera obligaba a aminorar la velocidad de la persecución.

«Y aquí es donde yo debería detenerme y dejar que sean ellos quienes se encarguen del asunto», pensó Dar, sabiendo que aunque intentara explicar que estaba intentando arrestar a un ciudadano, no se libraría de ir al calabozo. De pronto, un helicóptero le sobrevoló a poca altura, adelantó al Mercedes y luego se alejó de la colina para dar la vuelta y pasar otra vez.

«El helicóptero de la policía», pensó Dar, sabiendo que el condado de Los Angeles tiene dieciséis aparatos de esos mientras que en Nueva York sólo tienen seis. Pero entonces vio las marcas. «Fantástico». Aparecería en el canal 5 KTLA, en las noticias de las seis. En realidad, a lo mejor estaba apareciendo ya. En el sur de California se televisaban en directo muchas persecuciones policiales, de modo que había un canal de cable que, según se decía, no mostraba otra cosa.

Dar fue subiendo por la carretera cada vez más empinada y tortuosa, tratando de no perder de vista al Mercedes. Habían pasado unos años desde que pilotaba coches de carreras, pero le parecía que las cosas iban bien, muy bien, cuando llegaba al vértice de cada curva de radio decreciente exactamente en el punto adecuado, aceleraba para salir de la curva con un rugido, tocaba sólo levemente el freno, se preparaba para la siguiente vuelta, reducía la marcha, dejando sólo el impulso suficiente, y volvía a acelerar de nuevo a toda máquina. Muy pocos coches de carreras en el mundo entero podían sobrepasar al Acura NSX en una situación como aquella. Para cuando se acercaban a la cima de la empinada pendiente, la policía había quedado ya fuera de la vista y él se encontraba a sólo tres coches de distancia del E 340.

Llevaba recorridos tres kilómetros por la serpenteante carretera que quedaba encima de Lake Elsinore y los hombres del Mercedes, obviamente, habían decidido que ya era hora de librarse de él. Disminuyeron la velocidad en una curva ascendente muy cerrada, la ventanilla del pasajero bajó y un hombre con traje oscuro y pelo oscuro y un oscuro Mac-10 en la mano se asomó.

Dar sacó cinco o seis fotos con la Nikon, sujetándola con una mano, mientras el arma automática le

disparaba. Algo golpeó en el metal cerca de la parte posterior derecha del coche deportivo, pero seguía controlando perfectamente el vehículo. Dar dejó caer la cámara en el regazo, cambió a una marcha inferior y el coche rugió al tomar la curva a la derecha que subía montaña arriba y aceleró hasta que se encontró casi pegado al parachoques del Mercedes. Observó que la matrícula era de Nevada y memorizó el número.

El tirador volvió a asomar, pero Dar estaba demasiado cerca. Se lanzó al carril izquierdo y aceleró, hasta quedar casi a la par del Mercedes. El hombre del arma disparó a través de su ventanilla tintada trasera, haciendo saltar los cristales de color bronce, pero Dar ya había acelerado y luego vuelto a frenar para colocarse al nivel del Mercedes. La ventanilla del conductor bajó y Dar miró hacia la derecha, a sus caras, intentando retenerlas, mientras ambos vehículos se aproximaban a la última curva cerrada a ciento treinta y cinco kilómetros por hora.

Dar sabía que más allá de aquel punto tendría problemas. Había una larga recta que corría por la cresta de la montaña, antes de que volvieran a empezar las curvas. Pero en aquella última curva a la izquierda antes de la cumbre, que tenían justo delante, se encontraba un antiguo restaurante, ahora bar para motoristas, que se llamaba El Mirador. Dar había ido allí a comer una vez, pero el ambiente (normalmente fuera había de veinte a treinta moteros con sus Harleys aparcadas, y la misma cantidad bebiendo y peleándose dentro) no había sido de su agrado.

El Mirador se encontraba en el lado derecho de la carretera, con una terraza exterior en el lado sur del restaurante. La terraza no consistía más que en unos listones medio podridos sujetos por unas vigas de madera que salían directamente de la escarpada pared rocosa que dominaba el lago Elsinore. Dar pudo ver a una docena o más de motoristas despatarrados en torno a unas mesas viejas. Las máquinas las tenían aparcadas justo al lado de la terraza.

Dar miró a la derecha justo a tiempo de ver al pasajero inclinarse hacia adelante y sacar la boca del Mac-10 por la ventanilla del conductor, por detrás de la cabeza de éste. Apuntó directamente a la cara de Dar.

Dar apretó los frenos, el arma automática disparó por encima del capó y entonces él se echó hacia la derecha y aceleró, cogiendo al Mercedes, más pesado, en la parte central. El airbag de la portezuela izquierda del Mercedes se desplegó, como era su obligación, y golpeó la mano del tirador contra la parte superior del marco, haciendo que el Mac-10 se le escapara de la mano y rebotara sobre el capó de Dar. El NSX de Dar era un modelo del 92, y sólo tenía airbag en el lado del conductor, pero después de años de investigaciones y de reconstruir accidentes con airbags, hacía mucho tiempo que había desactivado el suyo.

En ese momento pisó con fuerza el freno, forzando el coche más pesado hacia su derecha y luego empujando al Mercedes por detrás. Los neumáticos del NSX chirriaron y humearon, pero el ABS trabajó de firme, con el pedal de los frenos vibrando contra el pie de Dar. Éste intentó controlar el derrape, cambió a segunda y casi se comió la dura y cerrada curva hacia la izquierda. Se salió del arcén, pero consiguió evitar el restaurante, rozó las rocas y los arbustos bajos y finalmente chirrió y se deslizó hasta detenerse más de treinta metros carretera arriba.

Cuando se desplegó el airbag de la portezuela lateral, el pistolero se vio empujado hacia adelante, hacia el conductor. El cinturón de seguridad impidió a éste caer contra el volante, pero le quedaron pocas posibilidades de conducir. El Mercedes E 340 salió disparado como una flecha a través del vértice de la siguiente curva cerrada, y golpeó la primera hilera de Harleys aparcadas. Los dos

airbags delanteros del E 340 se abrieron y el conductor, todavía sujeto por su acompañante, que no podía moverse por culpa del airbag que se había disparado en su propio asiento, cegado por la explosión súbita del airbag e incapaz de alcanzar el volante, hizo todo lo que pudo: pisó los frenos mientras el coche seguía disparado hacia adelante. El pesado coche fue golpeando más Harleys a derecha e izquierda y obligó a media docena de motoristas a saltar para ponerse a cubierto mientras avanzaba por la destartalada terraza del restaurante, redujo las mesas a astillas, se deslizó sobre las tablas podridas, rompió la chirriante barandilla y usó la propia terraza como rampa para lanzarse montaña abajo.

Dar echó un último vistazo al Mercedes gris mientras las ventanillas delanteras iban bajando y las caras de ambos hombres quedaban bastante visibles, con la boca abierta de par en par. Los airbags se fueron deshinchando y el coche, de dos toneladas de peso, pareció hacer una pausa momentánea, suspendido en medio del aire, como el coyote del Correcaminos. El coche estuvo a punto de dar contra la burbuja del pequeño helicóptero del canal 5 KTLA, que tenía las cámaras giroestabilizadas apuntando a las caras que gritaban y al coche que caía, y luego el vehículo cayó de morro y se perdió de vista de camino hacia el fondo del valle, situado doscientos metros más abajo.

El bastidor del NSX estaba doblado, la portezuela del conductor no se abría y la del pasajero estaba apretada contra una roca, así que Dar salió como pudo por la ventanilla justo a tiempo para convertirse en el foco de atracción del Mustang, que derrapaba en ese momento, y del recalentado Montecarlo del sheriff. Al instante se abrieron las portezuelas, aparecieron las armas y le apuntaron. Empezaron a soltarle órdenes a gritos.

Dar se inclinó contra el NSX, separó las piernas tal como le indicaban y cruzó los dedos en la nuca, tal como le sugerían los gritos de los policías, y trató de respirar hondo para no marearse. El brote de adrenalina que le había provocado la rabia estaba remitiendo como una marea descontrolada, dejando tras de sí solamente los restos a la deriva de sus anteriores emociones.

Los agentes de policía, jóvenes y con números de placa muy elevados, según observó Dar al dirigirles una ojeada por encima del hombro, no eran gente con la que hubiera tenido la ocasión de trabajar antes. Por sus gritos y órdenes supo que le dispararían sin pestañear si hacía un solo movimiento. Y Dar no se movió. Uno de los policías estatales y el sheriff le apuntaban con sus armas, y el tercero (el mayor de los hombres de la Policía de Tráfico de California, un veterano con el pelo canoso que parecía tener unos veintitrés años) se aproximaron y le cachearon rápidamente, le doblaron los brazos en la espalda y le pusieron unas esposas.

Un par de motoristas se acercaron con unas cervezas en la mano. El que llevaba la barba más larga mostraba sus dientes amarillos en una amplia sonrisa.

—Eh, tío, es la cosa más guapa que he visto en mi vida. Casi se joden a los tíos del canal cinco. ¡Te cagas!

El ayudante del sheriff dijo a los motoristas que volvieran al interior del restaurante El Mirador. Otros motoristas se acercaron a explicar que ellos no estaban dentro del restaurante, hostias, que estaban en la terraza, y que aquél era un país libre, joder. ¿En qué otro país se puede ver un Mercedes nuevo caer por un precipicio de doscientos metros y casi llevarse por delante al puto helicóptero de las noticias, eh?

—Eddie el Mocosito tendrá que cambiarle el nombre a su restaurante, macho —dijo un motorista

que llevaba la cabeza afeitada y el tatuaje de una calavera en el pecho desnudo—. En vez de El Mirador le tendrá que poner «La rampa de lanzamiento», joder, tío.

Dar se alegró cuando los dos patrulleros le arrastraron y le metieron en el Mustang.

—Tendrán que llevarlo a Riverside, ya saben —les estaba diciendo el sheriff. Todavía tenía el Cok de cañón largo en la mano.

—Sí, sí, ya lo sabemos —decía el mayor de los dos policías estatales—. ¿Por qué no llama por radio usted o su ayudante, para pedir refuerzos, y dice que llamen a la policía científica antes de que se organice un tumulto, eh?

El sheriff miró a los motoristas que se arremolinaban mientras empezaban a comprobar los daños que habían sufrido sus vehículos y lanzaban imprecaciones de lo más imaginativo, asintió, se enfundó la pistola y volvió al Montecarlo.

Sólo el ayudante del sheriff se había atrevido a acercarse a la endeble y destrozada terraza y se había asomado al borde, nerviosamente, atisbando a través del enorme hueco de la barandilla y mirando hacia abajo, hacia el lago Elsinore, donde había desaparecido el Mercedes. Desde abajo llegó el zumbido del helicóptero del canal de televisión. Una parte de la mente de Dar se dedicaba a calcular el tiempo que habría tardado el Mercedes en caer por aquel precipicio, mientras los policías le metían en el asiento trasero del Mustang. Serían unas imágenes tremendas para las noticias.

Lo último que oyó antes de que se le llevaran fue al ayudante del sheriff repitiendo, desde el borde de la terraza:

—Mierda, mierda, mierda —como si se tratara de un mantra privado.

«D de desastre»

La persecución automovilística y la detención de Dar ocurrieron el martes por la tarde. Liberado bajo fianza aquella misma noche, el miércoles por la mañana asistió a una reunión en la oficina del ayudante del fiscal del distrito, en el centro de San Diego.

Cuando le ficharon el martes, Dar iba sin camisa, vestido sólo con las zapatillas deportivas y los vaqueros, manchados y llenos de sangre, que se había puesto a las cuatro de la mañana. Lleno de cortes por los cristales rotos, descamisado, con el pelo todo enmarañado y barba de dos días, y con lo que sus compañeros de Vietnam habían calificado hacía tiempo como «mirada poscombate», su foto policial resultó clásica y orgullosamente criminal. La podía imaginar en su salón, junto a una antigua foto suya en color recibiendo la toga y el pergamino que le acreditaban como doctor en física.

A las nueve de la mañana del miércoles estaba sentado en la larga mesa con una docena de personas más a las que todavía tenían que presentarle. Dar se había afeitado y duchado y se había puesto una camisa blanca bien almidonada, una corbata de rayas, una americana azul marino, unos pantalones grises de lana fría y unos zapatos negros Bally bien lustrados, con la piel tan suave como unas zapatillas de ballet. No estaba demasiado seguro de si era un invitado en aquella reunión o seguía siendo un prisionero de la policía del estado, pero quería tener un aspecto decente, en cualquier caso.

El ayudante del ayudante del fiscal del distrito, un hombrecillo nervioso que parecía encarnar todos los estereotipos culturales sobre los gays, desde la forma de mover las manos y las risitas nerviosas hasta su exagerado juego de muñecas, estaba muy ocupado ofreciendo café y bollos a todo el mundo. Encima de la mesa, frente a Dar, había una fila de sombreros Smokey y gorras con insignias, detrás de los cuales se encontraban sentados al menos ocho capitanes de la policía y sheriffs. En el mismo lado de la mesa pero en el extremo más alejado, con maletines en lugar de sombreros encima de la mesa, había dos agentes de paisano, uno de ellos con el corte de pelo típico del FBI. Todos, excepto el hombre del FBI, aceptaron un bollo del ayudante del ayudante del fiscal.

En el lado de la mesa donde estaba Dar, junto a Lawrence y Trudy y su abogado, W.D.D. Du Bois, se encontraba un variopinto surtido de burócratas y abogados, la mayoría de ellos arrugados, estropeados, con papada y los hombros caídos, en triste contraste con la almidonada y tiesa compostura de los policías del otro lado. La mayoría de los abogados y burócratas sólo quisieron café.

Dar cogió su vasito de papel, dio las gracias, recibió a cambio un caluroso «¡Ah, de nada, de nada!» y un golpecito en la espalda por parte del ayudante del ayudante del fiscal, y se sentó a esperar a ver lo que pasaba.

Un hombre negro con uniforme de alguacil entró en la habitación y anunció:

—Estamos casi listos para empezar. El señor Desastre está de camino y Syd acaba de salir del lavabo de señoras.

La tarde anterior, todavía con las esposas puestas, Dar había sido conducido al calabozo del

condado, en la ciudad de Riverside. En el coche, el mayor de los dos policías de tráfico le había leído sus derechos, literalmente, de una tarjeta hecha polvo. Dar tenía derecho a permanecer en silencio, cualquier cosa que dijera podía ser usada en su contra ante un tribunal de justicia, tenía derecho a disponer de un abogado, y si no podía permitírselo, se le asignaría uno de oficio. ¿Lo comprendía todo?

—¿Lo está leyendo? —preguntó Dar—. Debe de repetirlo al menos mil veces al año.

—Cierre el pico, hostia —cortó el policía.

Dar asintió y se quedó callado. Ya le habían leído sus derechos, le habían «mirandizado». Habían convertido un nombre propio en verbo.

En el calabozo del condado de Riverside, un edificio bajo y feo situado junto al alto y feo complejo del ayuntamiento de Riverside, los jóvenes agentes de la Policía de Tráfico recuperaron sus esposas y le entregaron oficialmente al sheriff de Riverside, que le condujo a su vez ante un joven ayudante para que le fichara. Dar nunca había sido arrestado. Y sin embargo, todos los trámites (vaciar los bolsillos de todas las posesiones personales, tomar las huellas dactilares y la foto para el archivo policial) le eran muy familiares por haberlos visto en la televisión y las películas, por supuesto, y todo aquello combinado le daba una extraña y etérea sensación de *déjà vu* que añadía más irrealdad todavía a los acontecimientos de la última hora.

Le metieron en una celda, solo, con la única compañía de unas tristes cucarachas. Al cabo de unos quince minutos, volvió el ayudante y le dijo:

—Puede hacer usted una llamada. ¿Quiere llamar a su abogado?

—No tengo abogado —dijo Dar, con toda veracidad—. ¿Puedo llamar a mi siquiatra?

Al policía no le hizo gracia.

Dar llamó a Trudy, que había solucionado tantos problemas legales que podría aprobar los exámenes de derecho con la mitad del cerebro atado a la espalda. En lugar de llevar ellos mismos sus asuntos legales, en cambio, ella y Lawrence tenían contratado a uno de los mejores abogados de California. Era necesario, dado que Investigaciones Stewart, de vez en cuando, se veía arrastrada hacia las tupidas redes del litigio por demandantes que esperaban aprovecharse de las revueltas aguas de las reclamaciones de seguros y obtener unas capturas tan jugosas como los pescadores de Nueva Inglaterra.

—Trudy, yo... —empezó Dar cuando ella cogió el teléfono.

—Sí, ya lo sé —le interrumpió ella—. No lo he visto en directo, pero Linda me lo ha grabado en vídeo. En la televisión hablan de rabia de carretera.

—¡Rabia! —gritó Dar—. Esos hijos de puta intentaron matarme y entonces yo...

—Estás en Riverside, ¿verdad? —le interrumpió Trudy otra vez.

—Sí.

—Uno de los socios de W.D.D. va de camino. Harás una declaración allí en Riverside, con el abogado presente, y te sacaremos dentro de una hora.

Dar se quedó con la boca abierta, al teléfono.

—Pero Trudy, la fianza será de mil millones de dólares por lo menos. Han muerto dos hombres. Ha salido en directo por el canal cinco. El condado de Riverside no me va a dejar salir de aquí sin...

—Hay cosas más importantes que la Insta-Cam —dijo Trudy—. He hecho averiguaciones por teléfono. Sé quiénes eran los dos tíos y por qué la Policía de Tráfico de California y los del condado no han dado tu nombre a la prensa. Y cómo podrá W.D.D...

—¿Quiénes eran? —exclamó Dar, gritando otra vez sin darse cuenta—. ¿Lo dijeron por televisión?

—No, no fue por televisión, y mañana por la mañana nos va a informar a todos la oficina del fiscal del distrito de San Diego —dijo Trudy—. A las nueve de la mañana. Estarás fuera, bajo fianza... el fiscal del condado de San Diego ya tiene un mandato judicial de uno de sus jueces, pidiendo al condado de Riverside que sea indulgente. No te preocupes por los medios de comunicación, que no te seguirán a casa... No se va a filtrar tu nombre, al menos hasta mañana.

—Pero... —empezó Dar, y se dio cuenta de que no sabía qué más decir.

—Espera al socio de W.D.D. —le instó Trudy—. Ve a casa y toma una ducha bien caliente. Lawrence acaba de llamar y le he contado lo que pasaba. Te llamaremos esta noche y luego dormirás tan tranquilo. Creo que todos lo necesitaremos para lo que nos espera mañana.

W.D.D. Du Bois era un hombre bajito, negro y extrovertido, con un mostacho a lo Martin Luther King y un aire a lo Danny de Vito. Lawrence había dicho una vez que, ante un tribunal, W.D.D. podía expresar más con el bigote de lo que podría hacer la mayoría de la gente con las cejas.

Du Bois no era el verdadero nombre de aquel abogado. O, mejor dicho, no era su nombre de nacimiento. Bautizado como Willard Darren Dirks en Greenville (Alabama), W.D.D. había nacido a principios de los cuarenta, con todas las circunstancias en su contra: la raza, la pobreza de su familia, el estado en el que había nacido, el coeficiente de inteligencia de la mayoría de los habitantes blancos de aquel estado, el analfabetismo de sus padres, las miserables escuelas segregadas a las que asistió... todo excepto su propio coeficiente intelectual, que era más elevado que los puntos que alcanzaban en la bolera la mayoría de los profesionales. Cuando tenía nueve años, el joven Willie Dirks descubrió los textos de W.E.B. Du Bois y se hizo cambiar el nombre legalmente a los veinte. Por aquel entonces había salido de Alabama y había conseguido asistir a la Universidad del Sur de California y a la facultad de derecho de UCLA. Fue el tercer negro en graduarse en aquella distinguida institución, y el primero en fundar una importante firma en Los Ángeles en la que trabajaban única y exclusivamente abogados negros y personal negro.

El hecho de que su idea cuadrara a la perfección con la Ley de Derechos Civiles de 1964, con un aluvión de leyes pro derechos civiles respaldadas por el gobierno y con las medidas legislativas que adoptó Lyndon Johnson hacia una Gran Sociedad que requería batallas legales en todos los frentes para eliminar la discriminación ayudó a la práctica de W.D.D., aunque no la definió. Su firma llevaba sobre todo casos civiles, pero la niña mimada de W.D.D. era el derecho penal, y éstos eran precisamente los pocos casos que él defendía en persona ante los tribunales. Cuanto más extraño era el caso, más atraía al abogado Du Bois. Era bien sabido (al menos, en los círculos judiciales) que el abogado Robert Shapiro había tratado de introducir a Du Bois en el caso O.J. Simpson antes de que Johny Cochran se viera involucrado, pero que el único comentario que aquél hizo a Shapiro fue: «¿Estás de broma? Ese hermano es más culpable que Caín, el hermano de Abel. Yo sólo represento a

asesinos inocentes». Investigaciones Stewart le había ofrecido algunos casos deliciosamente extravagantes a lo largo de los años, y Du Bois mostraba su agradecimiento representando a la empresa de Trudy cuando las cosas se ponían complicadas. Y aquél parecía precisamente uno de esos momentos.

El ayudante del fiscal del distrito entró y tomó asiento a la cabecera de la mesa. Richard Dale Sastre, lleno de ambiciones políticas, era muy susceptible respecto a su apellido. Su padre había sido un famoso juez, así que Richard no podía cambiarse de nombre, pero siempre estaba pidiendo a la gente que no le llamase «D. Sastre», protestando incluso más a menudo que Lawrence cuando le llamaban «Larry». Cosa que aseguraba que, al menos cuando él no estaba delante, todo el mundo en la oficina del fiscal, en el Centro de Justicia de San Diego y en el sur de California le llamase «Desastre».

«Syd» fue una sorpresa mayor aún para Dar. La mujer era muy atractiva, de treinta y tantos años, un poco regordeta aunque de una forma agradable, bien arreglada, como una profesional, pero con una expresión que parecía sugerir una gran inteligencia y una forma de contemplar la vida pasada por el tamiz de un contenido sentido del humor. Le recordaba a Dar a una actriz secundaria que le gustaba mucho, pero cuyo nombre no podía recordar ni aunque le matasen. Dar supuso que se haría llamar «Sydney», con dos y griegas, y como se colocó en el otro «asiento del poder» de la mesa (la silla vacía que había en el extremo opuesto a Desastre) estaba claro que se trataba de alguien de gran influencia.

El fiscal Sastre llamó al orden.

—Todos saben por qué estamos aquí hoy. Para aquellos de ustedes que hayan estado de servicio y se hayan perdido las noticias de ayer o de esta mañana, tienen delante de ustedes una copia de la declaración del señor Darwin Minor... y esta cinta.

«Mierda», pensó Dar cuando el ayudante del ayudante acercó la mesita con un viejo televisor y un aparato de vídeo VHS de un rincón y lo colocó en un lugar privilegiado junto a la silla del ayudante del fiscal. El ayudante introdujo la cinta y Desastre accionó el mando a distancia.

Dar no había visto el vídeo de las noticias de la noche anterior. Ahora contemplaba la cobertura en vivo que había realizado el canal cinco de la persecución desde la salida de la interestatal, por la carretera que bordeaba el lago Elsinore, acabando con unas sorprendentes imágenes cuando el helicóptero de la televisión, suspendido a más de treinta metros de altura sobre la terraza del restaurante El Mirador, casi se veía golpeado por el Mercedes E 340 al caer éste por el aire como si tratara de refugiarse en los patines del helicóptero. Afortunadamente, el ayudante del fiscal no subió el volumen y no se escucharon los delirantes comentarios de los reporteros. Sin embargo, por desgracia, la cámara hizo un zoom hacia las caras de los dos hombres: ambos con las cabezas y los hombros saliendo por la ventanilla del lado del conductor, como si intentaran escapar y ponerse a salvo. Dar pudo ver claramente que la boca del que había disparado se abría y este gritaba algo, aunque no entendió las palabras que pronunció.

Cuando el Mercedes cayó y quedó fuera de la vista, el piloto del canal cinco inmediatamente hizo bajar el helicóptero en espiral para que la cámara giroestabilizada, inmisericorde y fija, pudiera seguir al vehículo que iba cayendo durante todo el recorrido, hasta que el E 340 chocó con la ladera de la montaña y dio una vuelta de campana, a unos ciento cincuenta metros por debajo de la terraza de El Mirador. Los restos rebotaron entre los árboles y arbustos durante otros treinta o cuarenta

metros, el chasis del Mercedes quedó milagrosamente intacto, pero las ruedas, parachoques, ventanillas, ejes, amortiguadores, tapacubos, parabrisas, suspensión, catalizador y los seres humanos que iban en su interior salieron volando en todas direcciones, hasta que finalmente el coche desapareció entre una inmensa nube de polvo, escombros y árboles, en un profundo barranco, en la ladera de la montaña.

El ayudante Sastre pulsó el botón de rebobinado para volver atrás las imágenes del accidente. Los fragmentos de coche volvieron a trepar y reunirse y el coche levitó en el aire, y luego Sastre lo detuvo y dejó la imagen congelada de la cara de los dos hombres, uno de ellos en el acto de gritar al helicóptero en lo que parecía una petición de auxilio. Dar vio que todas las caras de los presentes se volvían hacia él, incluso las de Lawrence y Trudy, y sintió el peso de todas las miradas. Pensó en preguntar: «¿Les salvaron los airbags?», pero decidió mantener la boca cerrada. Además, tres de los cuatro airbags de los asientos delanteros estaban ya desinflados cuando el vehículo saltó por los aires, con lo cual en el vídeo el asiento del pasajero ofrecía una imagen todavía más penosa si cabe, como si el hombre estuviese envuelto en enormes condones vacíos.

Dos hombres habían muerto y él había sido el causante de su muerte. Dar notaba cómo le abandonaba el vértigo del vídeo y sentía descender sobre su espíritu el peso de aquel hecho, pero no lo lamentaba. Recordaba con toda claridad el sonido del Mac-10 disparando contra la ventanilla del asiento del conductor y silbando por encima de su cabeza. Recordaba la furia que había sentido el día anterior como algo distante, pero también con la claridad suficiente para saber que si aquellos dos hijos de puta hubieran sobrevivido a la caída, a él le habría encantado bajar por la colina y rematarlos a golpes con un palo. Mantuvo la boca cerrada y la cara inexpresiva, y finalmente los demás apartaron las miradas de él.

—Antes de continuar —dijo el ayudante del fiscal en el espeso silencio que siguió—, debo decir que hemos hecho que unos expertos en lectura de labios de la Escuela de Sordos de San Diego analizaran cuál fue el último grito de ese caballero —señaló con el mando a distancia hacia la imagen donde el hombre del bigote estaba congelado en el tiempo, con la boca abierta en el acto de gritar sus últimas palabras—, pero por lo que pueden determinar nuestros expertos en lectura de labios, el hombre dijo... eh... bueno... «¿gañuqui?»

Todos se miraron extrañados excepto Sydney, que se echó a reír en voz alta.

—*Gavnuki* —dijo, todavía riendo para sí al pronunciarlo de forma muy diferente de lo que había hecho D. Sastre—. En ruso significa «cabrones». Creo que el hombre estaba expresando su opinión acerca del canal cinco.

—Ah, bien —dijo el ayudante del fiscal, y apagó la televisión.

—Eso confirma la identificación de esos dos hombres por parte del FBI —dijo el agente guapo que llevaba un corte de pelo a lo FBI—. El Mercedes fue robado en Las Vegas hace dos días. Hemos identificado a los dos difuntos ocupantes del vehículo como ciudadanos rusos. El conductor, Vasily Plavinsky, llevaba tres meses en el país con un visado temporal. El otro hombre...

—El que intentó matar a mi cliente con un arma automática —intervino el abogado Du Bois, suavemente.

El agente del FBI frunció el ceño.

—El otro hombre, también ruso, entró en este país por Nueva York hace exactamente cinco días. Su

nombre era Kliment Ritko.

—Podría ser un nombre falso —dijo Dar.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el agente especial del FBI, con un toque de condescendencia en la voz—. En su declaración usted dice que nunca había visto antes a esos dos hombres. ¿Afirma ahora que conocía usted personalmente la identidad de... ejem... las víctimas?

—Los presuntos homicidas —dijo W.D.D. Du Bois al instante—. Los asesinos a sueldo.

Dar dijo:

—Sugiero que puede ser un nombre falso porque existió un infame pintor ruso llamado Kliment Ritko. Su obra de 1924, *Alzamiento*, pronosticó el reinado de terror de Stalin. Incluso pintó a Lenin, Stalin, Trotsky, Bujarin y todos los demás líderes bolcheviques sobre un fondo sangriento, rodeados por tropas que disparaban a la gente indefensa en la calle.

Hubo treinta segundos enteros de silencio, un silencio violento, como si la exhibición de pedantería de Dar fuera equivalente a levantarse y mearse encima de la mesa. Dar decidió mantener la boca cerrada durante el resto de la reunión, a menos que le preguntaran algo directamente. Volvió un poco la cabeza y vio que Sydney, que aún no le había sido presentada, le dedicaba una franca mirada de aprobación.

—Voy a presentar a todos los que están a la mesa —dijo el ayudante del fiscal con rapidez, intentando recuperar el control de la reunión—. Casi todos ustedes conocen ya al agente especial James Warren, responsable de la rama de San Diego del FBI. El capitán Bill Reinhardt del Departamento de Policía de Los Ángeles, su contacto con la Operación Limpieza del Sur de California. El capitán Frank Hernández, de nuestro departamento de policía de San Diego. Junto al capitán Hernández... y gracias por acudir hoy, Tom, después de avisarte con tan poco tiempo, creo que tenías que asistir a un congreso en Las Vegas... está el capitán Tom Sutton, de la Policía de Tráfico de California. Junto a Tom se encuentra el sheriff Paul Fields, del condado de Riverside, cuya colaboración ha sido fundamental en esta operación. La mayoría de nosotros ya conocemos al sheriff Buzz McCall, de aquí, del condado de San Diego. Y al fondo... hola, Marlena... la sheriff Marlena Schultz, del condado de Orange.

El ayudante del fiscal tomó aliento y continuó por la izquierda.

—Algunos ya conocen a Robert... Bob, ¿verdad? Bob Gauss, del Departamento Estatal Contra el Fraude a las Aseguradoras. Bienvenido, Bob. Al lado de Bob tenemos a la abogada de Washington Jeanette Poulsen, de la Oficina Nacional contra el Delito en los Seguros. A la izquierda de la señora Poulsen está Bill Whitney, del Departamento de Seguros de California. Y más allá de Bill está... eh... —el ayudante del fiscal tuvo que consultar sus notas. Había tenido una actuación impecable hasta aquel momento.

—Lester Greenspan —dijo un hombre algo arrugado y con aire de chupatintas—. Abogado principal del grupo de ciudadanos Coalición Contra el Fraude en las Aseguradoras. También de Washington, contactado oficialmente con su Operación Limpieza del Sur de California.

Dar arrugó el ceño. «Contactado».

—Junto al señor Greenspan está alguien a quien todos conocemos y queremos —dijo el ayudante del fiscal Sastre, intentando, obviamente, inyectar algo de optimismo y energía en aquellos fatigosos

preliminares—. Nuestro consejero legal, merecidamente renombrado y afortunadamente afincado en Los Ángeles, W.D.D. Du Bois.

—Gracias, Desastre —dijo Du Bois, con una amplia sonrisa.

Sastre abrió los ojos como si no pudiera creer lo que estaba oyendo y sonrió a su vez.

—Eh... bueno... junto a W.D.D... La mayoría de ustedes, los agentes de la ley, conocen a esas dos personas... son Trudy y Larry Stewart, de Investigaciones Stewart, de Escondido.

—Lawrence —dijo Lawrence.

—Y allí, junto a Larry —continuó el ayudante del fiscal—, está alguien a quien todos nosotros hemos conocido alguna vez en nuestro trabajo, el señor Darwin Minor, uno de los mejores especialistas en reconstrucciones de accidentes del país y el conductor del NSX negro que se ve en la cinta. Y al final de la mesa...

—Un momento, por favor, Dick —dijo el sheriff Fields, del condado de Riverside. Era un hombre mayor con ojos de pistolero, y cuando volvió la mirada hacia Dar, el efecto inmediato fue que éste se encogió y se quedó helado, las dos cosas simultáneamente—. Éste es el ejemplo más reprobable y despiadado de homicidio a sangre fría que he visto en toda mi vida.

—Gracias —exclamó Dar, devolviéndole al sheriff su mirada eléctrica, amperio a amperio—. Pero fueron ellos los que trataron de asesinarme a mí a sangre fría. Yo tenía la sangre caliente, muy caliente, cuando los eché de la carretera...

—¡Un momento! —exclamó el ayudante del fiscal—. Déjenme acabar. Y al final de la mesa, quiero presentarles a la señora Sydney Olson, jefa de investigadores de la oficina del fiscal del estado y actualmente directora del grupo operativo de la Operación Limpieza del Sur de California contra el crimen organizado y las mafias. Syd... tiene la palabra.

—Gracias, Richard —dijo la jefa de investigadores, y volvió a sonreír.

«Stockard Channing», pensó Dar.

—Como saben la mayoría de ustedes —continuó—, durante los tres últimos meses el estado ha estado llevando a cabo una gran investigación, la Operación Limpieza del Sur de California, en un intento de tomar enérgicas medidas contra el fuerte incremento del fraude en las reclamaciones a las aseguradoras en esta parte del estado. Estimamos que dicho fraude este año ha costado ya a los californianos alrededor de siete mil ochocientos millones de dólares...

Varios sheriffs silbaron admirativamente.

—... y está haciendo que las cuotas de los seguros se eleven al menos un veinticinco por ciento.

—Más bien el cuarenta —intervino Lester Greenspan, de la Coalición contra el Fraude en los Seguros.

Sydney Olson asintió.

—Estoy de acuerdo. Creo que las estimaciones del estado son demasiado prudentes, con mucho. Especialmente, después de los últimos seis meses.

El agente especial James Warren se aclaró la garganta.

—Tengo que hacer constar que la Operación Limpieza del Sur de California ha tomado como modelo una operación similar llevada a cabo por el FBI en 1995, que tuvo gran éxito, en la cual realizamos más de mil detenciones.

«Y probablemente se consiguieron unas cuatro condenas», pensó Dar.

—Gracias, Jim —añadió la jefa de investigadores Olson—. Tienes razón, por supuesto. También estamos realizando una operación de investigación en Florida, «Chocar y cobrar», donde los agentes del estado han detenido a ciento setenta y cuatro sospechosos, muchos de los cuales han resultado trabajar en una banda relacionada con los falsos accidentes.

—¿Principalmente caídas fraudulentas? —preguntó Trudy Stewart—. ¿O cosas más fuertes?

—Muchos sospechosos eran reincidentes en caídas fraudulentas —dijo Sydney—, pero nuestra captura más importante fue un abogado de Miami y su hijo, que encabezaban una banda organizada. Esos dos amañaron más de ciento cincuenta choques de automóviles. Pagaban a individuos de escasos recursos para que chocaran unos con otros en las carreteras de Florida y luego formulaban reclamaciones falsas contra las aseguradoras, con la colaboración de personal sanitario comprado o incluso de sus propias firmas de abogacía.

—Nada nuevo al sur de California —dijo el sheriff Fields, con su acento de pistolero—. Nos encontramos esas cosas casi cada día. Uno de cada ocho o diez accidentes en la 1-15 que cruza la región está amañado. No es ninguna novedad.

La jefa de investigadores Sydney Olson asintió.

—Excepto por el hecho de que en los últimos meses ha habido una especie de lucha territorial para controlar el fraude organizado contra las aseguradoras.

—¿Grupos? —inquirió el sheriff Fields, lanzándole una mirada suspicaz.

El ayudante del fiscal fue quien habló a continuación.

—En el condado de Dade, en Florida, descubrieron que eran sobre todo los colombianos (los antiguos traficantes de drogas) quienes estaban organizando el fraude contra las aseguradoras. Lo mismo ocurre con algunas de las bandas de mexicanos o mexicano-estadounidenses al este de Los Ángeles y en otros sitios.

—No me extraña —gruñó el sheriff Fields.

El capitán Sutton de Tráfico meneó la cabeza.

—La mayoría de los accidentes amañados no los montan las bandas latinas —dijo, tranquilamente—. Sí trataron de meterse en el negocio, pero recibieron una patada en el culo. Unos cuantos acabaron metidos en bolsas para cadáveres.

El sheriff Schultz del condado de Orange se aclaró la garganta:

—Lo mismo ocurre con el crimen organizado vietnamita. Quieren dominar el terreno, pero alguien se está metiendo por medio.

Intervino el agente especial Warren:

—Y quienquiera que sea, el que ha ganado en esta guerra territorial está trayendo a personal de las mafias rusa y chechena... a lo largo de toda la costa oeste, pero especialmente por aquí.

Todos los ojos se volvieron hacia Dar y los que estaban sentados junto a él.

Lawrence carraspeó como solía hacer cuando estaba a punto de pronunciar una frase larga.

—Nuestra empresa contrató a Dar... perdón, al señor Minor... el doctor Minor... para reconstruir varios accidentes que, obviamente, habían sido amañados. Ha actuado como experto en media docena de casos, y yo también.

Trudy meneaba la cabeza.

—Pero no hemos detectado señal alguna de una banda altamente organizada en todas esas reclamaciones fraudulentas —dijo—. Se trata simplemente de los habituales delincuentes de poca monta, parásitos de las compañías de seguros de segunda o tercera generación. Dependen de ellas, igual que los adictos a la beneficencia dependían antes de sus cheques para sobrevivir.

El ayudante de fiscal Sastre miró a Dar.

—No hay duda de que aquellos hombres del Mercedes no sólo eran mafiosos rusos importados para estas luchas territoriales, sino que también tenían como objetivo matarle a usted, señor Minor.

Dar inquirió:

—¿Y por qué iban a querer matarme?

Sydney Olson se volvió y miró a Dar a los ojos.

—Eso esperábamos que nos lo dijera usted. Lo que ocurrió ayer representa la pista más importante que hemos tenido en varios meses de investigación.

Dar sólo pudo sacudir la cabeza.

—Ni siquiera sé cómo pudieron localizarme. Todo lo que pasó ayer fue una locura... —De forma rápida y concisa contó la llamada que le despertó a las cuatro de la madrugada, el asunto de las unidades RAD, el encuentro con Larry y la entrevista con Henry en el Aparcamiento para Caravanas de Jubilados Reposo Sombreado—. Es decir... nada de lo que hice ayer estaba planeado de antemano. Nadie podía saber que yo iba a dirigirme hacia el sur por la 1-15 justo en aquel momento del día.

El capitán Sutton, de la Policía de Tráfico, dijo:

—Encontramos un escáner conectado en la frecuencia de un móvil entre los restos del Mercedes. Debían de controlar sus llamadas.

Dar meneó la cabeza de nuevo.

—No hice ni recibí ninguna llamada por el móvil después de mi encuentro con Larry.

Trudy informó:

—Lawrence llamó después de haber tomado las fotos de la banda de coches robados, para decir que estabas haciendo la entrevista en el aparcamiento de caravanas.

Dar movió la cabeza de nuevo.

—¿Acaso insinúan que la tontería de las unidades RAD o el hombre de setenta y ocho años que se cae de su cochecito forman parte de una gran conspiración para estafar a las aseguradoras? ¿Y que

alguien sería capaz de traer a unos rusos para matarme por alguno de esos casos?

De nuevo habló el capitán Sutton, de Tráfico. Para ser un hombre tan alto (casi dos metros) su voz sonaba con un volumen muy bajo.

—Lo de las unidades RAD ya está aclarado. Los restos humanos que se han encontrado en el lugar del accidente (dientes, en concreto) pertenecían a un joven de diecinueve años, Purvis Nelson, de Borrega Springs, que vivía con su tío Leroy. Leroy compra metal en lotes a las Fuerzas Aéreas. Evidentemente, alguien en la base de las Fuerzas Aéreas no se percató de que aquellas dos unidades RAD estaban intactas. Pero Purvis sí. Dejó una nota para su tío...

—¿Una nota de suicidio? —preguntó alguien.

El capitán dijo que no con la cabeza.

—No, sólo una nota que indicaba que eran las once de la noche y decía que iba a batir el récord de velocidad mundial y que estaría de vuelta para desayunar.

—En otras palabras, una nota de suicidio —murmuró el sheriff McCall, de San Diego. El sheriff miró a Lawrence—. La declaración menciona que cuando usted y el señor Minor se encontraron, justo antes del tiroteo, iba usted de camino para buscar información sobre una transacción con un vehículo robado. Un robo que tenía como objetivo coches de Avis. ¿Podría ser ésa la causa del ataque al señor Minor?

Lawrence soltó una risita.

—Lo siento, sheriff, pero el asunto del robo de coches de Avis era una operación muy casera, estrictamente familiar. Ya sabe, una de esas excelentes y campechanas familias sureñas en las que el árbol familiar no tiene ramas.

Ninguno de los sheriffs sonrió, ni los capitanes, ni el hombre del FBI.

Lawrence carraspeó.

—De todos modos, no, esa gente a la que iba siguiendo yo no tendría nunca tratos con la mafia rusa. Probablemente ni siquiera saben que en Rusia hay mafia. Era una cosa interna. Billy Joe trabajaba en Avis y, como parte del procedimiento habitual de control, obtenía la dirección donde iban a quedarse en la población los que alquilaban un coche. Entonces su hermano Chuckie cogía uno de los duplicados de la llave que tenía la agencia y robaba el coche (les gustaban los deportivos) aquella misma noche. Se reunían en el desierto con el primo Floyd, que, muy listo, pintaba de otro color el coche en el garaje que tienen allí, y se lo llevaban a Oregón tan pronto como estaba seco, volviendo a venderlo en un local que poseían allí de forma legal. Cambiaban las placas de la matrícula, pero no los números de registro de los vehículos. Eran unos idiotas. Ayer entregué las fotos y las notas a Avis y ellos informaron a las autoridades de la policía y a la de Oregón.

La jefa de investigadores Olson levantó la voz ligeramente para volver a encauzar la conversación.

—Lo cual significa que ninguno de los incidentes de ayer tenía relación con el atentado contra su vida, señor Minor.

—Llámeme Dar —murmuró éste.

—Dar —dijo Sydney Olson, y se miraron de nuevo a los ojos.

Dar se vio sorprendido de nuevo por la forma que tenía ella de mezclar la seriedad profesional con una pizquita de diversión. «¿Es el brillo que tiene en los ojos, o los gestos que hace con la boca?», se preguntó, y ladeó la cabeza, sin acabar de verlo claro. No había dormido demasiado bien la noche anterior.

—Algo habrá hecho, Dar —continuó ella—, que ha convencido a la alianza de que va a por ellos.

—¿La alianza? —se sorprendió Dar.

Olson sonrió.

—Así llamamos a la red de los fraudes. Parece muy extensa y con buenas conexiones.

El sheriff Fields se apartó de la mesa, hinchó las mejillas y movió la mandíbula como si estuviera a punto de escupir.

—Una red de fraude muy extensa, ¿eh? La Operación Limpieza del Sur de California... Mire, señorita... Lo que tenemos aquí son un puñado de delincuentes, los de costumbre, que van por la carretera chocando a propósito con los coches de otras personas y luego gritando que se han hecho daño. Nada nuevo. Todo este despliegue de fuerzas no es más que un despilfarro del dinero de los contribuyentes.

La cara de la jefa de investigadores Olson enrojeció ligeramente. Dirigió al viejo pistolero una mirada que podía haber procedido de Bat Masterson.

—La existencia de la alianza es una realidad, sheriff. Aquellos dos rusos muertos del Mercedes (miembros despiadados de la mafia que, de acuerdo con la Interpol, habían asesinado al menos a una docena de desgraciados banqueros y hombres de negocios rusos en Moscú, y probablemente a un empresario americano demasiado confiado aquí) son reales. Los impactos de bala del Mac-10 en el coche del doctor Minor también son reales. Los diez mil millones de dólares extra que hay que añadir al coste de las aseguradoras en California... son reales, sheriff.

La mirada del viejo se apartó de Sydney Olson y la nuez del hombre subió y bajó en el cuello como si estuviera tragando en lugar de escupir lo que llevaba en la boca.

—Sí, claro, no lo discuto. Pero todos tenemos cosas muy importantes que requieren nuestra atención. ¿Qué rumbo va a tomar a partir de ahora ese... proyecto de la Operación Limpieza?

El ayudante del fiscal sonrió. Era una sonrisa amplia, tranquilizadora. La sonrisa de un político consumado que pretendía seguir siéndolo.

—El grupo operativo va a trasladar su cuartel general temporalmente a San Diego a causa de este incidente —dijo, feliz—. Los medios de comunicación quieren saber la identidad del conductor del NSX negro. Hasta ahora hemos tapado la historia, pero mañana...

—Mañana —dijo Sydney Olson, mirando de nuevo a Dar—, vamos a explicar la historia oficial. En parte se ajustará a la verdad. Por ejemplo: diremos que los dos hombres pertenecían a la mafia rusa. Diremos que el objetivo de su atentado era un detective privado (la verdadera identidad y ocupación de Dar se mantendrán secretas para la prensa, por razones obvias), y anunciaremos que creemos que los asesinos iban tras él porque estaba a punto de descubrir su conspiración. Y después de anunciar esto, yo pasaré un cierto tiempo con el doctor Minor y con Investigaciones Stewart.

Dar le devolvió la mirada desafiante. De pronto ya no le parecía tan atractiva como Stockard

Channing.

—Me está mirando usted como a la cabra aquella en esa película de dinosaurios... Jurassic Park.

—Exacto —afirmó Sydney Olson, sonriendo ahora ya abiertamente a Dar.

Lawrence levantó la mano como si estuviera en el colegio.

—No quiero encontrarme la pierna ensangrentada de mi amigo Dar en el tejado del retrete un día, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Sydney Olson—. Me aseguraré de que no ocurra nada parecido. —Se levantó—. Tal como ha dicho el sheriff Fields, todo el mundo tiene obligaciones importantes que les reclaman ahora. Señoras, caballeros, les mantendré informados a todos. Gracias por acudir a esta reunión.

La reunión había terminado, y Dick parecía desconcertado al no haberle dado fin él mismo. Sydney Olson se volvió hacia Dar.

—¿Va a volver a casa a Mission Hills ahora?

A él no le sorprendió que supiera dónde vivía. Por el contrario, estaba seguro de que la jefa de investigadores Olson había leído todas las páginas de todos los expedientes suyos que pudieran existir.

—Sí —dijo—. Voy a cambiarme de ropa y luego ver los culebrones por la tele. Larry y Trudy me han dado el día libre, y no he recibido ninguna otra llamada.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó la jefa de investigadores Olson—. ¿Me puede llevar a su *loft*?

Dar consideró diez mil respuestas sexistas posibles, y las rechazó todas.

—Es para mi propia protección, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Sydney. Se apartó un poco la americana que llevaba, sólo lo suficiente para enseñar la semiautomática de nueve milímetros que llevaba metida en la funda, en la cadera—. Y si nos damos prisa —dijo—, podemos comprar algo de comer por el camino y no nos perderemos el capítulo de *Todos mis niños*.

Dar suspiró.

«E de entrada»

—Sólo hace un par de horas que nos conocemos —dijo Syd— y ya me has mentido.

Dar levantó la vista del café que estaba moliendo en el mostrador de la cocina. Habían comprado algo de comer en el Kansas City BBQ (a sugerencia de Syd, pues ella dijo que había estado mirándolo desde el hotel Hyatt durante dos días y solamente el letrero le daba hambre) y luego él la llevó hasta su casa, en un antiguo almacén reformado de Mission Hills. Aparcó el Land Cruiser junto a la puerta que se abría a nivel de la planta baja, y que consistía en un espacio enorme con un laberinto de columnas, y subieron en el enorme ascensor de carga, el único que había en el edificio, hasta su apartamento, que se encontraba en el sexto piso.

El la miró mientras ella iba paseando por las diferentes zonas de la vivienda, separadas sólo por altas estanterías que delimitaban los espacios del loft.

—Hasta ahora he contado... ¿cuántos? Unos siete mil libros —continuó Syd—, no menos de cinco ordenadores, un equipo de sonido espectacular con ocho altavoces y once tableros de ajedrez, pero ningún televisor. ¿Dónde ves los culebrones?

Dar sonrió y fue colocando el café molido en el filtro.

—En realidad los culebrones me pasan a mí directamente. Se llama «tomar declaración a testigos y víctimas».

La jefa de investigadores Sydney Olson asintió.

—Pero debes de tener un televisor por alguna parte. ¿Quizás en el dormitorio? Por favor, dime que sí lo tienes, Dar. De otro modo, sabré que me encuentro en presencia del único intelectual auténtico que he conocido que no está en cautividad.

Dar llenó de agua la cafetera y la puso en marcha.

—Hay un televisor. En uno de los trasteros que hay junto a la puerta.

Syd enarcó una ceja.

—Ah... déjame que adivine... ¿la Super Bowl?

—No, béisbol. A veces algún partido nocturno, cuando estoy en casa. Y todos los play-offs y las series —puso unos mantelitos en la mesita de cocina redonda. Por las ventanas de casi tres metros de alto se filtraba mucha luz.

—Una silla Eames —dijo Syd, tocando la silla de curvada madera y cuero negro que se encontraba en el rincón de la zona de estar, donde se unían dos estanterías llenas de libros. Se sentó en ella y apoyó los pies en la otomana de madera y piel—. Parece bastante cómoda, podría ser la de verdad... un original.

—Lo es —dijo Dar. Colocó dos tazas blancas de desayuno en los mantelitos y sirvió el café en ellas—. ¿Quieres leche y azúcar?

Syd dijo que no con la cabeza.

—El café me gusta como James Brown: negro, fuerte, intenso.

—Espero que éste te guste —dijo Dar, mientras ella, a regañadientes, se levantaba de la silla Eames, estiraba los brazos y luego iba a reunirse con él en la mesa de la cocina.

Syd dio un sorbo y arrugó la nariz.

—Sí. Está bueno. El señor Brown lo aprobaría.

—Puedo hacer otro, si quieres. Más flojo. Más sano.

—No, éste vale —se volvió y miró en torno, a las otras zonas del loft que quedaban visibles—. ¿Puedo jugar a la investigadora durante un minuto?

Dar asintió.

—Una alfombra persa auténtica separa la zona de estar, en esta parte. Una auténtica silla Eames. La mesa de comedor Stickley y las sillas también parecen de verdad, y las lámparas estilo Tiffany. Obras de arte auténticas en todas las zonas. ¿Aquel cuadro grande que está en la parte abierta, frente a las ventanas, es un Russell Chatham?

—Sí —asintió Dar.

—Y se trata de un óleo, no un grabado. Los originales de Chatham valen una fortuna hoy en día.

—Lo compré en Montana hace algunos años —dijo él, dejando su café en la mesa—. Antes del boom de Chatham.

—Aun así—dijo Syd, acabando su inventario mental—. Una jefa de investigadores concluiría que el hombre que vive aquí tiene dinero. Le estropean el Acura NSX un día, pero tiene un Land Cruiser de reserva esperándole en casa.

—Vehículos diferentes con propósitos diferentes —repuso Dar, empezando a irritarse.

Syd pareció darse cuenta y volvió a concentrarse en el café. Sonrió.

—Bueno. Sólo estoy intentando adivinar si estás tan interesado en hacer dinero como yo.

—Todo el que no tenga en cuenta la importancia del dinero es un idiota o un santo —opinó Dar—. Pero creo que tanto la persecución del dinero como el debate sobre ese tema son cosas mortalmente aburridas.

—Estoy de acuerdo —asintió Syd—. Lo que me provoca curiosidad son los once tableros de ajedrez. Con partidas en marcha en todos ellos. Soy una inútil para el ajedrez (sólo sé distinguir un caballo de una torre y gracias), pero esos juegos me parecen de un nivel muy elevado. ¿Tienes varios amigos ajedrecistas con los que juegas partidas múltiples o algo así?

—Por correo electrónico.

Syd asintió y miró a su alrededor.

—Muy bien. Y esa estantería de libros de ficción, ¿cómo están ordenados los libros? No alfabéticamente, eso desde luego. Ni por fecha de publicación, porque tienes volúmenes antiguos mezclados con novelas muy recientes.

Dar sonrió. Los lectores siempre examinaban las estanterías de los demás lectores tratando de averiguar cuál era su sistema de clasificación.

—Podría ser al azar. Compró un libro, lo leo, lo meto en un estante.

—Podría ser —aceptó Syd—. Pero no pareces una persona caótica.

Dar se quedó callado, pensando en la matemática del caos, que era la parte más importante de su tesis doctoral. Syd estaba callada también, observando las novelas de la estantería. Finalmente, murmuró para sí:

—Stephen King arriba, a la derecha. *A sangre fría*, de Truman Capote, un par de estantes por debajo, pero también a la derecha. *Matar a un ruiseñor* en el segundo estante empezando por abajo. *Al este del edén* muchísimo más a la izquierda, casi junto a la ventana. Las chorradas de Hemingway...

—Eh, cuidado con lo que dices. A mí me gusta Hemingway.

—Las chorradas de Hemingway en la parte derecha del estante inferior —acabó Syd—. ¡Ya lo tengo!

—Lo dudo —saltó Dar, picándose de nuevo.

—La estantería es un mapa de Estados Unidos —dijo ella—. Los guardas por regiones. King está ahí arriba helándose el culo cerca del techo, en Maine. Hemingway abajo, cerca del suelo y de la calefacción, muy calentito en Cayo Hueso...

—En Cuba, en realidad. Impresionante. ¿Cómo ordenas tú tus novelas?

—Lo hacía de acuerdo con la relación entre los autores —explicó ella—. Ya sabes, Truman Capote junto a Harper Lee...

—Amigos de la infancia —continuó Dar—. El pequeño y debilucho Truman fue el modelo para Dill, el niño que les visitaba cada verano en *Matar a un ruiseñor*.

Syd asintió.

—Con los autores muertos, la cosa funcionaba bien. Quiero decir que podía mantener a Faulkner y Hemingway bien separados, pero a los vivos siempre los tenía que ir cambiando de sitio. Un mes, por ejemplo, Amy Tan era muy amiga de Tabitha King, pero cuando leía otra novela suya, ya no se hablaban. Perdía más tiempo reorganizando los libros que leyendo, y entonces mi trabajo empezó a resentirse porque el tiempo se me iba preocupándome si John Grisham y Michael Crichton eran todavía buenos colegas o ya no...

—Estás hecha una buena mentirosa —dijo Dar, en tono amistoso.

—Sí —confesó Syd, y cogió la taza de café.

Dar lanzó un suspiro. Estaba disfrutando de verdad, y tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que aquella mujer estaba allí porque era policía, y no a causa de su encanto sin límites.

—Me toca a mí ahora —dijo.

Syd asintió y bebió un poco de café.

—Tienes unos treinta y seis o treinta y siete años —aventuró, empezando por lo más arriesgado, y

cambiando en seguida hacia otros derroteros—. Licenciada en derecho. El acento que tienes es bastante neutro, pero desde luego no es del este. Te queda un cierto deje del medio oeste en las vocales. ¿Una universidad del noroeste?

—Universidad de Chicago —asintió ella. Y añadió—: Y déjame que te diga que sólo tengo treinta y seis. Y los cumplí el mes pasado.

Dar continuó.

—Los jefes de investigación, aunque trabajan para fiscales del distrito locales, siempre proceden de los mejores cuerpos policiales —observó en voz baja, como si hablara para sí—. Antiguos policías interestatales. O militares. O agentes del FBI. —Miró a Syd—. ¿Cuánto tiempo estuviste en el FBI? ¿Siete años?

—Casi nueve —respondió ella. Se levantó, fue hacia la cafetera y rellenó las tazas de ambos con el espeso y oscuro brebaje.

—Muy bien, y te fuiste porque... —empezó Dar, pero se calló. No quería que la cosa resultara demasiado personal.

—No, no, sigue. Lo estás haciendo muy bien.

Dar bebió un poco más de café y dijo:

—El escollo insalvable del sexismo. Pero yo pensaba que el FBI estaba mejorando en ese aspecto.

Syd asintió.

—Están trabajando en ello. En diez años más, podría haber llegado tan alto como cualquier otra persona dentro del cuerpo... justo por debajo del politicucho o chupatintas de costumbre que los presidentes suelen nombrar como director.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste...? —preguntó Dar. Pensó en la semiautomática de nueve milímetros que ella llevaba en la cadera y su funda, tan profesional—. Ah, sí, te gusta más hacer cumplir la ley que...

—La investigación —concluyó Syd—. Exacto. Y el FBI es, después de todo, investigación en un noventa y ocho por ciento.

Dar se frotó la mejilla.

—Claro. Y como jefa de investigadores del fiscal del distrito, puedes investigar a tu gusto y también dar patadas a las puertas cuando llega el momento.

Syd le dedicó una resplandeciente sonrisa.

—Y también les doy una patada a los malos que se esconden detrás de esa puerta.

—¿Y lo haces muy a menudo?

La sonrisa de Sydney Olson se apagó un poco, sin acabar de desaparecer.

—Lo suficiente para mantenerme en forma.

—Y también pones en funcionamiento grupos operativos mixtos, como la Operación Limpieza del Sur de California.

La sonrisa de ella desapareció al instante.

—Sí —replicó—. Y no sé por qué, apostaría a que tú y yo compartimos la misma opinión sobre los comités y grupos operativos.

—La quinta ley de Darwin —dijo él.

Ella enarcó las cejas.

—La inteligencia de cualquier organismo disminuye en proporción directa al número de cabezas que posee —explicó Dar.

Syd se acabó el café, dejó la taza con mucho cuidado en el mantelito individual, asintió y preguntó:

—¿Es una ley de Charles Darwin o del doctor Darwin Minor?

—No creo que Charles hubiera pertenecido nunca a ningún comité ni redactado un informe para un grupo operativo. Él sólo tuvo que ir navegando por ahí en el Beagle, bronceándose y observando a los pinzones y las tortugas.

—¿Cuáles son tus demás leyes?

—Probablemente las irás descubriendo si trabajamos juntos.

—¿Vamos a trabajar juntos?

Dar levantó las manos.

—Estoy intentando averiguar cuál es el argumento de esta película. Aunque es bastante tópico, la verdad. Tú me vas a usar como cebo, esperando que la alianza envíe más mafiosos a matarme. Pero tienes que protegerme. Eso significa que deberás tenerme vigilado las veinticuatro horas del día. Un buen argumento. —Miró hacia la habitación y la zona de comedor—. No sé dónde podrías dormir, pero ya pensaremos en algo.

Syd hizo un gesto desdeñoso.

—Ni lo sueñes, Darwin. La policía de San Diego mandará patrullas por la noche. Lo único que tenía que hacer yo es echar un vistazo a tu domicilio y dar un «informe situacional de seguridad», literalmente, a Desastre.

—¿Y? —dijo Dar.

Syd volvió a sonreír.

—Me complace poder informar de que vives en un almacén casi abandonado donde sólo hay algunos pisos convertidos en viviendas o lofts. No hay seguridad en la escalera, a menos que se considere como guardianes a los borrachos itinerantes que duermen allí. Hay poca luz y ningún elemento de seguridad en el piso bajo, donde aparcas ese carro de combate al que llamas vehículo deportivo. La puerta está bien: reforzada, con tres buenas cerraduras y una barra, pero las ventanas son una pesadilla. Un tirador ciego que usara una Springfield hecha polvo sin mira ni nada podría darte sin problemas. No hay cortinas. Ni visillos. ¿Eres un exhibicionista o qué, Darwin?

—Me gustan las buenas vistas —se puso de pie y miró hacia afuera por la ventana de la cocina—. Desde aquí se puede ver la bahía, el aeropuerto, Point Loma, el Sea World... —calló, dándose cuenta de lo poco convincente que resultaba todo aquello.

Sydney acudió a su lado junto a la ventana. El captó una leve vaharada del perfume que ella llevaba. Era un buen perfume... no era una fragancia pesada, sino que se parecía al olor silvestre de los bosques que rodeaban su cabaña, después de la lluvia.

—Es una vista preciosa —dijo ella—. Tengo que llamar a un taxi y volver al Hyatt, para hacer unas cuantas llamadas.

—Ya te llevo...

—Ni hablar —exclamó Syd—. Si esto va a ser una película de colegas, tienes que dejar a un lado la caballerosidad en el acto —y usó el teléfono de la cocina para llamar a un taxi.

—Pensaba que no ibas a tener que protegerme las veinticuatro horas del día —dijo Dar—. ¿Cómo va a ser una película de colegas?

Syd le dio una palmadita consoladora en el hombro.

—Si no acaba contigo un francotirador o la mafia rusa no te corta la garganta en ese degolladero que tú llamas aparcamiento o algún adicto al crack no te mata sólo para divertirse, llámame cuando Investigaciones Stewart te dé algún caso interesante. Oficialmente, estamos buscando las pautas que siguen los fraudes a base de colisiones y accidentes con las compañías de seguros.

—¿Y extraoficialmente? —preguntó Dar.

—Bueno, supongo que no existe eso de «extraoficialmente» —dijo Syd. Recogió su pesado bolso y se dirigió hacia la puerta—. Desastre me ha dejado una oficina en el juzgado. Me gustaría mucho, oficialmente, que te pasaras por allí mañana por la mañana para decidir cuáles de tus expedientes examinamos —apuntó rápidamente su número de teléfono en una tarjeta—. Y quizá le echemos la vista encima a algo que explique por qué nuestros difuntos amigos del Mercedes pensaban que valía la pena ir a por ti.

—Probablemente me confundieron con otro tipo que tiene también un NSX y no podía pagar sus deudas de juego en algún casino de Las Vegas —dijo Dar.

—Probablemente —accedió Syd, volviéndose hacia él y hacia el apartamento cuando llegaron a la puerta. La abrió—. ¿Cuántos libros tiene aquí en total, doctor Minor?

Dar se encogió de hombros.

—Dejé de contarlos después de los seis mil.

—Probablemente yo tuve una cantidad parecida hace tiempo —dijo Syd—. Pero los regalé todos cuando me convertí en jefa de investigadores. Viaja ligera de equipaje, ése es mi lema. —Salió hacia el vestíbulo y le señaló con un dedo—. Decía en serio lo de que vinieras mañana por la mañana a la oficina, y que me llamaras si tenías un caso interesante —le tendió una de sus tarjetas que tenía impresos el número de oficina de Sacramento y el de su busca. Llevaba también escrito a mano el número de su oficina en los juzgados de San Diego.

—Claro —dijo Dar, examinando la tarjeta. Era una de las caras, pero no indicaba ningún número de teléfono personal—. Pero recuerda que me lo has pedido tú. —Levantó la vista. Ella ya se había alejado y desaparecía de la vista doblando la esquina del pasillo, en dirección al montacargas. Sus zapatos, con suelas blandas, casi no hacían ruido en el suelo de cemento.

—Tú me lo has pedido —dijo Dar, y entró de nuevo en su loft.

—Aquí Olson —contestó una voz soñolienta, casi como drogada, después del quinto timbrazo.

—Levántate y anda, jefa de investigadores —dijo Dar.

—¿Quién es? —la voz soñolienta de Sydney hacía casi ininteligibles las palabras.

—Qué pronto te olvidas —dijo Dar—. Es la una y cuarenta y nueve de la madrugada. Me has dicho que querías que te avisara cuando me llamasen para un caso. Estoy ya vestido y listo para salir. Te doy cinco minutos enteros antes de recogerte delante del Hyatt.

Hubo una pausa. Dar la oía respirar suavemente.

—Dar... recuerda que te dije que debía tratarse de un caso de seguros «interesante». Si es un chaval de dieciocho años que se ha dado una piña en la 1-5...

—Bueno, ya sabe, jefa de investigadores Olson —replicó Dar—, nunca se sabe si algo es realmente «interesante» hasta que uno va a echarle un vistazo. Pero Larry también va a ir, y él raramente me pide que nos encontremos en el lugar de los hechos.

—Vale, vale —murmuró Syd—. Saldré dentro de cinco minutos.

—Ahora ya son cuatro —exclamó Dar, y colgó.

No había demasiado tráfico cuando Dar se metió por carreteras secundarias en dirección a la 5, y luego hacia el norte, pasando por La Jolla.

—¿Has oído hablar de «la joya de La Jolla»? —preguntó. Las aureolas de luz que procedían de las lámparas de vapor de sodio de las farolas de la carretera se desplazaban por encima del parabrisas y les iluminaban la cara a ambos.

—Parece el nombre de una bailarina de strip-tease —dijo Syd, frotándose todavía los ojos para acabar de despertarse.

—Sí, pero en realidad se trata del concierto de rock más moderno de toda la zona. Se celebra en las colinas que hay al oeste de la carretera, ahí arriba... en realidad está más cerca de Del Mar, pero creo que «la joya de Del Mar» no habría quedado tan bien.

—Tampoco es que sea una maravilla de la otra forma —la voz de ella acusaba la fatiga de alguien que lleva mucho tiempo trabajando dieciocho horas al día.

—Es cierto. Pero allí nos dirigimos. Probablemente el concierto habrá terminado ya, pero ha quedado algo: al menos un cadáver.

—¿Un apuñalamiento? —dijo Syd—. ¿Una cosa al estilo de los Angeles del Infierno, como en el festival de Altamont? ¿O alguien ha resultado aplastado cuando la gente se ha ido en desbandada?

Dar sonrió sin querer.

—No nos habrían llamado para ninguna de esas dos cosas. Verás, las ordenanzas municipales se aplican con mucha severidad en los estadios y demás lugares donde suelen celebrarse los conciertos de rock, especialmente los de heavy metal, y...

—¿Quién actuaba esta noche? —le interrumpió ella.

—Metallica.

—Ay, Dios mío —exclamó Syd, con el mismo entusiasmo que alguien a quien acaban de decirle que deben aplicarle un enema de bario.

—Bueno, el caso —continuó Dar— es que un aspirante a superpromotor compró esas sesenta y cinco hectáreas de barrancos llenos de matojos y las valló todas. Hay mucho terreno, sitio para aparcar delante, el escenario en la zona más llana y una cuesta suave que va subiendo hasta que sólo hay riscos con árboles. Pusieron luces, el escenario, torres de sonido y tres mil asientos, y aún quedaba una bonita ladera cubierta de hierba para otros tropecientos mil que quieran sentarse en mantas o en el suelo. También colocaron una valla baja para no dejar entrar a la gente en las ocho hectáreas o así del final, en los bosques precisamente, después del primer concierto. Algunos de los asistentes de mayor edad se quejaron de que allí habían tenido lugar fornicaciones, aprovechando la oscuridad.

—Supongo que los que se quejaron tuvieron que rastrear bien con unos anteojos de visión nocturna para detectarlas —dijo Syd.

—Sí. Pero el promotor pensó que sería más seguro separar la zona del público de los bosques y los riscos. Y por eso les llamó el cliente de Larry y Trudy.

—¿Trabajarán para el promotor?

—No.

—¿Para la compañía de seguros que cubre la responsabilidad del concierto?

—No.

—¿Para Metallica?

—No.

—Me rindo —suspiró Syd—. ¿A quién cubrirán?

—A la empresa que instaló la valla —dijo Dar.

La mayoría de lgs asistentes al concierto se habían ido ya cuando Dar aparcó su Land Cruiser en una zanja polvorienta que servía para evitar que los coches accedieran a la zona del concierto. Los de Metallica se habían retirado hacía rato en un autobús y se habían ido adonde quiera que vayan los de Metallica cuando no están actuando, pero quedaban unos cuantos fans soñolientos, confusos y drogados, arremolinados frente a lo que había sido el escenario. Dar vio las luces de emergencia en el extremo más alejado del terreno, y se dirigió hacia allí. Un agente de la Policía de Tráfico de California les detuvo ante una cancela en la valla baja que separaba la zona herbosa de los bosques fornicatorios, echó un vistazo a sus credenciales a la luz de su linterna de pilas y les hizo señas de que pasaran.

Los vehículos de emergencia (varios coches patrulla de tráfico con las luces encendidas, dos ambulancias, un coche del sheriff, dos remolques y un camión de bomberos grande) estaban apiñados en la parte más estrecha de una pequeña cañada en forma de V. Los abetos tenían diez o doce metros de alto allí, y no dejaban ver las estrellas ni la parte superior de los riscos. En el cono de luz que

formaban los faros y las luces de emergencia, Dar vio los restos destrozados de una furgoneta volcada, un modelo Ford 250 antiguo, por lo que parecía. Aparcó el Cruiser, cogió una potente linterna del asiento trasero y salió junto con Syd hacia las luces. Se identificaron dos veces más ante los policías reunidos allí y pasaron al otro lado de la cinta amarilla que acordonaba la escena del accidente.

Lawrence se dirigió hacia ellos.

—Maldita sea —dijo Dar—. ¿Por qué me has hecho venir?

Lawrence lanzó una risita.

—Ya no te hace tanta gracia sin tu NSX, ¿eh?

—Syd, ¿recuerdas a Larry Stewart de la reunión de esta mañana? —le dijo Dar.

—Lawrence —se apresuró a corregir el otro—. Buenas noches, señora Olson.

—Hola, Lawrence —dijo Syd—. ¿Qué tenemos aquí?

Lawrence, sorprendido y feliz, se quedó callado un momento y luego dijo:

—Como es evidente, una furgoneta Ford F 250 completamente machacada. El conductor está muerto. Salió despedido a través del parabrisas y cayó aproximadamente a unos veinticinco metros. Los conté dando pasos, así que el cálculo no es demasiado exacto —señaló con la linterna que llevaba hacia un grupito de gente de pie y agachada en torno al cadáver de un hombre, junto a un árbol.

—¿Se empotró contra la pared rocosa en la oscuridad? —preguntó Syd.

Lawrence dijo que no con la cabeza. De repente, un policía de tráfico se unió a ellos.

—Sargento Cameron —dijo Dar, sorprendido—. Está muy lejos de su casa esta noche.

—Bueno, pero si es el hombre del Mercedes —exclamó Cameron. Se tocó el sombrero mirando en dirección a Syd—. Qué tal, señora Olson. No la había visto desde la reunión del grupo operativo de Los Angeles del mes pasado. —Cameron se metió los pulgares en el cinturón y el cuero crujió—. Sí, bueno, la verdad es que tengo pluriempleo, trabajaba en la seguridad, aquí... y cuando acababa el concierto, alguien ha encontrado este desastre.

—¿Nadie ha oído cuándo pasaba? —preguntó Dar.

Cameron negó con la cabeza.

—Pero eso no quiere decir nada. Durante un concierto de Metallica, con esos amplificadores y esos altavoces que llevan, podrían echar una bomba nuclear como la de Hiroshima ahí mismo y nadie se enteraría.

—¿Alcohol? —preguntó Lawrence.

—Hay diez latas vacías de cerveza por lo menos en el asiento del pasajero de la furgoneta, que está todo machacado —dijo Cameron—. Y ocho o nueve más rodando por ahí... como el conductor.

—¿Cree que se estrelló contra la pared rocosa? —preguntó Syd.

Lawrence y el sargento Cameron, al unísono, menearon la cabeza negativamente.

—¿Ve cómo se ha aplastado el coche? —dijo Lawrence—. El vehículo cayó desde allí arriba.

—¿Que se cayó por encima del precipicio? —exclamó Syd—. ¿Desde arriba?

—Para acabar en esta posición tendría que haber ido marcha atrás —explicó Dar—. Por eso el conductor salió disparado hacia el oeste... precisamente hacia el concierto. La furgoneta aterrizó primero por la cola (ya ves lo arrugada que está) y lanzó fuera al conductor como el tapón de una botella de champán, antes de aplastarse del todo.

Sydney Olson se acercó a la furgoneta destrozada y contempló al personal del equipo de rescate mientras éstos enganchaban dos cables de los remolques a la parte inferior del chasis.

—Apártense, por favor —les interpeló uno de los agentes de policía—. Vamos a levantar esto.

—¿Tienes fotos? —preguntó Dar a Lawrence.

Lawrence asintió y dio unas palmaditas a su Nikon.

—Ésta va a ser la parte más interesante —dijo, bajito.

—¿Cómo que va a ser...? —empezó Syd, y de repente se cortó—. Ay, Dios mío.

Debajo de la destrozada furgoneta estaba el cadáver de otro hombre. La cabeza, el brazo derecho y el hombro correspondiente habían quedado aplastados, casi completamente planos. El brazo izquierdo presentaba una fractura múltiple que parecía haberse producido antes del aplastamiento. Llevaba una camiseta, pero iba desnudo de cintura para abajo, o casi, porque llevaba los pantalones enrollados en torno a los tobillos, por encima de las recias botas. Una docena de linternas apuntaron hacia el cadáver, y Sydney Olson volvió a repetir:

—Ay, Dios mío.

Las piernas del hombre y su torso desnudo estaban desgarrados por un centenar de sitios. Llevaba una navaja de bolsillo clavada en el muslo. La herida había sangrado profusamente. El hombre tenía el extremo de una larga tira de tela atado torpemente en torno a la cintura, y un trozo de al menos treinta metros más yacía en torno al cuerpo. Y lo peor de todo: una rama de un metro de largo por lo menos, una rama de acebo, sobresalía del ano del cadáver.

—Sí —dijo Dar—. Qué interesante.

Tomaron fotos y medidas. Los policías y los del equipo de rescate iban de un sitio a otro y hablaban entre sí. El médico y el forense del condado dictaminaron que el hombre estaba muerto. Aquello representó un alivio para algunos de los espectadores. Debatieron con más intensidad aún cómo había tenido lugar exactamente aquel accidente.

—Nadie tiene una maldita pista —susurró el sargento Cameron.

—Esto es una locura —dijo Syd—. Parece un culto satánico o algo así.

—No, no lo creo —rechazó Dar.

Se alejó y se fue a hablar con los bomberos. Cinco minutos después éstos habían desplazado la larga escalera contra incendios y la habían extendido hasta la cima de la pared rocosa, invisible entre las ramas para los espectadores que había abajo. Darwin, Lawrence y dos de los oficiales de policía subieron por la escala con unas potentes linternas. Cinco minutos después volvieron a bajar... todos excepto Dar, que se quedó a más de siete metros de altura e hizo una señal al bombero que manejaba

la escalera. La escala giró entre las espesas ramas de los árboles, llevándose a Dar en la punta. Él iba agachando la cabeza cuando pasaban junto a las ramas más gruesas, y apuntaba la linterna a diestro y siniestro.

—Aquí —dijo al fin.

Syd aguzó la vista, pero no pudo descubrir qué era lo que tocaba y luego fotografiaba Dar. Lawrence miraba a través de unos binoculares pequeños que había sacado de un bolsillo de la sahariana.

—¿Qué es? —preguntó Syd.

—Los calzoncillos del tío, colgando de una rama —dijo Lawrence—. Lo siento —exclamó luego, ofreciéndole a ella los binoculares—. ¿Quiere mirar?

—No, gracias.

Quince minutos después las discusiones habían terminado, los cuerpos habían sido introducidos en unas bolsas y luego colocados sobre unas camillas para llevarlos a dos ambulancias distintas, y todo el mundo parecía satisfecho. Lawrence acompañó a Dar y Syd al Land Cruiser. Su Isuzu Trooper estaba aparcado justo detrás de la furgoneta de Dar.

—Muy bien —dijo Sydney Olson, con un acento de ligera irritación—. No lo cojo. No te he oído cuando hablabas con los policías. ¿Qué demonios ha ocurrido ahí?

Los dos hombres se detuvieron y empezaron a hablar a la vez.

—Sigue tú —dijo Dar—. Cuenta la primera parte.

Lawrence asintió. Sus grandes manos se abrieron y fueron gesticulando mientras iniciaba la explicación.

—Bueno, en resumen, esos dos tipos se bebieron las dieciocho o veinte latas de cerveza y trataron de entrar sin pagar en el concierto. No tenían entrada, pero sabían que había un antiguo cortafuegos y decidieron ir por la parte de atrás después de que oscureciera. Pero la parte de atrás había sido vallada por nuestro cliente. Una valla de madera de tres metros de altura, ésa que está ahí.

Syd miró de nuevo hacia las rocas y la oscuridad. Ahora estaban levantando la furgoneta aplastada y colocándola en un camión de plataforma.

—¿Chocaron con la valla accidentalmente? —dijo ella entonces, con una voz muy débil.

—No —explicó Lawrence—. Condujeron la furgoneta hacia atrás, justo hasta la valla, y el conductor (un tipo flacucho) ayudó a pasar por encima a su amigo. Pero estaba muy oscuro por esa parte, y cuando el tío más gordo pasó al otro lado, se encontró con que había un precipicio de casi diez metros. Así que cayó entre las ramas de los árboles, chocando...

—¿Y así fue como murió? —preguntó Syd.

Lawrence volvió a negar.

—No, no, dio con una rama grande a unos doce metros de altura. Entonces fue probablemente cuando se rompió el brazo. Quedó enganchado en la rama por los calzoncillos y en parte por el cinturón.

—Todavía no se daba cuenta de la altura que había aquí —añadió Dar—. Mirando hacia abajo en la oscuridad, vio las copas de los árboles más bajos y probablemente pensó que eran arbustos, y que amortiguarían la caída.

—Así que se quitó los calzoncillos —dijo Lawrence.

—Y cayó otros seis o siete metros —añadió Syd.

—Sí —afirmó Lawrence.

—Pero tampoco se mató —dijo Sydney, en un tono que sugería que ella ahora ya sabía de qué iba.

—No, señor —remachó Lawrence—. Sólo se hizo unos rasguños tremendos al caer entre las ramas. Ahí fue también donde se clavó su propio cuchillo siete centímetros en el muslo, y la rama de acebo en el culo. Perdona la franqueza.

—¿Y qué pasó entonces? —inquirió Syd.

—Dar, a ti se te ocurrió primero —dijo Lawrence—. ¿Por qué no cuentas tú el final?

Dar suspiró.

—Ya queda poco por contar. El conductor debió de oír gritar como un condenado a su amigo, aquí abajo. Se dio cuenta de que había sufrido una caída horrible. Los gritos de dolor del grandullón debieron de quedar algo ahogados por el concierto de Metallica, pero el conductor pensó que tenía que hacer algo.

—Así que...

—Así que cogió un rollo de tela vieja que había en la parte de atrás de la furgoneta, se lo tiró a su amigo y le dijo que se lo atara bien fuerte en torno a la cintura —dijo Dar—. Eso supongo, al menos. En realidad, la cosa no debió de ser tan fácil ni tan escueta. Estaban borrachos, y seguramente gritaron, maldijeron y lloraron mucho, pero al final el hombre más gordo se ató la tela en torno a la cintura dos veces con un nudo absurdo, mientras el flacucho ataba el otro extremo bien fuerte al parachoques trasero de la furgoneta.

—Y entonces...

Dar inclinó la cabeza ante la exclamación de Syd, como si el resto fuera muy obvio.

—Bueno, pues nuestro conductor flaco estaba muy borracho y nervioso. Sin darse cuenta puso la marcha atrás, pisó a fondo, la furgoneta recorrió tres metros disparada hacia atrás y atravesó la valla de nuestro cliente (las huellas de los neumáticos hablan por sí solas) y cayó hacia atrás en picado, más de doce metros, encima de su amigo. En el proceso, él mismo salió disparado por el parabrisas a veinticinco metros de distancia.

—Envíame el informe por correo electrónico mañana por la mañana, y redactaré la versión oficial para entregársela a nuestro cliente —dijo Lawrence.

—Tendré mi análisis preparado a las diez —contestó Dar.

Sydney meneó la cabeza.

—¿Y te ganas la vida así?

«F de fraude»

La primera llamada telefónica llegó un poco después de las cinco de la mañana.

—Maldita sea —exclamó Dar. Para él la mañana no existía al menos hasta las nueve y media o diez, sentado ante un café y un segundo bollito y parapetado detrás del periódico.

Volvió a sonar el teléfono.

—¿Sí?

—Señor Minor, soy Steve Capelli, de la revista *Newsweek*. Queríamos hablar con usted acerca de...

Dar colgó el teléfono con ira, y se volvió para intentar dormir un poco más.

Al cabo de dos minutos, volvieron a llamar.

—Doctor Minor, me llamo Evelyn Summers... quizá me haya visto en el canal siete... esperaba que usted pudiera...

Dar nunca supo qué era lo que esperaba Evelyn, porque volvió a colgar, desconectó el timbre del teléfono y se acercó a la ventana. Junto al coche patrulla de la policía de San Diego que había permanecido aparcado discretamente toda la noche al otro lado de la calle, ahora se encontraban dos furgonetas de la televisión, muy poco discretas. Una cuarta, con una antena satélite en el techo, llegó también mientras Dar miraba.

Volvió de nuevo al teléfono y grabó un nuevo mensaje en el contestador: «hola, soy Vito. No hay nadie en casa, sólo yo y los doberman. Si tienes algo que decir... ¡dilo! Si no, cuelga, gilipollas».

Fue al cuarto de baño a ducharse y afeitarse. Diez minutos después, ya vestido y con una taza de café humeante en la mano, volvió a mirar por la ventana. Había cinco camiones de televisión y cuatro furgonetas aparcados al otro lado de la calle. Les había costado cuarenta y ocho horas conseguir su nombre a través del Departamento de Vehículos a Motor, mediante el número de matrícula de su pobre NSX. Alguien de uno de los nuevos canales debía de tener un contacto en el departamento. Dar dudaba de que el reportero hubiera tenido la suerte de obtener una copia de la foto de su permiso de conducir, pero no estaba dispuesto a salir tan campante para averiguarlo. La luz del contestador no paraba de parpadear. Dar empezó a hacer el equipaje y a guardar camisas y pantalones en su petate, tarareando mientras tanto el tema de *El padrino*.

Al llegar a los juzgados, Dar vio que el ayudante del fiscal había sido tan generoso como siempre al adjudicar una oficina temporal a la jefa de investigadores del fiscal del estado. La «oficina» de Sydney Olson estaba en el sótano de la parte antigua del Palacio de Justicia, no lejos de las celdas, en una antigua sala de interrogatorios con las paredes de un color verde vómito y blanco sucio, decoradas al azar con marcas de esposas y mosquitos aplastados que recordaban el arte abstracto de los años cuarenta, algunas mesas plegables y sillas metálicas, y sin ventanas, excepto el espejo unidireccional. Pero las mesas plegables estaban cubiertas de máquinas modernas: impresoras,

escáneres y otros periféricos. También había dos teléfonos nuevecitos, cada uno con cuatro líneas al menos. En la mugrienta pared que había detrás se encontraba un mapa del sur de California, clavado con chinchetas, que ya había recibido un enjambre de alfileres de cabeza roja, azul, verde y amarilla. Un secretario que trabajaba muy atareado en un ordenador informó a Dar de que la investigadora Olson había acudido a la oficina del fiscal del distrito, pero que había dejado dicho que volvería al cabo de una hora y que deseaba hablar con el doctor Minor antes de que éste abandonara el edificio.

El secretario ofreció a Dar un poco de café de la inevitable cafetera chamuscada que había en la mesa, debajo del espejo unidireccional. El café de la policía era una disolución de cafeína al 180 por ciento y con la textura del asfalto en un día caluroso de verano. Dar había decidido hacía tiempo que aquella era precisamente el arma secreta que permitía que los agentes de la ley de Estados Unidos siguieran trabajando a pesar de los extensos horarios, las miserables condiciones de trabajo, los clientes poco recomendables y el sueldo infame. Bebió un largo trago, sintiéndose cansado y malhumorado.

—Volveré más tarde —dijo.

Encontró un banco vacío en el pasillo del sótano, sacó su ordenador portátil y empezó a escribir el informe sobre el accidente del concierto de Metallica. Conectó el módem al teléfono móvil, marcó el número de la línea exclusiva de Investigaciones Stewart y les envió por correo electrónico el informe a su faximpresora, para que tuvieran ya la copia en papel esperándoles cuando llegaran.

Volvió a guardar el portátil en su bolsa y pensó cómo matar la siguiente media hora. Al final se decidió y echó a andar hacia el final del pasillo, pasando junto a las celdas llenas de prisioneros que aullaban como perros en celo, y subió ágilmente los pulidos escalones hacia el propio edificio del juzgado, de un bonito estilo gótico. A diferencia del edificio anexo al Palacio de Justicia donde Desastre y los demás tenían las oficinas, muy funcional pero horroroso, el antiguo edificio de los juzgados no tenía aire acondicionado, pero lo compensaba su majestuosa arquitectura.

Dar le había dicho a Syd Olson el día anterior que le gustaban los culebrones. Aunque casi nunca miraba la televisión, la conectaba cuando retransmitían alguno de los casos penales o civiles que se juzgaban en el edificio, si no tenía que intervenir él mismo como testigo experto. Entró en la sala 7-A y tomó asiento en la parte de atrás. Hizo una seña con la cabeza a algunos ancianos a quienes reconoció como compañeros de adicción a los tribunales.

Le costó sólo unos pocos minutos ponerse al corriente. Era un juicio por acoso sexual. Una empleada decía que su jefe, el propietario de la pequeña empresa para la que trabajaba, le había hecho insinuaciones sexuales. La mitad de los miembros del jurado tenía los párpados entrecerrados. Estaban casi a punto de echar una cabezadita en el sofocante calor, mientras un testigo tras otro iban declarando con voz monótona acerca del carácter sexista del acusado. Una recepcionista de veintitantos años declaró que el jefe había afirmado más de una vez en su presencia que la demandante (una secretaria de más de cuarenta años) «sonaba sexy por teléfono».

Diez minutos después le tocó el turno de testificar a la demandante. Se parecía a la profesora de latín que había tenido Dar en el instituto: llevaba unas gafas anticuadas sujetas con una cadena, un traje sastre muy discreto, la blusa blanca con un gran lazo en el cuello, unos zapatos formales y el cabello rubio teñido recogido en un moño. Parecía una persona muy modesta y reservada, y su expresión sugería que lamentaba mucho haber tenido que iniciar aquel proceso.

Su abogado le hizo una serie de preguntas y el defensor, un hombre canijo y empalagoso con un traje de tela gruesa, se quedó sentado en su mesa, desmadejado y con una sonrisita de suficiencia. La demandante respondía con una voz tan baja que un par de veces el juez tuvo que pedirle que hablase más alto, para que la pudiesen oír por encima del crujido que hacían los antiguos ventiladores que había en el techo. Algunos miembros del jurado estaban a punto de sucumbir al sopor. Dar ya conocía a aquel juez, su señoría William Riley Williams, un hombre de sesenta y ocho años de edad, con las mejillas tan colgantes y tantas arrugas superpuestas que parecía una efigie de cera de Walter Matthau que se hubiera acercado demasiado a una llama. Pero Dar sabía también que el juez Williams escondía una mente muy penetrante detrás de aquel rostro somnoliento y algo aburrido.

El abogado de la demandante entró a matar:

—¿Y cuál fue el incidente exacto, señora Maxwell, dentro de la habitual conducta inadecuada de su empleador, que sirvió como catalizador para que usted decidiera llevar a efecto la petición de auxilio legal durante tanto tiempo postergada?

Hubo una pausa mientras la demandante, el jurado y los espectadores silenciosos iban traduciendo poco a poco la jerga legal a un idioma comprensible.

—¿O sea, que qué hizo el señor Strubbins al final para que interpusiera esta demanda? —dijo al fin la señora Maxwell, en voz tan baja que todos los que aún permanecían despiertos en el tribunal, incluido Dar, se inclinaron ligeramente hacia adelante.

—Sí —dijo el abogado, abandonando la jerga específica.

La señora Maxwell enrojeció. El rubor le invadió el cuello por encima del blanco lazo de la blusa y se fue extendiendo por sus mejillas hasta que se puso como la grana.

—El señor Strubbins dijo... me hizo una proposición deshonesta.

El juez Williams, con sus flácidas mejillas apoyadas en una manchada mano, le pidió que repitiera la respuesta en voz un poco más alta. Y así lo hizo.

—¿Calificaría usted de obscena esa proposición? —le preguntó el abogado.

—Ah, sí —exclamó la señora Maxwell, enrojeciendo más aún. Bajó la vista hacia las manos, que tenía agarrotadas en el regazo.

—Por favor, ¿puede decirle usted al tribunal exactamente qué proposición obscena era ésa? —pidió el abogado, volviéndose hacia el jurado con triunfo anticipado.

La señora Maxwell se estuvo mirando las manos durante un largo rato y luego dijo algo inaudible. Dar y los pocos espectadores que había se inclinaron más aún hacia adelante. Varios de los vejetes habituales subieron el volumen de sus sonotones.

—¿Podría repetirlo un poco más alto, señora Maxwell? —pidió el juez. Incluso su voz se parecía a la de Walter Matthau.

—Me resulta demasiado violento decirlo en voz alta —dijo la secretaria, parpadeando detrás de sus gafas de concha.

El abogado se volvió con una expresión de sorpresa. Obviamente, aquello no formaba parte de las reglas del juego. En la mesa de la defensa, el señor Strubbins sonrió y susurró algo a su abogado, que

tenía la cara marcada de viruelas.

—¿Puedo aproximarme al estrado, señoría? —preguntó el abogado de la señora Maxwell, intentando restablecer el equilibrio del tribunal y no perder aquel momento. Hubo un breve debate durante el cual el abogado de la defensa farfulló, el abogado de la demandante gesticuló y susurró con vehemencia, y el juez Williams escuchó con los párpados bajos y el ceño fruncido, en silencio.

Al cabo de un momento, los abogados fueron enviados cada uno a su lugar, y el juez se volvió hacia la sonrojada demandante.

—Señora Maxwell, el tribunal entiende su reticencia a repetir lo que usted misma ha calificado de proposición obscena, pero como su caso exige que el tribunal y el jurado sepan exactamente qué es lo que alega usted que le dijo el señor Strubbins, ¿le importaría escribirlo en un papel?

La señora Maxwell asintió, todavía muy sonrojada.

Los espectadores gruñeron y se echaron atrás en los duros bancos. Dar vio que el alguacil traía un bolígrafo y un bloc de notas. La señora Maxwell escribió algo en una de las páginas durante lo que parecieron varios minutos. El alguacil arrancó la página del bloc y se la tendió al juez. El juez examinó la página arrancada sin que se reflejara ningún cambio en su expresión, y luego hizo señas a los dos abogados de que se adelantaran. Ambos leyeron la página sin hacer comentarios. El alguacil recogió el papel y se lo llevó al jurado.

La persona que estaba en el primer asiento era una mujer que también llevaba gafas, muy alta y delgada pero muy pechugona, que vestía un traje de chaqueta negro y una blusa blanca y llevaba el cabello también recogido detrás en un moño.

—Pueden entregar el papel al presidente del jurado —dijo el juez Williams.

—La presidenta —dijo la mujer de la primera fila, sentándose aún más tiesa que antes.

—¿Cómo dice? —exclamó el juez, levantando la cabeza.

—Presidenta, señoría —repitió la jurado, con los delgados labios tan apretados que casi habían desaparecido.

—Ah —dijo el juez Williams—, sí, claro. Alguacil, déle el papel a la presidenta del jurado. Señora presidenta, por favor, pásele el papel a los demás miembros del jurado, incluidos los suplentes, después de haber leído el escrito que contiene.

Todos los ojos de la sala estaban clavados en la señora presidenta mientras ésta leía la nota y sus labios fruncidos se estremecían como si hubiera probado algo muy, muy ácido. Al final, meneó la cabeza y le tendió el papel al jurado que tenía a su izquierda.

Dar ya había observado antes al jurado número dos, un hombre obeso que llevaba una chaqueta sport de cuadros, a punto de dejarse vencer por el sueño. Ahora, el hombre estaba sentado con los brazos cruzados por encima de su enorme vientre y tenía los párpados bajados. No roncaba apenas. Dar sabía que no era raro que los jurados se durmiesen durante los juicios, especialmente los días más calurosos del verano. Lo había visto muchas veces, mientras testificaba en los juicios por asesinato.

La señora presidenta dio un codazo al jurado número dos, que respingó y abrió los ojos. Sin saber que todas las miradas de la sala estaban clavadas en él, se volvió hacia la mujer pechugona, tomó el

papel y lo leyó. Con los ojos como platos, lo releyó una y otra vez. Luego volvió la cabeza lentamente hacia la señora presidenta, le hizo un guiño y asintió con la cabeza, dobló el papel y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

El silencio que se hizo a continuación en la sala del tribunal se podía cortar y vender a trocitos a los maestros de escuela. Todas las cabezas se volvieron al unísono hacia el juez y el alguacil.

El alguacil empezó a caminar hacia el estrado del jurado, hizo una pausa y miró al juez Williams, esperando sus instrucciones. El juez fue a hablar pero se calló y se frotó las mejillas. La demandante parecía a punto de caerse de la silla, en el estrado de los testigos, de pura vergüenza.

El juez Williams dijo entonces:

—El tribunal tomará un descanso de diez minutos.

Dio un golpecito con la maza y desapareció entre un revoloteo de togas, y todos los espectadores se pusieron en pie, los vejetes dándose codazos unos a otros y lanzando risitas.

Los miembros del jurado salieron de la sala. El jurado número dos todavía iba sonriendo y le guiñaba el ojo a la señora presidenta, que miró por encima del hombro al jurado número dos, levantó la vista al techo y luego desapareció, dejando una ráfaga de aire helado tras ella.

De vuelta en la oficina subterránea de Syd, Dar encontró a la jefa de investigaciones Olson enfrascada en el trabajo. El secretario había desaparecido. Un ventilador de pie y la puerta abierta aliviaban un poco el sofocante calor, pero cincuenta años de encuentros en la tercera fase entre delincuentes sudorosos y policías igualmente sudorosos habían dejado unas cuantas miasmas en la pequeña habitación.

—Gracias por esperarme —dijo ella—. La fiscalía y Desastre me han enseñado los periódicos de esta mañana. Creo que han dejado de llamarte el «Asesino Rabioso de la Carretera».

Dar se sirvió un poco de café y dijo:

—Sí, es estupendo. Ahora soy el Detective Misterioso.

—Veamos si eres buen detective —dijo Syd, e hizo un gesto hacia el mapa marcado con los alfileres rojos, azules, verdes y amarillos—. ¿Puedes decirme qué clave he seguido en el mapa del centro de mando táctico que tengo aquí?

Dar sacó las gafas de leer, que llevaba en el bolsillo de la americana deportiva, y se las puso.

—Los rojos y azules son carreteras... en su mayoría autopistas, no carreteras secundarias. Supongo que son... ¿falsos choques?

Syd asintió, impresionada.

—Sobre todo, falsos choques. ¿Y cuál es la diferencia entre las rojas y las azules?

—No sé... —dijo él—. Hay muchas más rojas que azules... Espera un momento, recuerdo esa de ahí, en la 1-5. Fue un accidente fatal. Un Volvo azul antiguo. Al volante, un inmigrante con permiso de residencia y sin empleo. Todas las triquiñuelas de un choque amañado, pero el conductor del coche murió.

—Todos los alfileres rojos señalan falsos choques con víctimas mortales —dijo Syd.

Dar silbó.

—¿Tantos? Pero no lo entiendo... Los falsos choques normalmente se dan en carreteras secundarias, no en autopistas. Son demasiado peligrosos en una autopista... alguien tiene que quedar vivo para cobrar el dinero.

Syd asintió.

—¿Y los alfileres verdes? —preguntó entonces.

Dar estudió la ubicación de los verdes, más numerosos. Dos parecían estar en plena bahía de San Diego. Otros tres estaban apiñados en un lugar extraño, en las colinas que había al este de Del Mar. Otros estaban repartidos en torno a las zonas metropolitanas de Los Ángeles y San Diego, con una gran zona libre entre ellos. No había ninguno situado en una carretera.

—Accidentes en obras —dijo Dar—. Los dos de la bahía parecían al principio posibles casos de fraude a causa de la cobertura elevada del seguro, pero en ambos casos se trató de caídas desde andamios... caídas mortales. Asuntos feos.

—Fraudulentos, sin embargo —añadió Syd.

Dar le dedicó una mirada poco convencida.

—Investigué el del portaaviones —dijo—. El pintor que trabajaba para el contratista civil tenía antecedentes de reclamaciones fraudulentas, pero en este caso cayó de cabeza desde una altura de veinte metros sobre un montón de tuberías de acero. Su familia no necesitaba tan desesperadamente el dinero. Toda la familia vivía bien a base de falsos resbalones y topetazos.

Syd sonrió y cruzó los brazos.

—¿Y los alfileres amarillos?

—Sólo hay uno en todo el mapa —dijo Dar—. Los otros están por aquí, en los bordes, esperando su turno.

—¿Y?

—Y el que está en el mapa se encuentra en el lago Elsinore, más o menos en la zona donde se encuentra el restaurante El Mirador, así que supongo que el amarillo tiene algo que ver conmigo.

—Correcto. En realidad, los alfileres amarillos marcan puntos donde alguien ha tratado de matarte.

Dar levantó las cejas y miró hacia el borde del mapa. Había al menos una docena de alfileres amarillos allí, esperando.

—Tengo que ir a ver a Lawrence y Trudy —dijo Syd con aire eficiente, mientras cogía su enorme bolso. Luego colocó su ordenador portátil en un maletín—. Sé que viven más o menos a las afueras de Escondido, pero preferiría ir contigo.

Dar meneó la cabeza negativamente.

—Si quieres te puedo llevar a Escondido, pero esta noche no pienso volver a mi casa. La prensa...

—Ah, sí —asintió Syd con una sonrisa—. Ya he visto parte de su operación de vigilancia en las noticias de las siete en la televisión local. Aún no tienen ninguna foto tuya. Se están poniendo de los nervios.

—De los nervios... —repitió Dar, pensativo.

—¿Cómo has conseguido salir esta mañana sin que te acosaran?

—Los policías que había de guardia junto al almacén les han mantenido allí quietos, en la calle principal. Mientras, yo he sacado el Land Cruiser por la parte de atrás y he dado unas vueltas por algunas calles antes de bajar la colina.

—Probablemente tendrán también el número de matrícula del Toyota —dijo Syd.

Dar asintió.

—Pero he aparcado en el quinto pino, en la parte de atrás del juzgado, un lugar muy seguro. Justo debajo de las ventanitas de la celda de los borrachos.

Syd arrugó el entrecejo.

—Sí, ya lo sé —rió Dar—. Ya lavaré la furgoneta mañana. Pero no creo que la prensa la vea ahí.

—Bueno —dijo la jefa de investigadores Olson—, pero ¿por qué no puedes llevarme a casa de los Stewart?

Dar suspiró.

—Claro que puedo, pero tendrás que volver por tu cuenta. Después de trabajar yo me iré a la cabaña que tengo en la montaña.

—Perfecto —dijo Syd—. Pues paramos un momento en el Hyatt a recoger mis cosas.

Dar frunció el entrecejo.

Ella se detuvo en la puerta y se explicó mejor:

—Todavía tienes unos agentes de la policía de San Diego destinados a tu protección, pero si te vas a la cabaña de las montañas, estaremos fuera de su jurisdicción. No podemos pedirle a ningún sheriff local que use sus fuerzas para protegerte...

—Mira, yo nunca he dicho que quisiera... —empezó Dar.

Syd levantó una mano.

—Mientras que yo, por otra parte, no sólo serviré como guardaespaldas perfecto este largo fin de semana, sino que aprovecharé el tiempo para echar un vistazo a los casos que tienes archivados tanto en el ordenador como en papel, y procuraré encontrar el eslabón que falta.

Dar la miró un buen rato, viéndose también él mismo reflejado en el falso espejo. Se preguntaba quién les estaría mirando desde el otro lado.

—¿Tengo elección? —dijo al fin.

—Por supuesto que sí —exclamó la jefa de investigadores, dedicándole la sonrisa más cálida que él había visto desde hacía tiempo—. Eres un ciudadano libre.

—Bien... —empezó Dar.

—Por supuesto, eres un ciudadano libre que se enfrenta a una posible comparecencia ante el juez por un homicidio por conducción de vehículo, y el tribunal ha ordenado que te vigilen las

veinticuatro horas del día. Así que eres libre para decidir si conduces tú o me dejas conducir a mí—concluyó Syd.

Lawrence y Trudy trabajaban en su casa, en una urbanización cercana a Escondido. La sede de Investigaciones Stewart era un chalé de dos pisos que se encontraba en una colina empinada, cubierta de matas de escarchada, por encima de una carretera local que conducía hacia el campo de golf de la urbanización. Ni Lawrence ni Trudy jugaban al golf. En realidad, Lawrence y Trudy no hacían apenas nada que no estuviera relacionado con su trabajo de investigación para las aseguradoras o con su única fuente de relajación: las carreras de coches. La casa en sí tenía más de mil trescientos metros cuadrados, pero la mayoría del espacio útil consistía en un montón de despachos abarrotados, en el piso de arriba y el de abajo, para el equipo formado por la pareja. El salón de los Stewart, con techos tan altos como los de una catedral, pasó tres años vacío de muebles cuando Dar conoció a la pareja.

Aparcó el Land Cruiser frente a la entrada, llena ya de vehículos: el viejo Isuzu Trooper de Lawrence, el Ford Contour de Trudy adquirido por leasing, el Ford Econoline de Lawrence donde realizaba las vigilancias, con sus ventanillas tintadas, dos coches de carreras, uno en un tráiler y otro en el garaje para tres coches, que se encontraban junto a un Mustang descapotable del 67 cubierto con una lona, y dos motocicletas Gold Wing.

—¿Todo eso es de ellos? —preguntó Syd, mientras caminaban hacia la casa por entre los vehículos.

—Claro. Tenían también un par de Mustangs último modelo, pero los vendieron cuando compraron los coches de carreras.

—¿Qué tipo de carreras?

—Un tipo especial que se hace con antiguos Mazda RX-7 —explicó Dar—. Larry corre en California, Arizona, México... donde pueden ir durante el fin de semana.

—¿Y Trudy también participa?

—Lawrence y Trudy lo hacen absolutamente todo juntos.

Dar pulsó un timbre que había bajo un intercomunicador. Mientras esperaban, Syd contempló las casas que les rodeaban, diseminadas por la colina.

—No hay aceras —dijo secamente.

Dar la miró con sorpresa.

—¿Eres nueva en California, investigadora?

—Llevo tres años —replicó Syd—. Pero aún no me acostumbro a la idea de que no haya aceras.

Dar señaló con un gesto los siete vehículos que había ante la entrada de la casa y el garaje abierto:

—¿Para qué demonios podría necesitar alguien en California una acera?

—Vamos, entrad —dijo la voz de Trudy por el intercomunicador—. Estamos en la cocina.

Cuando Syd y Dar consiguieron abrirse camino por los metros y metros de salón sin usar, el

comedor apenas usado y las zonas de trabajo exageradamente usadas hasta la cocina, Investigaciones Stewart estaba haciendo una pausa para tomar café. Lawrence estaba sentado en un taburete, con los codos apoyados en el mostrador de fórmica y la cara roja, muy concentrado. Trudy se encontraba de pie detrás del mostrador, pero inclinada también hacia su corpulento esposo, como si estuvieran empeñados en una feroz pero amistosa competición de voluntades.

—Olds Rocket del ochenta y ocho —dijo Trudy con un gruñido áspero.

—Toyota Rav cuatro —contestó Lawrence con un amanerado tono de falsete. Hizo una seña a Dar y Syd para que se sentaran en un par de taburetes vacíos que había junto al mostrador y señaló también la cafetera y las tazas limpias. Mientras los dos huéspedes se servían un poco de café, Lawrence gruñó:

—Pontiac Grand Prix.

—Mitsubishi Galant —dijo Trudy, usando ahora el tono de falsete—. Mercury Cougar —gruñó de nuevo con voz de bajo, como si lanzara una pelota contra la red.

Lawrence dudó.

—Ford Contour —dijo Syd, con un tono mucho más agudo que su agradable voz habitual.

—Ay, Dios mío —exclamó Dar.

—¡Chsss! —dijo Trudy—. Vas a romper el ritmo. Continúe, investigadora Olson. Su turno.

—Ah, la misma letra —murmuró Syd. Con un gruñido de leñador, dijo— ¡Dodge Charger!

—Honda Civic —replicó Lawrence con una voz exageradamente afeminada. Luego rugió—: ¡Chevy Impala!

—¡Infinity! —exclamó Trudy.

—Isuzu Impulse —dijo Syd, en tono amanerado.

Trudy señaló:

—Un punto para ti. «Impulse» es más amariconado y estúpido que «Infinity». Puedes usar la letra que quieras.

—Ford Thunderbird —exclamó Syd.

—Ford Taurus —gritó Lawrence.

—Toyota Tercel —dijo Trudy, triunfante. Dejó la taza de café con fuerza y frunció el ceño a su marido—. «Taurus» quiere decir toro, Larry. Un toro tiene pelotas. ¿Y qué es un «Tercel»? ¿Un pájaro, un bicho, o qué? No significa nada.

—Lawrence —dijo Lawrence.

—¿Habéis acabado ya el juegucito de la testosterona y los estrógenos? —preguntó Dar.

—No —exclamó Trudy—. Cuarenta a cero. Mi saque —hizo una pausa de un segundo solamente—. ¡American Motors Eagle!

—Ya no se fabrica —protestó Dar.

Los demás no le hicieron ni caso. Era obvio que no entendía las reglas.

—Escort —ceceó Lawrence.

—¡Hyundai Elantra! —exclamó Trudy, como si sacara una carta con triunfo.

—Suzuki Esteem —añadió Syd.

Tanto Lawrence como Trudy asintieron y le dieron el punto a Syd.

—¿Hay algo más amariconado que llamar a un coche «Esteem»? —dijo Trudy—. Especialmente cuando se trata de un Suzuki. Es como llamar a un coche «Cariñito mío».

—Cuando yo era adolescente —dijo Dar—, conducía un Chrysler New Yorker de 1960 con grandes alerones que mi novia llamaba «Beatrice».

Los otros tres le miraron como si fuera un marciano.

—¿Dónde estábamos? —preguntó Lawrence.

—A dos puntos de la bola de partido —dijo Trudy—. Syd o yo. Es mi saque —hizo una pausa de un segundo—. Pontiac Firebird...

—Ford Fiasco —replicó Lawrence—. No hay nada más idiota que un Fiasco.

—Los Ford Fiesta ya no se fabrican tampoco —dijo Syd—. Ahora se llaman Festiva.

—Punto para ti, es tu servicio —dijo Trudy.

—Buick Roadmaster —gruñó Syd, arrastrando las letras.

—Rav cuatro —dijo Lawrence.

—No vale —dijo Trudy—. Ése ya lo has usado —hizo una pausa—. La R es muy difícil... ¿Plymouth Reliant?

—Demasiado duro —exclamó Lawrence.

—No se me ocurre más que el Buick Reatta —añadió Syd—. Y no es lo bastante amariconado, aunque tampoco significa nada.

—RX-7 sí que es un nombre amariconado —dijo Trudy.

—¡Eh! —protestó Lawrence, con aire sinceramente dolido. En las carreras conducía un RX-7 restaurado.

—¿Por qué no saco yo? —sugirió Dar—. El que gane ésta, gana el juego.

—De acuerdo —aceptaron los otros tres.

—Q45 —dijo Dar.

—Ése es un coche nuevo —protestó Trudy—. Y ese nombre no tiene nada de sexy...

—Q45 —repitió Dar—. Estamos jugando. Venga.

Hubo varios segundos de silencio.

—VW Quantum —dijo al fin Syd.

—¡Uf! —exclamó Trudy—. Has ganado.

—No tan rápido —dijo Dar—. Alfa Romeo Quadrifoglio.

Los otros le miraron con suspicacia.

—Sí, existe —dijo Lawrence al final—. Investigué un accidente de uno de esos en la 410, hace tres años...

—Ya sabemos que existe —dijo Trudy—. Pero estamos intentando decidir si es...

—He ganado —exclamó Dar.

—¿Quién te ha nombrado juez y jurado? —dijo Lawrence, bromeando.

Dar sonrió.

—No soy juez y jurado. Sólo soy el presidente —miró las cajas llenas de documentos archivados que se apilaban en la habitación contigua—. ¿Podemos dedicarnos ahora a averiguar qué caso ha hecho que la mafia rusa decida matarme?

«G de genio»

Tres horas y ochenta expedientes más tarde, Lawrence se retrepó en su silla y exclamó:

—Me rindo. ¿Qué demonios estamos buscando?

—Reclamaciones fraudulentas —dijo Syd, señalando con un gesto las pilas de expedientes que habían ido separando justamente bajo ese título.

—Eso representa más del sesenta por ciento de los casos con los cuales trabajamos —dijo Trudy—. Ninguno de los casos en los que Dar realizó la reconstrucción parece lo bastante importante para querer matarle.

La jefa de investigadores asintió. Sus ojos parecían cansados. Dar vio que se ponía unas gafas sin aros para leer.

—Bueno —concedió Dar—, no me dirás que la lectura es aburrida.

Syd asintió.

—Los informes de las víctimas de accidentes son obras maestras, eso sí. Escucha éste: «El poste del teléfono se aproximaba a toda velocidad. Intenté apartarme de su camino, pero me dio por delante».

Trudy abrió un expediente.

—Este es uno de mis favoritos... «Llevaba cuarenta años conduciendo sin parar cuando me quedé dormido al volante y tuve un accidente».

Dar sacó un antiguo expediente.

—Y este buen hombre nunca ha oído hablar de la Quinta Enmienda: «El tío estaba en medio de la carretera. Tuve que dar varios virajes bruscos antes de atropellarle».

Lawrence lanzó un gruñido y hojeó el expediente que había estado revisando.

—Este solicitante ha visto demasiados episodios de Expediente X: «Un coche invisible salió de la nada, golpeó mi vehículo y luego desapareció».

—Yo también tengo un Expediente X —dijo Syd, hojeando una gruesa carpeta azul—. Aquí está: «El accidente ocurrió cuando la portezuela delantera de un coche apareció al doblar la esquina, sin dar ninguna otra señal».

—Da una rabia cuando pasa eso... —exclamó Dar.

—¿Te has dado cuenta de que muchas de las víctimas hablan en pasiva en sus declaraciones? —exclamó Trudy—. Aquí hay una muy típica: «Fui golpeado por un peatón al que no había visto y que se cayó debajo de mi coche».

—Son sinceros, a su estúpida manera —asintió Lawrence—. Recuerdo que fui yo quien tomó declaración a este hombre: «Volviendo a casa, me metí en otra que no era la mía y choqué con un árbol que no tengo».

Trudy soltó una risita y leyó:

—«Me salí de la carretera, vi a mi suegra en el asiento de al lado y me tiré por encima del terraplén».

—A éste lo entiendo bastante bien —gruñó Lawrence. Trudy dejó de reír y le dirigió una mirada ceñuda.

De repente, Syd echó una risotada.

—Aquí tenemos un posible caso de exageración —dijo, pasando las hojas de una declaración transcrita—. «Intentando matar una mosca, me incrusté contra un poste del teléfono».

—Bueno, chicos, esto es una idiotez —dijo Dar, echando una mirada a su reloj.

—Se trata de idioteces, ¿no? —dijo Trudy. Miró la pila de reclamaciones fraudulentas—. ¿No tenemos nada que suene ni siquiera probable?

—Dos, creo yo —dijo Dar, sacando los expedientes de la pila bamboleante—. ¿Recuerdas aquel caso de las varillas de refuerzo de la 1-5, en mayo?

—¿Qué? —exclamó Syd.

—Unas varillas de acero que se usan para reforzar el cemento —explicó Lawrence.

—No, ya sé lo que son las varillas de refuerzo —dijo la investigadora—. ¿Qué caso es ése?

—El veintitrés de mayo —dijo Dar, hojeando el expediente—. En la 1-5, a cuarenta y siete kilómetros de San Diego.

—Ay, Dios mío —exclamó Lawrence—. Tú hiciste la reconstrucción en vídeo del accidente, pero yo fui uno de los primeros en llegar. Madre mía.

Syd esperaba.

—Un hombre asiático. Vietnamita, creo, recién llegado a Estados Unidos con su familia (ocho niños) hacía tres meses, y que trabajaba como repartidor para un florista. Tenía una de esas furgonetas Isuzu con el motor debajo del asiento y delante nada, sólo plexiglás y una lámina fina de hojalata —dijo Lawrence, haciendo una mueca al recordarlo—. Iba pegado detrás de una furgoneta abierta que pertenecía a una pequeña empresa de construcción de La Jolla. Burnette Construction, un negocio familiar. Bill Burnette, el propietario, llevaba un cargamento de varillas de refuerzo.

—¿Que sobresalía de la caja de la furgoneta? —preguntó Syd.

—Casi tres metros —dijo Lawrence—. Llevaba un trapo rojo, pero... —el investigador lanzó un hondo suspiro—. El pobre vietnamita iba justo detrás, a noventa kilómetros por hora, cuando alguien dio un giro brusco delante de la furgoneta de Burnette y éste apretó los frenos... fuerte.

—Y el vietnamita no —dijo Syd.

Dar meneó la cabeza.

—Sí, lo hizo, pero los frenos no funcionaron bien. Les faltaba líquido.

Syd cambió unas miradas con los otros. Ese tipo de accidentes era bastante raro.

—Los fajos de varillas atadas entre sí atravesaron el parabrisas y la parte delantera de la furgoneta

y perforaron al hombre por cuatro o cinco sitios —dijo Lawrence—. Le arrastraron a través del parabrisas destrozado. La furgoneta de Burnette no se había detenido, todavía iba a cincuenta kilómetros por hora o así cuando ocurrió la colisión, y Burnette me dijo que veía a aquel pobre desgraciado colgando detrás, enganchado por las varillas... empalado por la garganta, la cara, el pecho, el brazo izquierdo...

—Pero vivo todavía —dijo Dar.

Lawrence asintió.

—Un momento al menos. Burnette no sabía qué hacer, pero tuvo la presencia de ánimo suficiente para no pisar el freno de nuevo, porque habría empalado aún más al pobre hombre, el señor Phong. Así que se apartó a un lado de la carretera y fue aminorando poco a poco con aquel pobre desgraciado colgando detrás todavía.

—No creo que eso fuera un choque fraudulento —dijo Syd—. No con el estafador detrás del camión de las varillas. Además, no hay posibilidad de chocar y esconderse...

—Eso es lo que pensábamos nosotros —dijo Trudy—. Pero cuando Dar hizo la reconstrucción, parecía un choque deliberado. Había muy poco tráfico. Una furgoneta blanca cruzó dos carriles, dio un viraje brusco delante del vehículo de Burnette, pisó los frenos y luego aceleró y se fue por un carril de salida.

—¿Trataba de irse por la salida? —dijo Syd.

Trudy meneó la cabeza.

—El carril de salida estaba a la derecha. El accidente ocurrió en el carril situado más a la izquierda de los cinco. Y el tráfico era tan escaso que no parecía haber razón alguna para que la víctima, el señor Phong, se pegara tanto a la furgoneta. Había varios carriles abiertos. Realmente parecía un montaje...

—Pero la idea no es matar o lisiar permanentemente a la «víctima» en esos casos —dijo Syd—. Se supone que se trata de chocar ligeramente por detrás en un coche reforzado y luego reclamar por traumatismo cervical o algo así, no por ser empalado por unas varillas. ¿Murió el señor Phong?

—Sí —dijo Lawrence—. Tres días después, sin recuperar la consciencia.

—¿Cuál fue la indemnización? —preguntó la jefa de investigadores.

—Dos millones seiscientos mil —dijo Trudy.

Lawrence suspiró.

—La empresa de construcción de Burnette iba muy apurada y había contratado la cobertura más pequeña que se podía permitir. La indemnización le llevó a la bancarrota.

Syd miró el otro expediente.

—Éste también es uno de tus alfileres rojos —dijo Dar—. Aquel de la 1-5 que ya te había mencionado. Está claro que se trata de un fraude. El conductor del coche de detrás, el señor Hernández, tenía pendientes tres bajas por invalidez y ocho reclamaciones por daños personales.

—Pero también hubo una víctima mortal —dijo Syd.

—Sí —accedió Dar—. Todo sucedió de acuerdo con el guión hasta el momento del impacto. Una vez más una furgoneta se atravesó delante del coche que iba en primer lugar, un enorme Buick antiguo, y pisó los frenos. El coche seleccionado, un Cadillac nuevo, dio un golpe en la parte trasera del Buick de Hernández, tal como estaba planeado, pero entonces el Buick de Hernández estalló...

—Yo pensaba que eso sólo ocurría en las películas —dijo Syd.

—Justamente —afirmó Dar—, pero en mis investigaciones encontré restos de un mecanismo de encendido por chispa bastante rudimentario, activado mediante una batería, en el depósito de la gasolina del Buick del señor Hernández. Estaba preparado para que se activara con cualquier contacto brusco del parachoques trasero.

—Asesinato —exclamó Syd.

Dar asintió.

—Pero en ambos casos el abogado (que era el mismo, por cierto) interpuso una demanda contra el otro conductor y el fabricante del automóvil, de modo que las pruebas de manipulación de los frenos y de sabotaje en el coche del señor Hernández no se tuvieron en cuenta, a cambio de desestimar las demandas contra los fabricantes.

—Siento curiosidad —dijo Syd— por saber cómo eligen el coche que recibe el impacto de esos choques falsos.

Habló Trudy.

—Intervienen varios factores. Tiene que ser un coche caro, por supuesto...

—Especialmente, uno que lleve una pegatina de la State Farm o de otra aseguradora importante en el parachoques —añadió Lawrence.

—Normalmente, eligen conductores mayores —siguió Trudy—. Alguien que no reaccione con rapidez y que frene cuando no debería hacerlo.

—No quieren hacer daño a la gente del vehículo seleccionado, por supuesto —intervino Dar—. La idea es que el cómplice que está escondido en el otro vehículo reclame por una incapacidad... normalmente daños invisibles, como traumatismo cervical o dolor de espalda, aunque las compañías de seguros se están poniendo muy duras con estos temas.

—Pero el clásico choque falso de ese hombre, Hernández, acabó con la muerte del conductor —dijo Syd—. Y el accidente de Phong no cuadra con el perfil del choque falso...

—Es cierto —accedió Dar, meneando la cabeza—. Parece inconcebible que se ofreciera voluntario para colisionar con una carga de barras de acero que sobresalían.

—A menos que fuera la primera vez que lo hacía —dijo Syd—. A menos que le tendieran una trampa. Y el señor Hernández...

—Lo encontraron en la típica posición de los choques falsos —explicó Trudy—. Agachado bajo el volante. El portaequipajes del Buick estaba lleno de sacos de arena y neumáticos, un refuerzo típico para que el coche amortigüe el impacto. Pero todo ardió, incluido el señor Hernández, cuando explotó el depósito de gasolina.

—¿Y la indemnización?

—Seiscientos mil —dijo Lawrence.

—Y llegamos ahora al abogado de ambos casos, el señor Jorge Murphy Espósito —dijo Syd—. Sabemos desde hace mucho tiempo que es un simple perseguidor de ambulancias....

Trudy rió.

—Espósito podría enviar él mismo las ambulancias. Sabe cuándo van a ocurrir los accidentes antes incluso de que ocurran.

Syd asintió.

—Dar, ¿crees que ha sido Espósito el que te ha mandado a los rusos?

Dar suspiró.

—El instinto me dice que no. Espósito es un pez chico. Trabaja con el grupo más bajo de los reclamadores fraudulentos. No le veo jugando a un nivel tan alto como para que se justifique el uso de los mafiosos rusos.

—Pero es una pista —dijo Sydney—. ¿Quiénes son los demás abogados y médicos de tu lista?

—¿Nuestra lista de reclamadores fraudulentos? —preguntó Trudy.

—Sí.

—Además de Espósito están Roget Velliers, Bobby James Tucker, Nicholas van Dervan, Abraham Willis... —empezó Trudy.

—No —la interrumpió Lawrence—. Willis ha muerto.

Dar levantó una ceja.

—¿Cuándo ha sido eso? Testifiqué en un caso contra un demandante suyo hace sólo un mes.

—Pues el pasado jueves —dijo Lawrence—. Ese excelente letrado murió en un accidente de coche cerca de Carmel.

—Bueno, el que a hierro mata... —dijo Syd.

—Espósito se ocupa de la reclamación de la familia —dijo Lawrence.

Trudy gruñó, bajito:

—Cortesía profesional.

Syd se levantó de la mesa y se desperezó.

—Bueno, vamos a cotejar los archivos de Dar con todos esos e intentaremos ver cuál de todos los perseguidores de ambulancias está más implicado.

Trudy les miró a los dos.

—¿Vais a volver a San Diego?

Dar sólo movió la cabeza.

Syd dijo:

—Nos esconderemos de la prensa en la cabaña de Dar durante el fin de semana.

Lawrence no enarcó las cejas, pero la mirada que le dirigió a Dar tenía algo de lascivo, como un guiño de complicidad.

—Ha pasado mucho tiempo desde que llevaste a alguien allí por última vez, ¿verdad, Darwin? Es decir, aparte de nosotros.

—Nunca he llevado allí a nadie más que a vosotros —dijo Dar, con una mirada de advertencia—. Al parecer, estoy bajo custodia.

Hubo un silencio. Luego Trudy dijo, alegremente:

—Ah, antes de que se vaya, investigadora Olson...

—Syd.

—Bueno, Syd —continuó Trudy—. ¿Podrías darnos tu opinión profesional sobre un fragmento de una cinta de vigilancia?

—Claro —asintió Syd.

—Uf, no, Trudy —exclamó Lawrence. Se le puso la cara muy colorada—. Madre mía...

—Necesitamos una opinión —dijo Trudy.

—Uf, no, no... —exclamó Lawrence. Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo mientras se ponía cada vez más rojo.

—Sólo es una cinta de una hora —dijo Trudy a Syd—. Pero la pasaremos rápido. Dar, tú has testificado en muchos casos de estos. También me gustaría conocer tu opinión.

Dar y Syd siguieron a Trudy hacia el salón donde se encontraban el televisor de 60 pulgadas y los sofás.

La cinta de VHS se iniciaba con una foto fija de una mujer de mediana edad, vestida con unas medias de lycra, pantalones cortos de deporte y zapatillas de tenis, que salía de una casita de clase media y se metía en un desvencijado Honda Accord. La cámara se acercó al rostro del sujeto, pero la mujer llevaba gafas oscuras y un pañuelo que le tapaba el pelo, de modo que resultaba difícil obtener una imagen nítida de ella. El vídeo era en color, con una anotación digital en la esquina inferior derecha de la pantalla que indicaba el día, la hora, los minutos y los segundos.

—¿Lo sacaste desde la furgoneta de vigilancia? —preguntó Syd a Lawrence.

—Mmm —afirmó Lawrence, que no se había unido al grupo arrellanado en el sofá sino que estaba de pie, de cara hacia el comedor, como si estuviera dispuesto a salir huyendo.

Trudy se aclaró la garganta.

—La mujer se llama Pamela Dibbs. Tiene tres pleitos pendientes: dos de ellos relacionados con clientes nuestros, Jack-in-the-Box y WonderMart.

—¿Reclamaciones por incapacidad?—dijo Syd.

—Sí —respondió Trudy, y el vídeo mostró el Accord que salía. Se cortó la escena y apareció el mismo Accord aparcando en un espacio que se encontraba junto a un gran edificio. Lawrence sabía adonde se dirigía ella, obviamente, y la había sorprendido allí con su furgoneta de vigilancia Astrovan. La cámara hizo un zoom mientras la señora Pamela Dibbs caminaba a toda prisa hacia el

edificio.

—Tres falsos resbalones —dijo Trudy—. Ella aduce que tiene un traumatismo lumbar que la ha dejado reclusa en su domicilio... prácticamente inválida. Tiene certificados de dos médicos que lo confirman... Ambos trabajan con el abogado Espósito.

Syd asintió.

De pronto, la vista que aparecía ante la cámara cambió: ya no era en color, y la burda imagen en blanco y negro oscilaba un poco mientras alguien entraba por un pasillo. La imagen era relativamente clara, pero algo distorsionada... como si se hubiera tomado a través de un objetivo anamórfico.

La cámara tomó una panorámica a la derecha y de pronto se vio un reflejo en una pared de espejo: Lawrence, con sus 125 kilos de peso, vestido con una astrosa sudadera, unos pantalones cortos de gimnasia, las piernas desnudas y las rodillas huesudas, y unas desvencijadas zapatillas de deporte. Llevaba una riñonera, un pañuelo atado alrededor de la frente al estilo Rambo y unas gafas de sol enormes, con una montura aparatosa. El reflejo se sobresaltó y Lawrence se contempló de arriba abajo en el espejo durante largo rato antes de desplazarse hacia la sala de ejercicio principal.

—Mierda —dijo Lawrence bajito desde detrás del sofá.

—¿Dónde estaba la cámara? —preguntó Syd—. ¿En las gafas de sol?

—Sí, en la montura —dijo Trudy—. Tiene un objetivo diminuto, apenas mayor que una lentejuela. El cable de fibra óptica baja hasta la grabadora, que va en la riñonera.

—¿Y el cable...? —empezó Syd, y luego exclamó—: ¡Ah! —el reflejo de Lawrence se estaba volviendo de lado, y se podían apreciar los cordones que sujetaban las gafas detrás del cuello de Lawrence y desaparecían debajo de la sudadera.

Observaron, en tiempo real, cómo Lawrence se unía al grupo de gimnasia y se colocaba justo detrás de la señora Dibbs. No había sonido, pero uno se podía imaginar la música atronando el local mientras todo el grupo iniciaba los ejercicios de calentamiento. La señora Dibbs se agachaba, se estiraba, daba patadas, saltaba y corría con mucha agilidad para ser una persona inválida. Se había quitado las gafas de sol y el pañuelo y se le veía la cara con bastante claridad en el espejo que se encontraba enfrente del grupo. La profesora llevaba unos lásters, y el tanga que se introducía entre sus musculadas nalgas resultaba también muy visible en el espejo. Y Lawrence también destacaba entre todas aquellas mujeres vestidas de lycra negra, saltando, agachándose, bufando y meneando los brazos, siempre un paso o dos por detrás de la señora Dibbs y el resto del batallón. Todavía llevaba puestas las gafas de sol, por supuesto.

—¿Me pides consejo sobre los aspectos legales? —preguntó Syd.

—Sí —dijo Trudy, con el mando a distancia del vídeo en la mano derecha, como si estuviera dispuesta a apartarlo de Lawrence si éste se abalanzaba hacia él.

—Bueno, obviamente, la has pillado —dijo Syd—, pero no se puede usar si es un centro deportivo privado. Sería tan ilegal como filmarla en vídeo saltando en una cama elástica en su jardín.

Trudy asintió.

—Son unas instalaciones municipales. Propiedad pública.

—¿Y se lo dijiste al responsable?

—Sí.

—¿Y la clase está abierta a cualquiera que pertenezca a la comunidad?

Trudy miró al vídeo donde la señora Dibbs y todo el grupo de mujeres se habían agachado de pronto, con los brazos hacia adelante. En el espejo, Lawrence trató de imitarlas, casi perdió el equilibrio, hizo girar los brazos y consiguió agacharse justo cuando el resto del grupo se había incorporado ya y empezaba a dar más patadas.

El vídeo era en blanco y negro, pero la cara de Lawrence en el espejo se estaba oscureciendo, y aparecían manchas de sudor en la gruesa sudadera de algodón.

—Entonces no veo ningún problema —dijo Syd—. Puedes enseñar la cinta al tribunal y al jurado, mientras no esté manipulada.

—Ése es el problema —dijo Trudy, y empezó a adelantar la cinta a toda velocidad.

Lawrence hizo un ruido estrangulado detrás de ellas.

Una vez se acabó aquella tabla de ejercicios, la cámara de Lawrence se adentró lentamente en el vestíbulo forrado de espejos y se inclinó hacia una fuente de agua. La cámara recogió el reflejo del hombre mientras se limpiaba la boca, se quitaba las gafas durante un segundo, mostrando sus pies, y luego volvía a colocar la cámara en su sitio mientras se secaba la frente y las mejillas con el pañuelo. Chorreaba sudor.

—Tendría que haberlo dejado entonces —dijo Trudy, con voz monocorde.

Lawrence gruñó.

—No habría sido correcto. Había pagado la sesión entera.

Y quería que se viera a la señora Dibbs saltando durante una hora entera.

—Bueno —dijo Trudy—, pues lo conseguiste —volvió a adelantar la cinta a la máxima velocidad. La sesión de gimnasia se convirtió en un frenético movimiento de brazos y piernas forrados de lycra, nalgas que sobresalían, muslos que se agitaban... y varios pasos detrás de todo ese movimiento femenino sudoroso y casi erótico, la imagen reflejada de ese hombre obeso y con bigote tratando de mantener el ritmo, respirando con la boca abierta, con la cara tan oscura que la cámara mostraba el progresivo enrojecimiento sin necesidad de recurrir al color. Todavía a toda máquina se sucedieron tres descansos más, tres viajes más a la fuente. Luego el último descanso, el cuarto, antes del final de la cinta. El indicador digital señalaba que la clase llevaba haciendo gimnasia cuarenta y ocho minutos.

Las mujeres rompieron filas. Algunas se quedaron en su sitio durante el descanso, haciendo calentamientos. Otras charlaban en grupos. La señora Dibbs fue de las que se quedaron en su sitio. Lawrence, en cámara subjetiva, caminó con dificultad por el vestíbulo de nuevo, hubo un rápido reflejo suyo junto a la fuente del agua, la sudadera ahora haciendo honor a su nombre, totalmente empapada, la cara tan oscura que parecía como si le fuera a estallar un vaso sanguíneo, y entonces la cámara se apartó de la fuente y de la sala de gimnasia, se fue por el pasillo con espejos, entró en una puerta señalada como «caballeros»...

Syd se empezó a reír.

—Vale —gritó Lawrence desde el comedor—. Ya puedes apagarla, Trudy. Ya se hacen una idea.

Trudy volvió a pasar la cinta rápidamente. La cámara pareció correr hacia uno de los urinarios, miró hacia abajo mientras Lawrence se bajaba los pantalones de deporte, luego la vista cambió hacia las baldosas que había encima del urinario, luego abajo, luego arriba otra vez, luego abajo, las sacudidas finales por fin, luego al lavabo, el reflejo de Lawrence en el espejo, todavía con las gafas a lo Jack Nicholson, y el marcador del tiempo parpadeando todavía en fantasmales números digitales, y luego de vuelta hacia la sala de gimnasia para apurar los últimos minutos de la clase. Lawrence siguió a la señora Dibbs hacia el aparcamiento. La reclamante parecía tonificada por el ejercicio y casi dio un salto al subir a su Honda. La cámara pareció tambalearse peligrosamente, e incluso hizo una pausa junto a un poste donde apareció a la vista la mano de Lawrence, buscando un apoyo.

Syd todavía se reía.

—No... no es nada personal —se las arregló para decir, levantando la voz para que Lawrence pudiera oírla desde la cocina, adonde se había retirado.

—Ya ves cuál es el problema.

Syd se frotaba las mejillas.

—Los vídeos que se muestran ante un tribunal no se pueden manipular ni cortar —dijo, con la voz temblorosa por los esfuerzos de permanecer seria—. O todo, o nada.

—Se me olvidó, maldita sea —chilló Lawrence desde la cocina.

—Puedes volver a hacerlo —dijo Dar.

—Creemos que la señora Dibbs ha descubierto a Larry —dijo Trudy.

—Lawrence —sonó la voz desde la cocina—. Y tú podrías hacerlo también, maldita sea, Trudy.

Trudy meneó la cabeza.

—Yo no fui la que recogió las declaraciones de la señora Dibbs. Parece que esto es lo que hay.

—Bueno... —empezó Syd.

—Yo lo usaría —dijo Dar—. Contando con la vigilancia desde la furgoneta, tienes casi una hora antes de llegar a la parte... clasificada X. No creo que el jurado ni los abogados de la reclamante te dejen enseñar ese último trozo. Querrán apagar el vídeo cuanto antes mejor.

—Sí —estuvo de acuerdo Syd—. Sólo tienes que añadir en el informe que hay otros cuarenta minutos de cinta, o lo que sea. Creo que puedes estar tranquilo.

—Sí, para vosotros resulta muy fácil decirlo —dijo la voz de Lawrence desde la cocina.

Syd miró a Dar a los ojos.

—Si vamos a tener que subir hasta Julian y a tu cabaña antes de que se haga de noche, deberíamos irnos ya.

Dar asintió. Al salir, pasando junto a la cocina, dio unas palmaditas a Lawrence en la espalda.

—No tienes que avergonzarte de nada, amigo.

—¿Qué quieres decir? —gruñó el hombretón.

—Te lavaste las manos después —dijo Dar—. Como nos enseñaron nuestras mamás. El jurado estará orgulloso de ti.

Lawrence no dijo nada, pero lanzó una mirada asesina a Trudy.

Dar y Syd subieron al Land Cruiser y se dirigieron hacia las montañas.

«H de hablar»

Dar y Syd cogieron la carretera 78 desde Escondido hacia las montañas cubiertas de bosques, deteniéndose en la pequeña ciudad de Julian para cenar antes de seguir hacia la cabaña. Julian había sido en tiempos una ciudad minera, y ahora era una ciudad mucho más pequeña dedicada al turismo, pero el restaurante que eligió Dar servía una comida más que decente en grandes cantidades y por un precio adecuado, y no tenía barra de bar, de modo que aunque era viernes por la noche, no estaba repleto de ruidosos convencinos. El dueño conocía a Dar y les condujo a una mesa que estaba junto a un gran ventanal, en lo que había sido el salón principal de una antigua mansión victoriana. Tenían buen vino. Syd conocía las buenas cosechas, eligió una botella y compartieron un merlot excelente, además de la conversación.

La conversación en sí sorprendió bastante a Dar. A lo largo de los años se había convertido en un verdadero maestro en el arte de centrar la conversación siempre en la otra persona. Resultaba verdaderamente sorprendente lo fácil que resultaba empujar a la gente a hablar de sí misma durante horas y horas. Pero la jefa de investigadores Sydney Olson era diferente. Respondió a sus preguntas con un breve resumen de sus años en el FBI y una descripción más breve aún de su fallido matrimonio:

—Kevin era también agente especial, pero no le gustaba nada el trabajo de campo, que era precisamente lo que quería hacer yo.

Y entonces le devolvió de nuevo la pelota.

—¿Por qué te despidió la NASA cuando les dijiste que algunos de los astronautas del Challenger habían sobrevivido a la explosión inicial? —le preguntó, sujetando la copa de vino con ambas manos. Llevaba las uñas cortas y sin esmalte, observó Dar.

Él le dedicó lo que Trudy llamaba su «sonrisa a lo Clint Eastwood».

—No me echaron —dijo—. Simplemente me reemplazaron con toda rapidez, antes de que pudiera ponerlo por escrito. En cualquier caso, para el auténtico comité de revisiones era simplemente un miembro poco importante del personal de apoyo.

—Bien, entonces —dijo Syd—, dime cómo supiste que algunos de ellos sobrevivieron a la explosión y murieron después de la caída.

Dar suspiró. No veía escapatoria de aquel interrogatorio.

—¿Estás segura de que quieres que hablemos de esto durante la cena?

—Bueno —admitió Syd—, también podríamos discutir cómo se envarilló el pobre señor Phong en la cabina de su furgoneta Isuzu, pero preferiría que me contaras algo de la investigación del Challenger.

Dar no hizo ningún comentario sobre el hecho de que ella hubiera formado un verbo con la palabra «varilla». Le explicó brevemente cuál había sido su tesis doctoral sobre física.

—¿Plasma direccional? —dijo Syd—. ¿Como en las explosiones, por ejemplo?

—Precisamente como en las explosiones —accedió Dar—. En aquella época no sabían demasiado sobre la dinámica de las ondas de plasma, porque el uso analítico de la matemática del caos (lo que hoy en día llaman «teoría de la complejidad») estaba todavía en pañales.

—¿Así que te convertiste en experto en el caos existente en las ondas expansivas de las explosiones? —dijo Syd.

—Y en otros sucesos de temperatura extremadamente alta, sí—dijo Dar.

—¿Hay mucha demanda para ese tipo de conocimientos en el mercado laboral?

Dar suspiró y dejó su copa de vino.

—Más de la que imaginas. Las cargas direccionales eran lo más in en cuestión de armamentos en aquella época. Pregúntales a los iraquíes que iban en sus tanques rusos cuando la munición americana penetraba veinte centímetros en el blindaje y detonaba con una explosión direccional.

—Supongo que no se les puede preguntar ya.—dijo Syd.

—No.

—Así que te uniste al Comité Nacional de Seguridad en el Transporte. Con tu doctorado en física, al parecer te sobraba preparación.

—Desgraciadamente —dijo Dar—, en la aviación comercial existen más sucesos relacionados con el plasma de lo que queremos admitir. Y requiere cierto entrenamiento realizar los pasos deductivos retrospectivamente, porque hay que entender muy bien la dinámica de la propia explosión.

—Lockerbie —dijo Syd—. O el vuelo 800 de la TWA.

—Exactamente —afirmó Dar.

Vino el camarero y retiró los platos. Cuando llegaron los cafés, Syd dijo:

—Así fue como llegaste al escalón más alto del CNST y entraste en la comisión de investigación sobre el Challenger. ¿Cómo supiste que sobrevivieron a la explosión?

—No lo supe realmente —explicó Dar—. Al principio. Sólo que era mucho más consciente de lo resistente que es el cuerpo humano a las explosiones. La mayoría de las explosiones son como saltos desde un edificio muy alto... no es la caída lo que te mata...

—Es la parada súbita al final —concluyó Syd.

Dar asintió.

—La explosión en sí no es necesariamente dañina para un cuerpo humano que se halla tan estrechamente inmovilizado como los astronautas en sus literas. Iban más sujetos que un conductor de fórmula uno, y ya ves que esos chicos salen tan campantes de accidentes terroríficos.

Syd asintió entonces.

—¿Así que tú crees que la pobre maestra y algunos de los demás sobrevivieron a aquella espantosa explosión del tanque principal de combustible?

—No, la maestra no —dijo Dar, y a pesar de todos los años transcurridos, sintió todavía un agudo

acceso de tristeza—. Ella y otro astronauta más iban en la cubierta inferior, justo donde se desencadenó la explosión. Probablemente murieron muy rápido, si no de forma instantánea.

—La NASA recalcó mucho que todos murieron sin saber qué era lo que les había pasado —dijo Syd.

—Sí. Todo el país estaba conmocionado. Y era eso precisamente lo que querían oír. Pero ya en las primeras horas después de la explosión, resultó aparente por el vídeo y el radar de los restos que cayeron que la cabina principal de la tripulación (la cubierta superior, por llamarla así) había permanecido intacta durante toda la caída hasta el agua, que duró dos minutos y cuarenta y cinco segundos.

—Una eternidad —murmuró Syd, y los ojos se le pusieron vidriosos—. Y tú dijiste que sabías...

—CAIE —dijo Dar.

—¿Calle?

—Cargas de Aire Individuales para la Egresión. Son unas botellitas de oxígeno que los astronautas usan en caso de una despresurización súbita. No llevaban los trajes espaciales, como recordarás... La comisión del Challenger recomendó usarlos después de investigar la tragedia. Por eso John Glenn y todos los que han volado desde entonces llevan el traje espacial puesto, igual que los primeros astronautas...

—Pero, ¿y las CAIE? —la voz de Syd sonaba muy débil y no tenía el tono morboso que Dar había oído en la voz de muchas personas cuando hablaban de accidentes mortales.

—Las recuperaron de entre lo que quedaba de la cabina principal —dijo Dar—. En realidad, recuperaron casi todo el transbordador. Lo reconstruyeron con trozos de madera y marcos de alambre, igual que hacen las líneas aéreas después de que... pero bueno, sí. Habían usado cinco CAIE... durante dos minutos y cuarenta y cinco segundos. El tiempo exacto desde la explosión hasta el impacto en el océano.

Sydney cerró los ojos durante un segundo. Cuando los abrió, dijo:

—¿No pudo ser por algún tipo de mecanismo automático...?

Dar negó con la cabeza.

—Las CAIE se tienen que activar manualmente. De hecho, el piloto que está a los mandos no puede activar la suya sin ayuda. La astronauta que estaba detrás de él (la otra mujer que había a bordo) debió de soltarse los arneses e inclinarse para conectar la de su compañero desde detrás. Y esa precisamente sí se había usado.

—Dios mío —dijo Sydney.

Bebieron café en silencio durante un minuto.

—Dar... —empezó ella.

Dar no recordaba si alguna vez antes le había llamado por el nombre de pila, pero de repente se daba cuenta de que lo estaba haciendo. Su tono era distinto.

—Dar —dijo la jefa de investigadores—, todas esas tonterías de que yo voy a ir a la cabaña para protegerte... Esos guiños de complicidad con Lawrence y Trudy... Debes saber que yo no...

—Ya sé que tú no —empezó Dar, un poco irritado.

Syd levantó la mano.

—Por favor, déjame terminar. Te digo con toda franqueza que no estoy buscando una aventura romántica, y desde luego no quiero un revolcón en el pajar. Me gusta bromear contigo porque tienes un sentido del humor más seco que el desierto de Borrego, pero no voy a andarme con juegucitos.

—Ya sé... —empezó Dar de nuevo, pero otra vez ella le silenció con la mano levantada.

—Casi he terminado —dijo Syd muy despacio. No había nadie en las mesas contiguas, y el camarero estaba lejos, al otro lado de la sala—. Desastre quiere procesarte bajo el cargo de homicidio culposo por conducción de vehículo...

—Estás bromeando —dijo Dar—. ¿Aun después de ver el vídeo y todo?

—Precisamente después de verlo —dijo la jefa de investigadores—. Es de esos casos que hasta un gilipollas como Desastre podría ganar. Obviamente es un caso de rabia de carretera...

—¡Rabia de carretera! —exclamó Dar, ya furioso—. Esos tíos eran matones de la mafia rusa. Encontraron sus armas automáticas entre los restos... Y además, todo ese fenómeno de la supuesta «rabia de carretera» es una mierda, y tú lo sabes perfectamente, Olson. Actualmente no hay un porcentaje más alto de incidentes relacionados con el tráfico que hace unas décadas...

Syd levantó ahora las dos manos para calmarle.

—Sí, sí... ya lo sé. La expresión se usa porque a los de las noticias les encanta exagerar, y en realidad nada tiene que ver con los hechos. Pero aun así Desastre puede presentar cargos porque el tema de la rabia de carretera es popular en estos tiempos y tendría cobertura televisiva...

—Rabia de carretera... —murmuró Dar, bebiendo café para no decir lo que pensaba del ayudante del fiscal del distrito y sus ambiciones políticas.

—De todos modos —continuó Syd—, les vendí a todos que te iba a usar como... como cebo para descubrir la banda especializada en fraudes que hemos estado persiguiendo. Desastre y su jefe vieron que era un tema aún más importante para los medios de comunicación que un simple juicio por rabia de carretera. Pero eso significaba que o bien debías estar bajo constante supervisión o custodia protectora...

—O bien vigilado por ti —concluyó Dar.

—Sí —dijo Syd. Se quedó en silencio durante un buen rato. Luego dijo—: Y sé lo del accidente de Fort Collins.

Dar se la quedó mirando. En parte no le sorprendía: Syd había tenido acceso a muchísima información, y toda aquella información era importante para ella, para conocer mejor el caso presente. Pero otra parte de sí se retrajo llena de dolor ante la mención de algo de lo que nunca antes había hablado a nadie.

—Ya sé que no es asunto mío —dijo Syd, con la voz más suave que nunca—, pero en el informe decía que te llamaron para que acudieras al lugar del accidente. ¿Cómo pudo ser? ¿Cómo pudieron hacer tal cosa?

La boca de Dar se curvó en una imitación de sonrisa.

—No sabían que... que mi mujer y mi hijo iban en aquel vuelo que se estrelló. Bar... mi mujer... pensaba volver de Washington al día siguiente, pero su madre se recuperó más rápido de lo que se esperaba. Y ella quiso volver a casa un día antes.

Hubo un silencio, roto sólo por una risa estentórea que procedía del restaurante. Una pareja joven pasó a su lado, de camino hacia la salida. Iban cogidos de la mano.

—No me lo cuentes, si no quieres —dijo Syd.

—Ya —dijo Dar—. La verdad es que no lo he hecho nunca. Ni siquiera a Larry y Trudy, aunque conocen los hechos más importantes. Pero como respuesta a tu pregunta...

Syd hizo un gesto afirmativo.

—Pues... mi mujer y el niño tenían que llegar al día siguiente... pero embarcaron en un vuelo anterior, un 737 que se estrelló en un parque a las afueras de Fort Collins.

—Y te llamaron a ti —dijo Syd.

—Yo pertenecía al equipo del CNST con sede en Denver —explicó Dar, con una voz carente de toda emoción—. Cubríamos cualquier accidente que se produjera en una región que abarcaba seis estados. Fort Collins está sólo a cien kilómetros de Denver.

—Pero... —empezó Syd, y se detuvo en el acto. Bajó la vista hacia su taza de café.

Dar meneó la cabeza.

—Era mi trabajo... examinar los lugares de los accidentes. Afortunadamente, alguien de la oficina de Denver echó un vistazo al manifiesto de vuelo y vio el nombre de mi esposa. Se lo notificaron al director de mi equipo sólo media hora después de que yo hubiera llegado al lugar del accidente. Pero de todos modos, no se veía gran cosa. El 737 cayó en picado. El cráter tenía casi seis metros de profundidad, y veinte de diámetro. Había muchos restos, como de costumbre: zapatos, siempre hay muchos zapatos, un osito medio quemado aquí, un bolso verde allá... pero la mayor parte de los restos humanos tuvieron que recuperarlos arqueólogos.

Syd levantó la vista.

—Y es uno de los pocos accidentes que el CNST no pudo resolver... no encontraron una causa clara.

—Uno de los cuatro, contando el vuelo 800 de la TWA —dijo Dar, con voz muy baja—. Se cree que hubo una ráfaga de aire violenta... La AFA recomendó cambiar determinadas conexiones del timón de los Boeing 737 después de aquello... pero nada parecía explicar la repentina y completa pérdida de control. Cuando fueron a buscarme, estaba entrevistando a una chica que vivía en un edificio de apartamentos justo al lado del parque (treinta o cuarenta metros más abajo y la lista de bajas sería el doble de larga) y aquella chica dijo que cuando se asomó a la ventana de su apartamento en el cuarto piso, vio las caras de las personas dentro del avión... cabeza abajo, mientras el 737 bajaba en barrena. Las caras se veían con claridad porque era después de anochecer, y los pasajeros habían encendido las luces para leer...

—Para, por favor —dijo Syd—. Lo siento muchísimo. Siento mucho haber sacado el tema.

Dar se quedó callado un momento. Sentía como si hubiera regresado de algún lugar muy, muy

lejano. Miró a la jefa de investigadores y se dio cuenta con sorpresa de que estaba llorando.

—Vamos, vamos —dijo, reprimiendo el impulso de darle unas palmaditas en la mano que reposaba en el mantel blanco—. No pasa nada. Fue hace mucho tiempo.

—Diez años no es mucho tiempo —susurró Syd—. No para una cosa como ésa —se volvió hacia la ventana y se enjugó las lágrimas con dos furiosos gestos de la mano.

—No —convino Dar.

Syd le volvió a mirar y sus ojos azules parecieron infinitamente profundos.

—¿Puedo preguntarte una última cosa?

Dar asintió.

—No te despediste del CNST y te trasladaste a California hasta dos años después del accidente. ¿Cómo pudiste... quedarte? ¿Continuar haciendo aquel trabajo?

—Era mi trabajo —explicó Dar—. Lo hacía bien.

Sydney Olson sonrió levemente.

—He leído todo tu expediente, doctor Minor. Sigues siendo el mejor especialista en reconstrucción de accidentes que existe. Así que, ¿por qué trabajas sobre todo para Investigaciones Stewart? Ya sé que tienes bastante dinero y no necesitas un gran salario... pero, ¿por qué Lawrence y Trudy?

—Me gustan —dijo Dar—. Larry me hace reír.

Llegaron a la cabaña de Dar justo después de anochecer. La penumbra se cernía sobre la dulce tarde veraniega como un mudo tapiz. La cabaña se encontraba a casi un kilómetro por un camino de grava, al sudeste de la ciudad de Julian, justo al borde de la Reserva Forestal de Cleveland. Más abajo se veían amplios prados y más hacia el sur, grandes valles de hierba. Por encima y detrás de la cabaña, el bosque de pinos ponderosa y abetos Douglas se hacía más espeso, acabando en un risco rocoso.

Syd se quedó mirando, admirativa.

—Uf —dijo—. Cuando dijiste que era una «cabaña», me imaginé unos troncos bastos y unos ratones correteando por ahí.

Dar se quedó mirando la elegante estructura de piedra y secoya, con el amplio porche que miraba hacia el sur.

—Pues no —afirmó—. Tiene sólo seis años. Me compré el terreno cuando llegué aquí. Vivía en el furgón de las ovejas antes de hacer la casa.

—¿El furgón de las ovejas?

Dar asintió.

—Ya lo verás.

—Y apuesto a que la casa la has construido tú mismo.

—Perderías. Soy bastante inútil con la sierra y el martillo. Un constructor local que tiene setenta años y se llama Burt McNamara fue quien hizo casi todo el trabajo.

—Dios mío —dijo Syd, al dar la vuelta hacia la parte delantera del edificio a lo largo del porche abierto—. Un jacuzzi.

—Tiene unas vistas muy bonitas. Una noche fría de invierno te puedes meter en el jacuzzi y ver las luces de allí, en la reserva india Capitán Grande, al otro lado del valle —Dar abrió la puerta principal y se apartó para que Syd entrara la primera.

—Ya veo por qué no tienes... ejem... huéspedes muy a menudo —dijo Syd en voz baja.

La última luz de la tarde iluminó la gran habitación. Dar no había realizado ninguna partición en el interior de la cabaña excepto en la zona del baño, y sólo la colocación de los muebles y alguna alfombra separaban una zona de otra. La mayor parte de las paredes estaban llenas de estanterías, pero también había algunos carteles franceses antiguos. Uno de ellos anunciaba una caña de pescar y mostraba a una mujer pescando una trucha desde una canoa, con los trazos estilizados, las líneas gruesas y los maravillosos espacios negros del estilo años veinte. En el rincón situado más al sudeste se encontraba un escritorio en forma de L debajo de unas grandes ventanas. La vista desde allí era impresionante. Una enorme chimenea ocupaba gran parte de la pared oeste, y las ventanas que había a cada lado dejaban pasar la escasa luz del atardecer. Repartidos por allí se encontraban varios confortables sillones y sofás de cuero, y una cama individual, cubierta por una colcha Hudson Bay, justo detrás del largo sofá.

—Me gusta mirar el fuego desde la cama —dijo Dar.

—Ya.

Dar dejó su equipaje. Cogió dos linternas que pendían de unos ganchos en la pared.

—Vamos. Te voy a instalar en el furgón de las ovejas.

Dar la volvió a llevar al porche, en la desfalleciente luz, y la acompañó unos veinte o treinta metros por un sendero muy cuidado. Unas linternas de nieve japonesas hechas de piedra bordeaban el camino, a intervalos de cinco metros. Después de atravesar un pequeño bosquecillo de abedules, llegaron a un claro y apareció el furgón a la vista.

El viejo furgón de ovejas vasco había sido completamente restaurado con madera antigua y cristal. Ahora, la estructura con ruedas tenía un pequeño porche, con una puerta y un toldo hacia el lado sur. Cerca se habían colocado varias sillas Adirondack, frente a una vista todavía más increíble que la de la cabaña.

Dar hizo un gesto y Syd subió los cuatro escalones, abrió las puertas, que no estaban cerradas, y entró en el pequeño recinto.

—Es la habitación más acogedora que he visto en mi vida —dijo Syd suavemente.

El furgón de pastor tenía solamente cinco metros y medio de largo por dos de ancho, pero el espacio se había aprovechado con mucho ingenio. Había un baño diminuto a la derecha, nada más entrar, un pequeño fregadero debajo de una ventana en el lado norte, una diminuta mesa de comedor en el sur, y todo el lado oeste se hallaba ocupado por una cama integrada bajo una ventana semicircular con una cristalera antigua. El techo en forma de bóveda de cañón era bajo, pero la

madera antigua, de color miel, resplandecía. Había ganchos y perchas en la pared, y Dar colgó las linternas en dos de ellos. La cama alta parecía cómoda, con una colcha de patchwork hecha a mano y grandes almohadones a cada lado. En los paneles de madera que había debajo de la cama se habían colocado unos cajones.

—No hay electricidad —dijo Dar—. Pero las cañerías sí que funcionan... Hicimos un empalme desde la misma cisterna que abastece la cabaña. No hay ducha ni bañera... no había espacio suficiente. Pero no te cobraré nada por usar la ducha grande de la cabaña.

—¿Esto lo hizo también el señor McNamara? —preguntó Syd, sentándose ante la mesa de madera y mirando la puesta de sol a través de los pequeños cristales de la ventana. El diminuto espacio daba la sensación de estar bajo la cubierta de un barquito también diminuto, aunque acogedor.

Dar negó con la cabeza.

—Nosotros... mi mujer y yo la construimos el verano antes del accidente. En una revista, el Architectural Digest, vimos los nombres de un diseñador de interiores y un ranchero de Montana que compraban viejos furgones de ovejas vascos y los convertían en... bueno, en esto. Lo construyeron de acuerdo con nuestros planes, lo desmontaron por completo, lo enviaron a Colorado y lo volvieron a montar. Yo hice exactamente lo mismo cuando me trasladé aquí.

Syd le miró a los ojos.

—¿Lo usabais los tres?

Dar volvió a negar.

—Nos habíamos comprado un terreno en las Rocosas, no lejos de Denver, pero eso fue el invierno que nació David, y entonces... bueno, nunca llegamos a usarlo, en realidad.

—Pero tú sí que lo has usado —dijo Syd—. Aquí. Solo.

Dar asintió.

—Pero cada vez tenía que trabajar más los fines de semana —dijo—. Sobre todo con el ordenador. Así que hice que me construyeran la cabaña en lugar de electrificar el furgón.

—Buena idea —asintió la jefa de investigadores.

—Tienes sábanas y fundas de almohada limpias en esos cajones que hay debajo de la cama —dijo Dar—. Y también toallas. Y no hay ratones. Vine aquí el fin de semana pasado y lo comprobé.

—No me importaría que hubiese ratones.

Dar abrió un cajón, sacó una caja de cerillas de cocina y encendió las linternas. Al instante la vieja madera de todo el recinto, y especialmente la del techo, empezó a brillar con una calidez de miel.

—La pequeña cocina de dos fogones es de propano —dijo—. En realidad es como un hornillo de camping. No hay frigorífico, así que las cosas perecederas las guardo en la cabaña. Puedes dejar las linternas encendidas cuando te vayas, son seguras, pero llévate esto para encontrar el camino de vuelta —abrió otro cajón y sacó una linterna a pilas.

Dar fue hacia la puerta.

—Puedes quedarte aquí si quieres para instalarte, o venir a la cabaña a tomar un té o lo que

quieras.

—Todavía nos quedan muchos expedientes por mirar —dijo Syd.

Dar arrugó la nariz.

—Vamos, vete —dijo Syd—. Voy a instalarme, como has dicho, y disfrutar un rato de esta encantadora habitación antes de ir a verte.

Dar cogió unas cerillas.

—Encenderé las linternas de nieve, y así el camino quedará iluminado.

Syd le dedicó una sonrisa.

Bajó por el caminito que conducía a la cabaña al cabo de una hora. Se había cambiado el traje de chaqueta, muy profesional, por unos vaqueros, una camisa de cuadros y unas zapatillas deportivas. Llevaba la pistola de nueve milímetros bien guardada en el cinturón.

Ahora ya era completamente de noche, y hacía frío. Dar había encendido fuego en la enorme chimenea, y su antiguo reproductor de cintas emitía música clásica. No había seleccionado la cinta, se había limitado a ponerlo en marcha, como hacía cuando estaba solo en la cabaña, pero la música era una selección de piezas encantadoras: el adagietto o cuarto movimiento de la Quinta Sinfonía de Mahler; el segundo movimiento del Segundo Concierto para piano de Brahms; el segundo movimiento de la Séptima de Beethoven; el tercer y cuarto movimientos de la *Sinfonía Italiana* de Mendelssohn; Kyoko Takezawa interpretando el andante del *Concierto para violín y orquesta op. 64* de Mendelssohn; los Kyrie Eleison de la *Misa Solemnis* de Beethoven y del *Réquiem* de Mozart; algunos solos de piano de Mitsuko Uchida y de Horowitz (entre ellos el favorito de Dar, el *Estudio en do menor sostenido* de Scriabin, op. 2, n.º 1, del extraordinario álbum *Horowitz in Moscow*); Ying Huang cantando arias de ópera con la London Symphony Orchestra, y otras piezas más ligeras con Heinz Holliger al oboe, acompañado por orquesta.

En el último segundo, Dar temió que la jefa de investigadores pensara que estaba tratando de crear una atmósfera romántica, pero vio de inmediato por su expresión que simplemente le gustaba la música.

—Mozart —dijo ella, escuchando las impresionantes voces del Réquiem. Se acercó y se reunió con él junto al fuego, sentándose en el otro sillón de cuero que había frente al suyo.

—¿Quieres tomar un poco de té? —le preguntó Dar—. Té verde, a la menta, Earl Grey, Lipton...

La mirada de Syd se desvió hacia el antiguo aparador que había junto al mostrador de la cocina.

—¿Es eso que veo ahí una botella de Macallan? —preguntó.

—Sí, ciertamente —dijo Dar—. Puro malta.

—Casi está llena.

—No me gusta beber solo.

—Me gustaría tomar un poco de whisky —sugirió ella.

Dar fue hacia el mostrador, sacó dos vasos de whisky de cristal del aparador y lo sirvió.

—¿Hielo? —preguntó.

—¿Con un buen malta? —exclamó la jefa investigadora—. Acerca un cubito a mi whisky y te las verás conmigo.

Dar asintió. Los vasos con el líquido ambarino resplandecieron cuando se acercó al fuego. Saborearon el whisky en silencio durante varios minutos.

Dar se dio cuenta, sorprendido, de que se sentía muy a gusto en compañía de aquella mujer, y de que se iba produciendo una ligera pero creciente tensión física... o más bien conciencia, ésa sería la palabra adecuada... entre los dos. Y aquello sorprendió mucho a Dar, que siempre había sabido que era diferente a los demás hombres. La visión de una mujer desnuda podía excitarle, claro, y de hecho le excitaba todavía a veces, en sueños. Pero más allá de esa excitación puramente física, Dar asociaba el deseo auténtico y profundo con el conocimiento. Aun antes de conocer a su esposa, Barbara, nunca había entendido que se pudiera desear a una persona que no fuera «conocida», que no fuera «entendida», que no resultara... «fundamental».

Y entonces se enamoró de Barbara. Deseó a Barbara. El rostro de Barbara, su voz, su cabello pelirrojo, sus pechos pequeños, sus pezones rosados, su rojizo vello púbico, su pálida piel, todo eso se convirtió en la fuente de su amor, de su atención y su deseo. En la década transcurrida desde su muerte, al parecer, había ido alejándose cada vez más y más de la posibilidad de encontrar o sentir un deseo igual de específico hacia cualquier otra persona. Pero ahora, Dar Minor se encontraba bebiendo whisky y mirando a la jefa de investigadores Sydney Olson, que estaba cómodamente sentada en el sillón de piel, con la manta india detrás de la cabeza y el reflejo rojizo del fuego en sus facciones. Observó el perfil de sus pechos contra la tela de la camisa que llevaba, y el brillo de sus ojos por encima del cristal del vaso de whisky, y...

—... me recuerda todo esto? —estaba diciendo Syd.

Dar sacudió la cabeza, literalmente, para despejarla.

—Lo siento —exclamó—. ¿Qué me decías?

Syd dirigió la vista a la habitación donde se encontraban. Unos pequeños focos halógenos iluminaban las estanterías con libros y las obras de arte. La luz del fuego se reflejaba en los cristales de las ventanas. Una sola lámpara colgada arrojaba un círculo de luz sobre la mesa de trabajo de Dar, en el extremo más alejado de la larga habitación.

—He dicho: «¿Sabes a qué me recuerda todo esto?».

—No —dijo Dar, en voz baja. Sintiendo todavía las olas de tensión sexual y emocional entre ambos, tuvo la abrumadora sensación de que Syd estaba a punto de hacer un comentario personal que les acercaría un paso más el uno al otro, que cambiaría para siempre las vidas de los dos, lo quisieran o no—. ¿Qué te recuerda todo esto?

—Me recuerda a una de esas estúpidas películas de acción en las que un policía tiene a su cargo la protección de la vida de un testigo, así que se dirigen al bosque, a un lugar alejado de toda ayuda posible. Se establecen en una casa llena de ventanas enormes, para facilitarles las cosas a los francotiradores. Y luego el policía se sorprende terriblemente cuando alguien les dispara. ¿Has visto *El guardaespaldas*, con Kevin Costner y Whitney Houston?

—No.

Syd meneó la cabeza.

—Es una bobada. El guión fue escrito originalmente para Steve McQueen y Diana Ross... Habría sido mejor, la verdad. Al menos McQueen parecía pensar, cuando aparecía en pantalla.

Dar bebió un poco de whisky y no dijo nada.

Ella hizo una pausa durante un segundo. Su pensamiento parecía estar muy lejos. Luego suspiró.

—¿Tienes armas en la cabaña?

—¿Quieres decir armas de fuego?

—Sí.

—No —dijo Dar, diciendo la pura verdad, pero al mismo tiempo mintiendo.

—Por tus comentarios anteriores deduzco que no te gustan las armas.

—Creo que son la pesadilla y la vergüenza de Estados Unidos —exclamó Dar—. Nuestro peor pecado, desde la esclavitud.

Syd asintió.

—Pero no te ofende que yo lleve arma bien a mano, ¿no?

—Eres una representante de la ley —dijo Dar—. Es tu obligación.

Syd asintió de nuevo.

—¿Pero no tienes ni escopetas, ni rifles de caza?

Dar meneó la cabeza.

—En la cabaña no. Tengo algunas armas antiguas almacenadas en otro sitio.

—¿Sabes cuál es la mejor arma de defensa para el hogar? —preguntó Syd. Bebió un sorbo de whisky y sujetó el vaso con ambas manos.

—¿Un pitbull? —aventuró Dar.

—No señor. Una escopeta. No importa de qué calibre.

—Supongo que no requiere muchas prácticas de tiro acertar a alguien con una escopeta —estuvo de acuerdo Dar.

—Mejor todavía —dijo Syd—. El sonido de alguien que pasa el cerrojo de una escopeta en una casa oscura es absolutamente inconfundible. Te sorprendería el efecto disuasorio que puede tener en los asaltantes y maleantes varios.

—Maleantes —repitió Dar, saboreando la palabra—. Bueno, si el sonido de la escopeta al pasar el cerrojo es lo más importante, no habría que tener ni siquiera munición, ¿verdad?

Syd no dijo nada, pero su expresión mostró claramente su opinión sobre el hecho de tener armas sin munición.

—En realidad —continuó Dar—, sólo necesitaría una cinta con el sonido grabado de una escopeta, ¿no?

Syd dejó el vaso y se acercó a la mesa de trabajo de Dar. Había pocos papeles sueltos, pero varios

pisapapeles: un pistón, la mandíbula de un pequeño carnívoro, un pisapapeles de Disneylandia con un Goofy bajo una tormenta de nieve y un cartucho verde de escopeta.

Syd cogió el cartucho.

—Calibre cuatro diez. ¿Por qué?

Dar se encogió de hombros.

—Antes tenía una Savage 410 —dijo en voz baja—. Un regalo de mi padre, antes de morir. Era una antigualla. Está en un almacén, en Colorado.

Syd volvió el cartucho y miró el latón.

—No ha sido disparado, pero el percutor ha caído sobre él. La aguja percutora no dio en el centro.

—Ocurrió la última vez que intenté disparar el arma —dijo Dar, más bajo aún—. La única vez que ha fallado.

Syd siguió sujetando el cartucho y miró a Dar largo rato antes de dejarlo de nuevo en el alféizar de la ventana.

—Este cartucho todavía es peligroso, me imagino que ya lo sabes.

Dar enarcó las cejas.

—Sé por tu expediente que estuviste en los marines... en Vietnam. Debías de ser muy joven.

—No tan joven —dijo Dar—. Ya me había licenciado en la universidad cuando me alisté, y me enviaron allí en 1974. Además, aquel último año no hicimos gran cosa, sólo escuchábamos grabaciones de los juicios del caso Watergate en la radio del ejército y dábamos vueltas por el país recogiendo los M-16 y demás armas que el Ejército de la República de Vietnam, de los nuestros, iba dejando caer al huir de las tropas regulares de Vietnam del Norte.

—Te licenciaste en la universidad con dieciocho años —dijo Syd—. ¿Eras un niño prodigio o qué?

—Digamos que rendía mucho.

—¿Y por qué los marines?

—¿Me creerías si te digo que fue por sentimentalismo? Porque mi padre fue marine en la guerra auténtica... la Segunda Guerra Mundial.

—Sí me creo que tu padre fuese marine, pero no que ésa fuera la razón para que te alistaras tú.

«Bien», pensó Dar. Pero en voz alta, dijo:

—En realidad, en parte fue por quitarme de encima el tema del servicio militar y volver a Estados Unidos a la universidad, y en parte por pura y simple perversidad.

—¿Y eso? —preguntó Syd. Se había acabado el whisky. Dar le puso dos dedos más.

Dar dudó y se dio cuenta de que le iba a decir la verdad... más o menos.

—De niño, estaba obsesionado con los griegos —dijo Dar—. La obsesión duró toda la universidad, incluso durante la licenciatura en física. Todos los alumnos de humanidades estudiaban la antigua Atenas, ya sabes, la escultura, la democracia, Sócrates... pero yo siempre estuve

obsesionado con Esparta.

Syd le miró, extrañada.

—¿Con la guerra?

Dar meneó la cabeza.

—No, no con la guerra, aunque a los espartanos se los recuerda sobre todo por ella. La espartana era la única sociedad que yo conocía que convirtió en ciencia el estudio del miedo... lo llamaban «fobología». Su entrenamiento, que se iniciaba a una edad temprana, estaba dirigido en su totalidad a reconocer el miedo, o *phobos*, y derrotarlo. Incluso les enseñaban que había partes del cuerpo que eran *phobosynaktes*, lugares donde se acumula el miedo, y entrenaban a sus jóvenes, a sus guerreros, para que fueran capaces de colocar la mente y el cuerpo en un estado de *aphobia*.

—Intrepidez —tradujo Syd.

Dar frunció el ceño.

—Sí y no —dijo—. Hay diferentes formas de intrepidez. La de un guerrero berserk o un samurai japonés que alcanzan un estado de rabia ciega, o, por ejemplo, la de un terrorista palestino que va en un autobús con una bomba. Todos son «intrépidos»... es decir, no temen su propia muerte. Pero los espartanos querían algo más.

—¿Qué puede ser mejor para un guerrero que esa intrepidez? —preguntó Syd.

—Los griegos, los espartanos, llamaban *katalepsis* a esa intrepidez provocada por la rabia —dijo Dar—. Literalmente: estar poseído por un demonio... una pérdida de control de la mente. La rechazaban por completo. Su deseada *aphobia* era un estado... bueno, controlado, consciente... un rechazo a verse absorbido y poseído, aun en medio de la batalla.

—¿Y aprendiste *aphobia* en los marines... en Vietnam? —preguntó Syd.

—No. Pasé un miedo cerval cada minuto que estuve en Vietnam.

—¿Viste mucha acción? —inquirió Syd, mirándole a los ojos—. Tu expediente de los marines todavía está clasificado. Eso quiere decir algo.

—No significa nada —mintió él—. Por ejemplo, si yo hubiera sido mecanógrafo y hubiera mecanografiado mucho material clasificado, no tendrías acceso a mi expediente tampoco.

—¿Y eras mecanógrafo?

Dar sujetó el vaso de whisky con ambas manos.

—No siempre.

—Así que combatiste, ¿no?

—Lo suficiente para saber que nunca más quiero volver a ver nada parecido —dijo Dar, con toda sinceridad.

—Pero te sientes cómodo con las armas —insistió Syd, volviendo al tema inicial.

Dar torció el gesto y bebió un poco de whisky.

—¿Qué tipo de armas tocabas en los marines? —preguntó Syd.

—Algún rifle —dijo Dar. No le gustaba hablar de armas de fuego.

—Entonces un M-16, supongo —dijo Syd.

—Que tenían una enorme tendencia a encasquillarse si no estaban perfectamente limpios —dijo Dar, de forma algo insincera. No tenía ningún M-16. Su observador llevaba un M-14 adaptado... un arma más antigua, pero que utilizaba la misma munición de 7,62 milímetros que el Remington 700 M40 accionado a cerrojo con el que se había entrenado Dar. Y se había entrenado mucho... 120 balas al día, seis días por semana, hasta que fue capaz de dar a un blanco móvil del tamaño de un hombre a quinientos metros, y a uno estacionario a mil.

Se acabó el whisky.

—Si estás tratando de colocarme un arma, olvídalos, jefa de investigadores. Odio esos malditos trastos.

—¿Aun en el caso de que la mafia rusa esté intentando matarte?

—Han tratado de matarme, en realidad. Y sigo creyendo que ha sido un caso de confusión de identidad.

Syd asintió.

—Pero tú has manejado armas —insistió—. Te enseñaron lo que había que hacer si un cartucho no se disparaba...

Dar la miró.

—Apuntar el arma a un blanco neutral y seguro y esperar. Puede dispararse sin avisar.

Syd señaló el cartucho del 410.

—¿Tiramos eso?

—No —respondió Dar.

Los dos se tomaron un último vaso de whisky y contemplaron el fuego. Entraba un poco de humo en la habitación, pero olía bien, y su aroma se mezclaba con el ahumado gusto a turba del whisky.

La tensión de la conversación anterior había desaparecido casi por completo. Ahora hablaban de trabajo.

—¿Has oído hablar de la norma que ha dictado el último cargo político que dirige la Agencia de Seguridad de Tráfico Nacional por Carretera? —preguntó Syd.

Dar lanzó una risita.

—Claro. La palabra «accidente» no debe aparecer nunca en ningún informe oficial, ni correspondencia ni memorándum.

—¿No te parece un poco extraño eso?

—En absoluto —dijo Dar. Un enorme tronco se desmoronó, convertido en brasas, y él lo miró durante un segundo antes de volver a mirar a su huésped. La cara de Syd parecía más joven y más dulce a la luz del fuego, y sus ojos tan llenos de inteligencia como siempre—. Tienes que entender su lógica. Todos los accidentes se pueden evitar. Por lo tanto, no deberían ocurrir. Por lo tanto, la

agencia no puede usar la palabra «accidente»... porque eso no existe. Tienen que dar un circunloquio y hablar de impacto, incidente o lo que sea.

—¿Estás de acuerdo en que todos los accidentes se podrían evitar? —preguntó Syd.

Dar se rió de buena gana.

—Todo el que haya investigado un accidente, sea el del transbordador espacial o el de algún pobre diablo que se salta un semáforo en ámbar y arremeten contra él, sabe que no se pueden evitar.

—¿Y eso?

Dar la miró.

—Simplemente porque han ocurrido. La probabilidad de la serie de acontecimientos que conduce al accidente puede ser de una entre mil, o de una entre un millón, pero una vez ocurren esos acontecimientos en la secuencia adecuada, el accidente es absolutamente inevitable.

Syd asintió, pero no pareció convencida.

—Está bien —dijo Dar—. Tomemos el accidente del Challenger. La NASA se había convertido en el conductor descuidado que se salta el semáforo en ámbar. No pasa nada una vez, cinco veces, veinte veces... y en seguida uno decide que se trata de una conducta segura y natural. Pero si sigues conduciendo, la probabilidad de sufrir un choque con algún otro hijo de puta que tiene la misma filosofía sobre los cruces pasa a ser de casi el uno por ciento.

—¿Y por qué dices que la NASA corría riesgos?

Dar se encogió de hombros.

—La comisión reunió bastante información sobre eso. Sabían que existía el problema de la junta tórica de precisión... incluso sabían lo grave que era, de Prioridad Uno, pero no lo arreglaron. Sabían que el clima frío agravaba mucho el problema de la junta de precisión, pero hicieron el lanzamiento de todos modos. Contravinieron al menos veinte de sus propias directrices que se oponían al lanzamiento, porque la maestra iba a bordo, y estaban recibiendo presiones políticas para que la lanzaran en órbita y así el presidente Reagan pudiera mencionarlo en su discurso del Estado de la Nación aquella noche. Y las posibilidades se cumplieron.

—¿Entonces crees en la probabilidad? —dijo Syd—. ¿Crees en algo más?

Dar la miró extrañado.

—¿Me está planteando una pregunta filosófica, jefa de investigadores?

—Sólo tengo curiosidad —dijo Syd, y se acabó el whisky—. Has visto tantos accidentes, tantas carnicerías... Me pregunto en qué marco filosófico lo encuadras.

Dar pensó un momento.

—El de los estoicos, supongo. Epicteto. Marco Aurelio y gente de esa calaña —soltó una risita—. La única vez que me he sentido lo suficientemente indignado políticamente para ir a Washington y tirar piedras contra la Casa Blanca fue cuando le preguntaron a Bill Clinton cuál era el libro más importante que había leído recientemente... y dijo que las *Meditaciones* de Marco Aurelio —volvió a reír—. Ese amasijo de deseo sexual dominado por la lujuria... ¡citando a Marco Aurelio!

—¿Pero qué crees tú realmente? —le presionó Syd—. Aparte del punto de vista estoico —hizo una pausa breve y recitó, en voz baja—: «Para la criatura racional, sólo lo irracional es insoportable; lo racional siempre lo puede soportar. Los golpes no son intolerables por naturaleza».

Dar la miró fijamente.

—Citas a Epicteto.

—¿Dirías que ésa es tu filosofía? —repitió Syd.

Dar dejó el vaso vacío y unió las yemas de los dedos. Los troncos volvieron a desmoronarse en el fuego mortecino y las brasas lanzaron un destello final.

—El hermano mayor de Larry, que es escritor y vivía en Montana hasta que su matrimonio fracasó, vino a visitarle hace algunos años. Le conocí algo. Después vi que le entrevistaban por televisión y le preguntaban cuál era su filosofía. Su novela trataba de la Iglesia católica, y el entrevistador le presionaba para que confesara cuáles eran sus propias creencias.

Syd esperó.

—El hermano de Larry, que se llama Dale, pasaba una mala racha por aquel entonces. En respuesta a la pregunta, citó a John Updike. La cita era algo así: «No tengo sentido musical ni religioso; cada vez que muevo los dedos, no confío en escuchar un acorde».

—Es triste —dijo Syd al fin.

Dar sonrió.

—Era el hermano de Larry citando a otro escritor... Yo no digo que sea eso lo que yo creo. Yo estoy de acuerdo con la navaja de Occam.

—Guillermo de Occam... —dijo Syd—. ¿De qué siglo... del xv?

—El xiv —apuntó él.

—Su máxima —continuó Syd—. Las hipótesis introducidas para explicar un hecho no debe multiplicarse más allá de lo necesario.

—O bien —dijo Dar—, siendo iguales todas las demás circunstancias, la respuesta más sencilla es normalmente la correcta.

—Con lo que queda descartada la abducción por los alienígenas —rió Syd.

—Adiós expedientes X —dijo Dar.

—La conspiración contra Kennedy a la mierda... —añadió Syd, con una sonrisa muy amplia.

—Adiós muy buenas, Oliver Stone —accedió él.

Syd hizo una pausa.

—¿Sabías que eres famoso por lo del «bisturí de Darwin»?

—¿El qué? —exclamó Dar, parpadeando, sorprendido.

—Una proposición que planteaste hace años... creo que fue en la reunión de la Asociación Nacional de Investigadores de Seguros.

—Ay, Dios mío —dijo Dar, tapándose los ojos con la mano.

—Un corolario de la navaja de Occam —insistió Syd—. Creo que era así: «Siendo iguales todas las demás circunstancias, la solución más sencilla normalmente es una estupidez».

—Cosa estúpidamente obvia —murmuró Dar.

Syd asintió lentamente.

—No, ya sé a qué te refieres. Es como esos chicos de la furgoneta que intentaban entrar sin pagar al concierto de rock...

De repente, Dar miró hacia la caja donde se acumulaban los expedientes y pilas de discos Zip y disquetes que todavía les esperaban.

—Quizás hayamos estado buscando algo equivocado en nuestros archivos —dijo.

Syd ladeó la cabeza.

—Quizás no sea el hecho de investigar accidentes estúpidos (ni siquiera los mortales) lo que atrajera la atención de alguien hacia mí —dijo—. Quizá sea un crimen.

—¿Has resuelto algún crimen recientemente? —dijo Syd—. Aparte del falso accidente de Phong, quiero decir.

Dar asintió.

—¿Y me lo vas a contar? —dijo Syd.

Él consultó su reloj.

—Sí. Mañana.

—Qué hijo de puta —exclamó la jefa de investigadores Olson, pero lo dijo con una sonrisa—. Gracias por el whisky.

Dar se dirigió hacia la puerta.

Syd hizo una pausa. Dar tuvo la súbita y absurda idea de que iba a darle un beso.

—Durmiendo allí en mi precioso furgón de ovejas —dijo ella—, ¿cómo me enteraré si llegan los malos y tú estás en apuros?

Dar buscó debajo de un grueso abrigo que pendía de una percha en la pared y sacó un silbato de un color naranja chillón, colgado de un cordón.

—Es para ir de excursión, por si te pierdes yendo por la montaña. Este maldito silbato se puede oír desde tres kilómetros de distancia.

—Como los que se usan para violaciones —dijo Syd.

—Eso es.

—Bueno, si los asesinos aparecen esta noche, silba —hizo una pausa y Dar vio un brillo travieso en sus ojos azules—. Sabes cómo se silba, ¿verdad, Steve?

Dar sonrió. Lauren Bacall, con diecinueve años, le había dicho aquello mismo a Humphrey Bogart en *Tener y no tener*. Le encantaba aquella película.

—Sí —dijo—, juntas los labios y soplas.

Syd asintió y subió por el sendero con la linterna, soplando para apagar los farolillos al pasar.

Dar se quedó mirándola hasta que se perdió de vista.

«I de intriga»

Syd llamó a la puerta el sábado por la mañana temprano, pero Dar ya se había levantado, se había duchado y afeitado y tenía el café y el desayuno listos. Syd se comió el bacon y los huevos con apetito y se sirvió dos tazas de café.

Antes de empezar a trabajar, dieron un largo paseo por los alrededores: la cañada que había al este, con su mina de oro abandonada; la corriente que se adentraba en el cañón; la pequeña cascada que había más arriba, con un puente que consistía en un árbol caído que parecía demasiado resbaladizo y musgoso para poder cruzar; las losas y piedras grandes a lo largo del risco que había hacia el norte; los grupos de abedules y las hectáreas de espesos pinos en la colina, justo por encima de la cabaña, y los interminables prados del valle de abajo. Durante el paseo, Dar sintió el mismo placer que tanto le había sorprendido la noche anterior, esa extraña conciencia de la presencia física de Syd, el calor de su sonrisa, la felicidad que le producía su voz y su risa.

«Deja ya eso, Darwin», se dijo a sí mismo.

—Sé que es una pregunta prohibida entre hombres y mujeres —dijo Syd, deteniéndose de pronto y mirándole a los ojos—, pero ¿en qué estás pensando, Dar? Casi oigo los mecanismos de tu cerebro funcionando desde medio metro de distancia.

Ella estaba, ciertamente, a medio metro de distancia. Cuando Dar se detuvo, casi cedió a la tentación de rodearla con sus brazos, atraerla hacia él y apoyar la cara en la curva de su cuello, justo debajo del lóbulo de la oreja, allí donde su pelo se curvaba hacia el cuello, sólo para aspirar su aroma.

—En Billy Jim Langley —dijo al fin, retrocediendo un paso.

Syd inclinó la cabeza.

Dar señaló hacia el sur.

—Un accidente en el que trabajé hace un año o así, allá, en la reserva forestal. ¿Quieres que te lo cuente? ¿Quieres resolverlo?

—Claro.

Dar se aclaró la garganta.

—Pues bien: me llamaron a la escena de un supuesto homicidio a unos ocho kilómetros, en ese bosque...

—Éste no es el crimen que me prometiste contar anoche, ¿verdad?

Dar dijo que no con la cabeza.

—Bueno, el caso es que el señor Billy James Langley, uno de los asegurados de CalState, la empresa que trabaja con Larry y Trudy, tenía que haber vuelto de pescar, pero pasó un día más y no apareció. El sheriff fue al lugar donde le gustaba pescar a Billy Jim y encontró su furgoneta (una Ford

250 del 78) cabeza abajo en un arroyo. Billy Jim estaba dentro. Ahogado. Al parecer, se había caído de un puentecito en medio de la oscuridad, el día antes, y no había conseguido salir de la furgoneta. El forense confirmó la hora de la muerte.

—¿Y dónde está el presunto homicidio? —preguntó ella.

—Cuando el forense extrajo el cuerpo de Billy Jim, estableció que la causa de la muerte era el ahogamiento. Pero al parecer, a Billy Jim también le habían disparado con una bala del calibre 22...

—¿Dónde? —exclamó Syd.

—Pues en su furgoneta.

—No, quiero decir que en qué parte del cuerpo.

Dar vaciló.

—Bueno... pues... en la entrepierna.

—¿En los testículos?

—En uno de ellos.

—¿El izquierdo o el derecho? —dijo Syd.

—¿Tú crees que eso importa?

—¿No importa acaso?

—Bueno, sí, pero...

—¿El izquierdo o el derecho? —insistió Syd.

—El derecho —dijo Dar—. ¿Puedo continuar con la historia?

Fueron bajando la colina juntos.

—De acuerdo —dijo Syd—. Tenemos a un tal Billy James Langley que vuelve de pescar, y es de noche. De pronto le disparan en el cojón derecho y (cosa nada sorprendente) se sobresalta tanto que se cae con la furgoneta en el arroyo y se ahoga. Déjame que lo adivine: no había ningún rifle ni pistola del 22 en la furgoneta.

—Exacto —asintió Dar.

—¿Y agujeros de entrada o de salida en la furgoneta? —dijo Syd—. Tenía que ser una furgoneta muy endeble para que una bala del calibre 22 la atravesara, y las Ford 250 no son nada endebles.

—No había agujeros de entrada ni de salida —dijo Dar—. Sólo en el cuerpo de Billy Jim.

—¿Las ventanillas estaban subidas?

—Sí. Llovía mucho la noche que Billy Jim se fue de su lugar de pesca favorito.

—Después de oscurecer, ¿no? —dijo Syd.

—Sí. A eso de las once.

—Ya lo tengo.

Dar se detuvo.

—¿Ah, sí?

El se había pasado dos horas dando vueltas por la escena del crimen para averiguar lo que había ocurrido.

—Pues sí —asintió Syd—. Billy Jim no tenía ni rifle ni pistola del 22 en la furgoneta, pero seguro que llevaba una caja de cartuchos, ¿a que sí?

—En la guantera —dijo Dar.

—Y supongo que los faros se le apagaron cuando volvía.

Dar suspiró.

—Sí... yo calculé que más o menos a un par de kilómetros del puente.

Syd asintió.

—Más o menos el tiempo que le costaría al cartucho del 22 calentarse y dispararse. Conozco esas furgonetas de la Ford. La caja de fusibles para los faros está justo debajo del panel, enfrente del volante. Ese tal Billy Jim va conduciendo, los faros se le apagan, no puede seguir conduciendo con lo que llueve pero quiere volver a casa, así que trastea por ahí, sospecha que el fusible se ha fundido... busca algo que haya en la furgoneta del tamaño adecuado para sustituirlo... Un cartucho del 22 encaja a la perfección... Sigue conduciendo, sin pensar que el cartucho se va calentando. Y al final, se dispara...

—Bueno, supongo que no era un gran misterio, después de todo —dijo Dar.

Syd suspiró.

—Estoy muerta de hambre. ¿Podemos comer antes de enfrentarnos al auténtico misterio?

Prepararon unos bocadillos de rosbif, cogieron unas cervezas y salieron a comer al porche. El día se hacía cada vez más cálido y ya se habían quitado las cazadoras vaqueras. Syd llevaba una enorme camiseta por fuera de los pantalones para tapar la funda de la pistola de la cadera. Dar vestía una camiseta negra muy desvaída y unos tejanos igualmente desgastados, y zapatillas deportivas. La cabaña estaba sombreada por altos pinos ponderosa y pequeños abedules, pero el valle que se abría ante ellos resplandecía con el verdor de la hierba veraniega y los sauces, que parecían ondular con el viento y la neblina del calor. Se quedaron sentados en el borde del gran porche, con las piernas colgando.

Syd preguntó:

—Todas esas muertes, ese dolor, ese sufrimiento que presencias y que investigas... ¿no te pesa a la larga?

Si le hubiera hecho aquella pregunta a Dar veinticuatro horas antes, probablemente él habría replicado: «Supongo que es más o menos como ser médico. Al cabo de un tiempo, uno... no es que se endurezca, no es ésa la palabra... pero digamos que lo veo todo con cierta perspectiva. Al fin y al cabo, es tu trabajo, ¿no?» Y habría creído lo que decía. Pero entonces no estaba tan seguro. Quizás algo le hubiera cambiado de verdad a lo largo de la última década. De lo único que estaba seguro en aquel momento era de que, contrariamente a todas sus intenciones y expectativas, le gustaría besar en los labios a la jefa de investigadores Sydney Olson, y echarla sobre la tarima de secoya, y notar la

suavidad de sus pechos apretados contra él...

—No lo sé —dijo, sin dejar de morder el bocadillo. Había olvidado cuál era la pregunta.

El expediente se encontraba en una carpeta de cartulina marrón normal y corriente, llevaba un sello que decía «cerrado» y estaba repleto de documentos hasta alcanzar un espesor de casi diez centímetros. Dar colocó dos sillas con ruedas junto al escritorio, cerca de los grandes ordenadores para los programas de diseño asistido. Syd se sentó a su derecha y él le fue colocando los documentos delante.

—Ya ves la fecha del accidente —dijo.

—Hace siete semanas —Syd echó un vistazo al informe del accidente de la Policía de Tráfico de Los Angeles—. Este de Los Ángeles... un poco lejos, ¿no?

—No, realmente no —dijo Dar—. Algunos de estos casos me llevan muy al norte, hasta esos pagos... Sacramento, San Francisco... incluso fuera del estado.

—¿Te llamó la Unidad de Investigación de Tráfico de la Policía de Los Ángeles para que colaboraras en éste? Conozco tanto al sargento Rote de Tráfico como al detective Bob Ventura, cuyo nombre figura en el informe de investigación.

Dar negó.

—Lawrence estaba en Arizona resolviendo un caso, así que Trudy me pidió que me ocupara yo de éste. El cliente era la empresa de alquiler de furgonetas.

Syd examinó el informe inicial sobre la colisión.

—Una GMC Vandura roja. ¿Una furgoneta de mudanzas pequeña?

—Sí. Lee la declaración del agente.

Syd lo leyó en voz alta.

LUGAR DE LA COLISIÓN: Avenida Marlboro, 1200 (fachada norte).

ORIGEN: Alrededor de las 2:45, el 19 de mayo, iba transportando a un prisionero al centro de detención de mujeres del Este de Los Ángeles cuando oí el informe de un accidente mortal en la zona de la avenida Marlboro y el bulevar Fountain. Pedí a la central si podía encontrar una unidad que se reuniera conmigo en la confluencia de calle E. 109 y la 1-5, de modo que pudiera transportar a la prisionera el resto del camino hasta el centro de detención y yo pudiera a mi vez responder al accidente. El agente Jones, n.º 2485, respondió inmediatamente y se hizo cargo del transporte. Yo llegué a la escena del accidente alrededor de las 3:00. Cuando llegué, ya había sido acordonada por las patrullas, y el sargento McKay, n.º 2662 (supervisor de milico), el oficial Berry, n.º 3501, y el oficial Clancey, n.º 4423, se encontraban ya en el lugar. La manzana del número 1200 de Marlboro se encontraba bloqueada a todo el tráfico desde el bulevar Fountain hasta la calle Gramercy.

DESCRIPCIÓN DE LA CALLE: La avenida Marlboro, 1200 (fachada norte) es una calle de una sola dirección, hacia el oeste. El bulevar Fountain es una calle de dos direcciones, norte y sur, y se encuentra hacia el este. La calle Gramercy, al oeste, también es de doble dirección. La avenida Marlboro 1200 (fachada norte) tiene una pendiente ascendente oeste/este de 0,098 grados. La

iluminación más cercana de la calle la proporcionan unos faroles exteriores y el alumbrado de cruce. El límite de velocidad es de 40 kilómetros por hora para ese tramo de la vía.

CONDICIONES CLIMATOLÓGICAS: En el momento del accidente el tiempo era nuboso y el cielo estaba cubierto. Llovía, la temperatura era fresca y soplaba un viento ligero. Era de noche y la luna no brillaba entre las nubes.

IDENTIFICACIÓN DEL VEHÍCULO: La GMC Vandura (V-2) exhibía unas grandes calcomanías de «vehículo de alquiler» en los cuatro lados. Al comprobar el número de la matrícula, se averiguó que no existía ningún registro del vehículo.

IDENTIFICACIÓN DEL CONDUCTOR: La señorita Gennie Smiley fue identificada como la conductora del vehículo, por medio de su permiso de conducir, su propia declaración y la declaración del señor Donald M. Borden.

DAÑOS DEL VEHÍCULO: Hubo daños leves en la rejilla delantera de la GMC Vandura. La rejilla resultó doblada hacia el interior aproximadamente unos diez centímetros en la parte más hundida, y se encontraron fibras procedentes del jersey que vestía la víctima incrustadas en dicha rejilla.

HERIDAS: Richard Kodiak sufrió un trauma encefálico masivo y fatal. Peterson (n.º 333) y Royles (n.º 979) de la unidad 272 de Ambulancias Samson aparecieron en el lugar del accidente. Kodiak fue declarado muerto en el mismo lugar por el doctor Cavanaugh, del hospital Easter Mercy, vía radio...

Syd dejó de leer y hojeó las siguientes páginas.

—Muy bien —dijo al fin—. Tenemos un hombre de treinta y un años, Richard Kodiak, muerto por heridas en la cabeza. El y su compañero de piso, Donald Borden, se estaban trasladando desde el Este de Los Ángeles a San Francisco, cuando una amiga, Gennie Smiley, al parecer chocó con el señor Kodiak de frente con la camioneta y luego, no sé cómo, pasó por encima del cuerpo con la rueda derecha delantera —pasó una docena de páginas más—. El señor Borden y la señora Smiley demandaron a la empresa de alquiler de vehículos, alegando que los frenos no estaban en condiciones y los faros eran defectuosos...

—Y de ahí mi intervención —dijo Dar.

—... y también demandaron a los propietarios del edificio de apartamentos por no haber proporcionado una iluminación adecuada. —Volvió veinte o treinta páginas atrás—. Ah... aquí está, en su declaración... La señora Smiley dijo que la escasa iluminación exterior y la mala luz de los faros de la camioneta alquilada le impidieron ver a Kodiak cuando éste apareció justo delante de la furgoneta. Querían seiscientos mil dólares de la empresa alquiler de vehículos.

—Y otros cuatrocientos mil del propietario del edificio de apartamentos —dijo Dar.

—Un millón en total —musitó Syd—. Al menos, sabían lo que valía su amigo.

Dar se frotó la barbilla.

—El señor Borden y el señor Kodiak habían vivido dos años en aquella dirección, y eran conocidos como Dickie y Donnie por todos los vecinos, tenderos, restauradores...

—¿Eran gays?

Dar hizo un gesto afirmativo.

—¿Y entonces quién era Gennie?

—Parece que al señor Borden, o sea Donnie, le va todo. Gennie Smiley era su novia secreta. Dickie los sorprendió juntos... Los últimos días estuvieron peleando mucho, según los vecinos... y entonces Dickie y Donnie intentaron arreglar las cosas trasladándose a San Francisco.

—Sin Gennie, claro... —dijo Syd.

—Sin Gennie, desde luego —accedió Dar—. Pero como gesto de buena voluntad, ella les ayudó a cargar el camión que habían alquilado para la mudanza.

—¿A las dos cuarenta y cinco de la mañana de un día lluvioso? —exclamó Syd.

Dar se encogió de hombros.

—Dickie y Donnie se habían retrasado dos meses en el pago del alquiler. Sospecho que se querían escapar sin pagar —se volvió hacia uno de los monitores de veintiuna pulgadas del sistema CAD y tecleó un código—. Ajá, aquí tenemos unas fotos de la escena del accidente tal como fueron tomadas por el sargento McKay, de la Unidad de Investigación de Tráfico —una versión electrónica de la foto en blanco y negro apareció en la gran pantalla. Y otra. Y otra más.

—Uf —exclamó Syd.

—Uf —accedió Dar.

La foto mostraba el cuerpo del señor Kodiak tirado en medio de la calle, a unos diez metros al oeste de la puerta principal del edificio de apartamentos. El cuerpo yacía boca abajo orientado hacia el este, con la cabeza hacia la camioneta, y había manchas de sangre y de masa encefálica que habían salpicado en ambas direcciones. Otra foto mostraba un cristal roto, un zapato solitario, huellas de zapatos y huellas de un cuerpo arrastrado justo enfrente de la puerta principal del edificio de apartamentos. Otra foto mostraba unas marcas de derrape sin estrías que llegaban casi hasta la esquina con el bulevar Fountain, a cincuenta metros al este del lugar del impacto. En todas las fotos la furgoneta había recorrido un tramo marcha atrás al este del lugar del impacto y se veían marcas de derrape al menos diez metros por delante.

—Gennie puso la marcha atrás cuando oyó un ruido y pensó que a lo mejor le había dado a algo —dijo Dar.

—Uf, uf —exclamó Syd.

—Donnie fue el único testigo de la muerte de Dickie —añadió Dar, señalando el grueso fajo de hojas con declaraciones—. Dijo que los dos habían estado discutiendo. Cuando llegó Gennie, le pidieron que diera la vuelta al edificio y luego volviera...

—¿Por qué? —preguntó Syd.

—Donnie dijo que no querían discutir delante de ella. Así que Gennie dio la vuelta a la manzana, a unos cincuenta kilómetros por hora, de acuerdo con sus propias estimaciones. No vio a Dickie, que había salido a la calzada, hasta que fue demasiado tarde para detenerse. —Dar pasó de nuevo todas las fotos por la pantalla del ordenador y luego congeló la mayor de todas. Se volvió hacia el segundo monitor y tecleó algo. Apareció una vista tridimensional de la misma escena, pero animada por ordenador.

—Haces vídeos en tres dimensiones para reconstruir los accidentes —dijo Syd—. No vi los monitores del sistema CAD en tu loft.

—Pues están —dijo Dar—. Escondidos en un rincón, detrás de unas estanterías. Preparar estas cosas me proporciona una buena parte de mis ingresos.

Syd asintió.

—Así que, jefa de investigadores, ¿ve usted alguna irregularidad en este accidente?

Syd examinó el expediente, la fotografía de la pantalla y luego la imagen en tres dimensiones que mostraba básicamente la misma imagen que la fotografía.

—Aquí hay algo que no cuadra.

—Correcto. Primero investigué la iluminación en unas condiciones similares, con un fotómetro especial.

—A las dos cuarenta y cinco de la madrugada de una noche nubosa y lluviosa.

Dar enarcó las cejas.

—Por supuesto.

Tecleó un poco más.

De pronto aparecieron unos números en la imagen en tres dimensiones que representaba la calle. Dar movió el ratón y varió el punto de vista hasta que se encontraron mirando directamente a la calle, de este a oeste, y con la camioneta cerca de la base de la pantalla, con el cuerpo en el centro y el resto del edificio visible. En ambos lados se veían unos pequeños rectángulos con datos ordenados bajo el título «B-P».

—Bujías-pie o candelas —dijo Syd.

Dar asintió.

—A pesar de las protestas de Donnie y Gennie, aquello estaba bastante bien iluminado para ser un vecindario pobre. Se puede ver en ambas intersecciones, hay amplias zonas luminosas que cubren la mayor parte de la calle con una intensidad de tres candelas. La iluminación de los escalones delanteros del edificio alcanza una y media, e incluso en medio de la calle, más allá de donde golpearon a Dickie, la lectura más baja era de una candela.

—Tuvo que ver a la víctima aunque los faros de la camioneta no funcionaran —dijo Syd.

Dar tocó la pantalla con un puntero y apareció una línea roja, que recorría casi todo el tramo hasta la intersección con el bulevar Fountain, desde donde había venido la camioneta.

—Gennie dio la vuelta a la manzana con una iluminación bastante buena (tres candelas) y se desplazó por esta zona bastante grande de dos candelas de luz hasta justo antes del choque. Los faros de la furgoneta estaban intactos y funcionaban. De hecho, tenía puestas las luces largas.

Dar tecleó unos momentos y la imagen de la pantalla desapareció y se vio reemplazada por una animación. Dos hombres, tridimensionales aunque sin rasgos, salieron de la puerta delantera del edificio. De pronto, el punto de vista se trasladó a un plano cenital. La camioneta aceleró al doblar la esquina desde el bulevar Fountain y continuó acelerando. Una de las figuras salió a la calzada y se

enfrentó a la camioneta que se acercaba. Esta pisó los frenos y se deslizó gran parte de la distancia que había entre la intersección y el lugar del impacto, y finalmente dio al hombre de frente y continuó desplazándose durante al menos diez metros más. La víctima, carente de rasgos (Dickie), voló por el aire y aterrizó de espaldas en la calzada, lejos de la camioneta.

Dar siguió tecleando y la vista animada anterior, desde el aire, quedó superpuesta a esta última.

—Ésta es la posición real de la furgoneta y del cuerpo en la escena del accidente —de pronto la camioneta se encontraba al menos diez o doce metros más atrás, en la calle, al este, y el cuerpo se había desplazado también al este... al menos a cinco o seis metros de su actual punto de descanso, con la cabeza ahora vuelta hacia la furgoneta.

—Hay bastante discrepancia —dijo Syd.

—Y las cosas se ponen mejor —dijo Dar. Sacó una declaración mecanografiada de seis páginas del expediente y dejó que Syd le echara un vistazo—. El agente Berry, número 3501, tomó esta declaración del primer testigo que pasó por la calle en coche... un tal James William Riback.

Los ojos de Syd fueron examinando las páginas.

—Riback dice que vio una camioneta que se alejaba de la escena del accidente, que casi se le echa encima, y que vio a Dickie (al señor Kodiak) echado en el suelo de espaldas, en la calle. Riback detuvo su Taurus, salió y le preguntó a Richard Kodiak si estaba vivo. Dice que Kodiak le contestó: «Sí, vaya a llamar a una ambulancia». Riback dejó el coche en la calle y corrió al apartamento de un amigo que vive en la esquina (en la calle Gramercy número 3535), despertó a su amigo, le dijo que llamara al 911, cogió una manta y volvió a toda prisa al lugar del accidente... donde encontró al señor Kodiak en lo que Riback pensaba que era un lugar diferente, ciertamente vuelto en otra dirección, en un estado mucho peor y además inconsciente. La ambulancia llegó siete minutos después, y Kodiak fue declarado muerto. La camioneta se encontraba aparcada donde está en las fotos de la policía —Syd miró a Dar—. La hija de puta dio la vuelta a la manzana y volvió a atropellar a Dickie Kodiak, ¿verdad? Pero, ¿cómo probarlo?

—Los detalles son bastante aburridos —exclamó Dar.

—Los detalles no me aburren, doctor Minor —dijo fríamente la jefa de investigadores—. Son la parte central de mi trabajo también, recuérdalo.

Dar asintió.

—Está bien. Primero te enseñaré todos los datos y ecuaciones y luego la animación forense resultante —dijo—. Prefiero utilizar el sistema métrico decimal en este tipo de trabajo, aunque normalmente lo convierto a unidades anglosajonas para hacer las demostraciones.

Dar pulsó unas teclas y apareció de nuevo la escena de la calle sin la camioneta, sólo con los dos hombres que salían del edificio y con uno de ellos bajando a la calzada. El punto de vista cambió de nuevo como si el testigo estuviera mirando desde un camión que girase hacia el oeste por la avenida Marlboro, desde el bulevar Fountain. La figura que se encontraba lejos en la calle era claramente visible.

—Los estudios de visibilidad nocturna indican que aun en una carretera comarcal oscura y con las luces cortas, un peatón, vestido con ropa oscura, sería visible desde una distancia de unos cincuenta y tres metros, aunque el conductor tuviera mala vista.

Y había exactamene cincuenta y un metros desde la intersección del bulevar Fountain hasta el punto de impacto con el señor Kodiak.

—Le vio en cuanto dobló la esquina —musitó Syd.

—Tuvo que verle —asintió Dar—. Tanto si él estaba todavía en la acera como si había bajado ya a la calzada. Las luces largas le habrían iluminado a más de cien metros de distancia. Joder, aunque ella no hubiese llevado las luces encendidas, le habría visto desde cuarenta metros de distancia, con las luces de la calle y la iluminación que salía del vestíbulo del edificio de apartamentos.

—Pero aceleró.

—Pues sí, lo hizo —asintió Dar—. Los neumáticos delanteros de la camioneta dejaron unas marcas de derrape en una distancia total de cuarenta metros. Es decir, que siguió derrapando durante nueve metros más allá del punto de impacto donde el señor Kodiak se dejó el zapato derecho y las marcas de huellas del zapato izquierdo.

—Ella dice que le atropelló en ese punto.

—Imposible —negó Dar—. Una vez que tenemos las marcas de derrape, todo se convierte en una cuestión de pura y simple balística. Las velocidades y las distancias recorridas (por la camioneta, el hombre y el cuerpo) se pueden hallar fácilmente. ¿Nos saltamos las ecuaciones?

—No. A eso me refería cuando decía que me gustan los detalles.

Dar suspiró.

—Bueno. Tanto la Unidad de Investigación de Accidentes de la Policía de Los Angeles como yo hicimos unas pruebas por separado del deslizamiento en aquella calle, con vehículos equipados con rastreadores...

—Rastreadores de pavimento —apuntó Syd.

—Eso es. Las velocidades de los vehículos de prueba venían determinadas por radar. Las pruebas de deslizamiento arrojan un valor constante para un coeficiente de resistencia al avance de 0,79. De ahí podemos deducir la velocidad inicial del peatón en el punto de contacto... Recuerda, todos los testigos dicen que el señor Kodiak recibió el impacto mientras estaba quieto, de frente a la camioneta. Su velocidad nunca podía ser superior a la de la camioneta. Así que podemos usar esta ecuación:

$$v_i = \sqrt{v_e^2 - 2ad}$$

Los valores son sencillos. La camioneta derrapó hasta detenerse por completo, así que la velocidad se puede considerar $v_e=0$. El valor de la aceleración, a , se calcula mediante la fórmula $a = fg$. Tal como he explicado ya, hemos determinado el coeficiente de resistencia, $f = 0,79$. El valor de g , la aceleración de la gravedad = 32,2 pies por segundo al cuadrado en medidas estadounidenses.

—O bien 9,81 metros por segundo al cuadrado —añadió Syd.

Dar la miró con intensidad.

—Tú piensas en equivalentes del sistema métrico decimal —dijo—. ¿Debo saltarme el resto de las ecuaciones y pasar a la animación? Probablemente vas por delante de mí.

Syd meneó negativamente la cabeza.

—Detalles. Quiero ver los detalles.

—De acuerdo —accedió él—. Como la camioneta iba frenando, a tiene que ser un número negativo. La camioneta de Gennie derrapó un total de ciento treinta y dos pies. Por lo tanto, basta con que sustituyamos los valores de la ecuación para encontrar la velocidad inicial...

$$\begin{aligned}v_i &= \sqrt{0^2 - 2(-0.79)(32.2)(132)} \\v_i &= 82 \text{ ft/sec} = 55.7 \text{ mi/hr}\end{aligned}$$

»La velocidad de la camioneta cuando quedaban veintinueve pies de derrape se puede calcular de la misma forma. El único valor que cambia es el valor de la distancia, d. Así que la ecuación quedaría como sigue:

$$\begin{aligned}v_i &= \sqrt{v_e^2 - 2ad} \\v_i &= \sqrt{0^2 - 2(20.79)(32.2)(29)} \\v_i &= 38.4 \text{ ft/sec} = 26 \text{ mi/hr}\end{aligned}$$

»Ésta era la velocidad de la camioneta en el momento del impacto. Y esa misma sería la velocidad del señor Kodiak cuando salió disparado por los aires tras el golpe. Esta ecuación funciona con camionetas altas por delante, por cierto, pero no con coches más pequeños.

Syd asintió.

—La rejilla vertical de un camión o camioneta pequeña produce un impacto plano, cerca del centro de masa del peatón —explicó ella—. Un sedán normal y corriente o un coche pequeño golpearía por debajo del centro de masa, y arrojaría a la víctima sobre el capó o incluso por encima del coche.

—Sí —afirmó Dar—. O lo partiría por la mitad. —Volvió a examinar las ecuaciones de la pantalla—. Así que como la señora Gennie iba conduciendo aquella camioneta de alquiler y dio a Dickie de frente con la rejilla, la fórmula matemática es más sencilla. Sólo tenemos que conocer los valores típicos de los coeficientes de resistencia al arrastre del peatón sobre diversas superficies.

Dio a una tecla. En la pantalla apareció:

SUPERFICIE INTERVALO

Hierba 0,45 — 0,70

Asfalto 0,45 — 0,60

Cemento 0,40 — 0,65

—¿Y la avenida Marlboro? —preguntó Syd.

—Asfalto. —Dar tecleó el valor del coeficiente / para el peatón: 0,45.

—El valor de la altura del centro de masa de ese peatón en particular, h, era de... 2,2 pies —dijo Dar—. Y la distancia medida entre el punto de impacto o contacto inicial, confirmado por el zapato que perdió y las marcas del otro zapato, hasta su posición final, tal como determinan la sangre y las huellas de arrastre del cuerpo, fue de setenta y dos pies. Así que sustituiremos esos valores en la ecuación anterior:

$$d_t = 2fh - 2h\sqrt{f^2 - fd/h}$$
$$d_t = \frac{2(.45)(-2.2) - 2(-2.2)\sqrt{(.45)^2 - (.45)(72)/(-2.2)}}{d_t = 15ft}$$

»Cosa que concuerda exactamente con el anterior análisis del derrape —concluyó Dar.

»De modo que la velocidad al principio de la caída del señor Kodiak, es decir, al separarse de la camioneta que iba frenando, resulta ser de:

$$v = d_t\sqrt{-g/2h}$$
$$v = 15\sqrt{-32.2/2(-2.2)}$$
$$v = 40.6 \text{ ft/sec} = 27.6 \text{ mi/hr}$$

—Así que en realidad ella le atropelló a una velocidad de veintisiete millas por hora, o sea, cuarenta y tres kilómetros por hora, y frenando desde una velocidad máxima de casi noventa kilómetros por hora —dijo Syd.

—Exactamente —convino él.

—Y él salió despedido veinte metros hacia atrás desde el punto del impacto, y aterrizó de espaldas, con la cabeza muy lejos de la camioneta —continuó la jefa de investigadores.

—Como les ocurriría al noventa y nueve coma nueve por ciento de los peatones atropellados de esa forma por una camioneta —accedió Dar—. Y por eso Larry y yo supimos que había algo turbio en cuanto vimos las fotos de la policía. —Fue tecleando hasta que las ecuaciones desaparecieron de la pantalla y apareció la escena animada original. Otra pulsación hizo desaparecer los valores lumínicos, la altura del bordillo, la longitud del derrape y todo lo demás.

Dos figuras masculinas salieron del edificio. La camioneta chirrió al doblar la esquina desde el bulevar Fountain y empezó a acelerar locamente al enfilear la avenida Marlboro. Uno de los hombres empujó al otro, que salió a la calzada dando trompicones, casi se cayó y luego se enderezó justo en el momento en que la camioneta que venía frenando le daba de lleno. El cuerpo salió disparado a gran distancia, aterrizó de espaldas, resbaló un buen trozo y al final se detuvo. La camioneta se apartó y aceleró al dar la vuelta a la esquina en el siguiente cruce, abalanzándose sobre un Ford Taurus, que se detuvo. De él salió un hombre, se arrodilló junto a la víctima y luego salió corriendo hacia el oeste, desapareciendo por la esquina al dirigirse al apartamento de su amigo para llamar al 911.

—Encontramos sangre, cabellos y masa encefálica en la rueda derecha, el tapacubos de la rueda

derecha, el eje frontal, los amortiguadores y parte del catalizador de la camioneta —dijo Dar, con voz átona.

En la animación, la camioneta llegó otra vez desde el bulevar Fountain dando la vuelta a la esquina, aminoró la marcha a medida que se aproximaba a la figura tendida en posición supina en la calle, luego se dirigió hacia ella y retrocedió, arrastrando el cuerpo casi la mitad de la distancia que había recorrido éste tras el impacto inicial. Finalmente el cuerpo quedó suelto, con la cabeza apuntando hacia el este, hacia la camioneta, mientras el vehículo alquilado continuaba retrocediendo, o pisando las marcas de derrape que había dejado, y finalmente se detenía.

—Tenía que rematar el trabajo —dijo Syd.

Dar asintió.

—¿Qué dijo el jurado cuando vio esta animación? —preguntó la jefa de investigadores.

Dar sonrió.

—No hubo jurado. Ni juicio. Se lo enseñé al detective Ventura así como a la gente de Investigación de Accidentes, pero nadie se mostró interesado. Por aquel entonces Donald y Gennie habían retirado la demanda contra el propietario del edificio de apartamentos (creo que fue porque les enseñé las lecturas del fotómetro) y habían llegado a un acuerdo con la empresa de alquiler de camionetas por quince mil dólares.

Syd se movió en la silla y se quedó mirando a Dar.

—O sea que tenías pruebas contundentes de que esos dos habían asesinado a Richard Kodiak y la policía no hizo caso.

—Dijeron que era otro caso más de asesinato de un maricón, un «homocidio normal y corriente», según palabras textuales del eximio detective Ventura —dijo Dar.

—Siempre había creído que Ventura era un imbécil —dijo Syd—. Ahora lo tengo claro.

Dar asintió, se mordió el labio inferior y miró la animación que se repetía una y otra vez en la pantalla. La figura humana recibía un golpe, salía disparada, la camioneta se alejaba, volvía, lo embestía de nuevo... le arrastraba hacia el vestíbulo del edificio, le aplastaba el cráneo. La animación empezaba de nuevo: dos figuras masculinas sin rasgos salían del vestíbulo bien iluminado...

—Los clientes de Lawrence... la gente de la empresa de alquiler... se pusieron muy contentos de poder arreglarlo sólo por quince de los grandes —dijo Dar.

—Espera un momento. Espera un momento. —Syd buscó en su enorme bolso de piel y sacó de éste un PowerBook Apple, el mejor modelo de la gama.

Mientras ella colocaba el ordenador en la mesa junto al PC de Dar, él la miró con recelo, como hubiera contemplado un luterano a un católico en el siglo xvii. Los usuarios de Apple y los de PC no suelen llevarse bien.

Syd encendió el ordenador.

—Gennie Smiley —repitió—. Donald Borden. Richard Kodiak. Todos esos nombres me suenan...

En la pantalla de su portátil empezaron a aparecer columnas de datos. Syd tecleó velozmente un

comando de búsqueda.

—Ah —exclamó, volvió a teclear de nuevo y esperó a que aparecieran los datos y se detuvieran—. ¡Ajá! —exclamó.

—Me gusta ese «ajá». ¿Qué pasa?

—¿Buscáis Lawrence y tú los antecedentes de esos tres... amantes? —preguntó Syd.

—Pues claro que sí —dijo Dar—. Todo lo que pudimos sin interferir con el detective Ventura. El caso era suyo. Averiguamos que la víctima, el señor Richard Kodiak, tenía tres direcciones además de la residencia en el Rancho la Bonita que constaba en su carnet de conducir, y todas en California: una en la zona este de Los Ángeles, otra en Encinitas y otra más en Poway. Rastreando su número de la seguridad social, encontramos que había estado empleado en CALSURMED, sin dirección. En listines telefónicos antiguos, Trudy encontró un «California Sure-Med» con sede en Poway, pero la empresa ya no existía, y toda la información referente a ella había desaparecido de los archivos municipales. Entonces preguntamos en la oficina de correos de Poway y averiguamos que la dirección de Poway era la misma que la de CALSURMED: apartado de correos 616840. Sugerimos al equipo de detectives de Investigación de Accidentes y al detective Ventura que comprobaran si en los condados de Los Ángeles y San Diego, en los archivos sobre empresas falsas, aparecían el nombre del sujeto y el de CALSURMED y California Sure-Med. Pero no lo hicieron.

Syd sonreía ante la pantalla de su ordenador.

—¿Te acuerdas de aquellos alfileres con cabeza roja que tenía en el mapa?

—¿Los choques falsos con resultado mortal? —dijo Dar—. ¿Qué pasa?

—California Sure-Med era la aseguradora médica de seis de las víctimas. Un tal doctor Richard Karnak resultó fundamental a la hora de testificar en los pleitos por responsabilidad.

—¿Crees que Richard Karnak era en realidad Dickie Kodiak?

—No tengo que hacer suposiciones —dijo Syd—. ¿Tienes una foto de la víctima? Quiero decir, de cuando estaba vivo.

Dar trasteó un poco en el expediente y sacó una pequeña foto de pasaporte con la etiqueta «Kodiak, Richard R.». Syd pulsó unas teclas y una foto en blanco y negro en alta resolución ocupó una tercera parte de la pantalla de su PowerBook. Era la misma foto.

—¿Y Donald Borden? —preguntó Dar.

—Alias Daryl Borges, alias Don Blake —dijo Syd, haciendo aparecer una foto y una columna de datos del otro hombre— Ocho detenciones previas: cinco por fraude, tres por amenazas y agresión. —Miró a Dar, con los ojos brillantes—. El señor Borges fue miembro de una banda del este de Los Ángeles hasta los veintiocho años, pero ahora trabaja para un abogado... un tal Jorge Murphy Espósito.

—Mierda —exclamó Dar, encantado—. Y Gennie Smiley. El nombre es falso, seguro.

—No señor —negó Syd, mostrando otra columna de datos—. Pero tampoco es su nombre oficial actual, de todos modos. So casó hace siete años.

—¿Gennie Borges? —aventuró Dar.

—Sí señor —dijo Syd, y amplió aún más la sonrisa—. Pero Smiley era otro apellido anterior de casada... estuvo casada brevemente con un tal Ken Smiley, que murió en un accidente de coche hace siete años. ¿Y a que no sabes cuál era su nombre de soltera?

Dar miró a Syd durante un minuto entero.

—Gennie Espósito —dijo al fin Syd—. Hermanita de nuestro omnipresente letrado.

Dar volvió a mirar su pantalla, donde la camioneta continuaba atropellando al peatón, acelerando hasta perderse de vista en la noche y luego volviendo de nuevo para atropellar otra vez al pobre hombre... una y otra vez.

—Ellos saben que yo lo sé —murmuró Dar entonces—. Pero por algún motivo, se sienten amenazados por mí.

—Porque hay un asesinato —dijo Syd.

Dar negó con la cabeza.

—La Policía de Los Ángeles ya ha archivado este asunto. La gente de la empresa de alquiler lo ha arreglado. Donnie y Gennie se han trasladado a San Francisco. Nadie sigue interesado en este tema. Tiene que ser otra cosa.

—Sea lo que sea —continuó Syd—, apunta directamente al abogado Espósito. Pero aquí tenemos algo mucho más interesante todavía. —Volvio a teclear en su ordenador.

Dar entrevio en la pantalla del PowerBook el símbolo del FBI; Syd introdujo una contraseña, y empezaron a aparecer directorios, datos y fotos.

—¿Puedes acceder a las bases de datos del FBI? —exclamó Dar, sorprendido. Ni siquiera los ex agentes especiales tenían semejante privilegio.

—Trabajo oficialmente con la Oficina Nacional contra el Delito en los Seguros —dijo Syd—. Ya sabes, Jeannette, de la reunión con Desastre... es su grupo. Se fusionó con el Instituto de prevención del Delito en los Seguros en 1992, y para mostrar su apoyo, el FBI da a la ONDS pleno acceso a sus bases de datos.

—Debe de resultar muy útil.

—Sí, ahora precisamente sí —dijo Syd, señalando la foto y la huella dactilar del difunto Dickie Kodiak, también conocido como doctor Richard Karnak, y cuyo nombre oficial original era... Richard Trace.

—¿Richard Trace? —exclamó Dar.

—Hijo de Dallas Trace —concluyó Syd, tecleando otra vez para obtener más datos.

Dar parpadeó, atónito.

—¿Dallas Trace? ¿El famoso y veterano abogado? ¿El hombre de la chaqueta de ante y el corbatín vaquero y el pelo largo que tiene ese estúpido programa sobre juicios en la CNN?

—El mismo —asintió ella—. Junto a Johnny Cochran, el más conocido y estimado de los abogados defensores de todo Estados Unidos.

—Vaya mierda —exclamó Dar—. Dallas Trace es un tontaina arrogante. Gana los juicios con las

mismas marrullerías que usó Cochran en el juicio de O.J. Simpson. Incluso ha escrito un libro, *Cómo convencer a cualquiera de cualquier cosa...* pero no me convencería de que lo leyera ni en mil años.

—Sin embargo, su hijo Richard fue quien resultó atropellado y muerto... más bien asesinado, en el accidente Kodiak-Borden-Smilely que investigaste.

—Tenemos que meternos con eso —dijo Dar.

—Ya nos hemos metido —dijo Syd—. El intento de asesinarte y mi investigación sobre las bandas de estafadores de aseguradoras están confluyendo hacia el mismo camino. El lunes seguiremos avanzando por él.

—¿El lunes? —dijo Dar, sorprendido—. Pero sólo estamos a sábado por la tarde...

—Y no he tenido un maldito fin de semana libre desde hace siete meses —cortó Syd, con los ojos brillantes—. Quiero pasar un día más de tranquilidad y una noche más durmiendo en el furgón de ovejas antes de que esto siga adelante.

Dar hizo un gesto de resignación.

—Sí, hace mucho tiempo también que no me tomo un domingo libre.

—¿De acuerdo entonces?

—De acuerdo —accedió Dar. Tendió la mano para estrechar la de ella.

Syd se levantó, le cogió la cara entre las manos y la acercó a la suya y le besó con firmeza, con suavidad pero con seguridad también, en los labios. Y luego se dirigió hacia la puerta.

—Voy a echar una siestecita, pero cuando vuelva esta tarde, espero que haya unos buenos filetes asándose en la parrilla.

Dar la vio alejarse, pensó en seguirla, pensó en darse de bofetadas, y por fin se fue al pueblo a comprar los filetes y un poco más de cerveza.

«J de Jorge»

Dar se apretó bien el cinturón de seguridad y las correas que le sujetaban los hombros después de instalarse en el L-33 Solo, y accionó los pedales del timón hacia adelante y hacia atrás para asegurarse de que estaba bien cómodo. Ken empezó a rodar por la pista de aterrizaje con el avión de remolque, mientras su hermano, Steve, comprobaba que la sirga de remolque, de más de sesenta metros de largo, quedaba bien colocada. Luego Ken se detuvo un momento. Steve miró a Dar, situado detrás de la cabina en forma de burbuja del L-33, e hizo un movimiento circular con el puño y el pulgar hacia arriba, que significaba: «comprueba los controles». Dar ya los había comprobado, y a su vez hizo una seña con el pulgar hacia arriba para indicar que estaba listo para despegar.

Steve miró a su hermano en el avión de remolque y movió la mano derecha hacia abajo, de lado a lado de su cuerpo, de izquierda a derecha. Ken tiró de la sirga hasta dejarla bien tirante y volvió la vista atrás, hacia el Cessna monoplaça. Steve volvió a mirar a Dar, que hizo una señal afirmativa, con la mano derecha colocada con suavidad en el mando y la mano izquierda en la rodilla, pero dispuesta para agarrar la palanca que soltaba el gancho de la sirga a la menor señal de problemas. El avión de remolque inició su marcha y el planeador se estremeció un momento y empezó a saltar por la hierba y luego por la pista asfaltada.

Dar volvió a repasar toda la lista mientras iban rodando hasta coger velocidad para despegar: altímetro, cinturones, controles, cubierta, cable, dirección. Todo perfecto. Se movió un poco para acomodarse mejor. Además del cinturón de seguridad y de los arneses en los hombros, llevaba sujeto un paracaídas modelo 305 integrado en el asiento. La almohadilla separaba sus nalgas del asiento de metal, y las cámaras de aire hinchables situadas en la parte posterior del paracaídas le proporcionaban un mejor soporte para la espalda que la lámina recta de metal que formaba el respaldo del asiento del planeador. La mayoría de los pilotos de planeadores que conocía Dar desdeñaban los paracaídas, pero dos conocidos suyos habían muerto por no llevarlos: uno en una colisión absurda y estúpida en pleno vuelo, por encima de Monte Palomar, a pocos kilómetros hacia el norte, y el otro en un accidente altamente improbable, rizando el rizo en su planeador de alto rendimiento, cuando el ala izquierda se le desprendió sin más.

A Dar le gustaban tanto la comodidad física del asiento-paracaídas integrado que tenía debajo como la sensación de tranquilidad mental que le procuraba el hecho de llevarlo a bordo.

Naturalmente, el planeador se elevó del suelo antes que el avión de remolque, y Dar lo mantuvo a una altura constante de dos metros por encima de la pista mientras Ken despegaba con el Cessna y lo colocaba a unos metros del suelo, y luego Dar, de forma experta, situó el L-33 en la posición normal de «remolque alto», quedándose casi al mismo nivel del pequeño Cessna de Ken, justo por encima de la estela del avión remolque. Oficialmente, Dar usaba la técnica estándar para los vuelos de montaña, que consistía en mantener el planeador adecuadamente alineado con el avión remolque, es decir, mantener el avión de remolque en una posición fija en el parabrisas, justo por encima de la sencilla consola de instrumentos del planeador. Pero en realidad estaba usando el truco de los pilotos expertos, que consistía en colocarse donde quería estar en relación con el avión de remolque y

mantenerse allí. Esta técnica requería una cierta dosis de intuición y capacidad telepática, pero después de haber sido remolcado por Ken varios cientos de veces, ambos elementos se hallaban presentes entre ellos.

Era una mañana muy hermosa, con visibilidad ilimitada, un suave viento del oeste de tres nudos y unas suaves corrientes ascendentes de aire caliente que surgían de las montañas situadas en torno al valle y la pista de aterrizaje. Pero cuando hubieron ganado mil pies de altura, Dar vio un frente tormentoso a lo lejos, hacia el oeste. Pronto se desplazaría hacia la costa y el día se estropearía al cabo de pocas horas.

Fueron subiendo a un ritmo constante y el avión de remolque se volvió hacia el norte y luego al oeste, luego continuaron subiendo y el Cessna les colocó en rumbo nordeste, hacia Monte Palomar y en la dirección del viento. A la altura preestablecida de dos mil pies, Dar dejó que la tensión de la sirga fuera aumentando, de modo que Ken notase que se iba soltar de forma inminente. Luego Dar pulsó la palanca de suelta dos veces, notó cómo se liberaba la sirga y viró en un giro ascendente a la derecha mientras Ken se alejaba con el Cessna realizando un abrupto descenso hacia la izquierda.

Luego el L-33 empezó a volar por su cuenta y se elevó con las corrientes ascendentes que se alzaban desde las colinas y los empinados riscos al norte del aeródromo. Dar se arrellanó en su asiento para disfrutar del silencio, roto tan sólo por el arrullo del aire que rozaba las alas de metal y el fuselaje.

Dar se había despertado temprano aquel domingo por la mañana. Preparó café, unos bagels, cereales y una nota para Syd, y se disponía a desplazarse al aeródromo de Warner Springs cuando la propia Syd apareció en la puerta, vestida de nuevo con vaqueros pero con una camiseta roja de algodón y con una chaqueta ligera color caqui con muchos bolsillos. Llevaba la funda y la pistola en el cinturón, debajo de la chaqueta.

—Iba a salir a dar un paseo —dijo—. ¿Querías darme esquinazo o qué?

—Sí —contestó Dar, y le explicó por qué.

—Me gustaría ir contigo.

Dar vaciló un momento.

—Es aburrido quedarse allí en el campo, esperando —dijo—. Te lo pasarás mejor por aquí, leyendo los periódicos del domingo... Si quieres puedo ir al cruce y traértelos. Hay un kiosco al lado de los buzones para el correo.

—¿No me dejas que vuele contigo? —le preguntó ella.

—No —dijo Dar, con un tono más brusco de lo que había deseado—. Bueno, quiero decir que mi planeador es monoplaza.

—Pero aun así me gustaría ir a verlo —protestó Syd—. Y recuerda que yo en realidad no soy una invitada tuya este fin de semana, sino tu guardaespaldas.

Así que llenaron un termo de café, metieron unos cuantos bagels en una bolsa de papel y se dirigieron en coche hacia la pequeña ciudad de Julian, en la carretera 78, y luego hacia el norte y el oeste, a través de los cañones de la 79, antes de emerger en el amplio valle de Warner Springs.

Syd se quedó sorprendida de lo pequeño que era el planeador.

—Es poco más que una pequeña cabina, unas alas y una cola —dijo, mientras él desataba las cuerdas que lo sujetaban al amarradero.

—Para un planeador, no hace falta más.

Ella le ayudó a estabilizar un ala mientras él levantaba la cola, y juntos empujaron el planeador rojo y blanco y lo sacaron de la zona de amarre hasta el arcén cubierto de hierba de la pista de aterrizaje. Ken, con su avión de remolque Cessna, estaba continuamente aterrizando, amarrando otros planeadores a su avión y remolcándolos hacia el cielo.

—Es muy ligero —dijo Syd, moviendo sin dificultad el ala arriba y abajo—. Pero está hecho de metal. Creía que eran de lona y madera o algo así, como los antiguos biplanos.

—Este es un L-33 Solo —le explicó Dar—, diseñado por Marian Meciar y fabricado en la casa LET de la República Checa. Está hecho casi todo de aleación de aluminio, excepto la tela que lleva en la parte del timón de cola. Pesa sólo doscientos treinta y nueve kilos vacío.

—¿Los checos fabrican buenos planeadores? —preguntó Syd, mientras Dar abría la cabina y colocaba el asiento-cojín-paracaídas en su sitio.

—Con éste, desde luego, acertaron —dijo Dar—. Tuve que lijar un poco algunos rebordes de la pintura que creaban resistencia a cincuenta y nueve nudos, y este modelo tiene una cierta tendencia a entrar en pérdida sin advertir con sacudidas previas, pero para alguien con suficiente experiencia, es un aparato muy bueno.

—¿Cuánto hace que vuelas con planeadores?

—Unos once años —dijo Dar—. Empecé a usarlos por el Front Range de Colorado, y luego compré este aparato usado cuando me trasladé aquí.

Syd abrió la boca para decir algo, vaciló apenas un segundo, y dijo:

—¿Cuánto cuesta un planeador como éste... si no es indiscreción?

Dar le sonrió.

—Era una ganga a 25.000 dólares. Pero no era eso lo que me ibas a preguntar. Dime.

Syd le miró un momento.

—Sé que no subes nunca en aviones comerciales. Pensaba que no te gustaba volar.

Dar había empezado la inspección previa al vuelo.

—Ni mucho menos —dijo, sin mirar a la jefa de investigadores—. Me encanta volar. Digamos que lo que no me gusta es el hecho de ser un pasajero en el aire.

Dar se volvía ya hacia el viento y se alzaba por encima de las estribaciones montañosas situadas bajo Monte Palomar. Al este había visto el pico de Beauty, solo y erguido, cuya cumbre alcanzaba una altura aproximada de mil seiscientos metros, y el pico de Toro más al sudeste, con su cono solitario a varios centenares de metros por encima. Pero lo que Dar iba buscando eran las corrientes ascendentes de aquellos hermosos riscos y estribaciones.

El L-33, como la mayoría de los planeadores, no tenía apenas instrumentos ni controles. Dar disponía de la palanca, los pedales del timón, una corta manivela para los controles del alerón y los

frenos de aire, otra manivela para bajar y cerrar el tren de aterrizaje, la gran palanca para soltar la sirga de remolque y un pequeño panel de instrumentos con el altímetro, el variómetro y el indicador de la velocidad del aire. El pequeño planeador no tenía radio ni dispositivos electrónicos de navegación. En realidad, el instrumento que más solía utilizar Dar era el «cabo de guiñada», un trozo de cuerda coloreada unido al fuselaje justo delante de la cabina. Aquello y su familiaridad con el sonido del viento en las alas y el fuselaje le decían más de la velocidad del viento que los instrumentos de medición. Dar sabía por experiencia que el piloto situado en el morro del fuselaje que permitía al indicador medir la velocidad del viento y del planeador era bastante fiable, pero que los dos orificios indicadores de la velocidad del aire situados a popa no funcionaban, así que registraban una velocidad del aire de alrededor de un 6 por ciento más de lo que en realidad había. Como él conocía aquella desviación, no tenía problemas. El cálculo mental nunca había representado un quebradero de cabeza para Dar. Además, el cabo de guiñada nunca le mentía.

Moviendo la cabeza constantemente para no perder de vista a los demás planeadores y aparatos con motor (sólo había unos pocos visibles a lo lejos, al este) Dar buscó las corrientes de aire que se elevaban desde las colinas rocosas sin vegetación que daban al este, o desde los tejados de teja de los grupos de casitas que había abajo. Dos mil pies por encima de él y muy cerca de Monte Palomar, un enorme halcón volaba en círculo perezosamente, en su propia corriente. Unas pocas nubes flotaban en el lado este de las montañas, y Dar vio una pared Föhn de espesas nubes amontonadas en el promontorio occidental del Palomar, con algunos jirones por encima de la cumbre. Más lejos, al oeste, veía también unos nimbos altos y negros y los estratocúmulos que se iban formando a medida que la tormenta se abría paso desde la costa. Aquello no le preocupaba. Su plan era continuar efectuando bucles elementales de 270 grados a través de las corrientes ascendentes de las colinas, hasta tener al menos ocho mil pies de aire bien seguro debajo de él, y luego enfrentarse a las zonas de subida y bajada del costado de sotavento de los grandes picos. Aquello se conocía como «vuelo ondulatorio», y realizarlo correctamente requería un poco más de experiencia y habilidad que el simple vuelo en las corrientes de aire caliente.

Dar pasó junto a los riscos, encontrando las corrientes más fuertes sobre las losas bañadas por el sol, y luego fue bajando en picado hacia el este en algunos sitios para coger el viento de cola de la loma, usando el efecto venturi para elevarse y descender luego a través de las hendeduras existentes entre los picos más bajos, y luego dando la vuelta y retrocediendo para atrapar nuevas corrientes de aire ascendentes. Para encontrar aquellos puntos de alzamiento anabático y las corrientes cálidas que ascendían desde la ladera oriental de las montañas debía moverse a una distancia de entre treinta y sesenta metros de las lomas más empinadas... a veces mucho más cerca. Los altos abetos y pinos ponderosa de aquellas lomas parecían acercarse mucho cada vez que Dar peraltaba lentamente el L-33 hacia la derecha y hacia arriba, y el variómetro mostraba el ascenso en pies por minuto. Echó una mirada por encima de su hombro izquierdo mientras cruzaba uno de esos riscos, y vio los ciervos que corrían silenciosamente por la cresta de la montaña. El único sonido que se escuchaba en aquel universo era el suave roce del viento sobre la carcasa y el fuselaje de aluminio. El sol matutino producía un intenso calor, así que Dar abrió los pequeños paneles laterales de plexiglás, disfrutando así de los cálidos vientos que le levantaban y notando al mismo tiempo la ligera caída en su trayectoria cuando el flujo de aire que pasaba por encima de la cabina se veía distorsionado.

Dar estaba ya pasando las últimas crestas escarpadas antes de llegar a las montañas importantes, llegando a ellas necesariamente desde la dirección del viento y aproximándose con gran velocidad y enorme altura, dispuesto siempre a peraltar acusadamente, dar la vuelta y alejarse a toda prisa si las

corrientes descendentes resultaban demasiado difíciles de manejar. Pero cada vez conseguía dejar atrás la cresta (a veces sólo a diez o doce metros por encima del borde rocoso o de las copas de los pinos) y ganaba impulso para la siguiente. Finalmente, se colocó al oeste de la línea de riscos y a unos seis mil pies por encima de la superficie del valle, aproximándose a los promontorios de Palomar, haciendo derrapar los costados del L-33 en los vientos que iban cobrando fuerza y planeando su aproximación sustentado por las olas. La amable presencia de algunas nubes lenticulares en forma de platillo volante, que se elevaban por encima del efecto de rotor en el seno de la ola, más allá del claro Föhn de sotavento, mostraba las crestas de las olas de aire en la zona de sustentación, porque las nubes estaban amontonadas una encima de otra como los platos en una alacena.

Dar miró por encima del hombro, iniciando un giro de 270 grados para ganar un poco más de altura, y se asustó al ver un planeador de alto rendimiento que se aproximaba por encima de él y a su derecha. A los planeadores no les gusta volar en formación, porque las colisiones en pleno aire son los incidentes más graves a los que pueden enfrentarse los pilotos, y que aquél estuviera tan cerca cuando había tanto cielo vacío aquel día era algo poco habitual. Cuando no decididamente descortés.

El planeador azul y blanco se acercó aún más, y Dar lo identificó inmediatamente como el Twin Astir de Steve, un bonito planeador de dos plazas en el cual el dueño del aeródromo llevaba a algunos pasajeros y daba clases. Y entonces Dar reconoció a Syd en el asiento delantero.

Durante un segundo se sintió irritado, pero luego se tranquilizó y soltó la mano de la palanca. Hacía un día precioso. Si Syd quería volar un poco, ¿por qué no iba hacerlo?

Pero el Twin Astir de Steve se acercaba más y más, haciendo oscilar las alas. Esa forma de mover las alas era una señal que durante el remolque aéreo significaba: «¡Me suelto ahora!» pero Dar no tenía ni idea de lo que le intentaba decir Steve mientras los dos planeadores se ponían uno al lado del otro, con las puntas de las alas separadas por unos diez metros, y ambos se levantaban rápidamente con la siguiente corriente cálida procedente de Palomar.

Syd hacía gestos. Levantó el teléfono móvil, hizo gestos como si hablara por él y señaló abajo, hacia el valle de Warner springs.

Dar asintió. Steve se salió de la formación el primero, ganando altura por encima de las estribaciones pero dirigiéndose recto hacia el aeródromo. Dar le seguía a unos cientos de metros por detrás. Saliendo de las colinas que dominaban el amplio valle, siguió al Twin Astir hacia el habitual punto de entrada al sur del aeropuerto de Warner Springs, se dejó caer hacia atrás mientras los dos aviones entraban por el tramo de viento en cola a unos doscientos metros por encima del suelo, dio el giro de aproximación, llegó al tramo final a unos ciento veinte metros de altura, observó cómo el Twin Astir tomaba tierra delicadamente en la hierba, a la derecha de la franja asphaltada, y encaminó su aparato a las balizas unos cincuenta metros por detrás de éste.

El viento soplaba ahora más fuerte, pero Dar aterrizó con suavidad, manteniendo la velocidad estable durante la aproximación final y contemplando el cabo de guiñada que fluctuaba, y calculando la velocidad mínima de pérdida más el 50 por ciento más la mitad de la velocidad estimada del viento, que ahora era de unos doce nudos más o menos.

Steve había usado un ángulo de descenso bastante acusado, y también lo hizo Dar, usando los alerones para mantenerse en el camino adecuado, y finalmente colocó el tren de aterrizaje

perfectamente paralelo al suelo en una altura de medio metro exactamente, sintiendo el ligero viento en contra en el último segundo y tocando el timón para alinear con toda precisión el morro del L-33. Luego tocó tierra con la rueda delantera con tanta delicadeza que apenas notó el contacto. Dar concentró su atención en el timón, haciendo que el aparato de construcción checa se moviera lentamente a lo largo de la corta hierba y finalmente frenó y lo detuvo del todo a menos de dos metros del ala izquierda del Twin Astir de Steve.

Dar levantó la cubierta transparente y se desprendió del arnés del paracaídas y de los tirantes en unos segundos. Sid va corría hacia él.

—Ha llamado Desastre —dijo antes de que Dar pudiera decir una palabra—. Jorge Murphy Espósito ha muerto. Si nos apresuramos, podemos llegar al lugar antes de que lo estropeen todo.

Llovía con fuerza cuando llegaron a la obra de construcción al sur de San Diego. Habían decidido recoger antes el equipaje, los documentos y las cintas de vídeo, de modo que habían perdido algo de tiempo volviendo a la cabaña, cargándolo todo, cerrando bien y luego volviendo a la ciudad. Para cuando llegaron, se habían llevado ya el cuerpo de Espósito y el lugar del accidente estaba acordonado con la cinta amarilla de la policía, pero todavía se arremolinaban agentes, tanto uniformados como de paisano.

El capitán Frank Hernández, que había asistido a la reunión del miércoles en la oficina de Desastre, era el policía de paisano de más rango en la escena del accidente. Hernández era un hombre bajo y robusto, al que le faltaba algo de altura para ser un peso pesado pero lo compensaba con una actitud decidida y una cara dura y angulosa, y no le gustaba perder el tiempo con tonterías. Dar había oído comentar a Lawrence y a otras personas que Hernández era un policía honrado y un excelente detective.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó el capitán cuando Dar acompañó a Syd en medio de la fuerte lluvia hacia el montacargas caído, rodeado con cinta amarilla.

—La oficina del fiscal me ha llamado —explicó Syd—. Espósito era un testigo potencial para nuestra investigación.

Hernández lanzó un gruñido y sonrió ligeramente al oír la palabra «testigo».

—Ya sé por qué les interesaba el señor Espósito, jefa de investigadores —dijo—. Decididamente, era uno de los principales «abogados-tapadera» de la zona.

Syd asintió y miró al montacargas. Si la pesada plataforma hubiera caído desde el punto más alto, habría recorrido una distancia de unos diez metros. Ahora la plataforma estaba sujeta con unos gatos a los lados. Mientras la tierra en torno a la zona era un mar de barro, debajo del montacargas de tijera la plataforma estaba seca, sólo manchada por salpicones de sangre, masa encefálica y un líquido algo más oscuro. También se observaban restos de masa encefálica en la pared de cemento que se encontraba al otro lado del montacargas.

—¿Están aquí porque creen que se trata de un homicidio? —preguntó Syd a Hernández.

El detective se encogió de hombros.

—Tenemos un testigo ocular que dice lo contrario. —Hizo una seña hacia un capataz que llevaba

en la mano una tablilla con un sujetapapeles y hablaba en aquel momento con un policía uniformado —. Hoy sólo había unos pocos trabajadores en la obra —continuó Hernández—. Vargas, el capataz, ese de ahí, no vio aparecer al abogado Espósito, pero observó que hablaba con alguien junto al montacargas.

—¿Reconoció al otro hombre? —preguntó Syd.

Hernández asintió de nuevo.

—Paulie Satchel. Trabajaba aquí, pero estaba de baja por una caída. Paulie había demandado a la empresa...

—Déjeme que lo adivine —exclamó Syd—. Espósito era su abogado.

Los oscuros ojos de Hernández no mostraban asomo de diversión, aunque estaba sonriendo.

—¿Así que ese Satchel es un sospechoso? —preguntó Syd.

—No —Hernández parecía bastante seguro—. Le estamos buscando para interrogarle, pero sólo como testigo. El capataz, Vargas, vio alejarse a Satchel justo cuando empezaba a llover. Espósito se colocó debajo del montacargas para protegerse de la lluvia. El montacargas estaba arriba, en el tercer nivel. Espósito estaba solo la última vez que Vargas le vio. Luego el montacargas bajó de repente, al parecer Espósito saltó hacia el lado equivocado (hacia la pared) y la cabeza quedó atrapada en las tijeras.

Syd miró los restos de materia gris que manchaban la pared de cemento y dijo:

—¿Vio Vargas en realidad el accidente o no?

—No —dijo Hernández—, pero volvió la cabeza tan pronto como oyó el ruido. No vio a nadie más por aquí.

—¿Y cómo puede suceder que un montacargas baje de golpe sin más ni más? —preguntó Dar. Mientras tanto iba tomando fotos con su cámara digital.

Hernández miró de arriba abajo al investigador de segur durante un largo rato, como si le estuviera tomando las medidas, y dijo:

—Vargas cree que Espósito estaba trasteando con aquel tornillo y la tuerca enormes que hay ahí, en la columna más cercano. Con eso se llenan y se vacían los depósitos del sistema hidráulico. El tornillo se aflojó, los frenos hidráulicos perdieron presión casi de golpe, y el montacargas cayó con bastante rapidez.

—¿Y por qué iba a hacer Espósito una cosa así? —exclamó Syd.

Hernández se apartó el espeso cabello negro de la frente.

—Espósito era un gilipollas —dijo sin más.

Dar se acercó al montacargas, pero no se colocó debajo de él, sino que se agachó y observó la zona seca que se encontraba debajo.

—Aquí hay más huellas de pies, aparte de las del señor Espósito.

—Sí —dijo Hernández—. Los de la ambulancia, que lo sacaron. Y el médico que certificó su fallecimiento. Sólo estaban las huellas de los pies de Espósito cuando llegamos los de uniforme y yo.

—¿Y cómo lo sabe? —dijo Dar.

Hernández suspiró.

—¿Ve usted a alguno de los tipos de la obra con zapatos Florsheim con el talón reforzado?

Syd se agachó junto a Dar y entró en la zona acordonada, metió las yemas de dos dedos en el fluido oscuro que había en el suelo y examinó atentamente la mancha.

—Así que esta salpicadura larga es del líquido de los frenos hidráulicos...

—Sí —afirmó el capitán Hernández—. Lo demás es todo de Espósito.

—Pero mantendrá el caso abierto por si ha habido alguna intervención criminal —dijo Syd.

—Vamos a hablar con Paulie Satchel —explicó Hernández—. También interrogaremos a algunos de los tipos que estaban en la obra en el momento del accidente. Las personas como Jorge Espósito se crean un montón de enemigos y tienen también muchísimos rivales. Pero por ahora parece que se puede clasificar como accidente.

—¿Y qué pasa con Vargas? —dijo Dar.

Hernández frunció el ceño.

—¿El capataz? Lleva dieciocho años trabajando para la empresa. En su expediente no consta ni una multa de tráfico.

—El señor Espósito iba a demandar a la empresa —dijo Syd.

Pero el detective negó con la cabeza.

—Vargas estaba al teléfono en el cobertizo principal, ese de allí, cuando cayó el montacargas. Hablaba con uno de los arquitectos. Podemos comprobar los registros de las llamadas y entrevistar al arquitecto. Pero Vargas está limpio. Lo presiento.

—¿Instinto? —preguntó Dar, curioso como siempre por la forma que tienen los policías de deducir las cosas. Casi creía que tenían un sexto sentido.

Hernández miró de reojo a Dar, como si hubiera detectado sarcasmo en su observación. No dijo nada.

Syd rompió el silencio.

—¿Dónde enviaron el cuerpo los de la ambulancia?

—Al depósito de cadáveres municipal —dijo Hernández, mirando a Dar todavía con frialdad, con sus ojos oscuros. Finalmente desplazó la mirada hacia Syd—. ¿Está pensando en acercarse allí?

—Quizás.

Hernández hizo un gesto displicente.

—Espósito no ofrecía una imagen muy agradable cuando lo encontramos... Dudo que esté más guapo en el depósito. Pero, en fin... ustedes sabrán cómo quieren pasar el domingo.

Dar había notado en los últimos años que en las películas los depósitos de cadáveres estaban

siempre llenos de cuerpos femeninos hermosos y desnudos, y que los forenses aparecían como unos cerdos gordos e insensibles. Pero el forense del condado de San Diego, el doctor Abraham Epstein, era un hombre menudo, pulcramente vestido y atildado, que debía de tener sesenta y pocos años, y hablaba con una voz tan pausada y seria que recordaba al director de una funeraria, pero más sincero. Ni Dar ni Syd tuvieron que pasear entre cadáveres expuestos para el cuerpo de Espósito. El procedimiento actual consistía en sentarse en una pequeña y cómoda habitación donde había un monitor de televisión de treinta y dos pulgadas donde aparecía un vídeo de alta resolución con la imagen del difunto.

En cuanto apareció la cara de Espósito, Dar se encogió. Notaba a Syd también encogida a su lado.

—Según la terminología médica —dijo con calma el doctor Epstein—, esta mueca se conoce como «horror agónico». Un término algo anticuado, pero que todavía sigue siendo adecuado.

—Dios mío —exclamó Syd—, he visto muchos cadáveres, y muchos por muerte violenta, pero nunca...

—Había visto una expresión semejante —acabó el forense—. Sí, es muy inusual. Normalmente el fenómeno de la muerte, aunque sea una muerte violenta, elimina la mayor parte de la expresión del rostro, al menos hasta que aparece el rigor mortis. Pero esto ocurre en casos raros que suponen un importante y casi instantáneo traumatismo cerebral, como podría darse, por ejemplo, en un campo de batalla...

—O en los puntales que se cierran en un montacargas de tijera —dijo Dar.

—Eso es —confirmó el doctor Epstein—. Y como pueden ver, la parte superior del cráneo no sólo resultó abierta y desprendida («destapada», como dicen los acusados de asesinato) sino que el propio cráneo se vio estrujado de una forma muy violenta. Gran parte de la masa encefálica se vio expulsada, y lo que quedó se separó del sistema nervioso central del difunto en menos tiempo del que tardan los impulsos nerviosos en llegar al cuerpo.

Se quedaron sentados en silencio durante un momento, un silencio sólo roto por los golpecitos de los dedos de Dar en las teclas de su calculadora de bolsillo, y mientras tanto Jorge Murphy Espósito les contemplaba con su fija expresión desde el monitor. Los ojos estaban vueltos hacia arriba, como si observara una guillotina que descendía, la boca abierta de forma desmesurada, en un grito que nunca concluiría, los músculos de la cara y el cuello distorsionados de tal modo que casi parecía una absurda caricatura, y todo ello bajo la blanca y pelada calavera, con los restos de hueso y de pelo como un tupé barato medio caído.

—Doctor Epstein —dijo Dar—, mis cálculos sugieren que si la plataforma se encontraba en su altura máxima, que es lo que aseguraron en sus declaraciones el capataz de la obra y los demás trabajadores, una pérdida de fluido hidráulico significaría que la plataforma alcanzaría la velocidad terminal casi de inmediato. La plataforma habría golpeado al señor Espósito en menos de dos segundos.

El doctor Epstein asintió silenciosamente.

—Eso concuerda con los estudios realizados sobre el llamado horror agónico. El cerebro debe quedar desconectado del sistema nervioso en uno coma ocho segundos o menos para que la expresión facial quede fijada de semejante manera.

Dar miró a Syd.

—¿Y a qué distancia crees que estaba el cuerpo de Espósito de la columna donde abrieron el tornillo para soltar el fluido del sistema hidráulico?

—La plataforma tiene tres metros ochenta de ancho —dijo Syd—. Espósito estaba en el lado opuesto de la columna en la que está el tornillo, y la cabeza sobresalía de los puntales varios centímetros, como si hubiera tratado de arrojarse hacia afuera a través de la tijera de metal que se cerraba.

—¿Crees que podría haber girado la tuerca, quitado el largo tornillo y atravesado ese espacio de un salto en menos de dos segundos? —preguntó Dar.

—No —afirmó Syd—. Y si, como sugiere su expresión, Espósito realmente vio caer la plataforma, su instinto (el de cualquiera) habría sido saltar hacia adelante, para apartarse. No correr hacia adentro y tratar de escapar por la pared.

Dar dejó a un lado la calculadora.

—Y hay algo más —dijo el doctor Epstein.

Les condujo hacia una zona de trabajo y almacén entre la sala de espera y el recinto del depósito propiamente dicho. Había unas cuantas bolsas en unos estantes, la mayoría etiquetadas con el símbolo internacional que indica la presencia de residuos biológicos tóxicos. Epstein sacó una caja del interior de un cajón, se puso unos guantes quirúrgicos desechables como los que usan los enfermeros desde que empezó la epidemia del SIDA, y entregó un par a Dar y otro a Syd. Entonces cogió una de las bolsas. La etiqueta rezaba: «espósito, jorge m.» y llevaba la fecha del día y el número de caso.

—Todo esto ha sido fotografiado y grabado en vídeo por la policía, por supuesto —explicó el doctor Epstein—, pero ustedes pueden examinarlo. —Abrió la bolsa y fue sacando las ropas de Espósito y colocándolas en una mesa de acero inoxidable con canalillos para la sangre.

El traje de rayas diplomáticas era de confección barata, según pudo ver Dar, y la sangre y la materia gris que lo manchaban no mejoraban precisamente su aspecto. La camisa blanca estaba casi teñida de rojo del todo. Espósito llevaba una corbata ancha de color amarillo, ahora manchada de escarlata.

El forense levantó las mangas del traje, y luego las mangas de la camisa.

—Ya lo ve —dijo.

Syd asintió de inmediato.

—Sangre... tejidos humanos... pero nada de fluido hidráulico.

—Exacto —afirmó el doctor Epstein con su voz bien modulada y llena de tristeza—. Ni tampoco había rastro alguno de fluido hidráulico en las manos, ni en la cara, ni en el torso del cadáver. Pero aquí...

Levantó las perneras de los pantalones. Dar las cogió con la mano enguantada para darles mejor la vuelta a la luz cenital. La pernera derecha estaba negra y aceitosa, empapada en fluido del sistema hidráulico. Epstein sacó los zapatos negros Florsheim con talón reforzado del fondo de la bolsa.

Ambos zapatos tenían manchas de sangre, pero sólo uno, el derecho, se encontraba empapado en fluido hidráulico. Hasta la propia suela apestaba a fluido.

—La salpicadura que vimos debió de saltar de la tubería a casi tres metros —dijo Syd—. Por algún motivo que desconocemos, Espósito se encontraba debajo del montacargas, probablemente en el centro o cerca de la pared, y no le dio tiempo a correr hacia afuera. Se volvió y saltó a través del hueco que había entre los puntales cruzados, al mismo tiempo que se cerraban las tijeras. El fluido de los frenos hidráulicos le dio en las perneras de los pantalones y en el zapato derecho cuando saltó.

—¿Qué podría impedirle a alguien recorrer la distancia más corta para salvarse, mientras dos toneladas de plataforma le caen encima? —preguntó Dar.

—¿Qué o quién? —añadió Syd.

El doctor Epstein volvió a meter la ropa en la bolsa de las pruebas. Se quitó los ensangrentados guantes y los tiró en el cubo de los residuos biológicos tóxicos, y se lavó con cuidado las manos en el fregadero. Syd y Dar hicieron lo mismo a continuación.

De nuevo en la sala de espera, con el monitor ahora ya en blanco, afortunadamente, ambos le dieron las gracias al forense.

El doctor Epstein sonrió, pero seguía teniendo los ojos tristes,

—Ya sabía algo del abogado Espósito —dijo, en voz tan baja que Dar tuvo que inclinarse hacia adelante para oírle—. Uno de esos que persiguen a las ambulancias. Casi con toda certeza una «tapadera» en los casos de accidentes. Pero ha tenido una muerte terrible. Y... aunque el detective Hernández y otros no parezcan interesados en el tema... creo que debe constar como muerte no accidental.

—No accidental —repitió Syd.

—Crimen —remachó Dar.

Y ambos salieron bajo la intensa lluvia.

«K de K.O.»

Era casi mediodía cuando el Ford Taurus de Sydney Olson dobló por la Avenida de las Estrellas en Century City y bajó por la empinada rampa hacia el garaje subterráneo.

—Bueno, ¿me vas a contar ahora de qué va todo esto o no? —preguntó Dar, bebiendo el café que habían comprado en el Seven Eleven e intentando no derramarlo mientras Syd cogía el resguardo y bajaba rápidamente por la rampa de cemento en curva que parecía conducirles al aparcamiento del infierno.

—No, todavía no —dijo ella. Observó que había un hueco junto a una columna de cemento llena de marcas e introdujo allí el Taurus con pericia.

Dar lanzó un gruñido.

No le gustaba nada levantarse temprano, y todavía menos ir en coche por Los Ángeles un lunes por la mañana en hora punta. Y aquella mañana había hecho ambas cosas. Syd le había recogido a las siete treinta para reunirse a la hora de almorzar con... Dar no tenía ni idea de con quién. El tráfico estaba peor de lo que había visto en la vida, pero Syd conducía con tranquilidad, apoyando la delgada muñeca en el volante y sumiéndose en sus pensamientos cuando los kilómetros y kilómetros de coches apretujados acababan por detenerse del todo. Habían hablado poco durante el largo trayecto.

Al menos la prensa había desaparecido. Ya no quedaban más buitres de la televisión acechando en los alrededores de su casa cuando Dar volvió, el domingo por la noche, y tampoco se veía ninguno aquella mañana. Obviamente, el «Asesino Rabioso de la Carretera» de la semana anterior ya era una noticia caduca, y todas las cámaras y camiones con antena satélite habían salido para cubrir la historia estrella de aquella semana: un escándalo sexual en el que estaban involucrados un alto cargo del ayuntamiento y un conocido miembro de un grupo de presión. El hecho de que ambas personas fueran mujeres atractivas no hacía sino aumentar el voraz apetito de la prensa.

En el ascensor que subía desde el garaje, Syd dijo:

—¿Has traído el vídeo, seguro? —Dar levantó el viejo maletín.

Pasaron por el piso en el cual Robert Shapiro había alquilado una oficina durante el juicio de O.J. Simpson. La oficina de Dallas Trace se encontraba en el ático.

Dar se quedó sorprendido al ver lo espaciosa y ajetreada que era aquella oficina. Una vez hubieron dejado atrás el vestíbulo, la recepción y el guardia de seguridad vestido de paisano, pasaron también por una enorme sala donde se atareaban al menos una docena de secretarias. Dar observó que había cinco pequeños despachos, sin duda de los jóvenes asociados de Trace, antes de llegar al despacho principal del jefe, en un extremo. Se abrió la puerta y Dallas Trace levantó la vista, sonrió y se levantó de su sillón de cuero, haciéndoles gestos de que se sentaran y sonriendo como si recibiera a dos viejos amigos.

Aquel despacho era muy lujoso. Se veían las colinas al norte, y como la tormenta del día anterior

había eliminado gran parte de la contaminación, Dar sabía que si miraba por la ventana que había en la pared oeste podría ver Bundy Drive, en Brentwood, a unos cinco kilómetros, el lugar donde Nicole Brown Simpson y Ronald Goldman habían sido asesinados unos años atrás por alguien hábilmente disfrazado con el ADN de O.J. Simpson.

A Dar le chocaba la gran cantidad de personal y la elegancia de la oficina porque la mayoría de los abogados defensores que conocía, aun los de más éxito y los más famosos, solían tener despachos magros y raquíuticos, y pagaban los gastos de su oficina, que comprendían una sola secretaria y un joven asociado o dos, con cheques de su bolsillo, semana a semana. Era el famoso dilema del abogado criminalista, según lo había definido el autor de libros sobre temas jurídicos Jeffrey Toobin: por mucho éxito que uno tenga, raramente se trabaja dos veces para el mismo cliente.

Dallas Trace, sin embargo, no mostraba signo alguno de preocupaciones financieras. El hombre era más alto y más delgado de lo que parecía en televisión, al menos medía un metro noventa, pensó Dar, y tenía un rostro varonil y bien cincelado, a lo «hombre de Marlboro». Tenía la sonrisa fácil y ésta hacía destacar las arrugas de expresión en torno a sus ojos y los músculos que rodeaban sus finos labios. Trace llevaba el cabello, largo y gris, atado en la nuca con una tira de cuero. Tenía las cejas muy negras, cosa que hacía resaltar más si cabe sus ojos de un gris muy claro y les daba un aire llamativo y fotogénico en rostro bronceado y arrugado. Trace llevaba una camisa vaquera azul y una corbata de lazo, aunque Dar observó que la camisa en realidad no era de algodón, sino de seda azul, y una chaqueta vaquera de piel. La piel parecía proceder de algún animal prehistórico muy antiguo y seguramente costaba varios miles de dólares. La corbata de lazo la sujetaba, como es de rigor, un pasador, pero éste era de jade y plata. Además, el abogado vaquero llevaba un pequeño diamante incrustado en el lóbulo de la oreja izquierda. Dar se daba cuenta de que se estaba volviendo viejo porque reaccionaba de forma negativa ante los hombres que llevaban joyas. A veces, solo en casa cualquier noche de verano, chillaba al televisor cuando un jugador de béisbol fallaba una jugada: «¡Lo habrías conseguido, so idiota, si no llevaras cinco kilos de oro colgando del cuello!». Seguramente aquello era signo de su mucha edad, de su intolerancia y posiblemente de un principio de Alzheimer, pero de todos modos no cambiaba de opinión. Dallas Trace llevaba seis anillos. Las botas Lucchese de ante que calzaba parecían tan suaves como una pluma.

Trace estrechó primero la mano de Syd y luego la de Dar. Como era de esperar, el apretón del abogado era muy fuerte, a pesar de su delgadez.

—Investigadora Olson, doctor Minor, siéntense, siéntense.

Trace volvió a sentarse en su enorme sillón de piel, dando la vuelta a la mesa con auténtica rapidez. El hombre debía de tener ya sesenta y tantos años, pero era tan ágil como un joven atleta de menos de treinta. Dar había visto por televisión a la esposa de Dallas Trace, de veinticinco años, e imaginaba que el abogado tenía buenos motivos para mantenerse en forma.

Dar echó un vistazo disimulado al despacho. El escritorio de Dallas Trace se encontraba en la confluencia entre las dos paredes con ventanas, y el abogado se sentaba de espaldas a ellas, como si no tuviera tiempo para andar contemplando las vistas. Pero las otras paredes, con estantes y librerías, estaban cubiertas de fotos en las que se veía a Trace con famosos y poderosos, incluidos los cuatro últimos presidentes de Estados Unidos.

Trace se arrellanó en su lujoso sillón, cruzó los dedos, levantó las suaves botas Lucchese hasta apoyarlas en el borde del escritorio y les preguntó, con su célebre voz cascada:

—¿A qué debo el honor de su visita, jefa de investigadores? ¿Doctor?

—Habría oído hablar usted del intento de asesinato que sufrió el doctor Minor la semana pasada —dijo Syd.

Trace sonrió, cogió un lápiz y se dio unos golpecitos en los dientes perfectamente blancos con la punta.

—Ah, sí, el famoso Asesino Rabioso de la Carretera. ¿Busca usted ayuda legal quizás, doctor Minor?

—No —replicó secamente Dar.

—No se ha presentado ninguna acusación —dijo Syd—. Probablemente no la haya. Los dos hombres que abrieron fuego contra el doctor Minor eran pistoleros de la mafia rusa.

Aunque aquello lo habían repetido por las noticias de televisión hasta la náusea, Dallas Trace se las arregló para fingir sorpresa y levantó una oscura ceja.

—Bueno, pues si no es consejo legal lo que buscan... —dejó la cuestión en el aire.

—Cuando llamé para pedir la cita, abogado, usted parecía saber con toda exactitud quiénes éramos —dijo Syd.

La sonrisa de Dallas Trace se amplió más y el abogado volvió a colocar el lápiz con movimientos expertos en su cubilete de piel.

—Por supuesto, jefa de investigadores Olson. He seguido con gran interés los esfuerzos del fiscal del distrito para poner freno al fraude de los seguros y el equipo que ha formado con el FBI y la ONDS. La investigación que llevó usted a cabo en California el año pasado fue excelente, señora Olson.

—Gracias.

—Y todo el que esté interesado en la reconstrucción de accidentes conoce al doctor Darwin Minor —continuó el abogado.

Dar no dijo nada. Detrás de la silueta de Trace recortada en el respaldo del sillón, el tráfico seguía moviéndose por Hollywood, Beverly Hills y Brentwood. Más allá se veía el mar, oscuro y borroso.

—El doctor Minor tiene una cinta de vídeo que debería usted ver, señor Trace —dijo Syd—. ¿Tiene un equipo a mano?

Trace pulsó un botón en la consola del dictáfono. Al cabo de un minuto, un joven entró en el despacho empujando un carrito que contenía un monitor de televisión de treinta y seis pulgadas y una pila de reproductores de vídeo y DVD de todas las marcas habidas y por haber.

—¿Hay algo que deba saber, señora Olson, doctor Minor, antes de ver esta cinta? ¿Algo incriminatorio, o que pudiera colocarnos en una relación de abogado a cliente? —dijo Trace, sin asomo de broma ahora en su áspera voz.

—No —dijo Syd.

Dallas Trace introdujo la cinta en el reproductor de vídeo, cerró la puerta del despacho, volvió a su sillón y puso en marcha el aparato con un mando a distancia muy pequeño. Contemplaron el vídeo

en silencio. En realidad, según observó Dar, él y Dallas Trace contemplaban el vídeo, mientras que Syd observaba a Dallas Trace.

En el vídeo sólo se veía la animación tridimensional por ordenador del accidente: dos hombres que salían de un edificio, uno que empujaba al otro frente a una furgoneta que derrapaba, la furgoneta que daba la vuelta a la manzana y volvía a atropellarle de nuevo. Trace se quedó completamente impasible durante la presentación.

—¿Reconoce usted el accidente que aparece en esta reconstrucción visual, abogado? —dijo Syd.

—Por supuesto que sí —exclamó Dallas Trace—. Es una representación por ordenador del accidente en el que murió mi hijo.

—Su hijo, Richard Kodiak —abundó Syd.

La fría y gris mirada de Trace se clavó en la jefa de investigadores durante un momento, antes de contestar:

—Sí.

—Abogado, ¿puede usted decirme por qué su hijo tenía un apellido diferente del suyo? —La voz de Syd sonaba tranquila.

—¿Me está interrogando acaso?

—Por supuesto que no, señor.

—Bien —dijo Trace, retrepándose en el sillón de nuevo y volviendo a colocar las botas en el borde del escritorio—. Por un momento temía que mi abogado tuviera que estar presente.

Syd esperaba.

—Mi hijo, Richard, decidió adoptar el apellido de su padrastro... Kodiak —dijo Trace al fin—. Richard es... era hijo de mi primera esposa, Elaine. Nos divorciamos en 1981 y ella se volvió a casar después.

Syd asintió y continuó esperando.

Dallas Trace curvó los labios en una triste sonrisa.

—No es ningún secreto, señora Olson, que mi hijo y yo tuvimos una fuerte pelea hace unos años. Él adoptó oficialmente el apellido de su padrastro, en parte, conjeturo yo, para molestarme.

—¿Estaba relacionada esa pelea con... la forma de vida de su hijo?

La sonrisa de Trace se apagó aún más.

—Eso, por supuesto, no es de su incumbencia, investigadora Olson. Pero como muestra de buena voluntad le responderé a la pregunta, por muy impertinente que me parezca. La respuesta es no. El descubrimiento de la orientación sexual de Richard no tuvo nada que ver con nuestras desavenencias. Debería usted saber, señora Olson, que apoyo plenamente los derechos de gays y lesbianas. Richard es... bueno, era un joven muy tozudo. Quizá se podría decir que en el rebaño de la familia no había sitio más que para un toro.

Syd asintió de nuevo.

—¿Cuál es su reacción ante este vídeo, señor Trace?

—Me habría sentido muy molesto al verlo —dijo Trace, tranquilamente—, si no fuera porque, claro, ya lo había visto antes. Varias veces.

Dar parpadeó incrédulo al oír aquello.

—¿Ah, sí? —dijo Syd—. ¿Puedo preguntarle dónde?

—El detective Ventura me lo enseñó durante el proceso de investigación del accidente —explicó Trace.

—El teniente Robert Ventura —repitió Syd—, de la unidad de homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Eso mismo —asintió el abogado—. Pero tanto el teniente Ventura como el capitán Fairchild me aseguraron... y recalco lo de que me «aseguraron», señora Olson... que esta... «reconstrucción» visual se basaba en datos incorrectos y nada fiables.

Dar se aclaró la garganta.

—Señor Trace, parece estar usted muy seguro de que este vídeo no demuestra que su hijo fue asesinado. ¿Puedo preguntarle por qué está tan seguro?

Dallas Trace clavó sus fríos ojos en Dar.

—Por supuesto, doctor Minor. En primer lugar, respeto la profesionalidad de los detectives en cuestión...

—Ventura y Fairchild, de la unidad de homicidios de la policía de Los Ángeles —interrumpió Syd.

La mirada de Trace no se apartó de Dar.

—Sí. Los detectives Ventura y Fairchild. Dedicaron cientos de horas a este caso y descartaron la criminalidad.

—¿Habló usted con alguien de la unidad de investigación de tráfico de la policía de Los Angeles? —preguntó Dar—. ¿Con el sargento Rote, quizá? ¿O con el capitán Kapshaw?

El abogado se encogió de hombros.

—Hablé con muchas personas relacionadas con el caso, doctor Minor. Es posible que hablase con esos hombres. Ciertamente, hablé con el agente Lentile, quien redactó el informe del accidente, así como con el agente Clancey, el agente Berry, el sargento McKay y los demás que estuvieron allí aquella noche. —Los músculos que rodeaban los finos labios de Trace se curvaron de nuevo hacia arriba, pero la sonrisa resultante no se reflejó en sus ojos—. No carezco del todo de ciertas habilidades para el interrogatorio y el contrainterrogatorio.

—Indudablemente —afirmó Syd, atrayendo de nuevo hacia ella la mirada del abogado—, pero ¿habló usted con los reclamantes... las otras dos personas directamente implicadas en el accidente, el señor Borden y la señora Smiley?

Trace meneó negativamente la cabeza.

—Leí sus declaraciones. No tenía interés alguno en hablar con ellos.

—Se dijo que se habían trasladado a San Francisco —dijo Syd—, pero la policía de San Francisco no los puede localizar, hoy por hoy.

Trace no dijo nada. Sin llegar a mirar el reloj, conseguía dejar bastante claro que le estaban haciendo perder su precioso tiempo. Dar miraba fijamente a Syd. ¿Cómo había conseguido toda aquella información?

—¿Sabe que su hijo usaba un nombre falso, señor Trace? ¿Que tenía documentos que le identificaban como «doctor Richard Karnak», y que afirmaban que trabajaba en una clínica llamada California Sure-Med?

—Sí —dijo Trace—. Ya lo sabía.

—¿Era médico su hijo, señor Trace?

—No —replicó el abogado. Su voz no parecía mostrar tensión ni albergar ningún tono defensivo—. Mi hijo era un eterno estudiante... Ya tenía treinta años y todavía iba a clases de la universidad, pero nunca acababa nada. Asistió un año a la facultad de medicina.

—¿Cómo se enteró de que su hijo usaba un nombre falso y de su implicación en el tema de la clínica Sure-Med, señor Trace? —preguntó Syd—. ¿A través de los detectives Ventura o Fairchild?

Trace meneó la cabeza, lentamente.

—No. Contraté a un investigador privado yo mismo.

—Y usted sabe que la clínica California Sure-Med era en realidad una «fábrica de accidentes», una fuente de reclamaciones de seguros fraudulentas, y que su hijo había violado las leyes estatales y federales haciéndose pasar por médico y enviando falsos informes de lesiones —dijo Syd.

—Ahora sí lo sé, investigadora Olson —dijo Trace, con voz inexpresiva—, ¿Quiere usted acusar a mi hijo?

Syd no apartó la mirada de los ojos del abogado, fríos como los de un águila.

Trace suspiró y dejó caer los pies al suelo. Se pasó la mano por el pelo gris y se ajustó la tira de cuero de la coleta.

—Investigadora, me temo que en esto le gano. Lo que no consiguió averiguar la policía, lo hizo mi investigador privado. Descubrí, y lo reconozco públicamente, que mi hijo formaba parte de... ¿cómo lo ha llamado usted? Una «fábrica de accidentes». Una red de reclamaciones fraudulentas dirigida por lo que en el negocio de las estafas se llama... ¿un «tapadera»?

—Sí.

—Un «tapadera» llamado Jorge Murphy Espósito —Dallas Trace dijo las tres últimas palabras como si escupiera bilis.

—Que ha muerto este fin de semana —dijo Syd.

—Sí —sonrió Dallas Trace—. ¿Quiere que le diga cuál es mi coartada para el momento del accidente, investigadora?

—No, gracias, señor Trace —dijo Syd—. Ya sé que usted estaba en una subasta benéfica en Beverly Hills el domingo por la tarde. Compró usted un dibujo de Picasso por sesenta y cuatro mil

doscientos ochenta dólares.

La sonrisa de Trace se desdibujó un poco.

—Dios mío —dijo—, ¿no sospechará usted realmente que estoy implicado en esa basura?

Syd dijo que no con un gesto.

—Sólo intento recoger información acerca de una de las más provechosas «fábricas de accidentes» del sur de California —dijo—. Su hijo, que estaba metido en el asunto, murió en circunstancias misteriosas...

—No estoy de acuerdo —saltó Trace—. Mi hijo murió en un accidente cuando intentaba escabullirse sin pagar del piso donde vivía con unos amigos, dos ladronzuelos de poca monta, ninguno de los cuales tenía ni idea de conducir una furgoneta de mierda. Un final absurdo para una vida inútil.

—La reconstrucción del hecho por parte del doctor Minor... —empezó Syd.

El abogado desvió la mirada hacia Dar, sin asomo alguno de sonrisa.

—Doctor Minor, no hace mucho fui a ver aquella película tan famosa sobre un enorme barco que se hundió hace casi noventa años...

—*Titanic* —dijo Dar.

—Eso es —continuó el abogado, con un acento del oeste de Texas más pronunciado que antes—. Y en esa película vi con mis propios ojos cómo se hundía ese barco, cómo se sumergía por la popa, roto en dos... La gente caía como renacuajos de un cubo. Pero ¿sabe algo, señor Minor?

Dar esperaba.

—Nada de aquello era verdad. Eran sólo efectos especiales. Era digital —Dallas Trace casi escupió la última palabra.

Dar no dijo nada.

—Si le sacara a usted al estrado de los testigos, doctor Minor, usted en el estrado y su precioso vídeo en el aparato, funcionando justo delante del jurado, me costaría treinta segundos... qué digo, ¡joder!, sólo veinte segundos mostrarles que en esta época informatizada y digital y llena de efectos especiales en la que vivimos, no se puede confiar nunca en algo grabado en una cinta.

—Espósito está muerto —le interrumpió Syd—. Donald Borden y Gennie Smiley (de hecho la ex esposa de Espósito, como estoy segura de que le informó su detective privado) han desaparecido. ¿Y aun así no lo encuentra sospechoso?

El abogado clavó su mirada de rapaz en ella.

—Yo en este caso lo encuentro todo muy sospechoso, señora Olson. Sospechaba de todo lo que hacía Richard, de todos los amigos que tenía, de todos los líos en los que se metía pretendiendo luego que yo le pagara la fianza. Hasta que se metió en uno del que no pude sacarle con ninguna fianza. Estoy convencido de que fue un accidente, señora Olson... pero también estoy convencido de que no importa una maldita mierda. Si no hubiera muerto aquella noche en la avenida Marlboro, probablemente ahora estaría en la cárcel. Mi hijo era un desgraciado, un hombre aturdido, débil y fácil de manipular, señora Olson, y no me sorprende ni un pijo que acabara entre chusma como Jorge

Espósito y Donald Borden y Gennie Smiley, antes Espósito.

—¿Y la desaparición de estos dos? —preguntó Syd.

Dallas Trace rió, y por primera vez su acento sonaba sincero.

—Esa gente convierte toda su vida en un acto de distracción, señora Olson. Ya sabe. Se dedican a eso. También mi hijo hacía lo mismo. Y ahora se ha ido para siempre y nada de lo que yo haga o de lo que usted averigüe puede devolverle la vida.

Dallas Trace se puso de pie de pronto (se movía con mucha rapidez para ser un hombre de más de sesenta años, volvió a observar Dar), sacó la cinta del aparato, se la tendió a Syd y abrió la puerta del despacho.

—Y ahora, si no hay nada más en lo que pueda ayudarles hoy...

Dar y Syd se pusieron de pie y se dirigieron hacia la puerta.

—Sí, hay otra cosa por la que tengo curiosidad —dijo Syd—, Su contribución a los Hermanos de los Desamparados.

Las oscuras cejas se convirtieron casi en signos de exclamación verticales.

—¿Qué? Perdone mi brusquedad, señora Olson, pero, ¿qué cojones tiene que ver eso con nada de lo que hemos hablado?

—Contribuyó usted con una fuerte suma a esa sociedad benéfica el año pasado —dijo Syd— ¿Cuánto fue?

—No tengo ni idea —repuso Trace—. Pregúntele a mi contable. t

—Un cuarto de millón de dólares, creo —aventuró Syd.

—Pues seguro que tiene usted razón —replicó él, abriendo más la puerta—. Es usted una buena investigadora, señora Olson. Pero si conoce usted esa cifra, sabrá también que la señora Trace y yo contribuimos activamente en más de dos docenas de sociedades benéficas. Los... ¿cómo se llama esa ONG?

—«Hermanos de los Desamparados».

—Los Hermanos de los Desamparados ayudan a la comunidad hispana. También le sorprenderá saber que realizo bastantes trabajos gratuitos para la comunidad hispana de este estado... especialmente los inmigrantes pobres que sufren una persecución constante... y a los que no sin cierta frecuencia persigue la oficina del fiscal.

—Soy consciente de la amplia gama de sociedades benéficas que respaldan usted y la señora Trace —dijo Syd—. Es usted un hombre generoso, señor Trace. Y ha sido más que generoso con su tiempo. Muchas gracias.

Y le tendió la mano.

Trace dudó, sorprendido, y luego le estrechó la mano a ella y a Dar.

Una vez en el aparcamiento del sótano, Dar dijo:

—Muy interesante. ¿Y ahora qué?

—Una paradita más.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Dar estuvo en el Centro Médico del Condado de Los Angeles. Era el hospital más grande del municipio, y seguía creciendo. Se estaban construyendo ruidosamente al menos dos anexos más en el preciso momento en que Syd encontró un hueco para dejar el coche en el nivel sexto del aparcamiento.

El hospital olía como deben oler todos los hospitales, y tenía la iluminación pésima que tienen todos los hospitales: ese resplandor fluorescente, como de vegetación medio putrefacta, que parece iluminar la sangre que corre bajo la piel. También se escuchaban los mismos ruidos de fondo: toses, voces débiles, risas de enfermeras, timbres de teléfono, avisos en los buscapersonas de los médicos y suelas de goma que rechinaban contra el linóleo del suelo. Dar odiaba los hospitales.

Syd le guió a través del vestíbulo como si fueran a hacer una visita turística. Con su carné de jefa de investigadores consiguieron tener acceso a la sala de urgencias, al centro de cuidados intensivos, a la sala de partos, a las habitaciones de los pacientes e incluso al cuarto para las escobas que había junto a cirugía.

Dar se imaginó en seguida de qué iba todo aquello. Además de médicos, enfermeras, internos, camilleros, asistentes sociales, guardias, administrativos, pacientes y visitantes, había allí otra presencia destacada: hombres y mujeres vestidos con blancas chaquetas adornadas con distintivos de colorines. Los distintivos podían consistir en una cruz roja, el caduceo médico sobre un fondo dorado o azul marino, una hombrera redonda con un águila sobre una rama de olivo (este distintivo parecía más propio de los astronautas del Apolo) o una bandera americana. Pero el que más destacaba, en el lado izquierdo de la chaqueta, era un cuadro azul con una enorme H mayúscula en el centro. Entre las barras verticales de la H se encontraba una cruz dorada más pequeña. A Dar le parecía como si alguien le hubiera dado una patada a un crucifijo y hubiera encajado un gol perfecto.

Estaban en una de las salas de espera de la sala de urgencias cuando Dar relacionó por fin el distintivo con lo que sabía. Habían visto personal vestido con aquellas chaquetas con una H empujando carritos cargados con revistas, zumo de frutas y ositos de peluche. Habían visto a dos mujeres con las chaquetas de la H sosteniendo, abrazando y consolando a una mujer hispana que lloraba desesperada en una de las capillas del hospital. Había gente con la H en cuidados intensivos, susurrando (en español, según recordaba bien Dar) a algunos de los enfermos más graves y allí, en la sala de espera de urgencias, una joven hispana con la chaqueta de la H estaba consolando a una familia entera. Dar oyó lo suficiente para comprender que la familia era mexicana, de inmigrantes sin papeles. La hija, que debía de tener unos ocho años, se había roto el brazo. Se lo habían enyesado, pero la madre estaba histérica, el padre se retorció literalmente las manos, la niña lloraba y el hermanito pequeño estaba también al borde de las lágrimas. Dar comprendió que tenían ser deportados, ahora que se habían visto obligados a acudir al hospital, pero la joven con la chaqueta de la H, hablando en español a una velocidad de vértigo, les aseguraba que tal cosa no ocurriría en absoluto, que iba en contra de la ley, que no habría informe alguno, que podían irse a casa sin miedo... y que a la mañana siguiente llamasen al teléfono de los Hermanos de los Desamparados y recibirían instrucciones y ayuda para poder quedarse felices y contentos en el país.

—Los Hermanos de los Desamparados —dijo Dar bajito cuando se dirigían hacia el aparcamiento.

—Sí —dijo Syd—. He contado treinta y seis en esta pequeña vueltecita.

—¿Y?

—Pues que hay miles... realmente miles... de voluntarios de los Hermanos de los Desamparados trabajando en el condado de Los Angeles. Están en todos los hospitales. Incluso entre las estrellas de cine está de moda hacer de voluntarios un tiempo, si su español es lo bastante bueno, claro. Han empezado a diversificarse y ahora también abarcan a los vietnamitas, los camboyanos, los chinos, lo que quieras.

—¿Y?

—Pues que empezó como una pequeña sociedad benéfica católica —dijo Syd—, y ahora se ha convertido en una enorme organización sin ánimo de lucro. La Iglesia buscó a un abogado hispano de poca monta para que lo dirigiera todo, y ahora no tiene ya nada que ver con la Iglesia católica. Encontrarás Hermanos en todos los hospitales de San Diego y en los centros médicos de Sacramento, por toda la zona de la bahía y, desde hace un año más o menos, en Phoenix, Flagstaff, Las Vegas, Portland, Eugene, Seattle... incluso en lugares tan alejados como Billings, en Montana. En un año más cubrirán todo el país.

—¿Y?

—Forman parte del asunto, Dar. Forman parte de ese enorme sindicato que crea accidentes falsos en serie. Reclutan inmigrantes de todas partes... les enseñan cómo ganar dinero con los accidentes de coche falsos, o con accidentes industriales y topetazos.

—¿Y? —repitió Dar de nuevo mientras se metían en el coche sofocante, encendían el aire acondicionado y se dirigían hacia la carretera—. No me parece nada nuevo. Desde que las grandes empresas de seguros crecieron tanto y los litigios se convirtieron en un negocio, es la vía más rápida para hacerse rico en Estados Unidos que tienen a su disposición los inmigrantes. Antes de los mexicanos y asiáticos, eran los irlandeses y los alemanes y todos los demás. No es nada nuevo.

—Lo que es nuevo es la escala del asunto —dijo Syd—. No hablamos de clínicas pirata y unas docenas de «vacas» y «toros» dirigidos por un «médico-tapadera» o dos, Dar. Hablamos de la ley sobre Organizaciones Mafiosas y Corruptas. Hablamos de crimen organizado a la escala de los carteles de droga colombianos y sus conexiones en Estados Unidos. —Hizo una seña hacia el centro médico mientras iban introduciéndose entre el tráfico—. Médicos y cirujanos (médicos y cirujanos de verdad) están enviando pacientes a los Hermanos para... bueno, para que reciban ayuda. Hasta el maldito consulado mexicano los deriva hacia ellos.

—Bueno, así les resulta más fácil reclutar gente para los choques falsos —dijo Dar, mirando los bloques de casas enormes, apiñados a lo largo de la carretera—. Un buen chollo.

—Sí, un chollo de varios centenares de miles de millones de dólares al año —dijo Sydney—. Y yo tengo que averiguar quién está detrás de todo eso. Quién organiza esa monstruosidad.

Dar miró a Syd y sólo entonces se dio cuenta de lo furioso que estaba. Hasta entonces había sido todo muy divertido: dejar que ella fuera su «guardaespaldas», que le atara a una estaca como la cabra de Parque Jurásico, enseñarle sus divertidos y pequeños accidentes y seguirla a todas partes, jugando a que él era Watson y ella Sherlock Holmes.

—¿Crees que es Dallas Trace quien está detrás de todo esto? ¿El abogado más famoso de Estados Unidos, probablemente? ¿El señor CNN? ¿Ese gilipollas afectado de Texas con sus camisas vaqueras

de seda y su corbatita de lazo? ¿Realmente crees que ese ejemplar es el don Corleone de la simulación de accidentes del sur de California?

Syd se mordió el labio.

—No lo sé. No lo sé, de verdad, Dar. Nada cuadra. Pero todos los cabos sueltos parecen apuntar en su dirección, no sé cómo.

—¿Crees que Dallas Trace hizo matar a su propio hijo?

—No, pero...

—¿Crees que mató a Espósito, a Donald Borden y a la chica, a Gennie Smiley?

—No sé...

—¿Crees que es ése el jefe de la mafia, investigadora en jefe? ¿Tú crees que le queda tiempo entre el ejercicio de su profesión, la escritura de su libro, su programa semanal de la CNN, sus apariciones públicas, sus colaboraciones en los programas *Nightline* y *Good Morning America*, sus obras de caridad y las noches con esa preciosa y joven esposa que tiene?

—No te enfades —dijo Syd.

—¿Por qué demonios no me voy a enfadar? Tú ya sabías que él había visto mi reconstrucción del accidente.

—Sí.

—Así que me has arrastrado hasta allí sólo para que le viera y él me viera a mí. Por si da la casualidad de que es el pez gordo, has hecho que me examine bien para que sepa con toda seguridad a quién enviar sus matones la próxima vez.

—No es eso, Dar...

—Y una mierda —exclamó Dar.

Se quedaron callados un rato.

—Si esta conspiración es tan importante como yo creo... —empezó Syd.

Dar la cortó.

—Yo no creo en las conspiraciones.

Syd le miró de reojo.

—Sí creo en las instituciones perversas —dijo Dar, tratando de controlar la rabia que sentía, pero incapaz de hablar con ligereza—. Creo en la Cosa Nostra y en los fabricantes de coches chungos y en la gente mala, como los de las tabacaleras o esos degenerados que regalan leche infantil en polvo a las madres del Tercer Mundo para que sigan comprándola luego, aunque se les mueran los niños de diarrea por el agua en mal estado... —Dar se detuvo y tomó aliento—. Pero en las conspiraciones... no. Las conspiraciones son como las iglesias o cualquier otra organización multicelular: cuanto más crecen, más estúpidas se vuelven. La ley del cociente intelectual inverso.

—Si no crees en conspiraciones, ¿en qué crees, Dar?

—¿Y eso qué importa?

—Sólo por curiosidad —la voz de Syd carecía de expresión ahora también.

—Bueno, veamos —dijo Dar, mirando hacia el tráfico que ahora se espesaba delante de ellos, el compacto río de automóviles y camiones que se movían a quince kilómetros por hora—. Creo en la entropía. Creo en la infinita perversidad y estupidez humanas. Creo en la ocasional combinación de esos tres elementos que se dio un viernes en Dallas, cuando un idiota llamado Lee Harvey Oswald, que había aprendido a disparar en los marines obteniendo un récord de tiro de seis segundos...

Dar se calló de repente.

«¿Qué demonios estoy diciendo?», pensó. ¿Era la arrogancia de Dallas Trace o el horrible olor a muerte del hospital lo que le había sacado de quicio de aquella manera? A lo mejor era que se estaba volviendo loco, simplemente.

Al cabo de unos minutos de silencio, Syd dijo:

—Y no crees tampoco en cruzadas, supongo.

Él la miró. En aquel momento era como una completa desconocida para él, no tenía nada que ver con la mujer cuya compañía y conversación había disfrutado tanto los días pasados.

—Las cruzadas siempre acaban sacrificando inocentes. Como las cruzadas de verdad, las que se emprendieron para liberar Tierra Santa —dijo Dar ásperamente—. Más tarde o más temprano, hay una puta Cruzada Infantil, y ponen a los niños en primera línea de fuego.

Syd frunció el entrecejo.

—¿Por qué te lo tomas tan a pecho, Dar? ¿Por Vietnam? ¿O por tu trabajo con el CNST? ¿Por el Challenger? ¿Qué...?

—No importa, déjalo —la interrumpió Dar. De pronto se sentía muy cansado—. Los soldados de Vietnam tenían un dicho para cualquier ocasión.

Syd clavó la vista en el tráfico.

—Pasase lo que pasase —dijo Dar—, los soldados de infantería siempre acababan diciendo: «No importa, déjalo, vámonos».

El tráfico se detuvo. El Taurus se detuvo. Syd le miró con una expresión que mostraba algo más que simple enojo.

—No puedes basar toda tu filosofía en eso. No se puede vivir así.

Dar le devolvió la mirada, y sólo cuando ella la apartó se dio cuenta de la inmensa rabia que debían de reflejar sus ojos.

—Estás equivocada. Es la única filosofía que te permite vivir.

Entraron en San Diego en silencio absoluto. Cuando se acercaban ya al hotel de Syd, ella dijo:

—Te llevaré arriba, a tu casa.

Dar negó.

—No, iré andando hasta los juzgados desde aquí. Me dejan sacar el NSX del depósito municipal esta tarde, y me reuniré con el tipo del taller allí mismo.

Syd detuvo el coche y asintió. Se quedó mirándole mientras él bajaba y se quedaba de pie en la acera.

—Ya no me vas a ayudar con mis investigaciones, ¿verdad? —dijo al fin.

—No —dijo Dar.

Syd asintió.

—Gracias por... —empezó ella—. Gracias por todo.

Él se alejó sin mirar atrás.

«L de largo alcance»

El martes fue un día estupendo para las armas, que culminó con una bala de rifle de alta velocidad apuntada directamente hacia el corazón de Darwin Minor.

El día empezó de forma poco prometedora, con mucho calor y nubes que amenazaban lluvia... cosa poco habitual para esa época del año en el sur de California, desde luego, pero el caso es que casi toda la climatología del sur de California, sea cual sea la época del año, resulta poco habitual. Dar empezó el día de mal humor. La rabia que había sentido el día anterior todavía le molestaba. El hecho de no volver a ver a Sydney Olson le molestaba. El hecho de que aquello le molestara, le molestaba más todavía.

Las reparaciones del NSX le iban a costar una verdadera fortuna. Cuando Harry Meadows, su amigo del taller de planchistería y una de las pocas personas en el estado que podía realizar un trabajo decente en la piel de aluminio del Acura, se reunió con él en los juzgados el lunes por la mañana, lo único que hizo fue menear la cabeza con desaliento. El cálculo final del coste de las reparaciones había conseguido que Dar diera un respingo.

—Madre de Dios —exclamó—. Con eso me podría comprar un Subaru nuevo.

Harry asintió, compungido.

—Sí, es verdad —dijo—. Pero entonces tendrías una mierda de Subaru en lugar de un NSX.

Dar no podía rebatir aquel argumento. Harry se había llevado el baqueteado NSX en un remolque, jurando que lo cuidaría tanto como si fuera su propia madre. Pero resulta que Dar sabía que la anciana madre de Harry vivía pobremente en un remolque sin aire acondicionado situado a cien kilómetros de allí, en medio del desierto, y que el hijo sólo la visitaba dos veces al año.

El martes por la mañana le llamó Lawrence. Había algunos casos nuevos y tenía que ir a fotografiarlos. Lawrence no sabía cuáles de esos casos requerirían una reconstrucción, eso dependía de los que llegasen ante los tribunales, pero pensaba que él y Dar debían visitarlos todos.

—Claro —exclamó Dar—. ¿Por qué no, joder? Sólo hace un mes que tengo que ponerme a organizar papeles, ¿qué más da?

Lawrence iba conduciendo, y seguramente debería haberse dado cuenta de que a Dar le pasaba algo. Existía una relación especial entre los dos, algo que iba más allá de la simple comunicación verbal. Los hombres que se conocen desde hace años y trabajan juntos, a veces en asuntos peligrosos, desarrollan un sexto sentido para conocer las emociones y pensamientos de sus amigos. Eso les permite comunicarse a un nivel más profundo de lo que las mujeres nunca podrían comprender. Lawrence y Dar acababan de recoger unos cafés y unos donuts en el Dunkin Donuts, en la zona norte de San Diego, cuando Lawrence dijo:

—¿Algo va mal, Dar?

—No —respondió éste.

No dijeron nada más.

El primer accidente había ocurrido a medio camino de San José. Lawrence aparcó el Trooper en el atestado aparcamiento que había junto a unos bloques de pisos baratos, y juntos se dirigieron hacia el inevitable rectángulo acordonado con cinta amarilla que rodeaba un Honda Prelude rojo de 1994. El accidente había ocurrido en mitad de la noche, pero todavía quedaban dos policías de uniforme y unos cuantos mirones, sobre todo chavales pandilleros con los pantalones caídos y zapatillas deportivas de trescientos dólares. Lawrence se identificó e identificó a Dar ante el agente de policía más cercano, pidió permiso cortésmente para que Dar hiciese unas fotos y luego escuchó el informe del policía.

Mientras Dar iba tomando fotos, el patrullero más joven intentó explicarle, señalando con gran euforia todas las pruebas: las ventanillas rotas, el parabrisas astillado, las marcas en el capó del Prelude, la viscosa materia gris esparcida por delante del coche y a su alrededor, así como la sangre que salpicaba el astillado parabrisas, el capó, los guardabarros y el parachoques delantero y formaba un charco oscuro en el asfalto. Estaba claro que no había llovido demasiado durante la noche y la mañana.

—Bueno, pues ese hombre, Barry, estaba loco por su novia (Sheila nosequé), que vive ahí arriba, en el 2306, y que está ahora mismo en comisaría declarando —dijo el policía—. Bueno, pues Barry es uno de esos moteros, un cabronazo barbudo, y Sheila se cansó de él y empezó a salir con otros hombres. Bueno, al menos con uno. A Barry no le gustó ni pizca eso. Así que vino aquí, alrededor de las dos y media de la mañana, porque nos avisaron de que había problemas alrededor de las dos cuarenta y ocho, y los avisos de los primeros disparos llegaron al 911 alrededor de las tres y dos minutos de la mañana. Al principio Barry no hacía más que... bueno, gritar obscenidades debajo de la ventana de Sheila, y ella le gritaba obscenidades a él, todo eso. En la entrada principal hay un portero automático, de modo que sólo hay que apretar un botón y se puede entrar, pero Sheila no le abrió la puerta.

»Y eso sacó de quicio a Barry, de verdad. Así que fue a su furgoneta, esa que está ahí, la Ford, y volvió con una escopeta cargada, con doble cañón. Empezó a dar golpes con la culata para destrozar las ventanillas del Prelude de Sheila, éste de aquí. Sheila intentó lanzarle piedras y empezó a chillar más fuerte aún. Los vecinos llamaron a la policía, pero antes de que apareciera ningún coche patrulla, a Barry se le metió en la cabeza subirse al capó del coche. Debe de pesar unos ciento treinta kilos, ya ven cómo se hundió el capó sólo al ponerse de pie encima, y empezó a golpear el parabrisas con la culata de la escopeta. Suponemos que para agarrarla mejor o algo metió el dedo en el gatillo...

—¿Y se le disparó en el estómago? —aventuró Lawrence.

—Los dos cañones. Las tripas quedaron desparramadas por todo el capó, los faros, el parachoques delantero...

—Estaba todavía vivo y en cuidados intensivos cuando llamé esta mañana —interrumpió Lawrence—. ¿Tiene más noticias?

El policía se encogió de hombros.

—Cuando vinieron los detectives para llevarse a la chica al centro, se decía que los médicos daban a Barry por muerto. El comentario de Sheila fue: «¡Pues que se joda!».

—Ay, el amor —suspiró Lawrence.

—Es algo maravilloso —asintió el policía de uniforme.

Se pararon a examinar tres casos obvios de caída fraudulenta, dos en unos supermercados y otro en un Holiday Inn, donde el reclamante era famoso por sus caídas justo al lado de máquinas de hielo que goteaban. También vieron la escena de un topetazo a cámara lenta en un aparcamiento, en el que los cinco miembros de una misma familia reclamaban una indemnización por traumatismo cervical. El último accidente era en el propio San José. De camino, Lawrence y Dar decidieron parar a comer. Al final se limitaron a detenerse un momento en un Burger Biggy de esos donde sirven en el coche, y se tomaron las hamburguesas y los batidos mientras Lawrence iba conduciendo.

—¿Y cómo crees que se relaciona el seppuku cometido por Barry con la escopeta con alguna de nuestras agencias de seguros? —preguntó Dar, entre sorbo y sorbo.

—Lo primero que ha hecho Sheila esta mañana ha sido rellenar un formulario de reclamación por el Prelude —dijo el tasador de seguros—. Ella dice que es un siniestro total... que State Farm le debe pagar un coche nuevo.

—No creo que haya sufrido tantos daños —opinó Dar—. Unos cuantos cristales rotos. Las marcas del capó. Nada que un buen lavado y un taller no puedan reparar.

Lawrence meneó la cabeza.

—Dice que está demasiado traumatizada para volver a conducir ese Prelude en la vida. Quiere que se lo reembolsen todo... lo suficiente para comprarse un todoterreno nuevo. Ya le ha echado el ojo a un Navigator.

—¿Se lo ha comentado a los de la aseguradora esta mañana, antes de ir a prestar declaración a la policía?

—Eso parece —dijo Lawrence—. Ha llamado a su agente de seguros a las cuatro de la mañana.

El último accidente se había producido también junto a unos destartalados bloques de pisos, esta vez en el mismo San José. Había agentes uniformados en la escalera y un detective de paisano con aire aburrido en el tercer piso. Y olía a muerte.

—Dios mío —exclamó Lawrence, sacándose un pañuelo del bolsillo del pantalón y colocándoselo sobre la boca y la nariz—. ¿Cuánto tiempo lleva muerto ese buen hombre?

—Desde anoche —dijo el teniente Rich, de la policía de San José—. Todo el mundo oyó el disparo hacia medianoche, pero nadie informó de ello. El apartamento no tiene aire acondicionado, así que el calor ha hecho de las suyas desde las diez de la mañana.

—¿Quiere decir que el cuerpo todavía sigue ahí? —preguntó Lawrence, incrédulo.

El teniente Rich hizo un vago gesto de impotencia.

—El forense llegó esta mañana cuando se descubrió el cadáver. La causa de la muerte se ha establecido ya. Llevamos todo el día esperando la ambulancia para que se lleve el fiambre, pero el que tiene jurisdicción en este caso es el forense del condado, y su vehículo lleva todo el día ocupado. Ha habido un follón increíble en la carretera esta mañana.

—Mierda —exclamó Lawrence. Echó una mirada a Dar y luego se volvió hacia el teniente—. Bueno, tenemos que entrar y tomar unas fotos. Tengo que realizar un bosquejo de la escena.

—¿Por qué? —protestó el detective—. ¿Qué demonios tienen que ver los seguros en este caso?

—La hermana del difunto ya ha amenazado con demandar —dijo Lawrence.

—¿A quién? —exclamó el agente Rich—. ¿Sabe cómo murió este hombre?

—Se suicidó, ¿no? —replicó Lawrence—. La demanda sería contra la siquiatra del difunto señor Hatton. Su hermana dice que el señor Hatton estaba deprimido y sufría de paranoia, y que la siquiatra no hizo lo suficiente para prevenir esta tragedia.

El detective lanzó una risita.

—No creo que eso funcione. Yo tendría que testificar ante el tribunal que la siquiatra hizo todo lo que pudo para curar a este pobre chalado. Vamos, se lo enseñaré. Pueden tomar fotos, pero no creo que quieran quedarse el rato suficiente para obtener un bosquejo detallado de la escena.

Dar siguió al policía de paisano y a Lawrence hacia el interior del pequeño y asfixiante apartamento. Alguien había abierto la única ventana que se podía abrir, pero eso era en la cocina, y el cadáver se encontraba en el dormitorio.

—Por el amor de Dios —exclamó Lawrence, de pie junto al lecho y las almohadas empapadas de sangre, observando los salpicones rojos que manchaban la cabecera de la cama y la pared—. El pobre desgraciado todavía tiene el 38 en la mano. ¿Y el forense dice que no es un suicidio?

El teniente Rich, que intentaba taparse la nariz y al mismo tiempo mantener la dignidad, asintió.

—Tenemos el testimonio de la loquera de que el señor Hatton estaba muy deprimido y paranoico, y también esquizofrénico. La siquiatra sabía que el difunto señor Hatton siempre dormía con la Smith and Wesson del 38 en la mesilla de noche, al lado de la cama. El hombre temía que la ONU planeara una invasión de Estados Unidos... ya saben: helicópteros negros, códigos de barras en las señales de la carretera para que las tropas africanas supieran dónde encontrar a los propietarios de armas... todas esas locuras. De todos modos, la siquiatra, una mujer muy atractiva, por cierto, dice que el objetivo a corto plazo de su terapia era que el señor Hatton conservara la pistola como elemento de protección.

—Pues no ha alcanzado su objetivo precisamente —dijo Lawrence, a través del pañuelo.

—La siquiatra dice que Hatton era extremadamente paranoico, pero en modo alguno suicida —continuó el detective—. Está dispuesta a declararlo. Pero ese pobre hombre tomaba cinco clases de medicamentos diferentes, entre ellos Doxepin y Flurezepam para dormir. Quedaba fuera de combate. De acuerdo con la doctora, Hatton siempre se iba a dormir a las diez y media.

—¿Y qué ocurrió pues? —dijo Lawrence mientras Dar tomaba unas fotos no digitales con una película de alta velocidad.

—La hermana de Hatton le llamó tres minutos antes de medianoche —dijo el teniente Rich—. Dice que nunca le llama tan tarde, pero que tuvo una pesadilla terrible... la premonición de su muerte.

—¿Y? —preguntó Lawrence.

—Hatton no contestó la llamada. Su hermana sabía que tomaba pastillas para dormir, así que esperó hasta las nueve de la mañana para llamar de nuevo. Finalmente llamó a la policía.

—No lo entiendo —dijo Lawrence.

Dar se agachó junto al cadáver, observó con atención el ángulo del brazo y el giro de la muñeca que el rigor mortis había inmovilizado, examinó la herida en la sien del muerto y se trasladó alrededor del lecho para husmear la almohada del lado vacío.

—Yo sí —dijo Dar.

Lawrence miró a Dar, al cadáver, luego al teniente Rich y finalmente de nuevo al muerto.

—Venga, hombre. Me tomas el pelo.

—Es lo que ha deducido el forense —dijo el detective.

Lawrence meneó la cabeza.

—O sea que... el hombre está drogado, atiborrado de pastillas para dormir, le llama su hermana porque sueña que ha muerto y el tío cree que contesta el teléfono pero en realidad coge el 38 de la mesilla de noche y se pega un tiro, ¿eh? Nadie puede demostrar una cosa semejante.

—Sí, había un testigo —dijo el teniente Rich.

Lawrence miró hacia el lado de la cama vacío, aunque revuelto.

—Ah... —exclamó, empezando a comprender la situación... al menos en parte.

—Georgio de Beverly Hills —dijo Dar.

Lawrence se volvió muy despacio y miró de hito en hito a su amigo.

—¿Me estás diciendo que ves la huella de una persona en una cama, husmeas un poco (con lo que apesta aquí dentro) y me das el nombre de un tío de Beverly Hills con el que se acostaba el señor Hatton?

El detective se echó a reír, y luego se cubrió de nuevo la nariz y la boca.

Dar negó enérgicamente.

—El perfume, hombre. Georgio de Beverly Hills —Dar se volvió hacia el agente de paisano—. Déjeme que haga una conjetura, así, al azar. Quienquiera que estuviese en la cama con el señor Hatton en el momento del accidente no apareció al principio... o bien porque es una mujer casada, o porque la situación era conflictiva para ella por cualquier otro motivo. Pero después le ha hecho una declaración a usted. Quienquiera que fuese, la encontró usted mismo esta mañana... y probablemente sin necesidad de investigar a todas las mujeres del sur de California que usan Georgio.

El detective Rich asintió.

—Dos minutos después de que apareciera el coche patrulla esta mañana vino ella y se echó a llorar, y nos lo contó.

—¿De qué habla ahora? —inquirió Lawrence.

—De la siquiatra —dijo Dar.

Lawrence echó un vistazo al cadáver.

—¿El señor Hatton se estaba tirando a su loquera?

—No en el momento del accidente —aclaró el teniente Rich—. Ya habían acabado los revolcones

por aquella noche, y el señor Hatton se había tomado su Flurezepam y su Doxepin, y los dos dormían. La siquiatra... mantendré su nombre en secreto por el momento, pero supongo que lo oirán de todos modos en las noticias de las once durante los próximos días... oyó sonar el teléfono a medianoche, oyó que Hatton trasteaba y decía: «¿Dígame?» y entonces se disparó la pistola.

—Obviamente, decidió que la discreción era lo mejor en este caso —comentó Dar.

—Pues sí —afirmó el detective—. Salió de aquí pitando antes de que la sangre le salpicara. Desgraciadamente para ella, el encargado, que es un fisgón, la vio salir con su Porsche unos cinco minutos después de medianoche.

—¿Sabe ya todo esto la hermana del señor Hatton? —preguntó Lawrence.

—No, todavía no —dijo el detective.

Dar cambió una mirada con Lawrence.

—La demanda será mucho más interesante ahora.

El detective les acompañó hasta la salida. Lawrence y Dar le siguieron aliviados. Se quedaron un rato en el porche dejando que la brisa disipara un poco el olor que impregnaba sus ropas.

—Es la misma historia que aquel viejo chiste: ¿saben cómo se quemó la oreja Helen Keller? —preguntó el teniente Rich.

—No, ¿cómo fue? —dijo Lawrence, tomando rápidas notas y dibujando en su cuaderno.

—Contestando a la plancha —dijo el teniente Rich, y se echó a reír casi histéricamente.

Lawrence y Dar no hablaron durante un rato, después de dejar San José. Finalmente, Lawrence murmuró:

—Para proteger y servir al ciudadano, ¡ja!

Cuando ya casi llegaban a San Diego, Dar dijo de pronto:

—Larry, ¿recuerdas cuando se mató la princesa Diana, hace unos años?

—Lawrence —repuso el otro—. Y claro que me acuerdo.

—¿De qué hablamos entonces... más o menos?

El corpulento investigador de seguros suspiró.

—Veamos... los primeros informes decían que el Mercedes donde iban la princesa Diana y su novio iba a más de ciento noventa kilómetros por hora. Nosotros supimos desde el principio que aquel dato, era incorrecto. Congelamos las imágenes de la tele y sacamos unas cuantas fotos fijas extraídas del telediario, ¿te acuerdas? Luego grabamos en vídeo los informes posteriores de la escena del accidente y estudiamos las fotos fijas.

—Y comprobamos que los efectos del impacto no cuadraban —dijo Dar.

—Correcto. El Mercedes golpeó aquella columna de lleno, de modo que sabíamos que los daños en la parte delantera no eran lo bastante significativos para demostrar que el coche hubiera ido a una velocidad de ciento noventa kilómetros por hora. Además, las cadenas de televisión informaron de que el coche había dado una vuelta de campana, pero cuando vimos la grabación, comprobamos que

no había tal cosa.

—Trudy y tú identificasteis el techo que faltaba mientras los equipos de salvamento se esforzaban por sacar a las víctimas, ¿verdad? —dijo Dar.

—Claro. Y tú también. Y las marcas visibles en el techo no se debían a ninguna vuelta de campana, sino al impacto de las cabezas de los pasajeros al golpear en el techo por el interior, después del choque inicial.

—Y la velocidad real del impacto que calculamos, de acuerdo con el vídeo, las heridas sufridas por los pasajeros y otros informes desde el lugar del accidente era...

—Yo dije... veamos... yo dije que era un poco más de cien kilómetros por hora. Trudy dijo ciento ocho. Creo que tú diste el número más bajo, menos de cien.

—Y cuando salió el informe definitivo, resultó que tú tenías razón —dijo Dar.

Lawrence continuó.

—Ninguno de los reporteros quiso mencionarlo, al parecer, pero todos sabíamos que la princesa Diana casi con toda seguridad habría sobrevivido al accidente si hubiera llevado el cinturón de seguridad puesto. Y todos ellos estarían vivos si el accidente hubiera ocurrido en Estados Unidos...

—¿Por qué?

—Porque tanto las normas federales como las de los diferentes estados establecen que las columnas que se encuentren en los pasos subterráneos deben estar protegidas por barreras de seguridad —dijo Lawrence—. Ya sabes todo esto, tú mismo lo mencionaste la noche del accidente. Incluso calculaste los valores de la ecuación impacto cinético-velocidad-desaceleración en tu ordenador... y demostraste que si hubiese habido una barrera de protección en lugar de una columna de cemento, el Mercedes habría rebotado en el túnel, de la barrera hacia la pared y luego al revés, perdiendo energía a medida que lo hacía. Si los ocupantes del vehículo, aparte del guardaespaldas, hubiesen ido con los cinturones puestos...

—Pero no los llevaban —dijo Dar, bajito.

—En efecto. Trudy le llama a eso el síndrome del taxi-limusina —dijo Lawrence—. Personas que nunca conducirían ni se dejarían llevar en su propio automóvil sin un cinturón de seguridad, no piensan siquiera en abrochárselo en una limusina o un taxi. Por el motivo que sea se sienten invulnerables cuando llevan un conductor de pago al volante.

—Trudy incluso recordaba un vídeo de la princesa Diana abrochándose el cinturón cuando conducía su propio coche —dijo Dar—. ¿Y de qué más hablamos entonces?

Lawrence se rascó la barbilla.

—Supongo que en algún momento me dirás a qué viene todo esto. Veamos. Estuvimos de acuerdo en que los paparazzi no tenían nada que ver con el accidente. En primer lugar, el Mercedes podía haber dejado atrás fácilmente a las motos de los paparazzi. En segundo lugar, podría haberles atropellado y pasarles por encima sin notar ni una sacudida. Pero todos sospechábamos que se hallaba implicado un segundo vehículo... es decir, un segundo automóvil. Que el conductor dio un viraje brusco en el túnel y perdió el control tratando de no darle a otro coche.

—Cosa que resultó cierta —dijo Dar.

—Sí. Y estábamos seguros de que descubrirían que el conductor, según la ley, estaba borracho.

Dar asintió.

—¿Por qué habíamos pensado eso?

—Porque era francés —dijo Lawrence. Lawrence no viajaba a ningún lugar del mundo donde la gente no hablara inglés. Como norma general, tampoco le gustaban los franceses.

—¿Y por qué más? —dijo Dar.

—Ah, creo que fue Trudy quien dijo que el viraje hacia la izquierda después de entrar en el túnel, el que les mandó directamente hacia la columna, casi con toda seguridad tenía que ser una maniobra evasiva, y que niagún conductor competente (o sobrio) podía llevarla a cabo a cien kilómetros por hora sin perder el control de ese Mercedes. Después de todo, el coche trataba de ayudar al conductor a mantener el control.

—Así que nosotros tres teníamos razón acerca de los detalles del accidente, incluso en lo del hipotético coche que también estaba implicado —dijo Dar—. Pero ¿recuerdas alguna otra reacción por nuestra parte?

—Ah, sí, recuerdo que estuvimos pendientes de Internet y de las publicaciones profesionales durante un tiempo —dijo Lawrence—. Las noticias fueron llegando a través de esas vías (o por comentarios de otros investigadores de seguros) mucho antes de que las averiguaran las cadenas de televisión o los periódicos.

—¿Recuerdas que llorase alguno de nosotros? —dijo Dar.

Lawrence apartó los ojos del tráfico y miró a Dar durante lo que pareció un largo rato. Luego volvió a mirar a la carretera.

—¿Quieres quedarte conmigo o qué?

—No, estoy tratando de averiguar cuál fue nuestra reacción emocional.

—Todo el mundo se puso como loco —dijo Lawrence, con evidente disgusto—. Recuerdo las imágenes en televisión de largas colas de gente sollozando (gente adulta, ¿eh?) delante del consulado británico en Los Ángeles... Hubo servicios religiosos a mansalva, y entrevistas con gente de la calle idiota y lloriqueante. por televisión, más de las que recuerdo haber visto desde que mataron a Kennedy. Más incluso que con Kennedy. Era como si se le hubiera muerto a todo el mundo su tía favorita, su mujer, su madre, su hermana o su novia. Fue una locura. Una barbaridad.

—Sí —dijo Dar—, pero, ¿cómo reaccionamos nosotros tres?

Lawrence volvió a encogerse de hombros.

—Supongo que Trudy y yo sentimos mucho que muriera. Es triste cuando muere una persona joven. Pero por el amor de Dios, Dar, no era algo personal. Quiero decir que no conocíamos a esa mujer. Además, nos sentíamos un poco irritados por lo descuidada que había sido, tanto ella como su novio Dodi, al dejar que condujera un hombre bebido, por jugar a conducir deprisa sólo para librarse de unos pocos fotógrafos de mierda, y por pensar que estaban tan por encima de las leyes de la física que no necesitaban llevar los cinturones abrochados.

—Sí —dijo Dar, y se quedó callado un momento—. ¿Recuerdas cuando se empezaron a oír teorías de una conspiración en relación con su muerte?

Lawrence se echó a reír.

—Sí... diez minutos después de que se dieran las primeras noticias. Recuerdo que después de que tú resolvieras las ecuaciones cinéticas, entramos en Internet para buscar más datos y ya había gente dale que te pego diciendo que se los había cargado la CIA o el Servicio Secreto británico o el israelí. Chorradas.

—Sí —admitió Dar—. Pero nuestra reacción fue de... ¿de qué?

Lawrence volvió a fruncir el entrecejo.

—De interés profesional —dijo—. ¿Qué pasa, hay algún problema o qué? Era un accidente interesante, y los medios de comunicación dieron los detalles equivocados, como suelen hacer. Resultó divertido averiguar lo que había ocurrido de verdad. Nosotros teníamos razón... desde lo del coche fantasma y el alcohol hasta la velocidad del impacto. No nos vimos envueltos en la orgía de llanto y dolor que se extendió por todas partes porque era sencillamente un asqueroso culto a la fama, alentado por los medios de comunicación. Si yo quiero llorar por los muertos, voy y visito la tumba de Illinois donde reposan los restos de mis padres. ¿Por qué? ¿Hay algo malo en eso, Dar? ¿Reaccionamos equivocadamente, acaso? ¿Es eso lo que me quieres decir?

Dar negó con la cabeza.

—No —dijo. Y al cabo de un momento, insistió—: No, no reaccionamos mal, en absoluto.

De vuelta a su loft aquella noche, Dar no podía concentrarse. Ninguno de los accidentes que habían investigado Lawrence y él aquel día necesitarían demasiado trabajo de reconstrucción. Los accidentes con armas de fuego eran un poco fuera de lo común, pero no demasiado. Tres semanas antes, Dar y Lawrence habían investigado una reclamación en la cual un adolescente de la ciudad se había metido en la pretina del pantalón un revólver cargado que le había volado gran parte de los genitales. La familia iba a demandar a la escuela del distrito, aunque el chico, que iba a noveno curso, había hecho novillos aquel día. La madre y el novio de turno alegaban, en la reclamación de dos millones de dólares, que la escuela tenía la obligación de asegurarse de que el chico, de dieciséis años, asistía a clase.

Dar tenía veinte proyectos más en los que podía trabajar, pero se dedicó a vagar por el apartamento, sacar libros de los estantes y volverlos a meter, bajar su correo electrónico y poner al día sus partidas de ajedrez. De las veintitrés partidas que tenía en marcha sólo dos requerían auténtica concentración. Un estudiante de matemáticas de Chapel Hill, de Carolina del Sur, y un matemático y financiero estratega de Moscú (¡un estratega financiero en Moscú!) le estaban dando problemas de verdad. Su amigo de Moscú, Dimitri, le había derrotado ya dos veces y una vez habían quedado en tablas. Dar leyó el correo electrónico, fue al tablero que tenía montado con aquella partida, movió el rey blanco, que era el de Dimitri, y arrugó la nariz al ver el resultado. Aquello habría que pensarlo muy bien.

De repente, llamó Sydney.

—Hola, esperaba encontrarte en casa. ¿Te molestaría tener un poco de compañía?

Dar dudó una fracción de segundo.

—No... Quiero decir que claro que no. ¿Dónde estás?

—En el vestíbulo de tu edificio —dijo Syd—. Tu protección policial ni siquiera nos ha visto cuando hemos entrado por la puerta de atrás... y con un paquete sospechoso.

—¿Nos? —interrogó Dar.

—He traído a un amigo —explicó Syd—. ¿Llamo a la puerta?

—¿Por qué no dejas que la abra sin más? —dijo Dar.

Syd llevaba un paquete sospechoso, verdaderamente. Dar supuso que era un rifle o una escopeta envuelta en una lona. Su amigo era un hombre latino extraordinariamente guapo, unos pocos años más joven que Dar y Syd. No era demasiado alto, pero tenía la prestancia muscular de un bateador. Llevaba el cabello negro y ondulado peinado hacia atrás, era esbelto y vestía con soltura unos pantalones color caqui, una cazadora del mismo color y una camisa gris tipo polo, y aunque llevaba botas camperas, el efecto era natural, como si fuera el calzado más adecuado para él, exactamente lo contrario de lo que ocurría con las botas de Dallas Trace. Se presentó como Tom Santana y el apretón de manos que le dio era también lo contrario del de Dallas Trace: mientras Trace había intentado impresionarle con un intenso apretón, casi doloroso, Santana era, sin lugar a dudas, un hombre muy fuerte con la contención de modales de un verdadero caballero.

—He oído hablar mucho de usted, doctor Minor —dijo Tom—. Su trabajo de reconstrucción es muy admirado. Me sorprende que no nos hayamos conocido antes.

—Llámame Dar —dijo éste—. Y la verdad es que no salgo mucho. Pero sí que me suena el nombre de Tom Santana. Empezaste con la Unidad de Colisiones de la Policía de Tráfico de California, y luego pasaste a la División de Fraude en el noventa y dos, trabajando en secreto, ¿verdad? Desmantelaste las redes camboyanas y vietnamitas de fraude de seguros en el noventa y cinco y llevaste a la cárcel a una serie de abogados...

Santana sonrió. Tenía una sonrisa de galán de cine, pero sin presunción.

—Y antes de eso, a los húngaros, que fueron los que se inventaron toda la trama del fraude en California —dijo, con una franca risa—. Mientras los húngaros, los vietnamitas y los camboyanos trabajaban con los de su propio grupo étnico, no podíamos meterles mano. Pero cuando empezaron a reclutar mexicanos como «toros y vacas»... entonces yo pude infiltrarme.

—Pero ya no estás infiltrado —observó Dar.

Tom meneó la cabeza.

—No, soy demasiado conocido ya para eso. Los últimos dos años he dirigido el GESIF... El año pasado trabajé ocasionalmente con Syd.

Dar sabía que GESIF eran las iniciales del Grupo Especial del Servicio de Información contra el Fraude. Y aquel hombre y Syd se trataban el uno al otro de una forma que... Parecían encontrarse tan a gusto juntos... Se sentaban con tanta comodidad en el sofá de piel, el uno al lado del otro, no demasiado cerca, pero tampoco demasiado lejos... Dar no sabía qué demonios significaba todo aquello, pero se sentía irritado consigo mismo por sentirse molesto. ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a la investigadora Olson? ¿Cinco días? ¿Esperaba acaso que no hubiera tenido una vida propia antes? ¿Y antes de qué, en resumidas cuentas?

—¿Algo de beber? —ofreció, dirigiéndose hacia el antiguo fregadero que usaba como bar.

Ambos rehusaron.

—Todavía estamos de servicio —dijo Tom.

Dar asintió y se sirvió un chupito de whisky escocés de malta, luego se sentó en la silla Eames, enfrente de ellos. La última luz del atardecer se filtraba a través de las altas ventanas y proyectaba sobre ellos unos suaves y movibles trapecios dorados. Dar fue bebiendo el whisky, miró el envoltorio de lona y dijo:

—¿Es para mí?

—Sí —afirmó Syd—. Y no digas que no antes de oírnos.

—No.

—Maldita sea —exclamó ella—. Eres muy tozudo, Dar Minor.

Dar bebió y esperó.

—Al menos nos escucharás, ¿no? —pidió Syd.

—Claro.

La jefa de investigadores suspiró y dijo:

—Voy a tomar un trago, aunque esté de servicio... No, no te levantes, Dar. Ya sé dónde está el whisky. Sigue tú, Tom.

Tom Santana movía las manos para dar énfasis a su discurso.

—Syd me dice que se ha sentido usted utilizado, doctor Minor...

—Dar.

—Dar —continuó Tom—. Y en cierta manera es así. Ambos nos disculpamos por ello. Pero los rusos hicieron un movimiento en tu contra, y eso ha sido la brecha más importante que hemos tenido en el caso de la Alianza.

Syd volvió al sofá con su vaso de whisky y se volvió a instalar en los cojines.

—Hemos estado vigilando a una docena de abogados importantes de todo el país... y me refiero a gente importante de verdad, hombres famosos, al menos media docena de ellos en California y el resto en lugares como Phoenix, Miami, Boston, Nueva York...

—Incluido Dallas Trace —aventuró Dar.

—Eso creemos —asintió Tom.

Dar tomó un sorbo de malta antes de continuar hablando. La luz incidía en el whisky y éste desprendía reflejos ambarinos.

—¿Por qué se iban a arriesgar de tal modo esos abogados, si tienen tanto o casi tanto éxito como Trace y pueden ganar millones de dólares legalmente?

Las manos de Tom se dispararon hacia adelante como un jugador de béisbol que intenta atrapar una pelota difícil.

—Al principio tampoco podíamos creerlo. Algunos quizá por motivos personales... como la implicación de Espósito en la muerte del hijo de Dallas Trace, Richard... pero en su mayor parte, eran asuntos de negocios. Ya sabes que cada año se mueven miles de millones de dólares en las «fábricas de accidentes» y las reclamaciones fraudulentas. Esta... alianza de abogados de alto nivel está eliminando al parecer a los intermediarios.

—¿Eliminándolos literalmente? —inquirió Dar—. ¿Por ejemplo, asesinandolos?

—A veces —accedió Syd. Parecía cansada. La luz del atardecer que le iluminaba el rostro revelaba unas arrugas que Dar no había observado antes—. Gennie Smiley y Donald Borden, por ejemplo... No les hemos encontrado en San Francisco, ni en Oakland. Ni en ninguna parte.

Dar asintió.

—Puedes intentarlo en la mismísima bahía —miró a Syd—. Así que cuando los rusos me dispararon, me metiste en esto porque esperabas que yo consiguiera desenmascarar a Dallas Trace de alguna manera, ¿no? ¿Por qué? ¿Porque sabías que fui yo quien hice la reconstrucción en cinta?

Syd se inclinó hacia adelante rápidamente, con una expresión en su rostro que podría calificarse de preocupación o incluso de dolor.

—No, Dar. Te lo juro. Yo sabía que Dallas Trace había visto las pruebas de que su hijo había sido asesinado... entrevistamos a los detectives Fairchild y Ventura porque resultaba raro que la unidad de homicidios hubiera relevado a la unidad de accidentes en la investigación... pero te juro, te prometo que yo no sabía que habías hecho esa reconstrucción en vídeo hasta que me la enseñaste allí, en la cabaña —Tom seguía callado, mirando al mío y al otro como si tratara de entender qué era aquella tensión que había llenado la habitación de repente.

—¿Y por qué me llevaste a enfrentarme a Dallas Trace? —preguntó Dar al cabo de un momento.

Syd dejó su whisky en la mesita de café, hecha de madera rugosa.

—Porque la cinta era muy buena —dijo—. Ningún hombre en su sano juicio podría ver aquello y no creer que su hijo había sido asesinado. Yo estaba dispuesta a concederle a Dallas Trace el beneficio de la duda, hasta ayer. Pero una vez vio la reconstrucción en vídeo y nos echó de su despacho, supe que estaba metido hasta el cuello en todo el asunto.

Dar suspiró.

—¿Y qué narices quieres que haga ahora?

—Ayudarnos —intervino Tom Santana—. Seguir trabajando con Syd. Usar tu talento para las reconstrucciones para llegar hasta el fondo de esa conspiración de la Alianza.

Dar no respondió.

Syd se volvió hacia Tom Santana.

—Dar no cree en conspiraciones.

—Yo no dije eso —espetó Dar—. Dije que no creía en las conspiraciones «con éxito». Al cabo de un tiempo acaban por derrumbarse, debido al peso de su propia ignorancia o porque la gente implicada es demasiado idiota, o no saben mantener la boca cerrada. Ese rollo de los Hermanos de los Desamparados...

—No es ningún rollo —dijo Tom—. Las cosas están cambiando. Se está convirtiendo en algo muy serio. En lugar de choques simulados en las calles de la ciudad, empiezan a verse accidentes mortales en las carreteras...

—Y en obras —añadió Syd.

—Siguen reclutando gente para el rollo de costumbre: topetazos, reclamaciones por traumatismos cervicales —continuó Tom—. Pero al final mueren, y los tíos como Espósito y Dallas Trace están haciendo mucho más dinero que nunca con ellos.

—Espósito ya no podrá hacer más dinero —murmuró Dar

Syd se inclinó hacia adelante, con las manos entrelazadas

—¿Te unes a nosotros, por favor, Dar? ¿Nos ayudarás en esto proyecto?

Dar los miró a los dos, allí sentados en el sofá, tan cómodos el uno con el otro.

—No —dijo.

—Pero... —empezó Tom.

—Si dice que no, es que no —le interrumpió Syd. Sacó una pistola semiautomática de la cartuchera que llevaba debajo de la americana ancha. Parecía su pistola de nueve milímetros, pero tenía sitio en la recámara para una munición más pesada—. ¿Te resulta familiar esto, Dar?

—¿Una pistola? —dijo Dar—. He visto una en la mano de un muerto esta misma mañana.

Syd pasó por alto su sarcasmo.

—Este tipo de Sig Pro, quiero decir.

Dar miró la pequeña semiautomática con evidente disgusto.

—Ya sé que has visto Sig-Sauers —dijo Syd—. Es el nuevo diseño a base de polímeros de Sig Arms. Muy pequeña y muy ligera. —Dejó la pistola encima de la mesa—. Vamos... cógela, pruébala.

—Acepto tu palabra —dijo Dar.

—Mira, Dar —empezó Syd, y se detuvo, como si estuviera luchando por controlar su voz—. Nosotros no te metimos en esto. Cuando esos detectives del Departamento de Policía de Los Angeles (y creemos que ambos están comprados) le enseñaron a Trace la reconstrucción del vídeo que tú habías hecho del accidente... bueno, por eso mandaron a los rusos a por ti.

—Estamos seguros de que la Alianza ha enviado a algunos personajes importantes de la mafia rusa para imponer su dominio en la estafa a gran escala —dijo Tom Santana con suavidad, despacio—. Tenemos pruebas de que el propio Dallas Trace ha contratado a un ex agente de la KGB como ejecutor principal... un miembro de la Organizatsiya, el sindicato del crimen organizado de Rusia. Este ejecutor trae más sicarios de la mafia rusa a medida que los va necesitando.

—¿Y crees que esta pequeña Sig Pro de polímeros va a representar alguna diferencia?

—Puede significar una diferencia primordial —dijo Syd, ahora con la voz llena de ira—. Ya has visto lo fácilmente que hemos entrado Tom y yo en tu edificio. Sólo hay un coche de la policía de San Diego aparcado al otro lado de la calle, pero esos tíos están cansados y probablemente medio dormidos ahora mismo. —Sacó el cargador de la pistola y lo colocó a un lado, sacudiendo la

semiautomática para que viera que no tenía balas en la recámara—. Ésta es mi arma personal, Dar. Este tipo de Sig Pro dispara munición del calibre 40 de Smith and Wesson, y es la semiautomática más precisa que existe en el mercado. El Servicio Secreto de Estados Unidos prefiere este tipo de armas... La Sig Pro se adapta perfectamente al objetivo y coloca las balas justo allí donde uno las quiere poner.

—En otro ser humano —comentó Dar.

Syd no le hizo caso. Quitó la lona del envoltorio grande.

—La pistola sería para protección personal tuya cuando estés solo, y fuera de casa —continuó—. He obtenido un permiso para ti, pero no te arrestarán lleves lo que lleves. Y en cuanto al apartamento y la cabaña...

—Una escopeta.

—Ya sé que estuviste en los marines —dijo Syd—. Y que recibiste entrenamiento para usar armas...

—Hace más de un cuarto de siglo.

—Eso es como ir en bicicleta —afirmó Tom Santana, sin rastro alguno de ironía en su voz.

—Tenías una Savage 410 en determinado momento —continuó Syd—. Probablemente reconocerás esta escopeta. Es un clásico.

—Una Remington de repetición modelo 870, calibre doce —dijo Dar, sin expresión alguna—. Sí, las he visto.

Syd buscó en su bolso, sacó dos cajas de munición y las dejó en la mesa de centro. Dar vio que una de las cajas contenía balas de Smith and Wesson del calibre 40, y la otra era una caja amarilla de cartuchos del 00.

La jefa de investigadores hizo una seña hacia la puerta principal.

—Si entra por esa puerta alguien que no te gusta, Dar, sólo con apretar el gatillo soltarás nueve proyectiles de plomo del calibre 33 a una velocidad de boca que oscila entre trescientos treinta y trescientos noventa metros por segundo. Eso significa tanto plomo en el aire como ocho balas de una semiautomática de nueve milímetros.

—Fuego a corto alcance —dijo Tom Santana—, con mucha velocidad de caída y menos riesgo de exceso de penetración que la mayor parte de las armas de fuego. Por eso la policía la prefiere en situaciones de proximidad. Y por debajo de... digamos veinticinco metros, es casi imposible fallar.

Dar no dijo nada. Los tres se quedaron sentados en silencio durante algunos minutos. La luz del sol había desaparecido.

—Dar —dijo Syd al fin, inclinándose sobre la mesa para tocarle la rodilla—, si no vas a trabajar con nosotros, ni dejarme que esté por aquí contigo, entonces necesitarás una protección adicional.

Dar negó con la cabeza.

—No, la pistola no. Eso es definitivo. Guardaré la escopeta debajo de la cama.

La jefa de investigadores Olson y el inspector Santana se miraron. Luego Syd cogió la Sig Pro y la

munición y se las guardó en el bolso.

—Gracias por conservar al menos la escopeta, Dar. El cargador alberga cinco cartuchos, y el mecanismo de repetición....

—Ya he disparado una Remington 870 —le interrumpió Dar—. Es como ir en bicicleta. —Se puso de pie—. ¿Algo más?

Syd y Tom le estrecharon la mano al llegar a la puerta, pero ninguno de los dos dijo nada hasta que Tom le tendió a Dar una tarjeta suya.

—Me puedes encontrar en el último número a cualquier hora del día o de la noche —dijo el investigador del GESIF.

Dar se metió la tarjeta en el bolsillo de los pantalones, pero dijo:

—Ya tengo la tarjeta de Syd por ahí en algún sitio.

Durante una hora después de irse ellos, Dar fue dando vueltas por al apartamento, sin encender siquiera las luces. Metió la escopeta y las municiones debajo de la cama y volvió a la zona de estar, inquieto. Se sirvió otro whisky y se quedó contemplando las luces de la ciudad que brillaban allá abajo y el lento movimiento de los barcos en la bahía. Los aviones aterrizaban y despegaban desde el aeropuerto Lindbergh, con una decisión y una energía que Dar no compartía en absoluto.

Se acabó la bebida y entró de nuevo en el cubículo donde se encontraba su dormitorio. En el baño, abrió la ducha y se metió debajo del agua caliente durante varios minutos, dejando que esta se llevara el sopor producido por el whisky.

Salió al oscuro dormitorio secándose el corto pelo con la toalla. Encendió la luz. El dormitorio era un recinto separado del resto mediante estanterías de libros, pero el vestidor formaba una habitación cerrada y en la puerta Dar tenía un espejo grande que había pensado desmontar. Ahora le devolvía su propio reflejo.

«¿Hay algo que tenga un aspecto más triste que un hombre de mediana edad desnudo?», pensó Dar. Se dirigió hacia la puerta del vestidor para apartar aquel espejo de la vista abriendo la puerta, y para sacar un pijama, cuando sonó el primer disparo. El espejo se hizo añicos. Los fragmentos de cristal hirieron el pecho y la cara de Dar. Retrocedió unos pasos tambaleándose y tiró la lámpara que había encima de una cajonera baja.

En la oscuridad sonó un segundo disparo.

«M de misterio»

Había tantos policías en el piso de Dar que aquello parecía una tienda de dulces a la salida de un colegio.

El equipo de balística intentaba reconstruir el ángulo preciso de las dos balas que habían atravesado las altas ventanas del lado norte hasta el punto de impacto. Habían clavado a toda prisa unas sábanas y lienzos de pintor en las demás ventanas. En la habitación se encontraban media docena de agentes uniformados y otras personas de paisano. El agente especial Jim Warren era el representante del FBI, y también estaba su ayudante, una mujer bajita y llena de energía. El capitán Hernández, del Departamento de Policía de San Diego, estaba allí también con seis u ocho de sus habituales acompañantes, así como el capitán Sutton, de la Policía de Tráfico de California. Syd Olson y Tom Santana también habían acudido, y estaban sentados en el sofá de piel mirando el rifle colocado sobre la mesita baja.

—Nunca había visto un rifle semejante —dijo uno de los agentes de la Policía de Tráfico de California. El hombre se estaba tomando un café en una de las tazas blancas de Dar.

—Es una versión civil de uno de los rifles que usaría un francotirador de los Cuerpos Especiales.

—¿Sabemos cuál es la marca? —preguntó el capitán Hernández.

—Lo conozco —dijo Tom Santana—. Se presentó en un feria de Seattle hace unos años. Es un Tikka 595 Sporter con una mira Weaver T32.

—¿A qué distancia estaba el tejado? —preguntó el enpi Sutton.

—Casi a setecientos metros hacia el norte —dijo Sul—. Realmente, vi el primer fognazo y ya estaba de camino antes de que se produjera el segundo disparo —hizo una seña hacia los policías uniformados que tomaban unos refrescos en la zona de la cocina—. Yo estaba vigilando en la colina que queda por encima del edificio, de modo que avisé por radio al coche de policía que había enfrente para que vinieran a ver al doctor Minor mientras yo salía en persecución del asaltante.

—Pero no sabía lo de la escalera de incendios —dijo el agente especial Warren.

—No —admitió Syd—. Subí por la escalera principal y al tejado tan rápido como pude. Ví al sospechoso en el segundo nivel de la escalera de incendios y bajando todavía. Le disparé dos veces, pero fallé.

—Uno de ellos era un disparo de advertencia, supongo —dijo el capitán Hernández, secamente.

—Los disparos consiguieron que el asaltante dejara caer el pesado rifle que llevaba en el contenedor que había debajo de la escalera de incendios —dijo Tom Santana—. Pero luego el hombre llegó hasta su coche y se fue antes de que la investigadora Olson pudiera acceder a la escalera de incendios.

—¿No identificó el coche, Syd? —preguntó el capitán Hernández.

—No llevaba placas de matrícula. Era americano. Compacto. Y se había ido hacia rato cuando bajé por la escalera de incendio.

—¿Falló usted desde tres pisos por encima del asesino —dijo el capitán Sutton—, y en cambio el francotirador acertó en su objetivo desde setecientos metros de distancia... con una llovizna ligera? Increíble.

—No es tan increíble —dijo Syd—. El tirador llevaba un cierto tiempo ahí fuera, esperando a que el doctor Minor encendiera una luz. Incluso había arrastrado dos sacos de arena para crear un ángulo de tiro perfecto. Habrá observado que la cantonera de la culata de madera de esos rifles estilo militar es ajustable... Nuestro hombre tuvo tiempo de ajustar los tornillos de modo que la cantonera quedase levantada, y así pudo obtener la altura perfecta para su ángulo de tiro.

—No hay huellas dactilares —dijo uno de la policía científica.

Syd y los demás dirigieron al hombre una mirada cansada.

—Por supuesto que no —dijo el capitán Hernández—. Estamos tratando con un profesional.

Uno de los expertos en balística se acercó al rifle.

—Es un tiro notable, desde seiscientos ochenta metros. Hemos calculado que el primer disparo iba dirigido exactamente al corazón. Hemos extraído el casquillo de la pared posterior del vestidor. El tirador ha usado cargas de Winchester 748 del cuarenta y cinco.

—Ya lo sabemos —dijo Syd—Todavía quedaban tres cartuchos en la recámara, que admite cinco, al recuperar el arma. No había casquillos en el lugar del disparo.

—Accionadas por cerrojo —continuó el hombre de la policía científica, impertérrito—. Se ha guardado los casquillos de los dos primeros disparos, pero el segundo lo ha efectuado a menos de dos segundos del primero. Y habría atravesado directamente el cráneo del doctor Minor si éste hubiera caído al suelo tal como esperaba. Y además...

—Por favor, ¿quiere dejar de hablar del «doctor Minor» en tercera persona? —dijo Dar, irritado—. Estoy aquí. —Estaba sentado en su silla Eames, vestido con un albornoz verde que no cubría todos los vendajes que le habían aplicado los enfermeros de la ambulancia en el pecho y el cuello por los cortes de los cristales.

—Pero no estarías aquí —añadió Syd—, si el tirador no hubiera apuntado a tu reflejo en el espejo, en lugar de apuntarte directamente a ti.

—Pues qué suerte he tenido —exclamó Dar.

—Sí, muchísima, la verdad —replicó Syd, con aire ofendido—. Si no hubiera sido por esa llovizna y por la niebla que subía del mar esta tarde, esa neblina leve, la mira le habría dicho al tirador que lo que veía era tu reflejo en el espejo y no un blanco de carne y hueso. Aun desde casi un kilómetro de distancia, ese tipo te metió una bala justo en el corazón.

—En el espejo —corrigió Dar—. Son siete años de mala suerte. —Bebió un poco de té caliente e hizo una pausa, mirándose la mano que sujetaba la taza. Le temblaba ligeramente. Qué interesante—. ¿Y por qué estaba usted vigilando ahí fuera, investigadora Olson?

Syd entrecerró los párpados.

—Que no quisieras ayudarnos a coger a esos hijos de puta no significa que te fuera a dejar sin protección.

—Pues no me protegiste demasiado, ¿no? El tipo ha conseguido dispararme dos veces... Por cierto, ¿estás segura de que era un hombre?

—Corría como un hombre —afirmó Syd—. Iba vestido con una cazadora y una gorra de visera. De altura normal, más bien delgado. No le vi la cara, y estaba demasiado oscuro para discernir su raza o nacionalidad.

El capitán Hernández trajo una silla de la cocina y la colocó en el círculo que se había formado en torno a la mesa de café. Apoyó la barbilla en el antebrazo y dijo:

—¿Forma parte del procedimiento normal, investigadora Olson, que los agentes de la oficina del fiscal salgan corriendo detrás de los tiradores solos... sin esperar refuerzos?

Syd le sonrió.

—No, capitán, claro que no. Pero Tom me respaldaba, y él y yo íbamos a hacer turnos durante unas cuantas noches. Estoy segura de que mis superiores en Sacramento me recordarán cuál es el procedimiento adecuado.

—Bien —dijo Hernández—. ¿Y cómo queda la investigación, después de todo esto?

Jim Warren, del FBI, se puso en cuclillas junto a la mesita baja.

—Bueno, no tenemos huellas, no tenemos descripción del tirador, ni la matrícula de su coche, pero sí que tenemos su arma. La mira Weaver no es demasiado inhabitual, pero no se venden demasiados Tikka 595 por aquí. Y aunque en una investigación preliminar no hayan aparecido huellas en los tres cartuchos que quedan en la recámara, quizás el laboratorio del FBI encuentre algo. Suelen hacerlo. Y podríamos seguir la pista a las cargas Winchester 748 MatchKing 8thp... No se trata de una munición vulgar de caza, precisamente.

Hablaron de más cosas. Dar se acabó el té y se quedó medio adormilado, notando todavía el dolor de los cortes y de la inyección antitetánica, pero aun así con sueño. Lawrence y Trudy llamaron a las dos de la mañana (estaban conectados a una red de seguridad) y a Dar le costó mucho trabajo conseguir que no se presentaran allí.

Amanecía ya cuando los últimos policías se fueron. Ahora tenía dos coches sin marcas de la policía de San Diego haciendo guardia, un coche patrulla de Tráfico dando vueltas por allí y, apenas visible, un policía uniformado y con un rifle que se encontraba apostado en el tejado del edificio desde el que le habían disparado, un antiguo almacén que estaba dos manzanas al norte. Dar no creía que el asesino volviera por el momento.

Al final sólo quedaron Tom Santana y Syd Olson. Ambos parecían muy cansados.

—Dar —dijo Syd, poniéndole una mano en la rodilla.

Dar se despertó de golpe. De pronto fue plenamente consciente de la presión de la mano de Sydney Olson, de la presencia del otro hombre y del hecho de que sólo había tenido tiempo de ponerse el albornoz cuando llegó la policía.

—¿Eh?

—¿Cambia algo esto?

—Que te peguen unos tiros siempre cambia las cosas —admitió Dar—. Si esto continúa así, me volveré un hombre religioso.

—Joder, deja de hacer bromitas, hombre. ¿Pensarás en serio en la posibilidad de que te ayudemos? Sería la única forma de garantizar tu seguridad y eliminar a esos hijos de puta.

—¿A todos ellos? —exclamó Dar—. ¿Crees que los puedes pillar a todos? Tom, ¿cuántos tapaderas, toros y vacas y trabajadores sanitarios y otros abogados estaban implicados en la operación vietnamita que desmantelaste hace unos años?

—Unas cuarenta y ocho personas —dijo Tom Santana.

—¿Y contra cuántos de ellos se formularon cargos al final?

—Contra siete.

—¿Y con cuántos acabaste?

—Con cinco... pero eso incluye a ambos abogados, el único médico auténtico de todo el montaje y el principal tapadera.

—Y salieron al cabo de... ¿cuánto? ¿Dos años? ¿Tres?

—Sí —admitió Tom—, pero los abogados ya no tienen licencia para ejercer, el médico ha tenido que trasladarse a México y el jefe todavía está en libertad condicional. Ya no montan accidentes falsos.

—No —dijo Dar—. Y ahora tenemos la Alianza y la Organizatsiya. El juego nunca cambia... sólo las caras.

Santana se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.

—No te olvides de poner la barra en su sitio —dijo Syd, y se volvió, siguiendo a Santana hacia el ascensor.

Dar la cogió por la muñeca.

—Syd... Gracias.

—¿Por qué? —dijo ella, mirándole fijamente a los ojos—. ¿Por qué?

Pero se fue sin esperar la respuesta.

Reinaba una extraña oscuridad en el edificio, aunque había salido el sol, a causa de las lonas que tapaban las ventanas. Dar tomó nota mentalmente de que debía colocar unas cortinas tan pronto como pudiera. Volvió al dormitorio, se quitó el albornoz y se metió debajo del edredón. Pensaba que se iba a dormir en seguida, pero se quedó allí echado un rato, contemplando la luz del sol que se filtraba e iluminaba el alto techo.

Al final se durmió. Sin sueños.

«N de niños»

El miércoles fue un día perdido. Dar durmió solo unas horas, porque dormir con luz diurna le dejaba mal cuerpo. Cuando se levantó, localizó en las páginas amarillas a un instalador de cortinas que podía colocarlas de inmediato, y esperó que llegaran, trasteando por el apartamento. No le asustaba salir, al menos no creía estar asustado, pero tampoco estaba dispuesto a hacerlo sin tener un buen motivo para ello.

Lawrence llegó hacia el mediodía trayendo comida caliente, para asegurarse de que Dar no le ocultaba ninguna horripilante herida de bala. Dijo que tenía que ir a trabajar «en el centro», lo cual significaba en San Diego y normalmente quería decir que testificaba en el Tribunal de Justicia. Explicó que debía quedarse en la ciudad hasta tarde, y preguntó a Dar si podía quedarse a dormir en su sofá. Dar sospechaba que su amigo en realidad quería vigilarle, pero no podía decir que no.

Cuando Lawrence se fue y acabaron su trabajo los instaladores de las persianas venecianas, Dar repasó sus casos pendientes, envió por correo electrónico los movimientos de ajedrez a todos sus oponentes excepto a Dimitri en Moscú, y al final acabó en el dormitorio, de rodillas, sacando la Remington 870 y la caja de munición de debajo de la cama. Colocó cinco de los cartuchos en el fondo de la recámara y luego se puso el arma sobre las rodillas. Las letras grabadas en el costado izquierdo, por encima y en la parte frontal de la guarda del gatillo, rezaban: Remington 870 EXPRESS MAGNUM, designando por tanto una escopeta fabricada después de 1955, año en el que la Remington modificó la 870 para que aceptara los nuevos cartuchos magnum de tres pulgadas además de los anteriores, del calibre 12 y de dos pulgadas y tres cuartos. Dar tocó el seguro del mecanismo de repetición (un pequeño pestillo situado en la parte delantera izquierda de la guarda del gatillo), accionó el mecanismo una vez, alojando un cartucho en la recámara, y luego apretó el botón de seguridad del cerrojo, en la parte trasera de la guarda del gatillo. El contacto acerado del arma y el olor del aceite de engrasar le recordaron a Dar su niñez, las cacerías de patos y faisanes con su padre y sus tíos en el sur de Illinois, y las frescas mañanas del otoño, los frágiles tallos del maíz y los obedientes sabuesos trotando ante ellos.

Dar volvió a colocar el arma debajo de la cama y cerró los ojos. Se le representaban imágenes que pasaban como un relámpago, no imágenes recientes, no la rotura del espejo, sino imágenes de zapatos desperdigados por la hierba, zapatos de todas clases, desde pulidos mocasines de hombre hasta zapatillas deportivas de niño o sandalias femeninas. Después de cada accidente aéreo, lo primero que ven los investigadores (antes incluso de notar el hedor del combustible derramado, ver los trozos de metal ardiente o los fragmentos de cuerpos) son los cientos de zapatos que parecen arrojados al azar en torno al lugar. Dar se daba cuenta de la terrible energía cinética que se desencadena en un impacto de ese tipo porque los zapatos, aunque estuvieran bien atados, casi nunca quedaban unidos al cuerpo. De alguna manera aquello le parecía una indignidad postuma. Dar recordaba los zapatos que vio en la investigación de Richard Kodiak, es decir, Richard Trace. El zapato derecho del joven había quedado completamente fuera del pie, pero en el lugar equivocado: Gennie Smiley había hecho retroceder la furgoneta demasiado la segunda vez que le había atropellado. «El chico es un inútil, no sabe ni atarse los zapatos». Dar se imaginaba a Dallas Trace diciendo aquello a algunos de sus

amigos del club de campo.

Según iba cayendo la noche, se dirigió hacia las estanterías y cogió un volumen con textos estoicos muy manoseado. Empezó con Epicteto, pero en seguida pasó a Marco Aurelio, al libro XII de las Meditaciones. Dar había leído y releído los pasajes tan a menudo a lo largo de los últimos diez años que algunas de las frases habían adquirido la familiaridad repetitiva de un mantra:

Son tres las cosas de las que estáis compuestos: un pequeño cuerpo, un pequeño aliento (la vida), inteligencia. De estas tres, dos son vuestras, en tanto vuestro es el deber de cuidarlas, pero la tercera os pertenece por entero. Por tanto, si os separáis de vosotros mismos, es decir, de vuestro entendimiento, de lo que otros digan o hagan, y de lo que vosotros mismos digáis o hagáis, y de cualquier acto futuro que pudiera turbaros porque pudiese acaecer, y de todo aquello que se halla en el cuerpo que os envuelve o en el aliento (vida), que por naturaleza se asocia con el cuerpo y está unido a vosotros con independencia de vuestra voluntad, y de cualesquiera cosas que giran en el vórtex confluyente externo, para que el poder intelectual, exonerado de las cosas del destino, pueda vivir puro y libre por sí mismo, haciendo lo que se debe hacer y aceptando lo que ocurre y diciendo la verdad: si lo deseáis, separad, digo, de esta facultad gobernadora las cosas que están unidas a ella mediante las impresiones de los sentidos, y las cosas del tiempo por venir o del tiempo pasado, y haced de vosotros mismos, como la esfera de Empédocles:

Todo redondez y reposo en su alegre descanso

Y si os esforzáis por vivir solamente aquello que es verdadera vida, que es el presente... entonces seréis capaces de pasar esa porción de vida que os queda hasta el momento de la muerte libres de perturbaciones, noblemente y obedientes a vuestro propio daimon (al dios que se encuentra en el interior de vosotros mismos).

Dar cerró el libro. Aquellas líneas, y otras como aquellas, le habían consolado después de la muerte de Barbara y el pequeño David en el accidente de Colorado, después de su breve incursión en la locura y su intento de suicidio. Recordaba el sonido de la aguja percutora, un sonido terriblemente hueco en aquel cartucho del 410 que no quiso dispararse y no se disparó. Fue la única vez que falló la 410 de su padre. El hueco sonido de aquel disparo en falso le despertaba a menudo, pero se veía contrarrestado por la inteligente réplica de los estoicos.

Aquella noche, no.

Dar se aseguró de que las persianas estaban cerradas y que la barra estaba en su sitio, pero aunque estaba cansado, no podía dormir. No tenía fe en las pastillas para dormir (había visto demasiados accidentes similares al del pobre señor Hatton, que contestó a su pistola del 38 cuando sonó el teléfono) pero sabía que leer a Immanuel Kant tenía un infalible poder soporífero, y eso hizo hasta que notó que le vencía ya el sueño.

Entonces llamaron a la puerta. Dar consideró la idea de coger la escopeta que tenía debajo de la cama, pero los golpes habían sido los que solía usar Lawrence. En efecto, era éste, arrugado, cansado y sudoroso después de un largo día testificando. Dar volvió a Kant mientras Larry se duchaba y se ponía el enorme albornoz de repuesto que tenía Dar para las visitas.

Mientras Lawrence arreglaba sus ropas y se preparaba la cama en el sofá, Dar echó un vistazo a la sobaquera con el Colt del 32 que su amigo había dejado como al descuido en el respaldo de una silla.

—¿Trudy y tú vais a ir a comer mañana a Los Angeles? —preguntó Dar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lawrence desde el sofá. Estaba muy cómodo con el albornoz y una manta por encima, leyendo la revista Coche y Conductor.

—Sólo te veo armado cuando vas a la ciudad —Dar sabía que su amigo tenía permiso de armas a causa de las amenazas que había recibido de los ladrones de coches y artistas del fraude, que estaban entre rejas gracias al testimonio de Lawrence.

Lawrence gruñó.

—Venir a verte a ti ya es motivo suficiente para ir armado —protestó—. Es como ir rondando a Charles de Gaulle en Chacal

—Sólo en el original —dijo Dar—. En el remake el vigilado es el jefe del FBI. Y no por Edward Fox, sino por Bruce Willis.

—Siempre la joden con los remakes —dijo Lawrence, dejando la revista y apagando la lámpara que había junto al sofá.

—Sí, es verdad —accedió Dar. Volvió a comprobar que la puerta estaba cerrada y la barra en su sitio. Echó una mirada a las feas pero herméticas persianas que tapaban sus altas ventanas.

—Buenas noches, Larry.

Dar esperó a que el amigo le corrigiera, pero Lawrence ya estaba roncando mansamente. Dar se fue a su habitación y se quedó dormido al cabo de unos minutos.

Dar se despertó el jueves por la mañana al oír sonar el teléfono. Cogió el auricular. Nada. El teléfono de su dormitorio sólo daba la señal de línea. Saltó y cogió el móvil que tenía en el tocador. Mi siquiera estaba encendido. Poniéndose el albornoz, se dirigió al fax. No había nada tampoco.

El teléfono volvió a sonar.

Era el móvil de Lawrence. Dar había olvidado que su amigo estaba durmiendo en el sofá, pero ahora se sentó en uno de los altos taburetes del mostrador mientras Lawrence contestaba e intercambiaba algunas frases medio dormido, obviamente con Trudy, a menos que Lawrence, el marido más fiel imaginable, hubiese encontrado de repente a otra persona a quien llamar «cariñito».

Dar preparó café mientras Lawrence se sentaba en el sofá, se quejaba y bostezaba e intentaba aclararse la garganta, se frotaba los ojos, luego las mejillas y la papada, volvía a gruñir y realizaba una serie de ejercicios de gargarización que sonaban como si estuvieran estrangulando a un gato de ciento veinte kilos de peso.

«¿Cómo demonios puede soportar Trudy esto cada mañana?», pensó Dar, y no por primera vez. Dijo:

—El café estará listo en seguida. ¿Quieres unas tostadas o un poco de bacon? ¿O unos cereales?

Lawrence se puso las gafas y sonrió a Dar desde lejos.

—Deja el café. Ya tomaremos uno en Toad McMuffin, de camino. Tenemos un caso que te va a encantar.

Dar echó un vistazo a su reloj. Ya eran las ocho y media, pero había una extraña oscuridad en el

piso con todas las persianas cerradas.

—Tengo un montón de trabajo que hacer... —empezó.

Lawrence decía que no con la cabeza.

—Ni hablar. Esto sólo está a unos kilómetros... a medio camino de mi casa... y te juro que te arrepentirás si te lo pierdes.

—Mmm —dijo Dar.

—Tentativa de monjicidio con un cañón de pollos —explicó Lawrence.

—¿Cómo?—Dar dejó la cafetera.

—Tentativa de monjicidio con un cañón de pollos —repitió Lawrence, mientras entraba chancleteando en el baño de Dar para tomar una ducha el primero.

Dar suspiró. Buscó y encontró la varita que abría las persianas venecianas y luego la cuerda para subirlas. Era un hermoso y soleado día de verano en San Diego. Todos los detalles del portaaviones anclado permanentemente en la bahía destacaban nítidamente en la brillante luz. El sonido del tráfico era un ronroneo tranquilizador. Un avión rugía en el aeropuerto Lindbergh y algunos de los pasajeros miraban hacia los altísimos edificios, aterrorizados, mientras los más expertos seguían leyendo sus periódicos matutinos, impasibles. Dar casi podía leer los titulares a través de las ventanillas de estribor, mientras pasaba el DC-9.

—Monjicidio con un cañón de pollos —murmuró—. Dios mío.

En el aparcamiento del edificio discutieron sobre quién debía conducir. Lawrence no soportaba ir de pasajero. Dar estaba cansado de serlo. Lawrence adujo que tenía que volver a la ciudad para testificar. Dar señaló que era lógico dejar su Trooper en el aparcamiento y coger el Cruiser. Lawrence se enfurruñó, y finalmente dijo que debían conducir los dos. Dar se dirigió hacia el ascensor.

—¿Adonde vas? —gritó Lawrence.

—Me vuelvo a la cama —dijo Dar—, No necesito todas estas bobadas antes de desayunar.

Dar se puso al volante. El coche sin marcas de la policía de San Diego que estaba aparcado al otro lado de la calle les siguió hasta la ciudad y luego se volvió.

Era una distancia corta, a medio camino de Escondido. Lawrence le dio la dirección de un concesionario de Saturn justo a un lado de la carretera. Dar ya conocía el sitio.

Antes, tanto Lawrence como Dar despreciaban los Saturn. Ambos sabían que eran automóviles muy buenos, pero la imagen del típico propietario de Saturn que había creado la empresa en sus anuncios daba ganas de vomitar a los verdaderos amantes de los coches como Lawrence y Darwin. «Es el primer coche de Jennifer», decía el vendedor de coches. Todos los demás vendedores aplaudían mientras Jennifer enrojecía, con las llaves del coche en la mano.

—Los Saturn se inventaron para la gente que tiene miedo a comprarse un coche —le había dicho una vez Trudy. Lawrence y Trudy se compraban o cambiaban el coche cada cinco meses. Les encantaba todo el proceso.

—Igual que los Volvos son para gente que odia los coches y tiene que decírselo al mundo de alguna

manera —añadió Lawrence—. Profesores universitarios, ecologistas profesionales, votantes progres del Partido Demócrata... Tienen que conducir, pero nos hacen saber que en lo más hondo de su corazón preferirían ir andando o en bici.

—A lo mejor se compran un Volvo por la seguridad —había dicho Dar, sabiendo que aquello provocaría a la pareja.

—¡Ja! —exclamó Trudy—. Un coche tiene que ser rápido antes de tener que preocuparse por la seguridad. Los que conducen un Volvo llevarían carros de combate si tuvieran permitido circular por la carretera.

—¿Y recuerdas aquel anuncio tan conmovedor de Saturn de hace unos años, en el que todos los trabajadores de la fábrica de Tennessee se levantaban a las tres de la mañana para ver cómo descargaban los primeros Saturns en Japón? —decía Lawrence en son de burla—. Todos esos rostros anglosajones, negros e hispanos contemplando la retransmisión en directo... el orgullo de Estados Unidos. Lo que no enseñaban es que el noventa y nueve por ciento de esos coches fueron devueltos en contenedores al año siguiente, porque los japoneses rechazaron los Saturn.

—A los japoneses les gustan los jeeps —dijo Trudy.

Dar asintió. Eso sí que era verdad.

—Y los grandes Cadillacs antiguos —añadió.

—Sólo a los de la Yakuza —corrigió Lawrence.

A medio camino del concesionario de Saturn, Lawrence dijo:

—¿Y sabes lo que es un cañón de pollos?

—Por supuesto —respondió Dar, conduciendo con una mano y tomándose el café del McDonald's con la otra. Una nota escrita en el vaso de papel decía, en resumen, que aquel brebaje estaba muy caliente y que podía causar graves daños si te lo tirabas encima de los genitales. Dar siempre había sido de la opinión de que alguien tan idiota como para no saber eso tampoco sabría leer ni beber café en taza—. Por supuesto que sé lo que es un cañón de pollos.

Lawrence se quedó un poco alicaído.

—¿Ah, sí? ¿De verdad?

—Claro —dijo Dar—. Trabajé para el Comité Nacional de Seguridad en el Transporte, ¿recuerdas? El cañón de pollos es el apodo que le dieron a un chirimbolo que inventó la Administración Federal de Aviación para probar la resistencia de los parabrisas delanteros contra los golpes de los pájaros. En realidad no es más que un tubo engrasado, de calibre mediano, unido a un compresor de aire. Puede disparar pájaros contra el cristal irrompible de un parabrisas a una velocidad de más de mil kilómetros por hora... aunque normalmente va más lento. Usan pollos muertos porque un pollo tiene la misma masa que un ave mediana, pesa un poco más que una gaviota pero es más pequeño que un flamenco o un halcón.

—Ah —dijo Lawrence—. Estupendo. Joder.

—¿Y cómo confluyen los Saturns y el cañón de pollos? —dijo Dar mientras daban con la entrada del concesionario.

Lawrence suspiró, visiblemente decepcionado de que Dar conociera la gracia del asunto.

—Bueno, Saturn está promocionando su nuevo parabrisas de cristal a prueba de roturas, así lo llaman... en realidad contiene un treinta por ciento más de plástico que la composición habitual, y el propietario de este concesionario decidió pedir prestado un cañón de pollos al cuartel general de la AFA de Los Ángeles para hacer una demostración.

—No sabía que la AFA prestara sus cañones de pollos —dijo Dar.

—No, normalmente no lo hacen —explicó Lawrence—. Pero el representante de Los Angeles es el cuñado del tipo del concesionario.

—Ah —dijo Dar—. Bueno, espero que no se les ocurriera disparar un pollo muerto contra ese nuevo parabrisas del Saturn a mil kilómetros por hora.

Lawrence meneó la cabeza y bebió un sorbo de café.

—No. Sólo a unos trescientos por hora. Pero aun así se suponía que sería fantástico. Estaban rodando uno de los anuncios de Saturn de Sam el Honrado, esta mañana, y usaron el cañón de pollos y a sor Martha.

—Ah, mierda —dijo Dar. Sor Martha había sido monja antes de dejar el convento y ponerse a vender Saturns. Participaba en muchos de los anuncios de Saturn de Sam el Honrado. Sor Martha medía metro y medio de alto, tenía sesenta y un años y parecía una muñequita pepona, con las mejillas sonrosadas y el pelo blanco azulado. Su práctica favorita a la hora de vender consistía en saltar encima de una portezuela de plástico suelta, procedente de un sedán Saturn, para demostrar que no se doblan ni se abollan. Aquello fue antes de que Saturn decidiera volver hacer las puertas de acero, porque en los accidentes el plástico tendía a quemarse, como cualquier producto derivado del petróleo. Ahora, sor Martha se limitaba a darle patadas a los neumáticos y poner cara de amabilidad al anunciar precios fijos para los sedanes y cupés a los propensos al regateo. Trudy había comentado mientras contemplaba un anuncio protagonizado por sor Martha: «Esa vieja es más empalagosa que un pastel de merengue».

Los vendedores se arremolinaban, agitados. Los responsables de la filmación de los anuncios se mostraban igualmente desconcertados, discutiendo unos con otros por unas radios portátiles, aunque estaban a sólo seis metros de distancia. El realizador del anuncio parecía tener unos diecinueve años y llevaba una gorra de visera, coleta y un intento de perilla y tenía la cara pálida y conmocionada.

El cañón de pollos era un artefacto bastante impresionante: un cilindro de nueve metros de largo montado en una plataforma con ruedas que se podía elevar mediante un montacargas hidráulico (Dar se acordó de inmediato del pobre abogado Espósito), con un mecanismo de recámara provisional que parecía como una cámara estanca para una lanzadera espacial tamaño pollo. El compresor todavía humeaba, y el cañón apuntaba a un cupé Saturn nuevecito que se encontraba a quince metros de la boca.

Dar se acercó a la multitud alborotada y balbuceante y echó un vistazo al cupé. El pollo había pasado a través del parabrisas como una bala, se había llevado el apoyacabezas que se encontraba encima del asiento del conductor, había dejado un agujero del tamaño de un pollo en el cristal posterior del cupé y se había incrustado en la pared de cemento que había en el concesionario, a unos quince metros de distancia.

El vendedor de Sam el Honrado, que parecía un profesor de humanidades huesudo y ya calvo, pero todavía dado a vestir chaquetas de tweed llenas de nudos, a pesar del bochornoso calor de aquel día, no tenía ni idea de quiénes eran Lawrence y Dar, pero les habló balbuceante como si se estuviera confesando con el cura de su parroquia:

—No teníamos ni idea... Yo no sabía... Mi cuñado es uno de los expertos de la AFA... ¡experto, fijense! Dijo que el parabrisas aguantaría perfectamente los impactos superiores a cuatrocientos kilómetros por hora... El marcador estaba a trescientos... de eso sí que estoy seguro..., Sor Martha se había sentado en el asiento del conductor... estábamos ya listos para rodar... y entonces el director sugirió que hiciéramos una prueba.. Yo no quería desperdiciar tiempo y dinero, porque la verdad es que éstos cobran por segundo, ya saben... pero sor Martha insistió, así que salió del coche... Nos imaginamos que sólo nos costaría unos minutos limpiar el parabrisas y luego rodar el anuncio de verdad...

—¿Dónde se encuentra sor Martha? —interrumpió Lawrence.

—En su cubículo de vendedora —dijo el jefe, casi con lágrimas en los ojos—. Los de la ambulancia le han puesto un poco de oxígeno.

Lawrence abrió la marcha hacia la sala de exposición, olisqueando con deleite como si fuera incienso el olor a coche nuevo que impregnaba aquel templo de los coches nuevos. Dar pensó que tendrían mucha suerte si conseguían salir de allí sin que Larry comprase un coche, sólo por enredar.

Sor Martha, vestida de monja de pies a cabeza, había concluido su toma de oxígeno y sollozaba, inconsolable. Dos enfermeras, la familia de Martha y un aluvión de curiosos y fisgones se apiñaban a su alrededor tratando de consolarla.

—Ha si-si-si-sido el ha-ha-ha-hábito... —dijo—. Nunca me lo había pu-pu-pu-puesto para ninguno de los anu-nu-nu-nuncios a-a-a-antes, nunca. Es la forma que tiene el Se-se-se-señor de decirme que he traspasado la línea esta vez...

—Se encuentra bien —dijo Lawrence. El y Dar salieron al exterior a inspeccionar los restos del pollo todavía visibles en el agujero creado por el impacto en la pared. Se dirigieron hacia el Land Cruiser de Dar.

—¿De quién es el seguro aquí? —preguntó Dar al pasar junto a la gente del rodaje del anuncio.

—Ninguno. No hay ninguna implicación —dijo Lawrence—. Trudy lo oyó comentar por radio a la policía y pensó que podía alegrarte un poco el día.

De pronto, Sam el Honrado apareció de nuevo ante ellos. Evidentemente, alguien le había dicho que eran investigadores de accidentes.

—He hablado con mi cuñado —dijo—. Los ingenieros insisten en que las especificaciones del parabrisas son correctas, el pollo debería haber rebotado. —Miró hacia el agujero que se abría en el parabrisas—. Madre de mi alma, ¿qué hemos hecho mal? ¿Nos está mintiendo la casa Saturn?

—No —dijo Lawrence—. Ese parabrisas probablemente resistiría el golpe de un avestruz a trescientos kilómetros por hora.

—Entonces... ¿qué... cómo es posible... por qué, por el amor de Dios...? —exclamó el vendedor.

Dar decidió ser sucinto.

—La próxima vez descongele el pollo —concluyó.

Llevaban ya dos tercios del camino de vuelta hacia San Diego cuando Dar vio el enorme embotellamiento que se encontraba delante de ellos. Las luces de emergencia relampagueaban. Estaban cerrados todos los carriles de acceso a la ciudad excepto uno. Los coches retrocedían hasta el carril de salida más cercano que encontraban o cruzaban la mediana de la carretera cometiendo una infracción para dirigirse hacia el norte y evitar el tapón. Dar pasó con su Land Cruiser por el arcén y luego se aproximó por un apartadero, para colocarse lo más cerca posible del follón.

Un oficial de la patrulla de carretera les hizo retroceder furioso a cincuenta metros de la escena del accidente. Dar vio al menos tres ambulancias, un coche de bomberos y media docena de vehículos de la patrulla de carreteras en torno a un camión volcado con su tráiler y un montón de coches en el carril de la derecha. El y Lawrence enseñaron sus credenciales. Larry tenía unas credenciales de fotógrafo de prensa auténticas, así como su carné de investigador de seguros y de miembro honorario de la Policía de Tráfico.

Aunque había muchos vehículos que bloqueaban la visión, Dar comprendió lo que había pasado. El camión era un transporte de coches que llevaba Mercedes nuevos, del modelo E-500, por lo que parecía por aquellos que quedaban todavía en la parte inferior del tráiler y los que habían quedado amontonados en la carretera. Había marcas estriadas de derrape que atravesaban tres carriles. El capó y parabrisas de un viejo Pontiac Firebird apenas quedaban visibles, aplastados debajo de un montón de Mercedes plateados. Cuando el tráiler había perdido el control y golpeado finalmente el Pontiac, el impacto había soltado todos los coches nuevos que iban en el nivel superior. No todos habían caído encima del viejo Pontiac. Dar vio un Mercedes nuevo vuelto del revés en el arcén, y otro volcado de lado a sesenta metros más allá, en la carretera, pero al menos cuatro de aquellos pesados vehículos habían caído encima del Firebird. Unos camiones de remolque y una pequeña grúa estaban levantando cuidadosamente los Mercedes para quitarlos de encima del Pontiac. Los bomberos y los equipos de rescate usaban unas cizallas para cortar la carrocería del aplastado Firebird y un médico estaba de rodillas, dando gritos de ánimo a alguien que estaba todavía atrapado entre los hierros. Los ocupantes del Firebird, obviamente, no habían sido extraídos aún.

Dar y Lawrence dieron la vuelta y fueron a la cabina del tráiler, donde el conductor (un hombre grandote y barbudo, con una buena barriga cervecera, que temblaba y lloraba más fuerte aún que sor Martha) intentaba hablar con la policía. El patrullero quiso apartar a Dar y a Lawrence, pero el sargento Paul Cameron de la Policía de Tráfico les vio y les hizo señas de que se quedaran. La cara del patrullero se contrajo, adusta, mientras ellos se inclinaban hacia adelante y le daban golpecitos en el hombro al conductor del camión, esperando que hiciera una descripción coherente. Dar miró más allá de la escena del accidente y vio al joven patrullero Elroy de rodillas en medio de las llamas y los cristales rotos, vomitando en la hierba.

—... y juro por Dios Todopoderoso que hice todo lo que pude para esquivar al Pontiac —decía el conductor del camión, sin hacer caso de sus temblores y de las lágrimas que le corrían por Lis mejillas tostadas por el sol—. Traté de sortearlo al pobreciilo, pero tenía coches a los dos lados. Me tenían encerrado. No se paraba nadie. Cada vez que cambiaba de carril, el conductor del Firebird cambiaba también... Cuando yo frenaba, él frenaba más aún... Debimos de cruzar al menos cinco carriles así. Al final le di y perdí el control... No pude sujetarlo... con toda la carga que llevaba...

Dios mío...

—¿Y cómo consiguió salir usted? —preguntó el sargento Cameron, agarrando firmemente el hombro del conductor, que daba fuertes sacudidas, con su enorme manaza.

—El impacto hizo saltar el parabrisas de la cabina —dijo el hombre, señalando hacia el lugar—. Salí a gatas del camión como pude y conseguí llegar al suelo... Y entonces fue cuando oí los gritos... los gritos...

Cameron le agarró más fuerte aún.

—¿Estás seguro de que era el hombre adulto el que conducía, hijo?

—Sí —dijo el camionero, y bajó los ojos, con el enorme corpachón estremeciéndose con fuerza.

Dar y Lawrence volvieron de nuevo al accidente, con mucho cuidado de no estorbar a los equipos de rescate. Habían conseguido quitar todos los Mercedes apilados menos uno del Firebird aplastado, y ahora estaban cortando los soportes laterales de las ventanillas y apartando todo el techo del coche para llegar hasta las víctimas, que se encontraban en el asiento delantero.

El conductor todavía estaba vivo, pero cubierto de sangre, y los enfermeros de la ambulancia le sacaron con mucho cuidado, le ataron de inmediato con correas a una camilla y le sujetaron bien el cuello. Era un hispano muy grueso, que se quejaba y decía sin cesar en español, una y otra vez: «Los niños... los niños...».

Su mujer estaba en el asiento de al lado, muerta. Al parecer no iba sujeta con el cinturón de seguridad, sino enroscada en posición fetal en el asiento del pasajero. Según le pareció a Dar, había muerto a consecuencia del impacto y no del posterior aplastamiento del techo, que en la parte delantera del coche sólo había bajado hasta el nivel del reposacabezas.

Los trabajadores redoblaron sus esfuerzos para levantar y apartar el último Mercedes mientras continuaban desmontando el techo y cortando los marcos de las ventanillas de atrás. Finalmente no quedó ninguno. Cuando el último Mercedes fue izado mediante unas cadenas y arrojado sin ceremonia alguna en la hierba, resultó obvio que la parte posterior del Firebird había quedado aplastada hasta el nivel de los asientos por el formidable peso de los coches amontonados. Todos los neumáticos del Pontiac habían estallado y habían quedado completamente planos. Uno de los médicos de la ambulancia estaba todavía de rodillas, intentando animar a las posibles víctimas de la parte de atrás, mientras los bomberos arrancaban por completo el techo con las manos enguantadas, intentando retirar el metal como la tapa de una lata de sardinas.

—Se oyeron muchos gritos y lloros los primeros veinte minutos o así —dijo Cameron en voz baja a Dar—. Desde hace un rato, nada.

—¿Era la mujer quizá? —dijo Lawrence.

Cameron negó con la cabeza. Se quitó el sombrero y se secó el sudor.

—Muerta en el impacto. El conductor... el padre... sólo podía gemir. Los gritos venían de... —se interrumpió al mismo tiempo que cesaban los ruidos de las herramientas que intentaban apartar el techo del Pontiac, arrancando al final la tapa del maletero.

Los dos niños estaban en el suelo del Firebird, debajo del nivel del techo aplastado. Ambos estaban muertos. Tanto la niña como su hermanito tenían cortes y hematomas, pero ninguna de sus

heridas parecía grave. Cuando los enfermeros les limpiaban delicadamente la sangre, Dar vio lo hinchadas que tenían las caras los dos. Los ojos de la niña estaban todavía desorbitados. Dar comprendió que habían sobrevivido al accidente pero que se habían asfixiado por el peso de los vehículos que habían caído sobre ellos. El niño pequeño se agarraba todavía desesperadamente a la mano derecha de su hermana mayor. La mano izquierda y el brazo izquierdo de la niña estaban escayolados. Los dos niños tenían las caras azules e hinchadas.

—Mierda —dijo el sargento Cameron, muy bajito. Era una especie de oración, a su manera.

La ambulancia se alejó a toda prisa con el padre. Los miembros de los equipos de rescate empezaron el lento proceso de extraer los cuerpos.

—Hay un bebé —dijo Dar, sordamente.

Lawrence y los policías que estaban a su alrededor se volvieron hacia él.

—Vi a esta misma familia hace dos días en el Centro Médico de Los Ángeles —dijo Dar—. Tenían un bebé. Por ahí, en algún sitio, hay un bebé.

Cameron hizo una seña a uno de los hombres de la patrulla, que empezó a hablar por su radio.

Lawrence, Dar y Paul Cameron dieron la vuelta al Pontiac aplastado.

—Ah, maldita sea —dijo el sargento—. Malditos sean. Malditos hijos de puta. Malditos.

En el aplastado maletero del Firebird Dar vio tres sacos de arena y dos neumáticos hinchados, todavía con sus llantas. Un parachoques para que absorbiera el impacto de un golpe por detrás. Una protección habitual para los topetazos fraudulentos. La garantía para el tapadera de que los conductores que reclutaba para los falsos accidentes no sufrirían heridas graves al participar en aquella forma tan rápida y fácil de recibir grandes indemnizaciones y hacerse ricos en Estados Unidos.

Dar se volvió de repente y se alejó por el descampado que rodeaba la carretera.

—¿Dar? —le llamó Lawrence.

Dar dio la espalda a la escena del accidente. Sacó una tarjeta de la cartera y el teléfono móvil del bolsillo de la camisa.

Syd respondió al segundo timbrado.

—Olson.

—Cuenta conmigo —dijo Dar, cortó la comunicación y cerró el teléfono.

«O de Organizatsiya»

Sydney Olson parecía haber ocupado todo el sótano del edificio de los Tribunales de Desastre. Tenía al menos cinco ayudantes más trabajando en un número idéntico de ordenadores nuevos, y seis líneas telefónicas más. Su operación se había desbordado y había pasado de una sola sala de interrogatorios a ocupar el cuarto de observación situado tras el espejo unidireccional y otras dos salas de interrogatorio vacías, e incluso había llegado hasta el vestíbulo, donde ahora el secretario controlaba a todos los visitantes. Dar se preguntaba si los prisioneros de las celdas que estaban al final del largo pasillo y sus hoscas guardianes eran los únicos que quedaban en el sótano que no estuvieran implicados en ese imperio en expansión.

La reunión empezó exactamente a las ocho de la mañana del viernes. Habían colocado una larga mesa plegable en la oficina principal de Syd. El mapa del sur de California todavía seguía ocupando la mayor parte de la pared, pero Dar observó que había un alfiler rojo más (indicando un choque con consecuencias mortales) en la I-15, justo fuera de los límites del municipio de San Diego; otro nuevo alfiler verde donde había muerto Espósito, en la obra de construcción, y un segundo alfiler amarillo (el intento de asesinato de Dar) justo en la colina de San Diego. Media docena de alfileres amarillos más esperaban a un lado del mapa.

Era una reunión puramente operativa: ni Desastre ni el fiscal local habían sido invitados. A Dar le sorprendió comprobar que en cambio Lawrence y Trudy sí estaban.

—¿Qué pasa? —exclamó Lawrence, al observar la intrigada expresión de Dar—. ¿Creías que no nos íbamos a meter en esto?

—Además —dijo Trudy, dándole a Lawrence un vaso de papel con café de la cafetera que había junto a la puerta— la ONDS nos paga.

Jeanette Poulsen, la abogada que representaba a la Oficina Nacional contra el Delito en los Seguros, levantó la vista y asintió al oír esto último.

Mientras Syd conectaba su portátil a un proyector, Dar miraba a las demás personas que tomaban asiento en la mesa. Además de Larry, Trudy y Poulsen de la ONDS, estaba también Tom Santana, sentado a la derecha de Syd, y el jefe de Santana en el Departamento Estatal contra el Fraude a las Aseguradoras, Bob Gauss. Al lado de Gauss se encontraba el agente especial Jim Warren, y al otro lado de la mesa, frente al hombre del FBI, se sentaba el capitán Tom Sutton, de la Policía de Tráfico de California. Sólo había otros agentes de la ley presentes: Frank Hernández, de los detectives de San Diego, y una persona a quien Dar no conocía, un hombre de aspecto reposado, de mediana edad, que parecía un contable, y a quien Syd presentó como el teniente Byron Barr de la División de Asuntos Internos de la Policía de Los Ángeles. Tanto el capitán Hernández como el capitán Sutton dedicaron a Barr una de esas miradas desconfiadas y malévolas que los policías reservan para los agentes de Asuntos Internos. Syd lo explicó de forma clara y sucinta, diciendo que el teniente Barr se encontraba allí porque existían pruebas concluyentes de que algunos detectives de paisano de la Policía de Los Angeles estaban implicados en el caso.

Dar vio que Hernández y Sutton intercambiaban rápidas miradas y saludos. Lo interpretó como: «Bueno, pues estupendo, que se joda la Policía de Los Angeles».

—Muy bien —dijo Syd, mientras apagaba las luces, excepto el ordenador y el proyector. Tenía un mando a distancia en la mano—. Empecemos ya.

De pronto, la pantalla blanca que se encontraba en el extremo de la mesa se iluminó con una fotografía en color de la pila de Mercedes que aplastaban el Firebird.

—La mayor parte de ustedes saben que este accidente ocurrió ayer por la mañana en la 1-15, justo fuera de los límites de la ciudad —dijo Syd, con voz reposada.

Más fotos. Los coches retirados. El conductor extraído de entre los hierros. Los cadáveres. Dar se dio cuenta de que eran las fotos de Lawrence, las que había tomado con su Nikon normal mientras contemplaban el accidente, y que luego habían sido escaneadas y enviadas por correo electrónico a Syd. Tanto el enfoque como la definición eran muy nítidos.

—El único superviviente del accidente fue el conductor, Rubén Ángel Gómez, un mexicano de treinta y un años con permiso de conducir temporal estadounidense. Su mujer, Rubidia, y sus hijos (Milagro y Marita) murieron en la colisión con un tráiler cargado de coches en leasing del concesionario de Mercedes de Kyle Baker, en San Diego.

Fueron pasando las fotos en primer plano de los niños muertos. Syd se interpuso en la luz del proyector.

—Había un bebé de siete meses también... María Gómez. La encontramos la misma noche al cuidado de una vecina, en el bloque de pisos donde vivían los Gómez. Los servicios sociales se han hecho cargo de ella.

Syd retrocedió. Las fotos mostraron el maletero del Firebird. No tuvo que explicar a su audiencia qué significaban los sacos de arena y los neumáticos.

—El señor Gómez se encuentra en estado crítico, pero estable —dijo Syd—. Le operaron dos veces ayer y todavía no ha recuperado la conciencia lo suficiente para poder hablar con los investigadores. Al menos, ésas eran las últimas noticias que tenía yo esta mañana...

—Aún no puede hablar —dijo el capitán Frank Hernández—. He llamado hace diez minutos. Sigue llamando a sus niños. Han tenido que sedarlo de nuevo. Tenemos un agente uniformado que habla español y está allí esperando a que vuelva en sí, pero hasta ahora, nada.

—¿Se halla bajo custodia y protección? —preguntó el capitán Sutton de Tráfico.

Hernández suspiró.

—A todos los efectos —afirmó.

Syd siguió presentando su informe. Las imágenes proyectadas por el ordenador mostraban ahora un diagrama en forma piramidal. Las doce casillas inferiores estaban ocupadas por las fotos de los cuatro miembros de la familia Gómez implicados en el choque, Richard Kodiak, el señor Phong (el hombre que había resultado empalado en las varillas), el señor Hernández (otra víctima de un choque) y otras caras y nombres, en su mayoría hispanos. La segunda hilera de casillas de la pirámide incluía las fotos de Jorge Murphy Espósito, Abraham Willis (un abogado también conocido como tapadera, que había muerto recientemente en un sospechoso accidente automovilístico) y

conocidos fabricantes de accidentes del sur de California: Bobby James Tucker, de Los Ángeles; Roget Velliers, de San Diego; Nicholas van Dervan, de Orange County.

Por encima de los tapaderas había varias casillas vacías etiquetadas con la palabra cooperantes. Por encima de ésta se encontraba otra larga hilera con un título que rezaba: médicos. Encima de los médicos, había unos cuantos marcos vacíos con el rótulo de agentes. En la parte superior de la pirámide se encontraban tres casillas, dos vacías y una con una foto de Dallas Trace.

Dar vio que el capitán de la policía de San Diego y el oficial de la Policía de Tráfico de California reaccionaban con visible sorpresa. Las otras personas que había en la habitación, entre ellas el inspector Tom Santana, el agente especial Warren, Bob Gauss, del Departamento contra el Fraude en los Seguros, y la abogada Poulsen, de la ONDS, parecían estar al tanto de las noticias. Si Lawrence y Trudy se habían sorprendido, no lo demostraron.

—Dios mío —dijo el capitán Sutton, de Tráfico—, no lo dirá en serio, investigadora. Es uno de los abogados más famosos de todo el país. Y uno de los más ricos.

—De ahí es de donde ha procedido parte de la inversión para esta extensa operación de fraude —dijo Syd.

El mando a distancia de su ordenador incluía un puntero por láser, y con él marcó con un punto rojo la frente del abogado Trace. Pulsó un botón. Apareció un rostro flaco e inexpresivo en la hilera de «agentes». Era una foto borrosa.

—Es Pavel Zuker —dijo Syd—. Ex francotirador del Ejército Rojo. Ex miembro de la KGB. Ex mafioso ruso... aunque este título probablemente está todavía en vigor. Hemos encontrado sus huellas dactilares en el Tikka 595 Sporter que usaron para atacar al doctor Minor.

El oscuro rostro del capitán Hernández se oscureció más aún.

—Mi gente, los de la policía científica, revisaron ese arma de arriba abajo... Y no encontraron nada.

El agente especial Warren cruzó las manos encima de la mesa.

—El laboratorio del FBI en Quantico encontró una sola huella en el interior de una junta de la agarradera del retroceso cuando desmontaron por completo el arma —dijo, con voz pausada—. Era una huella poco marcada, pero aumentándola en el ordenador la pudimos ver bien. Conseguimos cotejarla perfectamente con una de Zucker guardada en la base de datos de la CIA.

Syd pulsó un botón y apareció un dibujo en el panel vacío, junto a Pavel Zuker. Era un boceto de un artista de la policía que representaba a un hombre barbudo, con el nombre de Gregor Yaponchik.

—El FBI tiene motivos para creer que Yaponchik entró en el país a principios de esta primavera —dijo Syd—. Al mismo tiempo que lo hizo Zuker.

—¿De dónde han sacado esa información? —preguntó el capitán Sutton—. ¿De Aduanas e Inmigración?

Syd titubeó.

—Llegó a través de varios canales rusos —dijo el agente especial Warren.

Sutton asintió, pero el robusto oficial de la Policía de Tráfico de California también se arrellanó en

el asiento y cruzó los brazos por encima del pecho, como si expresara sus dudas.

—Yaponchik y Zuker formaban un equipo de francotiradores en Afganistán —explicó Syd—. Probablemente ya entonces trabajaban para la KGB, pero llamaron la atención de diversas de nuestras agencias a finales de los ochenta... justo antes de la caída de la Unión Soviética. Una vez la situación se calmó, ambos se dedicaron a trabajar para elementos chechenos de la mafia rusa.

—¿Como asesinos a sueldo? —preguntó Lawrence.

—Con trabajos varios —dijo Syd—. Pero en resumidas cuentas... sí, se puede decir que eran asesinos a sueldo. Tanto el FBI como la CIA piensan que Yaponchik y Zuker estuvieron directamente implicados en el asunto Miles Graham.

Todos los que estaban en aquella habitación habían oído hablar del empresario y millonario Miles Graham. Era el capitalista más conocido de la industria de la venta de automóviles, que había muerto a tiros en Moscú hacía unos pocos años por no pagar suficientes sobornos a las personas adecuadas.

Dar carraspeó. Se sentía reacio a hablar en aquel momento, pero también, de algún modo, obligado a hacerlo.

—¿Dices que Yaponchik y Zuker estuvieron en Afganistán formando un equipo de francotiradores? —dijo, en voz baja—. Los americanos y los británicos usan equipos de dos francotiradores, pero creo recordar que en Afganistán los soviéticos tardaron mucho en colocar francotiradores, y que cuando finalmente lo hicieron, había tres hombres en cada pelotón.

Syd miró con intención al agente especial Warren. El hombre del FBI asintió. Llevaba una agenda electrónica con una pantalla débilmente iluminada. Desde cualquier otro ángulo que no fuera el suyo, la pantalla resultaba completamente ilegible. Pulsó unas teclas.

—Tiene usted razón —accedió Warren—. Los equipos de tres tiradores eran lo normal, pero esta información dice que Yaponchik y Zuker trabajaban en un equipo de dos, más bien al estilo americano.

—¿Quién era el tirador y quién el observador?

El agente especial Warren volvió a teclear en su agenda electrónica y miró la pantalla durante un segundo.

—De acuerdo con los informes de campo de la CIA, los dos hombres habían recibido entrenamiento como tiradores, pero Yaponchik era oficial: fue teniente en el ejército, y luego ascendió en el KGB. Zuker era sargento.

—Entonces Yaponchik era el tirador principal —dijo Dar, que estaba pensando: «Pero Zuker, el número dos, fue enviado a que se ocupara de mí»—. ¿Tiene alguna información de las armas que usaba el equipo en Afganistán?

—Las notas que he recibido mencionan, y cito literalmente, que «se supone que habían utilizado rifles SVD Dragunov en Afganistán y entrenado a tiradores serbios cerca de Sarajevo».

Dar asintió.

—Viejos, pero fiables. Snayperskaya Vintovka Dragunova.

Syd volvió la cabeza como el rayo.

—No sabía que hablaras ruso, Dar.

—Y no lo hablo —exclamó éste—. Perdón por la interrupción. Sigue.

Syd dijo:

—No, no. Tú has sacado un tema relevante.

Dar meneó la cabeza.

—Cuando murió aquel empresario americano en Moscú... Graham... recuerdo que leí que fue de dos tiros en la frente disparados desde una distancia de seiscientos metros. Un informe publicado en el periódico decía que las balas que se recuperaron eran del calibre 7,62 con montura de cincuenta y cuatro milímetros. Un SVD dispara ese tipo de carga, y afina lo suficiente a esa distancia. A duras penas.

Syd se le quedó mirando.

—Pensaba que no te gustaban las armas.

—No me gustan —afirmó Dar—. Ni tampoco me gustan los tiburones. Pero sé la diferencia que existe entre un tiburón blanco y un pez martillo.

Syd reanudó la sesión con voz escueta, pero clara y pausada

—Caballeros, Jeannette, Trudy, estamos autorizados oficialmente a ampliar e intensificar esta investigación. Tenemos motivos razonables para creer que el abogado Dallas Trace está implicado en el reciente y brusco incremento de choques amañados y accidentes mortales en el sur de California, y que el señor Trace y otros abogados importantes, todavía no identificados, han creado una nueva red especializada en reclamaciones fraudulentas.

Marcó otra foto, en este caso de un sacerdote anciano, sonriente y con alzacuellos.

—Éste es el padre Roberto Martín. El padre Martín está ya jubilado, pero durante años ha sido el párroco de la iglesia de Santa Inés, en Chavez Ravine, el barrio latino junto al estadio de los Dodger. El padre Martín es un hombre compasivo y velaba por todos sus parroquianos, sobre todo hispanos. En los años setenta, el padre Martín soñaba con fundar una organización benéfica para ayudar a los inmigrantes pobres mexicanos y latinoamericanos. Ayudó a recaudar fondos en la diócesis, y varios empresarios de Los Ángeles deseosos de hacer donaciones a una hipotética organización benéfica (el padre Martín había encontrado un nombre para ella hacía tiempo: los Hermanos de los Desamparados), pero que al mismo tiempo querían que estuviera bien organizada, acudieron a este hombre...

Apareció una foto de un hombre regordete, de aire vagamente hispano, con un cabello peinado a la perfección, una sonrisa tan amplia como la del padre Martín y un traje y una corbata evidentemente caros.

—Es el abogado al cual confió su sueño el padre Martín —dijo Syd—. Se trata del letrado William Rogers... Probablemente ya conocerán su nombre. Es un abogado importante, con varios despachos en la zona este de Los Ángeles e impecables relaciones políticas. Rogers es un conocido recaudador de fondos y fue el número dos de la campaña electoral del actual alcalde de Los Ángeles. El padre Martín esperaba que el abogado Rogers reorganizara los Hermanos de los Desamparados y siguiera ocupándose de la organización benéfica cuando él se jubilase.

—¿Y estaba de acuerdo el señor Rogers? —preguntó Lawrence.

—Pues no demasiado —dijo Syd—. Rogers estableció una dirección colegiada con su mujer, María, compartiendo el liderazgo con un activista de la comunidad y uno de los investigadores que trabajaban con Rogers, Juan Barriga.

La foto de Barriga se unió a la de Rogers en la fila de «Cooperantes» de la pirámide. Los hombres y mujeres que se encontraban en torno a la mesa asintieron. Todos sabían que los investigadores que trabajan para abogados especializados en casos de responsabilidad a menudo encuentran irresistible el tema del fraude a las aseguradoras. En efecto, esos hombres y mujeres pierden sus vidas y carreras entrevistando a artistas de la falsa caída, expertos del topetazo falso, tapaderas, estafadores médicos, artistas del choque amañado, bandas especializadas en accidentes, doctores poco éticos, víctimas profesionales del traumatismo cervical y reclamantes fraudulentos de todo tipo. Y más importante aún: los investigadores, de forma invariable, observan que la mayoría de las empresas de seguros llega rápidamente a una conciliación con esos reclamantes para no tener que gastar más dinero en un pleito.

—Juan Barriga había pasado los últimos tres años forjando una red de abogados y médicos para que trabajasen con las personas que enviaban los Hermanos de los Desamparados. Bill y María Rogers elegían personalmente a los voluntarios que colaboraban con los Hermanos. Además, los Hermanos de los Desamparados recibían a personas derivadas desde los consulados mexicano, colombiano, salvadoreño, costarricense, panameño y otros, así como de parroquias católicas y varias iglesias protestantes de todo el estado.

Aparecieron en la pirámide las fotos de varios abogados y médicos. Algunos de los abogados se sabía que estaban implicados, Espósito y el difunto Abraham Willis entre ellos, pero otros no: Robert Armann, un antiguo ayudante del fiscal del distrito, ahora conocido como el miembro más eficiente y popular del ayuntamiento de Beverly Hills; Hanop Semerdjian, un abogado muy respetado dedicado a los derechos civiles y portavoz de la comunidad armenia del Sur de California, y Harry Elmore, una antigua estrella del fútbol americano que luego asistió a la facultad de medicina y se dedicó a abrir clínicas de asistencia gratuita en los peores barrios de San Diego y Los Ángeles. Todos contemplaron aquellos rostros en silencio, llenos de horror.

—¿Qué es esto, una cortina de humo de su grupo operativo, investigadora Olson? —preguntó el capitán Tom Sutton, ásperamente—. Más parece carnaza para los medios de comunicación que una investigación seria.

Syd se apartó de la pantalla y miró de hito en hito al robusto capitán de policía, sin mostrar rencor alguno.

—Puede parecer así, cierto, Tom, pero es auténtico. Llevamos tres meses con un jurado de acusación y parece que vamos a formular cargos... a todo el mundo, hasta llegar al señor Dallas Trace.

—¿Por qué nos lo cuenta ahora? —preguntó Frank Hernández.

Syd apagó el proyector y volvió a encender las luces del techo. Se quedó de pie.

—Porque nuestra investigación se está acelerando mucho y se adentra en su terreno, caballeros. Esta información es confidencial...

—Hay varias investigaciones en marcha, y no sólo en el interior de la Policía de Los Ángeles —dijo el teniente Barr, de Asuntos Internos—. Cualquier filtración de esta información sería... muy desafortunada.

Mientras los agentes de la ley contemplaban al teniente Barr, Syd dijo:

—Esta... Alianza... respaldada por Yaponchik, Zuker y otros matones importados de la Organizatsiya rusa... está haciendo al negocio de los fraudes lo que los colombianos hicieron con las drogas hace más de veinte años en este país: aporta una organización seria, grandes beneficios y un nivel casi increíble de violencia.

—¿Y qué quiere de nosotros, pues? —preguntó Hernández—. Tienen ustedes los recursos del estado para respaldarles... así como la ONDS y el FBI. ¿Qué podemos ofrecer los de la plebe?

—Coordinación —dijo Syd—. Comunicación, cuando sea necesario. Acceso a los laboratorios y al personal forenses cuando la rapidez y la ubicación requieran una respuesta local. Cooperación, en resumen, para no acabar trabajando unos contra otros... o disparándonos unos a otros.

Hernández sacó un cigarrillo de un paquete que llevaba en el bolsillo de su americana de sport, sonrió al ver el omnipresente signo de «No fumar» junto a la puerta y dejó el cigarrillo sin encender colgando del labio.

—Muy bien. ¿Qué planes tienen?

—Me voy a infiltrar otra vez —dijo Tom Santana—. Me inventaré una historia de que soy un inmigrante sin papeles, entraré en el sistema a través de un centro médico y examinaré a los Hermanos de los Desamparados desde el interior.

A su pesar, a Dar se le escapó:

—¿Es sensato hacer tal cosa, Tom? Después de la publicidad de la redada que hicisteis con la banda de los asiáticos hace unos años...

Santana sonrió. Su jefe, Bob Gauss, contestó:

—Es lo mismo que le he dicho yo, doctor Minor. Pero Tom piensa que los gorilas tienen poca memoria. Y como técnicamente es el comandante en jefe del equipo operativo del GESIF, no puedo ordenarle que no lo haga.

Dar iba a hablar de nuevo, pero al final se calló. Miró a Sydney. Esta miraba a Santana y parecía preocupada, pero siguió con su informe.

—Tom se infiltrará en los Hermanos. Estamos tratando de seguir la pista rusa a través de las tentativas de acabar con la vida de Dar Minor. Mientras tanto, el señor Minor y el señor y la señora Stewart nos van a prestar sus expertos servicios para probar que varios de esos accidentes mortales o bien estaban preparados o bien consistieron en asesinatos premeditados. Toda la información que recojan, el análisis de los datos, los resultados de vigilancias y la reconstrucción de accidentes vendrán a parar a nosotros a través del ONDS, y luego al jurado de acusación.

Había un carrito al fondo con un televisor y un reproductor de vídeo. Syd cogió un segundo mando a distancia y accionó el monitor, y puso en marcha el vídeo. Mantuvo el sonido apagado. Era una cinta con unas imágenes recientes del programa semanal de Dallas Trace en la CNN, *Ha lugar la protesta*.

—A veces Trace graba en Nueva York —explicó Sydney Olson—, pero normalmente le resulta más cómodo emitir el programa desde su propio despacho de Los Angeles. Antes de que acabe este año, quiero que nuestra gente acuda en directo ante esas cámaras, mientras están grabando, y arreste a ese hijo de puta engreído. Quiero que su programa termine llevándonoslo esposado —apagó el mando a distancia y el proyector del ordenador mostró las caras de los niños muertos mientras la silenciosa imagen de Dallas Trace soltaba una carcajada.

Después de la reunión, Dar quería hablar con Syd, pero ella tenía otra reunión, esta vez con Poulsen y Warren, así que él se quedó paseando arriba y abajo por la parte antigua del edificio del tribunal de justicia con Lawrence y Trudy. Lawrence todavía estaba testificando en un juicio por reclamación de responsabilidad que iba a empezar al cabo de unos minutos, y Trudy tenía que volver a la oficina de Escondido.

Antes de separarse, Dar dijo:

—¿Estáis seguros de que queréis formar parte de este grupo operativo?

—Ya formamos parte —dijo Lawrence—. Hemos estado implicados tanto en el asunto de Espósito como en la investigación de Richard Kodiak, así que muy bien podemos seguir.

—Además, la ONDS nos paga una cuota fija —dijo Trudy de nuevo.

—Estoy sorprendido de que cambieses de opinión, Dar —dijo Lawrence—. Ya habías visto niños en accidentes en otras ocasiones.

—Más de los que puedo recordar —dijo Dar—. Pero esto no ha sido un accidente, y no puedo irme tan campante después de ver un asesinato múltiple, después de ver cómo sacaban a las víctimas.

—He estado hablado con Tom Sutton —dijo Trudy—. El conductor del camión va a declarar hoy mismo, pero de todos modos ya le han interrogado exhaustivamente. Hubo tres coches implicados, pero el conductor no se fijó en ninguno de los conductores ni en las matrículas. Estaba demasiado ocupado tratando de esquivar el coche de los Gómez.

—¿Tres coches? —exclamó Dar. Raramente había más de uno o dos en esos casos.

Trudy asintió.

—Dos para encajonar al camión. Uno que irrumpió de pronto frente a los Gómez. Lo único que recuerda el conductor del camión de los coches que le bloqueaban el paso es que eran de marcas americanas, posiblemente un Chevy a la derecha, y cree que los conductores eran blancos, y que los coches tenían al menos diez años de antigüedad.

—Ahora ya deben de estar abandonados o desguazados —dijo Dar—. Pero si eran blancos los que conducían, podían ser nuestros rusos, y no simplemente los tapaderas o sus secuaces.

—Ya te llamaremos después —dijo Lawrence, y los tres emprendieron diferentes caminos.

Dar tenía cosas que hacer, pero se quedó dando vueltas por el vestíbulo del antiguo tribunal durante un rato, y pensó en «ponerse al día con sus culebrones». Syd estaría libre alrededor de las diez de la mañana. Justo entonces vio a W.D.D. Du Bois, el abogado de Investigaciones Stewart, que se acercaba a él rápidamente por el vestíbulo. El hombre caminaba con un bastón, pero su paso todavía era vivaz.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, doctor Minor —respondió Du Bois—. A usted precisamente quería verle yo. Tenemos que hablar en privado —Du Bois condujo a Dar hacia una sala de espera vacía y cerró la puerta.

El abogado se sentó en un extremo de la mesa y colocó en ésta ceremoniosamente el bastón, su baqueteado maletín y el sombrero. Dar tomó asiento a la izquierda de Du Bois.

—¿Tengo algún problema legal quizá? —quiso saber Dar.

—Bueno, aparte de que Desastre todavía quiere acusarle por homicidio por conducción de vehículo, no, que yo sepa —dijo W.D.D. Du Bois—. Pero está usted en peligro, amigo mío.

Dar no dijo nada.

—Antes de que ingrese en el equipo operativo de la investigadora Olson —continuó Du Bois—, tengo que advertirle, Darwin, no sólo como abogado, sino también como amigo, que se está metiendo en un terreno peligroso. Muy peligroso.

Dar trató de ocultar la sorpresa que sentía. La reunión con Syd había acabado hacía menos de veinte minutos. ¿Cómo se había extendido la noticia con tanta rapidez? Y eso que el teniente Barr, de Asuntos Internos, les había solicitado prudencia a todos. Pero lo que dijo fue:

—Esos hijos de puta han intentado matarme dos veces. ¿Qué más pueden hacer?

—Conseguirlo —dijo el abogado Du Bois. La cara del abogado, llena de arrugas, normalmente aparecía risueña, o al menos teñida de suave ironía, pero ahora sus rasgos aparecían ceñudos.

—¿Sabe algo de esa conspiración que pudiera ayudar al grupo operativo?—preguntó Dar.

Du Bois meneó lentamente la cabeza.

—Recuerde, Darwin, que yo también soy agente del juzgado. Si supiera algún detalle, ya me habría acercado al FBI o a la señorita Olson. Lo único que he oído son rumores. Pero son persistentes, y bastante feos.

—¿Y qué dicen esos rumores? —dijo Dar.

Du Bois clavó sus nerviosos ojos castaños en Dar.

—Dicen que esto es muy, muy grave, y que los nuevos jefes de la banda no se andan con tonterías. Dicen que interponerse en su camino es como meterse con los antiguos capos colombianos de la droga. Dicen que se abre ahora una nueva era para el fraude en este país, y que los pequeños estafadores están desapareciendo, tan seguro como que los nuevos centros comerciales conseguirán que cierren las ferreterías y las tiendecitas de ropa de papá y mamá.

—¿«Desaparecerán» en el mismo sentido en que «desapareció» el abogado Espósito? —preguntó Dar.

Du Bois abrió sus huesudas y arrugadas manos en un gesto muy expresivo.

—Las antiguas normas ya no se aplican —dijo—. O al menos es lo que se dice por la calle.

—Más motivo aún para acabar con esos cabrones —dijo Dar.

Du Bois suspiró, recogió el bastón y el maletín, se puso el sombrero y apretó fuertemente el hombro de Dar con la mano, mientras los dos se ponían en pie.

—Tenga cuidado, Darwin. Mucho cuidado.

Dar volvió a la oficina principal de Syd justo cuando terminaba su reunión con Poulsen y Warren.

—Hombre, a usted le quería ver yo —dijo el agente del FBI.

Dar se empezaba ya a cansar de aquel saludo.

—Estábamos hablando antes con el capitán Hernández —dijo Syd—. Se quejaba de que la policía de San Diego está muy ocupada vigilándote las veinticuatro horas del día, y nosotros nos quejábamos de lo poco efectiva que ha resultado su protección.

Dar esperó la gracia del chiste.

—Así que el FBI se hará cargo a partir de ahora de las tareas de protección —dijo el agente especial Warren, en tono sosegado, pero con autoridad—. Asignaremos al menos una docena de personas a su vigilancia a tiempo completo, de modo que la protección será mucho más intensa y al mismo tiempo mucho más sutil.

—No —dijo Dar. Syd, Jeanette Poulsen y Jim Warren lo miraron fijamente—. La única condición que pongo para continuar participando en este proyecto —prosiguió, dirigiéndose a Sydney— es que dejen el rollo ese de la protección las veinticuatro horas. Quiero que despidan a todos los guardaespaldas. ¿De acuerdo?

—No dijiste que pusieras condiciones para unirme al equipo operativo —protestó Syd.

—Pues ahora las pongo. Sólo ésta —dijo Dar—. Y no es negociable.

Warren meneó la cabeza con desaliento.

—Tendrá que confiar usted en nosotros en este tema, doctor Minor. Piense que somos expertos en la protección de testigos y...

—No —insistió Dar—. Y lo digo muy en serio. Si vamos a trabajar juntos, necesito la misma libertad que todos ustedes. Además, todos sabemos que ningún guardaespaldas puede protegerle a uno contra un buen francotirador o alguien que quiera matarle a uno a toda costa.

Hubo un silencio. Finalmente, Syd dijo:

—Tendremos que respetar esa..., esa demanda tuya, Dar. Pero sólo porque nos damos cuenta de que lo que dices, en esencia, es la pura verdad. No sé quién fue... creo que el presidente Kennedy, el que dijo: «Si el siglo xx nos ha enseñado algo, es que se puede matar a cualquiera».

—No fue Kennedy... —dijo Jim Warren.

—Fue Michael Corleone... —continuó Dar.

—En *El padrino 2* —acabó el agente del FBI.

—Qué historia la vuestra con las películas de *El padrino* —exclamó Jeanette Poulsen—. Como en esa peli de hace unos años... no sé cómo era... con Meg Ryan y Tom Hanks, eso es. Los tíos creéis

que todo en el universo se resume en los diálogos de las tres películas de *El padrino*.

—No, sólo de las dos primeras —corrigió Dar.

—La tercera era una caca —dijo Warren.

—No cuenta —afirmó Dar.

—Fingimos que nunca se rodó —añadió el otro.

—¿Qué, habéis acabado ya? —preguntó Syd—. ¿O tenéis otro diálogo del primer Padrino que encaje con esta situación?

Dar se pasó la mano por el corto pelo para dejarlo un poco erizado, e imitó con gran maestría la ronca voz de Al Pacino y los gestos de sus manos. «Justo cuando creía que estaba fuera, van y me meten dentro».

—Eh —exclamó la mujer de la ONDS—, no vale. Es de *El padrino 3*.

—Es la excepción que confirma la regla —dijo el agente especial Warren.

—Dejadlo, chicos —concluyó Syd.

—¿Te das cuenta? Ellas pueden llamarnos chicos, pero constituye casi un delito federal que nosotros las llamemos «chicas» a ellas —dijo Dar al hombre del FBI.

Warren suspiró.

—Es norma mía no llamar nunca «chica» a una mujer que lleva una Sig semiautomática del calibre nueve en la cintura. —Echó una mirada a su reloj—. ¿Quiere que almorcemos juntos, doctor Minor? Me han dicho que hay un sitio aquí donde preparan carne a la barbacoa al estilo de Kansas.

—Sí que existe el sitio, y sí que me gustaría —dijo Dar. Se despidió con un gesto de las dos mujeres, que se quedaron allí de pie como maestras de escuela, con los brazos cruzados, en madura desaprobación.

—Eh —dijo el agente especial Warren, bien vestido y bien hablado, imitando bastante bien la voz de Fat Clemenza—: ¡Dejad las armas... traed los *cannoli*!».

«P de pertinencia»

El centro de San Diego ya se estaba vaciando y un río de ciudadanos aborregados se precipitaban hacia los centros suburbanos cuando Dar acabó de almorzar con el hombre del FBI.

En un momento dado, Warren dijo:

—El FBI te ayudará en lo que pueda.

—Me gustaría tener copias de todos los expedientes disponibles sobre Pavel Zuker y Gregor Yaponchik —dijo Dar—. No sólo los expedientes del FBI, sino también de la CIA, de la NSA, Interpol, Mossad, NDA... todo lo que tengáis por ahí.

Warren le miró algo suspicaz.

—No creo que te pueda enseñar ni siquiera los expedientes restringidos del FBI. ¿Cómo demonios crees que podemos darte documentos israelíes?

Dar le respondió con el silencio y poniendo cara de póquer.

—¿Y para qué iba a necesitar un civil toda esa información? —continuó Warren.

—El único civil que podría necesitarla es aquel que hubiera sufrido dos ataques por parte de esos caballeros rusos —dijo Dar, sin alterarse—. Esa información podría mantener vivo al antes mencionado civil, en lugar de muerto.

El agente especial puso una cara como si se hubiera tragado un hueso de oliva, pero al final asintió.

—Bueno, de acuerdo —dijo—. Intentaré facilitarte copias de todo lo que tengamos disponible.

—Estupendo —afirmó Dar.

—¿Quieres algo más? —dijo Warren, jocoso—. ¿Un helicóptero, quizás... o acceso a los satélites espías de algunas de las agencias?

—Claro —exclamó Dar—, pero lo que realmente me gustaría es que me prestarais un McMillan M1987R.

El agente especial Warren se echó a reír de buena gana antes de darse cuenta de que Dar hablaba en serio.

—Es imposible.

—Es imprescindible —corrigió Dar.

—Es ilegal para un civil poseer un chisme de esos —objetó Warren.

—Yo no quiero «poseerlo» —explicó Dar, paciente—. Sólo lo quiero prestado.

Acabaron la comida y Warren todavía meneaba la cabeza negativamente.

—Intentaré lo de los expedientes, pero lo del McMillan...

—O algo equivalente.

—No existe ninguna posibilidad de conseguir una cosa semejante —concluyó Warren.

Dar se encogió de hombros. Le dio su tarjeta al agente especial con su teléfono, fax y e-mail, e incluso escribió también en ella el número de la cabaña, que no tenía nadie salvo Larry y Syd.

—Hazme saber lo de los expedientes cuanto antes —dijo. No se ofreció a pagar la factura.

Saliendo ya de la zona metropolitana con su Land Cruiser, Dar llamó a Trudy.

—¿Qué es lo último que se sabe de la investigación sobre Espósito? —preguntó.

—Gracias a ti y al forense, se ha considerado posible homicidio —replicó ella—. Entrevisté al arquitecto, el que estaba hablando con el capataz... ¿cómo se llamaba, Vargas? Y está dispuesto a testificar que él y Vargas estuvieron muy concentrados mirando los planos durante varios minutos antes de ocurrir el accidente... o crimen.

—Así que alguien tuvo tiempo de sobras de colocar a Espósito debajo del ascensor (probablemente, a punta de pistola) y quitar el tornillo del sistema hidráulico sin ser visto —dijo Dar—. Interesante.

—Tanto la policía de Los Angeles como los detectives de San Diego están buscando a Paulie Satchel... el reclamante que se supone que debía encontrarse con Espósito en aquel sitio.

—Bien —exclamó Dar—. Espero que le encuentren antes de que esta serie de accidentes continúe en su dirección.

—¿No crees que fuera Paulie quien mató a Espósito?

—Ni hablar —exclamó Dar, relajándose mientras el tráfico se detenía por completo. Miró por el retrovisor. El mismo coche venía siguiéndole desde el edificio de los juzgados. Se habría sentido alarmado si no hubiese reconocido el Taurus de Syd y su melena rubia. Para ser una jefa de investigadores se le daba fatal lo de la vigilancia disimulada.

—Conozco a Paulie —dijo Dar—. Es un reclamante de poca monta... Ha reclamado más veces por incapacidad que la mayoría de la gente ha sufrido resfriados. No es ningún matón.

—Si tú lo dices... —replicó Trudy—. Te seguiré informando. ¿Vas a llevar el móvil encendido?

—Más tarde —dijo Dar—. Ahora me voy de compras.

Las compras de Dar fueron más eficientes que el subrepticio seguimiento de Syd. Primero paró en el Sears del centro de la ciudad y compró una máquina de coser barata, pero resistente. Luego fue a una tienda de excedentes del ejército que suministraba artículos a cazadores, y compró tres antiguos uniformes de camuflaje, de dos piezas, y un sombrero de ala ancha. También encontró una mosquitera especial para cabeza y hombros «lo bastante fuerte para mantener a raya a los mosquitos de Alaska —dijo el vendedor, un veterano de Vietnam tuerto—, pero también lo bastante fina para apartar a las malditas moscas negras». Tuvo que acudir a dos tiendas especializadas más antes de obtener toda la cantidad de mosquitera que necesitaba.

Recorrió varias tiendas de telas y otros almacenes hasta que encontró la lona resistente y la arpillera que quería, y en los colores que necesitaba. En la última tienda de telas que visitó, hizo que cortaran la lona en trozos pequeños y los rollos de tela color pardo en tiras y fragmentos irregulares.

En un momento dado tenía hasta cuatro dependientes y la propia jefa cortando, desgarrando y troceando. La mujer que dirigía la tienda le miraba como si estuviera loco, pero se embolsó su dinero.

Cargado con el pesado saco de trozos de tela y llevándolo hacia el coche, Darf hizo una pausa al ver salir a Syd de su coche, que había aparcado allí al lado, y caminar hacia él.

—Me rindo —exclamó ella—. No tengo ni la más repañetera idea de qué cojones estás haciendo.

—Estupendo.

—¿Me lo vas a decir o no?

—Claro —dijo Dar, abriendo la portezuela de su coche y arrojando los sacos dentro—. Voy a hacerme un traje de ghillie.

Syd le miró con extrañeza.

—¿Y eso qué es?

—Tendrá que averiguarlo usted, investigadora. ¿Vas a seguirme todo el rato

Syd se mordió el labio.

—Dar, ya sé que no te gusta, pero me siento responsable de...

—Una mierda responsable —exclamó Dar, sin alzar la voz—. Tienes un trabajo que hacer y yo también. Ninguno de los dos lo va a poder hacer si te pasas todo el tiempo siguiéndome.

Syd dudó. Dar le tocó el antebrazo desnudo.

—Por favor, no trabajemos el uno contra el otro —dijo él—. La mejor posibilidad que tengo de seguir con vida es que tú consigas meter entre rejas rápidamente a Dallas Trace y sus matones. Así que hazlo.

Syd asintió, pero dijo:

—¿Me contestarías a una pregunta?

—Claro —repuso Dar—, si tú me respondes con sinceridad a otra.

—De acuerdo. ¿Adonde vas esta noche... este fin de semana?

—Desde aquí me voy directo a la cabaña, pero no pienso pasar allí la noche. Volveré a mi piso más tarde. Y en cuanto a lo de este fin de semana... bueno, me gustaría ir de camping el domingo y pasar un día o dos fuera.

—Camping —dijo Syd, poco convencida.

—Bueno, algo así.

—¿Te llevarás el teléfono cuando estés de... camping?

—No —dijo Dar—. Pero le prometo una cosa, investigadora. Estaré en un sitio donde ni Dallas Trace ni sus secuaces pensarán en buscarme.

—Secuaces —repitió ella, bajito—. Muy bien. Ya no te seguiré. Por ahora.

—Ahora me toca a mí —dijo Dar. Miró a su alrededor. Estaban solos en el aparcamiento. Las sombras de la tarde se estaban alargando mucho—. ¿Qué ha sido esa payasada de reunión de esta mañana?

—¿Qué quieres decir?

—Sabes muy bien lo que quiero decir —exclamó Dar, sin ira en la voz. Se apoyó en el Land Cruiser y esperó.

—Hubo filtraciones importantes el mes pasado —acabó diciendo ella—. Estamos seguros de que Trace y los otros miembros de la Alianza se enteran de nuestros planes antes incluso de que los pongamos en práctica.

—¿El jurado de acusación? —preguntó Dar.

Syd meneó la cabeza negativamente.

—A nivel operativo. Lo pasa alguien del equipo operativo o que tiene acceso a gran parte de nuestra información. Así que hoy hemos celebrado una reunión y vamos a pinchar unos cuantos teléfonos.

—¿Los de Hernández o Sutton? —dijo Dar, sorprendido—. A menos que sospeches de Lawrence y Trudy, o de mí, y nos vayas a pinchar el teléfono también.

—No, no —exclamó Syd—. Estas cosas se filtraban ya mucho antes de que los Stewart y tú os vieseis implicados.

—¿También le vas a pinchar el teléfono al agente Warren?

Syd puso mala cara.

—Es el FBI el que los pincha, tonto.

—Típico —exclamó Dar. Y luego, con una voz más seria—: No puedo creer que tu amigo Santana se vaya a infiltrar y que ambos deis esa información cuando sabéis perfectamente que hay filtraciones.

Syd frunció el ceño.

—Mi amigo Santana sabe lo que hace, Dar. Lo mencionó deliberadamente. Sabía que existían grandes oportunidades de que le descubrieran, aunque no hubiese filtraciones. La historia oficial es que trabajará solo, pero en realidad habrá tres agentes latinos que se harán pasar por ilegales al mismo tiempo que él.

—¿El departamento contra el fraude? —preguntó Dar.

—El FBI —dijo Syd—. Ahora ya vamos a lo grande. Tom sabe exactamente lo que está haciendo y se asegurará de tener la espalda bien cubierta. ¿Por qué detecto un tonillo medio de sorna en tu voz cuando hablas de Santana?

Dar no dijo nada.

El tráfico era muy intenso en la interestatal 8 hacia el este, mientras San Diego iba expulsando a los cansados trabajadores por aquella semana. Dar tenía las ventanillas cerradas y el aire acondicionado

puesto, y escuchaba un CD de la Filarmónica de Berlín dirigida por Bernstein que interpretaba el «Freiheit» de la Novena, y se relajó. El tráfico era mucho menos denso en la carretera 79 que conducía al norte, y no había salido nadie de la interestatal detrás de él. No había visto el Taurus de Syd durante el trayecto, y por lo que podía asegurar, no le seguía nadie más.

Las sombras se hacían más largas y se iban fundiendo entre sí mientras conducía hacia su cabaña. Comprobó los habituales trucos que le aseguraban que nadie había entrado por la puerta principal mientras él estaba fuera, y luego entró y cerró la puerta tras él.

Desde el exterior, no se podía saber en modo alguno que la cabaña tenía un sótano: éste no tenía ventanas, ni entrada desde el exterior. Pero sí que existía. Dar apartó la alfombra persa roja colocada al otro lado de la cama, buscó la estrecha rendija del suelo, lo abrió y con otra llave abrió la trampilla que daba paso al sótano. La luz se encendió automáticamente al levantar la trampilla.

Dar bajó la empinada escalera y tembló un poco al notar la frialdad de caverna que reinaba en el estrecho pasillo. No había nada en aquel angosto pasillo de cemento, sólo una puerta de acero que se abría al final mediante dos llaves, y Dar trasteó con ellas.

La habitación que había más allá sólo tenía la tercera parte del tamaño del gran espacio habitable que había encima, pero era lo bastante grande para servir a sus propósitos. Allí sí que tuvo que encender la luz, pero una vez encendida, no se proyectaba sombra alguna en las ordenadas pilas de cajas, cajones y estantes. La temperatura de aquella habitación estaba regulada y había un deshumidificador de aire. Las paredes de cemento estaban forradas interiormente con una capa de asbesto y una fina capa de aluminio. La habitación era, en esencia, una gran caja de seguridad, a prueba de fuego, tornados o bombas nucleares distantes. Dar sonrió al pensar lo mucho que le había costado aquella habitación que, paradójicamente, tan poco visitaba.

En la pared de enfrente había una reja con candado que se abría a un enorme conducto de ventilación. Éste corría a lo largo de treinta y siete metros hasta el pozo de una mina de oro abandonada que tenía más de un siglo de antigüedad; el túnel de la mina también se prolongaba otros sesenta y tres metros hasta una pequeña abertura en el empinado barranco. El túnel acababa a más de un centenar de metros al este del furgón de ovejas. Excavar y asegurar ese túnel, cerrado con candado por ambos extremos, le había costado a Dar casi tanto como todo el resto de la casa.

Recorrió el estrecho sendero que quedaba entre las cajas de almacenaje. Como siempre, echó una mirada a su «bolsa rápida», la maleta negra que siempre estaba hecha y preparada cuando trabajaba para el CNST. Como siempre, sin pensarlo, su mano pasó por encima de la gran caja verde que contenía toda la ropa de Barbara, las fotos de ambos de aquella época y las ropitas de bebé de David. Como siempre, Dar no abrió la caja.

Había una caja fuerte empotrada en el fondo de la habitación, y Dar giró rápidamente el disco. Sabía que era una tontería usar la fecha de nacimiento de David como combinación, pero cualquiera que hubiese llegado hasta allí no se vería detenido por una simple cerradura de ese tipo.

Era una caja fuerte grande, honda, con varios estantes de metal que contenían documentos y disquetes de ordenador, así como fotos. Dar los pasó por alto y sacó una caja de nogal con un asa para llevarla.

Cerró la caja fuerte, colocó la delgada caja de nogal encima de la caja verde y la abrió. En el interior, cuidadosamente colocado en un lecho de fieltro verde con sus diferentes partes envueltas en

un envoltorio de plástico lleno de grasa especial, se encontraba un rifle Sniper M40 desmontado, una versión militar del clásico rifle Remington 700 con acción de cerrojo.

Dar pasó suavemente los dedos por encima de la culata de madera del rifle y luego sacó la mira telescópica 3-9 de potencia variable Redfield Accu-Range de su nido. Miró por ella y luego la volvió a colocar en su sitio. Estaba asegurando las cerraduras de la caja con asas cuando oyó un golpeteo distante pero fuerte, en el piso de arriba.

Dar se llevó la caja del rifle al salir del sótano, cerró la puerta y subió la escalerilla empinada. Alguien estaba golpeando con fuerza la puerta principal. Dar aseguró bien la trampilla y colocó la alfombra, pensó en la posibilidad de armar el rifle cuando los golpes de la puerta se convirtieron en un aporreo, pero al final dejó la caja del rifle cerrada y atisbo por las ventanas delanteras.

Dar suspiró, metió la caja con el rifle en un estante bajo y fue a abrir la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Syd. Llevaba la Sig Pro de nueve milímetros empuñada en la mano derecha. Todos aquellos golpes en la puerta los había dado con la mano izquierda. Tenía los nudillos de aquella mano completamente rojos.

—Claro —dijo Dar, apartándose para que ella pudiera pasar.

—¿Y por qué no abrías la puerta?

—Estaba en el baño —dijo Dar.

—No, no estabas allí —dijo Syd—. He dado la vuelta alrededor y he mirado por la ventana. Y no te he visto por ninguna parte.

Dar sabía que la trampilla, aunque estuviera abierta, estaba fuera de la línea de visión de cualquiera de las ventanas.

—Hace dos horas me has dicho que no me seguirías más —dijo Dar—. Y ahora miras por la ventana de mi cuarto de baño.

La cara de Syd estaba sonrojada. Se puso más roja todavía mientras se enfundaba de nuevo la semiautomática y se cerraba bien la chaqueta de lino.

—No te he seguido. Quería llamarte al móvil, pero no lo tenías encendido. He intentado llamar al número de la cabaña, pero no has contestado.

—Acabo de llegar hace sólo unos minutos —exclamó él—. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo malo?

Los ojos de Syd pasearon por la habitación, inquietos.

—¿Me das un vaso de whisky?

—Los dos tenemos que conducir —dijo Dar—. Tengo que volver a casa esta noche, ¿te acuerdas? Me voy dentro de unos minutos.

—Ahora ya sé lo que es un traje de ghillie —dijo Syd, casi sin aliento, como si hubiera venido corriendo desde el coche a la cabaña—. Y sé lo de Dalat.

«Q de quebranto»

A Barbara nunca le conté lo de Dalat —pensó Dar, mientras servía las bebidas y sacaba los utensilios necesarios para preparar unos espaguetis—. Aunque estábamos muy unidos, nunca hablamos de eso. No se lo conté ni a ella, ni a Larry, a nadie».

«Pero ahora todo es diferente —se dijo—. Un francotirador ruso trató de asesinarte el otro día».

«Bien, de acuerdo». Dar entrechocó su vaso con el de Syd y bebieron el excelente whisky mientras preparaba la comida en un silencio sólo roto por el torbellino de sus pensamientos.

Dalat era y es todavía una ciudad montañosa de Vietnam, situada a los pies del elevado monte de Lang Biang, a unos ochenta kilómetros de la costa. En 1962, el presidente Kennedy y el gobierno de Estados Unidos mostraron su solidaridad con el régimen sudvietnamita que estaba en aquel momento en el poder (Dar no recordaba el nombre del hombre fuerte de aquel entonces) cediendo plutonio y otros materiales radiactivos a Vietnam del Sur y ayudándoles a poner en marcha un reactor nuclear que funcionase en Dalat. El reactor se usaba para producir radioisótopos con fines de investigación y médicos, pero lo más importante de todo: era un símbolo del estatus de Vietnam del Sur y un gesto de cooperación y amistad por parte de Estados Unidos.

Hasta marzo de 1975. Nixon y Kissinger habían «vietnamizado» la guerra con gran éxito. Los soldados que habían sido equipados para ocupar el lugar de los seiscientos mil estadounidenses entre marines, personal de las Fuerzas Aéreas y otros que habían sido apartados, se encontraban en plena retirada. El Vietcong y el ejército regular de Vietnam del Norte corrieron a invadir y a ocupar todas las antiguas bases, fortalezas y ciudades tomadas por los americanos en Vietnam. A Saigón le faltaban sólo diez días para ser ocupada de nuevo, y la situación de la embajada americana (donde sólo quedaba una guardia simbólica de marines) era, para decirlo con la expresión de argot que usaban los marines en la época, una jodienda. Un gran ejército naval esperaba junto a la costa, listo y preparado para llevarse a los últimos diplomáticos que salían huyendo, a los subordinados y a los marines.

En medio de toda aquella confusión (expedientes ardiendo, familias que huían, equipo abandonado, miles de «auxiliares» vietnamitas rogando que les llevaran con ellos), dos técnicos sudvietnamitas aparecieron en la embajada americana y tímidamente les recordaron a los americanos que el reactor todavía estaba funcionando, y que el plutonio para armamento estaba almacenado allí. El embajador y los militares de más alto rango finalmente recibieron informes de este hecho en medio de toda la confusión, e inmediatamente ordenaron a los técnicos vietnamitas que volvieran a Dalat a toda prisa y desconectarán el reactor, mediante un procedimiento de cierre de emergencia. Se les ordenó que llevaran todo el material radiactivo vital, «especialmente» el plutonio, a Saigón, donde sería trasladado por la flota que esperaba.

Los técnicos vietnamitas replicaron que les encantaría hacer todo aquello, pero recordaban respetuosamente al general y el embajador que Dalat estaba en curso de ser ocupado tanto por el Vietcong como por las unidades del ejército del norte, que todas las carreteras y líneas de ferrocarril hacia Saigón y la costa habían sido destruidas por el enemigo, y que los vuelos programados para

entrar y salir del diminuto aeropuerto de Dalat habían sido cancelados a causa de la proximidad de los soldados del ejército del norte. Todo el resto del personal del reactor había huido, y el propio reactor en aquel momento estaba funcionando al ralentí sin nadie que lo controlara. Los dos técnicos explicaron cómo habían conseguido huir ellos, abriéndose paso con disparos de armas cortas, en una avioneta que pertenecía al hermano pequeño de uno de los técnicos, que casualmente resultaba ser un capitán del ejército de las Fuerzas Aéreas de Vietnam del Sur, y que les había dejado en Saigón aterrizando en pleno campo, junto a la caótica carretera nacional, e inmediatamente había vuelto a despegar para dirigirse solo hacia Tailandia, y aunque los dos técnicos serían enormemente felices de poder volver a Dalat y ayudar a sus amigos americanos, en realidad eran dos técnicos del nivel más bajo, que no tenían ni idea de cómo desconectar un reactor, y además, habiendo arriesgado sus vidas para llevarles la noticia del dilema del reactor, quizá ya se hubieran ganado así su viaje a Estados Unidos y una nueva vida.

—¿No tenemos por ahí algún cerebritito nuclear? —preguntó el embajador—. ¿Algún marinero o alguien que sepa cómo cerrar un reactor y manejar un poco de plutonio?

Y resultó que sí lo tenían. A bordo del portaaviones nuclear que se encontraba junto a la costa había dos americanos miembros de la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos, así como de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, un tal Wally Henderson y otro tipo llamado John Halloran. Ninguno de los dos eran militares. Ambos eran hombres agradables, profesores de carácter amable que no habían oído hablar en su vida de Dalat ni de la existencia de un reactor en Vietnam del Sur. Resultó que se encontraban en la costa de Vietnam porque varios de los barcos de guerra que evacuaban al ejército llevaban muchas armas nucleares, otros iban por ahí dando tumbos, en el radio de acción de las plantas de energía atómica, y el Departamento de Defensa había pensado que era prudente, entre toda aquella confusión, tener allí a alguien que estuviera por encima del nivel de un técnico de la Marina o de un ingeniero nuclear, que supiera cómo funcionaban realmente las armas y los reactores que había a bordo de los barcos. Sólo por si acaso.

Wally Henderson y John Halloran fueron trasladados en seguida en helicóptero hacia el hormiguero de Saigón, se les instruyó y se les envió de inmediato a Dalat con doce marines. Las órdenes que recibieron tanto los científicos como los marines fueron muy sencillas: cierren el reactor, no dejen que explote o lo que sea que hagan los reactores cuando los manosea el enemigo, rescaten todo el material radiactivo que puedan, retiren los aproximadamente ochenta gramos de plutonio del reactor y vuelvan a toda prisa a Saigón. Si el aeródromo está ocupado, vayan caminando los ochenta kilómetros a través de la jungla hasta llegar a la costa, desde donde solicitarán por radio que vayan a recogerles. Deben llevarse el plutonio a toda costa.

De los doce marines, cuatro eran tiradores. Dar Minor, de diecinueve años de edad, un universitario precoz con una licenciatura en física, cosa que nadie en el estamento militar o la embajada sabía ni se preocupó de averiguar cuando le enviaron a Dalat, era uno de aquellos tiradores. Cuando aterrizaron en Dalat en un antiguo DC-3 comercial, que habían hecho mucho menos manejable colocándole a toda prisa una instalación forrada de plomo para almacenar los materiales radiactivos, ocho de los marines, incluido el militar que los dirigía (un teniente) se quedaron atrás para proteger el campo de aterrizaje de los norvietnamitas mientras Dar y los otros tres acompañaban a Wally y John al reactor. Era poco después de las siete de la mañana, y la niebla matinal se disipaba ya.

El reactor estaba abandonado, y los guardias de élite del ejército habían desaparecido. Las

cancelas y las puertas principales estaban, literalmente, abiertas de par en par. Pero el enemigo no había llegado todavía. Al joven Dar Minor, aquella instalación le recordó el Fort Knox de pega que había visto en la película Goldfinger cuando tenía ocho años: una estructura abovedada de cemento, enorme y reforzada, sobre una colina baja. El reactor de Dalat estaba rodeado por casi un kilómetro y medio de promontorio cubierto de hierba en todas direcciones. Había tres hileras de alambrada de espino en todo el perímetro, una dentro de otra, con cien metros de intervalo, y los cuatro marines tuvieron la presencia de ánimo suficiente para cerrar las cancelas de cada una cuando fueron pasando con el jeep y los dos nerviosos científicos hacia el recinto del reactor principal. En tres direcciones no se veía otra cosa que espesa selva, y en la cuarta, la carretera abierta que conducía a Dalat. El reactor dominaba el terreno elevado de aquel kilómetro y medio de campo abierto. Para un francotirador (aunque fuera uno sin experiencia, como Dar a sus diecinueve años) era, obviamente, una zona mortífera en extremo.

Aunque aún no había recibido su bautismo de sangre, Dar era el líder de su equipo de dos hombres. Los tiradores formaban parte del cuerpo de Marines sólo desde 1968. Entonces se reconoció su importancia para la guerra y se aprobó la organización y formación de pelotones de francotiradores en el seno del cuartel general de cada compañía, así como en cada batallón de reconocimiento. Formalmente, el pelotón de tiradores consistía en tres brigadas de cinco equipos, con dos hombres cada uno, y un líder para cada equipo, además de un suboficial, un armero y un oficial, de modo que la fuerza total de cada pelotón ascendía a un oficial y treinta y cinco hombres. En realidad, el batallón de reconocimiento tenía una configuración ligeramente distinta, y sus fuerzas ascendían a un total de un oficial y treinta hombres. Los tiradores de los Marines actuaban (como había sucedido a lo largo de toda aquella guerra, la de Corea y las dos guerras mundiales) en equipos de dos, ambos tiradores de primera, aunque el líder era quien realizaba literalmente los disparos, mientras que el número dos actuaba como observador.

Durante la misión de Dalat, Dar era el líder del Equipo Dos, y como líder de ese equipo, llevaba un rifle Remington 700 de 7,62 milímetros con acción de cerrojo, modificado y rebautizado como M40 por los marines, mientras que su observador iba armado con un M-14 de precisión. Antes, los observadores de los equipos de tiradores de Vietnam habían estado utilizando el M-16 normal para fuego rápido, pero los marines descubrieron brutalmente que los M-16 no resultaban precisos a largo alcance y pasaron a usar el M-14, de precisión reforzada.

Para aquella misión, los dos equipos de tiradores habían llevado más armas y municiones de las que podían transportar, literalmente. Dar había imaginado que como la guerra había terminado ya, Estados Unidos dejaría abandonado equipo por valor de decenas de miles de millones de dólares. ¿Qué importarían por tanto unas cuantas armas más o menos en aquella misión? En el segundo jeep iban cuatro rifles M40 más, dos M-14 de repuesto, un cañón de M40 más para cada equipo, y cajas llenas de municiones. Cada uno de los cuatro marines llevaba sus propios binoculares y una radio de onda corta, mientras que los dos equipos compartían una radio grande PRC-45 para llamar a la artillería o pedir un ataque aéreo. Además de los binoculares, cada observador llevaba un telescopio de reconocimiento de veinte aumentos. Para mejorar su capacidad de observación, el segundo jeep llevaba dos pesados DON (Dispositivos de Observación Nocturna) y cuatro miras Starlight AN/PVS2 más pequeñas, montadas sobre los dos M-14 de repuesto, los de precisión. Uno de los DON más grandes iba colocado sobre un trípode, pero el otro iba montado en el elemento principal de su arsenal, una ametralladora Browning M2 calibre 50 especialmente modificada para que funcionara como arma de tiro único. Además, para la M2 había una enorme mira telescópica Unertl

de uso diurno.

El observador de Dar era un joven cabo negro de veintidós años, originario de Alabama, que se llamaba Ned. Ned en realidad había superado en puntuación a Dar, aunque sólo ligeramente, en cuanto a la puntería, pero Dar había completado las 205 horas reglamentarias de instrucción oficial de los tiradores, 62 horas de práctica de puntería, 53 horas de entrenamiento de campo y 85 horas de ejercicios tácticos de tiro, todo con la mayor puntuación. El mejor de todos los equipos en realidad era el sargento Carlos, un hombre ya mayor (treinta y dos años), y el único de los cuatro marines que había entrado en combate. El observador de Carlos era otro chico de diecinueve años llamado Chuck, de Palo Alto.

Dar y los otros aparcaron los jeeps fuera de la vista, en uno de los muchos edificios vacíos del complejo, echaron un rápido vistazo a la sala de control del reactor, fantasmal y vacía, mientras los dos científicos se disponían a trabajar, y luego salieron a uno de los parapetos dispuestos a montar guardia durante las cuarenta y ocho horas siguientes. Carlos estaba encantado con el diseño del reactor en términos de posición de tiro. Tenían dos galerías con paredes de cemento, que cubrían un ángulo de 360 grados, en torno al edificio principal del reactor, una a una altura de cuatro pisos y la otra justo debajo de la bóveda, a dieciocho metros de altura total. Los muros de ambas galerías estaban pavimentados de forma que cada veinte pasos, más o menos, el cemento se levantaba un metro aproximadamente por encima de la altura media del muro, de un metro veinte de altura. Aquello convertía el parapeto en una verdadera muralla almenada, según el sargento Carlos. Para completar la sensación de fortificación, los cuatro marines amontonaron rápidamente más de ochenta sacos de arena de los puestos de guardia abandonados de abajo, creando unos puestos de tiro muy protegidos y unos muros de contención.

Los muros reforzados de la estructura de contención, de siete pisos de alto, tenían tres metros sesenta de ancho. Los muros del parapeto tenían un metro veinte de grosor. Aunque se apiñaban unas cuantas edificaciones anexas junto a la base del edificio del reactor, los parapetos eran lo suficientemente altos para que el campo de tiro no presentase obstáculo alguno, en ninguna dirección. El acceso a los dos niveles y la sala de control principal era interno, a través de pasillos y escaleras. No había ventanas.

—Jodeeeeer —dijo el sargento Carlos cuando acabaron el extenuante trabajo de acarrear los sacos de arena—. Si Davy Crockett, Jim Bowie, el coronel Travis y todos los demás hubiesen tenido un lugar como éste y unas armas como éstas en lugar del viejo y mierdoso fuerte de El Álamo, mis antepasados nunca les habrían agujereado el pellejo ni tomado el fuerte.

A Wally y John les costó cuarenta y dos horas cerrar del todo el reactor, colocar y cargar los diferentes isótopos y encontrar el envase que contenía los ochenta gramos de plutonio para armamento. El enemigo llegó al reactor de Dalat tres horas después que los marines.

Una hora después de la llegada de Dar, el teniente Hale se comunicó con ellos desde el aeropuerto. Los ocho marines que quedaban allí (también equipados con potente armamento) estaban enfrascados en un tiroteo cuando apareció un batallón del Vietcong. Media hora después, el hombre que estaba en la radio del teniente Hale anunció que la mitad de los hombres habían muerto, incluido el teniente, y que los marines que quedaban estaban intentando contener a lo que parecía ser una compañía totalmente mecanizada del ejército regular norvietnamita. El DC-3 había despegado, dejándoles atrás. Los hombres de Hale pidieron que les sacaran de allí, pero los helicópteros de combate y de

evacuación no pudieron acercarse a la terminal del aeropuerto porque desde las líneas de árboles cercanas les machacaban sin cesar con fuego antiaéreo.

Durante otra hora más, Dar y los otros tres marines de los parapetos del reactor escucharon el distante traqueteo de los disparos de arma corta: los característicos estampidos de los M-16 y los M60, el tableteo del Kalashnikov AK-47, la explosión de los morteros y el estruendo de los cañones de los tanques. El sargento Carlos dijo que era la primera vez de sus tres incursiones en Vietnam que había oído fuego de tanques procedente del enemigo.

Entonces cesaron los disparos. El silencio subsiguiente fue tan terrible que Dar se sintió muy aliviado cuando aparecieron los primeros miembros del Vietcong en jeeps del ejército de Vietnam del Norte, unos cuantos vehículos acorazados ligeros y una fila de camiones que subían por la carretera principal de Dalat.

—Mira eso —dijo el sargento Carlos.

El M2 calibre 50 con una mira especial Unertl había sido instalado en la pared ancha, entre los sacos de arena. Mientras Chuck y Ned observaban con las potentes mirillas de veinte aumentos, el sargento Carlos abrió fuego en la columna del Vietcong a una distancia de tiro de dos mil doscientos metros, ¡más de dos kilómetros! La primera bala convirtió la cabeza del conductor del primer jeep en una enorme nube de niebla roja. La segunda bala (una explosiva) dio en el tanque de la gasolina del jeep e hizo saltar el vehículo quince metros por los aires. El tercer tiro de Carlos penetró en el blindaje ligero de uno de los vehículos que iban detrás del jeep principal y sin duda debió de matar al conductor, porque el vehículo acorazado se torció hacia la derecha y cayó en una honda zanja de riego. El cuarto disparo del sargento se incrustó en el motor del tercer vehículo de la fila (un camión terriblemente pesado), de modo que el vehículo se detuvo y todo el convoy quedó bloqueado. Las tropas saltaron de los camiones y empezaron a correr hacia la selva que se extendía a ambos lados.

El sargento Carlos continuó su pausado ritmo de disparos mientras los otros tres hombres vigilaban a través de las miras de localización. Cada vez que Carlos disparaba, moría un ser humano. Luego los camiones quedaron vacíos, mientras el Vietcong avanzaba hacia ellos a través de la selva y pedía el apoyo del ejército norvietnamita. Como medida de precaución, el sargento Carlos hizo volar tres camiones más con munición explosiva. Las llamas y el humo se elevaron a gran altura en el aire matutino.

—Ya ves, ver que matan a tus compañeros desde más de un kilómetro de distancia deteriora mucho la moral —dijo el sargento Carlos. Dejó que se enfriara el arma del calibre 50 mientras asignaba al equipo de Dar al parapeto inferior y se disponía a preparar su propio rifle Sniper M-40 con acción de cerrojo para un trabajo «en corto», a sólo ochocientos metros o menos aún.

Dar siempre había oído que las historias de guerra se iban deformando en los recuerdos, a medida que se contaban una y otra vez, pero nunca había contado la historia de aquellas cuarenta y ocho horas en Dalat. Su recuerdo de aquel período siempre había sido igual de firme y no había cambiado nada, como una piedra alojada dentro de su alma.

Las patrullas de reconocimiento del Vietcong empezaron a devolverles el fuego y a enviar exploradores desde las líneas de los árboles, unos veinte minutos después de que el sargento Carlos detuviera su primer convoy. Carlos y Dar usaron sus M40 del calibre 7,62 para matar a los soldados del Vietcong en cuanto salían de las sombras de la selva o se descubrían por el resplandor de la boca

de sus armas.

Con excepción de los disparos de AK-47 que daban en las edificaciones anexas o en la grava que había debajo, y unos pocos que alcanzaban y apenas conseguían descascarillar un poco el edificio que, contenía el reactor propiamente dicho, todo estaba en silencio. Dar oía poca cosa excepto el pausado ladrido de los M40 y los comentarios en voz baja: «Blanco... blanco... abatido, pero aún se mueve... muerto... blanco» de Ned, su observador.

Aquella misma tarde a primera hora, cerca de un centenar de vietcongs salieron de cubierto y asaltaron el complejo del reactor. Dar y Carlos mataron primero a los tiradores que cubrían como podían a la infantería con sus rifles K-44, menos precisos (en realidad se trataba de antiguos rifles de tirador soviéticos Mosin-Nagant M1891/30 de 7,62 milímetros, usados por el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial). Cuando acabaron con los tiradores (que siempre son la prioridad básica de los demás tiradores) dispararon a los zapadores que llevaban torpedos Bangalore para volar las vallas. Cuando los zapadores hubieron caído todos, Dar y el sargento Carlos dirigieron su atención hacia todos los oficiales del Ejército de Vietnam del Norte que pudieron localizar. Tan pronto como cualquier hombre con uniforme verde y casco de médula gritaba una orden o apremiaba a los demás soldados o blandía una pistola que no fuera la habitual AK-47, recibía un disparo. Cuando la menguada línea de asalto llegó a unos ochocientos metros, aún a doscientos metros de la valla exterior, Ned y Chuck abrieron fuego rápido con sus M-14 de precisión.

La línea se rompió. Los vietcongs corrieron hacia la selva. Unos pocos consiguieron llegar.

Las tropas regulares del ejército del norte aparecieron unos minutos después. Atisbando a través de la mira del observador, Dar se quedó sorprendido. Nunca había visto un tanque ruso 1-55, y mucho menos le habían enseñado cómo acabar con ellos. Los dos tanques que iban delante parecían tener el plan de conducir directamente por la carretera, echar abajo la cancela de la valla y seguir en línea recta hacia el complejo del reactor. No disparaban los cañones de setenta y dos milímetros. Los cuatro marines se dieron cuenta de que no recibirían fuego de mortero ni artillería de los comunistas. Evidentemente, algún militar de alto rango había tomado la decisión de que el reactor de Dalat debía ser capturado sin dañar el edificio de contención. Era una decisión idiota, y Dar lo sabía, porque unos proyectiles de mortero bien apuntados podrían haber matado a los cuatro marines y sólo habrían causado pequeñas marcas en los macizos muros de cemento. Wally y John, que trabajaban dentro, en la sala de control, dijeron después que no habían oído los disparos. Afortunadamente para los marines, la estructura de mando del Ejército de Vietnam del Norte parecía saber menos aún de reactores nucleares que el embajador de Estados Unidos.

Cuando el tanque que iba en cabeza llegó hasta unos mil metros de distancia, el sargento Carlos empezó a disparar balas explosivas del calibre 50 a las miras periscópicas.

—¡No me jodas! —chilló Ned, por encima del estruendo reinante—. No querrás destrozar un tanque con un rifle, ¿verdad?

—Esas rendijas de visión son a prueba de balas —dijo el sargento Carlos, entre disparo y disparo—, pero no a prueba de polvo. No se puede conducir bien cuando uno no ve una puta mierda.

Tuvo que disparar ocho proyectiles, pero al final el tanque se detuvo. Un minuto después, los tripulantes del vehículo salieron y echaron a correr hacia la distante línea de los árboles. Dar y el sargento Carlos los mataron a todos. Tuvieron que disparar doce balas en los visores y alrededor de

ellos para detener el segundo tanque, hasta que éste viró repentinamente hacia la derecha y se detuvo. Los tripulantes se quedaron dentro hasta mucho después de anochecer. Cuando corrieron hacia la línea de los árboles, un poco después de medianoche, Dar mató a tres de ellos utilizando su mira Starlight. El tercer tanque dio la vuelta y se adentró de nuevo en la selva, no sin antes dejar escapar una andanada de cañonazos, al parecer por pura frustración. La andanada hizo un agujero de un metro de ancho en el perímetro exterior de la valla e impactó en la colina herbosa. El conductor del T-55 había cometido el error de volverse para coger la velocidad máxima en lugar de retroceder sin más. Uno de los disparos del sargento Carlos a doscientos metros dio en el depósito de gasolina adicional del lado derecho, y el tanque se internó en la selva con las llamas lamiendo su parte posterior.

Hubo dos intentos más de ataque de flanco por parte de la infantería antes de ponerse el sol. Ahora, los equipos de tiradores de los marines iban desplazándose de nivel en nivel, de muro en muro, disparando en todas direcciones. Debían tener cuidado de no resbalar y caer con todos los casquillos desperdigados en los suelos de cemento del parapeto. El Vietcong llegó a la valla exterior y la hizo volar en un último intento antes de que oscureciera. Treinta hombres se introdujeron en la zona que había entre la valla exterior y la segunda.

—¿Han colocado minas los del ejército? —preguntó Chuck, esperanzado.

—No —replicó el sargento Carlos—. Es el único sitio de todo el puto Vietnam del Sur donde no hay minas.

Los treinta hombres de infantería lanzaron un grito de victoria, izaron la bandera de Vietnam del Norte y corrieron hacia la segunda valla. Los cuatro marines les mataron.

Pasaba de la medianoche cuando los soldados del Vietcong y el ejército regular empezaron a salir a rastras de la selva hacia la alambrada exterior. En el entrenamiento a Dar le habían enseñado que la nueva generación de dispositivos pasivos de intensificación de imagen (miras nocturnas) eran el equivalente en Vietnam de lo que había sido la mira de bombardero Norden en la Segunda Guerra Mundial: tecnología de alto secreto. En los primeros años del conflicto bélico de Vietnam, el dicho era: «Charlie domina la noche». Ahora los marines también dominaban la noche.

Veinticinco años después de Dalat, Dar veía en un anuncio de L.L. Bean o cualquier otro catálogo de excedentes del ejército unos anteojos de visión nocturna por seiscientos dólares y tenía que sonreír. Aquelpreciado y milagroso artefacto para poder ver por la noche, por el que uno daría la vida antes que perderlo, se había convertido en el artículo número NP14328 del catálogo, disponible al día siguiente, con entrega por mensajero. En los últimos años había solicitado un par de anteojos semejantes por correo y los había encontrado no sólo más ligeros y efectivos que su antigua mira Starlight, sino con un precio mucho más asequible.

Ned usó el Dispositivo de Observación Nocturna montado en un trípode para localizar al enemigo a distancias de más de mil cuatrocientos metros y alertar a Dar y a Chuck para los disparos que efectuaban con la Starlight a ochocientos metros o menos, al alcance del M-14. El sargento Carlos usaba el otro DON montado en el M2 del calibre 50 para cazar a los soldados enemigos a mil quinientos metros en el momento en que se movían entre las sombras de la noche.

De forma poco habitual para aquella época del año en Vietnam, el cielo estuvo despejado a lo largo de toda aquella interminable noche. No había luna, pero las estrellas brillaban radiantes.

Poco después del amanecer del segundo día, seis tanques T-72 nuevecitos y seis T-55 empezaron a

avanzar traqueteando, directos hacia el reactor Dalat. La infantería se movía a poca distancia detrás de ellos, y los tiradores del ejército del norte seguían cubriéndoles con su fuego desde los árboles.

—No sabía que esos cabrones de norvietnamitas tuvieran tantos tanques en esa mierda de ejército que tienen —comentó el sargento Carlos, subrayando sus palabras, pronunciadas en voz baja, con un escupitajo del tabaco que mascaba.

En lo más profundo de los intestinos del edificio, Wally y John habían dormido una hora cada uno. Mientras el uno dormía, el otro seguía manipulando materiales radiactivos con carretilla elevadora. Ninguno de los marines había dormido nada

El sargento Carlos contempló la aproximación de los tanques a la alambrada exterior. Estaba muy atareado desde antes de amanecer, hablando por la radio PRC-45. Justo antes de que los tanques llegaran a la alambrada exterior, se oyó el rugido de unos aviones ligeros (Phantoms F-4 en este caso) a unos sesenta metros, que rompieron la formación y dejaron caer su condimento explosivo. Dar contempló con incredulidad teñida de fatiga cómo la torreta del T-72 que iba en cabeza se alzaba hasta cien metros en el aire, más alto incluso que el propio F-4, y las abrasadas piernas del conductor quedaban claramente visibles colgando y pataleando en la torreta que se desplomaba.

Varios tanques sobrevivieron a la incursión aérea y empezaron a dar vueltas, confusos, algunos pasando incluso por encima de su propia infantería entre el humo y las llamas. Treinta segundos después, una misión de ataque complementario con tres Skyhawks A-4D que venían desde el *U.S.S. Kitty Hawk* arrojó napalm en los tres costados del complejo del reactor. El humo y las llamas abultantes hicieron muy difícil para Dar y los otros matar a los supervivientes que quedaban, pero la verdad es que había pocos.

Las siguientes veinticuatro horas estaban menos claras en el recuerdo de Dar, aunque se habían grabado de forma indeleble.

La única explicación que encontraba es que algo le había ocurrido al tiempo. El tiempo se vio distorsionado, retorcido, deformado por completo, casi hasta el infinito o hasta la eternidad, ésa fue la impresión que tuvo, aunque al mismo tiempo se dobló sobre sí mismo en momentos y horas y acontecimientos que se superponían y coexistían. Fue como si Dar hubiese caído por debajo del liso horizonte de uno de esos agujeros negros que estudió en su trabajo de doctorado, en años posteriores.

Hubo unos cuantos asaltos generales de infantería más la mañana de aquel segundo día. Durante uno de ellos, los ataques aéreos de la Marina se retrasaron media hora y varios cientos de soldados regulares del norte (no los vietcongs vestidos con pijamas negras, sino tropas bien alimentadas, uniformadas y soberbiamente armadas, el orgullo del general Giap del Ejército Norte) alcanzaron la valla interior. En una situación normal, Dar y los demás habrían llamado a la artillería de las bases cercanas, pero toda la artillería americana había hecho las maletas y abandonado ya el país, y la artillería del ejército de la provincia había sido derrotada. Lo único que había mantenido a salvo a su pequeño Alamo particular era el hecho de que Giap, obviamente, quería tomar el reactor intacto.

Dar recordaba que fue durante uno de esos ataques en la mañana del segundo día cuando el cañón de su M40 se fundió y tuvo que sustituirlo por el rifle de repuesto. Ned murió por un disparo de un contratirador del Ejército del Norte antes del último ataque de aquella mañana... o quizás justo después. Dar no lo recordaba con absoluta certeza. Pero sí que recordaba la secuencia de las muertes. Ned recibió un tiro en el ojo cuando usaba la mira de veinte aumentos, hacia el mediodía. El

sargento Carlos recibió uno en el pecho y la garganta en algún momento de la descarga cerrada de la tarde, y murió antes de que el sol se pusiera, rojo y pleno, detrás de la montaña de Lang Biang. Chuck murió a causa de una salva de balas segundos antes de que pudieran abordar el Sea Stallion.

Durante la noche anterior, mientras Wally y John todavía trabajaban con brazos mecánicos y mandos a distancia, metidos dentro del edificio, Chuk y Dar hablaron del plan B. El plan B consistía en recorrer caminando los ochenta kilómetros que había hasta la costa. Ambos marines sabían que era imposible ya. No porque hubiera ahora al menos dos batallones de infantería mecanizada del Ejército del Norte y quizás tres compañías de vietcongs en la selva o junto a ellos. Los marines podían habérselas con eso. Pero al haber muerto Ned y el sargento Carlos, Dar y Chuck nunca conseguirían llegar hasta la costa con los dos cadáveres, ayudando al mismo tiempo a los científicos a transportar los cientos de kilos de peso de isótopos radiactivos y de plutonio y de no sé qué más. Y los marines no abandonan jamás a sus muertos.

Dar siempre había pensado que esa costumbre casi rayaba en lo obscuro (poner en peligro vidas humanas por cuerpos muertos), pero también sabía que no iba a ser precisamente él quien rompiera la tradición y dejase a Carlos y Ned a merced del enemigo.

Cuando llegó el último ataque del día y se produjo la última incursión aérea, fue otra vez con napalm, que caía desde cuatro F-4 muy rápidos. Parte de la artillería abrasó los edificios colindantes, los jeeps y la base del propio edificio de contención del reactor. Dar nunca olvidaría el olor de carne humana asada, ni la vergüenza que sintió al darse cuenta de que, debido al hambre que sentía, ese olor le hacía salivar. No había comido desde hacía veinte horas. Los gritos parecían llegar desde un par de metros de distancia, y no desde cincuenta. Dar recordaba con claridad haberse acurrucado en el suelo del parapeto, cubriendo el rifle con su propio cuerpo como si estuviera protegiendo a un niño, mientras las llamas se elevaban más de cincuenta metros en torno al edificio del reactor y el aire se hacía demasiado abrasador para poder respirarlo.

Chuck y Dar pasaron la segunda noche cambiando de posición constantemente, usando las miras Starlight de los M-14 y los DON de calibre 50 para localizar y disparar a los grupos de zapadores y los soldados que avanzaban por todas partes.

—¿Has visto alguna vez *Beau Geste*? —dijo Dar a Chuck durante un momento de calma entre disparos.

—¿Qué? —exclamó el otro marine, desde el parapeto más alto.

—No importa —dijo Dar.

El Ejército de Vietnam del Norte estaba intentando disipar el humo por aquel entonces, cosa inteligente, porque incluso las miras nocturnas intensificadoras de la imagen eran incapaces de ver a través de él, y había ya tanto humo en el aire que perjudicaba a los tiradores de cobertura del Ejército del Norte.

Normalmente, cuando un soldado se acercaba a menos de cien metros, o Chuck o Dar veían moverse algo verde a través de las infernales cortinas de humo y el resplandor blanco y borroso de las llamas, y uno de ellos podía matarlo con un simple disparo. Pero cuando disparaban desde el mismo lado del edificio, los dos marines actuaban con una eficiencia mayor, y gritaban: «¡Mío! ¡Lo tengo!» como un jugador de béisbol que esperara una pelota.

A las 2 de la mañana de aquella segunda noche, Wally y John salieron tambaleándose a los

parapetos para anunciar que todo estaba cargado en palés y que podían irse ya en los jeeps. Mientras Dar les explicaba que los planes habían cambiado, el enemigo les seguía hostigando constantemente con fuego. Miles de balas daban en los parapetos. Los sacos de arena estaban hechos trizas, y el sonido de las balas al golpearlos era tan regular como una lluvia densa sobre la lona de una tienda de campaña. Los rebotes de las balas eran lo más peligroso. Ambos marines sangraban abundantemente por los impactos de fragmentos de cemento y balas.

Dar recordaba que Wally se limpió las gafas (el científico tenía los ojos rojos por la fatiga, pero también estaba conmocionado al ver el aspecto de Dar, tan ensangrentado y exhausto) y dijo:

—¿Han estado disparando todo el tiempo mientras trabajábamos?

La radio PRC-45 quedó destruida poco después de que Wally y John acabasen su trabajo, pero Dar ya había pedido dos ataques aéreos a las 4. El plan original requería que un pequeño helicóptero bajara a recoger a los dos marines, los dos cadáveres, los científicos y la media tonelada de material radiactivo. Les cubrirían utilizando masivamente napalm y bombas dispersoras, y a continuación los cañones del Huey atacarían con cohetes los árboles en torno a todo el perímetro. Pero la Marina dudaba de que un Huey del Ejército pudiera levantar toda aquella carga, y enviar a dos helicópteros para que trataran de aterrizar entre todo aquel humo y fuego era correr hacia el desastre. Finalmente, la Marina dijo que intentaría liberar un helicóptero más grande, de los de rescate (un Sea Stallion) de sus deberes como elemento de transporte de importantes políticos vietnamitas, sus familias y sus equipajes y posesiones desde Saigón hasta el grupo de portaaviones.

Llegaron las cuatro y pasó la hora y no hubo ataque aéreo, ni bombarderos, ni helicóptero de rescate Sea Stallion... Dar sentía que no quedaba esperanza alguna de evacuación después de que amaneciera, porque el Ejército de Vietnam del Norte tenía unos importantes defensas antiaéreas y unos lanzamisiles tierra-aire rodeando todo Dalat por aquel entonces. Hacia las 5:40, Dar cambió soñoliento el M-14 y la mira Starlight por el rifle Sniper M40 con la mira de visión diurna Redfield. Recordó limpiar primero la sangre de la lente, aunque no tenía ni idea de quién era aquella sangre. Por primera vez, mientras la segunda aurora de Dalat iba extendiendo sus rosados dedos (la frase homérica seguía resonando en su cabeza) Dar notó cómo se aproximaba la katalépsis. Notó que se rendía al miedo y a la sed de sangre; notó que perdía el control que llevaba toda su corta vida intentando dominar.

Los aviones rugieron a las 6:45, seis Phantom F-4 que lanzaron tanto napalm que Dar perdió las cejas y gran parte del pelo. Los helicópteros de combate llegaron antes de que el ensordecedor estruendo de los reactores se hubiese esfumado. Los Hueys lanzaron cohetes y machacaron los árboles en todas direcciones. Los misiles del Ejército del Norte volaban la selva sin compasión, dejando rastros de humo cruzados como una elaborada exhibición de fuegos artificiales. Pero los helicópteros bajaron aún más, rozando la hierba a un metro más o menos, y aplanaron las vallas, pasando en realidad a través de las paredes de llamas antes de abrir fuego con sus minicañones, prefiriendo ponerse al alcance de la enorme cantidad de disparos de armas cortas en lugar de mantener la altura y ser abatidos por un misil.

Y entonces llegó el Sea Stallion, haciendo volar el humo en complicadas espirales que hipnotizaron completamente a Darwin Minor, exhausto y vencido por el estupor. Casi se olvidó de moverse, tan fascinado estaba por las intrincadas espirales y los vórtices de humo creados por las enormes hojas del rotor. Años después, Dar utilizó la matemática del caos para estudiar las variaciones fractales de

ese fenómeno.

Pero de los acontecimientos que se produjeron a las 6:45 de aquel segundo día, sólo recordaba vagamente a Chuck apartándole del parapeto, y a él mismo llevando el cuerpo del sargento Carlos al helicóptero que les aguardaba mientras Chuck cargaba con el desmadejado bulto de Ned, y luego regresando para ayudar a los científicos a trasladar los isótopos y demás trofeos afuera, a la luz.

El contenedor forrado de plomo con 80 gramos de valiosísimo plutonio armamentístico tenía prioridad absoluta, igual que las rocas que habían cogido de la superficie de la Luna los astronautas de la misión Apolo tras salir del módulo lunar, unos años antes, así que Chuck lo cogió y echó a correr hacia el Sea Stallion mientras Dar arrastraba la última caja de piezas del reactor hacia la puerta de salida.

Dar todavía conservaba en la retina una imagen perfecta de Chuck alcanzado por una docena de balas cuando el humo se apartó lo suficiente para que los tiradores avanzaran hacia la verja interior. Dar se quedó paralizado allí mismo. Wally y John estaban ya en el Sea Stallion, pero Dar estaba fuera, a menos de cien metros de los veinticinco o más tiradores del norte que acababan de convertir a Chuck en un sangriento amasijo de carne. Aunque el tiempo parecía extrañamente distorsionado en aquellos momentos, Dar sabía que no llegaría a coger su rifle y correr para ponerse a cubierto. Contempló las bocas de los AK-47 volverse en su dirección como si todo hubiera sido coreografiado en cámara lenta. Entonces, un helicóptero Huey pareció derivar hacia ellos, también en cámara lenta, y su ametralladora dio la vuelta y disparó en un silencio que sólo existía para Dar, los cartuchos vacíos volando y cayendo a centenares, a miles, cayendo y tapando la luz del naciente sol. Era una imagen bella, desde un punto de vista puramente estético: la luz del sol reflejada sobre el metal. De pronto, todos los tiradores del norte se vieron envueltos en una nube de polvo, cayeron y retrocedieron, como hubieran sido apartados por la invisible mano de Dios.

Dar se puso el cadáver de Chuck encima de los hombros, agarró el valioso cilindro de plutonio y corrió hacia el Sea Stallion.

Hasta el día presente, Dar seguía sin recordar nada de la carrera hasta el helicóptero que le esperaba, excepto el último atisbo del reactor de Dalat a través del humo arremolinado. El edificio de seis pisos estaba totalmente agujereado por las balas. No se podía extender la mano hacia ninguna parte de la pared sin encontrar huecos. Los sacos de arena habían desaparecido completamente, habían quedado hechos trizas, y los fragmentos se habían desintegrado con los balazos.

Tampoco recordaba Dar el aterrizaje en el portaaviones. Recordaba sólo vagamente la confusión que reinaba a bordo mientras le llevaban hacia la atestada enfermería. El cirujano de la Marina le preguntó:

—¿Qué heridas tienes?

—No me han dado —contestó Dar—. Sólo son cortes de las balas rebotadas y los trozos de cemento.

Le habían cortado las botas y la camisa y el pantalón ensangrentados y apestosos, y limpiado el ensangrentado cuerpo con una esponja.

—Lo siento, hijo —dijo el cirujano cincuentón—. Estás equivocado. Tienes al menos tres disparos de AK-47.

Mientras le anesthesiaban, Dar no estaba preocupado. Había llevado al sargento Carlos al helicóptero. No podía estar muy malherido. Las balas de AK-47 probablemente habrían perdido la mayor parte de su energía cinética al dar en la pared del reactor o atravesar los sacos de arena medio vacíos antes de darle a él. Ni siquiera recordaba haber sido herido.

Cuando finalmente se despertó después de la operación y de cuatro días de inconsciencia, le dijeron que el enorme portaaviones estaba ahora tan sobrecargado con refugiados que los aviones que iban en cubierta (incluidos los helicópteros de combate y el Sea Stallion que les había salvado) los habían tenido que tirar por la borda al mar, para hacer sitio a los helicópteros que traían a los VIPs de Saigón.

Dar se volvió a dormir. Cuando se despertó de nuevo la ciudad había caído, y Saigón era ahora Ciudad Ho Chi Minh. Los últimos diplomáticos y empleados de la CIA se habían subido al tejado de la embajada de Estados Unidos y habían sido recogidos por pequeños helicópteros mientras miles de aliados vietnamitas eran contenidos por los últimos grupos de marines que quedaban. Luego se llevaron también a los marines bajo nutrido fuego.

La flota de portaaviones volvía a casa. Los políticos sudvietnamitas importantes dormían en la zona de los oficiales que había bajo cubierta, mientras que los centenares de marines desplazados y los marineros dormían tirados en la cubierta, apretujados debajo de los helicópteros y los Intruders A-6 que quedaban, hombres exhaustos que trataban de protegerse de la lluvia que caía sin cesar.

Dar accedió a contarle a Syd lo de Dalat, pero sugirió que cenasen primero.

—La pasta estaba muy buena —dijo Syd cuando terminaron.

Dar asintió.

Syd cogió su taza de café con ambas manos.

—¿Me cuentas ahora lo de Dalat? Sólo conozco los hechos básicos.

—No hay gran cosa que contar —dijo Dar—. Sólo estuve allí durante cuarenta y ocho horas, en 1975. Pero volví hace unos pocos años... en 1997. Hay un viaje organizado de seis días que comienza en Ciudad Ho Chi Minh y acaba en Dalat. No se aconseja a los americanos que viajen por Vietnam, pero tampoco es ilegal. Se puede volar desde Bangkok por sólo doscientos setenta dólares con las Líneas Aéreas Vietnamitas, o por trescientos veinte con las Líneas Aéreas Thai, más confortables. En Dalat se puede alojar uno en una pensión llena de chinches que se hace llamar Hotel Dalat, o en un hotel lleno de pulgas llamado Minh Tam o en una versión vietnamita de un complejo residencial lujoso que se llama Anh Doa. Me alojé en el Anh Doa. Hay hasta piscina

—Pensaba que nunca volabas como pasajero —dijo Syd.

—Aquella fue una rara excepción —concedió Dar—. De todos modos, es un viaje muy bonito. El autobús va por la carretera nacional número veinte, desde Ciudad Ho Chi Minh, pasa por Bao Loc, Di Linh y Duc Trong (en esa zona sobre todo hay plantaciones de té y de café, muy verdes), y luego sube por el paso de Pren hacia el extremo sur de la llanura de Lang Biang, para llegar hasta la ciudad de Dalat.

Syd escuchaba.

—Dalat es famosa por sus lagos —continuó Dar—. Tienen nombres como Xuan Huong, Than Tho,

Da Thien, Van Kiep, Me Linh... nombres muy bonitos, y bonitos lagos también, excepto por un poco de contaminación industrial.

Syd seguía esperando.

—También hay algo de selva —dijo Dar—, pero por encima de la ciudad, lo que hay son sobre todo bosques de pinos. Incluso los bosques y los valles tienen nombres mágicos: Ai An, que significa Bosque de la Pasión, y Tinh Yeu, que significa Valle del Amor.

Syd dejó la copa de café.

—Gracias por la visita turística, Dar, pero me importa un bledo lo bonito que era Dalat en 1997. ¿Me cuentas de una vez qué pasó en 1975? Los expedientes todavía están clasificados, pero sé que saliste de allí con la Estrella de Plata y el Corazón Púrpura.

—Dieron condecoraciones a todos los que se quedaron hasta el final —dijo Dar, y bebió un sorbo de café—. Es lo que suelen hacer los países y los ejércitos cuando son derrotados... repartir medallas a diestro y siniestro.

Syd seguía callada.

—Vale —accedió Dar—. A decir verdad, la misión de Dalat todavía está clasificada, técnicamente, pero ya no es ningún secreto. En enero de 1997 un pequeño periódico llamado *Tri-City Herald* sacó a la luz la historia, y se reflejó también en las páginas de otros periódicos. Yo no lo vi, pero el hombre de la agencia de viajes me lo dijo cuando estaba reservando una plaza para mí.

Syd bebió un poco de café.

—No hay mucho que contar —repitió Dar. Su voz sonaba ronca, hasta para él mismo. A lo mejor estaba incubando un resfriado—. En los últimos días antes de la gran estampida de Saigón, los sudvietnamitas nos recordaron que les habíamos construido un reactor en Dalat. Allí se guardaba algo de material radiactivo, que incluía ochenta gramos de plutonio, y los funcionarios de Estados Unidos no querían que cayese en manos de los comunistas. Así que reclutaron a dos heroicos científicos llamados Wally y John y los enviaron a Dalat para que recogieran el material antes de que el Vietcong y el Ejército del Norte tomaran aquel sitio. Los científicos tuvieron éxito.

—Y tú fuiste con ellos como tirador de la Marina —dijo Syd—. ¿Y qué más?

—Y nada más, en realidad —dijo Dar—. Wally y John hicieron todo el trabajo, encontraron y extrajeron el material que debían sacar —sonrió débilmente—. Sabían cómo cerrar un reactor nuclear y usaron los mandos a distancia, pero tuvieron que aprender a manejar una carretilla elevadora. En fin, que al final cogimos los isótopos y la lata que llevaba la inscripción de plutonio y salimos corriendo de allí.

—¿Pero hubo lucha? —preguntó Syd.

Dar fue a ponerse más café, se dio cuenta de que la cafetera estaba vacía y se volvió a sentar. Al cabo de un momento dijo:

—Claro. Siempre hay lucha en una guerra. Incluso en una guerra que tenía ya el ala tocada, como aquella en 1975.

—Y tú disparaste tu rifle con rabia —dijo Syd. Era una pregunta.

—No, en realidad no —negó Dar—. Sí que disparé, pero no estaba furioso con nadie, excepto quizás con los gilipollas que se habían olvidado la maldita mierda del reactor. Esa es la pura verdad.

Syd suspiró.

—El doctor Dar Minor, tirador de la Marina... con diecinueve años... No encaja con la persona que yo conozco ahora... bueno, que creo que conozco.

Dar esperó.

—Al menos me contarás por qué te hiciste marine, ¿no? —preguntó Syd—. Y, tirador, nada menos.

—Sí —accedió Dar, notando que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho al darse cuenta de que iba a decir la verdad. Sí, se lo iba a contar. Y aquello era algo mucho más personal que los detalles de Dalat.

Echó un vistazo a su reloj.

—Pero ahora se está haciendo tarde. ¿Podemos dejar para otro momento el relato? Tengo que hacer algunas gestiones antes de volver esta noche.

Syd se mordió el labio y miró hacia la habitación. Ella había cerrado las cortinas y las persianas antes de encender la primera lámpara, pero ahora las sombras eran tan espesas como el anaranjado resplandor de la lámpara. Durante un absurdo momento, Dar pensó que Syd iba a sugerir que pasaran allí la noche, los dos en la cabaña. Todavía notaba el corazón acelerado.

—Bueno —dijo Syd—. Te ayudo a lavar los platos y nos vamos. Pero me tienes que prometer que me contarás pronto por qué te hiciste marine.

—Te lo prometo —dijo Dar, casi sin darse cuenta.

Salieron a la oscuridad, se dirigieron hacia sus respectivos vehículos, y Dar dijo entonces:

—La historia de Dalat tiene una sorpresa final, ¿sabes? Es la razón principal por la que la han mantenido clasificada todo este tiempo, creo. ¿Quieres saberla?

—Claro —dijo Syd.

—¿Recuerdas que te he contado que la misión consistía en recuperar aquellos valiosísimos ochenta gramos de plutonio armamentístico?

—Sí.

Dar hizo tintinear las llaves del coche en la mano derecha. Llevaba la caja con el arma en la izquierda.

—Bueno, Wally y John encontraron la lata forrada de plomo rotulada como plutonio —dijo—. La sacamos de allí. Los federales, con su inmensa sabiduría, la pusieron bajo custodia en la enorme instalación nuclear de Hanford, Idaho, donde fue cuidadosamente almacenada con otros miles de latas semejantes.

—¿Y? —exclamó Syd.

—Bueno, cuatro años después de mi primera visita a Dalat, en 1979, alguien decidió finalmente echarle un vistazo.

Syd esperaba en la oscuridad perfumada por el aroma de los pinos.

—No era plutonio —dijo Dar—. Pasamos todas aquellas fatigas para recuperar ochenta gramos de polonio.

—¿Y qué diferencia hay?

—Con el plutonio se pueden fabricar bombas atómicas y bombas de hidrógeno —dijo Dar—. Con el polonio, en cambio, no.

—¿Y cómo pudieron, Wally y George o como se llamaran, cometer un error semejante?

—Wally y John no se equivocaron. Uno de los técnicos vietnamitas del reactor debió de colocar el símbolo equivocado en la lata.

—¿Y qué pasó con el plutonio entonces?

—De acuerdo con la información que publicó el fiable *TriCity Herald* el 19 de enero de 1997 —explicó Dar—, el portavoz de la República de Vietnam dijo, y cito textualmente: «El Instituto de Investigación Nuclear de Dalat conserva actualmente una cantidad de plutonio que se dejaron los americanos, por si se requiere para necesidades técnicas».

Dar había dicho aquello con ligereza, pero el silencio de Syd era grave. Finalmente, ella dijo:

—¿O sea que el reactor está funcionando otra vez?

—Los científicos rusos ayudaron a los norvietnamitas a hacerlo operativo un mes después de que ganaran la guerra —contestó él.

«R de reconocimiento»

Dar, el inmisericorde ex tirador de los marines, pasó el resto de la noche del viernes y todo el sábado cosiendo y revisando sus antiguos ejemplares del Architectural Digest.

Unos años atrás, cuando Lawrence iba husmeando por los estantes de Dar, encontró los ejemplares de varios años de la revista de interiorismo con su lomo blanco y dijo: «¿De quién demonios es todo esto?». Dar cometió el error de tratar de explicarle por qué le gustaba tanto leer esas revistas de decoración, que los mundos representados allí, sin seres humanos, resultaban tan estáticos y perfectos, tan... «pensados»... Que esa perfección congelada para siempre le trasladaba mentalmente a la idea de una pareja, fuera gay o heterosexual, que vivía en un universo intemporal, sin desorden alguno, libre de decisiones, donde todo se encontraba en su lugar, cada cojín bien ahuecado y colocado a la perfección. En realidad, todos los números del Architectural Digest normalmente salían tres meses después de que el director de cine y la estrella que mostraban en él su maravilloso palacio hubieran anunciado su divorcio. La paradoja que representaba el enorme desfase entre los hogares perfectamente diseñados y perfectamente fotografiados y el caos de la vida real divertían a Dar. Además, era una lectura estupenda para la cama y el baño.

—Estás como una cabra —le había dicho entonces Lawrence.

Ahora, Dar estuvo releyendo casi dos años de números atrasados antes de encontrar el artículo que recordaba.

La casa de Dallas Trace, que había costado seis millones de dólares, había sido erigida en un vecindario muy poblado, justo por debajo del risco de Mulholland Drive, en la ladera daba al valle. Ese barrio (Dar averiguó que se trataba de Coy Drive, aunque no por el artículo de la revista, claro) estaba compuesto por casas estilo rancho de los años sesenta, relativamente modestas (de un millón de dólares para arriba), pero el abogado Trace compró tres terrenos, hizo que derrocaran las tres casas y se construyó una cosa faraónica de aire posmoderno, de cemento, acero oxidado y cristal, que se alzaba en la ladera de la colina y empequeñecía todas las demás casas que había por allí.

Dar leyó y releyó el artículo, tres páginas llenas de fotos, y memorizó cuáles de las grandes ventanas daban a cada habitación. El artículo incluía también una pequeña foto del abogado Trace («el mejor abogado del mundo», era el pie) sentado en una silla Barcelona, que parecía terriblemente incómoda. Su esposa, Imogene, la pechugona miss Brasil, que por entonces contaba veintitrés años y había quedado la segunda en la competición de miss Universo de aquel año, y a quien Dallas Trace había cambiado legalmente el nombre por el de Destiny (porque el «destino» le había llevado a casarse con el famoso abogado), se apoyaba en el brazo de la butaca, que parecía más incómodo aún.

Dar pensó que la casa en sí era una verdadera abominación: todo paredes posmodernas que no servían para nada, cornisas aparatosas y afiladas como cuchillos, los techos del salón, enormemente pretenciosos, de doce metros de alto, materiales industriales con tornillos, bisagras y pasarelas que corrían por todas partes, «alas» de hierro oxidado que no tenían ni utilidad ni sentido, una piscina tan estrecha que se podía cruzar de un salto... pero se sintió muy regocijado al leer la decisión del arquitecto «... de no ceder a concesiones burguesas como el uso de cortinas o visillos, para que las

altas y magníficas ventanas, muchas confluyendo cristal con cristal en agudos ángulos que se cernían sobre el salvaje desfiladero, sirvieran para destruir cualquier distinción entre exterior e interior, y para introducir el magnífico paisaje del exterior en cada una de las hermosas zonas de la vivienda».

Aquel «magnífico paisaje», según sabía Dar por haber estudiado la guía Thomas y los mapas topográficos de la zona, era en realidad el único risco sin urbanizar que quedaba en aquella zona, salvado de las excavadoras por el descubrimiento de gran cantidad de restos indios y la presión incesante de algunos de los residentes más tozudos de Coy Drive, como Leonard Nimoy y un escritor llamado Harlan Ellison.

Coser el traje de ghillie fue una verdadera pesadez. Dar tuvo que coger los enormes monos de camuflaje de dos piezas, coserles la mosquitera por encima y reforzar la parte delantera del traje con lona gruesa (también con dibujos de camuflaje), al igual que los codos y rodillas.

Luego cogió los centenares de tiras de arpillera cortadas irregularmente y «adornó» con ellas el traje, cosiendo los pedazos de tela por todas las partes de la red, que a su vez había cosido antes a los trajes de faena. La parte delantera del traje quedaba adornada sólo de forma ligera, pero Dar tuvo que aplicar bastantes tiras a la espalda para que las colgantes piezas de tela formasen una buena cobertura en el suelo, cuando se encontrara boca abajo. El sombrero de alas anchas que había comprado recibió el mismo tratamiento, sólo que en este caso utilizó la red para mosquitos de Alaska.

Dar nunca había llevado ni había tenido que hacer un traje de ghillie en su entrenamiento en Vietnam. Los marines iban a la selva y luchaban con sus trajes de faena verdes o de camuflaje, a menudo usando ramas u hojas verdes para camuflarse mientras esperaban al enemigo, y a veces excavando un hueco recubierto de tela de camuflaje para disparar desde allí. Los trajes de ghillie daban demasiado calor y eran muy incómodos para luchar en la selva. Pero a mediados de los setenta, en Camp Pendleton, en la carretera que iba hacia San Diego, Dar había aprendido la historia del traje de ghillie.

Los ghillies eran los guardabosques escoceses, que a principios del siglo xix inventaron esos trajes de camuflaje caseros para acechar a las presas (y a los cazadores furtivos) en las tierras altas de Escocia. Los tiradores alemanes habían iniciado la confección de los modernos trajes de ghillie en la Primera Guerra Mundial, abandonando sus capotes de lona, que eran enormes con capucha, tiesos y engorrosos, y se confeccionaron sus propios trajes de camuflaje para usarlos cuando iban arrastrándose por la tierra de nadie. Pronto descubrieron que resultaba muy útil añadir una capucha camuflada con la que taparse la cabeza, dejando sólo una rendija pequeña tapada con una rejilla para los ojos. Los tiradores se dieron cuenta de que el ojo humano (especialmente en un entorno de batalla) es excepcionalmente sensible tanto a cualquier movimiento inesperado (por ejemplo, un arbusto que parece moverse con impulso propio) como al más ligero atisbo de la silueta de un rostro humano. La visión del cañón de un rifle también tiende a atraer con enorme rapidez la atención de un soldado o un contratirador.

Y de este modo, el traje de ghillie de los tiradores había evolucionado a lo largo del siglo xx mediante un duro pero muy eficiente proceso de selección natural. Hoy en día, en las escuelas de tiro como la de los Royal Marines en Lympstone, en Devon, o las escuelas de Tiradores de los Marines de Estados Unidos, en Quantico, en Virginia, o Camp Lejeune y Camp Pendleton, es una práctica común para los suboficiales llevar a los oficiales visitantes a dar una vuelta por el campo de

entrenamiento y explicarles las ventajas teóricas del camuflaje en la profesión de los tiradores. Al final de la corta conferencia, de cinco a treinta y cinco tiradores con trajes de camuflaje se ponen repentinamente de pie... normalmente, ninguno de ellos a más de veinte pasos de los asustados oficiales del Ejército, y muchos de ellos literalmente al alcance de su mano. La norma para confeccionar un traje de ghillie que tenga éxito es que si alguien lo ve antes de pisarlo, hay que volver a la máquina de coser o ir directamente a la tumba.

Dar se sentía contento, aunque de una forma algo oscura, de que incluso en aquel momento, los estudiantes de la escuela tiradores de los Marines tuviesen que confeccionar sus propios trajes de ghillie durante su tiempo libre. Algunos de los productos obtenidos, según sabía Dar por haber visitado Camp Pendleton en años recientes, resultaban bastante originales.

Aquello le recordó algo. Dejó de coser y despotricar durante unos minutos y llamó a Camp Pendleton, y pidió una cita para ver al capitán Butler allí el martes por la tarde. Al volver a su rutina de trabajo, Dar se alegró de no tener que llevar su traje de ghillie para la inspección. Los marines a veces pueden resultar un poco insensibles.

Dar acabó el traje de ghillie a la hora de cenar, más o menos. Se lo probó. Se metió dentro, abrochó todo lo que había que abrochar y se caló el sombrero con su red añadida y los colgajos de camuflaje... y luego se colocó delante del espejo de cuerpo entero que tenía en el vestidor, a ver qué aspecto tenía.

Pero no había ningún espejo de cuerpo entero... sólo un marco y dos agujeros de bala.

Dar fue al baño y se puso de pie en el borde de la bañera para ver qué tal le sentaba su nuevo traje. El espejo del baño le daba sólo una imagen parcial, pero resultaba tan ridícula que le dieron ganas de echarse en la bañera a dar una cabezadita hasta que todo (incluidos a Dallas Trace y su Alianza y sus matones rusos) hubiera desaparecido.

Dar parecía un monstruo de una de esas películas de terror de Roger Corman de los años sesenta, de muy bajo presupuesto, una masa informe con centenares de harapos irregulares de color marrón, pardo y verde colgando por todas partes. No se veía los ojos a través del velo de mosquitera y las tiras de camuflaje que lo acompañaban. Las manos las tenía ocultas por las larguísimas mangas, la mosquitera y las tiras de arpillera. Ya no tenía forma humana, era simplemente un bulto harapiento, como un montón de trapos ambulante.

—¡Bu! —dijo a su reflejo. El bulto del espejo no reaccionó.

Lawrence accedió a acompañar a Dar al anochecer a un sendero para que pudiera irse de camping. El traje de ghillie y todo lo demás que necesitaba Dar, en teoría, estaba embutido en su enorme mochila

Cuando Dar le había llamado y le había pedido ese favor alrededor de las siete de la tarde de aquel sábado, Lawrence le había dicho:

—Sí, hombre, claro, te llevaré adonde quieras acampar... pero ¿qué le ha pasado al Land Cruiser de nueve toneladas que tenías? Me parece que ése te iría bien para este tipo de trabajo.

—No quiero dejarlo en la carretera cuando me aleje andando —dijo Dar, con toda sinceridad—. No me iría tranquilo.

Lawrence lo comprendió. Era una broma habitual entre Trudy y Dar que Lawrence siempre aparcaba, invariablemente, en el hueco más alejado de cualquier aparcamiento, o si lo hacía en el borde de la carretera, donde había más arbustos o cactus... cualquier cosa con tal de evitar las abolladuras. Cuando el coche de Larry se abollaba, lo vendía.

—Claro, claro que te llevo —dijo Lawrence—. No iba a hacer nada esta noche, sólo mirar un vídeo.

—¿Cuál?

—La batalla del campamento —dijo Lawrence—. Pero no importa, ya lo he visto.

«Doscientas treinta y seis veces», pensó Dar. En cambio lo que dijo fue:

—Te lo agradezco enormemente, Larry.

—Lawrence —corrigió Lawrence—. ¿Quieres dejar tu Cruiser aquí, o te voy a recoger a la ciudad?

—Yo iré hasta tu casa —dijo Dar.

Y ahora, de camino hacia Escondido en el Trooper de Lawrence, con la abultada mochila en el asiento de atrás, Lawrence dijo:

—¿Adonde vas? ¿Al parque estatal de Borrego Desert? ¿A la reserva forestal de Cleveland? ¿O más lejos, hasta Joshua Tree o algún sitio por el estilo?

—A Mulholland Drive —dijo Dar.

Lawrence casi se salió de la carretera.

—¿Mulholland... Drive...? ¿En Los Ángeles?

—Ajá —afirmó Dar.

Lawrence le miró de refilón.

—A acampar.

—Eso es —afirmó Dar—. Probablemente un par de días. He cogido el teléfono móvil, así que te llamaré cuando necesite que me vengas a buscar.

—Son las ocho y media de la tarde del sábado, llegaremos después de medianoche, y tú te vas a acampar en algún lugar de Mulholland Drive.

—Sí señor —dijo Dar—. Justo al lado del bulevar Beverly Glen, en realidad. No tienes que ir hasta Mulholland, sólo atravesar Beverly Hills y subir por Beverly Glen hasta la parte de arriba de la montaña... por el lado del valle.

Lawrence le dirigió una mirada de soslayo y luego pisó a fondo los frenos, levantó el polvo en un apartadero y luego dio la vuelta al Trooper, y se volvió en dirección a casa.

—¿Qué, no me vas a llevar? —dijo Dar.

—Claro que sí —gruñó su amigo—. Pero si vamos a meternos en el condenado Los Ángeles un sábado por la noche y a atravesar el condenado Beverly Hills y a detenernos en Mulholland después de medianoche, me vuelvo a casa a coger mi 38 —miró suspicaz a Dar—. ¿Vas armado?

—No —dijo Dar, con absoluta sinceridad.

—Estás loco —afirmó Lawrence.

Dar le pidió a Lawrence que se detuviera una vez, en el bulevar Ventura. A Dar le había costado sólo tres minutos de búsqueda en Internet encontrar el número de teléfono de Dallas Trace, que no aparecía en la guía, y ahora llamaba desde una cabina a aquel número. Contestó una voz de mujer con acento latino, desde luego no brasileño, sino de la eficiente ama de llaves centroamericana.

—Soy John Cochran, y quisiera hablar con el señor Trace —dijo con la voz más burocrática que pudo imitar.

—Un momento, por favor —dijo la mujer. Al cabo de un minuto el fingido acento del oeste de Texas de Dallas Trace atronó en el aparato.

—¡Johnny! ¿Qué tal, amigo?

Esta vez era el turno de Dar de fingir otro acento. Tapando el auricular con un pañuelo, gruñó, imitando la voz de un matón del este de Los Ángeles lo mejor que pudo:

—Jódete, amigo, hijoeputa blanco cachomierda. Si crees que puedes cargarte a Espósito así y jodernos a todos con tu puta mafia rusa, tío... sabemos lo de Yaponchik y Zuker y nos importa una puta mierda, tío. Esos comunistas de mierda no nos asustan, tío. Vamos a por ti.

Dar colgó y volvió al Trooper. Lawrence estaba lo bastante cerca para oír la mayor parte del monólogo de Dar.

—¿Hablabas con tu novia? —dijo.

—Sí —contestó Dar.

Dar hizo que Lawrence le dejara a unos doscientos metros al este de la intersección del bulevar Beverly Glen y Mulholland Drive. Esperaron que pasara un coche o dos, hasta que la carretera quedó a oscuras, y luego Dar salió del Trooper con su mochila y rápidamente se dirigió colina abajo hacia la maleza. No quería que le arrestara la policía de Sherman Oaks a los primeros cinco minutos de su misión. Lawrence se alejó.

Dar metió la mano en la pesada mochila y sacó los anteojos de visión nocturna L.L. Bean cuidadosamente envueltos y la pequeña caja de barritas de color de camuflaje. El traje de ghillie pesaba mucho, pero gran parte del peso de su mochila se debía a los aparatos ópticos que había llevado y envuelto cuidadosamente en plásticos.

Dar llevaba unos tejanos negros, unas botas oscuras y un suéter de algodón negro. Puso en marcha las baterías de las gafas de visión nocturna y vio que se había detenido justo delante de una alambrada. Las luces del valle de San Fernando brillaban tanto que hacían destellar los anteojos cada vez que Dar levantaba la mirada por encima del risco deshabitado.

«El abogado y su esposa diseñaron su hogar para extraer el máximo provecho posible de la vista de las luces de la ciudad —decía el artículo del *Architectural Digest*—, la misma vista precisamente que inspiró a su anterior vecino, Steven, para crear la inolvidable Nave Madre alienígena». Le costó a Dar veinte minutos averiguar que el periodista que escribió el artículo se refería a Steven Spielberg, que había vivido en aquella urbanización hacía mucho tiempo, cuando trabajaba en *Encuentros en la tercera fase*. Justamente ahora, aquella Nave Madre, una V de brillantes luces

visible entre las oscuras colinas, representaba para él una piedra en el zapato... bueno, más bien una piedra en el ojo.

Dar dejó a un lado los anteojos de visión nocturna y usó los colores de camuflaje para pintarse la cara y las manos. La idea era usar colores claros en las partes de la cara donde se forman sombras: debajo de las mejillas, de la barbilla y de la nariz y en las órbitas de los ojos. Los colores oscuros los reservó para los rasgos que más sobresalían: la nariz y los pómulos, la mandíbula y la frente. Lo más importante era crear, tanto en la cara como en las manos, un dibujo irregular que impidiera al cerebro humano recomponer la silueta de un rostro o unas manos humanas vistos desde la distancia.

Estaba ya en un punto sin retorno. Si unos focos de la policía de Sherman Oaks le detectaban ahora, sudaría tinta para explicar por qué llevaba la cara pintada. Por supuesto, se dijo, intentando racionalizar el asunto, los anteojos nocturnos y la mochila con el traje de ghillie también podían resultar difíciles de explicar. Pero la verdad es que hasta el momento no había invadido ninguna propiedad privada.

Así que eliminó ese tecnicismo trepando por la alambrada y dirigiéndose hacia la larga cresta montañosa, pasando junto a los pocos árboles que bordeaban Mulholland y luego por la escasa hierba y los arbustos. Las crestas montañosas que había a ambos lados (cada una a unos doscientos metros de distancia) estaban completamente urbanizadas, y la mayoría de las casas ostentaban luces de seguridad en el exterior. Entre aquel resplandor y el de la luna, Dar se dio cuenta de que le iba a resultar más fácil deslizarse por allí con los anteojos de visión nocturna subidos en la frente.

Le costó unos diez minutos ir caminando hasta un lugar de la cresta que se encontraba justo enfrente de la mansión de Dallas Trace. Dar sabía por el Architectural Digest que la enorme casa presentaba una fachada inexpugnable, de auténtica fortaleza, a la calle: altas paredes, de cemento sin ventanas, un garaje en el sótano con puertas automáticas, ni rastro de la puerta principal. Aquello debía de representar, le pareció a Dar, un grave problema para el FBI, la ONDS, la oficina del fiscal o quienquiera que intentara llevar a cabo la vigilancia legal de aquel sitio.

Pero la parte posterior del hogar del abogado Trace era un laberinto de luces. Al parecer, todas las habitaciones estaban iluminadas. Dar dobló una rodilla, dejó en el suelo la mochila con cuidado y extrajo la mira telescópica de su viejo Redfield AccuRange. La mira sólo tenía un aumento variable de 3-9, pero era más fácil de usar que unos binoculares y tenía la ventaja de mostrar sólo un juego de lentes ópticas al sol, en plena luz del día.

Bueno, no había duda de que aquella era la casa. La piscina de metro y medio de ancho con la tira de cemento color coral que formaba el patio trasero estaba brillantemente iluminada, igual que la franja casi vertical de césped bien cortado que se encontraba detrás. Dar pudo ver una valla de seguridad a unos veinte metros más abajo: alambre de espinos en la parte superior, y una verja inclinada hacia el exterior. Las luces posteriores eran tan intensas que iluminaban la ladera de la colina, pero había también unas luces de detección de movimientos en la pared y la verja. Dar no tenía duda alguna de que la verja y las luces, así como las puertas y las ventanas, estaban todas conectadas a un circuito de seguridad de último modelo, y que tanto la agencia de seguridad privada de Sherman Oaks como la policía recibirían un aviso en cuanto una ardilla perdida pisara aquel jardín. El hogar del señor Dallas Trace no era un blanco fácil para un merodeador perezoso o poco cuidadoso.

Dar no vio movimiento alguno en ninguna de las habitaciones, ni tampoco había nadie a la vista en

los sofás o las sillas, aunque había una pantalla de televisión de alta definición y sesenta y cuatro pulgadas en marcha en una de las habitaciones de la planta baja. El artículo de la revista no había exagerado al hablar de los muros de cristal de doce metros de altura de esa planta. Sobresalían como la proa de un barco por encima de la cañada situada al oeste de Dar. Como siempre que se encontraba frente a tales enormidades arquitectónicas, Dar pensaba: «¿Quién demonios cambia las bombillas con ese techo tan alto, y quién limpia las ventanas?». Había llegado a aceptar resignadamente que, en el fondo, era un ignorante a quien sólo le interesaban los aspectos prácticos.

Y ahora precisamente ese sentido práctico exigía encontrar un buen lugar para pasar las siguientes veinticuatro horas, más o menos. Una vez con el traje de ghillie puesto, un tirador no se movía a la luz del día a menos que tuviera imperiosa necesidad de ello. La idea era quedarse tirado boca abajo en un mismo lugar durante todo el día, observando. Dar sabía por experiencia que era muy difícil hacerlo si resultaba que uno se encontraba justo encima de un hormiguero, o de un cactus, o de un suelo demasiado rocoso, o encima de la madriguera de una serpiente de cascabel.

Usó los anteojos nocturnos para buscar un lugar al nordeste de la casa de Trace donde estuvieran a la vista todas las ventanas y habitaciones de aquel lado, y encontró una zona relativamente llana por debajo de la cresta de la montaña, metido entre una yuca y una losa de piedra grande del tamaño de un sofá. Otra losa que había más abajo le protegería a la luz del sol de la vista de cualquiera que fuera paseando por la cresta rocosa. La hierba que había delante, más larga, también representaría una cortina adecuada. Su traje de ghillie se mimetizaría bien con la hierba, crecida pero reseca y de color pardo, que había en aquella parte de la ladera. Pero para asegurarse, Dar enfocó sus anteojos de visión nocturna, se agachó de espaldas a la casa de Trace y usó una diminuta linterna en forma de lápiz para examinar cada centímetro de aquella posición. Quitó todas las piedras más grandes que una uña, y sabiendo que hasta las más diminutas le resultarían bien conocidas para cuando se pusiera el sol, volvió a repasar toda la lista: hormigas, no; cactus, no; serpientes, no; ardillas no; mierdas de perro, tampoco; madrigueras de zorros, no; huellas de animales, no (no era demasiado inteligente colocarse en una zona de paso, de animales), y, finalmente, signos de seres humanos (colillas de cigarrillo, cartuchos de bala, recipientes de Yogur, condones usados...), tampoco.

Dar suspiró, sacó el traje de ghillie y se lo puso-haciendo el menor ruido que pudo, colocó la mochilla debajo del trozo de red de camuflaje que había llevado con tal propósito y se echó de cara, notando el grueso relleno de la espesa lona en los codos, rodillas y vientre. Puso la cámara, con el enorme objetivo de cuatrocientos milímetros debajo del traje de ghillie, a su lado, y con el rifle Redfield como mira de observación. Y así empezó la larga noche.

Durante su entrenamiento con el séptimo regimiento de los Marines, hacía más de dos décadas y media, Darwin Minor había aprendido cómo llevar un «cuaderno de bitácora». No tenía lápiz y papel, pero si lo hubiera tenido, habría sido algo parecido a esto:

Fecha: 24 de junio (sábado)

Hora: 23:00

Lugar: Colina 1, Puesto 1 (coord. 767502).

23:10 Primer movimiento en la casa. Se va la criada.

23:45 La señora de Dallas Trace (Destiny) entra en la habitación principal acompañada por un hombre. El hombre es rubio, bronceado, con cuerpo de culturista. No es el señor Trace.

Probablemente tampoco es Yaponchik ni Zuker. Más bien parece el típico limpiapiscinas de Beverly Hills.

23:50 La señora Trace y el culturista suben al dormitorio del primer piso. Encienden una lámpara. Se enzarzan en una acalorada relación sexual.

25 de junio —domingo, mañana

00:05 El culturista parece dispuesto a echar un sueñecito. La señora Trace no. La actividad observada previamente se vuelve a repetir.

00:30 La señora Trace despierta al culturista y le echa de la habitación.

00:38 Dallas Trace entra en la habitación principal del piso bajo, justo un minuto después de que el musculitos se haya ido por la puerta de la cocina. Trace viene acompañado por cuatro guardaespaldas. Foto de todos con la Nikon, usando el objetivo de 400 mm y película ultrarrápida. Los guardaespaldas parecen demasiado jóvenes e idiotas para ser Yaponchik o Zuker.

00:45 Los guardaespaldas controlan la zona de la piscina, en el patio de atrás y la zona de alrededor con una mira nocturna. Me preocupa la posible detección térmica, pero espero que el calor residual de las losas enturbie la resolución del escáner. Los guardaespaldas sólo usan intensificadores de imagen. Llevan Mac-10.

00:50 DT sube escaleras arriba para ver a la señora Trace. Ella duerme. Trace vuelve a bajar para hablar con los guardas.

01:1.5 DT hace varias llamadas telefónicas.

02:05 Los guardaespaldas entran de nuevo en la casa. DT se va al dormitorio del piso de arriba.

02:10 Se apagan las luces del dormitorio. Los guardas se quedan abajo y en la sala de billar. Trabajan en turnos de 2.

03:00 Me da un calambre en la pierna izquierda después de sólo cuatro horas de guardia. Demasiado viejo para esta mierda.

04:50 Luz del alba. Me aseguro de que el traje de ghillie y la ropa de camuflaje lo cubren bien todo.

05:21 Amanecer. Ha hecho mucho frío toda la noche. Ahora empieza a hacer demasiado calor.

06:40 He meado en un hueco pequeño al lado de la losa, sin moverme. Esto va contra las normas, pero no pienso estropear el traje nuevo tan pronto. Menos mal que ayuné todo el día y me purgué el sábado.

07:15 Ningún movimiento en la casa de DT excepto los cambios de guardia. He usado unas gafas polarizadas para ver a través del reflejo del sol naciente. Éxito parcial.

07:35 Una mujer que hace footing sube corriendo por un sendero que está a veinte metros por encima de mí. Oigo su walkman. Lleva un doberman. El perro baja a olisquear, se mea encima de mí. La mujer le llama.

09:30 La mira Redfield ve lo suficiente a través de la ventana de la cocina para comprobar que DT se come un buen desayuno que le ha preparado la cocinera. La señora T todavía duerme.

10:39 La señora T se reúne con su marido en la cocina. DT está al teléfono.

11:15 DT se viste (vaqueros, botas de vaquero, camisa vaquera de seda azul, americana de bisonte).

11:38 DT se va de casa. 3 o 4 guardaespaldas se van con él.

12:22 Se va la criada. El cuarto guardaespaldas sube las escaleras con la señora T. Acalorada relación sexual.

12:50 El guardaespaldas vuelve abajo.

13:00 Vuelve la criada.

14:30 El calor es muy intenso. Uso el agua con precaución, pero se me está acabando la segunda botella. Me queda sólo una.

14:40 Me pasa una serpiente de cascabel por encima de la pierna derecha y se pone a tomar el sol en la losa, aproximadamente a un metro de mi pierna izquierda.

16:30 La serpiente se aleja.

16:45 Se pone a llover con fuerza. La visibilidad todavía es aceptable.

16:55 El culturista de la noche anterior vuelve ahora. Es el limpiapiscinas, en efecto. Se cobija debajo del baldaquino del patio para protegerse de la lluvia.

17:10 La señora T sale con cuatro guardaespaldas. La criada llama al hombre de la piscina al interior de la casa. Ambos se enzarzan en una apasionada relación sexual en la habitación del vídeo.

18:20 Deja de llover, pero corren chorros de agua por las losas y pasan por mi posición. La criada y el limpiapiscinas han salido de la casa. No se aprecia ningún movimiento.

21:20 Desaparece la luz que quedaba a causa de las nubes. Tengo los ojos muy cansados por el uso de la mira. Casi no me queda lágrima.

22:10 DT vuelve con los 4 guardas y 5 hombres no identificados. Los hombres nuevos parecen extranjeros. Tres de ellos se quedan en la habitación principal con los guardaespaldas habituales de DT, mientras que los otros dos suben hacia la oficina de DT.

22:45 Larga conversación. DT se sienta de espaldas al cristal, como en la oficina que tiene en Century City. Los dos hombres continúan de pie durante la discusión. Gasto 3 carretes de película de alta velocidad en blanco y negro usando el bípode para estabilizar la lente de 400 mm. Es el equipo de tiradores: Gregor Yaponchik y Pavel Zuker. Zuker incluso se queda tres pasos por detrás de Yaponchik durante la conversación, como un observador hace con su jefe. No puedo leer los labios de los rusos, aunque creo que están hablando en inglés pero distingo las palabras «latino» y «mexicano» varias veces. Supongo que discuten si mi llamada telefónica de la noche anterior era falsa o no.

22:55 DT le enseña a los dos hombres fotos del abogado Espósito y mías. Las fotos en las que aparezco yo, obviamente, han sido tomados con un objetivo largo, dos en el exterior de mi piso en San Diego y una en el accidente de los Gómez. Las dos últimas en la cabaña. Mierda.

23:00 Concluye la reunión. Imágenes nítidas de Zuker y Yaponchik. El observador no se parece en nada a la foto que tenía el FBI, con barba. Es alto, delgado y completamente afeitado, con el pelo

negro muy corto y unos ojos muy hundidos. Fuma un cigarrillo durante la discusión. Veo la rabia en el rostro de DT mientras el abogado se levanta para coger un cenicero.

Yaponchik es un hombre maduro, quizás dos o tres años mayor que yo. Me recuerda a un actor sueco... no recuerdo su nombre... de las películas de Bergman. El cabello rubio, corto, la cara larga y arrugado, los labios delgados, como dispuestos a esbozar una sonrisa irónica, ojos azules, pómulos y mentón marcados. Manos muy largas, con largos dedos también. Vestido con un traje italiano muy caro. No parece ruso. Más bien escandinavo.

23:20 Los tres vuelven a bajar las escaleras y hablan con los siete guardaespaldas reunidos. Estoy seguro de que los tres que han venido con Y y Z son extranjeros, del este de Europa o rusos (su gusto en cuestión de ropa no ha evolucionado todavía) mientras que los cuatro primeros parecen ser matones americanos, profesionales, pero no del mismo tipo que los rusos.

23:30 Empieza a llover de nuevo. Fotografio a los diez hombres. Resisto la tentación de llamar a Dallas Trace con mi móvil y preguntarle por Yaponchik.

23:40 La señora T vuelve a casa y se va a la cama directamente.

23:45 Yaponchik, Zuker y los otros tres rusos se van.

26-6, lunes

00:15 DT hace tres llamadas desde su despacho.

00:42 DT se va a la cama. La señora T ya está durmiendo. El trata de despertarla, pero no lo consigue. DT se pone a mirar la tele en el dormitorio.

01:50 Apaga la tele. El dormitorio queda a oscuras. Los guardas hacen turnos de dos en dos.

02:00 Ya recuerdo el nombre: Max von Sydow. Yaponchik se parece muchísimo a Max von Sydow.

02:10 Dos guardas que «duermen» en una habitación que hay abajo se enzarzan en una apasionada relación homosexual. Después de contemplar los juegos eróticos previos dejo de observar los detalles.

02:35 Llamo para pedir que me saquen de aquí. Lawrence refunfuña un poco.

05:30 Me vienen a buscar justo después de las primeras luces del amanecer.

05:40 Lawrence me pregunta si he perdido la puta cabeza.

Dar durmió dos horas el martes por la mañana y luego reveló los carretes que había tomado en el diminuto cuarto oscuro que se encontraba junto al baño del loft. En algunos de los primeros planos de los hombres se notaba mucho el grano, pero aun así resultaban bastante claros.

Luego Dar usó su directorio telefónico inverso de Los Ángeles para buscar los nombres y direcciones de las personas a las que llamó Dallas Trace durante la sesión de reconocimiento. Dar había podido ver todos los números que había marcado excepto una llamada en que el cuerpo de Trace había bloqueado la visión a través de la mira. Algunos no figuraban en el listín, pero también los encontró en seguida gracias al rastreo por Internet que hizo Lawrence. Dar marcó varias ubicaciones en la guías Thomas del condado de Los Ángeles.

El agente especial Warren había dejado dos mensajes en el contestador de Dar, y cuando Dar le devolvió la llamada, el hombre del FBI dijo que los archivos que Dar había solicitado ya estaban disponibles. Dar preguntó si podrían enviárselos vía mensajero aquella misma tarde, a primera hora. Syd Olson también había dejado varios mensajes. Dar llamó a los juzgados, le aseguró que había disfrutado mucho de su acampada y quedó con ella para verse en su oficina a una hora absurdamente temprana, al día siguiente por la mañana.

Un joven agente del FBI entregó en persona los expedientes, hizo firmar a Dar cinco formularios y se fue, mohíno. Dar se preguntaba si habría debido darle una propina.

Dar se duchó por tercera vez, se puso unos pantalones de loneta y una camisa azul e intentó despabilarse del todo mientras estudiaba los expedientes, antes de dirigirse hacia Camp Pendleton. El expediente de Yaponchik era más grueso que el de Zuker, pero la mayor parte de lo que contenía era información oficial obtenida pinchando los teléfonos de fuentes del ejército soviético no clasificadas. El material relacionado con la KGB estaba muy censurado (a Dar siempre le encantaba aquel toque de libertad de información que tenían los expedientes) pero en resumen el perfil era de dos hombres: tiradores del ejército ruso activos en Afganistán, paramilitares del KGB durante los últimos años del régimen, pertenecientes a la mafia rusa durante los noventa, y ninguna información reciente. Había una foto bastante borrosa de Zuker (Dar estaba convencido de que habían fotografiado al hombre equivocado) y una que tenía el epígrafe: «Yaponchik y Zuker con un pelotón de rifles», que parecía haber sido tomada en Afganistán con una cámara automática y desde dos kilómetros de distancia. Aun ampliándola todo lo posible, la foto no era más que puro grano y las caras unos simples borrones.

Dar sonrió al ver aquella página. La página anterior serviría para sus propósitos. Y en aquel preciso momento su propósito consistía en mover el culo hacia Camp Pendleton antes de llegar tarde a la cita que tenía.

Existían muchas probabilidades de que los Marines de Estados Unidos le ofrecieran a uno un pequeño espectáculo por el camino, en la 1-5, más allá de Oceanside, y aquel día no era distinto. Tanques ligeros de la Marina y vehículos Bradley (seguidos por algún que otro buggy con una metralleta calibre 60 montada encima) pasaban rugiendo por el lado de la verja que daba al campo, al este de la interestatal, levantando el polvo antes de recorrer otra vez los surcos, de vuelta hacia las áridas colinas. En el lado del océano, las lanchas de desembarco estaban situadas a un par de kilómetros de la costa, mientras los aerodeslizadores llenos de marines se acercaban a las playas, subiendo por ellas y luego hacia las dunas y los matorrales que había más allá de las dunas.

No había salidas de la interestatal entre Oceanside y San Clemente más allá del extremo norte de la enorme base, pero Dar había salido por Hill Street/Camp Pendleton y usó una de las entradas situadas al sur de la base. Antes de alcanzar el edificio de la administración, se detuvo tres veces: dos veces en una cancela con barreras automáticas de acero y cemento, donde confirmaron que, en efecto, tenía una cita a las 15:00 con el capitán Butler, y una vez más por un policía de tráfico que le detuvo un minuto mientras tres tanques pasaban traqueteando hacia la carretera de acceso, a sesenta kilómetros por hora, y desaparecían luego entre las dunas.

Hubo más controles de seguridad en el edificio de la administración, y cuando Dar llegó caminando al último grupo de vulgares edificios de oficinas de cemento, ya llevaba la insignia de Visitante y andaba un poco más ligero de peso que de costumbre

El capitán de los Marines no hizo esperar a Dar. El secretario le acompañó hasta el capitán Butler, un hombre negro alto y delgado, vestido con un traje de faena de camuflaje muy almidonado, que salió desde detrás de su escritorio y le dio a Dar un desbordante abrazo de oso no muy propio de los Marines.

—Maldita sea, cómo me alegro de verte, Darwin —dijo el capitán, sonriendo radiante—. He echado de menos las noches que pasábamos en la ciudad cada mes.

—Sí, hace mucho tiempo —convino Dar—. Yo también me alegro de verte, Ned.

El capitán siempre tenía una jarra de té frío y otra de limones frescos en su despacho, su único capricho, como sabía Dar, y en seguida se dedicaron al agradable ritual de verter el líquido, con los cubitos de hielo entrechocando, cortar los limones y brindar.

—Por los amigos ausentes —dijo Ned.

Ambos bebieron y luego se sentaron, Dar en el gastado sofá de piel, el capitán Butler en la silla de cuero más gastada todavía que había junto a él. Ned seguía sonriendo.

Después de Dalat, cuando Dar fue enviado a varios lugares de Estados Unidos, en su primer permiso visitó a la viuda de su observador y al niño de dos años que tenían en Greenville, en Alabama. Había conocido antes a Edwina, durante el largo entrenamiento, cuando Ned padre y Dar competían por obtener la mejor puntuación en tiro al blanco y puntería. Aquella vez, Dar se limitó a presentarse y decir que si le necesitaban alguna vez, acudieran a él.

Al principio Edwina pensó que se trataba sólo de un gesto, pero cuando le llamó para decirle que se trasladaba con el niño a California para estar más cerca de su familia, Dar les pagó los billetes de avión y un camión de mudanzas, para que no tuvieran que ir en autobús. Ned mostró una temprana habilidad para las matemáticas, y fue Dar precisamente quien dispuso que se inscribiera en un colegio privado de Bakersfield, donde vivían. Cuando Dar se trasladó a California después de la muerte de Barbara y el niño, pasó varias semanas con Edwina y Ned, que por entonces asistía al instituto, antes de retomar su vida. Dar había estado siempre dispuesto y deseoso de ayudar a Ned, cuyas puntuaciones en los exámenes escolares eran fenomenales, a asistir a cualquier universidad del país. Dar pensaba en Princeton. Pero Ned pensaba en los Marines.

Ned hijo había ganado tres galones durante la guerra del Golfo, dirigiendo un pelotón de reconocimiento en la costa mientras los iraquíes esperaban la invasión masiva de los Marines desde el mar que nunca se produjo. El general Schwarzkopf había usado a los marines preparados para un ataque anfibio como farol y distracción, para que atrajeran la atención de los centenares de miles de soldados de ocupación iraquíes. Mientras tanto, centenares de miles de soldados y tanques del ejército de coalición realizaban un asombroso giro lateral de trescientos kilómetros, sin ser detectados por el enemigo, antes de empezar el «paso del Ave María», una ofensiva que dejó paralizado al ejército iraquí.

Ned hijo había cumplido los diecinueve años durante la guerra del Golfo, en 1991, precisamente la edad que tenía su padre en Dalat.

Desde que destinaron al joven y prometedor oficial a Camp Pendleton hacía cinco años, Dar y Ned habían tratado de verse para tomar algo o cenar juntos al menos una vez al mes. Los frecuentes desplazamientos de Ned a lugares secretos durante los últimos meses eran los que habían impedido que sus citas continuaran y no la agenda de Dar.

Hablaron unos minutos de la familia y los amigos comunes. Finalmente, Ned dejó el vaso con el té frío que estaba tomando y dijo:

—¿Y a qué debo el honor de tu visita?

Dar resumió brevemente al capitán todo el asunto de la Alianza, Dallas Trace y los tiradores rusos, y luego, cosa rara en él, se vio incapaz de acabar. Aunque Ned no había seguido la misma especialidad que su padre dentro de los marines, esperó con una paciencia típica de los tiradores.

—Si me haces el favor que te voy a pedir, puedes poner en peligro toda tu carrera, Ned —advirtió Dar—. No sólo lo entenderé si me dices que no, sino que casi espero que me digas que no. No es que sea una petición extraña, es que, sencillamente, es ilegal.

Ned sonrió levemente.

—Tomo nota de la descarga de responsabilidad, cabo —bromeó el capitán—. Tres buenos amigos (los conoces a todos) y yo mismo vamos a tomarnos un permiso dentro de poco. ¿A quién quieres que matemos y qué quieres que le hagamos antes de matarlo?

Dar se rió educadamente y luego se dio cuenta de que Ned no hablaba en broma.

—No, no —dijo, a toda prisa—. Sólo quería que me prestaras un poco de material, de forma extraoficial. Lo devolveré antes de que alguien lo eche en falta en algún inventario.

El capitán afirmó lentamente.

—No tenemos ningún tanque de batalla M1A1 Abrams que nos sobre —comentó—, pero, ¿te serviría un vehículo blindado Bradley? —Ned sonrió al decir aquello, pero era una sonrisa depredadora, no de chiste.

Dar suspiró.

—Pensaba en un rifle.

Ned volvió a afirmar.

—Me parece que a pesar de las normas que había entonces, te trajiste a casa un rifle de Vietnam, como regalo del séptimo Regimiento de Marines.

—El Remington 700 —dijo Dar—. Sí. Todavía lo tengo.

—¿Y sigue disparando? —dijo Ned.

—Han pasado varios meses desde que lo usé, pero todavía podía colocar cinco balas en un blanco de catorce por catorce centímetros, a seiscientos cincuenta metros de distancia.

El capitán frunció el ceño.

—¿Seiscientos cincuenta metros? ¿Y qué pasa con el alcance de mil metros?

—Estoy viejo —dijo Dar—. Y mis ojos también. Ahora, cuando leo mucho rato seguido, tengo que ponerme gafas.

—Joder —exclamó Ned, y añadió—: Señor. —El capitán pasó sus dedos a lo largo del pliegue bien tieso de sus pantalones de faena—. Bueno. Ese francotirador que intentó matarte en tu casa... ¿Qué usó?

Dar describió el Tikka 595 Sporter.

Ned lanzó un leve silbido.

—No es caro, pero es un arma muy buena. Los rifles potentes y precisos de tipo doméstico como ése suelen costar más de dos mil dólares, y las armas para tiradores europeos, desde ocho mil, por lo menos. Creo que el Tikka vale unos mil dólares. No creo que fuera el arma elegida por un primera fila.

Dar asintió.

—Mandaron al observador a por mí. Sospecho que el arma debía ser eliminada en caso de problemas.

Ned volvió a esbozar una sonrisa.

—El observador, ¿eh? Te tienen mal considerado, ¿no?

—Hay algunos observadores muy buenos —dijo Dar, en voz baja—. Yo conocí a uno que era mejor tirador y más valiente que cualquier tirador de primera que hubiera conocido.

Ned le miró fijamente un momento. Luego hizo un gesto a Dar de que le siguiera.

El almacén era muy grande. En algún lugar lejano, en la sombra, se oía el ronroneo del motor de una carretilla elevadora, pero aparte de eso, estaban solos.

Ned abrió una caja.

—Si lo que quieres es actualizar tu viejo M40, Darwin, éste es un buen juguete.

Dar se adelantó para tocar el arma que se encontraba guardada en un revestimiento de espuma.

—H-S Precisión HSP762/300 —dijo Ned—. Viene con cañón y cerrojo para ambos calibres: munición normal 7,62 de la OTAN o Magnum Winchester 300. La culata es de grafito Kevlar y de fibra de vidrio, por supuesto... no queremos que se claven más astillas en las mejillas de los chicos... y viene además con un soporte y una culata ajustable como los de la versión actualizada del M24. Mira aquí... ¿Lo ves? El cañón estriado está unido al cuerpo del arma por una abrazadera abierta y un soporte haciendo juego. Puedes guardarlo todo en un maletín libero de cuarenta por sesenta centímetros, y tendrás dos armas a mano cuando lo abras.

—Muy bonito —dijo Dar—, pero yo pensaba en usar mi viejo Remington 700 y la mira Redfield para el trabajo normal.

Ned frunció un poco el entrecejo.

—¿Y por qué no te compras un arco y unas flechas, Darwin?

Esta vez fue Dar el que sonrió.

—No es mala idea. He oído que es un arma muy discreta, mucho más barata que un silenciador. Ningún arma está obsoleta del todo.

El capitán afirmó con la cabeza al oír esto último.

—No, si consigue matar —convino—. ¿Qué tal tu cuchillería?

—K-Bar —respondió Dar.

Ned cerró la caja.

—Muy bien, usa tu antiguo M40 para el trabajo normal que caiga dentro de los límites de tu renqueante vista de veje... ¿Qué límite decías que era ése?

—No lo he dicho —repuso Dar—, pero diez metros sería lo más aproximado.

—Cómprate una escopeta —dijo Ned—. O mejor, un perro muy grande.

—Una amiga me ha dado una bonita escopeta Remington —dijo Dar—. Bueno, me la ha prestado...

Las cejas de Ned se enarcaron, no ante la mención de la escopeta, sino ante la expresión «una amiga». Dar nunca hablaba de amigas. El capitán dijo:

—Bueno, estupendo. ¿Cuál era el trabajo especial en el que atabas interesado? ¿Es algún golpe especial?

—He oído contar cosas muy buenas del McMillan MI987R. -contestó Dar.

—Lo he usado —le informó Ned, ahora ya hablando en serio—. Muy preciso. Con doce kilos, es uno de los más ligeros del libre 50 que corren por ahí. Tiene un retroceso que le provocará hemorroides a un elefante, pero en su mayor parte queda absorbido por un silenciador de boca y muchas almohadillas de retroceso. Incluso tenemos la variedad «Combo 50» de la Marina de Estados Unidos, con culata plegable. Pero es un modelo normal, con cargador de cinco disparos y acción de cerrojo. ¿Crees que vas a necesitar hacer fuego rápido, además del trabajo lento con tu Remington?

Dar dudó. Los tiradores estaban entrenados para pensar que cada bala le da al blanco. Y por eso los rifles de tirador más modernos de Kevlar y fibra de vidrio habían vuelto a ser, en su mayor parte, armas de un solo disparo y acción de cerrojo que le resultarían bastante familiares a un tirador de las trincheras de la primera Guerra Mundial. Pero él ya tenía el Remington para las largas distancias y los trabajos de calibre ligero... ¿Qué elección sería la más adecuada para un fuego rápido? El padre de Ned había salvado la vida de Dar varias veces en las cuarenta y ocho horas que pasaron en Dalat con su M-14 de precisión disparando en automático.

Ned pasó el brazo alrededor de los hombros de Dar y le hizo adentrarse en el pasillo formado por las cajas.

—¿Te gustaría ver lo que usaba mi equipo de tiro en la guerra del Golfo? Nos fue muy útil.

—Claro.

Ned abrió una caja alargada.

—Lo llamábamos el «Cincuenta Ligero» allí en el desierto. Oficialmente se trata del rifle de tirador Barrett modelo 82 A1 un Browning 12,7 por noventa y nueve milímetros, justo como los calibres 50 de antes. Tiene un retroceso corto. El cañón tiene un retroceso de cinco centímetros cada vez que se dispara; tiene un gran silenciador de boca. Pesa quince kilos sin mira, viene con una mira de diez aumentos Leupold and Stevens M3a Ultra y (aquí viene lo más importante, Dar) tiene una recámara separada de once disparos. Es el único rifle de tirador semiautomático del calibre 50 que hay en el mercado.

—¿Y qué me costaría? —preguntó Dar—. ¿Puerta a puerta, con impuestos, garantía, tratamiento anticorrosivo y tapicería de cuero opcional?

Los ojos de Ned se parecían mucho a los de su padre cuando dirigió a Dar una larga y escrutadora mirada.

—Devuélvelo (y devuélvete a ti mismo también) enterito, y es tuyo. Y de regalo te doy un chaleco antibalas moderno, tres mil cartuchos de munición normal y quinientos «Sabot» PBL.

—Virgen santa —exclamó Dar—. ¿Tres mil balas normales... y munición «sabot» Penetradora de Blindaje Ligero? Por el amor de Dios, Ned, que no me voy a la guerra.

—¿Ah, no? —exclamó Ned con sorna. Cerró la larga caja, la cogió y le tendió la llave a Dar.

Dar se metió entre el espeso tráfico de la I-5 de vuelta hacia la ciudad. No sabía si parar a comprarse una hamburguesa o seguir directo hasta casa y echarse a dormir cuando recibió una llamada de Lawrence.

—Han encontrado a Paulie Satchel, Dar.

—Bien —dijo Dar—. ¿Quiénes?

—Pues la policía, al final —dijo Lawrence—, pero primero lo encontró la gente de Procesadoras Hampton Quality.

—¿Y quién demonios es la gente de Procesadoras Hampton Quality? —refunfuñó Dar—. ¿Y no puede esperar esto?

Se sentía como un ladrón con el Cincuenta Ligero y las cajas de municiones escondidas debajo de una lona en la parte de atrás del Land Cruiser. Había sudado de lo lindo con su camisa de almidón azul durante los controles en el trayecto de salida de Pendleton, y todavía esperaba que aparecieran de un momento a otro los guardias de los marines y le dieran el alto.

—Pues no, no puede esperar —dijo Lawrence—. ¿Puedes reunirte conmigo en este punto? —Le dio una dirección en un polígono industrial al sur de la ciudad.

—No podré llegar antes de treinta minutos, con el tráfico que hay —protestó Dar—. Si es absolutamente imprescindible que vaya, claro. —Era un barrio espantoso, y ya veía su pobre Toyota Land Cruiser robado y el rifle calibre 50 semiautomático súbitamente en poder de la banda de los Bloods o de los Crips.

—Tienes que venir —dijo Lawrence—. Pero si ya has comido, no vengas.

«S de Satchelbiggy»

Habían pasado tres horas desde el «accidente» y no habían podido sacar todavía el cuerpo de Paulie Satchel. Sólo con echar un rápido vistazo Dar entendió por qué.

Nunca se había parado a pensar cómo se elaboran las hamburguesas. Sabía que llegan congeladas y ya moldeadas con su forma a los restaurantes de la franquicia, pero ahora veía que Procesadoras Hampton Quality era el lugar donde se fabricaban. Era una nave industrial enorme, limpia y nueva, en un barrio industrial abarrotado, sucio y viejo.

Dar mostró sus credenciales a quien se las pidió. Lawrence ya estaba en la escena del crimen y le acompañó a ver la nave.

—Muelles de descarga para la carne que llega, esa habitación es para cortar y separar la carne, aquí la habitación de picado, esta zona es donde la hamburguesa cruda se coloca en una cinta transportadora de acero inoxidable que bordea toda la pared y entra en la sala de moldeado.

En la sala de moldeado se encontraba Paulie Satchel, el único testigo existente de los últimos momentos del abogado Jorge Murphy Espósito, tragado por la maquinaria.

Además de un forense que completaba el papeleo en un rincón, había también dos detectives de paisano (Dar conocía a uno de ellos, el detective Eric Van Orden) y otros cinco hombres que vestían batas blancas encima de los trajes de faena, y mascarillas quirúrgicas que les tapaban el rostro. Lawrence les presentó como los representantes ejecutivos de Procesadoras Hampton Internacional, con sede en Chicago, y dos de sus propios investigadores de seguros.

—Nunca había ocurrido nada como esto en nuestras fábricas en ninguna parte, jamás —dijo uno de los hombres que llevaban mascarilla—. Nunca.

Dar asintió, y él, Lawrence y el detective van Orden se acercaron un poco más al cuerpo. La escena resultaba especialmente truculenta porque, además de que Paulie Satchel estaba metido de cabeza entre las fauces de siete centímetros de una prensa de hamburguesas, un río de carne de hamburguesa desbordada y ya nada fresca rodeaba el destrozado cadáver, como una marea de carne cruda.

—Llevaba los últimos tres meses trabajando aquí con el nombre de Paul Drake —dijo el detective van Orden.

—El nombre del investigador en jefe de Perry Masón en la antigua serie de televisión —dijo Dar.

—Sí —convino el policía—. Satchel era una pequeña comadreja que había visto mucha televisión, entre una reclamación de responsabilidad y otra. Siempre cogía algún trabajo cutre para ir tirando hasta que le llegaban los cheques de las aseguradoras. Había usado alias como John Cartwright, Richard Kimble, Matt Dillon, Rob Petry y Wire Palladin.

—¿Wire Palladin? —exclamó Lawrence.

Van Orden esbozó una retorcida sonrisa.

—Sí, ¿no recuerda a Richard Boone en la antigua serie Palladin? ¿Un pistolero que iba todo vestido de negro?

—Claro. «Palladin, Palladin, adonde vas errante...» —cantó.

—Bien —cortó Van Orden—, pues la tarjeta que daba el pistolero en la tele decía: «Wire Palladin, San Francisco». Paulie nunca fue un Einstein, precisamente. Debió de pensar que «Wire» era el nombre de pila de Palladin, en lugar de significar «mande un telegrama».

Lawrence dirigió una mirada reprobadora al cuerpo sin brazos y sin cabeza.

—Todo el mundo sabe que Palladin no tenía nombre de pila —dijo al cadáver.

Uno de los hombres de la compañía de seguros llegó y empezó a hablar deprisa a través de su mascarilla.

—Todos sabemos quién es usted, doctor Minor... conocemos su trabajo... y no sabemos por qué le han llamado en esta ocasión, pero debería saber que aunque esta fábrica estaba extremadamente automatizada (el señor Drake tenía que haber sido la única persona presente en la sala, en el momento del accidente) hay al menos ocho mecanismos preventivos de seguridad mecánicos, que evitan que ocurran accidentes mientras los empleados limpian los orificios de salida del contenedor de moldeado.

—¿Estaba limpiando este hombre el contenedor de moldeado? —inquirió Dar.

—Era la tarea que tenía asignada para la primera hora de esta tarde, cuando ocurrió el accidente —dijo Van Orden.

—Ocho mecanismos de seguridad... —repitió el hombre de la compañía de seguros—. Tan pronto como esa rejilla de contención se levantaba, toda la línea estaba programada para de inmediato detenerse.

Dar pasó por alto la absurda anteposición del complemento y preguntó:

—¿Y los otros siete... mecanismos de seguridad?

—No existe forma alguna de que él pudiera detener la línea y levantar la puerta y abrir las pinzas compresoras para limpiar el contenedor de moldeado sin que los dispositivos de seguridad cerrasen la máquina —explicó un directivo de la empresa que acababa de unirse al hombre de los seguros—. Ya se puede imaginar nuestra conmoción cuando hemos encontrado todos esos mecanismos de seguridad o bien soslayados o eliminados de la máquina.

El detective suspiró y señaló a la enorme maquinaria y el laberinto de circuitos electrónicos en el interior del panel abierto de la moldeadora.

—No es nada nuevo —afirmó—. Paulie era demasiado idiota para saber cómo soslayar esas cosas, y el asesino ciertamente no pasó horas trasteando con la maquinaria antes de poner en marcha la moldeadora con Paulie dentro.

El hombre de la empresa y el de la compañía de seguros dieron un paso atrás, horrorizados, cuando oyeron la palabra «asesino». Quizá fuera la primera vez que la usaba el detective.

Lawrence señaló hacia la chapucera instalación eléctrica, digna del profesor Franz de Copenhague.

—Lleva así muchos años —indicó—. Las medidas de seguridad, obviamente, entorpecían

demasiado el proceso, de modo que se limitaron a eliminar toda esa mierda e hicieron que fuera el operador (Paulie, en este caso) el que apagase el interruptor, éste de aquí —Lawrence señaló un enorme botón rojo en el extremo más alejado de la línea—. Y entonces podía limpiar la entrada de la moldeadora cinco veces más rápido y podían volver a producir.

—¿Se puede poner en marcha la línea y la moldeadora desde fuera de esta sala? —preguntó Dar.

Los cinco miembros de la empresa menearon las cabezas cubiertas con mascarillas tan vigorosamente que el sudor que perlaba su frente casi salió volando por el aire.

—¿Y Paulie estaba trabajando solo, no? —interrogó Dar de nuevo.

—Trabajaba solo hoy —dijo Van Orden—. Entró a la una, como de costumbre. Habría acabado su turno a las nueve.

—¿Han interrogado a otros trabajadores?

Van Orden asintió.

—La línea se cerró a la hora habitual, mientras Paulie limpiaba la moldeadora. Sólo hay cinco trabajadores más en el edificio... está todo muy automatizado, realmente... y cuatro de ellos estaban juntos, fuera. Se habían tomado un descanso para fumar un cigarrillo cuando... ocurrió todo.

—¿Y el quinto hombre? —inquirió Dar.

—Estaba trabajando en la sala de atrás y tiene una coartada perfecta —explicó Lawrence.

—Ninguno de los que estaban fuera ha visto entrar a nadie en el edificio —aventuró Dar.

—Por supuesto que no —protestó Van Orden—. Nos facilitaría demasiado el trabajo, ¿no crees? Pero hay otras tres puertas por las que pudo entrar alguien, desde la calle de enfrente o desde el callejón, sin ser visto. Ninguna de esas puertas estaba cerrada.

Dar se volvió y miró el río de hamburguesa cruda y el gran botón rojo que había en el extremo de la línea.

—Así que lo único que ha tenido que hacer el asesino es apretar este botón.

Lawrence se cruzó de brazos.

—Pero observarás que el botón está al lado de la puerta. Aunque Paulie tuviera la cabeza agachada y al lado de la moldeadora, habría oído a la persona en cuestión al entrar en la sala. Y sin embargo se quedó al lado de la moldeadora.

—O bien alguien le obligó a quedarse allí —propuso Van Orden—, o...

—O conocía a esa persona y confiaba en ella —dijo Dar.

Lawrence señaló hacia la rendija donde se encontraba empotrado el cuerpo de Paulie. Sólo había siete centímetros entre el rodillo de acero y las pinzas aserradas que daban entrada a la moldeadora. Los hombros de Paulie estaban apretados en aquella estrecha zona. La carne de hamburguesa había desbordado por ambos lados. Parecía una caricatura obscena.

—Ha tenido que ser una muerte lenta, Dar —dijo Lawrence—. Quienquiera que fuese el que puso en marcha la línea, lo hizo justo cuando Paulie tenía los dedos en la entrada de la moldeadora. Pero ¿ves esa especie de aletas a los lados? Empujan la carne cruda hacia la prensa.

—¿Así que Paulie no quedó «moldeado» en el acto? —preguntó Dar, dándose cuenta por vez primera de lo horrorosa que había sido aquella muerte.

—Los que construyeron la máquina estiman que le ha tenido que costar al menos diez minutos verse arrastrado dentro... y aplastado por esas dos grandes pinzas hidráulicas de compresión... y entrar lo bastante para que su cuerpo detuviese el mecanismo —dijo el detective Van Orden—. Primero los dedos, luego las manos, luego ambos brazos...

—Con la carne cruda desbordando a su alrededor, pasando por encima de él y quedando aplastada con él, todo al mismo tiempo —dijo Lawrence.

No por primera vez, Dar deseó que Lawrence no poseyera una imaginación tan vivida.

—Ha debido de gritar mucho —dijo.

Van Orden asintió.

—Pero había maquinaria en marcha todavía en otras zonas de la fábrica, y resuena mucho en la sala de entrega y clasificación, y cuatro de los otros tipos estaban fuera, fumando. El quinto estaba en la plataforma de carga y descarga, y hemos interrogado también al conductor del camión que estaba con él. Ninguno ha oído nada, aparte del motor del camión y los demás ruidos que había aquí dentro.

—Y finalmente la cabeza de Paulie entró en el mecanismo —dijo Lawrence—. Los últimos minutos han debido de ser silenciosos.

Los cinco hombres de la empresa se habían apartado todo lo posible al llegar a este punto. A Dar le dieron pena y les dijo que Paulie Satchel no tenía familia... que nadie les pondría una demanda. Paulie era una pequeña comadreja solitaria, un artista de los pequeños timos. Y ahora era... una hamburguesa.

Las moscas empezaron a zumbar insistentemente.

—Vamos fuera, al callejón —sugirió el detective Van Orden—. A tomar un poco el aire.

—¿Todo el mundo está de acuerdo en que se trata de una muerte por negligencia ajena? —preguntó Dar, cuando los tres llegaron al aire relativamente fresco del callejón.

Eric Van Orden se echó a reír con ganas.

—Sí... Ya sé lo de tu investigación del accidente del montacargas y todo eso, pero no hay duda de que esto va a ser investigado por Homicidios.

—¿Por qué se permite a la gente de la empresa que vaya rondando por la escena de un crimen? —preguntó Dar al detective—. Quiero decir que entiendo que se permita cierto acceso a la gente de la compañía de seguros, pero...

Van Orden miró a Lawrence.

—¿No le has contado el problema de la demanda?

Lawrence meneó la cabeza.

—Paulie no tenía amigos ni familia —arguyó Dar—. Dudo de que haya una demanda.

Van Orden negó y esbozó una irónica sonrisa.

—No, no, de lo que estamos hablando es de una acción popular, Dar.

Dar no lo entendía.

—La línea de las hamburguesas va hasta el almacén que hay ahí detrás. El último de los tipos coloca las hamburguesas en unas bandejitas con papel encerado, y luego mete las bandejas en un carro con estantes...

—Ah, maldita sea —exclamó Dar, viendo adonde iba a parar el asunto.

—... y entonces las coloca en las rejillas con estantes, en un camión congelador... un camión cada dos horas... para una entrega inmediata y eficiente.

—Pero has interrogado ya al conductor —dijo Dar—. Eso significa que el camión de reparto estaba aquí. Las hamburguesas fueron cargadas después... Dios mío, ¿se las llevó?

—Veinte contenedores con cuatrocientas hamburguesas cada uno —dijo Van Orden—. Ocho mil hamburguesas.

—Fueron entregadas a los Burger Biggy de toda la zona metropolitana —dijo Lawrence con tristeza. Burger Biggy era cliente de Investigaciones Stewart. Normalmente, las reclamaciones contra la cadena no eran demasiado graves, sólo las habituales caídas, aunque hubo un caso feo en el que una mujer les demandó por medio millón de dólares porque fue violada mientras esperaba en su coche el pedido que había hecho.

—¿Cuántas de esas hamburguesas tenían parte de... contenían fragmentos de...? —empezó Dar.

Tanto Lawrence como el detective se encogieron de hombros

—Eso es lo que está tratando de determinar la gente de la empresa —dijo Van Orden.

—Supongo que las han retirado del mercado —dijo Dar.

—Lo están haciendo ahora mismo, mientras hablamos —replicó Lawrence.

Dar no cenó aquel martes por la noche y se fue a dormir temprano. A la mañana siguiente estaba en los juzgados a las 7:30 de la mañana, y encontró a Syd enfrascada en un duro trabajo en su despacho del sótano. No le sorprendió.

Syd preguntó:

—¿Qué tal tu acampada? Me habría gustado ir contigo.

Dar sintió un cosquilleo de tensión sexual, la misma que antes había sentido por la jefa de investigadores. Y entonces se tuvo que recordar a sí mismo la comodidad (casi intimidad) que existía entre Syd y Tom Santana, y refrenó su estúpida y adolescente imaginación.

—No te habría gustado —dijo—. Llovió. —Arrojó los tres expedientes del FBI en el escritorio de ella y dijo—: Ya he terminado de leerlos, y me preguntaba si se los podrías devolver al agente especial Warren cuando lo veas.

Syd hizo un gesto vago.

—Claro. Siento que no haya más en estos informes acerca de Yaponchik y Zuker.

—Las fotos me han ayudado —dijo Dar.

A Syd le costó un poco reaccionar.

—¿Las fotos? ¿Quieres decir esa Polaroid inútil del pelotón de tiradores de Afganistán? Si no se distingue nada...

—No —repuso Dar, sacando el expediente de la CIA—. Me refiero a estas fotos. —Abrió el expediente con las fotos de su operación de vigilancia, las que él mismo había colocado.

Syd examinó los primeros planos.

—Mierda. No recuerdo... —Se detuvo y miró de soslayo a Dar—. Espera un momento.

Dar no había jugado al póquer desde que estaba en los marines, así que puso cara de ajedrez.

—Te das cuenta, doctor Minor, de que las fotos hechas en una vigilancia ilegal y utilizadas como prueba pueden representar un motivo suficiente para que la defensa consiga que se anulen los cargos, y no digamos ya el veredicto contra alguien —no lo preguntaba, sino que lo afirmaba.

Dar adoptó un aire de extrañeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que la CIA ha tomado las fotos de forma ilegal?

Todavía mirándole de soslayo, ella examinó otra vez los primeros planos con mucho grano de Yaponchik y Zuker. Dar había usado la misma letra que la CIA para etiquetar las fotos antes de fotocopiarlas varias veces para conseguir el aspecto borroso que quería.

Syd le miró durante un segundo, se mordió el labio inferior, miró de nuevo las fotos y dijo:

—Bueno, siempre es posible que no me diera cuenta de que estaban, supongo. Las pondremos en circulación en seguida. A pesar del grano, son buenas fotos. Esos chicos de la CIA saben hacer bien su trabajo.

Dar esperaba.

—Yaponchik, el mayor de los tipos del KGB, se parece a alguien... —susurró ella.

—¿A Max von Sydow?—preguntó Dar.

Syd meneó la cabeza.

—No, no, a Maximilian Schell. Siempre he pensado que Maximilian Schell era muy sexy, de una forma algo peligrosa y siniestra.

Dar resopló.

—Fantástico. Trata de matarme y tú crees que el tío es sexy de una forma peligrosa y siniestra, eso sí.

Syd clavó los ojos en Dar.

—Bueno, también creo que tú eres sexy, de una forma peligrosa y siniestra.

Dar no supo qué contestar a aquello. Al cabo de un momento, dijo:

—¿Y qué tal marcha la investigación?

—Maravillosamente —repuso Syd—. Supongo que te has enterado de lo de Paulie Satchel.

—He visto a Paulie Satchel —dijo Dar—. ¿Y cómo es que eso... resulta maravilloso?

—Ahora tenemos cuatro asesinatos evidentes —dijo Syd, feliz como un niño con zapatos nuevos—. La policía y el FBI finalmente se han embarcado en el asunto por completo.

—¿Cuatro? —se extrañó Dar—. Espósito, Satchel...

—Donald Borden y Gennie Smiley —dijo Syd—. La policía de Oakland nos informó anoche de que un trapero que rebuscaba en un vertedero que se encuentra junto a la bahía encontré dos bolsas de basura que una excavadora había dejado al descubierto. Rezumaban un poco...

—¿Eran Donald y Gennie? —dijo Dar.

—Sólo hemos confirmado por medio de la información sobre la dentadura lo de Borden, pero el otro cuerpo era de una mujer.

—¿Y la causa de la muerte? —dijo Dar.

—Dos tiros en la cabeza a cada uno —dijo Syd. Sonó su teléfono, y antes de cogerlo añadió—: 22R... Probablemente de un Ruger Mark II Target. Corta distancia. Muy profesional —y entonces—: Buenos días, aquí Olson.

Dar miró las fotos de Yaponchik y Zuker, examinándolas como si no llevara ya veinticuatro horas memorizándolas. Syd decía:

—Ah... ¿sí, de verdad? ¿Y de dónde lo habían mandado? ¿Ah, sí? ¿Has hecho que busquen las huellas en el laboratorio? ¿Eh? ¿Ya las has comprobado? ¿Sí? Bueno, creo que a veces tenemos suerte. De hecho, Dar y yo hemos tenido suerte con uno de esos antiguos expedientes de la CIA. Sí, te lo llevaré y te lo enseñaré dentro de una hora o dos. Vale. Hasta luego.

Colgó y miró a Dar con esa mirada intensa que muchos sospechosos habían notado clavada en sus ojos en aquella misma sala de interrogatorios, a lo largo de las décadas.

—Nunca adivinarás lo que ha recibido por correo el agente especial Warren.

Dar cerró el expediente de la CIA y esperó, mostrando un interés sólo relativo.

—Un sobre, sin remitente, sin huellas, enviado desde Oceanside ayer...

—¿Sí? —dijo Dar.

—Con unas fotos —explicó Syd—. Unas fotos en papel brillante de dieciocho por veinticuatro. Con muy buena resolución. Siete hombres. Al menos cuatro de ellos se ven hablando con Dallas Trace en las fotos. Cinco de los hombres han sido identificados ya.

Dar mostró más interés.

—Dos hombres de la mafia rusa que no sabíamos que se encontraban en el país —añadió Syd—. Uno de ellos es un conocido antiguo pez gordo de la KGB que trabajaba con Yaponchik en los buenos tiempos de la Unión Soviética...

—¿Y los otros? —preguntó Dar.

—Tres de los otros cuatro son conocidos mercenarios, guardaespaldas y asesinos a sueldo —dijo Syd—. Todos tienen antecedentes penales. Uno de ellos tenía un futuro brillante hasta que mató a un amigo de su jefe.

Dar lanzó un silbido.

—Con esto el grupo operativo del crimen organizado y de la ley sobre Organizaciones Mafiosas y Corruptas entra en este asunto, ¿verdad?

Syd no hizo caso de la pregunta.

—Ha sido un golpe de suerte. Primero encontrar esas fotos de la CIA perdidas. Y ahora esto...

Dar asintió.

Syd se echó atrás en la silla y dijo:

—Muy bien, ¿dónde estábamos?

—Me contabas cómo va la investigación —dijo Dar.

Syd asintió y señaló hacia una alta pila de expedientes, vídeos, cintas de audio y archivadores.

—Tom y los tres del FBI han establecido contacto con los Hermanos de los Desamparados a través de intermediarios y salas de urgencias. Han entrado en la banda por diferentes vías, pero ahora están en el mismo grupo de reclutas. Los Hermanos dirigen una especie de escuela que enseña a fingir accidentes de coche. Ya tenemos una docena de nombres y sólo llevamos unos pocos días.

—Estupendo —exclamó Dar.

—¿Y sabes algo de la UIA especial?

—¿La UIA? —repitió Dar, extrañado.

—La Unidad de Investigación de Accidentes, una división especial del grupo operativo —dijo Syd, con una voz muy seria—. Estás metido en ella. Tú eres el jefe.

—Ah —exclamó Dar.

—La sede se encuentra en casa de Lawrence y Trudy —dijo Syd—. Me reuniré con vosotros allí esta tarde cuando me tome un descanso, después de trabajar con el asunto éste de las fotos.

—Debería saber qué está investigando la UIA —dijo entonces Dar.

Syd suspiró.

—Sólo una serie de pequeños accidentes que, al parecer, son asesinatos —explicó—. Espósito, Paulie Satchel, Abraham Willis.

—¿Willis? —dijo Dar—. Ah, el abogado tapadera que murió cerca de Carmel.

—Y los Gómez —continuó Syd—. Y el señor Phong. Y Dickie Kodiak, alias Dickie Trace.

—Creo que será mejor que me vaya a Escondido —dijo Dar—. Parece que voy a estar muy ocupado.

—Te veré esta tarde —concluyó Syd.

Lawrence y Trudy dedicaban las tardes a los asuntos del equipo operativo. Su salón se había convertido en una extensión del cuartel general del equipo operativo de Syd, con tableros de corcho en torno a la larga mesa, una pizarra blanca, proyectores, un x ideo con un pequeño monitor y un

portátil Gateway con una línea de módem dedicada exclusivamente a actualizar de forma constante los datos y los gráficos relacionados con los accidentes que se estaban investigando.

Dar, Lawrence y Trudy se repartieron rápidamente las investigaciones según la dedicación que había tenido cada uno en el asunto. Lawrence tomó los casos de Phong, Satchel y Gómez, porque sus clientes estaban implicados en dos de ellos. Dar se propuso reabrir el caso de Richard Kodiak y continuar investigando la muerte de Espósito bajo el montacargas. Le contó a Lawrence y Trudy lo de las fotografías que acababan de aparecer.

—Qué interesante —dijo Lawrence—. ¿No tendrás copias de esas fotos, por casualidad?

—Pues sí, casualmente —dijo Dar.

—¿No vive Dallas Trace en Coy Drive, cerca de Mulholland y Beverly Glen? —inquirió Lawrence.

—Pues no sé.

—Yo sí. Lo busqué la otra noche, después de dejarte en tu excursión —dijo Lawrence—. Bien, pues vamos a echarles un vistazo a esos chicos malos.

Se pusieron a observar las fotos durante un rato. Dar sabía que ni Lawrence ni Trudy olvidaban una cara después de haberla examinado para un caso.

Al final decidieron empezar a trabajar en el caso de Abraham Willis, porque ninguno de ellos había estado implicado en él. La Policía de Tráfico de California y la de Carmel habían enviado a Syd por e-mail y por fax todo lo que tenían, y Syd había añadido el material del que disponía su grupo operativo al expediente de diez centímetros de grueso antes de entregárselo a Lawrence y Trudy.

Durante un rato, los tres leyeron en silencio, miraron las fotos y los planos de la escena del accidente, pasándose los materiales entre sí. El accidente parecía bastante claro.

El letrado Abraham Willis (un abogado de San Diego que había prestado su nombre a casos de falsos accidentes y gente pagada para hacer derivaciones) había abandonado su despacho un viernes por la tarde, temprano, y se había dirigido en coche hacia Carmel para pasar el fin de semana. Los testigos interrogados en Santa Barbara dijeron que había cenado y tomado algunas copas allí, y el propietario de un bar cerca de Big Sur identificó a Willis y dijo que se había parado allí aquella noche, bastante tarde, y había tomado otra copa antes de seguir conduciendo hacia Carmel. Tanto en el restaurante de Santa Barbara como en la taberna de Big Sur, Willis se encontraba solo.

Un poco antes de las diez de la noche de aquel viernes, Willis se salió de la carretera con su Camry de 1998 en un arcén que tenía una vista panorámica sobre un acantilado, entre Point Lobo y Carmel. No había nadie más en la curva en aquellos momentos.

—Ya conocemos ese sitio —dijo Lawrence—. Tiene una vista preciosa al norte, hacia Carmel.

—A las diez de la noche no se debía de ver gran cosa —aventuró Trudy.

—Quizá tuvo que bajar a orinar —opinó Lawrence.

—O quería respirar el aire del mar... para que se le pasara el efecto de la bebida —dijo Dar.

—Pues no le sirvió de nada —concluyó Lawrence.

Según la reconstrucción que hizo la policía de tráfico, Willis se había vuelto a subir al Camry, puso la marcha hacia adelante en lugar de hacia atrás, se estrelló contra una pequeña verja de madera en el vértice de la curva y cayó, con coche y todo, sobre las rocas que había debajo, a veinte metros.

—¿Por qué no había barrera de seguridad? —preguntó Dar.

Trudy hizo un esbozo del arcén panorámico en una servilleta de papel.

—Mira, aquí está la barrera, a ambos lados, luego los espacios para aparcar enmedio, con unas cuñas bajas de cemento, luego unos diez metros de hierba con un sendero de grava, luego esa valla de madera con una hilera de reflectores... Es sólo para advertir a los peatones de que no pasen de ese punto, hasta el borde del acantilado.

—¿Qué distancia hay de la valla hasta el acantilado? —preguntó Dar.

—Otros diez metros hasta el alero propiamente dicho, y luego una caída a pico. Pero hay un par de losas de piedra en esa parte. Observa que el Camry de Willis se dio un golpe en una de ellas... la portezuela del lado del conductor se encontró aquí, en el borde del precipicio, no en las piedras que había debajo.

—Ya lo he observado —dijo Dar—. Es absurdo.

—El investigador de la ONDS estuvo de acuerdo con el de la policía de tráfico en que Willis no pudo detener el coche e intentó saltar cuando la portezuela del coche se golpeó en la piedra —dijo Lawrence—. El impacto le devolvió al asiento del pasajero y entonces el coche se cayó por el precipicio.

—¿Y por qué no pudo detener el coche Willis? —exclamó Dar—. Aunque hubiese pisado el acelerador en lugar del freno al principio, tuvo casi veinte metros para detenerse.

—Estaba borracho —dijo Trudy.

—Aceleración espontánea seguida por un fallo de los frenos —añadió Lawrence.

Trudy y Dar le dirigieron una mirada sarcástica. La aceleración espontánea sólo ocurre en las «revelaciones» de los programas sennacionalistas de la televisión, y el fallo total de los frenos es algo casi tan raro como la caída de un meteorito con efectos mortales.

Las fotografías que había tomado la policía de tráfico del cuerpo eran adecuadamente truculentas. Willis había sido arrojado desde el coche debido al impacto inicial con las rocas marinas, y el coche había ido dando vueltas de campana hasta detenerse en el fondo. El Camry estaba muy maltrecho. Alrededor de medianoche alguien había informado de que la valla estaba rota, y la policía de tráfico encontró el coche y el cuerpo un poco después de la una de la madrugada. Los cangrejos habían mordisqueado un poco al abogado Willis, pero no tanto como para impedir su secretaria identificara el cuerpo. Willis estuvo casado, pero se había divorciado hacía unos años, en el estado de Nueva York; ningún familiar había reclamado sus restos.

—Bien —dijo Trudy—, veamos el sistema de sujeción del asiento del pasajero.

Examinaron el informe de la policía de tráfico. Luego el informe de la policía de Carmel y del sheriff. Leyeron el informe del investigador de la ONDS. Observaron las fotografías.

Entonces apareció Syd. La jefa de investigadores parecía exhausta pero feliz. Se percató de la

intensa concentración del grupo y no dijo nada después del saludo inicial.

Finalmente, Trudy mostró una foto en blanco y negro del interior del Camry del 98. El coche había golpeado las rocas primero con el capó, de modo que la incursión en la zona del pasajero fue total: el volante abollado y el salpicadero, prácticamente incrustado en el asiento del pasajero, el parabrisas completamente desaparecido y el techo aplastado sobre el lado del conductor, casi hasta el asiento.

—¿Qué tiene de raro esta foto? —preguntó Trudy.

—Sólo se ha disparado un airbag —comentó Lawrence.

—En el lado del pasajero —dijo Dar, y sonrió. «Ya los tenemos».

Syd frunció el entrecejo.

—No lo cojo.

Lawrence estaba ya al teléfono, llamando al sheriff de Carmel. El Camry de Willis estaba retenido como prueba, almacenado sin formalidad alguna detrás de una planchistería.

—En Carmel no existe una cosa tan prosaica como un depósito de chatarra —dijo Trudy, cuando Lawrence empezó a hablar rápidamente con el sheriff.

—Bueno, ¿puede enviar a un ayudante o alguien a que lo compruebe? —preguntaba Lawrence en aquel momento—. Necesitarnos esa información ahora.

Lawrence escuchó y asintió.

—Que se lleve un teléfono móvil y así podremos hablar —on él directamente. ¿Qué? Ah, muy bien, pues... Sigo al aparto —Lawrence cubrió el auricular con la mano y dijo—: El ayudante no tiene móvil, pero se comunicarán por radio. Supongo que la planchistería estará a unos doscientos metros de la oficina del sheriff.

—No lo entiendo —repitió Syd—. ¿Qué estáis buscando?

—El sistema de sujeción en el asiento del pasajero —dijo Trudy.

Syd meneó la cabeza negativamente.

—No había —repuso—. He leído todos los informes. Están seguros de que el cuerpo de Willis no llevaba el cinturón cuando se cayó por el barranco. En realidad salió catapultado hacia afuera por donde debía estar el parabrisas, si éste no hubiera saltado en mil pedazos al mismo tiempo.

—Pero mira la foto —dijo Dar, pasándosela—. Se disparó un airbag.

Syd lo miró.

—En el asiento del pasajero —dijo—. Pero no estoy segura de lo que prueba eso... probablemente un mal funcionamiento del sensor del airbag, ¿no crees?

Trudy negó.

—Los errores de los sensores son tan raros, estadísticamente que casi se pueden descartar —dijo. Hizo una pausa mientras Lawrence hablaba con el ayudante a través de la radio.

—Ah, bien... sí, hola, agente Soames... Aquí Lawrence Stewart, de Investigaciones Stewart. ¿Está

usted justo al lado del Camry de Willis? Bien, estupendo. Sí, apuesto a que sí. Ajá. Eso está muy bien, agente. —Lawrence puso los ojos en blanco —Agente, ¿podría mirar, por favor, en el asiento del conductor y...?

Lawrence escuchó durante un momento.

—Sí, agente, ya sé que está completamente chafado y aplastado y hay sangre por todas partes, no le pido que se meta en el asiento del conductor. No hay portezuela en ese lado, ¿verdad? No, claro... Pues entonces estamos hablando del mismo coche.

Dar pasó más fotos a Syd. Ella examinó una de la portezuela delantera izquierda del Camry que se encontraba encima de las rocas, en el borde del acantilado, y se mordió el labio inferior

—Y ahora, por favor, mire en la base del asiento, agente. Sí justo donde el cinturón de seguridad está unido al chasis. Hay un pequeño hueco ahí... ¿lo ve? Bien. ¿Hay una etiqueta roja que sobresale?

Lawrence escuchó unos segundos.

—Una etiqueta roja —repitió—. Debería ser muy visible. Dice: «cambie el cinturón» —siguió escuchando—. ¿Está seguro? Gracias, agente.

Lawrence volvió a la mesa.

—No hay etiqueta.

—Si el señor Willis hubiera llevado el cinturón, el sistema de sujeción hubiera soportado una carga de uno coma siete g —dijo Trudy—. Podríamos ver los efectos en el arnés y el cinturón retráctil, por supuesto, pero el Toyota tiene también esa pequeña etiqueta que sobresale para recordar a los encargados de las reparaciones que cambien el sistema de sujeción del cinturón después de un accidente.

Syd todavía parecía perpleja.

—Pero tanto el investigador de la policía de tráfico como nuestra gente sabían que Willis no llevaba el cinturón —dijo.

Dar cogió una transcripción.

—La secretaria dijo cuando la interrogaron que Willis siempre se ponía el cinturón. Le había dicho más de una vez que había visto demasiados lisiados y muertos en carretera.

—Pero aquella noche había bebido —dijo Syd.

—Oficialmente sí, pero desde luego no iba borracho como una cuba —dijo Trudy—. No iba tan borracho como para confundir la marcha atrás con la marcha hacia adelante, ni el acelerador con el freno. Además, aunque uno vaya borracho, hace esas cosas por puro hábito. Seguramente se puso el cinturón aunque le costara dos o tres intentos.

Syd se frotó la barbilla.

—Pero aun así, no veo la importancia de que saltara el airbag del asiento del pasajero.

—Tenía que haber peso en el asiento del pasajero para que se disparara ese airbag —dijo Lawrence, mirando la foto del aplastado interior y el airbag solitario que se había desplegado.

—Durante la caída, debió de caer en ese asiento —dijo Syd, vio el fallo en el informe e

inmediatamente añadió—: No...

—Eso es —afirmó Dar—. Durante la caída desde el acantilado, el señor Willis sufría una caída libre como el resto del Camry. No llevaba cinturón, de modo que iba flotando en el aire... flotando por encima del asiento como un astronauta de la lanzadera espacial en órbita.

—No había peso en el asiento, de modo que el sensor no hizo saltar el airbag —dijo Lawrence—. Ni siquiera durante el terrible impacto contra las rocas.

—Pero el airbag sí que saltó —murmuró Syd.

—En el asiento del pasajero —dijo Trudy, con una sonrisa macabra—. Pero no durante el impacto con las rocas del mar...

—La valla de madera —dijo Syd, representándose ahora mentalmente toda la escena—. Pero si el señor Willis estaba en el asiento del pasajero cuando el Camry dio en la débil valla de madera, a cincuenta y seis kilómetros por hora, como estableció la policía de tráfico...

—¿Por qué no se desplegó el airbag del asiento del conductor? —acabó la frase Dar—. Alguien tenía que estar conduciendo. A menos que...

—A menos que el conductor se lanzara al exterior antes del impacto contra la valla —dijo Syd, hablando para sí—. Alguien golpeó a Willis en la cabeza, sabiendo que las heridas no se distinguirían de los traumatismos de la caída, le metió en el asiento del pasajero, condujo el Camry hasta la valla de madera, luego saltó a la hierba justo antes de que el coche golpeará la valla, sabiendo que el Camry seguiría su camino y saltaría por el borde del acantilado.

—Así que el airbag del conductor no se disparó durante el impacto inicial con la valla de madera porque los sensores detectaron que no había nadie en el asiento del conductor —concluyó Lawrence—. Por la misma razón tampoco se desplegó en el impacto con las rocas que había al fondo. No fue sólo porque Willis estuviera en caída libre como razonaron los otros investigadores: iba flotando, sí, pero en el asiento del pasajero.

—Pero se vio proyectado a través del asiento del conductor a través del parabrisas desaparecido —puntualizó Syd.

Dar asintió.

—Tendré que hacer una reconstrucción gráfica por ordenador pero los datos balísticos parecen coherentes con el impacto inicial de la parte frontal izquierda del Camry en las rocas. A causa del vector de dirección de la fuerza principal, el ocupante (sin cinturón, con el airbag ya desplegado) debió de verse lanzado tangencialmente hacia un lado y hacia afuera, pasando por encima del capó por el lado del conductor. Mientras que si el airbag del pasajero se hubiese desplegado en el momento del impacto con las rocas...

—Probablemente habría aparecido sujeto entre los restos del coche —dijo Syd, comprendiendo ahora toda la situación.

—Cosa que explica por qué la portezuela del lado del conductor del Camry golpeó las rocas superiores antes de caer por el borde del acantilado —dijo Trudy—. No fue porque Willis tratara de salir. La portezuela estaba abierta, sencillamente, porque el asesino había saltado al arcén de hierba antes del impacto con la valla de madera.

Syd miró las espeluznantes fotos.

—Qué hijos de puta más engreídos. Son tan arrogantes que resultan estúpidos.

Sonó el teléfono móvil de Syd. La investigadora se levantó de la mesa para contestar y luego volvió a la mesa. Estaba blanca como el papel. Hasta los labios se le habían quedado sin sangre. Se agarró al borde de la mesa y se derrumbó en la silla. Le temblaban las manos. Dar y Lawrence se le acercaron. Trudy se apresuró a llevarle un vaso de agua.

—¿Qué pasa? —inquirió Dar.

—Tom Santana y los tres agentes del FBI que se habían infiltrado en secreto con él —dijo Syd, haciendo un esfuerzo para hablar—. Era el agente especial Warren. La policía de tráfico ha encontrado... los cuatro cuerpos... metidos en el maletero de un Pontiac abandonado, hace media hora. —Cogió el vaso de agua de manos de Trudy y bebió. Las manos le temblaban convulsivamente.

—¿Cómo...? —empezó Dar.

—Dos disparos de rifle cada uno —dijo Syd, con la voz más tranquila, pero el rostro todavía pálido—. Uno en el corazón y otro en la cabeza... probablemente a media distancia.

—Dios mío —dijo Lawrence—. ¿Quién en su sano juicio le pega un tiro a tres agentes del FBI y un investigador de la División contra el Fraude del estado?

—Nadie en su sano juicio, desde luego —convino Dar.

—Esos hijos de puta, esos cabrones desgraciados... —dijo Syd. De nuevo le temblaban las manos y se le derramaba el agua del vaso. Dar sabía que ahora, sin embargo, temblaba de ira—. Pero ahora ya sabemos quién le ha dado el chivatazo a Trace y a sus matones —concluyó.

—¿Quién? —preguntó Trudy.

Había lágrimas en los ojos de Sydney Olson, pero intentó esbozar una sonrisa.

—Venid a la reunión que se celebrará mañana en mi despacho, en el equipo operativo, a las ocho —dijo, en un susurro—, y lo averiguaréis.

«T de ternura»

La reunión del equipo operativo que celebró Syd el jueves por la mañana fue una de las más productivas a la que Dar recordaba haber asistido.

Syd insistió en irse inmediatamente después de recibir aquella llamada, la tarde anterior. Dar se quedó a cenar, pero antes dio una vuelta por los alrededores de la casa para asegurarse de que no había francotiradores. Le pareció que estaban a salvo. La casa de los Stewart se encontraba en la cima de una colina que domina la carretera, con amplias zonas cubiertas de hierba y unos bosques espesos por debajo de ellos, hacia el sur. Había más de ochocientos metros hasta que empezaban los árboles, e incluso desde allí el ángulo era muy malo para cualquier tirador. La única forma de ver desde el sur a la gente que estaba en la casa sería si caminaban hasta la parte más alejada de la terraza, y los tres habían decidido ya que no resultaba aconsejable hacer tal cosa. La casa estaba más baja que la calle por la parte del norte, pero allí las casas estaban muy juntas y tenían unos jardines muy espesos, y el tráfico de esa calle era intenso (y además, Larry y Trudy tenían instalado un sistema de seguridad en todas las puertas y ventanas que daban al norte), de modo que no se ofrecía ninguna posibilidad a un francotirador.

Aun así, después de cenar, Dar dio una vuelta con su coche por el vecindario para asegurarse de que todo estaba tranquilo antes de dirigirse hacia su casa.

Todo era negativo en la reunión que celebró el grupo operativo a las ocho de la mañana. Syd parecía agotada, y los otros tenían aspecto triste o distraído o irritado por haberles convocado tan temprano.

Era más o menos el mismo grupo que se había reunido el viernes anterior: Syd, Poulsen, el agente especial Warren y otro hombre del FBI, y Bob Gauss, que había sido jefe de Santana. Junto a Warren estaba sentado el teniente Barr, de Asuntos Internos de la Policía de Los Angeles. Larry y Trudy estaban sentados a la derecha de Dar; al otro lado de la mesa, el teniente Frank Hernández y el jefe de la policía de tráfico, el capitán Surton, se sentaban a la izquierda de Dar, y en el extremo más alejado de la mesa se encontraba una cara nueva: el fiscal del distrito William Restanzo. Restanzo, con su pelo blanco y bien peinado y su mandíbula cuadrada, parecía un futuro político, cosa que era en realidad.

Syd abrió la reunión sin ceremonia.

—Todos saben que cuatro personas que trabajaban para este grupo operativo fueron asesinadas ayer —dijo—. El investigador Tom Santana, el agente especial Don García, el agente especial Bill Sánchez y la agente especial Rita Foxworth. A los cuatro se los llevaron engañados a un lugar remoto del condado, bajo el pretexto de entrenarles para simular accidentes fraudulentos, y les dispararon a traición con un potente rifle.

Syd hizo una pausa y respiró hondo.

—Los detalles de los crímenes no vienen al caso de esta reunión, y la investigación se está llevando a cabo bajo la supervisión del agente especial Warren.

El detective Hernández miró a su alrededor.

—Si los detalles no vienen al caso, ¿por qué hemos sido convocados a esta reunión, investigadora Olson?

Syd miró a los ojos al agente.

—Para detener a la persona responsable de esos crímenes —dijo.

Nadie habló. Dar veía que Lawrence se agitaba un poco, y comprendió que estaba poniendo más a su alcance la pistolera, quizá de forma inconsciente.

—Sabíamos que había una filtración desde hacía unos meses —continuó Syd—, pero a Tom se le ocurrió hacer saber que iba a infiltrarse en el grupo. Pinchamos los teléfonos de la mayor parte de ustedes...

Syd esperó las protestas, pero lo único que hicieron todos fue crisar los puños, entrecerrar los ojos y apretar los labios. Nadie dijo una palabra.

—¿Y qué revelaron las cintas? —preguntó el capitán Sutton. Su voz de fumador sonaba muy ronca aquella mañana.

—Nada, de forma directa —dijo Syd—. La persona sobornada debió de sospechar que estaba bajo sospecha. No se registró ninguna conversación sobre actividades ilegales en las escuchas telefónicas autorizadas.

—Entonces, ¿cómo...? —empezó Hernández.

—La persona que estaba bajo vigilancia evitó incluso usar teléfonos públicos —explicó Syd—, cosa muy inteligente, porque los teléfonos públicos que se encuentran cerca de la casa de esa persona también habían sido pinchados. Lo que sí usó esa persona fue un teléfono móvil especial comprado por agentes de la Alianza para el fraude, y registrado bajo un nombre ficticio. Creemos que la persona sospechosa recibió varios teléfonos de ese tipo, para que los usara sólo en caso de emergencia.

Syd se desabrochó la americana y Dar vio la Sig-Sauer de 9 mm enfundada en su pistolera. Entonces se volvió hacia la abogada de la ONDS, Poulsen.

—En lo que no pensaste, Jeanette, es que queríamos atrapar a toda costa a esa persona, de modo que controlamos a todos los sospechosos con escáneres de frecuencia de teléfonos móviles —Syd apretó un botón y sonó una cinta.

Se oyó la voz de Poulsen, con ruidos parásitos de fondo y algo metálica, pero aun así reconocible: «Santana, del Departamento contra el Fraude, y otros tres agentes del FBI van a infiltrarse para establecer contacto con vuestros Hermanos de los Desamparados».

Una profunda voz masculina replicó algo ininteligible.

—No, no sé los nombres de esos agentes —repuso la voz de Poulsen—, pero son dos hombres y una mujer, y se supone que entrarán en el país a través del mismo intermediario, y se pondrán en contacto con los Hermanos al mismo tiempo que lo haga Santana. Eso es todo lo que os puedo decir por ahora.

La voz del hombre replicó algo de nuevo, pero esta vez se pudieron oír las palabras «dinero»,

«transferencia», y «la cantidad habitual».

La abogada Poulsen se levantó de la silla como si se viera propulsada por un enorme muelle. Tenía la cara de un rojo escarlata y los tendones de su bonito cuello resaltaban como cuerdas.

—No tengo por qué escuchar esa mierda. Esto es absurdo. No has podido proporcionar ninguna información válida a tu maldito jurado de acusación en seis meses, así que ahora me quieres cargar esto... —Empezó a apartarse de Syd, dirigiéndose hacia la puerta—. Tendrás que dirigirte a mi abogado.

Syd cogió por el brazo a la mujer, que era más alta que ella, le hizo dar la vuelta en redondo y empujó con fuerza el torso de la mujer encima de la mesa, colocándole al mismo tiempo los dos brazos a la espalda. Sacó un par de esposas de su cinturón y la esposó antes de que Poulsen hubiera podido levantar la cabeza de la mesa.

—Tiene derecho a permanecer en silencio... —empezó Syd.

—¡Jódete...! —chilló Poulsen, pero Syd la cogió del pelo con fuerza y volvió a empujar su cara contra el tablero de la mesa.

—Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal —continuó Syd, ahora con voz calmada—. Tiene derecho a un abogado... —Tiró de las muñecas esposadas de Poulsen hacia arriba y hacia atrás, haciendo que la mujer diera un respingo y se callara.

—Nosotros nos haremos cargo, jefa de investigadores —dijo Warren. Él y el hombre del FBI que se encontraba a su lado cogieron cada uno por un brazo a la lloriqueante Poulsen y la sacaron de la habitación, leyéndole todavía sus derechos.

Cuando se cerró la puerta tras ellos, Syd se limpió las palmas de las manos en los pantalones, como si las llevara sucias.

—Hemos seguido la pista de mil quinientos dólares transferidos a una cuenta secreta que la abogada Poulsen abrió hace ocho meses —dijo.

La voz de Syd había permanecido firme mientras duraba toda aquella escena, pero ahora hizo una pausa para tomar aliento.

—Nuestra reunión habitual del grupo operativo tendrá lugar dentro de una semana, contando desde mañana. El fiscal de distrito Restanzo ha accedido a unirse a nuestro grupo y estará presente en nuestra próxima reunión. Espero ser capaz de anunciar algún progreso importante para entonces.

Syd miró a los reunidos en torno a la mesa.

—Algunos de ustedes conocían al investigador Santana... Yo le conocía y era buena amiga suya y de su mujer, Mary, y conocía también a sus dos hijos, desde hace cuatro años. El funeral de Tom tendrá lugar mañana a las diez de la mañana en la iglesia católica de la Trinidad de Los Angeles, en Northridge, justo a la salida del bulevar Reseda y junto al campus de la Universidad del Estado de California. Ya les haré saber los datos de los funerales de los agentes García, Sánchez y Foxworth.

Durante el funeral de Santana, Dar se dio cuenta de que no había entrado en una iglesia católica desde el funeral de David y Barbara.

Después, la gente se arremolinó a la luz del sol, en el exterior de la iglesia, durante un rato. La ceremonia en el cementerio era privada, y Syd le pidió a Dar si podrían hablar después. Dar asintió, mientras veía su propio traje oscuro y las gafas de sol reflejadas en las gafas de sol de ella. Syd no había llorado durante el funeral, ni tampoco cuando abrazó y dio el pésame a Mary Santana y los dos niños.

—Dime un lugar y una hora —dijo Dar.

—Lawrence y Trudy quieren que vayamos al lugar donde murió Espósito a las cuatro, para hacer una reconstrucción —dijo Syd—. ¿Nos vemos después? ¿En tu casa?

—Bien, estaré allí.

El teléfono móvil de Lawrence sonó mientras Dar y él volvían a San Diego en el NSX recién reparado.

—Bingo —dijo Lawrence.

—¿Una de las fotos? —preguntó Dar.

—Ajá. Se la enseñé a los pocos tipos que estuvieron trabajando en la obra aquel domingo, no a Vargas, el capataz, porque él no quería cooperar, sino a los demás, y dos de ellos lo identificaron. Los dos vieron al tipo caminando por ahí con un casco. No le reconocieron, pero supusieron que debía de ser un trabajador eventual contratado para aquel fin de semana.

—¿Era uno de los rusos? —aventuró Dar.

—No. El ex mafioso de Nueva Jersey, Tony Constanza.

—¿Testificarán ante un tribunal?

—¿Quién sabe? —exclamó Lawrence—. No les conté que se trataba de un caso de asesinato en el que estaban implicados ex mafiosos. Simplemente les enseñé las fotos. Si a mí me contaran de qué va, seguramente no testificaría.

El fiscal de distrito Restanzo estaba en la obra con tres de sus subordinados, y ninguno de ellos parecía muy feliz por mancharse de barro los zapatos. Dos policías de uniforme habían acordonado la zona en torno al montacargas y estaban de guardia, manteniendo a distancia a los trabajadores curiosos, mientras el teniente Hernández permanecía allí de pie con los brazos cruzados. Trudy había montado la cámara de vídeo en un trípode resistente. Lawrence se había colocado debajo del montacargas, que estaba levantado, precisamente en el mismo lugar donde se encontraba Jorge Murphy Espósito cuando le mataron. Igual que ocurrió durante el accidente original, había un cuarto de tonelada de maderos en el macizo montacargas, que se encontraba a diez metros de altura.

Hernández estaba explicando:

—Hay cierta controversia acerca de si fue un accidente o bien hay que añadir esta muerte a las negligencias mortales que se han relacionado ya con el caso de la Alianza. El señor Stewart tiene la respuesta. —Hizo un gesto hacia Lawrence, que a su vez hizo una seña a Trudy. La luz roja de la

cámara se encendió.

Lawrence se aclaró la garganta.

—Muy bien. Todos sabemos que las pruebas obtenidas durante la autopsia, así como las pruebas circunstanciales que rodean la muerte del abogado Espósito, indican que no pudo haber tirado del mando del sistema hidráulico que está en esa columna y morir como murió, aquí debajo, al cabo de dos segundos, sin que la parte delantera de su torso quedase manchada con el fluido de bloqueo hidráulico. Las fotografías del forense muestran con absoluta claridad que sólo las perneras de los pantalones del señor Espósito y las suelas de sus zapatos quedaron salpicadas de fluido. Varios trabajadores que estaban en la obra han identificado fotos de un hombre que dicen que estaba presente aquí el domingo cuando murió el señor Espósito. Ese hombre es un tal Tony Constanza, un antiguo informador de la mafia, que ahora trabaja para el abogado Dallas Trace.

—No me gusta el término «mafia» —dijo el fiscal de distrito Restanzo—. «Mafia» equivale a italianos y sicilianos, y es un calificativo bastante difamante que se aplica a un grupo étnico determinado. Todo el mundo sabe que el denominado «sindicato» hace tiempo que ha dejado de estar dominado por ningún grupo étnico determinado. Preferimos el término «crimen organizado».

—Está bien —dijo Lawrence—. Para que conste, el señor Tony Constanza era miembro de una facción del sindicato del crimen organizado, multiétnico, multirracial e igualitario, que, todavía hoy, se compone en su mayor parte de sicilianos e italoamericanos y que comúnmente se conoce como «mafia».

»Y ahora —prosiguió Lawrence—, si quiere usted interponer una acción judicial por este delito, necesitará pruebas de que ha sido un asesinato y no un accidente. Me gustaría mostrarle las pruebas. Me encuentro de pie justo en el lugar donde se encontraba el señor Espósito dos segundos antes de que el montacargas perdiera toda su presión hidráulica y se desplomara encima de él, aplastándole con el mecanismo en forma de tijera ¿Alguien quiere ponerse a mi lado mientras reconstruimos el accidente?

Durante un momento, nadie se movió. Luego Dar dio un paso adelante y se colocó bajo la plataforma, junto a Lawrence. No tenía ni idea de lo que tramaba su amigo, pero confiaba en su profesionalidad. Los negros zapatos Bally de Dar y las perneras de sus pantalones de Armani quedaron salpicados de barro, pero no le importó. Sabía limpiar zapatos.

—Señor fiscal del distrito, ¿le importaría soltar y quitar el tornillo de control del sistema hidráulico? —dijo Lawrence. La enorme plataforma se cernía a diez metros por encima de su cabeza... y de la de Dar.

—Hay barro ahí —dijo Restanzo, que obviamente todavía estaba molesto por la historia de la mafia.

—Yo lo haré —dijo el teniente Hernández. Fue chapoteando por el barro hasta colocarse justo en el exterior de la sombra de la plataforma, junto al poste principal del sistema hidráulico.

Lawrence hizo una pausa mientras Sydney Olson cruzaba el solar andando con rapidez.

—Lo siento, llego tarde —dijo ella, un poco jadeante.

—Estábamos a punto de mostrar cómo funciona esto —dijo Lawrence—. Teniente, ¿podría desenroscar y quitar el tornillo de control del sistema hidráulico?

Dar echó una mirada a Lawrence. Los dos hombres estaban de pie tranquilamente, con los brazos cruzados, con el peso enorme de la plataforma como una presencia palpable por encima de sus cabezas. Dar trató de calcular si le daría tiempo a agarrar a Larry y salir los dos de allí debajo. Era una ecuación complicada, pero la respuesta era muy sencilla: no.

Hernández se encogió de hombros y empezó a dar vueltas al grueso tornillo en el sentido contrario a las agujas del reloj. Se movió, hubo un gorgoteo del fluido hidráulico y la plataforma se desplazó quince centímetros hacia abajo.

—Ah, mierda —dijo Hernández, dando un salto hacia atrás.

—Siga, por favor —dijo Lawrence.

El teniente de homicidios se acercó a la columna como si hubiera una serpiente de cascabel. Cautelosamente, la rodeó con el brazo y tocó el tornillo. Dio otra vuelta. La plataforma pareció temblar anticipando su desplome.

—Del todo, por favor —repitió Lawrence.

El tornillo dejó de girar. Hernández se inclinó sobre la enorme agarradera, cambió de mano, lo intentó con más fuerza aún. Luego probó con ambas manos.

—Esta mierda de chisme... perdone, señor Restanzo... esto no se mueve.

Lawrence se dirigió hacia la columna y Dar le siguió, feliz de poder apartarse al fin de la zona mortal. Lawrence colocó la mano en el enorme tornillo y esperó a que Trudy hiciera un zoom.

—Señor fiscal del distrito, jefa de investigadores Olson, teniente Hernández, caballeros... este tornillo se encuentra en su posición normal, tal como estaba el día que el abogado Jorge Murphy Espósito murió. No existe posibilidad alguna de que el abogado Espósito quitara el tornillo del sistema hidráulico por accidente. Tal como ustedes mismos han visto, el tornillo está diseñado para que se pueda ajustar ligeramente de forma manual, pero en cuanto se dan más de dos vueltas, se requiere una llave inglesa de tamaño mediano para poder seguir accionándolo. Es un diseño elemental.

Lawrence se volvió y miró a Syd y al fiscal del distrito.

—Quienquiera que matase al señor Espósito, y tenemos testigos que sitúan al ex mafioso Tony Constanza aquí en el momento en que murió Espósito, tuvo que apuntar con un arma al señor Espósito mientras quitaba el tornillo con una llave inglesa.

—No encontramos ninguna llave inglesa en el lugar del accidente —dijo Hernández.

—Exacto —dijo Lawrence. Hizo una seña a Trudy para apagase el vídeo y salió de la sombra del montacargas, con Dar tras él.

Trudy y Lawrence pasaron por casa de Dar para tomar una vopa antes de volver a Escondido. Al parecer Syd no tenía prisa por iniciar la charla de la que le había hablado después del funeral de Tom Santana.

—Bueno, pues ya tenemos lo de Espósito ligado, con Constanza como responsable —dijo Trudy—. El caso de Willis, en Carmel, ha sido reabierto, y el FBI ha tomado posesión del Camry... Van a usar

todos los trucos de investigación forense que conocen para encontrar una huella, una fibra, cualquier cosa.

—Warren se va a poner en serio con eso —dijo Syd.

—Tres agentes de campo muertos —dijo Lawrence—. No me extraña.

—¿Está loco Dallas Trace o qué? —preguntó Trudy—. Lleva treinta años como abogado defensor... ¿No sabe que lo único que no queda impune jamás en este país es matar a un agente de la ley?

Dar se aclaró la garganta.

—Yo creo que Trace ya no es quien dirige el tinglado... si es que alguna vez lo ha dirigido.

Los otros tres le miraron.

—Este comportamiento es típico de los rusos —continuó Dar—. Los mandamases del crimen controlan el país. Si los funcionarios del gobierno o la policía se cruzan en su camino, los matan. Así de sencillo.

—Sí, eso es verdad —dijo Syd—. No tienen una ley sobre Organizaciones Mafiosas allí, ni nada similar que permita a la policía local o federal meterse en serio con esos hijos de puta. La mafia rusa controla y dirige la distribución de carbón, gas natural, alcohol, la mitad de la comida que sale al mercado y la energía eléctrica.

Trudy dijo:

—¿Quieres decir que la Alianza trajo a la mafia rusa para que organizara las cosas, pero que ahora la Organizatsiya se ha hecho cargo del asunto?

—Eso creo —dijo Dar—. Sospecho que Dallas Trace y los que querían meterse en el negocio de los accidentes falsos han soltado un tigre (o más bien podríamos decir un oso) y ahora lo único que pueden hacer es apartarse para que no se los coma.

—Es demasiado tarde ya para eso —dijo Syd, con la mirada perdida—. Han ido demasiado lejos. Nos los vamos a comer a todos incluso al oso ruso... y espero que sea muy despacio.

—Bueno, ¿de qué querías hablarme? —preguntó Dar cuando los Stewart se fueron. Syd se sentó en el sofá enfrente de la silla de Dar, sumida en sus pensamientos.

Levantó la vista y sus ojos tropezaron con los de Dar, esos ojos inteligentes, azules y atentos que fueron lo primero que atrajo la atención de Dar.

—En realidad, lo que quería no era hablar —dijo—. Más bien quería hacerte una sugerencia.

—¿Sí?

—Me gustaría subir a la cabaña contigo este fin de semana —dijo Syd—. No para hacer de guardaespaldas ni para ninguna sesión de estrategia. Sólo tú y yo, juntos.

Dar sintió que aquellas palabras le sacudían hasta lo más hondo. Vaciló.

—A lo mejor no es demasiado seguro estar cerca de... —empezó a decir, e iba a añadir «de mí»,

pero concluyó— de la cabaña.

Syd sonrió.

—¿Y dónde estaremos seguros si vienen a por nosotros, Dar? Si no quieres ir conmigo, me parece bien, pero ahora no te preocupes por la seguridad.

Dar entendió que aquella frase encerraba para ella más de un sentido.

—¿Quieres volver al hotel para recoger tus cosas?

Syd señaló la bolsa de lona que llevaba.

—Ya voy preparada —dijo.

Mientras salían de la ciudad en el Land Cruiser, con el viejo rifle y el arma prestada y la munición debajo de unas lonas en la parte de atrás, y con unos cuantos comestibles (bistés, ensalada, una botella de vino) en el asiento trasero, Dar pensó de repente en una cosa. Quizá fuera pecar de presuntuoso, pero si ello quería decir lo que él imaginaba, seguramente no pasaría la noche en el furgón de las ovejas. «Maldita sea —pensó—, tenía que haberme parado en una farmacia antes de salir de la ciudad». De repente enrojeció. Durante años había sido totalmente fiel a Barbara, y no había habido nadie más, después.

Syd le tocó el brazo ligeramente. Él le lanzó un vistazo.

—¿Crees en la telepatía? —dijo ella. Sonreía de nuevo.

—No.

—Yo tampoco —dijo Syd—. Pero ¿y si fingimos que existe durante un momento?

—Claro —dijo Dar, volviendo a clavar la mirada en la carretera y esperando que sus mejillas y su cuello no estuvieran tan rojas como a él le parecía.

—Al parecer estamos en el mismo dilema, Dar —dijo ella—, al no ser lo bastante jóvenes y modernos para resolver todas las implicaciones de este asunto. Pero tenemos una cierta ventaja.

Dar mantuvo los ojos clavados en la carretera.

—Yo llevaba una vida realmente aburrida como aspirante a agente del FBI cuando me casé con Kevin, y Kevin y yo nos fuimos fieles el uno al otro, lo que pasa es que la cosa no funcionó. Y por una serie de razones, no ha habido ningún otro desde entonces.

—Barbara y yo... bueno, fue lo mismo —dijo Dar—. Y yo no he... quiero decir que decidí no...

Ella le volvió a coger el brazo.

—No tienes que decir nada, Dar. Simplemente digo que ya nos toca. No somos niños. Quizá toda esta estúpida abstinencia por nuestra parte nos da algo especial para compartir en estos momentos.

Dar la miró un momento.

—Si sigues así —exclamó—, acabaré creyendo en la telepatía.

Llegaron a la cabaña justo al anochecer. La luz era dorada y radiante aun a través de los postigos cerrados.

—¿Quieres tomar una copa y cenar ahora? —dijo Dar.

—No —rehusó ella. Se quitó la pistolera del cinto, sacó los tres cartuchos de municiones de sus fundas de cuero y las dejó encima del tocador.

Hacía tanto tiempo que Dar no ayudaba a una mujer a despullarse que casi había olvidado que llevan los botones al otro lado. Despojada de sus ropas, Syd tenía un aspecto blanco y tierno con el sencillo sujetador y las braguitas. Se besaron. Dar intentó recordar cómo funcionaban los corchetes y los desabrochó sin titubear. Los pechos de Syd eran plenos y pesados, sus caderas anchas: una mujer madura.

—Te toca a ti —dijo ella, ayudándole a quitarse la camiseta. Le desabrochó la hebilla del cinturón.

—Me preguntaba una cosa desde que te conocí —susurró después de otro beso, comprimiendo los senos contra el desnudo pecho de él—. ¿Qué llevas, calzoncillos ajustados o bóxer?

Le desabrochó la cremallera y le ayudó a bajarse los pantalones.

—Oh, Dios mío —exclamó.

—Es una costumbre de la época de Vietnam —dijo Dar—. Nadie lleva ropa interior en la selva.

—Qué romántico —exclamó Syd con una sonrisa, pero aquella vez, mientras le abrazaba, su mano derecha fue bajando más y más.

Las sábanas estaban frías. Syd apartó de un manotazo los cojines. Dar la besó en la boca, en el cuello, donde latía apresurado el pulso, le besó los pechos y los largos pezones. Sus dedos se entrelazaron antes de empezar a hacer el amor.

Syd le besó profunda y largamente. Los dedos de ambos se estrecharon con más fuerza aún y ella levantó los brazos por encima de la cabeza. Las palmas de sus manos se unieron, los brazos de él apretaban los de ella contra las sábanas, y él notaba en cada centímetro de su cuerpo el contacto del cuerpo de Syd.

Cenaron alrededor de las once de la noche. Dar hizo los bistés a la brasa afuera, vestido sólo con el albornoz, mientras Syd preparaba la ensalada, freía unas patatas (estaban demasiado impacientes para hacerlas a la brasa) y abría el cabernet sauvignon para que respirara. Dar estaba hambriento cuando se sentaron por fin a cenar. Syd estaba radiante.

Él ya no se acordaba... era así de sencillo. Por supuesto, recordaba el placer que proporcionaba el sexo (eso no se podía olvidar) pero en cambio sí había olvidado los innumerables pequeños placeres que proporciona la intimidad con una mujer. Yacer desnudo junto a ella en la penumbra y hablar, una vez que la pura necesidad física se ha satisfecho. Ducharse juntos y convertir el sencillo acto de lavarse el pelo el uno al otro en una forma más de hacer el amor. Reír y tontear andando por la casa en albornoz, con los pies desnudos, muertos de hambre, preparando la cena a toda prisa. Disfrutar de la felicidad del momento.

Para postre tomaron un vaso de whisky Macallan cada uno, al lado del fuego. La noche era cálida y las persianas estaban abiertas, dejando entrar el rumor y el aroma de los pinos y los ruidos ocasionales de las aves nocturnas o el aullido de los coyotes distantes, pero de todos modos habían encendido el fuego.

Y el whisky se quedó a medio tomar en la mesita, y volvieron a la cama, más apasionados que

antes. Syd gritó en el mismo instante en que lo hacía Dar, y los dos abandonaron los límites de su propio ser en el mismo momento.

Se quedaron echados, acariciándose, encima de las sábanas empapadas de sudor, el aire perfumado con el aroma sexual de sus cuerpos.

—Bueno, ahora ya me lo puedes decir —dijo Syd, en voz baja.

Dar se incorporó y se apoyó en el codo.

—¿Qué es lo que te tengo que decir?

—Por qué te alistaste en los marines y te hiciste tirador —los ojos de Syd brillaban al moribundo resplandor del fuego.

Dar se echó a reír de buena gana. Esperaba algo más... ¿romántico?

La voz de Syd sonaba suave, pero seria.

—Quiero saber por qué una persona inteligente y sensible como el joven Darwin Minor se alistó en la Marina y se convirtió en tirador.

Dar se echó de espaldas y miró al techo. Curiosamente, se sentía poco preparado para explicar aquello, porque nunca lo había hecho hasta entonces. Ni siquiera a Barbara.

—Ya te conté que me interesaban mucho los espartanos. Pero realmente no te dije por qué. —Hizo una pausa—. Tenía miedo —dijo al fin—. Era un niño asustado. A los siete años... recuerdo el día, era una tarde, y dónde estaba, sentado en la acera, cuando me di cuenta de golpe... A los siete años me di cuenta, supe que algún día me iba a morir. Entonces ya era ateo. Sabía que no había vida después de la muerte. La idea me asustó horriblemente.

—La mayoría nos damos cuenta de eso, más tarde o más temprano —susurró Syd—. Pero normalmente, no tan pequeños.

Dar meneó la cabeza.

—Aquel miedo no desapareció. Sufría de terrores nocturnos. Empecé a mojar la cama. Tenía miedo de separarme de mis padres, aunque fuera para ir al colegio. Era consciente no sólo de que yo me iba a morir, sino de que ellos también. ¿Y si se morían mientras yo estaba en la clase de tercero con la señorita Howe?

Syd no se rió. Al cabo de un momento, dijo:

—¿Así que te alistaste en la Marina para encontrar el valor para superar ese miedo?

—No —dijo Dar—. En realidad, no. Acabé pronto el instituto, me licencié en la universidad al cabo de tres años con un título en física, pero mientras, lo que me interesaba realmente era la muerte, el miedo y el control. Entonces empecé a estudiar a los espartanos y sus ideas sobre el control del miedo. —Se dio la vuelta para mirarla—. Había empezado la guerra de Vietnam...

Syd puso la mano encima del pecho de Dar. Él notó la frialdad de sus dedos.

—Y por eso —dijo, muy bajito—, los marines de Estados Unidos...

Dar hizo un gesto vago.

—Sí.

—Pensando que quizá los marines conocerían el secreto del control del miedo.

—Algo así —dijo Dar, dándose cuenta de que aquello sonaba muy tonto.

—¿Y lo conocían?

Él se mordió el labio inferior un momento, pensando.

—No —dijo al fin—. Habían conservado muchas de las disciplinas que iniciaron los espartanos: lo de tratar de vivir de acuerdo con los propios ideales y eso... Pero habían perdido gran parte de la ciencia y la filosofía que subyacían detrás del modo de pensar de los espartanos.

—Pero... precisamente tirador... —dijo Syd—. Los únicos tiradores que he conocido estaban en los equipos tácticos de los Cuerpos Especiales y el FBI, pero parecían unos marginados...

—Siempre lo han sido, en efecto —dijo Dar—. Y probablemente por eso me incliné en esa dirección. Mientras a los marines se les enseña a formar parte de un organismo superior, los tiradores siempre trabajan solos, o en equipos de dos. Hay que tener en cuenta todo: el terreno, el viento, la velocidad, la distancia, la luz... todo. No se puede dejar nada de lado.

—Ya veo por qué te inclinaste hacia ellos —susurró Syd—. Siempre pensando.

—El hombre que fundó y dirigía mi escuela de tiro era un capitán de la Marina llamado Jim Land —dijo Dar—. Después de la guerra, leí algo que Land escribió en un manual de instrucciones para tiradores llamado *Un disparo, un blanco*. ¿Quieres oírlo?

—Sí —susurró Syd—. Más ternezas, por favor.

Dar sonrió.

—El capitán Land escribió: «Estar solo requiere un valor especial... quedarte a solas con tus miedos, con tus dudas. No se puede extraer fuerza de nadie, excepto de uno mismo. Ese valor no es el que se suele ver, de tipo más superficial, estimulado por el flujo de la adrenalina. Y tampoco es el valor que procede del miedo de que otros piensen que eres un cobarde».

—La katalépsis —susurró Syd—. Ya me habías hablado de eso.

—Sí —dijo Dar, y continuó—: Para el tirador no existe el odio al enemigo, sólo el respeto de ese mismo enemigo como presa. Psicológicamente, el único motivo que sostiene al tirador es saber que está realizando un trabajo necesario y tener la confianza de que es la persona más adecuada para hacerlo. En el campo de batalla, el odio puede destruir a cualquier hombre... especialmente a un tirador. Matar por venganza al final consigue destruir la mente.

»Cuando uno observa a través de la mira telescópica, lo primero que ve son los ojos. Existe una gran diferencia entre disparar a una sombra, a una silueta, y disparar a unos ojos. Resulta sorprendente que cuando uno consigue enfocar a alguien con esa mira, lo primero que salta a la vista sean los ojos. Hay muchos hombres que no pueden hacerlo...

—Pero tú sí que lo hiciste —dijo Syd—. En Dalat. Tú miraste a unos ojos humanos y sin embargo disparaste el gatillo. Y ése ha sido el secreto de tu supervivencia a lo largo de todos estos años.

—¿Cuál? —dijo Dar.

—El control —dijo Syd—. La persecución constante de la aphobia... evitar la posesión a toda costa.

—Quizá —exclamó Dar, a quien incomodaba el sicoanálisis y la palabrería que lo suele acompañar—. No siempre he tenido éxito.

—El proyectil del 410 con la marca del percutor —dijo Syd.

—Un fallo —accedió Dar—. Eso fue once meses después de que murieran Barbara y el niño. Me pareció... lógico, en aquel entonces.

—¿Y ahora?

—No es tan lógico —dijo. Se volvió y la estrechó entre sus brazos. Se besaron. Entonces Syd apartó la cara lo suficiente para clavar su mirada en la de él.

—¿Puedes hacer algo por mí mañana, Dar? ¿Algo especial...?

—Sí—dijo él

—¿Me llevarás a un vuelo sin motor?

Dar se volvió a morder el labio inferior.

—Ya has volado. Te subiste al planeador de Steve... Sabes que el mío sólo tiene un asiento y...

—¿Me llevarás a planear mañana, Dar?

—Sí —dijo él.

«U de ultrarrápido»

Primero, fue el silencio.

El Twin Astir de dos personas se deslizó por el aire tan silenciosa y resueltamente como un halcón de cola roja, planeando y elevándose sobre invisibles corrientes de aire caliente. El único sonido externo era el suave susurro del aire sobre la piel de metal y lona del avión, y como su velocidad era lenta, apenas producía sonido. Cuando hubieron subido a ocho mil pies de altura, Dar hizo que ambos se pusieran las máscaras de oxígeno, y se inclinó hacia adelante para comprobar que la de Syd funcionaba correctamente. Como llevaban las máscaras, no podían hablar. Sólo el suave silbido del oxígeno servía de trasfondo al movimiento del aire en el exterior.

En segundo lugar, estaba la luz del sol.

Era un día radiante, con un cielo azul, sólo unas pocas nubes lenticulares por encima de los promontorios a sotavento de los altos picos; la visibilidad perfecta, aparte de esto. La luz del sol formaba prismas en la limpia bóveda celeste, que ofrecía una visión de 360 grados desde los doce mil pies. Hacia el oeste, más allá de los riscos y las montañas y las hondas fallas, relucía el Pacífico. Hacia el sur y el este ardía el brillo del desierto y el mar de Salton. Fácilmente visible hacia el norte se encontraba el banco de niebla contenido por las colinas del este de Los Angeles, y la gran extensión roja de Baja fluía hacia el sur, más allá de los bancos de niebla, por encima de Tijuana y Ensenada.

En tercer lugar, estaba la proximidad.

Si no hubiera sido por las tiras de sus arneses, Dar podría haberse inclinado hacia adelante por encima de la consola de instrumentos trasera y pasar ambos brazos alrededor de Syd. Dar notaba el olor del champú cuya espuma él mismo había ayudado a extender aquella mañana en el pelo de Syd. Recordaba el agua y el champú bajando por sus hombros y sus pechos cuando él le aclaró el pelo y le quitó el exceso de agua, con las burbujas del jabón brillando sobre sus pechos y sus pezones a la luz de la mañana..

Dar meneó la cabeza y se concentró en el vuelo del planeador.

Cuando llegaron al aeródromo de Warner Springs aquella mañana, Steve se quedó muy sorprendido pero se sintió feliz de alquilarle a Dar su Twin Astir (aunque no aceptó cantidad alguna por el alquiler), y Ken se quedó muy sorprendido también de ver a Darwin Minor allí con una mujer.

Dar había realizado una larga inspección previa al vuelo del biplaza, y luego él y Syd repasaron las características del paracaídas por tercera vez.

—Steve no me obligó a llevar paracaídas —dijo Syd.

—Ya lo sé —accedió Dar—, pero si vuelas conmigo, tienes que llevar uno de éstos.

Su viejo paracaídas había sido doblado cuidadosamente, y él lo ajustó y tiró de las correas hasta que quedó perfectamente adaptado a la medida de Syd. La mañana iba pasando y hacía más calor

cada vez mientras Dar iba repitiendo las instrucciones una y otra vez: cómo deshacerse del avión, tirar del cordón de apertura, controlar los elevadores, soltar aire del paracaídas para cambiar de dirección, doblar las rodillas al tomar tierra y otros inquietantes detalles.

Finalmente, Syd quiso saber:

—¿Has saltado alguna vez de un planeador?

—Nunca —respondió Dar.

—¿Has usado alguna vez en tu vida un paracaídas?

—Una vez, hace unos diez años —confesó Dar—. Sólo fue un lanzamiento de prueba, para ver si era capaz de hacerlo en caso de necesidad.

—¿Y qué?

—Me asusté de muerte, la verdad —dijo Dar, con toda sinceridad, y luego empezó a repasar las instrucciones otra vez.

Discutieron un poco acerca de si Syd debía llevar su Sig semiautomática y la munición en el cinturón. Dar señaló que no había necesidad de llevar armas de mano en un viaje en planeador, y que la pistolera, el arma y los tres cargadores envueltos en cuero interferirían con el arnés del paracaídas y los cinturones de seguridad. Syd indicó que ella era una agente de la ley, y que tenía la obligación oficial de llevar el arma en todo momento. Dar rebatió aquel argumento advirtiéndole que las armas se podían convertir en un verdadero tormento al cabo de media hora de estar en el aire.

Él se llevó el oxígeno porque Ken y Steve estaban entusiasmados sobre las posibilidades que presentaba el día para realizar un vuelo en ondulatoria (el medio más espectacular que tenía un planeador para ganar verdadera altura), y le costó unos minutos más dar instrucciones a Syd de cómo guardar el pequeño bote de oxígeno y usar señales para comunicarse cuando la mascarilla impidiera la conversación.

—Un asunto importante —había dicho Dar cuando el avión de remolque de Ken empezó a llevarles hacia el oeste en la brisa—. Si tenemos que usar el oxígeno, no vomites con la mascarilla puesta.

—¿Y qué hago si me mareo?

—Hay una bolsita metida en el lado derecho de tu asiento, ahí. Te quitas la mascarilla, vomitas en la bolsa y luego te la vuelves a poner.

—Maravilloso —dijo Syd cuando el Twin Astir alzó el vuelo—. Realmente haces que me sienta ansiosa por emprender este vuelo.

Syd no mostró señal alguna de mareo durante el vuelo. De hecho, se mostró eufórica cuando les remolcaron hacia el oeste, hacia las montañas, en el llamado claro Föhn, un remolino de aire que subía en espiral, entre las nubes lenticulares y las montañas, y les soltaron en el lado que estaba contra el viento. Dar hizo que planeasen en torno al claro y luego volvieron, usando el remolino como si ascendieran por una ladera y un ascensor invisible, que era la fuerza de sustentación, les levantara en repetidos pases.

Había tenido mucho cuidado de señalar que aunque el día era hermoso y claro, podía haber muchas turbulencias al entrar en el remolino.

—¿Las nubes deben hacer eso? —le había preguntado ella por encima del hombro, mirándolas recelosa mientras el Twin Astir parecía iniciar un rizo al intentar moverse por el aire.

—Desde luego que sí —dijo Dar—. Si no se doblan de ese modo, se rompen. Es mucho mejor que se doblen.

Habiendo examinado el frente ondulatorio a través de sucesivas aproximaciones, Dar voló de nuevo a través de la turbulencia de las nubes externas y encontró el verdadero centro de la fuerza ascensional. Después, el trayecto fue suavísimo y silencioso, y verdaderamente impresionante.

—Dios mío —exclamó Syd—. Es como ir en un ascensor.

—Es eso justamente —dijo Dar.

—Pero no parece que nos estemos desplazando en absoluto en relación con la tierra, con la montaña —dijo Syd.

—Ahora mismo no nos desplazamos —explicó Dar—. El viento es lo bastante fuerte para levantarnos, pero nuestra velocidad de suelo es cero. Tendré que dar otra vuelta y pasar dentro de un minuto o nos volveremos a ver arrastrados hacia esas nubes lenticulares y perderemos la fuerza ascensional... pero por ahora, estamos en un equilibrio perfecto.

Syd respondió pasando la mano hacia atrás por encima del asiento y la consola baja de Dar. Él dudó sólo un segundo y en seguida la cogió y la apretó.

A ocho mil pies Dar hizo que ambos se pusieran la mascarilla de oxígeno, sólo por precaución.

Continuaron con el suave deslizamiento arriba y abajo, dando vueltas hacia la derecha, y luego se quedaron colgados en la fuerza ascensional como un halcón sostenido por una invisible columna de aire caliente, contemplando cómo el cielo se ponía cada vez más azul y el horizonte se iba ensanchando.

Dar trazó un mapa tridimensional mental de los espacios aéreos con y sin control de aquella parte de California, que iban desde la clase A a la clase G, y dedujo que se encontraban en un espacio E. Eso significaba que estaban dentro de un espacio aéreo controlado, pero no cerca de ninguna torre de control, utilizando sólo las normas de control visual de los vuelos. Podían subir hasta un techo de 18.000 pies por encima del nivel de mar, que era donde empezaban las rutas de los aviones comerciales. Niveló el planeador al salir del remolino a 14.500 pies sobre el nivel medio del mar y amplió los círculos que describían incrementando la velocidad del aire para mantener la altura.

Dar hizo que Syd cogiera el mando delantero y controlase el avión durante un rato, enseñándole a dar lentas vueltas sin entrar en pérdida ni bajar demasiado.

Syd se soltó la mascarilla y preguntó:

—¿Podemos hacer alguna acrobacia?

Dar frunció el ceño pero se bajó también la mascarilla, notando la mordedura del frío del aire.

—¿Acrobacias aéreas?

—Sí, eso —dijo Syd—. Steve me ha dicho que sabes hacer rizos, tirabuzones, todas esas cosas, con este tipo de planeador.

—No creo que te gustara —dijo Dar.

—¡Pues claro que sí! —protestó ella.

—Vuélvete a poner la mascarilla —indicó Dar—. Te vas a poner hipóxica, creo. —Pero añadió—: Y agárrate... pero no a los mandos. Aparta los pies de los pedales.

Estaban todavía en la zona de elevación, derrapando de una forma bastante acusada mientras Dar mantenía el morro del Twin Astir hacia la brisa, y entonces bajó el morro para ganar algo de impulso. Sin dar ninguna advertencia más, usó los alerones para realizar un tirabuzón con el planeador, mientras simultáneamente, con el timón y los elevadores, mantenía el morro del Twin Astir dirigido hacia un punto que se encontraba justo por encima del horizonte. El planeador se recuperó a la perfección apuntado de forma exacta hacia donde él lo había dirigido.

—¡Guau! —exclamó Syd—. ¡Otra vez!

Dar meneó la cabeza. Consciente de que estaba presumiendo delante de ella («ante una chica», pensó), peraltó hacia la derecha, dejó caer el morro por debajo de la línea del horizonte para ganar velocidad, aplicó una continua elevación mientras iba girando los alerones y el timón y realizó un tonel de 360 grados con el Twin Astir, volando en una hélice descendente en torno a un invisible eje horizontal. El cielo y la tierra cambiaron sus respectivos lugares, una, dos, tres, cuatro veces.

Dar volvió a nivelar el aparato, comprobó la altura, echó una mirada a las superficies de control y trasteó con el anillo MacCready en torno al variómetro para estimar cuál sería el mejor momento de tránsito para pasar a la siguiente corriente térmica.

—¡Más! —gritaba Syd.

Dar levantó el morro del aparato hasta que el planeador perdió elevación y ángulo de ataque y cayeron en picado. El efecto fue más o menos el mismo que caer por el hueco vacío de un ascensor. El morro iba cayendo y el Twin Astir se precipitó directamente hacia la tierra, ahora a unos diez mil pies por debajo de ellos. Era como si alguien hubiese cortado las cuerdas que les sujetaban en el aire y el elegante planeador se hubiese convertido en un simple trozo de metal y tela inútil, desplomándose como un cajón de aluminio que se deja caer desde un avión de carga.

Syd lanzó un chillido y Dar se sintió culpable un momento hasta que comprendió que el grito era de pura emoción, y no de terror. Se aflojó la mascarilla y dijo:

—Tendrás que sacarnos tú de esto.

—¿Cómo?

—Empuja el mando hacia adelante.

—¿Hacia adelante? —gritó Syd, a través de la mascarilla—. ¿No hacia atrás?

—No, seguro, hacia atrás no —dijo Dar—. Hacia adelante. Al principio, suave.

Syd empujó el mando hacia adelante, las superficies de las alas empezaron a encontrar elevación y, suavemente, bajo la guía de Dar, ella les fue sacando del picado hasta que el variómetro les indicó que ya no perdían más altura.

—Este truco tan tonto se llama «caída de alas» —dijo Dar.

Cogió los controles, le dijo a Syd que se agarrara y luego subió el morro hasta una posición empinada, casi imposible. Su velocidad se redujo fuertemente. Justo en el momento antes de entrar en

picado, Dar aplicó todo el timón a la guiñada, imprimió un brusco giro de 180 grados al Twin Astir, apuntó con el morro casi directamente hacia abajo para coger velocidad y finalmente devolvió el planeador a su posición normal y tranquila.

—¡Otra vez! —gritó Syd.

—No, no, ya vale —dijo Dar. Se quitó la mascarilla y cerró el regulador—. Todas estas tonterías nos han hecho bajar hasta los ocho mil pies. Ya puedes quitarte la mascarilla y cerrar el oxígeno.

Syd lo hizo, pero rogó:

—Va, hagamos un rizo.

—No, no te gustará —dijo Dar, sabiendo perfectamente que le encantaría.

—Por favor...

Antes de que Dar pudiera responder, un helicóptero blanco Bell Ranger apareció rugiendo a quince metros de donde ellos se encontraban, por estribor, y se quedó a su misma altura.

—¡Imbécil! —empezó a exclamar Dar, y luego se calló al ver que las puertas traseras no existían y que un hombre con traje oscuro estaba agazapado en la abertura. Entonces vio brillar el cañón de un arma, y las balas empezaron a incrustarse en el planeador, justo detrás de la cabina.

Dar había escuchado incontables grabaciones sonoras de las cabinas (la cinta sin fin de quince minutos de las llamadas «cajas negras», que en realidad son de color naranja) y en una inmensa mayoría de accidentes aéreos mortales, la última palabra del piloto o del copiloto era «¡mierda!» o cualquier otro exabrupto selecto. Dar sabía, por el tono de las palabrotas, que no eran exclamaciones de protesta por la muerte inminente, sino un lamento profesional de rabia y frustración por la estupidez propia por haberse metido en aquel problema o no ser capaz de resolverlo. Por matar a todos los que iban a bordo.

—Mierda —dijo Dar, mientras bajaba el morro y viraba el planeador hacia la izquierda, perdiendo altura mientras tanto. Lo niveló varios metros por debajo del helicóptero, pero éste voló hacia adelante y dio una vuelta de 180 grados, rugiendo al volver a acercarse a menos de veinte metros del Twin Astir, y el hombre que iba detrás disparó al pasar junto al planeador. Dar había pisado los frenos y el Twin Astir cayó en picado (simplemente, se dejó caer) y las balas pasaron por encima de la cabina,

Syd se las había arreglado para sacar la Sig-Sauer de 9 milímetros de entre las tiras y arneses y trataba de asomarla por la pequeña portezuela deslizante que servía de ventilación.

—¡Maldita sea! —dijo cuando vio al helicóptero pasar junto a ellos y dar la vuelta en un remolino para atacar desde la parte de atrás—. ¡Ese tío de atrás tiene un AK-47! —gritó.

Syd abrió la ventanilla de la derecha.

—¡No puedo apuntar por estas absurdas ventanillas tan pequeñas sin desatarme!

—¡No, no te desates! —dijo Dar. Intentaba pensar desesperadamente, encontrar una ventaja. «¿Qué ventaja puede tener un planeador sobre un helicóptero que va a trescientos kilómetros por hora?», se dijo. El planeador podía rizar el rizo, cosa que no podía hacer ningún helicóptero... «Qué maldito apuro», pensó Dar. El Twin Astir podía realizar un bonito rizo a baja velocidad mientras el Bell

Ranger volaba en círculos alrededor, disparando hasta hacerlos trizas.

«¿Algo más? Bueno —pensó Dar—, podemos volar muchísimo más despacio que ellos... pero ellos pueden quedarse inmóviles en el aire, mierda».

El Bell Ranger venía otra vez por su costado izquierdo. Dar veía que sólo había dos ocupantes: el piloto en el lado derecho, delante, y el hombre del traje, con un rifle de asalto AK-47, efectivamente, en la parte de atrás, con ambas puertas desmontadas. El hombre parecía llevar una especie de arnés de seguridad y se deslizaba con toda facilidad en el asiento de atrás, de una puerta del helicóptero a la otra.

Dar esperó hasta el último segundo, cayó en picado para ganar velocidad y rizó el rizo con el Twin Astir, mientras entraban en la turbulencia del claro Föhn que producía el rotor vertical.

«Demasiado tarde», pensó Dar mientras oía al menos otros dos disparos en algún lugar detrás de ellos.

Mientras subían y realizaban el rizo, Syd agarrando la semiautomática con ambas manos, Dar se preguntó si los impactos que habían recibido serían graves. Ninguna de las balas había penetrado todavía en la cabina. El planeador no tenía motor que destruir, ni tanque de combustible que pudiera incendiarse, ni cables hidráulicos que cortar, pero su sencillez también implicaba que cualquier impacto en el cable de control podía desestabilizarlos. Una bala en los alerones podía hacer que Dar perdiera totalmente el control. Incluso las balas que habían pasado a través del fuselaje, aparentemente inofensivas, en realidad estropeaban el flujo del aire que acariciaba la suave superficie del planeador, entorpeciendo el control.

Dar siguió con el rizo, y vio que el Bell Ranger se mantenía inmóvil a unos cien metros al oeste, esperando que ellos recuperaran el nivel del vuelo. En lugar de salir del rizo, Dar mantuvo el morro bajo y lo dirigió hacia el suelo.

«Es un error», pensó, contemplando cómo el altímetro iba bajando con asombrosa velocidad. Su instinto le había dictado que hiciera bajar el planeador hacia aquellos cañones y desfiladeros, usando los riscos para coger altura, y tratara de interponer alguna cosa (una colina, una montaña, árboles) entre ellos y los que les disparaban. Pero tan pronto como vio que la altura se situaba por debajo de los mil pies, comprendió que había cometido un error... que podía resultar fatal.

No era un avión normal lo que les perseguía. Aquel maldito aparato giraba sobre su propio eje mientras seguía volando hacia adelante, y podía peraltar tan agudamente como el Twin Astir quedarse inmóvil mientras el planeador llegaba a entrar en barrena.

Pero Dar ya estaba decidido. Miró por encima del hombro

El Bell Ranger estaba inmóvil por encima y por detrás de ellos, un ave de rapiña esperando a que su víctima acabase sus contorsiones para abalanzarse sobre ella.

Dar estaba empezando las contorsiones. Voló bajo a través de un amplio valle, buscando un lugar donde hacer aterrizar el Twin Astir, seguro de que tendrían más oportunidades en el suelo que en el aire. No había praderas. Tampoco laderas abiertas. Todo eran árboles, rocas y riscos.

El helicóptero se inclinó hacia adelante en un agudo ángulo delante de ellos, con los rotores brillantes.

—¿Podemos abrir esta cubierta? —gritó Syd—. Tengo que disparar.

—No —dijo Dar. Dirigió el planeador directamente hacia una pared de roca, encontró la cálida corriente ascendente a unos diez metros de las rocas y peraltó con fuerza hacia la izquierda, trepando en la corriente de aire.

El helicóptero giró también con toda facilidad, se puso al mismo nivel que ellos y voló a su lado, a una distancia que quedaba justo fuera del alcance del rotor. Dar vio sonreír al hombre de atrás al levantar el AK-47.

—¡Tony Constanza! —dijo Syd. Se había soltado el arnés lo suficiente para inclinarse hacia adelante y sacar la boca de la Sig Sauer por la abertura de ventilación.

Constanza disparó la automática mientras Dar hacía bajar el morro del planeador, apuntando hacia los riscos.

Una bala dio en el morro del Twin Astir. Otra se estrelló en la cubierta transparente, pasó entre las cabezas de Dar y Syd y salió atravesando el plexiglás, por la derecha.

—¿Te ha dado? —gritó Dar.

Antes de que Syd pudiera responder, Dar hizo bajar el morro del planeador sólo a unos centímetros de las copas de los abetos, arrancando las agujas superiores, y luego peraltó agudamente hacia la derecha por el estrecho valle, hacia abajo.

El Bell Ranger ganó altura, pasando el borde de los riscos a metros de distancia, en lugar de centímetros, y luego rugió por encima de ellos y les pasó, dirigiéndose hacia el sur, con el rifle de asalto de Constanza disparando sin parar.

Dar voló más bajo que los árboles, siguiendo un pequeño riachuelo que corría por el centro de una estrecha cañada. Delante de ellos, el helicóptero dio un giro brusco y se quedó quieto, en camino, manteniéndose con la portezuela abierta frente a ellos y la boca del AK-47 lanzando llamaradas.

Dar giró hacia la izquierda y notó dos impactos en el ala derecha. Luego se metió por el hueco que había en el risco del este y que había observado desde arriba. Allí había sustentación, pero no podía permitirse utilizar plenamente la velocidad mientras mantenía el morro bajo y volaba por aquella cañada tan estrecha, con las puntas de las alas del Twin Astir a menos de dos metros de las paredes de roca a cada lado del arroyo.

El Bell Ranger apareció rugiendo tras ellos.

—Tengo que disparar —gritó Syd de nuevo, volviéndose en su asiento con brusquedad. Llevaba el arnés tan suelto que se había visto arrojada hacia atrás y hacia adelante durante los agudos peraltes y la agitada recuperación.

—No —dijo Dar—. Ya estamos empezando a perder el control. Si abrimos la cubierta, la aerodinámica será una porquería.

El helicóptero pasó rugiendo a cuatro veces la velocidad del planeador. Constanza se asomaba hacia afuera, arrojando una lluvia de balas en su dirección, pero no tenía un buen ángulo de tiro.

El planeador se metió en un valle más amplio, justo en el borde de la elevación mayor, casi de vuelta a los montones de nubes lenticulares, y Dar peraltó hacia arriba y a la izquierda. El planeador

dio unos bandazos debido a los efectos de las corrientes cálidas que fluían hacia arriba y les apartaban de las rocas, y se encontraron por encima de los riscos, planeando a mil pies por encima de un valle amplio que iba descendiendo.

—Así no podemos seguir —dijo Dar a Syd—. Tenemos que ganar altura.

—Ya teníamos altura —dijo Syd, todavía con la pistola de 9 milímetros sujeta entre ambas manos—. Y has bajado hasta aquí

—Ya lo sé —exclamó Dar—. La he jodido.

Dar llevó el planeador hacia las potentes corrientes verticales, más cerca de la cresta de la montaña, justo cuando el Bell Ranger realizaba otro barrido. Constanza se asomaba ya de nuevo sujeto con el arnés de seguridad, disparando sin cesar las balas brillantes a la luz del sol. Los disparos dieron en la cola del Twin Astir y Dar notó que los controles ya no respondían bien. Otra bala se estrelló en la cubierta transparente justo detrás de la cabeza de Dar. Este hizo bajar el morro de forma acusada, perdiendo velocidad y ganando altura a medida que entraba en los turbulentos bordes de la columna de aire ascendente, y otra bala dio en el relleno de su asiento.

«¿O ha sido en mi paracaídas?», se preguntó Dar, sabiendo ya lo que iba a hacer.

—¿No te ha dado? —volvió a preguntarle a Syd mientras subían en espiral, con el altímetro y el variómetro girando en la dirección de las agujas del reloj a medida que ganaban altura rápidamente por la fuerza ascensional del remolino. La velocidad de tierra del planeador disminuyó prácticamente del todo mientras se dirigían otra vez hacia el oeste llevados por la fuerza del viento, subiendo como un gorrión presa del pánico mientras el helicóptero iba rugiendo en torno a ellos en una hélice cuidadosamente coreografiada.

Los ojos de Dar estaban clavados en el instrumental. Necesitaba una altura de al menos cinco mil pies por encima del nivel del suelo para que su plan (si es que se podía llamar plan a aquello) tuviera una mínima posibilidad de funcionar. Resultaba obvio que el helicóptero no iba a darles el tiempo suficiente para ello. El Bell Ranger se acercaba más y más, el tirador se asomaba en esta ocasión por el lado izquierdo, y ambos aparatos iban subiendo en una lenta espiral hacia la izquierda.

Syd se soltó más los arneses, se inclinó hacia adelante para poder coger ángulo a través de la estrecha ventanilla y disparó cinco veces al helicóptero.

Dar vio saltar las chispas en la parte delantera del fuselaje, y luego vio cómo Tony Constanza se metía entre las sombras del asiento posterior. Dar podía ver al robusto pistolero gritarle al piloto.

El Bell Ranger peraltó hacia la derecha y pasó por encima de ellos, rugiente, formando una espiral en el sentido contrario a las agujas del reloj. Sabían que Dar tendría que nivelar la altura en algún punto. Entonces ellos aparecerían desde la parte trasera o por encima... en algún ángulo desde el que Syd no pudiera dispararles sin atravesar primero la cubierta transparente del Twin Astir.

—¡Ponte bien los arneses! —gritó Dar, y luego le explicó lo que pensaba hacer.

Syd volvió la cara hacia él. Tenía la boca abierta de par en par.

—Me tomas el pelo.

Dar meneó la cabeza.

—Agárrate.

El planeador se inclinó hacia la derecha en el borde exterior del claro Föhn de la corriente térmica. Los vientos eran más fuertes, y el calor del mediodía había incrementado la intensidad de la poderosa corriente ascendente térmica, pero Dar no estaba seguro de si la creciente turbulencia que encontraban provenía de la fuerza ascensional o de los daños en el fuselaje y el control de superficie de su aparato. No importaba. El bonito avión de dos plazas de Steve sólo tenía que aguantar unos pocos minutos más.

El Bell Ranger se les acercó a distancia de tiro, deslizándose hacia un lado como si fuera por encima de unos raíles.

Dar bajó para coger velocidad y luego hizo rizar el rizo al planeador. Mientras pasaban al helicóptero, las balas llovían por la parte de popa del fuselaje como fragmentos de metralla. Dar notó que el timón derecho no respondía, pero todavía mantenía algo de control.

El helicóptero se quedó donde estaba: el piloto sabía que Dar tenía que completar el rizo.

Y así lo hizo, iniciando luego otro rizo interior mucho más amplio. Syd disparó dos veces desde el asiento delantero. Las balas del AK-47 se estrellaron en la consola de los instrumentos de Dar, destrozándola, abrieron cuatro agujeros en la parte superior de la cubierta, a sólo unos centímetros de sus cabezas, y estropearon tanto el morro que el planeador se desvió hacia la izquierda, mientras trataba de remontar el segundo rizo.

El Bell Ranger mantuvo su posición, esperando que Dar volviera a pasar de nuevo.

Justo antes de llegar al punto superior de su rizo, quizás a unos quinientos pies por encima del helicóptero, Dar hizo girar al incontrollable Twin Astir hasta que realizaron un rizo exterior. Notó la fuerza negativa tratando de obligarle a subir y a salir del aparato (la presión del arnés de contención en sus hombros resultaba dolorosa) y oyó jadear a Syd. La visión de Dar se oscureció y luego se volvió roja durante un instante, y luego él obligó al reactivo planeador a nivelar su vuelo y levantó de nuevo el morro.

No quedaba más fuerza ascensional. El Twin Astir se paró del todo y empezó a caer de repente.

Dar bajó el morro lo suficiente para mantener un poco el control. El piloto del helicóptero sin duda estaba contemplando sus absurdas acrobacias, porque dirigió hacia abajo el morro del Bell Ranger y aceleró hacia el valle.

Demasiado tarde. La velocidad de Dar se aproximaba a la velocidad terminal del planeador. Durante unos preciosos y breves segundos, pudo ponerse a la misma velocidad que el helicóptero.

Y lo hizo, atacando el flanco trasero derecho del helicóptero blanco, rojo y azul como si el tambaleante Twin Astir, que daba sacudidas sin parar, fuera un P-51 que venía a por ellos. Por supuesto, Syd no podía disparar hacia adelante debido a la cubierta transparente, y si esperaba hasta acercarse al helicóptero y encontrarse a la altura de éste, el rifle de asalto semiautomático de Constanza les haría pedazos. Ningún artefacto volador ofrece una plataforma estable para un arma, pero al menos el ex matón de la mafia de Dallas Trace tenía la ventaja de poder regar el cielo con balas a mansalva.

Pero Dar no iba a consentir que volviera a tener esa oportunidad.

«¿Qué tenemos nosotros que no tengan ellos?», pensó de nuevo, por enésima vez. Y por enésima vez llegó a la misma conclusión: «paracaídas». Por supuesto, era posible que su paracaídas hubiese resultado hecho jirones por las balas que habían pagado debajo de su cuerpo. Pronto lo iba a averiguar.

Lo que temen los pilotos de los planeadores, más que ninguna otra cosa, es una colisión en el aire. Y ahora él iba a causar una.

Dar, Syd y su frágil y herido Twin Astir bajaron en picado desde lo alto, como el gorrión que ataca al halcón. Si continuaban con aquel deslizamiento, adelantarían al helicóptero durante un instante, al mismo tiempo que se introducían en la sierra circular de quince metros que formaban las hojas del rotor. Eso resultaría fatal para todos. En el último segundo, Dar dejó caer el morro del Twin Astir, abrió los frenos de la velocidad, estabilizó el aparato lo mejor que pudo y se inclinó hacia la izquierda.

El ala izquierda del planeador golpeó el conjunto protegido del rotor. Parte del ala se rompió y se dobló.

Dar inclinó el aparato fuertemente hacia la derecha, luchando con el mando y con los timones. Quizá le quedasen solamente tres segundos más de control.

El planeador se inclinó de nuevo hacia la izquierda. Aquella vez, el ala rota se introdujo en el conjunto del rotor como una tabla de madera se introduce en las hambrientas fauces de una cierra circular. La hoja del rotor estableció contacto con el ala, la fue cortando, se comió literalmente algunos trozos y luego empezó a romperse también y su deteriorado rotor se empezó a separar del aparato

Respondiendo a los imperativos newtonianos, el planeador giró violentamente en el sentido contrario a las agujas del reloj y cayó en barrena. Dar sabía que ningún piloto del mundo podría recuperarse de una caída como ésta. El planeador, que era un modelo de perfección aerodinámica sólo unos minutos antes, ahora se había convertido en un montón de chatarra que caía en picado. Dar perdió de vista el helicóptero y trató de concentrarse en los instrumentos, pero entre las balas que habían atravesado la consola y la velocidad terrible de la caída no conseguía ver nada inteligible. El horizonte, las montañas, los riscos, el desierto, todo giraba a una pasmosa velocidad, pero como Dar y Syd se encontraban en el centro mismo de la masa giratoria, apenas notaban la fuerza centrífuga. Dar no tenía ni idea de si se encontraban a tres mil pies de altura o a treinta por encima del punto de impacto. No se oía ruido alguno, excepto los sonidos como de deshielo que producía el ala izquierda al desgajarse por completo.

Syd luchaba con el cierre de la cubierta, pero al parecer estaba atascado. Dar consiguió soltarse la hebilla del arnés, se quitó las correas y se puso de pie en el planeador que giraba como loco. Sabía que sólo tenía unos segundos para actuar, porque los giros se estaban convirtiendo en una caída libre en la dirección del ala estropeada. Se inclinó por encima del hombro izquierdo de Syd y se arrojó con todo su peso contra el segundo cierre de la cubierta. El plexiglás roto se abrió por completo y de pronto el viento entró frío y rugiente, estrellándose contra la cara y el torso de Dar, y tratando de extraerlo de la pequeña cabina. Dar se agarró a la pequeña consola de instrumentos que tenía enfrente mientras se inclinaba hacia adelante para ayudar a Syd a librarse de los arneses.

—¡No, esas correas no! —chilló por encima del rugido del viento mientras ella continuaba

desabrochándose, como loca—. Ése es el paracaídas.

Syd se detuvo y se puso de pie. Él vio que ella había tenido tiempo suficiente para meter la pistola de nuevo en la funda y asegurar la correa que la sujetaba.

La agarró por la mano derecha, con la que ella se sujetaba al borde de la cabina.

—¡Salta cuando haya contado hasta dos! —gritó él—. ¡Date impulso con fuerza contra el fuselaje...! ¡Tenemos que apartarnos! ¡Uno... dos!

Se arrojaron al espacio. Durante un segundo, Dar vio los brazos de Syd abrirse como las alas de un pájaro, y la sangre latió con fuerza en sus venas al preguntarse si se acordaría de tirar del cordón de apertura. Pero ella ya se alejaba del avión, que había empezado a caer dando vueltas en torno a su eje y se había convertido en una enorme batidora que giraba diez metros por detrás de ellos, y unos segundos más tarde Dar vio abrirse el paracaídas de ella. Tiró también de su anilla, un segundo después.

Sólo después de la sacudida que estremeció su cuerpo al abrirse el paracaídas miró Dar hacia arriba. No vio agujero ni desgarrón alguno en la tela. Sus manos asieron los elevadores y Dar hizo girar el paracaídas hasta que oyó el ruido del descenso del Bell Ranger hacia ellos. Si el piloto había conseguido mantener el control del aparato, Dar sabía que él y Syd podían considerarse muertos.

Pero el helicóptero no estaba controlado... al menos no demasiado. La hoja vertical de cola del rotor había desaparecido casi del todo, y lo que quedaba estaba devorando el conjunto del rotor a grandes bocados. El piloto había apagado el motor, que al parecer humeaba, quizás a causa de uno de los disparos desesperados de Syd, o más probablemente por algún fragmento de metralla que hubiera salido disparado del desaparecido rotor de cola, y trataba de salvar el aparato, intentando que los rotores principales les proporcionaran la altura suficiente para sobrevivir al impacto.

El helicóptero se dirigía recto hacia Syd y él.

A Dar sólo le costó un instante comprender que no se trataba de otro intento de asesinato. Estaba seguro de que el piloto no quería una segunda colisión, especialmente con los cuerpos y la tela del paracaídas enrollándose en los rotores, pero que no podía hacer gran cosa sino procurar controlar el helicóptero mientras se precipitaba hacia el suelo en una espiral enloquecida.

Oyeron un ruido por encima y por detrás de ellos y Dar se retorció en sus arneses para mirar. Se dio cuenta de que tanto vivía si sólo treinta segundos como cincuenta años, nunca olvidaría la imagen que estaba contemplando.

Syd había apartado las manos de los controles del paracaídas y tenía la semiautomática de 9 milímetros firmemente sujeta con ambas manos. Tenía las piernas separadas en la posición de tiro correcta, sólo que un millar de pies por encima del suelo y estaba vaciando el segundo cargador de su Sig en el parabrisas de plexiglás del Bell Ranger.

El helicóptero no le dio a Dar, pero le faltó tan poco que tuvo que encoger materialmente las piernas para evitar el impacto de los rotores. Luego, la pesada máquina continuó su espiral descendente, cada vez más y más rápido.

La pistola de Syd estaba abierta. Dar le vio arrojar el cargador gastado, sacar otro del cinturón y colocarlo en su sitio, mientras el paracaídas de color blanco y naranja iba dando vueltas en espiral por encima de él. Ella estaba demasiado lejos para gritarle, de modo que lo único que podía hacer

Dar era señalar hacia los elevadores, tirar del adecuado para que soltara suficiente aire y le enviara hacia abajo, girando en aquella dirección, y luego señalar hacia una zona de prados sin árboles.

Syd asintió, se enfundó el arma y empezó a tirar de las anillas del elevador, intentando seguir a Dar hacia aquel claro. Luego ambos dejaron de luchar y se quedaron contemplando los últimos segundos del Bell Ranger, a centenares de pies por debajo de ellos.

El piloto era bueno, pero no lo suficiente. Un helicóptero en autorrotación no es más que un enorme peso muerto controlado por una palanca de mando prácticamente inutilizada, pero el piloto consiguió controlar la espiral mortal de modo que no impactaron contra los árboles y siguieron dando vueltas hasta llegar a un claro, y más o menos alinearse con la ladera de la montaña, que formaba una pendiente de treinta grados. Si Dar hubiera pilotado un planeador, habría seguido las orientaciones para los aterrizajes de planeadores fuera del aeródromo e intentado tomar tierra colina arriba, tanto para reducir los giros como para aprovechar el último impulso ascendente que ofrecía ésta, pero la ladera no ofrecía nada al enorme Bell Ranger, y el piloto no tuvo otra elección que posarse en dirección descendente, en un trozo liso, y dejar que los patines de aterrizaje se deslizaran por la superficie como los de un trineo.

Desde varios centenares de pies, arriba en el aire, el prado parecía bastante liso. Dar era consciente de lo engañosa que era esa sensación: seguramente habría piedras de todos los tamaños, barrancos y arbustos tupidos, e incluso obstáculos mayores. Fuese lo que fuese lo que topó con el Bell Ranger, el caso es que el golpe fue contundente, la parte delantera de los patines de aterrizaje se clavó en el suelo y el helicóptero dio una vuelta de campana al momento. Los rotores golpearon en el suelo un segundo después y enviaron una nube de polvo por el aire.

A través de la nube de polvo, Dar veía el Bell Ranger dando vueltas de campana. La estructura de cola se partió y se separó, la burbuja de la cabina de mando estalló y se hundió hacia adentro. El sonido, audible desde allí, resultaba terrorífico, aunque estaban a más de sesenta metros por encima. Luego la masa de retorcidos hierros del fuselaje se detuvo al chocar con dos rocas más grandes, un centenar de metros colina abajo. Se oyó un ruido más apagado hacia el sur y Dar se contorsionó y dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo la mole destrozada del Twin Astir desaparecía entre los altos pinos, a varios centenares de metros de distancia.

Dar se concentró en intentar aterrizar suavemente, mostrándole a Syd cómo hacerlo con su ejemplo. No fue un buen ejemplo, la verdad. Acabó dándose un buen golpe con un sauce en la entrepierna y viéndose catapultado entre los matorrales, y acabó echado boca arriba con el paracaídas que le arrastraba por la colina. Syd aterrizó con toda suavidad unos metros más arriba... de pie. Dio un par de saltos y se quedó quieta, algo aturdida al parecer, pero de una pieza.

Dar luchó para desembarazarse de su arnés y se puso de pie para ayudarla a quitarse todos los aparejos antes de que el viento la arrastrara por la colina. De pronto, todo empezó a darle vueltas de nuevo. Decidió sentarse un momento hasta que el movimiento se detuviera, y en cuanto se dejó caer, apareció Syd sin arneses, y le ayudó a desenredarse los pies de entre la tela del paracaídas que se arremolinaba en torno a él.

—Vamos —dijo ella, y los dos empezaron a bajar hacia el lugar donde se encontraban los restos del Bell Ranger.

Syd hizo una pausa para mirar la estructura de cola y el rotor destrozado, que tenía todavía

enredados trozos del ala de su planeador, pero Dar bajó corriendo de forma bastante patosa los últimos metros. Notaba el áspero hedor del fuel de aviación en la brisa, y sabía que si algo llegara a incendiar la cabina de los pasajeros, cualquier superviviente del choque habría sobrevivido en vano.

La cabina estaba completamente destrozada. El piloto estaba muerto, todavía en su asiento, sujeto por los arneses, destripado y casi decapitado por el plexiglás retorcido y el suelo metálico. Dar no veía el asiento de atrás. El combustible fluía libremente del aparato accidentado. Se subió a los patines del aparato vuelto del revés y se quedó de pie sobre la cabina principal, mirando hacia abajo, al asiento trasero. Constanza no estaba en él.

—¡Dar! —chilló Syd, desde una distancia de veinte metros colina arriba, y luego se calló.

Tony Constanza salía tambaleándose desde detrás de una de las piedras más grandes. Estaba maltrecho y ensangrentado, con la chaqueta y la camisa del traje casi arrancadas de cuajo, pero todavía apuntaba a Dar con su rifle AK-47.

—¡Quieto! —gritó Syd, agachándose y apuntándole con la pequeña Sig-Sauer.

Constanza le dirigió una rápida mirada. Estaba a menos de tres metros de Dar y el arma automática Kalashnikov estaba apuntada a su pecho.

«Puedo reducirle», se dijo Dar, confusamente. «No, no puedes, gilipollas», fue la clara respuesta mental.

—¿Qué, me vas a matar con esa cosita desde ahí lejos, zorra?

—gritó Constanza—. No antes de que corte en dos a este cabrón. Tira el arma, puta.

Al oír aquella palabra Dar casi saltó. El AK-47 le mantuvo quieto en su sitio.

Syd bajó el arma.

—¡No! —gritó Dar.

—¡He dicho que la tires, so zorra! —gritó Constanza, levantando la boca del rifle de asalto y apuntándolo a la cara de Dar.

Syd levantó de pronto la Sig-Sauer y disparó tres veces. Los disparos sonaron tan juntos que casi le parecieron a Dar uno solo. La primera bala voló la rodilla izquierda de Tony Constanza y la convirtió en un jirón de carne roja y blancas astillas; la segunda le dio más arriba en la pierna izquierda; la tercera en la nalga izquierda, haciéndole girar sobre sí mismo.

El AK-47 vació la mitad de su cargador en el suelo.

Dar saltó hacia atrás y le dio una patada al arma. Syd bajó la colina a grandes zancadas, manteniendo todo el camino la pistola apuntada hacia el hombre que rodaba y chillaba.

—¡Ayudadme, cabrones! —decía Constanza, que fue rodando hasta que se detuvo—. ¡Me has volado las pelotas, puta!

—No creo —dijo Syd. Le dio una patada en el vientre y le apuntó con la pistola en la parte de atrás de la cabeza mientras, con manos expertas, le cacheaba y le tiraba de las muñecas hacia atrás para esposarlo.

—Syd —dijo Dar, bajito—. ¿En Quantico no te enseñaron a apuntar al centro de la masa corporal a

esa distancia con una pistola?

—Por supuesto que sí —replicó la jefa de investigadores—. Pero a este cabrón lo necesitamos vivo. —Se enfundó de nuevo el arma—. ¿Es la única forma que conoces de tratar a los malos? —preguntó entonces—. ¿Cargártelos?

Dar se encogió de hombros.

—Sí, es lo que mejor sé hacer —se arrodilló junto al hombre que gimoteaba—. Se va a desangrar por la herida esa del muslo y se morirá —dijo Dar—, si no hacemos algo.

—Sí —accedió Syd, sin mostrar emoción visible alguna en el rostro.

Dar sujetó a Constanza mientras Syd le quitaba el cinturón y lo ceñía apretadamente por la parte superior del muslo, usándolo como torniquete. El hombre chilló cuando Syd apretó fuerte el cinturón, y luego se desmayó.

Dar se sentó pesadamente en la hierba seca.

—Se desangrará y morirá antes de que nos encuentren. Pasarán horas antes de que Steve o Ken empiecen a preocuparse

Syd meneó la cabeza.

—A veces, Darwin, querido, eres un poco pretecnológico. —Sacó el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó un número—. Warren —dijo—. Jim.. Soy Syd Olson. Sí. Tenemos a Tony Constanza, pero está bastante malherido. Si le queremos como testigo principal, será mejor que mandéis un helicóptero médico a... —bajó el teléfono—. ¿Dónde demonios estamos, Dar?

—En la cara este de Monte Palomar —dijo Dar—. A la altura de los cuatro mil pies, más o menos. El helicóptero tiene una caja de bengalas de colores en la parte de atrás... Dile a Warren que dispararemos una cuando oigamos el sonido del helicóptero.

—¿Lo has oído todo, Jim? —dijo Syd—. Bien. Sí... Esperamos. —Miró a Dar—. Van a enviar un helicóptero médico de la Marina, de Twenty-nine Palms.

—Dile que esta zona está infestada de serpientes de cascabel —dijo Dar.

—Esperamos —repitió Syd—, pero Dar dice que esta montaña está a tope de serpientes de cascabel, así que por favor, díles a los marines que muevan el culo si quieres tener vivos al testigo y a los que lo han apresado —y colgó.

Se miraron el uno al otro, luego al pistolero inconsciente y luego de nuevo entre sí. Ambos estaban empapados de sudor, amoratados por los golpes, rojos de la sangre que brotaba de pequeños cortes y heridas, y cubiertos por una costra de polvo. De pronto, se sonrieron.

—Dios mío, qué guapo eres —dijo Syd.

—Justamente iba a decirte lo mismo a ti —replicó Dar.

Y se abrazaron y se besaron tan apasionadamente que casi despertaron al inconsciente pistolero.

Casi.

«V de vencer»

Dar fue invitado a asistir a las detenciones, pero declinó el honor. Tenía cosas que hacer. Oyó los detalles posteriormente.

En Inglaterra, le explicó después Syd, la policía prefiere esperar a que un sospechoso entre en su casa antes de realizar una detención. Existen menos probabilidades de que haya violencia y de que resulten heridos espectadores inocentes. En Estados Unidos, por supuesto, ocurre justamente lo contrario. Con demasiada frecuencia, en Estados Unidos la propia casa es un arsenal y una fortaleza. Los policías americanos prefieren realizar las detenciones en lugares públicos o semipúblicos, aunque controlados, donde el sospechoso, como último recurso, puede ser vencido gracias a una mayor potencia de fuego. La excepción en este caso iba a ser el rancho donde se sabía que los cinco rusos (incluidos Zuker y Yaponchik) se encontraban escondidos y donde el FBI quería atraparlos por sorpresa y vencerlos por la fuerza.

El FBI reclamó su prioridad y su jurisdicción en las redadas que se llevaron a cabo el jueves por la mañana, y como habían muerto tres de sus agentes, nadie se lo discutió. El agente especial Howard Faber de Los Ángeles dirigió personalmente el equipo táctico de dieciocho agentes equipados con cascos y chalecos de Kevlar y armados con metralletas que se dirigió hacia la torre Century City a las 6:48 de la mañana, hora del Pacífico. A James Warren le habría gustado también estar allí, pero se había hecho cargo de la operación de vigilancia y detención de los hombres de la mafia rusa aislados en un rancho, cerca del circuito de Santa Anita. La jefa de investigadores Sydney Olson también se puso un chaleco de Kevlar con la inscripción «FBI» en brillantes letras amarillas, y actuó segunda en mando a las órdenes de Faber en el asalto contra Trace. Como los demás, llevaba unametralleta Heckler & Koch MP-10.

Dallas Trace estaba en su programa en directo de la CNN, *Ha lugar la protesta*, como de costumbre a las diez de la mañana Hora de la costa este. El agente especial Charles Faber y cada uno de los jefes de su equipo táctico llevaban un diminuto monitor de televisión y fueron comprobando cómo pasaban los títulos del programa, terminaba la música de la cabecera y el presentador de Nueva York (otro antiguo abogado defensor) anunciaba el tema del día y daba la bienvenida a su amigo y colega de California, el famoso abogado defensor Dallas Trace. El abogado de pelo plateado estaba en su lugar habitual detrás de su escritorio, retrepado en su sillón de cuero, con su habitual chaqueta de piel de búfalo, y a través de las ventanas que tenía detrás se vislumbraba la neblinosa mañana de Los Ángeles.

Diez de los agentes del equipo táctico del FBI irrumpieron en la oficina, sacaron a las secretarias madrugadoras, los jóvenes abogados y las recepcionistas de sus cubículos y los reunieron a todos en la sala de recepción exterior, donde dos agentes vestidos con un Kevlar negro hacían guardia. Habiendo aseguado los vestíbulos y las oficinas, dos de los agentes abrieron entonces de una patada la puerta de la sala de conferencias que servía como camerino durante las retransmisiones televisivas. Tres de los cuatro guardaespaldas americanos del abogado Trace se encontraban allí sentados, contemplando el monitor, bebiendo café y devorando dónuts. Se quedaron mirando el

equipo táctico con la boca abierta, sorprendidos, y al momento se encontraron tumbados en el suelo, con las manos detrás de la cabeza, siendo cacheados con brusquedad por los miembros del equipo del FBI. Cada uno de los guardaespaldas llevaba al menos un arma de fuego, y el más grandote y duro del grupo llevaba una segunda pistola en una funda a la espalda y un diminuto revólver en el tobillo. Dos de los tres llevaban también unas navajas de hoja larga que estaba prohibido llevar por la calle.

Observando su monitor portátil, seguro de que no se había oído nada en el despacho de Trace, Faber, tres de sus agentes con H&K MP-10 y Syd esperaban en el exterior de la oficina del abogado.

Dallas Trace estaba diciendo, con su acento arrastrado:

—... y si yo hubiera sido el defensor de esos pobres, perseguidos, acosados y hostigados padres, que, obviamente, son completamente inocentes de la trágica muerte de su hija, habría demandado al ayuntamiento de... —cuando el FBI dio una patada a la puerta y los cuatro agentes y Syd entraron con las armas empuñadas.

Los dos cámaras y el técnico de sonido miraron al realizador, para que les dijera cómo actuar. Éste dudó apenas unas milésimas de segundo, y luego hizo un gesto de girar con el dedo que significaba: «seguid rodando». Dallas Trace simplemente levantó la vista hacia los intrusos, abriendo la boca de par en par.

—Abogado Dallas Trace, queda usted detenido por conspiración para cometer asesinato y conspiración para cometer fraude —dijo el agente especial Faber—. Póngase en pie.

Trace continuaba sentado. Trató de hablar, encontrando una obvia dificultad en cambiar de chip desde la supuesta demanda que iba a anunciar a los pobres, perseguidos, acosados y hostigados padres de la niña asesinada, pero antes de que pudiera pronunciar un solo sonido, dos de los hombres de negro del FBI agarraron al abogado por los brazos y le pusieron en pie a la fuerza. Le doblaron los brazos a la espalda y Syd le colocó las esposas.

Después del que fue, probablemente, el período más largo de la vida adulta de Dallas Trace en el que éste permaneció callado, volvió a recuperar la voz... de hecho, rugió:

—¿Qué demonios están haciendo? ¿Tienen acaso una maldita idea de quién soy yo?

—El abogado Dallas Trace —dijo de nuevo el agente especial Faber—. Y está usted detenido. Tiene derecho a permanecer callado...

—¿Callado? ¡Una mierda! —gritó Dallas Trace, y su acento del oeste se vio reemplazado al instante, mágicamente, por un nasal acento de Nueva Jersey—. Dígale a esa puta zorra que me quite las esposas.

Un sondeo posterior mostró que fue ese comentario, pronunciado en directo en un popular programa de la CNN, lo que más contribuyó a que perdiera el apoyo de los potenciales jurados femeninos.

—Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra ante un tribunal —continuó Faber mientras los dos hombres de Kevlar negro le quitaban al abogado el pequeño micrófono, el transmisor que llevaba en el cinturón y el hilo, y luego acompañaban a Trace afuera desde su escritorio—. Tiene derecho a un abogado...

—¡Yo ya soy abogado, imbécil de mierda! —aulló Dallas Trace, escupiendo saliva en todas direcciones—. ¡Soy el abogado defensor más importante de Estados Unidos de...!

—Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio —continuó Faber con toda tranquilidad, mientras los cinco (los tres agentes, Trace y Syd) pasaban junto al pasmado realizador. Los dos cámaras sonreían ampliamente mientras dirigían el objetivo hacia la puerta, donde los otros agentes del equipo táctico esperaban con las armas dispuestas.

Dallas Trace miró hacia las cámaras por encima del hombro.

—¡Greta! —chilló, llamando a la presentadora de la CNN de Nueva York—. Ya lo has visto. Ya has visto lo que me han hecho...

Y Trace desapareció.

El realizador corrió hacia el micrófono todavía conectado y lo puso delante de la cara de Syd.

—¿Por qué ha realizado esta ultrajante detención en medio de...? —empezó el productor.

Pero Syd le interrumpió y dijo:

—No hay comentarios.

Ella y los dos agentes salieron por la puerta.

Aquel mismo jueves por la mañana, seis hombres del FBI y cinco agentes de paisano de Sherman Oaks irrumpieron en casa de Dallas Trace. No hubo resistencia. El guardaespaldas que se había quedado allí para proteger a la señora Trace estaba en la cama con ella cuando llegaron los agentes del equipo táctico del FBI vestido de negro y abrieron de una patada la puerta del dormitorio.

El guardaespaldas se soltó de la presa y las implacables piernas de Destiny Trace, rodó sobre sí mismo, miró la funda de la pistolera y la pistola que se encontraban en la silla a seis metros de distancia, miró hacia los cuatro cañones de H&K silenciados con sus miras láser, que marcaban pequeños puntos rojos en su frente, y levantó las manos.

La señora Trace se sentó en la cama, al parecer resistiendo cualquier tentación de cubrirse los pechos desnudos. La atención de uno de los hombres del FBI debió de desfallecer un instante, porque uno de los puntos de láser recorrió los turgentes pechos de la señora Trace antes de volver a la frente del guardaespaldas.

Destiny Trace frunció el ceño, hizo un puchero y miró al hombretón que estaba con ella en la cama, luego a los apiñados agentes del FBI con sus cascos de asalto, las gafas protectoras y las chaquetas antibalas, miró a los detectives de Sherman Oaks con sus chaquetas de Kevlar, volvió a fruncir el ceño y luego de repente gritó:

—¡Socorro! ¡Que me violan! Gracias a Dios que han llegado ustedes, agentes... ¡Este hombre me estaba violando!

El lunes anterior a las redadas del jueves, Lawrence pasó casi todo el día ayudando a Dar a colocar las nuevas cámaras de vigilancia.

—Esto te va a costar un ojo de la cara... con entrega nocturna y todo lo demás —dijo Lawrence mientras llevaban el primer vídeo, con su batería, los cables y la lona de camuflaje impermeable, desde el Trooper a los árboles que bordeaban la carretera de la cabaña—. Si me hubieras dado un par de semanas, te podría haber ahorrado mil dólares por lo menos con este material

—No lo necesitaré dentro de un par de semanas —observó Dar.

Colocaron la primera cámara en un árbol, junto al camino de grava, a un kilómetro y medio aproximadamente de la cabaña. Era un aparato de vídeo muy sofisticado, del tamaño de un libro de bolsillo, más o menos, con objetivos para zooms y un control remoto que la hacía girar. Unos delgados cables corrían hacia la batería de litio y el pequeño transmisor, que estaban ocultos en la base del abedul seco. La cámara de control remoto tenía dos objetivos: uno para usarlo a la luz del día y el otro para amplificar la luz de forma electrónica después de que oscureciera. Este equipo, junto con todo lo demás, le había costado a Dar un ojo de la cara, verdaderamente, aunque en sentido metafórico.

Cuando la cámara estuvo situada adecuadamente, Dar subió a la cabaña y se sentó en su Land Cruiser usando el mando a distancia para hacerla girar, subir y bajar, hacer zooms y cambiar de objetivo. Practicó para encender y apagar la unidad. Comprobó la recepción en su equipo portátil de recepción y control con un monitor de tres pulgadas en blanco y negro. Luego llamó a Lawrence con su teléfono móvil.

—Funciona estupendamente, Larry.

—Lawrence.

—Sube a la cabaña y nos tomamos un café antes de montar las demás cámaras. Y además, te tengo que enseñar una cosa que encontré en el bosque.

Después del café, Dar dejó el equipo de vídeo metido en su caja en la cabaña y se llevó a Lawrence a dar una vuelta. Se dirigieron hacia el este, al furgón de ovejas, pero cortaron subiendo desde el sendero, a través de las rocas, hacia el gran risco que se cernía encima de la cabaña. Desde allí bajaron escondidos por la ladera hasta llegar a un abeto que se encontraba a unos treinta metros por encima de la propia cabaña. Silenciosamente, Dar señaló una gran cámara de vídeo situada en un recoveco camuflado del árbol. La lente de la cámara estaba enfocada hacia la cabaña.

Lawrence no dijo nada, pero inspeccionó aquel objeto con tanto cuidado como un experto en municiones examinaría una mina terrestre. Finalmente, dijo:

—No tiene micrófono. No puede girar ni tiene zoom ni visión nocturna. Es de objetivo fijo, con un ángulo amplio, pero da una buena vista de tu zona de aparcamiento y la entrada a la cabaña. Además, tiene una batería muy potente, una cinta de grabación enormemente larga y casi con toda seguridad la capacidad de grabar la hora, y la antena está muy elevada. Quien quiera que te esté controlando puede grabar varios días en vídeo e ir pasándolo a toda velocidad para ver quién entra en la cabaña y cuándo llega.

—Sí —exclamó Dar.

—Con ese transmisor tan potente y la antena tan alta, podría estar retransmitiendo a varios kilómetros de distancia—continuó Lawrence.

—Eso es —accedió Dar.

Lawrence trepó por la parte baja del tronco, cubierta de savia, y examinó el instrumento de nuevo.

—No es tecnología del FBI, Dar. Es extranjera... Checa, creo. Algo tosca, pero resistente. Supongo que transmiten en formato PAL.

—Es lo que yo me imaginaba —accedió Dar.

—¿Los rusos? —aventuró Lawrence.

—Casi con toda seguridad —afirmó Dar.

—¿Quieres desactivarla?

—No, quiero que sepan dónde estoy —dijo Dar—. Sólo quería enseñártela para que no reveleamos nada de nuestro trabajo mientras estemos frente a este objetivo.

—¿Y hay más? —preguntó Lawrence, lanzando miradas de soslayo hacia la moteada luz del día en el bosque.

—Ninguna más, que yo sepa.

—Ya echaré yo un vistazo por si acaso —dijo Lawrence.

—Te lo agradecería, Larry —Dar tenía gran respeto por su experiencia en el campo de la vigilancia electrónica.

—Lawrence —dijo Lawrence, volviendo a deslizarse por tronco abajo como un oso ruidoso.

Tony Constanza había cantado como un canario después de despertarse de la anestesia de la operación, el sábado por la tarde. Aunque su habitación del hospital estaba custodiada por medio docena de agentes del FBI, era obvio que le aterrorizaba que los matones de la Organizatsiya pudieran ir a por él en cuanto supieran que estaba vivo. Constanza debía de suponer que su mejor oportunidad era cantar, y cantar rápido además, antes de que Yaponchik, Zuker y los demás descubrieran dónde le tenían. Era obvio que sentía un saludable respeto por su capacidad letal. También sentía un cierto entusiasmo por pertenecer al Programa de Protección de Testigos y vivir (se había mostrado muy claro en ese sentido) en Bozeman, en Montana.

Constanza decía que no sabía dónde se escondían exactamente los rusos, pero que era «una especie de rancho, solitario, en las afueras del circuito de Santa Anita, en algún lugar pasado el bulevar Sierra Madre... en esas colinas pardas que están llenas de esa mierda de plantas rodadoras». El FBI había ya recibido la dirección a través de un comunicante anónimo (era la dirección de uno de los números de teléfono que Dar había visto marcar a Dallas Trace durante su observación de la casa). Ahora, la vigilancia del FBI rodeó la casa y confirmó la presencia de los cinco rusos.

El agente James Warren asignó veintitrés agentes del FBI para que llevaran a cabo una vigilancia constante del lugar (un rancho con una casa de estilo mediterráneo que se encontraba a un kilómetro del vecino más próximo), a partir de aquel sábado por la tarde. Le dijo a Sydney Olson que hubiera preferido ir allá de inmediato, pero que costaría unos cuantos días obtener las órdenes de búsqueda y arresto para los otros que estaban siendo incriminados por Constanza, y cualquier detención prematura de los rusos pondría en alerta a los demás. Mientras tanto, todos los movimientos que hacían los rusos eran seguidos cuidadosamente por agentes del FBI ocultos en camiones, camuflados como gente de la compañía telefónica o de reparaciones diversas, y mediante la vigilancia por vídeo

y por helicóptero. La línea de teléfono de la casa no sólo estaba pinchada, sino que estaba totalmente interceptada. Warren tenía a su disposición veinte agentes más con entrenamiento táctico de asalto que acudirían nada más avisarlos. Los equipos de Pasadera, Glendale, Burbank y el Cuerpo Especial de la Policía de Los Ángeles se habían ofrecido voluntarios para ayudar, aunque no conocían los detalles de la operación.

Las primeras detenciones tuvieron lugar el domingo por la mañana, cuando los detectives Fairchild y Ventura de la Policía de Los Ángeles fueron llamados a despachos separados por la División de Asuntos Internos, les dijeron que entregaran sus placas, sus armas, sus cargadores y sus documentos de identidad, y que se les acusaba formalmente de complicidad con un delito de fraude y conspiración para asesinar a los cuatro agentes del FBI. Ventura fue informado de que la División de Acceso a la Información y el FBI conocían la transferencia secreta de fondos a unas cuentas que acababa de abrir fuera del país, en plazos de 85.000,15.000 y 23.000 dólares. No se habían encontrado transferencias bancarias a nombre del detective Fairchild, pero la investigación seguía todavía en marcha. Ambos detectives fueron interrogados.

El detective Ventura se mantuvo inquebrantable, pero Fairchild se derrumbó. No sólo admitió que Ventura le había obligado a meterse en el encubrimiento del asesinato de Richard Kodiak, sino que dijo que fue Ventura quien rastreó el paradero de Donald Borden y Gennie Smiley en la zona de la bahía, y que les delató ante los rusos de Trace para que recibieran los dos tiros en la cabeza tan profesionales. De acuerdo con el detective Fairchild, Ventura había presumido incluso de que «por otros veinte mil, habría tirado a la basura los malditos cadáveres yo mismo, y lo habría hecho mucho mejor que esos condenados gilipollas». Fairchild admitió, en una declaración firmada, que Ventura se había referido a Dallas Trace como «la gallina que les iba a dar a los dos un montón de huevos de oro», y que tenía planes para realizar más tratos con la Alianza del fraude. Fairchild dijo que Ventura había amenazado incluso con matarle a él si abría la boca acerca de la conspiración.

Ambos agentes de policía fueron puestos bajo custodia. Fairchild negoció un trato con el fiscal del distrito para pedir indulgencia a cambio de aportar pruebas. Ni el FBI ni la policía dieron a conocer las detenciones (ambos hombres fueron conducidos a una casa segura que poseía el FBI en Malibú para ser interrogados extensamente), y todo el mundo que llamaba a la comisaría y preguntaba por cualquiera de los dos detectives recibía la respuesta de que estaban «realizando un trabajo secreto y no se les podía localizar», mientras que todas las llamadas eran sometidas a un seguimiento. Dos de las llamadas procedían de los guardaespaldas americanos de Dallas Trace, y una de ellas incluso de la casa de los rusos en Santa Anita.

Syd expresó su preocupación por la seguridad de Dar ante este mismo durante los cinco días previos a las detenciones previstas de los principales implicados, pero Dar respondió con despreocupación:

—¿Por qué te preocupas? El FBI controla a los rusos, los matones americanos de Trace están vigilados... estoy más seguro de lo que había estado nunca.

Syd estaba demasiado ocupada preparando las detenciones para pasar algo de tiempo con Dar en la cabaña, pero no pareció tranquilizarse, de todos modos.

El lunes antes de las detenciones, Dar y Lawrence habían instalado también cámaras de fibra óptica en la cabaña. Dar eligió dos posiciones, ambas en la pared interior del sur, de modo que los dos objetivos cubrieran todo lo que se veía en la única habitación de la cabaña, excepto los armarios y el

baño.

Dar abrió con la llave la trampa secreta, condujo a Lawrence escaleras abajo y abrió también la puerta del almacén.

—¡Joder! —exclamó Lawrence—. Trampillas, habitaciones secretas... ¿Eres espía, Dar? ¿De la secreta?

—No —dijo Dar, un poco violento por haber mantenido en secreto aquel escondrijo—. Sólo necesitaba un lugar seguro para almacenar algunas cosillas. Ya me entiendes.

—No, en realidad no —dijo Lawrence. Miró en torno de nuevo—. Dios mío, parece la última escena de la primera película de Indiana Jones... aquel almacén enorme lleno de cajas. ¿No tendrás un trineo llamado Rosebud por ahí en alguna parte?

—No —contestó Dar, calmoso—. Tuve que quemarlo el invierno pasado cuando me quedé sin leña. —Condujo a su amigo a través de los pasillos que había entre las cajas, y le mostró el conducto de ventilación cerrado con la rejilla—. Si alguna vez tienes que salir de aquí, abre esto y sal a gatas, Larry. Hay unos sesenta o setenta metros hasta la vieja mina de oro de la que te hablé una vez. Al final sale a una cañada bastante abrupta que hay al este.

Lawrence meneó la cabeza.

—No me convence nada.

—Hay otro juego de llaves arriba —dijo Dar—. Para la trampa, para esta habitación y los candados de la rejilla... Están en una bolsa de cuero debajo de la bandeja del hielo, en el congelador.

Lawrence volvió a menear la cabeza.

—Vale, pero no quería decir eso. Lo que quiero decir es que creo que no quepo en ese conducto tan estrecho.

Dar miró hacia el conducto, luego a Lawrence, y asintió.

—Bueno, si te quedas atrapado aquí abajo en caso de que las cosas se pongan... desagradables arriba, cierra la puerta de acero y quédate aquí. La habitación está blindada y es resistente al fuego, y el aire procede de la cueva, así que aunque se queme toda la cabaña entera encima de tu cabeza, este lugar seguirá siendo seguro.

—Ajá —dijo Lawrence, que, obviamente, no estaba convencido—. Trudy y yo nos vamos a nuestra casa de Palm Springs el resto de esta semana —dijo—. A menos que me necesites aquí

Dar negó con la cabeza.

—No. Y ten cuidado en Palm Springs hasta que oigas que Trace y los rusos y todos los demás están entre rejas.

Lawrence lanzó un gruñido y dio unos golpecitos en la pistola que llevaba metida en la sobaquera.

Conectaron los dos cables de fibra óptica y el transmisor a la red eléctrica de la cabaña, y luego al generador auxiliar, como refuerzo. Luego colocaron un cable de antena en la pared y lo hicieron pasar hasta el tejado de la cabaña. Después, bajaron desde la cabaña, interponiendo siempre la cabaña entre ellos y el campo de visión de la cámara de vídeo checa que había en la colina, y colocaron la segunda cámara exterior en el tocón quemado de un gran abeto Douglas que había justo

donde empezaba la ladera de la montaña. Luego Lawrence volvió a la cabaña mientras Dar cogía el receptor/monitor oculto en la mochila y subía varios cientos de metros por la ladera.

—¿Tienes la imagen? —llegó la voz de Lawrence por el teléfono móvil.

—Sí —afirmó Dar. Cambió una y otra vez entre las cámaras dos y tres. Los objetivos granangulares daban una visión algo deformada de la habitación, pero todo el interior de la cabaña, excepto el baño y el interior de los armarios, era claramente visible en la diminuta pantalla del monitor. Aquellos objetivos no podían girar ni cambiar de posición, pero resultaban muy efectivos aun con una luz escasa.

—Ya sé qué es lo que pretendes —dijo Lawrence, por teléfono.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo el investigador privado—. Estás preparando una inmensa orgía y quieres grabarlo todo.

Dar probó la cámara cuatro. Ésta fue girando arriba y abajo enfocando la colina y todo el trayecto desde el sur hasta la cabaña. Con el objetivo gran angular podía ver varios kilómetros a través del valle hacia el sur, y acercarse a los objetos que se encontraban a cientos de metros de distancia.

La misma mañana del jueves en que se produjo la detención de Dallas Trace, el abogado William Rogers (el abogado de la zona este de Los Angeles que había ayudado al padre Martin a crear los Hermanos de los Desamparados) fue obligado a apartarse de la carretera de camino hacia el trabajo. El abogado salió de su vehículo y bromeó con los agentes de tráfico que iban en el coche patrulla acerca de que no había visto la señal de stop. Entonces los agentes del FBI, del sheriff y de la policía de Los Angeles aparecieron en el lugar.

Rogers fue esposado, se le leyeron sus derechos y se le introdujo en uno de los coches. El agente que estaba a su cargo le dijo a Syd que Rogers empezó a sollozar y a pedir que le dejaran llamar a su mujer, María. Los agentes no le dijeron al abogado que su mujer había sido detenida momentos antes en su oficina del cuartel general de los Hermanos de los Desamparados.

En los hospitales de todo el sur de California, la policía local y los agentes del FBI, acompañados por funcionarios de Inmigración, empezaron las redadas, e interrogaron y detuvieron finalmente a más de sesenta Hermanos de un grupo de más de mil retenidos. Todos los hospitales y centros médicos de California prohibieron el acceso a los Hermanos el mismo día. En los expedientes que tenía María Rogers en el cuartel general de los Hermanos de los Desamparados en el este de Los Ángeles se encontraron los nombres de más de un centenar de tapaderas del negocio de los fraudes a aseguradoras, además de médicos, abogados y colaboradores.

Dar colocó la quinta cámara de vídeo en su terreno el martes. Durante varias horas caminó por hectáreas y hectáreas de terreno que conocía muy bien. Al final se decidió por el mejor nido de tiradores que se encontraba encima de la cabaña, una pequeña zona llana y herbosa protegida por unas rocas bajas a ambos Indos y otras mayores detrás. Echado allí con el rifle Sniper M40 y la mira Redfield, Dar encontró que el alcance (un poco menos de doscientos metros) era tan bueno casi como la vista. Se podían hacer blancos perfectos entre los árboles de la cabaña, la entrada a la propia edificación y la zona de aparcamiento al oeste de la cabaña. El lugar de tiro estaba protegido por las

rocas que sobresalían por detrás y por unos empinados declives a cada lado. Era perfecto; demasiado perfecto.

Dar siguió buscando un lugar menos obvio. Lo encontró a menos de setenta metros al noroeste del primero. Este segundo lugar estaba también oculto entre grandes rocas, pero ofrecía sólo un pequeño hueco entre unas piedras, y todo el lugar estaba cubierto de arbustos con pinchos, entre los cuales el tirador y su observador se podían echar boca abajo. El lugar era más elevado que el primero y ofrecía una visión ligeramente mejor, aunque era difícil apuntar desde diferentes ángulos sin exponerse. Los setenta metros o más de alcance no serían un problema para el rifle de tirador Dragunov SVD usado para matar a Tom Santana y los tres agentes del FBI.

A Dar le costó casi tres horas retirarse de aquel lugar sin dejar ninguna huella, volver a desandar todo el camino desde el risco al empinado sendero que conducía por detrás a las rocas del risco, y trepar por la pared de roca casi vertical, de más de treinta metros, hasta un punto que se encontraba en la roca más grande, por encima del segundo nido de tiradores. Allí tuvo que asegurar una cuerda de escalada de Perlon en una roca para bajar haciendo rappel por la empinada pared de la roca hasta un reborde cubierto de arbustos donde podía colocar la cámara de vídeo, ocultarla, ocultar también la batería y el transmisor con la lona impermeable de camuflaje, y luego disimular la larga antena transmisora metiéndola entre las grietas de la pared de roca, hacia la cima.

Entonces volvió a la cabaña y probó el monitor. La imagen no era tan clara como la transmisión de las otras cuatro cámaras, pero se podía ver bien el segundo nido de tiradores desde más arriba y acercar la imagen hasta el primer lugar, el que había encontrado más abajo.

Dar pasó el resto de la mañana caminando por los riscos rocosos y los hondos desfiladeros situados al nordeste de los dos lugares que había encontrado. No se sintió satisfecho hasta que llegó casi el mediodía.

Syd explicó que la principal preocupación del FBI eran los rusos. Les habían demostrado con creces su dureza y su habilidad para matar a larga distancia. Vinieron varios tiradores de primera del equipo táctico del FBI y expertos en asalto desde Quantico. Por la noche, sin armar ningún alboroto, ocho de las casas que rodeaban las colinas de Santa Anita por encima del bulevar Sierra Madre fueron evacuadas y tomadas como lugares de observación o centros de control y de mando para el equipo operativo del agente especial Warren.

Vigilaban todos los movimientos que hacían los rusos: les seguían en coche, les controlaban desde helicópteros que volaban a ocho mil pies con potentes aparatos ópticos, y cuando los cinco rusos condujeron sus dos Mercedes de vuelta al rancho el miércoles por la noche, el equipo táctico constaba ya de sesenta y dos personas. Por entonces, los tiradores del FBI con sus trajes de ghillie se habían ido acercando a 150 metros de la casa por todos lados, gateando con dificultad.

Los tiradores del FBI iban armados con el equipo más moderno que existía: rifles de tirador modificados De Lisle Mark 5, que disparaban munición de 7,62 milímetros en la combinación normal o la subsónica. Aquellos rifles descendían del venerable Remington 700 modelo de cerrojo de Dar, pero habían evolucionado más o menos tanto como los pilotos de la lanzadera espacial respecto a los primeros australopitecos africanos. Las armas utilizaban pesados cañones equipados con supresores integrales («silenciadores», para los profanos) que, cuando se combinaban con munición subsónica, permitían una precisión excepcional a más de doscientos metros. Los rifles no producían sonido alguno, ni siquiera el chasquido de la bala al romper la barrera del sonido.

Montada en cada De Lisle Mark 5 iba una sola mira, ligera e integrada, que comprendía una potente mira telescópica, una mira nocturna intensificadora de la imagen, un rastreador de rayos infrarrojos y un visor térmico. Los tiradores del FBI podían matar a doscientos metros bajo la lluvia y en una noche sin estrellas, a través de la niebla o del humo.

El resto de los equipos de asalto del FBI iban equipados con cascos de Kevlar, armadura para todo el cuerpo, caretas antigás, gafas con rayos infrarrojos, metralletas con supresión total y miras láser, pistolas automáticas del calibre 45 y granadas de aturdimiento conocidas en el negocio como «piñas». Para el asalto de las cinco de la mañana del jueves, el equipo en cabeza se protegería detrás de una barrera de proyectiles de gases lacrimógenos lanzados a través de todas las ventanas, y usarían un ariete hidráulico para echar abajo la puerta delantera. Entonces entrarían en el edificio los tres primeros equipos tácticos por todas las ventanas y puertas que pudieran del piso de abajo. Esperando en el garaje de la casa más cercana se encontraba un vehículo de asalto completamente blindado con un ariete. Cinco helicópteros estaban destinados también al asalto, y cada uno de ellos llevaba tiradores de primera. Dos de los helicópteros iban equipados con hombres que bajarían con cuerdas y efectuarían un asalto rápido desde el aire.

—No parece una lucha demasiado equilibrada —sugirió Syd Olson al agente especial Warren el miércoles por la tarde.

Warren le dirigió una ligerísima sonrisa.

—Si se convierte en algo remotamente cercano a una lucha equilibrada —dijo—, merezco que me despidan.

Syd asintió y llamó a Dar a su casa para ver qué tal le iba.

A Dar le iba bien el miércoles por la tarde. Había ocupado la mañana trabajando en el almacén de su apartamento (escribiendo sobre el choque mortal de los Gómez y preparando una reconstrucción animada por ordenador de la muerte del abogado Espósito en el montacargas). Habló unos minutos con Syd, le dijo que iba a subir a la cabaña para dormir y recuperarse mientras ella y sus colegas hacían todo el trabajo duro, al día siguiente. Le pidió a ella que tuviera cuidado, le prometió que se verían el jueves y le deseó buena suerte.

Dar había pasado toda la tarde y la noche anterior ajustando la mira de sus dos armas. En la cañada del este de la cabaña (que tenía veinte metros de ancho donde se abría la mina de oro, y se estrechaba hasta menos de veinte colina arriba, en paralelo al lugar donde Dar había encontrado los potenciales nidos de francotiradores), disparó varios cartuchos de municiones tanto con su M40 de cerrojo como con el Cincuenta Ligero prestado.

Dar usó una nueva adquisición, unos binoculares Leica Geovid BDII que costaban 3.295 dólares, y comprobó el alcance con el telémetro de láser incorporado mientras iba colocando blancos a distancias de 100 metros, 300 metros, 650 metros y 1.000 metros. Como la mayoría de los tiradores de la vieja escuela, Dar calculaba mentalmente en yardas y luego lo trasladaba a metros. Estaba encantado de ver que sus cálculos visuales de la distancia del blanco en cada caso no diferían más de un metro y medio de la lectura del láser. El telémetro de los binoculares Leica tenía una garantía de precisión de un metro en cálculos de 1.100 aproximadamente.

Aunque Dar había disparado el M40 (el viejo rifle de caza Remington 700 modificado) ocasionalmente en pruebas de tiro a lo largo de los últimos años, tenía que volver a familiarizarse

con el arma. Cuando recibía entrenamiento como marine, de joven, descubrieron que Dar tenía una visión de 20/10, cosa que significaba simplemente que lo que una persona con visión 20/20 veía con absoluta claridad a cien metros, Dar lo veía igual de claro a doscientos. Aunque Dar había decidido convertirse en un marginado gracias al entrenamiento avanzado como tirador, había sido calificado como «tirador de élite» en el campamento de entrenamiento de reclutas de Parris Island. Según la honorable tradición del cuerpo, los tiradores se podían clasificar en tres categorías: «buena puntería», «de primera» y, en casos muy muy raros, «de élite». Dar había sido calificado como de élite al obtener un récord de 317 blancos sobre 330, una distinción tan poco usual que su comandante en jefe le había dicho que sólo una docena de marines le habían igualado desde la Segunda Guerra Mundial. El primer récord de 317 blancos lo había obtenido un marine que se convirtió luego en famoso escritor y biógrafo

Las cualidades necesarias para desarrollar una puntería tan excepcional incluían el control de la respiración, muy importante, una vista extraordinaria, paciencia, habilidad para disparar un arma desde distintas posiciones y habilidad para calcular la distancia, la gravedad, el viento y las peculiaridades propias del arma a cada disparo. Otra cualidad importante, y no debidamente apreciada, era la habilidad a la hora de ajustar el portafusil, algo difícil de enseñar, pero que resultaba natural en el joven Dar. Ahora, casi treinta años después, Dar sabía que su visión se había deteriorado hasta un normalísimo 20/20 para tirar a distancia, pero la comodidad con el arma, la capacidad de ajustar el portafusil adecuadamente sin pensar en cómo lo hacía, la sensación de tener el alcance adecuado y la habilidad para ajustar la mira del arma y disparar con toda facilidad y de forma precisa va estuviera echado, de rodillas, sentado o de pie... todo eso lo seguía teniendo.

Dar puso gran cuidado aquel martes por la tarde al ajustar la mira del M40. Su mira Redfield modificada estaba equipada con retículas de puntos milimétricos así como torreta de elevación y viento. Ajustó la torreta de elevación de acuerdo con los diferentes alcances a los que disparaba, y movió la de viento de izquierda a derecha para compensar los efectos laterales del viento sobre la bala. El «cero» del arma era, sencillamente, la posición requerida para colocar un disparo exactamente en el centro del objetivo en cualquier distancia dada, sin viento. Allí el desfiladero venía en su ayuda, puesto que bloqueaba los vientos reinantes del oeste y permitía a Dar colocar el arma a cero en todas las distancias durante la calma, cuando no soplaba brisa alguna.

Durante el entrenamiento avanzado como tirador en Quantico, y luego de nuevo en Vietnam, Dar había establecido sus propios requisitos de precisión. Disparando con la munición adecuada, como la que estaba usando ahora, Dar no se sentía satisfecho si no conseguía agrupar sus disparos en un diámetro de 20 milímetros a una distancia de cien metros, de 125 milímetros a seiscientos metros y de 300 milímetros (normalmente) a mil metros. El objetivo final no era tan generoso como parecía en un principio, Dar era consciente de ello, porque a una bala disparada con su M40 le costaba aproximadamente un segundo viajar seiscientos metros, y sin embargo dos segundos enteros recorrer mil metros. Dos segundos es una eternidad en la balística. Las variaciones del viento entran en juego en una cantidad de tiempo tan elevada, y si además el blanco es móvil... para qué hablar.

Dar pasó cinco horas el martes disparando el M40 desde las cuatro posiciones (tumbado, sentado, arrodillado y de pie). Se acostumbró a las posturas, se colocó el portafusil cómodamente apoyado, la culata bien apretada contra su mejilla, un punto de «soldadura» o de contacto entre la mejilla y el dedo pulgar en el hueco de la culata de madera, el dedo colocado sobre el gatillo sin contacto con la parte lateral de la culata, la respiración tan pausada que casi resultaba imperceptible. Y entonces

cerró los ojos durante algunos segundos. Si al abrirlos de nuevo las dos finas líneas que se cruzaban en la mira telescópica se encontraban todavía centradas con absoluta precisión en el lugar donde había apuntado, sabía que había obtenido por fin la llamada «puntería natural».

Lo que le costó más recuperar fue el control del gatillo. Éste se había convertido en algo natural para él durante su estancia en los marines, pero sabía por las prácticas de puntería que tenía que trabajar mucho para volver a recuperarlo ahora. El control del gatillo consistía en mantenerlo sujeto, aunque relajado, y en el punto adecuado de su ciclo de respiración afinar la puntería y luego apretar el gatillo justo el milímetro adicional necesario sin mover el rifle en absoluto. No era complicado, pero requería concentración, control muscular y control de la respiración.

Habiendo ajustado la mira del M40, Dar se llevó unos blancos a campo abierto, fuera de la cabaña, y estuvo disparando en condiciones de viento. El martes era un día ventoso, y con un viento fijo de 24 kilómetros por hora, la bala se desviaba 11 centímetros del objetivo a doscientos metros, 50 centímetros, cosa bastante molesta, en un objetivo a seiscientos metros, y nada menos que un metro y veinte centímetros en un blanco a seiscientos metros de distancia. Por supuesto, el viento casi nunca era el mismo.

Dar sabía que la nueva generación de tiradores iban a combatir con calculadoras de bolsillo o (en el tipo de armas más sofisticado) con miniordenadores en la mira, equipada con sensores electrónicos de viento incorporados.

Dar pensaba que eso era una forma de desperdiciar la potencia de la mente humana y de los sentidos. A él le habían entrenado para calcular el viento. Con menos de cinco kilómetros por hora uno apenas sabe si en realidad el viento sopla o no, pero el humo sí se mueve. Las rachas de 8 a 13 kilómetros por hora mantienen las hojas de los árboles en movimiento constante, y Dar sabía diferenciar el sonido de los diferentes valores del viento en los pinos y abetos Douglas que rodeaban su cabaña. El viento que oscila entre 13 y 19 kilómetros por hora levanta polvo y tierra, así como las hojas caídas, y se forman remolinos. Entre 19 y 25 kilómetros por hora, los pequeños abedules del campo se agitaban constantemente.

Dar había sabido instintivamente, ya desde que era un joven marine entrenándose para ser tirador, que la velocidad del viento forma parte sólo en muy pequeña proporción de la ecuación. También hay que tener en cuenta su dirección. Cualquier viento que soplase en el ángulo adecuado hacia su dirección de fuego (desde las posiciones correspondientes a las ocho, nueve, diez, dos, tres y cuatro en punto) era un viento con un valor pleno. Los vientos oblicuos (desde la una, las cinco, las siete, las once en punto) debían ser tenidos en cuenta sólo como de valor medio, de modo que una brisa de 11 kilómetros por hora pero que procediera de la posición de las nueve en punto sólo debía contar como viento de 6 kilómetros por hora, cuando realizaba los ajustes adecuados a su mira. Finalmente, si el viento soplaba directamente a su posición de tiro o bien desde detrás (las seis y las doce en punto) Dar observaba sólo pequeñas incidencias en la bala: una ligera caída en la velocidad si se disparaba contra el viento; un aumento correspondiente en la velocidad con el viento de popa. Como era piloto de planeador, había afinado mucho su percepción de la velocidad y la dirección de los vientos.

Una vez considerados esos factores de alcance y viento (preferiblemente en microsegundos) Dar usaba la antigua fórmula de los tiradores de la Marina para el alcance expresado en centenares de yardas, lo multiplicaba por la velocidad del viento expresada en millas por hora y lo dividía por

quince. Dar podía realizar ese cálculo de forma instantánea e instintiva, aun después de todos aquellos años.

Echado y de rodillas en aquel campo cubierto de hierba, a lo largo de toda la tarde del martes, Dar mantuvo el pequeño monitor de vídeo conectado a la cámara uno que tenía activada junto a él, para asegurarse de que nadie se acercaba en coche a la cabaña mientras practicaba. A veces con el traje de ghillie, en otras ocasiones con unos pantalones verdes y una camisa de faena, Dar fue disparando a unos blancos colocados a intervalos regulares y se concentró para conseguir grupos de «minutos de ángulo» (dentro de la superficie de una pulgada cuadrada, a cien metros de distancia). Pero después de alcanzar esos grupos regularmente (en unas condiciones ligeramente ventosas y en todos los alcances preestablecidos) Dar recordó un tema crucial.

«Esos blancos sólo son papeles», se dijo.

El miércoles por la tarde, justo antes de anochecer, todos los hombres del FBI que se encontraban en el perímetro del rancho de los rusos se pusieron en alerta. Por aquel entonces, ocho equipos tácticos de tiradores con trajes de ghillie habían ido arrastrándose hasta unos 150 metros de la casa y por los tres lados de la propiedad, bordeando la calle. Tres de los tiradores estaban escondidos entre la hierba alta a menos de cinco metros del césped recortado.

A las 16:30 llegó la única llamada telefónica del día. Fue interceptada y grabada en las cintas del FBI.

Voz: El traje que llevó a la tintorería ya está limpio, señor Yale.

Voz que se creía pertenecía a Gregor Yaponchik: Muy bien.

El FBI efectuó el seguimiento de la llamada en cuestión de segundos: procedía de un establecimiento de tintorería de Pasadena. Warren hizo que un agente llamase a la tintorería y preguntase si el traje del señor Yale estaba listo ya. El jefe dijo que sí y confirmó que acababa de llamar al señor Yale para informarle de ello. El jefe se disculpó por no poder entregar el traje, pero explicó que la zona del norte de Pasadena no estaba comprendida en su zona habitual de entrega. El agente que había llamado le dijo al jefe que no había problema.

A las 20:10, un camión blanco entró y tres hombres hispanos con camisas grises y pantalones de trabajo bajaron de él. El camión llevaba un letrero de una empresa de jardinería en el costado, y el agente especial Warren tuvo a su gente al teléfono en cuestión de segundos, comprobando con la empresa si la visita era legítima o no. Ciertamente, a aquella hora no parecía demasiado probable.

Pero lo era. La gente de la empresa de jardinería aseguró a los agentes especiales que aquel era su servicio semanal, y que se había retrasado por problemas con el camión y «complicaciones» en casa del anterior cliente. Syd explicó después que Warren estuvo tentado de decir a la empresa de servicios que llamara a su gente y les hiciera salir de allí ya mismo, como alma que lleva el diablo, pero los tres jardineros habían empezado ya su trabajo: cortar el césped, recortar los arbustos y podar un árbol pequeño y seco, y los tres hombres del FBI decidieron que atraería menos la atención si los dejaban acabar. Ya era casi de noche.

Uno de los trabajadores se acercó a la puerta principal y los agentes de la casa, a unos cuatrocientos metros de los rusos, obtuvieron una foto muy clara de Pavel Zuker hablando con

brusquedad al jardinero, que asintió rápidamente. Zuker cerró la puerta y un segundo después la puerta del garaje se elevó. En la débil luz, la gente del FBI pudo vislumbrar unos bultos que podían ser sacos de hojas secas junto a los dos Mercedes que había en el garaje.

Los jardineros se dieron mucha prisa (la oscuridad se iba acercando a pasos agigantados) y cortaron el césped rápidamente, hasta sólo unos metros de distancia de los tiradores del FBI que estaban echados en el suelo, bien aplastados, entre las hierbas altas. Uno de los jardineros incluso detuvo la segadora, recogió lo que parecía una herradura y la arrojó en la hierba alta que había tras el césped, y casi le rompió la crisma a uno de los tiradores del FBI.

Casi se había hecho completamente de noche cuando acabaron de segar el césped y podar las plantas, y el FBI observó cuidadosamente cómo desaparecían los tres jardineros en el garaje y reaparecían al cabo de un momento con los abultados sacos llenos de hojas.

—Contadlos —pidió el agente Warren por radio.

—¿Los sacos de hojas secas? —dijo un inoportuno agente.

—No, imbécil, a los jardineros. Aseguraos de que sólo los tres que han entrado en el garaje se meten luego en la camioneta.

—Sí, así es —confirmaron los observadores y tiradores.

Los tres entraron y volvieron a salir, arrojaron los pesados sacos a la parte de atrás del camión y guardaron también otros restos. La luz del porche y unas luces diminutas que marcaban el camino se encendieron automáticamente. Las luces de la casa también se encendieron cuando se alejaba el camión.

—¿Debemos interceptarlos? —preguntó el agente especial que estaba en el perímetro exterior.

—Negativo —exclamó Warren—. Su jefe dice que están haciendo horas extras y que se van a casa desde aquí. Dejad que se vayan.

Los tiradores que estaban en la hierba y los observadores en las casas y los helicópteros que pasaban a gran altura cambiaron a visión nocturna. Todo el mundo habría preferido planear el asalto para las 3:30, cuando los rusos se encontraran mas, adormilados (o mejor, dormidos del todo), pero como debían sincronizarse con las demás detenciones, se había decidido que el asalto no debía comenzar antes de las cinco de la mañana. Warren Syd y los demás habían decidido que valía la pena correr el riesgo de un asalto al amanecer para asegurarse de que Dallas Trace y el resto de personas que estaba previsto detener aquella mañana no oyeran nada en las noticias matutinas.

Dar también disparó la Barrett Cincuenta Ligera durante varias horas el martes por la noche. Era una experiencia fascinante. El rifle iba con un bípode, pero aun así era muy difícil de manejar, porque pesaba catorce kilos y medio sin la mira telescópica y medía un metro cincuenta y cinco centímetros de largo. Un monstruo. Al añadir la mira telescópica M3a Ultra y unas pocas cajas de cartuchos a la carga, Dar se acordó de que tenía mal la espalda.

El miércoles Dar realizó su trabajo en casa, habló brevemente con Syd a última hora de la tarde, cogió la escopeta Remington modelo 870 de debajo de la cama, la cargó, se llenó el bolsillo con munición extra y se llevó la bolsa con la ropa al Land Cruiser. Miró con mucho cuidado a su

alrededor en el garaje del sótano antes de encaminarse a su vehículo. Sería muy molesto hacer todos aquellos preparativos para después encontrarse con que un ruso cabreado le disparaba con una pistola del 22 en el garaje de su propia casa.

Pero no lo hicieron.

Dar se metió entre el tráfico. Quería llegar a la cabaña mucho antes de que anocheciera, y lo hizo. Se detuvo en el largo camino de grava que se dirigía hacia la cabaña, y activó las diferentes cámaras de vídeo una por una. Nadie en la carretera, delante.

Nadie en los puestos de francotirador que había por encima de la cabaña. Nadie visible de momento en los campos que había al pie de la cabaña. Nadie en ésta, tampoco.

Dar avanzó el resto del camino, entró las bolsas y algunos comestibles y preparó la cena. Pensó en llamar a Syd, pero sabía que estaría muy ocupada en el centro de operaciones tácticas toda la noche.

«Qué demonios —pensó—. Ya lo oiré en la radio mañana, y lo leeré en los periódicos de la tarde».

Bebió un poco de café.

«Bueno, eso espero».

En algún momento en torno a la medianoche, comprobó de nuevo que las puertas de la cabaña estaban cerradas y apagó las luces. El fuego todavía ardía en la chimenea, llenando la cálida habitación con su parpadeante luz, y Dar había dejado una lámpara de poca potencia encendida en la cocina y otra junto a la cama.

En lugar de irse a la cama, sin embargo, Dar cogió la escopeta y el receptor/monitor, desplazó con sigilo la alfombra, abrió la trampilla y bajó al sótano. Las luces se encendieron automáticamente. Dejó la escopeta apoyada en el muro exterior, abrió la puerta de acero y cruzó el almacén hacia la rejilla de ventilación. Abrió el grueso candado que había allí, inspeccionó el polvoriento conducto con la linterna y luego se metió por él apoyándose en codos y rodillas, recorriendo los sesenta y siete metros y respirando con mucha más pesadez de lo que le habría gustado, hasta que llegó a la segunda rejilla. La abrió también, salió a la vieja mina de oro y encontró el rifle M-40 envuelto en el plástico y la pesada mochila donde los había dejado el día anterior.

Sacó el chaleco antibalas de la Marina metido en la mochila, levantó ésta y se colgó cómodamente el rifle en el hombro derecho. El agua goteaba en el viejo pozo de la mina. Había charcos por todas partes, de quince centímetros de hondo casi todos. Dar los atravesó chapoteando, usando todavía la linterna para ver. Llevaba unas botas impermeables de montaña, los pantalones verdes y la camisa de camuflaje abierta y suelta por encima del grueso chaleco. En el cinturón llevaba el cuchillo de acero negro K-Bar en su funda. Llevaba también el teléfono móvil en el bolsillo de la camisa, pero estaba apagado.

Una vez llegó a la entrada de la mina, apagó la linterna y la guardó, y sacó los anteojos de visión nocturna L.L. Bean. No había luna y el barranco estaba lleno de sombras, pero Dar dejó que sus ojos se adaptasen a la oscuridad de forma natural y mantuvo los anteojos puestos en la frente mientras se abría paso por el desfiladero, luego subía el estrecho sendero por la cara este del desfiladero y continuaba trepando hacia el lugar elegido de antemano.

Era una noche hermosa: pocas nubes, más fresca que la mayoría de las noches de verano, pero

perfecta para dar un paseo.

El equipo de asalto del FBI echó abajo la puerta principal del rancho de Santa Anita exactamente a las 5 de la mañana. Unos agentes lanzaron unos proyectiles lacrimógenos a través de todas las ventanas. Otros agentes que estaban en la puerta arrojaron piñas en el salón y se metieron en el interior, con los rayos láser buscando los blancos a través del humo.

El salón estaba vacío. Unos agentes llevaban unas escaleras de mano y otros agentes se arrojaban contra las ventanas del dormitorio, mientras los tiradores del FBI les cubrían. No había nadie en los dormitorios.

El agente especial Warren dirigía el primer equipo de asalto de habitación en habitación en la planta baja, y luego escaleras arriba, hacia el segundo piso. Dos helicópteros aterrizaron en el césped, mientras dos más se quedaban suspendidos por encima, con unos potentes focos apuntando hacia abajo a través del humo que se disipaba y la luz del día, que se hacía más viva por momentos. Los hombres del FBI que iban en los helicópteros dispararon más gases lacrimógenos a través de las ventanas del segundo piso.

Nadie en el segundo piso. Nadie en la cocina. Nadie en el sótano.

Fue uno de los últimos equipos en llegar al edificio el que transmitió por radio la noticia. Había cadáveres en el garaje.

Warren y otra docena de agentes más, todos muy voluminosos con sus armaduras y sus cascos, los anteojos y las máscaras colgando, convergieron allí al cabo de veinte segundos.

Los tres hombres hispanos estaban muertos y sólo llevaban la ropa interior. Cada uno había recibido un tiro en la cabeza.

—Pero sólo salieron tres en el camión anoche... —empezó un joven agente especial.

—Los putos sacos de hojas..., —dijo el agente especial Warren.

—¿Debemos ampliar el perímetro? —preguntó una figura con casco.

Warren se inclinó hacia atrás en el marco de la puerta, poniendo el seguro a su H&K MP-10 con silenciador.

—A estas alturas podrían estar ya en México —dijo, fúnebre.

Sin embargo, al cabo de un segundo Warren ya estaba en la radio, alertando al cuartel general, y autorizaba un helicóptero y búsquedas por tierra para localizar la furgoneta de la lardinería, confirmaba que la Policía de Tráfico, la de Los Ángeles y otras agencias debían ser informadas inmediatamente y autorizaba una caza a nivel nacional.

Enviaron un mensaje desde la casa de Malibú donde se mantenía retenidos a los detectives Ventura y Fairchild. Al parecer a Fairchild, que cooperaba con los investigadores, se le había permitido salir para realizar un breve paseo escoltado hacia la playa, la noche anterior. Los agentes del FBI no sabían que había un teléfono de pago justo al salir de la playa, pero Fairchild se apartó de su vista durante unos segundos para orinar entre los arbustos, y aquella mañana uno de los agentes dio un paseo por la playa y vio el teléfono. Inmediatamente lo hizo examinar para ver si se habían hecho llamadas hacia el exterior desde él.

Y sí, se habían hecho. Se había realizado una de quince segundos a las 16:30. La llamada era para el cuñado del detective Fairchild, que regentaba una tintorería en Pasadena.

—Mierda —exclamó uno de los agentes.

—Mierda, hostia y rehostia —exclamó otro.

—Joder —remachó el agente especial Warren, que no tenía supervisores inmediatos en la escena del crimen—. Apuesto a que Fairchild ha sacado aún más dinero que Ventura... sólo que lo tenía mejor escondido.

—¿Debemos decirle al agente especial Faber y a la investigadora Olson lo de los rusos? —preguntó el agente a cargo del control.

Warren miró su reloj. Eran las 5:22 de la mañana. La detención de Dallas Trace se iba a producir al cabo de más de noventa minutos.

—Faber y su gente están en posición y con silencio de radio —dijo—. Llamaré a Cassio, el agente a cargo del perímetro de seguridad de Century City que cubre la espalda del equipo de asalto, y le diré que vamos a enviar una docena más de agentes de equipo táctico para reforzarle.

—¿Cree que los rusos tratarán de rescatar a Dallas Trace? —preguntó un agente que se encontraba junto a Warren, con los ojos como platos.

El agente especial se echó a reír de buena gana.

—No existe ni la más remota posibilidad. Esos tipos saben que ha saltado la liebre. No van a salir de una emboscada para meterse en otra. Se lo diremos a Faber y al resto de los equipos de asalto cuando acaben su parte. —La voz de Warren perdió todo asomo de humor entonces, y dijo algo muy poco propio del FBI—: Y a ese poli de Los Angeles, Fairchild... ¡lo quiero capado!

Syd recibió el aviso ocho minutos después de que el FBI se hubiera llevado a Dallas Trace y a sus tres guardaespaldas en vehículos separados. Ella estaba de pie en la calle, junto a la torre de oficinas de Century City, muy ocupada limpiándose el sudor que le empapaba el pelo y soltándose las lengüetas de velcro de su chaleco antibalas, pero se detuvo en seco cuando vio el número en el buscapersonas.

Warren explicó la situación en dos frases.

—¡Dar! —exclamó Syd, mirando su reloj.

—Investigadora Olson —dijo el agente especial Warren—, esos rusos no son ningunos aficionados. Nos llevan una ventaja de diez horas. No van a perder el tiempo con ningún estúpido intento de venganza. Probablemente, en estos momentos se encuentren ya en México.

Las palabras que pronunció a continuación se perdieron al gritar Syd:

—¡Mande dos helicópteros del FBI con equipos tácticos a la cabaña de Dar... ahora mismo! —cerró el teléfono de golpe, recogió su metralleta y corrió a toda velocidad hacia el Taurus que tenía aparcado. No se imaginaba que la transmisión de su teléfono móvil había sufrido interferencias y el agente especial Warren no había entendido nada de lo que acababa de decir.

«W de Warren»

Aquella noche se le hizo muy larga a Dar. Se dijo que quizá fuera porque no estaba acostumbrado a permanecer echado en una fría losa de piedra toda la noche, esperando a un grupo de extranjeros que venían a matarle. «No, seguro que no es por eso», se tranquilizó a sí mismo.

La posición que había elegido era un afloramiento de rocas en el costado este del desfiladero boscoso. Las losas de roca sobre las que yacía Dar estaban a unos doscientos sesenta metros por encima de la cabaña, ofrecían una clara visión de la zona de aparcamiento y la entrada por unos huecos entre los árboles, y más importante aún: estaban a la misma altura que los dos nidos de francotiradores que había identificado hacia el oeste. La losa que había elegido (la simple palabra «losa» ya le alteraba un poco) se encontraba hincada en una fisura natural de la gran roca, con dos canales para poder disparar: uno que miraba colina abajo, hacia la cabaña y la zona de aparcamiento, y otro que ofrecía una pequeña ranura entre las rocas, perfecta para disparar contra las posiciones de los francotiradores. El único problema era que las piedras que había al norte y al este eran más altas que su refugio y se curvaban hacia abajo, con lo cual se creaba un feo problema de rebote si alguien empezaba a dispararle desde cualquiera de los posibles refugios de francotiradores del lado oeste. Esperaba que no llegara el caso.

Dar había guardado la Barrett calibre 50 en el nicho de roca debajo de una lona impermeable, y ahora estaba echado sobre aquella lona, deseando haber comprado una almohadilla de espuma bien tupida. El chaleco antibalas de doce kilos y medio que llevaba encima de la camisa era más grueso que los habituales chalecos de Kevlar de la policía. Era un artículo moderno de la Marina, e incorporaba un espeso protector pectoral de cerámica que podía detener la bala de un rifle de 7,62 milímetros a media distancia, pero que también lo hacía muy tieso e incómodo. Dar pensó: «Me estoy haciendo viejo».

El Barrett Cincuenta Ligerero estaba apoyado sobre su bípode en la losa ligeramente inclinada, delando espacio junto a su posición para munición extra, los binoculares Leica con telémetro y el receptor/monitor. El antiguo rifle M40 Sniper de Dar se encontraba bajo una cubierta de camuflaje y un plástico impermeable en el otro hueco que había a su derecha, dispuesto para ser usado en un instante, si tenía que disparar hacia las posiciones de los otros tiradores.

Dar conjeturó que si los rusos no venían aquella noche, no vendrían nunca.

Su plan era relativamente sencillo y no incluía ninguna heroicidad. Si, por casualidad, los rusos aparecían en su cabaña antes de que el FBI pudiera agarrarlos, Dar tenía teléfono móvil cargado y programado con los números del agente especial Warren y de Syd. Dar siempre pensaba que su cabaña estaba en la frontera del mundo exterior, pero la recepción de los teléfonos móviles era excelente. Después de todo, se encontraban al sur de California. Ninguna de las personas que habían comprado carísimas cabañas por allí para apartarse del mundo se podía permitir estar fuera de contacto con ese mundo durante una sola hora.

Dar esperaba que no hubiese tiroteo, que simplemente tuviera que mantenerse agachado en aquel escondite mientras los rusos esperaban a que saliera de la cabaña... hasta que los helicópteros del

FBI llegaran a todo trapo, con los auténticos profesionales. Pero si le detectaban, estaba preparado para devolver el fuego y al menos mantener ocupados a los rusos hasta que llegase la caballería. Su posición estaba casi tan fuertemente defendida como la del reactor de Dalat, hacía tantos años: rodeado de la cañada como si se tratara de un foso, resultaba imposible aproximarse a él sin ser visto desde el oeste o el sur en la dirección de la carretera y la cabaña, y muy difícil trepar desde el este. Dar se había llevado también el traje de ghillie por si el «fuego devuelto» de los rusos se ponía demasiado feo (y la verdad es que cualquier «fuego devuelto» para Dar resultaba feo). Entonces se colocaría el traje de camuflaje y se deslizaría hacia los campos que se encontraban por debajo de los árboles, hacia el este. Para cuando los rusos llegasen a ese lado del desfiladero, Dar ya estaría invisible, más abajo, y el FBI habría llegado ya con todo su poder.

«Estoy paranoico —pensó Dar, poco después de empezar la vigilia posterior a medianoche—. ¿Por qué demonios iban a volver los rusos a por mí?».

Pero en lo más hondo de su corazón, sabía el motivo. Tanto Gregor Yaponchik como Pavel Zuker habían recibido entrenamiento como tiradores, y habían actuado como tales. Dar sabía que de todos los soldados del mundo, sólo los tiradores han sido entrenados especialmente para acechar a otro ser humano. Los soldados de la Marina y del Ejército pueden acabar en pequeños grupos que acechan a otros pequeños grupos, o incluso acechando a un solo enemigo, pero sólo el tirador ha recibido entrenamiento para usar el sigilo, la ocultación y la emboscada a larga distancia para matar a otro individuo aislado. Y el primero que figura siempre en la lista negra de cualquier tirador es la amenaza más peligrosa: un tirador enemigo.

Dar no sabía si los rusos o sus jefes americanos habían tenido acceso a su expediente de la Marina, pero no podía arriesgarse a suponer que no sabían que había sido francotirador. Más aún: Yaponchik y Zuker habían sido enviados a matarle en tres ocasiones, y en tres ocasiones habían fallado. Si Dar conocía la mentalidad del tirador (y la conocía bien), sabía que alguien como Yaponchik tendría una enorme sensación de frustración si dejaba sin acabar ese trabajo en concreto.

Dar recordaba un cómic que había leído una vez. Era un rey sentado en su trono. «Estoy paranoico —pensaba el rey—, pero, ¿estaré suficientemente paranoico?».

La noche pasaba muy despacio. Asegurándose de que ningún resplandor revelaba su posición, Dar iba cambiando el monitor de cámara a cámara, usando los objetivos de visión nocturna para las cámaras exteriores. No había movimiento alguno en la carretera. Ningún movimiento, o al menos ninguno detectable, en los amplios terrenos que balaban desde la cabaña. Nadie en los nidos de tiradores a trescientos metros frente a él. Ningún huésped no invitado en la cabaña.

Dar se puso a reflexionar sobre algunas cosas. Podía hacerlo, mientras no le distrajera de su concentración.

Pensó en los años que llevaba leyendo a los filósofos estoicos. Sabía que el ciudadano medio, si es que pensaba algo de ellos, pensaba que lo que los estoicos proponían con su filosofía era «hacer de tripas corazón» y «no lloriquear». Pero Dar sabía también que el ciudadano medio era sólo un rematado imbécil.

El y Syd habían hablado de este tema. Ella comprendía la complejidad de los escritos de los estoicos, de Epicteto y Marco Aurelio. Comprendía que la vida se divide en las cosas sobre las que uno no tiene control (y para las que se requiere el máximo coraje) y aquellos elementos que uno

puede y debe controlar, y en los cuales se recomienda la cautela. Aquello había formado parte de la vida y el pensamiento de Dar durante tantos años que encontró sorprendente que le apeteciera reconsiderarlo y criticarlo precisamente aquella noche.

«No hables más de cómo debería ser un hombre bueno, sé bueno», escribió Marco Aurelio. Dar había tratado de vivir siguiendo esa máxima.

¿Qué más le había enseñado Marco Aurelio? La memoria de Dar, casi fotográfica, le trajo a la mente un pasaje: «Que esto siempre te quede claro, que este trozo de tierra es como cualquier otro, y que todas las cosas que hay aquí son las mismas que hay en la cima de una montaña, o a orillas del mar, o donde quiera que elijas encontrarte. Porque averiguarás lo que Platón dice: permanecer entre los muros de una ciudad es lo mismo que estar en el redil de un pastor en una montaña».

Bueno, allí estaba él, literalmente en un redil, en la montaña. Pero ahora pensaba en el significado profundo que se escondía detrás de aquellas frases (tanto la de Platón como la de Marco Aurelio), y supo en su interior que no estaba de acuerdo con el sentido de la frase. Después de la muerte de Barbara y el niño, Dar no podía seguir viviendo en Colorado. Le había costado un poco aceptarlo, pero pronto se le había hecho evidente. El lugar donde se encontraba (aquella montaña, aquel lugar cerca de la costa) había constituido un nuevo principio para Dar.

Y ahora lo habían violado. Los rusos habían intentado matarles a Syd y a él no lejos de allí, y habían tomado fotos de él en aquel mismísimo lugar.

Dar no sentía ira alguna, no se aproximaba a la katalipsis. Había conseguido sofocar sus sentimientos durante tantos años (buscando su salvación en el humor que sólo se encontraba en la ironía) que no se sentía dominado por la ira. Pero mientras yacía allí en la montaña, esperando, tuvo que admitir que confiaba en que los rusos vinieran a por él. A pesar que toda lógica indicaba lo contrario, la esperanza ardía en su interior como un frío fuego.

Cada vez que Dar había visitado el lugar de un accidente, había pensado en Epicteto. «Decidme dónde se puede escapar a la muerte: averiguad cuál es el país, mostradme a qué hombres debo dirigirme a los cuales la muerte no visite. Descubridme un talismán contra la muerte. Si no lo tengo, ¿qué queréis que haga? No puedo escapar a la muerte, ¿debo por tanto morir lamentándome y temblando...? Es decir, que si puedo cambiar los signos externos de acuerdo con mi voluntad, los cambio, pero si no puedo, estoy dispuesto a arrancar los ojos de aquel que me lo impida».

Epicteto ridiculizaba el impulso, pero Dar tuvo que admitir que él estaba bastante predispuesto a arrancar los ojos de los rusos si se acercaban de nuevo a él. Pensando en esto, notó el largo cuchillo K-Bar en la funda, metido en su cinturón. Había pasado una hora afilando aquel cuchillo la noche anterior, y otra hora más engrasándolo, aunque la simple idea de deslizar el frío acero en el interior del cuerpo de otro ser humano le hacía vomitar.

Una persona preguntó: «¿Cómo puede darse cuenta cada uno de los hombres que están entre nosotros de aquello que es más adecuado a su carácter?» Y él replicó: «¿Cómo descubre el toro, cuando ha atacado el león, sus propios poderes y los pone en funcionamiento para defender a todo el rebaño?».

Maldito Epicteto. Dar no se consideraba un hombre valiente... ni un toro. Y no tenía rebaño que proteger del león.

«Syd», le vino a la mente, espontáneamente. Pero sonrió al pensarlo. Mientras él estaba allí

echado, escondido en aquel recoveco entre las rocas, en mitad de la noche, a sesenta kilómetros de la ciudad y el peligro, Syd se preparaba para asaltar a los malos. Era ella quien protegía al rebaño del león.

Dar pasó las horas cambiando de posición para estar más cómodo, mirando por sus anteojos y por el monitor, escuchando cómo meneaba la brisa los pinos (mientras calculaba instintivamente la velocidad del viento) y en general desmontando la filosofía sobre la que había basado toda su existencia hasta el momento.

«Eres sólo un alma pequeña que sostiene un cadáver», enseñaba Epicteto. Habiendo visto tantos cadáveres a lo largo de su vida, Dar apenas podía discutir eso. Pero durante las últimas semanas (en concreto, durante el tiempo pasado con Syd) no se había sentido como un cadáver animado sólo por una pequeña chispa de alma. Tuvo que admitirlo... se había sentido vivo.

A las cinco de la mañana, cansado y entumecido, pero todavía plenamente despierto, Dar había reconsiderado todos sus apuntalamientos ontológicos y epistemológicos y se había dado cuenta de que era un idiota.

«Sé como un promontorio contra el cual rompen continuamente las olas —enseñaba Epicteto—, pero permanece firme y acaba por domar la furia del agua a su alrededor».

«Pues que le jodan», pensó Dar. ¿Nunca había ido a la costa Epicteto? ¿No sabía que tarde o temprano todo promontorio acaba desmoronado y destruido por las olas? Probablemente el Egeo no tenía olas como las que Dar veía cada semana en la costa del Pacífico. El mar siempre gana. La gravedad siempre gana.

Después de más de diez años de intentar ser un promontorio, Dar estaba cansado de luchar.

La luz previa al amanecer iba trepando por la colina. Dar apartó sus anteojos de visión nocturna pero mantuvo encendidas las cámaras. La carretera de acceso estaba vacía. La cabaña estaba vacía. El campo que había al pie estaba vacío. Los nidos de los tiradores estaban vacíos.

A las siete de la mañana, Dar sintió un repentino alivio mezclado con una extraña desilusión. Los asaltos previstos ya debían de haber comenzado por aquel entonces (Syd se lo había contado) y comprendió que los rusos debían de estar rodeados por los agentes americanos.

A las 7:30 Dar se sintió tentado de mandarlo todo al diablo y bajar la colina sin más, prepararse un succulento desayuno, llamar a Syd y dormir unas horas. Decidió esperar un poco más. Syd todavía estaría ocupada.

A las 7:35, la cámara uno mostró movimiento en el camino de acceso. Un Suburban enorme y negro con las ventanillas tintadas avanzó lentamente junto a la posición de la cámara, se detuvo y luego retrocedió hasta el pequeño ensanchamiento que había al otro lado del árbol de vigilancia.

Salieron cinco rusos. Todos llevaban jerseys y pantalones negros, pero Dar reconoció a Yaponchik y Zuker de inmediato. El mayor, que le seguía recordando a Max von Sydow, parecía casi triste mientras tendía las armas a los otros. Los tres hombres más jóvenes se dirigieron hacia la carretera y salieron del alcance inmediato de la cámara llevando sus rifles de asalto AK-47. A pesar de la pequeña pantalla del vídeo, Dar veía que iban armados también con cuchillos y pistolas semiautomáticas metidas en el cinturón.

Yaponchik y Zuker también llevaban armas metidas en unas fundas, pero fueron los últimos en

sacarlas de la parte posterior de la furgoneta: dos Snayperskaya Vintovka Dragunova, rifles de tirador del tipo que había matado a Tom Santana y los tres agentes del FBI.

Dar tuvo que sonreír. A pesar de todo su dinero, los rusos seguían aferrándose a las armas que mejor conocían. «Unos sentimentales», pensó, notando el contacto de la culata de madera de su propio y antediluviano rifle de tirador. Dar vio que ambas armas tenían cargadores separables de diez cartuchos y una combinación de supresor de fogonazo y compensador, para reducir el retroceso y el estampido. Había observado que los otros tres AK-47 de los rusos también iban con silenciadores. Evidentemente, el grupo quería parar allí, matar silenciosamente a Dar y seguir su camino.

Dar sabía que el SVD tenía algunas limitaciones importantes como rifle de tirador. Era bastante preciso hasta una distancia máxima de seiscientos metros, pero a ochocientos metros sólo tenía un 50 por ciento de posibilidades de dar a un blanco fijo del tamaño de una persona. Teóricamente, esto daba al M40 de Dar, de mayor alcance, una gran ventaja. Pero, desgraciadamente, sólo estaba a trescientos metros de la cabaña, y había menos distancia todavía hasta los dos escondites de tirador, el suyo y aquel al que parecían haberse dirigido Yaponchik y Zuker.

Dar usó las cámaras para observar el despliegue de los rusos. Uno de los hombres, que tenía una metralleta, apareció en el promontorio del sur por debajo de la cabaña, arrastrándose entre la hierba alta. Dos entraron en la zona de bosques que quedaba por encima de la cabaña. Yaponchik y Zuker entraron en el alcance de la cámara en lo alto de la colina... hicieron una pausa... y entonces seleccionaron el menos obvio de los dos puestos de tiro. La cámara de vídeo de Dar les enfocaba a la perfección mientras los dos rusos mayores se acomodaban en el diminuto reducto y colocaban sus armas y equipo.

El corazón de Dar latía salvajemente. «Es hora de llamar a la caballería», pensó. Sacó su teléfono móvil, comprobó que estaba cargado (había comprado una batería de repuesto por si acaso) y levantó el dedo para marcar el número de emergencia del agente especial Warren, que estaba grabado previamente. Y entonces captó otro movimiento en la pantalla de vídeo.

Dar había dispuesto que el monitor fuera pasando de una a otra de las cinco posiciones de cámara. Y ahora veía el Taurus de Syd Olson que entraba y pasaba junto al Suburban, parándose un momento y luego dirigiéndose hacia la cabaña. Justo hacia donde se encontraban los rusos apostados.

«X de exterminar»

Dar pulsó de inmediato el número del teléfono móvil de Syd, que ya tenía programado. Ella no respondió. Dar dejó que siguiera sonando mientras se deslizaba hacia adelante y observaba la zona en torno a la cabaña con los anteojos Leica DBII giroestabilizados.

Y allí estaba ella.

Syd había salido del Taurus con una metralleta Heckler & Koch empuñada y dispuesta, y el bolso que llevaba colgado al hombro apartado a la espalda. Se aproximaba a la cabaña furtivamente, y Dar supuso que había apagado el móvil o le había quitado el sonido. Llevaba un chaleco Kevlar de asalto del FBI, pero la negra armadura colgaba flojamente, sin atar por los costados con las cintas de velcro. Era un blanco perfecto para un disparo al corazón entre las costillas, a aquella distancia.

Dar notó que su pulso se aceleraba y se le ponía la mente en blanco. Había perdido la pista de los dos rusos con armas de asalto, que se encontraban en algún lugar del bosque, no lejos de Syd, y no se le ocurría ninguna forma de ayudarla.

«Concéntrate, maldita sea». Dar luchaba por controlar su respiración y su pulso. Syd se encontraba a quince metros de la puerta de la cabaña en aquel momento, resultó visible a través de los árboles durante un segundo, y luego quedó oculta, y seguía sin encontrar a los pistoleros rusos.

Dar sacó la cabeza lo suficiente para dirigir los binoculares hacia la posición de Yaponchik y Zuker, al oeste de donde él se encontraba. Podía ver justo la parte superior de la cabeza de Zuker y el cañón del SVD de Yaponchik. Zuker estaba mirando por unos binoculares. Dar había memorizado el campo de tiro desde ambas posiciones y sabía que Syd estaría perfectamente visible y al alcance de un tiro de los rusos al cabo de unos pocos pasos. Antes de volver a esconderse en su hueco rocoso, Dar vio a Zuker susurrar algo a la radio.

«Mierda». Los rusos se podían comunicar y Dar no.

Syd llegó al terreno abierto, con la atención concentrada en la cabaña. Tenía un aspecto confuso, como si hubiese esperado una situación diferente. Dio un paso con mucho cuidado, con la metralleta H&K con su mira siempre empuñada y dispuesta, y se volvió para mirar primero hacia la colina boscosa a su izquierda y luego a la puerta de la cabaña, que quedaba delante de ella y a la derecha.

«Está cerrada —pensó Dar, tratando de enviar la información a Syd por pura fuerza de voluntad—. No hay ninguna llave fuera. Está cerrada, Syd».

Dar se acercó a la cara el rifle M40 Sniper, empezó a observar por la mirilla, preparándose para enviar un disparo de advertencia en dirección a ella, y luego tuvo una idea mejor. En lugar del arma, levantó los binoculares.

Syd se dirigía hacia la puerta de la cabaña. Si hubiera dejado la cabaña sin cerrar, los rusos podrían haberla dejado entrar antes de ir a por ella, tratando de cogerlos a los dos. Pero cuando ella intentase abrir la puerta y la encontrase cerrada, una vez se diera cuenta de que él no estaba dentro, Dar no tenía duda alguna de que los rusos la destrozarían.

Dar dejó el M40 a su lado y echó un vistazo al monitor, donde la cámara tres mostraba al tercer ruso, el que se encontraba más cerca del promontorio al sur, a menos de treinta metros del porche, y luego miró de nuevo por los binoculares.

La Leica estaba equipada con un láser de clase uno, pero el dispositivo estaba destinado a enviar destellos telemétricos, no a proyectar un rayo continuo. Sin embargo, apretando hasta el fondo el botón que tenían los binoculares en la parte superior, tan rápido como podía, Dar envió un puntito de láser que parpadeaba y bailaba casi a los pies de Syd.

Ella miró hacia atrás un momento, confusa. Dar esperaba que ninguno de los rusos pudiese ver el parpadeante puntito rojo sobre las agujas de pino. Cuando Syd se dio cuenta de qué era lo que estaba viendo, él apuntó los binoculares hacia su pecho y continuó apretando el botón rojo. El telémetro continuó relampagueando en la pantalla digital que se encontraba a un lado del visor: 264 metros, 263 metros, 262... Pero Dar no hizo caso y mantuvo el puntito rojo relampagueando sobre el chaleco antibalas negro, justo arriba del pecho izquierdo de Syd.

Ella se echó al suelo y rodó sobre sí misma como si se hubiera abierto una trampilla y se la tragase. Sonaron unas leves toses en el bosque, un ruido en el risco que había más arriba, y las balas empezaron a barrer el lugar donde estaba Syd de pie sólo un segundo antes. Dar la mantuvo enfocada en los binoculares el tiempo suficiente para ver cómo rodaba hasta el tronco caído de un abeto y luego las astillas y fragmentos de madera podrida que volaban por todas partes mientras los invisibles pistoleros del bosque continuaban disparando con sus AK-47 con silenciador.

La falta de ruido hacía que los disparos pareciesen irreales. Un segundo después, la realidad se impuso de nuevo cuando Syd levantó su H&K MP-10 por encima del nivel del tronco caído y lanzó una lluvia de balas al azar hacia el bosque. El ruido resultó muy audible, pero el efecto fue nulo.

«¡Muévete! ¡Vete de ahí! No te quedes en ese sitio... ¡Yaponchik te puede disparar a través de ese tronco podrido!».

Aquella vez, la telepatía funcionó, al parecer. Dar vio rodar a Syd justo mientras las balas SVD (el arma de los rusos podía disparar como una semiautomática) atravesaban el tronco de setenta centímetros como si fuera de cartón.

Dar decidió que era hora de intervenir en la lucha. Se acercó al Barrett Cincuenta Ligeró, apuntó al grupo de pinos, abetos y abedules que estaba justo encima de Syd, y abrió fuego. El ruido fue espantoso. Dar había olvidado casi que las primeras cinco cargas que había colocado era munición «sabot» PBL (Penetradora de Blindaje Ligeró) capaz de atravesar diecinueve milímetros de plancha de acero a una distancia de doscientos metros. El efecto en alguno de los árboles fue devastador. Un enorme y joven pino ponderosa quedó completamente cortado a unos cuatro metros por encima del suelo, y se estrelló en el suelo con gran estrépito. Un abeto Douglas gigantesco absorbió uno de los pesados proyectiles, pero los casi cien metros del árbol se balancearon hacia atrás y hacia adelante como si soplara un fuerte ventarrón, mientras las astillas de madera y la savia volaban en todas direcciones.

El fuego rápido no hizo perder la puntería a Dar, aunque había pocas cosas hacia las que apuntar. «Me estoy cargando un montón de árboles», pensó. Los casquillos salían proyectados automáticamente, repiqueteando en la roca que se encontraba al lado de Dar, y ofendían su exquisita sensibilidad de tirador (le habían entrenado para que guardase cuidadosamente todos aquellos

casquillos), pero no hizo caso de los aspectos estéticos de la situación, metió a toda prisa un segundo cargador (cartuchos normales de 12,7 X 99 milímetros esta vez, que disparaban balas de 709) y siguió disparando hacia el bosque, tratando de captar movimientos y llamadas de las bocas de las armas.

El fuego pesado desde arriba debió de sobresaltar a los rusos, porque dejaron de disparar. Syd, al parecer, se había quedado sin munición. Durante un segundo todo fue silencio, excepto el repiqueteo en los oídos de Dar.

«Lo he jodido todo —comprendió demasiado tarde—. Lo he jodido completamente».

Dar desvió el Barrett calibre 50 hasta que la puerta de la cabaña llenó completamente su campo de visión. Metió otro cargador de cartuchos PBL. El primer disparo abrió un agujero de doce centímetros en la madera, por encima del picaporte. El segundo hizo trizas la cerradura. El tercero abrió la puerta de par en par y casi la arrancó de las bisagras.

«Ve, ve, ve», pensó, dirigiéndose a Syd, e hizo algo que podía haber resultado fatal: se incorporó sobre sus rodillas agitando el pesado Barrett 82A1 Cincuenta Ligerito hacia Yaponchik y Zuker, apoyando el arma en la roca. Si ellos ya le habían localizado, Dar sabía que moriría al instante.

Vio de refilón la cabeza de Zuker, los binoculares apuntados a veinte metros más o menos a la derecha de Dar, todavía buscando, y soltó los siete disparos que tenía en el cargador.

Los proyectiles penetrantes parecieron explotar en la roca junto al nicho de los rusos, arrojando chispas y fragmentos de granito a más de diez metros por el aire. Un disparo, demasiado alto, golpeó la roca por encima de la posición de fuego y desencadenó una pequeña avalancha de guilarras y fragmentos. Pero Dar estaba bastante seguro de no haber dado a ninguno de los rusos.

Se dejó caer en su propio escondite, sin ver ya a Syd, y cambió el monitor a la cámara del interior de la cabaña.

Syd había conseguido entrar en la cabaña y estaba agachada junto a la ventana del dormitorio. Los rusos que estaban cerca de la cabaña iban rociando el edificio y la ventana con ráfagas de armas automáticas, arrojando los fragmentos de cristal sobre la cama, astillando la madera, destrozando los cojines del sofá y haciendo que Syd retrocediera para protegerse en un rincón. La puerta todavía estaba abierta de par en par tras ella. Dar vio que Syd se había quedado sin municiones para el H&K MP-10 y había dejado los cargadores extra en el exterior, junto con el bolso que llevaba colgado del hombro. «Y el teléfono», pensó, hoscamente. Syd estaba agachada con su pistola Sig Pro de 9 milímetros cogida con ambas manos, de cara a la puerta abierta y obviamente esperando que el primero de los rusos entrara por aquella abertura.

Dar sacó su teléfono de la funda que llevaba a la cintura y marcó el número de la cabaña. No se apreció el sonido en el diminuto monitor de televisión, pero vio saltar a Syd y mirar hacia el teléfono.

«Contéstalo —pensó Dar—. Por favor, contesta».

Hubo un breve alto en el fuego de los rusos y Syd se arrojó hacia el teléfono, lo cogió de la mesa y volvió a colocarse en el rincón. Dar continuó cambiando la visión desde el pequeño monitor hasta la mira del Cincuenta Ligerito, dispuesto a detener a los rusos si intentaban asaltar la puerta abierta.

—¡Syd!

—¿Dar? ¿Dónde estás?

—Subiendo la cuesta... ¿Te han dado?

—Negativo.

—Bien, escucha. Hay una trampilla que va a parar al sótano... la abertura está justo en el extremo de la alfombra larga que hay a la derecha de la cama, a unos cuatro metros de donde te encuentras tú... las llaves están tapadas con la bandeja del hielo, en la nevera...

—Dar, ¿cuántos...?

—Tienes a dos rusos en el bosque que queda encima de ti, con AK-47 silenciados —dijo Dar—. Yaponchik y Zuker tienen rifles de tirador allá arriba, en la colina. Hay un tío al sur de la cabaña... —Dar activó la cámara cuatro al sur de la colina. El ruso estaba debajo del porche y dirigiéndose hacia el lateral de la cabaña, obviamente dispuesto a irrumpir por la puerta de atrás—. Debajo del porche, disponiéndose a entrar —acabó Dar—. ¡Coge las llaves! ¡Ve!

Disparó fuego de cobertura hacia los árboles mientras veía cómo la diminuta imagen de Syd pasaba por la habitación, sacaba la bandeja del hielo del congelador, agarraba la pequeña cajita de cuero y corría de nuevo al lado de la cama.

Yaponchik y Zuker empezaron a disparar. Dar oía las tosecillas de sus silenciadores, pero más impresionante resultaba el astillamiento de la pared norte a medida que los proyectiles de 7,62 milímetros iban golpeando la delgada madera donde Syd había estado agachada, en el rincón, un momento antes. Las balas hicieron añicos la lámpara favorita de Dar y destrozaron todo el entarimado de madera.

Dar quería tumbarse y ponerse a cubierto, sabiendo muy bien que los dos tiradores estarían echados, fuera de la vista, pero tenía que comprobar que Syd había conseguido entrar en el sótano.

Ella estaba trasteando con las llaves, arrastrando el teléfono hacia ella a través del suelo mientras tanto.

—No encuentro la maldita...

—La llave más estrecha —dijo Dar—. Esa.

La trampilla se abrió al fin y se encendió la luz del sótano. Syd miró a su alrededor. El tercer ruso llegó a la puerta del porche y abrió fuego. Syd se echó detrás de la trampilla levantada, pero las balas dieron en la madera barnizada y la hicieron caer hacia atrás. Syd se cayó dentro del sótano y Dar vio su pistola de 9 milímetros resbalando por el suelo. Obviamente, le había saltado de la mano por la fuerza de la trampilla al golpearla. Sólo podía rogar que la trampilla de madera forrada de metal hubiese conseguido detener las balas.

Las cámaras de la cabaña mostraban a los otros dos rusos que se acercaban ahora a la puerta principal, cubriéndose el uno al otro mientras el uno se arrodillaba y el otro se quedaba inmóvil de pie, con ambas armas girando para apuntar hacia todas direcciones. El tercer ruso, cerca de la trampilla, dio un grito de «todo despejado» y señaló hacia el suelo.

El ruso que estaba junto a la trampilla sacó algo que llevaba en el cinturón.

«Mierda —pensó Dar—. Una especie de granada».

Antes de que Dar pudiese disparar, el primer ruso que entró en la habitación levantó la trampilla, dejó caer la granada y se apartó de un salto de la entrada. La explosión abrió la trampilla. Dar vio que la luz del sótano se había apagado y la entrada era sólo un cuadrado negro en la pulida superficie de la madera, y entonces vio a los tres rusos reunirse en torno a la trampilla y apuntar sus armas hacia la oscuridad.

Usando el monitor de vídeo como punto de referencia, Dar apuntó el Cincuenta Ligero y disparó los dos cargadores de PBL. El primero penetró en la pared, justo a la izquierda del marco de la ventana, y dio al ruso que había soltado la granada. La bala de gran penetración le entró por la parte de la espalda y le destrozó la columna, los órganos internos y la caja torácica, y salió de la cabaña atravesando con un enorme agujero las ventanas de la pared sur. El segundo proyectil PBL dio de lleno en la cabeza del cadáver y la voló.

Vio a los otros dos rusos estremecerse y caer al suelo, uno de ellos recibiendo en los brazos y la cara sin protección el impacto de los fragmentos de cráneo.

Dar cambió de blanco y los situó donde se encontraba el asesino ileso, echado en el rincón, justo en el mismo sitio donde se encontraba Syd un momento antes, y disparó los tres proyectiles PBL que le quedaban en el cargador a través de aquella pared. Dos de los proyectiles fallaron, pasaron altos, porque el ruso estaba agachado en posición fetal, pero el tercero le dio justo por encima del tobillo, le voló el pie y lo lanzó junto con un trozo de hueso de la espinilla al otro lado de la habitación, casi dando de lleno al último ruso agazapado.

Dar cogió otro cargador y sólo entonces se dio cuenta de que él mismo también se encontraba bajo un fuego intenso.

Tanto Yaponchik como Zuker habían estado disparando sin cesar. Las pesadas balas de 7,62 milímetros iban dando a las rocas hacia el este, oeste y norte de donde él se encontraba. Algunos de los disparos mejor dirigidos enviaron las balas a través de su hueco este-oeste, y las balas pasaron silbando sólo a unos pocos centímetros por debajo de sus botas, antes de rebotar arriba y abajo. Los otros rebotes (los que procedían de las losas ladeadas que se encontraban por encima y por detrás de él) eran tan peligrosos como había temido.

Las balas rebotaban y daban en su mochila. Otra bala acertó en sus binoculares Leica y los mandó a gran distancia por encima del desfiladero. Luego, una bala dio en la espalda de su chaleco antibalas de la Marina, directamente entre sus omoplatos. El impacto no era demasiado malo, pensó. No peor que el de alguien que te golpea en la espalda con un mazo. Le dejó sin respiración durante un minuto entero y le nubló la vista, que se puso roja como cuando hacía un triple rizo en el planeador.

«Quizá haya penetrado y me haya roto la columna», pensó, oscuramente, tocándose la espalda. Había un bonito agujero en su camisa de camuflaje, pero el pesado chaleco que llevaba debajo se encontraba intacto. Podía notar incluso la bala aplastada contra la fibra cerámica y metálica. «Dios mío —pensó, sobrecogido—, y sólo es un rebote a 280 metros... gran parte de la velocidad inicial que llevaba la bala se ha perdido».

Había implicaciones tanto físicas como filosóficas que considerar, pero antes de que Dar pudiera concentrarse de nuevo mental y físicamente, otras balas silbaron a su alrededor. Miró el monitor de vídeo.

El último ruso superviviente (o al menos el último hábil) de la cabaña había ido reptando hacia la

trampilla abierta, y ahora estaba acribillando el sótano con su AK-47.

Dar no veía cómo podía haber sobrevivido Syd si se encontraba en el corredor del sótano, en lugar de estar en el almacén, pero decidió que de todos modos sería mejor matar a aquel ruso.

El problema de aquel plan era que los proyectiles PLB podían penetrar en el suelo, así como dar al último de los rusos, y matar a Syd, si se encontraba herida en el pasillo del sótano. La «cámara de seguridad» de Dar estaba forrada de acero, pero el pasillo del sótano sólo estaba separado de sus proyectiles penetrantes por un suelo normal y corriente. Quitó el cargador de proyectiles PLB, cogió uno de munición normal del calibre 50 y después de darle unos golpecitos en la piedra que había a su lado lo cargó en el Cincuenta Ligero.

Sin hacer caso del fuego del tirador que iba arrancando fragmentos de roca de las piedras que había sobre él, que le caían detrás y a su derecha, Dar usó el monitor para ver al ruso mientras procuraba controlar la respiración, fijó bien la retícula con dos finas rayas en el fragmento de pared detrás del cual se encontraba el ruso y suavemente apretó el gatillo.

No salió bien. Los primeros tres proyectiles del calibre 50 penetraron en la pared con bastante facilidad, pero también se vieron desviados ligeramente, y acabaron por estrellarse a los lados del ruso. Además, a Dar le pareció que aquellos proyectiles estaban penetrando en el suelo. Tendría que usar el M40 y confiar en meter un disparo por la ventana.

El ruso estaba distraído por los proyectiles de pesado calibre que llovían a su alrededor, y miró por encima del hombro a la pared perforada. Dar vio en el monitor que el ruso estaba llamando a su compañero situado en la esquina, pero el hombre, que acababa de perder el pie, estaba enroscado y hecho un ovillo, evidentemente inconsciente. Se podía apreciar un charco oscuro alrededor de su pierna.

Cuando Dar cogió el Remington 700 modificado del escondrijo situado bajo un saliente de la roca, una bala rebotó dos veces y pasó rozando la parte superior de sus muslos, justo por debajo de las nalgas. Dar rechinó los dientes en lugar de gritar, y se volvió a mirarse por encima del hombro. No veía nada porque el chaleco y la camisa de camuflaje abultaban mucho, pero cuando se llevó la mano derecha a la parte posterior, la retiró ensangrentada. Decidió que seguiría actuando como si aquella herida sólo hubiese afectado a la grasa y el músculo, y desde luego a ninguna arteria importante. Pronto sabría si estaba equivocado o no.

Dar atisbo por la mira Redfield, sin dejar de observar el monitor de televisión, que milagrosamente había sobrevivido a los rebotes de las balas hasta el momento, con el ojo izquierdo abierto. Como los científicos que usan un microscopio o telescopio, a Dar le habían enseñado como tirador a concentrarse en el ojo que tenía puesto en la mira manteniendo el otro abierto, para ayudar a calcular la distancia y la visión periférica.

El ruso de la cabaña parecía haberse distraído con las balas del calibre 50. Ahora ya se había apoyado en una rodilla y atisbaba hacia la oscura abertura del sótano, esperando ver un cadáver para informar a Zuker y Yaponchik antes de abandonar la zona a toda prisa.

El ruso se inclinó hacia adelante, atisbando hacia la escalera. De pronto, se vio un relámpago y el óvalo blanco de la cara del pistolero en el monitor se convirtió en un borrón irregular de grises y negros. El cuerpo saltó disparado hacia atrás y aterrizó con los brazos abiertos, y el AK-47 salió disparado y cayó al suelo.

Dar siguió apuntando y observando. Las balas silbaban por encima de él y una rebotó a menos de un milímetro de su oído derecho. Una parte de la mente de Dar, más calmada, le informaba de que el fuego que estaban disparando contra él había disminuido de volumen. Obviamente, sólo había un SVD disparando contra su posición ahora, lo cual significaba que Yaponchik o Zuker, probablemente Zuker, se habían desplazado para cogerle desde el flanco, pero el principal punto donde se concentraba la atención de Dar en aquel momento era el cuadrado vacío en el monitor de vídeo.

La cabeza y los hombros de Syd aparecieron rápidamente, y una escopeta más rápido todavía. Syd se volvió hacia ambos lados, manteniendo el arma apuntada, y vio a los tres rusos muertos, pero aun así siguió controlando todos los rincones visibles de la cabaña.

Dar tuvo que sonreír. Syd había encontrado la escopeta Remington 870 que él había dejado en el pasillo, probablemente había abierto la puerta del almacén y quizá se había escondido en la habitación o al fondo del todo, detrás de la puerta de acero, mientras le lanzaban la granada y la atacaban con los AK-47, y al final salía a encontrarse con sus atacantes.

Dar cogió el teléfono móvil que llevaba al cinto para llamarla. El móvil había quedado destrozado por un disparo.

«Mierda» —pensó.

La vio correr hacia el receptor del teléfono que seguía en el suelo, pero entonces vio que también el teléfono estaba hecho trizas por un disparo de uno de sus proyectiles del calibre 50. La vio arrojar el auricular a un lado y luego agacharse junto al ruso al que le faltaba un pie. Sacó una radio del cinturón de él y el micrófono del lugar donde lo tenía sujeto, en el hombro izquierdo. Dar la vio escuchar y recordó que sabía ruso.

«Buena chica», pensó, alegrándose de que Syd no pudiera oír aquel comentario sexista. No se podían comunicar entre sí en aquel momento, pero al menos ella podía obtener alguna información de cómo planeaban subir la colina los dos rusos que habían sobrevivido.

Cosa que le recordó a Dar que debía abandonar su posición antes de que apareciera Zuker detrás de él y abriera fuego en la trinchera de piedra.

Los disparos de SVD todavía estaban golpeando violentamente las rocas sólo unos centímetros por encima de la cabeza de Dar, y la puntería era tan buena que Dar supo, instintivamente, que se trataba de Yaponchik, el tirador de élite, el que disparaba, habiendo ordenado a su observador que se desplazara hasta el flanco de Dar.

Por supuesto, Dar se había preocupado de elegir una posición que no resultara tan fácil de flanquear. Su campo de visión y zona de blancos fáciles todavía dominaba el espacio que tenía cerca, hacia el lado norte de la cabaña, de modo que resultaba dudoso que Zuker bajara en aquella dirección para cruzar el desfiladero en la parte en que éste se hacía menos hondo. No parecía nada probable que Zuker bajase por el desfiladero, esperando que hubiese alguna forma de trepar por la pared vertical del este, sin que Dar le oyera llegar. Así que Zuker había dejado el escondrijo y se dirigía hacia el nordeste, cerca de los riscos, casi con toda seguridad moviéndose muy despacio entre el espeso bosque y el follaje, esperando, o sabiendo quizá, que podía cruzar por algún sitio fácilmente hacia el punto donde el desfiladero se estrechaba y se hacía más profundo. Dar sabía que los rusos habían estado allí antes, así que imaginó que habrían rastreado toda la zona. Cualquier tirador como Dios manda lo habría hecho. Aquello significaba que ambos sabían que existía un árbol

caído que cruzaba el desfiladero cerca de la cascada... la cascada de Reichenbach, como la había bautizado Dar de forma extraoficial. El enorme abeto había caído hacía muchos años y estaba resbaladizo por el agua que salpicaba desde la cascada, y completamente cubierto de musgo. Las paredes del desfiladero se abrían sobre el tronco desde unos pequeños barrancos, espesamente arbolados, a cada lado. Dar estimaba que el desfiladero debía de tener unos veinte metros de profundidad en aquel punto, con unas cornisas que sobresalían y abajo sólo unas rocas escarpadas.

Dar metió el Cincuenta Ligero bajo la cornisa para protegerlo de los intencionados rebotes de Yaponchik y echó un último vistazo al monitor. Syd estaba agazapada junto a la ventana, con la escopeta Remington cruzada sobre los brazos, obviamente esperando a que se desarrollaran los acontecimientos. El tomó su rifle M40 y fue reptando lentamente para salir retrocediendo de la trinchera, se deslizó por debajo del risco rocoso y las piedras que había allí, fuera del alcance de los disparos de Yaponchik por vez primera.

Perdió diez segundos comprobando la gravedad de su herida. La parte de atrás de las piernas le ardía como si le hubieran marcado al rojo, pero la sangre ya se estaba coagulando, empapando sus desgarrados pantalones y dejándolos tiesos, de modo que la herida no podía ser grave. La tocó con rapidez y comprobó que en realidad era sólo un arañazo poco profundo, quizás algo más hondo en la pierna derecha que en la izquierda. También le sorprendió comprobar que la bala rebotada que había destruido su móvil había atravesado también el cinturón que llevaba y había quedado incrustada en su costado izquierdo, justo debajo de la piel y encima del hueso de la cadera. No le dolía más que si fuera un simple golpe, pero Dar sabía que se le había metido dentro un poco de tela sucia, así que habría que limpiar la herida, quitar la bala y colocar una venda para evitar que se infectara.

«Ya me ocuparé de eso más tarde», pensó, y empezó a correr hacia el norte por el bosque, manteniendo el rifle a punto y haciendo el menor ruido que pudo en aquel bosque tan espeso. Procuró que su cabeza no asomara nunca por encima de las rocas que corrían a lo largo del desfiladero, para no ponerse en el ángulo de visión de Yaponchik. Le dolían las piernas y se dio cuenta de que el arañazo también le había afectado a las nalgas, al igual que a la parte trasera de las piernas. «Qué indigno», pensó. Oyó sus propios jadeos y el repiqueteo de los cargadores de repuesto de munición M40 que llevaba en los bolsillos de los pantalones de camuflaje y en la camisa.

Dar sabía que corría para salvar la vida. Si Zuker había pasado ya el puente del tronco, habría llegado primero y habría encontrado una buena posición de tiro, y podría matar con toda facilidad a Dar cuando éste subiera la cuesta a través de los árboles. Pero la memoria subliminal de Dar le confirmó que Yaponchik no llevaba tirando solo mucho tiempo antes de que Dar lo hubiese notado y hubiese decidido por tanto cambiar de posición.

Y lo más importante de todo: los tiradores están entrenados para actuar con sigilo y precaución, y era una absoluta estupidez para ellos correr ciegamente a través de los bosques como estaba haciendo Dar. Zuker no estaba, ni mucho menos, tan desesperado como Dar en aquellos momentos, y Dar lo sabía. Lo más probable era que no se moviese con tanta rapidez.

Dar llegó al barranco poco hondo, de no más de un metro y medio de profundidad, lleno de helechos y zarzas, que se extendía unos cuatro metros hasta el árbol caído que cruzaba el desfiladero. Seguía vivo. Por el momento, la cosa iba bien. Pero jadeaba tan fuerte que no oía si había alguien más entre la maleza, con él. Desabrochó el seguro de la funda de su cuchillo K-Bar, pensando que había tenido mucha suerte de que la vaina no hubiese saltado del cinturón junto con el teléfono móvil,

y empezó a arrastrarse hacia el árbol, con el rifle en ristre.

En aquel lado del desfiladero no había nadie más que él. El tronco parecía más largo y estrecho de lo que Dar recordaba, y el desfiladero mucho más hondo. Chorreones de agua salpicaban desde las rocas a abajo. Dar sabía que aquella fisura, no demasiado honda, pero aun así muy grande, se prolongaba varios centenares de metros hacia el norte, bordeada casi todo el camino por el risco rocoso. Para cruzar hasta allí, un tirador tendría que salir de los árboles y exponerse junto a aquel risco.

Dar contuvo el aliento y atisbo a través de los helechos a los seis metros de tronco caído. La musgosa superficie estaba húmeda. Sólo una vieja rama podía servir como asidero a lo largo del camino, y Dar estaba seguro de que estaba podrida y que no soportaría su peso, si tenía que agarrarse a ella. A menudo había examinado aquel tronco en sus excursiones por la montaña, pero nunca lo había utilizado para cruzar. ¿Por qué hacer semejante cosa? Habría sido una verdadera estupidez.

Dar se puso de rodillas y dejó al descubierto cabeza y hombros, invitando al disparo si Zuker le esperaba al otro lado del desfiladero. Aquella habría sido la estrategia de Dar si hubiera estado allí solo: esconderse y esperar a que Zuker cruzara por el tronco. Pero no estaba solo. Syd estaba atrapada en la cabaña, y Yaponchik podía ir a por ella en cualquier momento.

Pasaron diez segundos y no sonó el disparo fatal. Dar se colgó el M40 cruzando la espalda (difícil de alcanzar, pero así no se le caería por el desfiladero, de no ser que él cayese también), y luego saltó hacia el tronco y empezó a atravesar el barranco.

Pavel Zuker, un hombre delgado y de rostro enjuto, saltó al otro lado del tronco en el mismo instante. Dar no supo cuál de los dos se sorprendió más. Zuker no había visto a Dar desde su punto de observación en el barranco de enfrente, y Dar ciertamente no había avistado al ruso antes de aquel momento.

Ambos se habían colgado el rifle a la espalda de forma similar, y no había tiempo ni tenían el equilibrio suficiente para descolgárselos, de modo que cada uno de ellos fue a por el arma que llevaban al cinto. Dar sacó su cuchillo K-Bar. Zuker sacó una pistola fea y pequeña, semiautomática, y apuntó a la cara de Dar. Ambos habían llegado demasiado lejos para retroceder, y ahora sólo les separaba una distancia de tres metros, más o menos. Dar se quedó inmóvil.

—Qué cosa más tonta, más típica de americanos —exclamó Zuker, con un cerrado acento—. Traer un cuchillo a una batalla con armas de fuego.

«Un chiste muy malo», pensó Dar, agachándose detrás de una rama que sobresalía. Sujetando todavía el cuchillo K-Bar con la mano derecha, Dar usó la bota derecha para darle una fuerte patada a la rama, justo en el lugar donde se unía con el tronco.

La rama se rompió, justo como Dar había imaginado, pero no sin balancear todo el tronco veinte grados hacia la derecha y luego otra vez hasta su posición inicial.

Zuker disparó dos veces, y la segunda bala pasó un par de centímetros por encima de la cabeza de Dar. Entonces el ruso se dejó caer a horcajadas sobre el tronco, agarrándose con la pierna izquierda hasta que se detuvo el balanceo, y trató de estabilizar la pistola con el brazo derecho. Volvió a disparar.

Dar estaba preparado para el súbito movimiento y mantuvo el equilibrio, aun en el momento en que

saltaba hacia adelante, empuñando el cuchillo, y agarró con la mano izquierda la muñeca derecha de Zuker. La bala de nueve milímetros le dio en el costado izquierdo y resbaló en el pesado chaleco de Dar, pero le hizo perder el equilibrio. Habría caído si no se hubiera dejado caer también a horcajadas encima del tronco.

Los dos hombres estaban ahora a sólo unos centímetros de distancia el uno del otro. Zuker agarraba y sujetaba la mano en la que Dar llevaba el cuchillo, y Dar agarraba con desesperación la mano de la pistola de Zuker, que mantenía apuntado el cañón sólo a unos centímetros de su frente. Zuker disparó de nuevo. La bala se llevó un pequeño fragmento de la oreja izquierda de Dar. Todo el tronco se balanceaba convulsivamente. Dar oía el agua golpeando las aristas de la roca que se encontraba a veinte metros por debajo de ellos, y notaba las salpicaduras y el sudor que aflojaba su presa de la muñeca derecha del ruso. Estaban ahora cara a cara. Dar olía el aliento del hombre y veía con facilidad la empuñadura, con muescas para los dedos, de la Kahr de nueve milímetros, así como el punto de mira de color amarillo fluorescente y la fea pintura naranja del alza.

Los dos lucharon en sudoroso silencio. La parte más fría y analítica de la mente de Dar enviaba mensajes («la CAC o Customs Arm Kahr tiene un tirón de gatillo de 3,3 kg») mientras que la mayor parte de su cerebro, lleno de adrenalina, decía a la inútil parte analítica que se callara, por el amor de Dios. Dar se dio cuenta de que, aunque él era un poco más fuerte que el nervudo ruso, Zuker le iba a ganar en aquel combate. Lo único que tenía que hacer el tirador ruso era doblar la muñeca lo suficiente para que el cañón de su arma apuntase a la cabeza de Dar, mientras que él tenía que volver el cuchillo y hundirlo para llegar al contacto. Aunque retorció y apartaba la cabeza todo lo que podía para quitarla del ángulo de tiro, tenía que cambiar de estrategia.

Mientras la negra boca del cañón iba volviéndose inexorablemente hacia la sien de Dar, éste echó súbitamente la cabeza y los hombros hacia atrás, en lugar de empujar hacia adelante, y se soltó el brazo derecho agitándolo con violencia. Casi perdió el cuchillo, pero consiguió sujetarlo mientras se inclinaba hacia atrás y Zuker disparaba, rozando el cuero cabelludo de Dar en esta ocasión. Entonces Dar movió el cuchillo de lado, por debajo y rápidamente, bajo el brazo izquierdo del ruso, dedicando más energía a aquel movimiento de la que creía que pudiera disponer su cuerpo en aquellos momentos, le apuñaló en el vientre con un movimiento vertical y luego tiró con tanta fuerza como pudo, exactamente tal como le habían enseñado en la isla de Parris hacía más de dos décadas y media.

El ruso dijo: «aag» al perder el aliento, pero luego sonrió ampliamente, mostrando unos dientes muy poco cuidados, casi todo metal...

—Chaleco de Kevlar, estúpido americano —dijo Pavel Zuker, y entonces, con ventaja sobre Dar en aquella extraña coreografía, hizo girar más su arma. La presa de Dar resbaló un poco más, hasta que la mira delantera amarilla quedó apuntada directamente hacia el ojo derecho de Dar.

De repente, la sonrisa de Zuker se desvaneció y se quedó pensativo, casi un poco decepcionado. Dar recordó haber visto la misma expresión en la cara de sus amigos de la infancia, cuando sus madres les llamaban justo en el momento en que el juego se ponía más emocionante.

Zuker se miró el vientre y vio la sangre que salía a borbotones y salpicaba el mango del cuchillo K-Bar y el puño apretado de Dar. Ahora tenía el ceño fruncido y estaba verdaderamente confuso.

Dar quitó la pistola Kahr de la mano de Zuker, repentinamente sin fuerzas, y luego agarró el

chaleco del ruso, pero Zuker ya se iba jadeando, resbalaba, caía... adiós. Lo último que vio Dar fueron los ojos del ruso, todavía alerta y reflejando una pregunta sin formular, aunque la sangre ya había dejado de regar el cerebro del tirador. Y entonces el hombre se perdió de vista entre la corriente. De pronto Dar se vio obligado a recuperar el equilibrio, mientras el tronco del árbol se balanceaba ante el enérgico movimiento de Dar al recuperar el cuchillo de las tripas de Zuker. Dar clavó el cuchillo con fuerza en el centro del tronco y se agarró a él con ambas manos, hasta que el balanceo cesó. Jadeaba con fuerza y su cuerpo se debatía, no sabiendo si vomitar ahora o más tarde. Dar miró hacia abajo entre la neblina al cuerpo roto que yacía veinte metros por debajo. El agua corría teñida de rojo desde el cadáver. La pálida cara de Zuker todavía estaba perpleta, con la boca abierta, como si intentase preguntar algo.

—El Kevlar no sirve contra la hoja de un cuchillo —jadeó Dar, respondiendo postumamente a la pregunta de Zuker—. Especialmente, las hojas rociadas con teflón.

«Sería buena idea salir de este maldito tronco», sugirió como al descuido la parte analítica de su mente, desterrada hasta entonces.

Dar se puso a cuatro patas y gateó los tres metros que faltaban hasta el otro lado. Subió con dificultad al final, al barranco poco hondo que había en el otro lado, y vio las huellas de las botas de Zuker en el lugar donde éste se había escondido detrás de un hueco en la roca antes de decidirse a cruzar. Dar era agudamente consciente de que su cuerpo de mediana edad le pedía que dejara ya la acción para otro día.

Pero se negó a tal idea y fue arrastrándose lentamente hacia la parte superior del barranco. Se enfundó el cuchillo K-Bar después de limpiar cuidadosamente la hoja en los helechos, y luego descolgó su M40.

Había cuatro posibilidades. Sabía que Yaponchik no estaría ya en el escondite de francotirador. O bien habría bajado al pie de la colina para acabar con Syd, o habría corrido hacia su Chevy Suburban, o habría tomado otra posición adecuada para esperar a tener a tiro a Dar. O bien estaba llevando a cabo una combinación de las tres acciones precedentes.

Poniéndose de pie con gran lentitud y ahuyentando de su mente el demonio de la katalapsis que amenazaba con poseerle, Dar sujetó el rifle entre los brazos y empezó a desplazarse hacia el oeste entre los árboles.

«Y de Yaponchik»

Dar fue gateando en dirección oeste de forma lenta y furtiva, tal como exige el manual del buen tirador. Mantuvo la cabeza agachada, con el mapa mental del terreno bien claro, consciente de la posición del sol, aprovechando todos los objetos que podía para cubrirse y todo el camuflaje natural que tenía a su disposición, con el rifle entre los brazos mientras iba reptando hacia adelante lentamente, apoyándose en codos, vientre y rodillas. Aquel avance de cien metros por hora le habría supuesto un premio en Quantico, pero pronto Dar se dio cuenta de que a aquel ritmo de avance tan profesional, llegaría a la cabaña tres semanas después de que Yaponchik hubiese matado a Syd y salido huyendo.

Hizo una pausa para pensar en ello, usando la mira Redfield para examinar el terreno que tenía a la derecha y el claro que había a la izquierda, cuando un repentino disparo de SVD y otros mucho más bajos, como un carraspeo, de armas automáticas, le ayudaron a decidirse.

Durante un segundo Dar pensó que el inconfundible doble chasquido del AK-47 mal silenciado significaba que había un sexto ruso por allí, pero luego se dio cuenta de que había subestimado a Syd. Se le había acabado la munición del H&K, seguramente, pero en la cabaña, a su disposición, había al menos tres AK-47, y los rusos llevaban cargadores de munición de repuesto en cantidades industriales. Syd estaba lista para el ataque, y era evidente que había atacado.

El rifle SVD con silenciador de Yaponchik volvió a sonar de nuevo, en suaves tableteos de tres disparos cada vez, y Dar se fijó en la localización. Colina abajo, a unos ochenta metros a su izquierda. El AK-47 tosió con fuerza como respuesta, desde la cabaña.

Dar cerró los ojos un momento para visualizar los últimos minutos. Yaponchik había hecho todo lo contrario de lo que él esperaba y había descendido... cosa comprensible, según ahora se daba cuenta Dar. El experto tirador ruso había abandonado el terreno superior, pero también se había acercado más a su vehículo al elegir un lugar que probablemente era perfecto para sorprender a Dar en su camino, puesto que éste prestaba más atención a la colina que tenía por encima.

Dar sabía que Yaponchik no se había mostrado a la vista de Syd desde las puertas o ventanas de la cabaña, cosa que significaba que Syd se había desplazado al exterior. Dar imaginaba que ella había salido por la puerta del sur, había bajado, y luego había vuelto a subir cerca del aparcamiento, probablemente ocultándose entre las rocas que había por allí. Seguramente ella había vislumbrado a Yaponchik mediante la óptica del AK-47. Dar se dio cuenta de que no se sentiría nada celoso si era ella quien mataba a aquel hijo de puta ruso en lugar de él, pero por lo que parecía, Yaponchik estaba todavía vivo y coleando.

Dar se puso de pie y corrió como alma que lleva el diablo entre los arbustos bajos, tropezando y tambaleándose, y hasta se cayó en una ocasión, pero no perdió ni el rifle ni el cuchillo, y bajó la ladera a saltos. Veía la roca hacia la que se encaminaba y estimó que se encontraba a unos cincuenta metros al este de la posición de Yaponchik. Desde allí, él y Syd podían coger al ruso en un fuego cruzado sin ponerse en peligro el uno al otro.

Dar se deslizó de bruces detrás de la piedra mientras tres disparos del SVD daban de lleno en la parte superior de ésta. Yaponchik no le habría visto seguramente, pero era obvio que sí le había oído acercarse. «Bien». Dar se agachó detrás de la roca, dispuesto a disparar por el lado oeste cuando Yaponchik devolviese el fuego a Syd, si lo hacía. Pero aunque el AK-47 tosió un par de veces más, no hubo respuesta del rifle del tirador.

«Mierda —pensó Dar—. Se está retirando».

Llegó una andanada de fuego de SVD silenciado desde cerca de la zona del aparcamiento, y Dar oyó gritar a Syd, desde lejos:

—¡Dar, está disparando contra nuestros coches...! —Y luego más toses de SVD y luego el silencio.

Dar se movía de nuevo, arrastrándose colina abajo y manteniendo los árboles más espesos entre su persona y la zona de aparcamiento, pero tratando al mismo tiempo de flanquear a Yaponchik.

Alcanzó el borde del claro de la cabaña y repasó rápidamente la situación. Todos los neumáticos del Land Cruiser y el Taurus estaban reventados. Veía a Syd justo al oeste de la cabaña, acurrucada detrás de una piedra que la protegía, pero no había ni rastro de Yaponchik. Silbó una sola vez.

Syd le vio y gritó:

—¡Ha bajado a la carretera a pie! ¡Tenía miedo de salir porque no sé qué alcance tiene su arma!

—¡Quédate donde estás! —gritó Dar—. ¡Quédate en el lado este de la piedra!

Fue hacia ella, moviéndose de roca en roca y de árbol en árbol, a la carrera, haciendo eses al pasar por las zonas descubiertas, y esperando que Syd pudiera devolverle el tiro limpiamente a Yaponchik si le mataba entonces.

Pero llegó sin recibir ningún disparo, y se tiró detrás de la roca que estaba al lado de Syd. Veía que ella tenía sangre en las manos y la cara, que estaban llenas de arañazos.

—¡Te han dado! —dijeron los dos al mismo tiempo.

—No, estoy bien —respondieron los dos, también simultáneamente.

Dar meneó la cabeza y tocó el brazo derecho de Syd, mirando los cortes que tenía en las muñecas y las manos. Se dio cuenta de que las laceraciones de su cara eran más aparatosas que graves.

—¿Metralla? —inquirió.

—Sí. Estaba detrás de la puerta, pero rebotó mucho acero por el pasillo cuando el tío ese tiró la granada —dijo Syd en voz baja, todavía agachada—. Tienes sangre en todo el cuerpo, Dar.

Dar bajó la vista a su chaleco.

—Toda ésta es de Zuker —explicó.

—¿Está muerto? —inquirió ella.

Dar asintió.

—Pero en el costado... y detrás... —dijo Syd—. Date la vuelta.

Dar lo hizo, notando punzadas de dolor en el costado derecho y la parte posterior de ambas piernas.

—Ésa no es sangre de Zuker. Parece que te han pegado un tiro en el culo.

—Fantástico —refunfuñó Dar, sintiéndose mareado de pronto.

Syd le quitó unos jirones de los pantalones de camuflaje para examinar mejor la herida.

—Lo siento. Es un arañazo, pero es profundo. Ya casi no sangra. Tienes la oreja llena de sangre. ¿Y el costado, debajo del chaleco?

—Un rebote —dijo Dar—. Justo debajo de la piel. No es grave. Concentrémonos en Yaponchik.

Atisbaron por los dos extremos de la piedra, volviendo a esconder la cabeza al momento. No hubo disparos. El Land Cruiser y el Taurus yacían tristemente sobre sus neumáticos chafados.

—Creo que se ha largado —dijo Dar—. En busca del Suburban.

—Está aparcado a menos de un kilómetro por la carretera... —empezó Syd.

—Ya lo sé —Dar se frotó la mejilla, olió la sangre y se miró las manos. Se frotó la palma de la mano derecha contra la pernera del pantalón, pero no sirvió de nada.

—Voy a perseguirle... —empezó Syd de nuevo.

—Chsss. Dame un segundo —exclamó Dar. Cerró los ojos, recordando la carretera de acceso y las distancias lo mejor que podía. Dudaba de que Yaponchik bajara corriendo hasta la carretera. En primer lugar, sabía que la furgoneta y el coche podían avanzar con las llantas. Lo más probable era que hubiera emprendido una retirada táctica, moviéndose de un escondite a otro, y esperando que le persiguieran.

Dar supuso que todavía le quedaban unos minutos antes de que Yaponchik llegase al Suburban. Después de aquello, el tirador ya sería problema del FBI. Pero...

Había una parte del camino de acceso que era visible desde la cabaña: una curva cerrada con un acusado declive en el lado noroeste, y ningún árbol por aquel lado. Estaba a un kilómetro y medio de distancia, no lejos de donde el camino de acceso se encontraba con la carretera.

Cualquier vehículo sería visible en el hueco sólo unos segundos antes de girar hacia la derecha de vuelta a los árboles, y luego hacia la carretera. Tenía tiempo.

Dar tendió el M40 a Syd.

—Usa esto mejor que el AK-47 si vuelve. —Al despojarse del pesado chaleco, notó por primera vez que ella llevaba unos binoculares colgando con una tira alrededor del cuello—. ¿De dónde has sacado eso?

—Del ruso al que has dejado sin pie —dijo Syd.

—¿Está muerto? —ahora que lo pensaba, a Dar le parecía lógico lo de los binoculares: Yaponchik querría usar de observadores a tantos colegas como pudiera.

Syd negó con la cabeza.

—Está inconsciente y en estado de shock, pero le he hecho un torniquete con el cinturón. Ha perdido mucha sangre. Morirá si no vienen pronto los buenos.

—No podemos llamar... —empezó Dar, y se calló al momento cuando Syd sacó su móvil.

Obviamente, se había entretenido en recoger el bolso de la parte delantera de la cabaña.

—Warren ya está de camino —dijo ella.

Dar asintió. Era un motivo más para agacharse allí a buen recaudo y dejar las cosas por aquel día. Se quitó el pesado chaleco y lo tiró al suelo, diciendo:

—Ten cuidado. Usa mi rifle de cerrojo si aparece Yaponchik. Volveré dentro de un par de minutos.

Dar corrió como un gamo, y se dio cuenta de que duele mucho correr con un arañazo producido por un 7,62 milímetros en la parte posterior de las piernas, y más ahora que el flujo de adrenalina había remitido algo. Resultaba especialmente doloroso deslizarse por el promontorio herboso que había detrás de la cabaña, correr por el largo porche, trepar para encontrar el sendero que pasaba junto al furgón de ovejas y bajar por la empinada colina encima de la entrada a la mina de oro, para llegar hasta el desfiladero. Notaba que la sangre fresca empapaba sus maltrechos pantalones mientras él jadeaba y corría por el empinado sendero en el costado este del desfiladero, y luego avanzaba justo por debajo de la cornisa rocosa hacia su anterior puesto de observación.

Dar tuvo que hacer una pausa de unos segundos por encima de la depresión de la piedra, no sólo para recuperar el aliento, sino para preguntarse por el número de proyectiles que habrían rebotado en la roca mientras él estaba allí echado. El poncho y la mochila que contenía su traje de ghillie estaban completamente destrozados. Al menos dos de los cargadores de Cincuenta Ligero habían resultado perforados como si fueran latas en una valla. Su monitor de vídeo había estallado y estaba hecho añicos por el rebote de una bala perdida... cosa que descartaba el plan A. Así que a esperar a ver cuándo llegaba Yaponchik al Suburban, si es que llegaba.

Dar saltó a la hendidura y sacó el Barrett modelo 82 Al calibre 50 de la cornisa que sobresalía. El Cincuenta Ligero no había resultado tocado. Dar se llenó rápidamente los grandes bolsillos con cargadores de munición PBL y normal y luego empezó a correr de vuelta por el risco de la base del desfiladero.

Había olvidado lo pesado y difícil de manejar que era en realidad el llamado «Ligero». La mira telescópica de diez aumentos no aligeraba el peso, precisamente. Mientras estaba en los Marines, Dar siempre había compadecido a los hombres de la radio y a los que llevaban armamento pesado, acarreando sus trastos enormes (engorrosas radios PRC-77 codificadoras/descodificadoras, o metralletas M60 o lanzagranadas M79 de 40 milímetros...). Se preguntaba si todos ellos (vaya, los que hubieran sobrevivido) habrían acabado con dolor de espalda después, a lo largo de la vida.

Cuando trepó al último promontorio desde más allá del porche y se unió con Syd detrás de la roca a donde estaba, no sólo sangraba abundantemente por ambas heridas, sino que estaba empapado en sudor. Al menos había tenido el sentido común de quitarse el chaleco de doce kilos y medio de peso.

—No ha habido movimiento —informó Syd—. He usado los anteojos en lugar de la mira de tu rifle.

Dar asintió.

—¿Ningún ruido?

—No he oído arrancar al Suburban... pero está mucho más abajo, en el camino.

—¿Pero estás segura de que no ha pasado por esa zona despejada? —inquirió Dar.

—He dicho que no ha habido movimiento, ¿vale? —insistió Syd, un poco mosqueada.

Dar cogió el Cincuenta Ligero y echó a correr hacia su izquierda, bajó un trozo de cuesta, manteniendo el ángulo de visión con los bosques o la carretera cerca, moviéndose hacia una roca con la parte superior plana, justo por encima del último grupito de árboles que había antes de que la colina se transformase en verdes praderas. Una vez consiguió cruzar con éxito todo el espacio sin recibir ningún disparo, hizo un gesto a Syd para que se uniera a él.

Dar había colocado el Cincuenta Ligero en la parte superior de la roca plana, y estaba echado de bruces, leyendo las finas retículas de ajuste de la mira y ajustando las especificaciones de viento y elevación. El viento era un factor desdeñable aquel día, aun estando allí en campo abierto, pues sólo soplaban unas ligeras ráfagas por debajo de los cinco kilómetros por hora. Pero a aquella distancia, Dar sabía que hasta los factores más insignificantes deben ser tenidos en cuenta en la ecuación.

—Me estás tomando el pelo —dijo Syd, mirando el distante fragmento de carretera abierta a través de sus binoculares— Eso debe de estar a más de un kilómetro y medio de distancia.

—He calculado que en realidad se trata de mil setecientos metros —dijo Dar, todavía ajustando la mira—. Así que sí, es más de un kilómetro y medio —trató de acomodarse al arma, colocando la mejilla y el pulgar en el sitio adecuado de la culata y bajando el ritmo de su respiración. A distancia, oyeron un motor V-8 que se ponía en marcha.

—Bien —dijo Dar—. A menos que vuelva aquí, sabemos dónde está Yaponchik ahora mismo. Y tiene que conducir al menos ochocientos metros hasta llegar a esa curva.

—No estarás pensando en serio en...

—Haz de observador —interrumpió Dar—. Sólo tengo tiempo para un par de disparos de práctica —atisbo por la mirilla Ultra M3—. Voy a apuntar a esa roca que está en la hendedura justo donde la carretera gira de nuevo a la derecha.

—¿Qué roca? ¿La clara o la oscura?

—La más clara —dijo Dar, y disparó una vez. El disparo sin silenciador y el retroceso hicieron saltar a Syd.

—Lo siento —dijo ella—. No he visto si dabas en el blanco.

—No importa —aseguró Dar—. Creo que he fallado del todo. Mira ahora —hizo dos disparos más.

—He visto el segundo impacto —dijo Syd, ahora emocionada—. Unos treinta metros demasiado corto con respecto a la carretera. ¿Cómo lo calculas, en metros o en yardas?

—Mierda —dijo Dar, haciendo más ajustes—. Da lo mismo, los metros ya me van bien —dijo, volviendo a apuntar. Le quedaban dos proyectiles en aquel cargador y sabía que el Suburban aparecería al cabo de unos segundos. Disparó los últimos dos proyectiles sin hacer un gran esfuerzo para comprobar el impacto, sacó el cargador e introdujo uno de munición PBL.

—Los dos han dado en la hendedura —dijo Syd, esforzándose por mantener los binoculares bien fijos—. Uno un metro a la derecha y otro un metro y medio por encima de la derecha de la roca clara.

—Ya lo tengo —exclamó Dar, haciendo unos ajustes finales—. Lo suficientemente cerca para que

sirva. Ahora voy a mantener los ojos fijos en la mira, así que tienes que avisarme en el momento en que aparezca el capó del Suburban.

—Sólo tendrás un segundo o dos para...

—Lo sé —dijo Dar—. No hables hasta que aparezca. Di: «ahora».

Syd se quedó callada, mirando por los anteojos, y mientras Dar parpadeó para aclarar la visión borrosa de su ojo derecho, encontró de nuevo el enfoque (es decir, la distancia perfecta de alrededor de seis centímetros y medio entre el ojo y el cristal de la mira), forzó su ojo izquierdo a permanecer abierto, y se concentró en las dos finas rayitas cruzadas. A aquella distancia tendría que adelantarse algo al coche, y para hacerlo tenía que estimar su velocidad. La carretera era mala y la curva cerrada, pero Dar dudaba de que Yaponchik condujera despacio para no estropear la suspensión del Suburban. Si él fuese Yaponchik, intentaría coger la curva al menos a unos cincuenta kilómetros por hora. Cuando el Suburban frenase para coger la curva se levantaría una buena cantidad de polvo.

La imagen en la mira de Dar se vio emborronada por unas oleadas temblonas y casi verticales. Dar sabía que aquel fenómeno era el «espejismo del calor», producido por las ondas caloríficas que se levantaban a grandes distancias. Le ayudó a calcular la velocidad del viento. Si las ondulaciones paralelas se hubieran inclinado un poquito a la izquierda, Dar habría sabido que en un día como aquel, en que la temperatura era de veintisiete grados centígrados, el viento estaría distorsionando las olas de calor a una velocidad de cinco a ocho kilómetros por hora. Como eran casi verticales, eso significaba que no había viento apreciable en aquel instante. Dar también supo de forma instintiva que la temperatura más alta iba a incrementar la velocidad de boca de las balas del Cincuenta Ligero, que ya abandonaban el cañón a una velocidad mínima de nueve metros por segundo, y eso significaba que cada bala daría en un lugar un poco más alto de lo habitual en el objetivo. Pero el día se había vuelto bochornoso, Dar suponía que con un 65 por ciento de humedad más o menos, y la humedad añadida hacía que el aire fuese más denso, que ofreciese más resistencia, cosa que haría que la bala fuese un poco más lenta de lo normal. Dar añadió todos esos factores a su ecuación elemental del alcance: 1.760 metros fue su estimación final (ojalá hubiese dispuesto de su Leica con el láser telemétrico), por una velocidad del viento de dos kilómetros por hora, dividido por quince. Efectuó un ajuste de medio punto en las cotas de elevación y esperó.

En el segundo o dos que quedaban antes del momento de la verdad, Dar se dio cuenta de lo absurda que era la situación. A aquella distancia, con aquella munición, calcularlo todo sólo en base a la gravedad significaría que su objetivo se encontraba a más de cinco metros por encima de la ventanilla del vehículo. El objetivo se movería casi en ángulo recto con el campo de giro de Dar, cosa que estaba bien, pero si Yaponchik frenaba a sólo cincuenta kilómetros por hora para coger la curva cerrada, Dar tendría que adelantarse al vehículo en movimiento seis metros. Dar ya había calculado que sólo tenía unos diez metros desde el momento en que el Suburban se hiciese visible y antes de que pasara de su punto de disparo. No podía seguir al blanco, así que tenía que adelantarse a él... cosa que significaba que la munición PBL tendría que llegar al blanco al mismo tiempo que éste. Afortunadamente, el Suburban era un cacharro enorme. Sí, de acuerdo, debía tener en cuenta el tiempo que le costaría a Syd dar el aviso y...

—¡Ahora! —exclamó Syd.

Dar estaba justo al final del ciclo de respiración, contuvo el aliento y apretó suavemente el gatillo una sola vez. Tratando de no hacer caso del retroceso mientras volvía a situar bien las dos rayitas de

la retícula precisamente en el mismo lugar de la roca, volvió a disparar, apuntó, volvió a disparar, apuntó otra vez... vio algo oscuro de reajo... y disparó de nuevo.

—¡Le has dado! —gritó Syd.

—¿Sólo una vez? —preguntó Dar, poniéndose de pie de un salto y usando la mira Redfield del M40 para verlo él mismo.

El Chevy Suburban se había desviado hacia la derecha y había empotrado la parte delantera en el corte de la carretera, justo detrás de la roca que había sido el objetivo de Dar. A través de la mira, le parecía a Dar que no había dado en la cabina, pero que dos proyectiles penetrantes habían dado de lleno en el motor del V-8. El capó había volado por los aires, y el parabrisas era una maraña de líneas fracturadas. Una tercera bala al parecer había reventado la rueda izquierda trasera, y probablemente también el eje, supuso Dar, y unas lenguas de fuego se alzaban de la parte posterior de la furgoneta. No se había producido una explosión total e instantánea, pero Dar sabía que si se había incendiado el gigantesco tanque de gasolina de la furgoneta, ésta ardería maravillosamente.

Las llamas se hicieron más visibles entonces. Dar mantuvo la mira apuntada al asiento del pasajero, sabiendo que las puertas de la derecha del vehículo estaban empotradas en el hueco de tierra y de rocas.

Durante un momento, Dar estuvo casi seguro de que Gregor Yaponchik iba a morir abrasado: el humo negro ya se elevaba en el aire de la mañana desde la parte posterior del vehículo, que ardía con fuerza, pero entonces se abrió la portezuela y Yaponchik saltó del coche como si tal cosa. Llevaba un arma, pero la forma era muy rara, aun a pesar de las ondas producidas por el calor y la distorsión, para ser un SVD con silenciador de los que habían usado en la cabaña.

—Tiene un rifle —dijo Syd, justo cuando Dar se colocaba de rodillas y luego de bruce, y usaba la mira Ultra de diez aumentos del Cincuenta Ligero para obtener una visión mejor.

—Mierda —dijo Dar, muy bajito. La cara de Yaponchik seguía siendo un borrón a través de las ondulaciones del calor, pero Dar reconoció la forma del rifle al echar un vistazo a su inusual cargador de cinco balas giratorio. «Scharfschutzgewehr Neun-und-sechsig», murmuró para sí.

—¿Qué? —exclamó Syd, bajando los binoculares.

—Un rifle SSG 69 de fabricación austríaca —dijo Dar, viendo al ruso salir de la carretera a pie y bajar por la empinada ladera de la montaña para atravesar el kilómetro y medio que les separaba—. Mucho mejor que el rifle ruso que usaba junto a la cabaña. Esa preciosidad acierta a más de ochocientos metros.

Syd le miró y por el rabillo del ojo Dar apreció la preocupación que se reflejaba en su rostro.

—Pero tu calibre cincuenta tiene un alcance mejor, ¿no?

—Sí —afirmó Dar, poniéndose de pie nuevamente y examinando al hombre que avanzaba por la mira Redfield. Era una diminuta figura ondulante por las olas de calor.

—Puedes matarle mucho antes de que estemos al alcance de su rifle, ¿verdad?

—Sí, desde luego —afirmó Dar. Yaponchik había entrado entre los girasoles y las hierbas altas del prado y caminaba derecho hacia ellos por la ancha extensión de terreno. Dar empezó a colocarse su M40 en un soporte adecuado. Se vació los bolsillos de todo lo que llevaba excepto los tres

cargadores de munición de 7,62 milímetros y saltó de la roca. Empezó a caminar hacia el campo.

Syd corrió tras él.

—Vuelve a la roca —dijo Dar, con voz calmada.

—Ni hablar —exclamó Syd, pero sin acaloramiento—. ¿Qué mierda es esto, una especie de exhibición de machismo o qué?

Dar se quedó callado durante un segundo. Luego dijo:

—Pues a lo mejor sí. O a lo mejor Yaponchik viene sólo a rendirse. Podría haberse ido corriendo por el bosque, escapando hacia el oeste, ya sabes.

Syd miró a Dar como si fuera un alienígena.

—¿Así que tú crees que ha cogido su SSG 69 o como se llame el puto rifle ese para rendirse? ¿Para entregártelo como presente por tu victoria, quizá?

—No —dijo Dar—. Creo que quiere tenerme a tiro para matarme.

—Matarnos —corrigió Syd.

Dar meneó la cabeza, mirando por encima del hombro al ruso que caminaba hacia él. Yaponchik estaba a unos mil cuatrocientos metros de distancia ahora

—Vuelve a las rocas, por favor, Syd.

—Te he dicho que una mierda —repitió Syd—. ¿Cojo el AK-47?

—A esta distancia es completamente inútil —dijo Dar.

Syd meneó la cabeza.

—Si supiera cómo ajustar la mira de ese calibre cincuenta de ahí arriba, le volaría la cabeza al tío ese. Mató a Tom Santana.

—Ya lo sé —dijo Dar, despacio. Se volvió y continuó bajando hacia el campo abierto, haciendo una pausa al ver que Syd todavía iba con él.

—Por favor, Syd.

—No, Dar.

Dar suspiró.

—Muy bien. ¿Quieres ser mi observadora?

—¿Y qué hago?

—Lo mismo que hacías allí en la roca. Quédate tres pasos detrás de mí y a mi izquierda. Mantenle vigilado con los prismáticos. Dime si le dan los disparos.

Syd asintió torvamente y los dos fueron bajando por el empinado y pedregoso promontorio hacia el principio del prado. Dar levantó su viejo M40 y calculó la distancia mediante las retículas del Redfield. Calculó que Yaponchik medía un metro ochenta, de modo que eso ponía su alcance actual en mil doscientos metros y acercándose.

Él y Syd empezaron a caminar entre la hierba alta. Los tallos marrones les golpeaban con suavidad las piernas y dejaban semillas en sus pantalones. Dar llegó a un punto a unos cincuenta metros de la roca en la que estaban y se detuvo.

—Déjale que se acerque a nosotros —dijo, tranquilamente.

Syd contemplaba al ruso por los prismáticos.

—Es un arma de aspecto muy feo —dijo.

Dar asintió.

—La empresa Steyr la desarrolló para el ejército austríaco —dijo—. La culata de polímero sintético... tiene la culata ajustable mediante unos espaciadores.

—Siempre he querido uno de esos —dijo Syd.

Dar la miró, asombrado ante el humor que mostraba en las situaciones de tensión.

—Creo que ha montado una mira Kahles ZF 69 en el arma —dijo él al fin.

—¿Y eso es muy importante? —preguntó Syd.

—Sí, porque la ZF 69 está graduada para disparar de forma muy precisa a más de ochocientos metros —dijo Dar—. De modo que podemos esperar que empiece a disparar más o menos a esa distancia.

—¿A qué distancia se encuentra ahora? —preguntó Syd, mirando de nuevo a través de sus binoculares.

—Alrededor de mil metros. —Dar levantó la M40, se la colgó bien sujeta y empezó a ajustar los controles de elevación.

—Viene bastante despacio —dijo Syd—. Está muy seguro de sí mismo, no tiene prisa.

—Hace un día estupendo —añadió Dar, viendo con claridad la cara de Yaponchik por primera vez.

En aquel momento, Yaponchik levantó el SSG 69 en posición de tiro y se llevó la enorme mira a los ojos. Seguía caminando.

—Vuélvete de lado —dijo Dar. Echó una mirada a su espalda—. No, a la izquierda no... Yo tengo que seguir así porque disparo con el ojo derecho y la mano derecha, pero tú puedes volverte hacia el otro lado, de modo que le des el lado derecho a él.

Syd lo hizo, pero dijo:

—¿Qué demonios es esto, un duelo al estilo dieciochesco? ¿La idea es que mis costillas detengan la bala de la pistola?

Dar no tenía nada que responder. Yaponchik se había detenido y les tenía a tiro. Dar comprobó las retículas de la mira y supuso que el alcance era de alrededor de mil metros.

Syd dijo:

—Dime que tu rifle es una pieza de ingeniería americana infinitamente superior al suyo, Dar.

—Mi rifle es una antigualla de la época de Vietnam que no vale una mierda comparado con el suyo

—admitió Dar—. Pero lo conozco muy bien.

—Vale —aceptó Syd, en un tono que indicaba que ya estaba bien de bromitas—. Lista para observar.

Dar ajustó el ojo de nuevo a la mira. Veía la cara de Yaponchik a aquella distancia. Se suponía que no podía ser, lo sabía, no desde mil metros de distancia, pero podría jurar que veía los fríos y azules ojos del ruso.

La boca del arma de Yaponchik soltó una llamarada.

Sonó una explosión en la hierba cinco metros por delante de Dar. Se levantó una nubecilla de polvo. Un instante más tarde, dos estampidos sordos resonaron a través del amplio campo: el estallido sónico de la bala y luego una segunda palmada, el sonido sin silenciar del disparo del rifle. Dar vio que el hombre mayor manejaba suavemente el cerrojo. En realidad, Dar veía rodar la recámara giratoria mientras se alojaba la siguiente bala. «¿Cuántos proyectiles alberga el cargador de una Steyr SSG 69? ¿Cinco o diez?», se preguntaba. Dar sabía que pronto lo iba a averiguar. Vio a Yaponchik quitar el cartucho vacío a mano y metérselo cuidadosamente en el bolsillo del pantalón, justo por debajo de su chaleco antibalas negro.

De pronto, Dar se dio cuenta de que no llevaba su chaleco puesto. «Mierda», pensó, y suspiró.

El ruso empezó a caminar de nuevo hacia adelante.

Dar esperó. Disparar a un blanco en movimiento más pequeño que un Chevy Suburban, y a aquella distancia, no era demasiado acertado. Cuando Yaponchik se detuvo y levantó de nuevo el rifle, Dar contuvo el aliento y apretó el gatillo.

—No he visto dónde daba —dijo Syd, desde detrás de él—. Lo siento, no he visto el...

—¿Has visto una nubecilla de polvo en algún lugar delante de él? —preguntó Dar, mientras manejaba el cerrojo, retiraba el cartucho y se lo metía en el bolsillo de la camisa.

—No.

—Entonces es que iba alto —dijo Dar. El cañón de Yaponchik volvió a llamear de nuevo.

Dar oyó el silbido de la bala que pasaba junto a su oreja derecha antes del doble estampido del propio disparo. Dar tuvo que admitir que Yaponchik le estaba apuntando muy bien. Y no tenía que darle en la cabeza, porque Dar no llevaba chaleco.

Dar procuró olvidar esta idea y se concentró en su visión y sus cálculos.

Yaponchik volvió a disparar. La bala dio a medio camino entre Dar y Syd, levantando piedrecillas y polvo más de un metro en el aire. Dar mantuvo su posición, parpadeó para eliminar los brillos y bajó ligeramente el arma. Tenía que sentirse impresionado por la fluidez profesional con la que Yaponchik manejaba el cerrojo, se guardaba en el bolsillo el cartucho a causa de los viejos hábitos, y recuperaba su perfecta posición de tirador sin levantar la cara de la mira ZF 69.

Dar disparó. El retroceso le hizo perder a Yaponchik de vista durante un segundo.

—¡Corto...! —gritó Syd.

—¿Cuánto?

Pero Syd ya le estaba dando información.

—Un metro aproximadamente. Pero en línea.

Dar asintió y levantó ligeramente la mira. Oyó más que vio que el viento se levantaba mientras la hierba se agitaba un poco y su desgarrada camisa flotaba ligeramente en la brisa. Ajustó la mira dos muescas a la derecha.

Yaponchik ya había apretado el gatillo. «Sólo le queda una bala en ese cargador —pensó Dar—. Eso espero».

La bala levantó un géiser de polvo medio metro por delante de Syd. Ella no parpadeó. Afortunadamente, no había rocas por allí en las que pudieran rebotar las balas.

Dar oyó y sintió que la brisa se hacía más intensa, vio las líneas ondulantes del calor desviarse ligeramente hacia la izquierda y luego un poco más, no horizontales, pero casi. Estimó que el viento era de diez kilómetros por hora, giró de nuevo el tornillo hacia la izquierda otra muesca más, llegó a la exhalación en el ciclo de respiración, contuvo el aliento y disparó.

—¡Blanco! —gritó Syd—. Creo...

Dar no tuvo que creer nada. Sabía perfectamente que no había sido un blanco limpio (todavía veía la cara de Yaponchik y los azules ojos que le miraban, pero había saltado un surtidor de neblina roja.

El instante pareció prolongarse durante largos minutos, aunque sólo habían pasado un par de segundos. Dar tuvo tiempo para sacar el cargador y cambiarlo por otro, sin apartar un momento los ojos de la mira, antes de que Yaponchik cayese.

A diferencia de las películas, en las que las personas se ven arrojadas hacia atrás varios metros por cualquier disparo, aunque sea de pistola, Dar nunca había visto a la víctima de un disparo hacer ningún aspaviento, sólo encogerse. Y eso fue precisamente lo que hizo entonces Yaponchik, sujetando todavía el rifle de tirador.

—En el cuello, creo —dijo Syd, con voz ronca.

—Ya lo he visto —dijo Dar—. Justo en la base de la garganta. Por encima del chaleco.

Empezaron a caminar hacia el hombre abatido. Syd se sacó la semiautomática de 9 milímetros de la funda, cuando Dar se detuvo de repente.

—¿Qué pasa? —exclamó Syd, ligeramente alarmada.

—Nada —dijo Dar. Se había colgado el M40 al hombro. Por pura curiosidad, extendió la mano derecha. Luego la izquierda. No temblaban lo más mínimo—. Nada —repitió, sintiendo un gran vacío que se adueñaba cada vez más y más de su interior y amenazaba con deglutirle—. Nada.

Siguieron andando. La forma acurrucada de Yaponchik no se movió.

Syd y Dar se encontraban sólo a treinta metros de distancia y vieron el largo chorro de sangre arterial en la hierba, y la cabeza del ruso caída hacia atrás en un ángulo imposible, cuando el cielo que tenían encima de su cabeza se llenó de ruido atronador.

Ambos se detuvieron y miraron hacia arriba.

Dos de los helicópteros tenían los distintivos de la Marina y el tercero llevaba escritas las letras

«FBI» en un costado. El helicóptero del FBI aterrizó entre ellos y el cuerpo de Yaponchik.

Dar se volvió, arrancó el velcro del chaleco de Syd, levantó el Kevlar por encima de su cabeza y la abrazó a ella con fuerza. En torno a los dos, la hierba formaba salvajes remolinos por las locas ráfagas del rotor.

—Te quiero, Dar —dijo Syd, y sus palabras se perdieron entre el rugido de los motores, aunque resultaron perfectamente comprensibles.

—Sí —dijo Dar, y la besó con suavidad.

«Z de zoológico»

Diez días después, una mañana de domingo, el teléfono del piso de Dar sonó a las 5:30 de la mañana.

—Mierda —murmuró Dar, amodorrado.

—Ídem de ídem —exclamó Syd, incorporándose a medias sobre un codo.

—Perdona —dijo Dar, lanzando un leve gruñido de dolor cuando se tensaron los puntos que todavía llevaba en el costado. Pasó la mano por encima de los desnudos pechos de Syd para coger el auricular, y contestó torpemente, echado boca abajo. No sabía dormir en aquella posición, pero la herida que se le iba curando poco a poco justo debajo de la espalda no le daba otra opción. Syd siempre decía que no le importaba cuando Dar se olvidaba en plena noche, se volvía de espaldas y se despertaba de repente gritando y lanzando maldiciones.

La bala del costado no fue ningún problema. El médico de urgencias le puso anestesia local y le sacó el proyectil en quince segundos. «No vale la pena ni pasar adentro —había dicho el médico—. Se lo podíamos haber arreglado sin bajar del coche».

Curiosamente, la oreja era lo que más problemas le daba. Tendrían que hacerle alguna operación de cirugía plástica en el futuro.

Echado de cara, usando el oído malo, contestó al teléfono.

—Aquí Dar Minor.

—Aquí Lawrence Stewart —sonó feliz la voz de Larry—. Dar, tienes que venir a ver esto.

—No, no voy —dijo Dar.

Trudy se puso al teléfono. Parecía su móvil.

—Sí, ven, Dar. Confía en nosotros. Va a ser un trabajo de reconstrucción peliagudo. Tendrás que traer la cámara normal y la digital.

Dar suspiró. Syd se tapó la cabeza con las mantas y suspiró más fuerte todavía.

—¿Dónde estáis? —dijo Dar. Si era a más de quince kilómetros de distancia, no iba.

—En el Zoo de San Diego —dijo Lawrence, cogiendo el teléfono otra vez.

—¿El zoo?

Syd sacó la cara de debajo de las mantas y silenciosamente pronunció la palabra zoo.

—El zoo, sí —dijo Lawrence—. Te lo aseguro, nunca te lo perdonarás si te pierdes esto.

Dar suspiró de nuevo.

—Date prisa —dijo Lawrence—. Y dile buenos días a Syd e invítala a ella a venir también. —El investigador cortó la comunicación.

Dar miró a Syd. Ella se encogió de hombros (Dar siempre había pensado que sus hombros eran muy bonitos) y dijo:

—¿Por qué no? Ya estamos despiertos.

—Es domingo —le recordó Dar—. Tenemos la costumbre de pasar la mañana del domingo de una forma un poco... distinta.

Syd se rió.

—Costumbre —repitió—. Sólo hay un precedente. Vaya costumbre.

Él le acarició la mejilla.

—Creo que es una costumbre, verdaderamente —dijo él, bajito—. ¿Nos duchamos juntos?

—He oído que Lawrence decía que teníamos que darnos prisa —dijo Syd.

—Vale —aceptó Dar—. Me ducharé yo primero.

Se pararon en un Dunkin Donuts a por un café y algo comestible. Los vasos estaban muy calientes, no servía de mucho rodearlos con una servilleta de papel, y Dar realizaba verdaderos prodigios de equilibrio pasándose el vaso de una mano a otra y cambiando las marchas al mismo tiempo. Syd trataba de evitar que se le derramase el café, porque sabía lo quisquilloso que era Dar con la tapicería de piel de su NSX.

—¿Te has decidido ya? —preguntó ella, mientras enfilaban la carretera que conducía al zoo.

—¿Si he decidido qué?

—Ya sabes el qué. Me dijiste que me darías una respuesta el domingo. Hoy es domingo. —Trató de beber un sorbo de café sin derramarlo, mientras el coche deportivo negro salía disparado por la rampa de salida.

Dar volvió a suspirar.

—Pues no lo sé... —dijo.

—Vamos —le apremió Syd—. Ya has visto las declaraciones de Dallas Trace, Constanza y el ruso que sobrevivió...

—Al que salvaste con el torniquete de tu cinturón —dijo Dar, nostálgico.

—Sí —afirmó ella—. De todos modos, ya has leído su testimonio. Ese grupo de fraudes, la Alianza, es más grande de lo que habíamos sospechado. A continuación vamos a ir a por los chicos y chicas de Nueva York... y luego de la zona de Miami.

—No me necesitas —dijo Dar. Había coches patrulla de la policía junto a la cancela abierta del zoo. El patrullero les echó una mirada, saludó a Dar y le hizo señas de que pasara.

—No, no te necesitamos —afirmó Syd—, pero ahora es una operación conjunta de la ONDS/FBI, de ámbito nacional, y sería divertido tenerte con nosotros. Inténtalo sólo durante un año.

—Odio las armas de fuego —dijo Dar, entrando en el aparcamiento. Veía el Isuzu Trooper de Steward aparcado junto a la ambulancia del forense y cinco vehículos policiales más.

—No tendrás que llevarlas sólo porque estés en el grupo operativo —dijo Syd—. Puedes quedarte

en casa, donde quiera que la tengas, y trabajar en tus análisis y en tus reconstrucciones por ordenador mientras yo salgo por ahí. Y luego, por la noche, colgaré mi sobaquera en la cabecera de la cama y haremos el amor antes de cenar...

—Tú no llevas sobaquera —señaló Dar.

—Maldita sea, Dar. A veces resultas un poco obtuso.

Dar aparcó y salieron al cálido día de julio, y empezaron a caminar hacia el distante resplandor de la cinta amarilla de acordonamiento.

—Syd —dijo él, despacito—, ¿por qué no me dijiste que casi os desmonto toda la investigación?

Syd se acabó el café, arrojó el vaso de papel en una papelera y le miró.

—¿Quieres decir por lo de las fotos? ¿Y por pinchar el número de teléfono de los rusos? No importa, Dar. La foto de Constanza que usó Lawrence para identificar al asesino de Espósito fue tomada por los chicos del FBI en su puesto de observación frente a la casa de Dallas Trace.

—¿Por qué no me lo dijiste y...?

Syd le tocó el brazo.

—No importa, Dar —dijo, bajito—. La defensa podría usarlo si hubiese representado un factor importante en las detenciones, pero nunca sabrán nada de las fotos tomadas ilegalmente o del número de teléfono. El FBI consiguió la misma información legalmente, de todos modos.

—Pero casi lo jodí todo...

Syd se detuvo. Dar se sorprendió al verla sonreír.

—Mírelo de esta forma, doctor Minor. Ahora no tienes que testificar en ninguno de esos juicios... simplemente, manda unos pocos vídeos de reconstrucción a Lawrence. Eso significa que serás libre de venir al este con el grupo operativo y conmigo en agosto.

—Nueva York en agosto —dijo Dar, dándose cuenta al decirlo de que ya había decidido ir.

Syd le apretó la mano y pasaron al otro lado de la cinta amarilla y a través de la puerta hacia el gran recinto donde estaba reunida la policía.

La conservadora del zoo intentaba explicarse.

—Carl se había hecho cargo de Emma hacía quince años... más de quince —decía, sollozando. Tenía la cara roja y seguía sonándose la nariz enrojecida—. Carl quería mucho a Emma. Las dos últimas semanas estaba muy preocupado por ella. El estreñimiento en un elefante puede ser fatal, ya saben...

—Emma es la elefanta —confirmó el teniente Hernández.

—¡Pues claro que es la elefanta! —exclamó la conservadora, entre sollozos. Llevaba unos largos guantes de goma amarilla. En el recinto anexo, la elefanta en cuestión lanzaba unos barritos tan tristes como los de la mamá de Dumbo llamando a su nene—. Y ahora... ahora... probablemente, tendrán que sacrificarla—dijo la conservadora, con los hombros sacudidos por el llanto.

Hernández dio unas palmaditas a la consternada mujer en la espalda.

Lawrence, Trudy, Dar, Syd y media docena de policías de uniforme estaban reunidos en torno a la montaña de excrementos de elefante de dos metros de alto y más de dos de largo. Unas piernas humanas sobresalían por un lado de aquella montaña. Los pantalones tenían la raya bien marcada y eran del mismo verde caqui que los demás cuidadores del zoo.

—Me recuerda un poco una escena de la primera película de Jurassic Park —dijo uno de los policías, en tono apagado, aunque algo divertido.

—Me recuerda el episodio de «El payaso Risitas» de aquella serie antigua, *La chica de la tele* de Mary Tyler Moore —dijo otro, subiéndose el pantalón—. ¿Qué decía Murray Slaughter en aquel episodio? Algo así como: «Hemos tenido suerte de que no muriera nadie más. Ya saben lo difícil que es que sólo sea uno...».

—Fue porque «Risitas» iba disfrazado de cacahuete en un desfile, y el elefante intentó quitarle la cáscara —dijo el primer policía—. Pero este hombre del zoo no iba disfrazado de cacahuete.

—No, pero... —protestó el segundo policía, tratando de salvar su broma torpemente.

—Cállese —exclamó Dar. Y dirigiéndose al forense que estaba arrodillado y hasta el momento sólo había examinado las piernas y pies del fallecido, Dar dijo—: ¿Cuándo ha pasado esto?

—Creemos que poco después de medianoche —dijo el médico.

—¿Y cómo ha podido pasar? —preguntó Syd.

El forense se puso en pie con un quejido.

—La señora Haywood dice que Carl (el guardián de Emma, este hombre) llevaba varios días preocupado por el estreñimiento de la elefanta. A lo que parece, la noche pasada, unas tres horas después del cierre, le mezcló con los cereales y otros granos que comía Emma un potente laxante. Pero se pasó con la dosis.

—Cielos, ya lo creo que se pasó —exclamó un tercer policía.

—Dios mío —exclamó el policía más joven—. Había oído hablar de vómitos en forma de proyectil, pero nunca había visto un caso de proyectil...

—Cállese —dijo Dar de nuevo. Todos los policías le miraron, extrañados. Se lo estaban pasando la mar de bien.

Trudy hacía fotos. Lawrence medía el enorme excremento.

—Dos metros veinte de largo —dijo, como si estuviera leyendo unas marcas de derrape—. Metro cincuenta y cinco de ancho. Un poco más de dos metros de alto por en medio.

Dar se apoyó en una rodilla cerca de las dos piernas que sobresalían del montón de mierda. Syd le miró, curiosa. Dar tocó el pulido zapato del guardián muerto.

—Debió de caer empujado hacia atrás, con tanta fuerza que se quedó inconsciente cuando se golpeó en la cabeza con el cemento —dijo Dar, torvamente—. Luego se asfixió. Probablemente no llegó a recuperar la consciencia.

—Mejor para él, probablemente —dijo el policía joven con una sonrisa—. Imagínese, tener esto en el historial de uno...

Dar se movió tan rápido que el joven policía dio dos pasos atrás y finalmente se llevó la mano derecha a la pistola, alarmado.

—Le he dicho que se calle la puta boca, y quería decir que se calle la puta boca de una vez —gruñó Dar, metiéndole casi el dedo en el ojo al policía.

Éste trató de esbozar una sonrisa desdeñosa, pero el efecto quedó estropeado al temblarle los labios.

—No saques más fotos, Trudy —dijo Dar—. Todavía no. Por favor.

Syd miró a Dar mientras este se dirigía hacia la sollozante conservadora del zoo, le pedía sus largos guantes amarillos, volvía a la pila de excrementos y empezaba a apartarlos cuidadosamente, casi con reverencia, por un lado.

Dar sollozaba en silencio. Las lágrimas le corrían por las mejillas y los hombros se sacudían con los sollozos.

Los policías se miraron entre sí y luego retrocedieron varios pasos, violentos. Lawrence se quedó mirando a Trudy.

—Larry, ¿me puedes acercar esa manguera, por favor? —rogó Dar, con los hombros todavía agitándose ligeramente. Le temblaban los dedos visiblemente, enfundados en los guantes amarillos.

—Lawrence —replicó su amigo, pero le llevó la manguera.

Dar lavó con el agua de la manguera y sus propias manos los excrementos que manchaban la cara del hombre muerto, lo mejor que pudo. Syd estaba muy cerca de él. El guardián muerto era un hombre guapo, de cincuenta y tantos años. Tenía el cabello corto, gris y rizado. Parecía dormido, mucho más natural y descansado que la mayoría de los cadáveres que se exhiben en las funerarias para que los vea el público. Dar echó más agua encima de la cara del hombre y apartó suavemente los últimos restos de excremento.

—Señora Haywood —dijo a la conservadora adjunta—, ¿cómo se llamaba?

La elefanta Emma trompeteaba tristemente en el recinto cercano. Producía el mismo ruido que una mujer que llorase desconsoladamente.

—Carl—dijo la señora Haywood.

Dar meneó la cabeza.

—El nombre completo.

—Carl Richardson —dijo ella—. No tenía familia... Su única hija murió en un accidente cerca de un volcán, en Hawaii, el año pasado. Emma era la única... Siempre intentó... —La señora Haywood se desmoronó de nuevo—. Sólo le faltaba un mes para jubilarse —pudo decir—Estaba muy preocupado pensando cómo se las arreglaría Emma sin él.

Dar asintió y miró a Lawrence y a Trudy.

—Ya podéis tomar las fotos —dijo—. Pero consignad bien el nombre de éste hombre. El señor CarlRichardson.

Lawrence asintió y empezó a tomar más fotos.

Dar se puso de pie y se quitó los guantes, y los dejó caer sobre el cemento.

—Los nombres son importantes —dijo, como si hablara para sí mismo—. Un nombres es...

—Un instrumento de aprendizaje —concluyó Syd— y de distinción de las naturalezas.

—Sócrates —dijo Dar, como si pronunciara la bendición final. Se volvió de espaldas al grupo y se dirigió hacia los servicios para lavarse.

Syd le esperó fuera. Cuando salió al fin, Dar llevaba las mangas arremangadas y las manos, brazos, cara y cuello olían a labón líquido.

—Lo siento —dijo él, cuando llegó junto a Syd.

—Calla —dijo Syd—. Es una preciosa mañana de domingo, y el zoo todavía no está abierto. ¿Podemos pasear un poco antes de volver a casa? Lo único que no me gusta del zoo es la muchedumbre.

Dar asintió. Syd le cogió la mano y ambos se dirigieron hacia el amplio y curvado camino asfaltado. El ardiente sol del verano otorgaba un verde casi imposible al follaje tropical que rodeaba el sendero. En algún lugar se oyó la tos de un león o un tigre.

—Hesma phobou —dijo Syd, al cabo de un rato. Hicieron una pausa a la sombra de un árbol muy frondoso, de hojas diminutas. En un islote cercano, unos monitos muy pequeños saltaban de rama en rama describiendo arcos perfectos.

—¿Qué? —dijo Dar, mirándola extrañado.

—Hesma phobou —repitió Syd—. He leído algo de tus famosos espartanos. El llanto después de la batalla... caer de rodillas... sacudiéndose, temblando. Hesma phobou. «Liberación del miedo».

—Sí —exclamó Dar.

—No se consideraba una debilidad —continuó Syd—. Más bien se consideraba necesario. Otra forma, después de la batalla, de librarse del peor tipo de demonio que provoca el miedo a la posesión. El demonio de la indiferencia.

Dar asintió.

—Ha durado demasiado, querido —dijo ella, y estrechó la mano de Dar.

—Y ellos nunca olvidaban los nombres de sus caídos —dijo Dar. Dudó sólo unos segundos y volvió a hablar—: Mi mujer se llamaba Barbara, y mi hijo David.

Syd le besó.

—Hace un día precioso —dijo Dar—. Disfrutemos del zoo un rato, y luego volvemos con Lawrence y Trudy. Podemos ir por ahí a algún sitio a desayunar con ellos.

—Lawrence —dijo Syd.

Dar levantó las cejas un poco.

—Le has llamado Lawrence, no Larry.

—El nombre es importante —replicó él.

Syd sonrió.

—Demos ese paseo, ¿vale?

No habían caminado ni diez pasos cuando una explosión de ruido tras ellos les hizo volver la cabeza.

Uno de los monitos más pequeños había calculado mal la distancia y había saltado hacia una rama demasiado pequeña, la rama se rompió y el pequeño primate cayó al menos desde diez metros de altura, usando las manos y los pies para agarrarse a las pequeñas ramas y hojas mientras iba cayendo. Las ramas se habían roto, pero al menos habían amortiguado lo bastante su caída para que el animal quedase sólo un poco conmocionado y avergonzado, y se quedó allí acurrucado, en la base de cemento de la pequeña isla, temblando, sentado pero casi en posición fetal. Se chupaba el pulgar, para consolarse. La luz del sol lucía roja y brillante a través de sus orejas, y el animalillo temblaba.

En torno suyo siguieron cayendo hojas y ramitas en una ducha interminable de desechos. Por encima del mono, todos sus demás congéneres parloteaban, chillaban, farfullaban... Sonaba como un montón de risas locas y descerebradas. Otros animales respondieron al escándalo y empezaron a rugir, aullar, relinchar y chillar al unísono, hasta que todo el zoo se convirtió en una enorme cámara de resonancia. Sólo Emma, la elefanta, barritaba con infinita tristeza, y su lamento se elevaba, solitario, como contrapunto al caos y el coro histérico.

Dar miró a Syd. Ella le cogió la mano, sonrió, meneó la cabeza.

Con algunas preguntas sin responder pero ya resueltos algunos enigmas, los dos se alejaron caminando por el sombreado sendero hacia la luz del sol, y luego volvieron.

Agradecimientos

El autor desea agradecer la ayuda y el consejo de Wayne A. Simmons y de Trudy Simmons en las investigaciones que llevó a cabo para escribir esta novela. Gracias también al aeródromo de Warner Springs por dejarle poner a prueba sus teorías sobre el combate aéreo en uno de sus tres planeadores de alto rendimiento; al Diario de Reconstrucción de Accidentes, de la Academia de Tiradores de Elite de los Marines de Estados Unidos, en Quantico (Virginia), y a Camp Pendleton, en California. También desea dar las gracias a Stephen Pressfield por sus escritos sobre las teorías griegas de la «fobología» (el estudio del miedo y de la forma de vencerlo), y a Jim Land, cuyo manual de instrucciones para tiradores se debe considerar la obra definitiva sobre este tema. Al artista de la filial Acura de Honda Motor Corporation que ensambló el motor de mi Acura NSX a mano, sólo le puedo decir: «Domo arigato gozaimasu... Shuri o onegai dekimasu ka?».

Todos los accidentes investigados en *El bisturí de Darwin* se basan en la reconstrucción de accidentes reales, aunque entremezclados. Se han combinado varias investigaciones en una con fines literarios. Debo dar las gracias a todos los expertos en investigación y reconstrucción de accidentes cuya profesionalidad, minuciosidad y curioso sentido del humor han iluminado esta obra. Toda la precisión y verosimilitud que se puedan hallar en la novela se deben a ellos; los errores, desgraciadamente, son culpa sólo del autor.